Carmina Nocturna 4

Carolina Andújar

La familia maldita

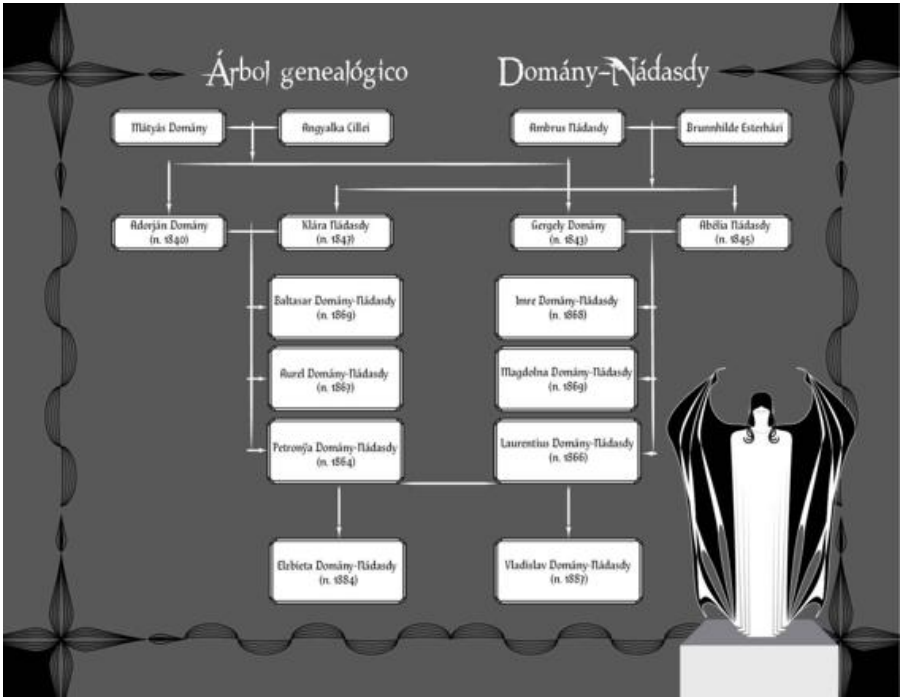
Carmina Nocturna 4

Carolina Andújar

La familia maldita

montena

carmina nocturna (latín): canciones de la noche.
Que el canto de esta noche te envuelva en su dulce oscuridad.


Árbol genealógico
Domány-Nádasdy
Mátyás Domány
Angyalka Cillei
Ambrus Nádasdy
Brunnhilde Esterházi
Adorján Domány
(n. 1840)
Klára Nádasdy
(n. 1847)
Gergely Domány
(n. 1843)
Abélia Nádasdy
(n. 1845)
Baltasar Domány-Nádasdy
(n. 1869)
Aurel Domány-Nádasdy
(n. 1863)
Petromýa Domány-Nádasdy
(n. 1864)
Imre Domány-Nádasdy
(n. 1868)
Magdolna Domány-Nádasdy
(n. 1869)
Laurentius Domány-Nádasdy
(n. 1866)
Elzbieta Domány-Nádasdy
(n. 1884)
Vladislav Domány-Nádasdy
(n. 1887)

“Oh, raza efímera y
desdichada, hija del azar y
la miseria, ¿por qué me
obligas a decirte lo que
más te valdría no saber?
Lo que es mejor para ti
está absolutamente fuera
de tu alcance: es no haber
nacido, no ser, ser nada.
Sin embargo, lo segundo
mejor para ti es morir
pronto.”

Sileno el sátiro
Friedrich Nietzsche*, El origen de la tragedia*

1
El anuncio clasificado

Era diciembre, y aunque el año terminaría en un par de días, no podía dejar de sentir que mi vida estaba por empezar. Tras haber cuidado de tía Lena durante casi once meses, esta se había recuperado plenamente, y a pesar de que la nieve cubría el jardín y el frío viento amenazaba con colarse por las rendijas de las ventanas, mi querida tía tenía al fin buen semblante y mejor apetito que yo. Pero no era la posibilidad de regresar a casa y retomar mis actividades habituales lo que tanto me entusiasmaba. Aquella mañana había recibido una carta. No era una carta cualquiera, sino una que esperaba con impaciencia y, como si del destino se tratase, había llegado justo cuando tía Lena ya no dependía más de mis cuidados. De haberla recibido un mes atrás, me habría visto obligada a rechazar la plaza que anhelaba. Sin embargo, me vi libre de proceder como mejor me lo parecía, y lo que deseaba era convertirme en la institutriz de los niños de aquella *antigua familia*, como el anuncio clasificado al que había contestado indicaba. Echaba de menos a mis padres y a mi hermano Aleksy, por supuesto. Sin embargo, la carta estipulaba que quienes serían mis empleadores requerían mi presencia cuanto antes. De aceptar, su cochero me llevaría a la propiedad el primer día de enero, por lo cual no tendría tiempo de viajar a casa antes de iniciar mis labores.

Lublin era una ciudad pequeña, pero al menos contaba con una eficiente oficina de correos y una biblioteca en la que aún podían encontrarse libros en polaco que no habían pasado por la censura del Imperio ruso. Era posible, además, comprar el periódico a diario. Me entretenía horas enteras observando los anuncios publicitarios y leyendo las noticias, pero lo que más me gustaba era detenerme en los clasificados, que desplegaban por vez primera un mundo secreto ante mí. Desde solicitudes matrimoniales hasta ofertas de empleo, la gente comunicaba de forma relativamente privada sus necesidades y proveía

una dirección a la cual los interesados podían dirigirse. Poco a poco me había permitido soñar con postularme a algunas de las plazas ofrecidas, pero ningún anuncio había hecho latir mi corazón como aquel al que me había atrevido a responder, tanto así que lo había recortado e insertado entre las páginas del único libro de mi pertenencia que había llevado conmigo a casa de tía Lena, *La dama pálida* de Alejandro Dumas, mi favorito, un delgado ejemplar impreso en el francés original que mamá no recordaba cómo había obtenido, pero que al parecer era una rareza, dado que la historia solía ser publicada dentro de otras compilaciones de cuentos del autor. El anuncio leía en el ruso oficial impuesto al territorio polaco en el cual se hallaba Lublin:

Antigua familia solicita los servicios de institutriz para niños de siete y diez años. Amplia remuneración. Favor enviar carta con descripción detallada de sus aptitudes a la dirección aquí especificada.

La dirección correspondía a un bufete de abogados de Varsovia, por lo cual había yo deducido que la gran ciudad sería el lugar donde habría de realizar mis labores de ser aceptada mi aplicación. Sin embargo, quince días después de enviar mi respuesta, había recibido a vuelta de correo una carta que revelaba nuevos aspectos del que podría convertirse en mi trabajo:

15 de noviembre de 1893

Estimada señorita Pawlak:

Hemos recibido su respuesta. Nos complace comunicarle que estamos considerando con seriedad contratarla como institutriz particular. Debemos especificar, aun así, que su trabajo requerirá que se mude a la propiedad familiar, la cual se encuentra a largas y arduas horas de camino del centro urbano más cercano, en medio de un denso bosque rodeado de extensas colinas deshabitadas. Estará usted, pues, alejada del bullicio de la ciudad, así como de sus allegados y de su entorno. Hemos comprobado con desencanto que pocas personas resisten estas condiciones, aunque se hallen cómodas y bien alimentadas. El

aislamiento requiere un temperamento especial que pocos hombres y mujeres poseen. Por lo tanto, le pedimos medite al respecto en profundidad y responda sinceramente si se juzga capaz de cumplir con este requisito indispensable. Podrá, por supuesto, pasar las Navidades con su familia, pero no podemos ofrecerle más tiempo libre, a menos que se trate de una emergencia, caso en el cual le permitiríamos ausentarse a lo sumo unos días. Por lo demás, su salario consistirá en…

A continuación se mencionaba una suma de dinero tan generosa que incluso algunas personas bien posicionadas habrían optado por dejar sus plazas para mudarse al campo e instruir a aquellos niños. En unos pocos años tendría ahorros suficientes para construir una pequeña vivienda. Valía la pena solo por eso. Pero debo confesar que lo que mis potenciales empleadores describían como la mayor dificultad era justamente lo que más me atraía del empleo descrito. Había sentido desde niña una inmensa curiosidad por las vidas que llevaban las personas que habitaban aquellas viejas propiedades remotas. No así por las vidas de los campesinos comunes, pues la aldea de mis padres estaba compuesta de familias de granjeros y esa existencia la conocía de sobra: no se sentía ninguna soledad; es más, los vecinos eran aún más dados a las habladurías que aquellos de la ciudad y conocían las rutinas de los demás al dedillo, lo cual me exasperaba y era el motivo de que me hubiese ganado la reputación de ser una persona poco amigable y taciturna, aunque, insisto, no lo era en realidad, sino que había optado por mantenerme al margen de los insípidos dramones de nuestra comunidad, y prefería ocuparme devorando libros cuyo lenguaje distaba mucho de parecerse al que empleaban las amas de casa que visitaban nuestro hogar con la esperanza de hallar algo malicioso que reportar. Algo similar me ocurría con los hombres de la localidad: su forma de pronunciar las palabras me permitía saber de inmediato cuán rústicas serían nuestras conversaciones, y aunque no los despreciaba por ello, tampoco sentía ninguna inclinación por pasar de una charla acerca de los pozos secos o rebosantes a un coqueteo soez. En ocasiones me culpaba a mí misma por ser en exceso romántica o melancólica, por no adaptarme a mis circunstancias, y al

final terminaba por responsabilizar a las novelas que habían robado mi corazón. Papá lo llamaba en broma *la maldición de una educación excesiva en una Polonia oprimida*, habiendo notado mi falta de interés en los chicos que se aproximaban a nuestra granja en busca de empleos de verano. Mamá era la maestra de nuestra aldea, y yo la había asistido en sus labores desde la adolescencia, por lo cual estaba habituada a corregir las pruebas y los ensayos de alumnos de todas las edades. También hacía las veces de tutora vespertina de algunos chicos cuyos padres aspiraban a que mejorasen su dominio del francés y del latín para que pudiesen convertirse en sacerdotes más adelante. Todos sabían que mamá estaba mejor preparada que cualquier otra maestra que la aldea hubiese podido tener, y que esto se debía a que, cuando era aún muy niña, los ricos empleadores de la abuela le habían permitido tomar clases con sus hijos. Mamá había resultado ser una alumna sobresaliente, tanto así que sus tutores la habían recomendado para muchas plazas como institutriz, una vez finalizado el término de educación reglamentaria. En vez de contentarse con esto, mamá había expandido sus conocimientos con el paso de los años, y tras trabajar en algunos institutos y casas de familia prestigiosos, había conocido a papá, un granjero próspero y guapo que había logrado enamorarla durante una visita a la ciudad. Ambos habían viajado a la aldea de origen de papá, y juntos habían fundado la escuela de la comunidad, la cual papá había construido con sus propias manos y la ayuda de su hermano Stan. De tal modo, la aldea se había convertido en una de las más instruidas de la región, lo cual no significaba de ningún modo que el habitante promedio fuese medianamente refinado. Con la excepción de algunos chicos seducidos de modo fugaz por las letras o los números, la propensión intelectual seguía siendo a lo sumo transitoria, un asunto casi fantástico que se desvanecía con la llegada del primer amor y la conformación de un hogar propio.

En lo que me concernía, varias veces me había enamorado del aspecto de algún chico de la aldea, pero aquello jamás había durado más de un mes. Mi interés romántico parecía depender de cuántas veces hubiese hablado con el chico en cuestión: había concluido, al

fin, que si deseaba preservar la fantasía del enamoramiento, me sería prudente contemplar al chico en la distancia y así jamás escuchar el modo en que hilaba las frases. Aunque pocos eran presumidos, su sentido del humor era casi infantil, y su denominador común, una vez los adultos se ausentaban, era la insolencia. Se me antojaba, pues, que sus cuerpos maduraban sin que por ello su espíritu lo hiciese también. Papá preguntaba, con fingido aire de preocupación, si en algún momento los sorprendería a él y a mamá con un magnífico prometido octogenario, a lo cual yo siempre replicaba que nada me haría más feliz. Pero mentía. Los ancianos de la región tampoco daban muestras de mayor profundidad. Las chicas de mi edad no eran más interesantes: fuera de los quehaceres domésticos, la ineludible vanidad adolescente y nuestra común evaluación del atractivo masculino, no teníamos grandes similitudes, o así me lo parecía a mí, por lo cual, aunque no me fuesen antipáticas en particular, tampoco tenía ninguna amiga demasiado cercana, y así me encontraba mejor. Reía con ellas aquí y allí, satisfecha con aquellos encuentros superficiales que les daban suficiente de qué hablar sin ahondar demasiado en mi carácter.

Cuando mis padres me habían pedido que viajase a la ciudad a cuidar de tía Lena, me había sentido esperanzada. A decir verdad, lo había pasado muy bien, pero no había entablado ninguna amistad sólida y había descubierto que era más difícil relacionarse con otros en un entorno urbano, quizás porque todos estaban tan ocupados y siempre parecían tener un propósito definido una vez salían a la calle. Por ende, aunque lo hubiese deseado, tampoco había conocido a nadie que no fuese un allegado directo de tía Lena. Todos ellos eran amables y, sin embargo, sus intereses me eran ajenos. Hablaban de guerras y tratados políticos, de salarios y de precios, de enfermedades y difuntos. Por mi parte, hubiese querido escuchar alguna de sus reflexiones personales, pero todos parecían, al igual que los habitantes de la aldea, concordar con sus propios refranes locales, los cuales reiteraban una y otra vez. Coincidían con los aldeanos en algunos: *Al que madruga, Dios le ayuda, El que las hace, las paga* y *Quien compra tierras, compra piedras. Quien compra carne, compra huesos. Quien compra huevos, compra cáscaras. Quien compra cerveza, no compra nada*

más. Aquellas eran sus verdades. Simples, pragmáticas y tal vez refutables para quien tuviese la paciencia. No era mi caso.

Había optado, pues, por ser sincera en mi respuesta a la familia que consideraba emplearme: aunque estaba por cumplir los veinticuatro años, nada me apetecía más que pasar un largo tiempo aislada del mundo que ya conocía, y lograría que las Navidades me bastasen para pasar tiempo con mi familia. Había explicado también que aún cuidaba de mi tía enferma y que esperaba hubiese recobrado su salud para cuando me diesen una respuesta definitiva, pues no habían explicado cuándo debía comenzar a trabajar, pero sabía que muy probablemente contratarían a otra candidata de no hallarme a su disposición para entonces. Había comunicado tanto a mi tía como a mis padres mi deseo de obtener la plaza, y todos se habían mostrado optimistas al respecto. Lo que no había compartido con nadie, y ni siquiera habría osado escribir en un diario íntimo, era el presentimiento que me embargaba. Quizás por el sinfín de novelas que había leído, quizás por mi innegable deseo de acercarme a una nueva realidad, desde que había respondido a aquel anuncio, me había sentido observada. Y aunque no era yo persona dada a la superstición, las historias de índole sobrenatural que estaban en boga en la época y que tanto disfrutaba debían ser la fuente de aquella inexplicable impresión. Al menos eso me repetía a mí misma.

2
Yo

Con base en lo anterior, muchos podrían pensar erróneamente que me consideraba una persona especial. Nada más lejos de la realidad. Sentía que, en la distancia que ponía entre yo misma y mis congéneres, se hallaba la mayor prueba de que era un ser humano defectuoso que no podía evadir sus propias limitaciones. Quería que los demás me agradasen. Compartía los ideales positivistas polacos que pugnaban por la igualdad de derechos de toda la sociedad, incluidos las mujeres y los campesinos. Deseaba la asimilación de las minorías judías polacas, aunque no conociese a ningún judío personalmente, y me entristecía el violento desplazamiento de la ocupación gradual y al final exitosa por parte de Austria-Hungría, el Imperio ruso y el Reino de Prusia, que habían cerrado tantas escuelas polacas, causando aquellos niveles de analfabetismo sin precedente contra los que mis padres luchaban como los patriotas convencidos que eran. Dependiendo de la dominación en una porción determinada del territorio polaco, el ruso y el alemán ya eran en el año en curso las lenguas oficiales del anteriormente llamado Reino de Polonia. Este había sido nombrado para entonces por los rusos *Tierras del Vístula*, río que recorre el territorio polaco, para evitar que llamásemos a nuestra tierra por su nombre. Sin embargo, aún solíamos hablar polaco entre nosotros, resistiéndonos a la imposición de nuevas costumbres sin recurrir a la violencia que había fallado con anterioridad, según contaban quienes la habían vivido. Sabía, pues, que era como los demás en los aspectos más básicos de mi propia humanidad, pero estaba segura de que no poseía más que desventajas en comparación con ellos. Hubiese querido sentir el mismo entusiasmo que ellos al respecto de las fiestas del pueblo, o cuando el circo se aproximaba a la localidad, y con este, la posibilidad de reír a expensas de algún rimbombante y por lo mismo siempre triste payaso. Lo cierto es que la

primera opción me aburría inmensamente, y la segunda me angustiaba de modo inexplicable. Detestaba la algarabía que los demás favorecían, ¡y cuánto hubiese deseado poder disfrutarla! Quizás, me decía, no me había topado aún con el bullicio hecho a mi medida. O quizás, y esto se me antojaba más acertado, no había hallado el silencio que me permitiese apreciarlo. Sabía que, en mis razonamientos, parecía culpar a los demás. Aun así, me culpaba a mí misma por mi desinterés en lo que les concernía. A todos, a excepción de mi familia. A mis parientes más cercanos sentía amarlos, por el contrario, de un modo casi desmedido, por lo cual también había creído que sería saludable para mí pasar aquella temporada con mi tía en Lublin. Me había habituado a hablar solo con ellos. Eran mis únicos amigos verdaderos, y era consciente de que aquello no era normal. Tal vez, pensaba, un apego excesivo me unía a mis padres y a mi hermano. Estar lejos de ellos, aun así, me había volcado más hacia mí misma. Y ahora que estaba por tomar un empleo tanto más lejos de ellos, me preguntaba si lograría al fin vencer las pesadillas que me atormentaban, en el curso de las cuales alguno de ellos perdía la vida de forma trágica sin que yo pudiese evitarlo. Aceptaba, pues, que no era mejor que nadie, prefiriendo la soledad a la proximidad ajena.

Mi hermano Aleksy tenía diez años, la misma edad de uno de los pequeños a quienes instruiría, por lo cual asumía que podría llevar a cabo mi tarea sin dificultad, cosa que había recalcado en mi aplicación. Mis padres me habían llamado Lucyna y nuestro nombre de familia era Pawlak. Me parecía ser lo bastante guapa para no enfadarme al mirarme en el espejo, y lo bastante común para no llamar demasiado la atención: después de todo, era solo un poco más alta que el promedio, de caderas generosas, talle estrecho y pechos medianos. Tenía una cabellera castaña rojiza muy larga y rizada, ojos negros y la tez pálida. Mi nariz era fina y recta, y mis labios, que eran casi tan pálidos como mis mejillas, tenían una bonita forma, siendo el superior de líneas algo puntiagudas, lo cual me daba cierto aire de elegancia que no buscaba procurarme por medio de adornos. Mi frente era amplia y mi barbilla pequeña, y por suerte no tenía grandes orejas, porque prefería llevar el cabello atado en una coleta en la parte

posterior de la cabeza. Tenía unas cejas oscuras y bien demarcadas que me agradaban, y pestañas también oscuras aunque delicadas. Mi aspecto era, pues, usual en la tierra donde había nacido, sin que ello signifique que la fisionomía de aquellos que me rodeaban no variase. Era saludable y no me fatigaba pronto; al menos no necesitaba ir a dormir demasiado temprano. Vestía con sencillez porque así lo prefería, no solo porque fuese lo que podía permitirse mi familia. Como bien se sabe, la falta de dinero no evita que algunas gentes caigan en excesos, procurándose el modo de destacarse por medio de lazos, cintas, peinados, encajes, botones y brocados llamativos. No era mi preferencia. Llevaba alrededor del cuello un discreto camafeo que había pertenecido a mi abuela y tenía dos vestidos, uno blanco de escote moderado para los meses más cálidos y uno negro bastante más abrigado de mangas largas, cuello alto y corpiño entallado para el otoño y el invierno. Siempre estaba limpia y preparaba mi propio perfume, una infusión de hierbas y flores silvestres con la cual también enjuagaba mis cabellos periódicamente. Parecía agradarles más a los muchachos del campo que a aquellos de la ciudad, aunque quizás me apresuraba en mis conclusiones: la gente del campo era más demostrativa, siendo menos consciente del modo en que miraba a los demás o cuán permisiva era con los movimientos de sus músculos faciales. Aun así, sin importar su procedencia, entre más instruida era una persona, mayor era el dominio que ejercía sobre sí misma, sus ademanes, inflexiones, el modo en que modulaba las palabras y el volumen que solía emplear para expresarse. Al menos así me lo parecía a mí. Podría pensarse que aquello correspondía a una pérdida de espontaneidad, pero yo sostenía que la capacidad de reflexión se manifestaba con naturalidad en una cierta elegancia en los gestos, y aunque aquello no quería decir que las personas reflexivas fuesen más amigables, sino quizás justo lo contrario, sí me daba la impresión de que, en circunstancias decisivas, aquella capacidad se convertía en sinónimo de sensatez y compasión. La gente se me antojaba, a menudo, cruel, más aún cuando se trataba de forasteros pobres o de personas que padecían alguna deformidad. El siglo XIX estaba por acabar, y yo me preguntaba si realmente aquello cambiaría algún día,

si las aspiraciones de los filósofos de la Ilustración, que a su vez habían emergido del humanismo gestado durante el Renacimiento, llegarían a verse reflejadas en el trato que nos dábamos unos a otros. Siglos atrás, el humanismo había osado soñar con una ciudadanía educada, honesta y prudente, con una participación ciudadana que permitiese proteger los valores públicos o cambiar lo que no fuese justo en una comunidad. La Ilustración, por su parte, había promovido el mérito científico, la libertad individual, la fraternidad, la igualdad, la tolerancia religiosa y la separación de la Iglesia y el Estado. Había pasado ya mucho tiempo desde que aquellos influyentes pensadores habían expresado con suma simplicidad preceptos básicos que, de ser realmente incorporados y difundidos, habrían sido fuente de armonía y paz. Y no era que innovasen. Todos sabemos en el fondo en qué consisten la justicia y la bondad. Ellos simplemente habían propuesto aquellos principios como ideales con fuerza y claridad para que sus contemporáneos se supieran dignos de estos, y de modo que la tiranía ya no intentase justificar un proceder mezquino ante el pueblo. Sin embargo, quienes han tenido el poder alguna vez no cesan de buscarlo jamás, y saben de sobra que la ignorancia del pueblo es el campo más fértil para sembrar de nuevo la mentira. Por lo tanto, no lograba yo aceptar del todo la devoción religiosa de mis padres, quienes a pesar de creer firmemente en la educación del pueblo parecían hacerse los de la vista gorda en lo pertinente al clero. Ambos eran católicos como la mayoría de los polacos y creían que Dios nos ayudaría a librarnos de los poderes ocupadores si todos nos uníamos en la perseverancia, la paciencia y la fe. Yo, por el contrario, no lograba reconciliar las nociones de libertad política y obediencia religiosa ciega. No que creyese que cuanto decía la Biblia era falso en sí, pues hallaba en ciertos pasajes obviedades de índole moral que cualquier adolescente habría sido capaz de formular y, en otros, belleza literaria. Lo demás era beligerante, contradictorio o descabellado. En suma, prescindible. Ocurría que, gracias a mis padres, irónicamente, no temía como ellos poner en entredicho la autenticidad de aquel enorme compendio de libros. Pero aquello no me perturbaba ni me interesaba demasiado. Aquellos textos no tenían relevancia para mí. En cambio, sí que la

tenía el hecho de que mis semejantes insistiesen en acudir a intermediarios para expresar su sentimiento religioso. Orar era, para mí, expresar un deseo con fervor. Eso y nada más, sin importar el culto del que se tratase. No comprendía, por lo mismo, por qué individuos instruidos y seguros de sus conocimientos no confiaban lo bastante en sí mismos ni en la deidad de su elección como para abordarla de modo empírico y directo. ¿No conocían acaso sus dioses sus mentes y corazones? La fe del creyente nunca era tan sólida y sincera como este lo afirmaba mientras necesitase de una congregación para no huir, o de un guía que lo mantuviese cabizbajo. Los sacerdotes polacos y aquellos importados del Imperio ruso, los pastores protestantes y los escasos rabinos que avistaba cuando pasaba por el barrio en el cual se hallaba relegada su comunidad me inspiraban una desconfianza innata. Todos ellos y sus cómplices, como los llamaba para mis adentros, fuesen monjas, presbíteros o miembros de la congregación demasiado cercanos que querían dar la impresión de reverenciarlos más que los demás. No parecían creer en lo que profesaban. Observaba sus posturas, escuchaba el tono con el que enunciaban las oraciones, notaba el desdén con el que correspondían a quienes los abordaban con aquel candor característico, esto aunque esbozaran una sonrisa que invariablemente había sido estudiada con cuidado. Distancia. Incluso los jóvenes curas que recién habían sido puestos a cargo de una parroquia, los cuales solían esforzarse en mostrarse joviales y enérgicos al inicio, estaban al tanto de que sus congéneres les adjudicaban cualidades sobrenaturales. Y ninguno de ellos estaba dispuesto a perder semejante potestad. Poder. El báculo imaginario con el que la colectividad los dotaba también los despojaba de inmediato de buena parte de su humanidad. Ningún líder puede dejar de sentir cierto desprecio por quien lo sigue. Secretos inconfesables, pensaba, en tanto el guapo cura que llevaba la comunión a mi tía enferma le administraba el sacramento. Yo también recibía de su mano la hostia consagrada, oh, sí. Aquello no merecía un despliegue de rebeldía por mi parte. Todo con tal de no dar explicaciones innecesarias a extraños. Mis padres estaban enterados a grandes rasgos de mi opinión al respecto de estos asuntos y decían

comprenderme, lo cual me bastaba. Quien no los comprendía del todo era yo. Cuando estaba en casa, insistían en que los acompañase a la pequeña iglesia de mi pueblo natal para que no perdiese oportunidad de participar en una actividad comunitaria que mantenía unido al pueblo polaco. Les daba gusto. En ese sentido, era libre de pensamiento, pero no de acción. Por suerte, los motivos de mis padres eran políticos. Habría odiado una intromisión en mis creencias personales, las cuales, en ese entonces, se acercaban a aquellas de mis queridos filósofos de la Ilustración. El mío era un deísmo irreligioso, y no sabía si aquel *Ser Supremo* era la naturaleza o el espacio que podía contemplar desde la Tierra, si era un conglomerado de sensaciones primordiales que había heredado de mis ancestros, remontándose estas a los primeros hombres y las primeras mujeres que habían existido, si no era más que un deseo pueril de sentir que podía apelar en silencio a una inteligencia magna y omnipresente capaz de socorrerme, o una fuerza parecida al concepto del destino sin la connotación trágica que le daban los poetas helenos. Lo único que podía decir con honestidad al respecto era que creía en el bien y el mal como si estos tuviesen vida propia y fuesen capaces de obrar a través de las petulantes pero frágiles criaturas que éramos los humanos. Había experimentado el bien en la ayuda desinteresada y el cariño que se daban unas personas a otras. El mal, como tal, solo lo había sentido palpablemente en un par de ocasiones: la primera, en la feroz mirada de un hombre que merodeaba los alrededores de la granja cuando yo era muy niña, la cual me había hecho correr al interior de la vivienda y poner el cerrojo. Nunca había vuelto a ver a aquel hombre. La segunda, el 30 de diciembre de 1893, cuando caminaba al anochecer desde la biblioteca hacia la casa de tía Lena en Lublin. Había sentido que el vello de mi nuca se erizaba así, sin más, y me había dado la vuelta en busca de alguna presencia que pudiese explicar el miedo visceral que de repente me había embargado. La calle estaba desierta. De nuevo, había cruzado la distancia que me separaba de la casa corriendo hasta casi quedarme sin aliento, y había cerrado la puerta con la pesada tranca. Sabía que mi comportamiento era irracional, y aun así no había podido ir en contra de mi instinto.

Había pasado la noche mirando por la ventana a la espera de alguna silueta que confirmase de algún modo que el mal había estado, en efecto, presente en las inmediaciones de la pequeña y cómoda edificación que me acogía, pero nadie pasó ante mis ojos hasta el amanecer y al fin el sueño me venció.

3
La despedida

Tía Lena preparó una cena deliciosa la noche previa a mi partida. Degusté su *gołąbki*, plato tradicional que consistía en res finamente picada, cebolla y cebada; mezcla que se envolvía en hojas de repollo hervidas. Lo había servido en una bonita bandeja de cerámica ornamentada con flores azules y amarillas. Si aquella no era prueba de su recuperación total, no sabía yo qué podía serlo. Tía Lena era una gran cocinera y la comida aquella noche estaba tan buena como en las mejores épocas.

—Cuando llegues a tu destino, no olvides cerrar con llave la habitación que te asignen cada vez que estés a solas en su interior, no importa que sea noche o día —me había dicho con expresión a la vez severa y concernida—. Ciérrala también con llave al salir. Nunca se sabe que alguien desee inmiscuirse en ella.

Aquel amable consejo me había puesto nerviosa, sobre todo por el miedo que había sentido la noche anterior.

—¿Por qué lo dices, tía? ¿Tienes un mal presentimiento, acaso? —inquirí, tragando en seco. Su expresión se suavizó de inmediato.

—Nada de eso, Lucyna querida —sonrió, aunque su mirada aún no recobraba su desprevención habitual—. Ocurre que muy probablemente te veas obligada a compartir un techo con hombres que no son de tu familia. Hombres que, a diferencia de los que te quieren bien y de forma desinteresada, podrían querer sacar provecho de su posición de autoridad, o simplemente de su condición masculina. Eres lo bastante despierta como para saber a lo que me refiero. Con seguridad habrás escuchado historias de lo que con frecuencia ocurre a aquellas mujeres que no cuentan con ser sorprendidas en soledad por un canalla malintencionado, así como los posibles resultados de dichos encuentros. Embarazos extramatrimoniales, pérdida de su buena reputación y su plaza de

trabajo, entre otros. Las consecuencias suelen ser muchas y siempre nefastas. Por ende, reitero: cierra tu habitación con llave. Y procura también contar con la compañía de alguna criada cuando no estés con los niños. Lo mejor que puedes hacer es estar siempre en presencia de la señora de la casa. Que ella siempre te vea sin que por ello la incomodes. Eres una muchacha prudente y de finos modales, por lo cual sé que no importunarás a tus empleadores opinando, hablando o riendo en exceso. Sin embargo, no está de más que te diga que, si en algún momento creyeses estar en peligro, no dudes en regresar sin perder tiempo. Tu integridad vale más que cualquier empleo.

Asentí con solemnidad, helada por dentro. Sabía a lo que se refería. Si bien no había pensado que ser ultrajada por alguno de mis patrones u otro empleado fuese una posibilidad, ahora que tía Lena la mencionaba, me sentía bastante atemorizada.

—Tengo la esperanza de que mis empleadores sean personas honorables y respetuosas —dije, y casi quise reír de mis propias palabras. Sabía que la gente solía hacer pésimo uso del poder que tenía, por escaso que fuese, más aún cuando se trataba de gente con mucho dinero. Y esta daba la impresión de serlo—. Pero, por supuesto, te haré caso. También procuraré estar alerta todo el tiempo.

—Me inquieta que aún no conozcamos el nombre de la familia para la que has de trabajar, ni la ubicación de la propiedad donde vivirás. Todo es tan vago —dijo en un susurro.

—Explicaron cuán importante es para ellos la necesidad de saber que no estarán en boca de nadie. Son gentes reservadas. Estas son épocas tensas en cuestiones políticas. Probablemente se deba a eso, nada más —repliqué, deseando tranquilizarme a mí misma. De repente, el entusiasmo que sentía se había tornado en desconfianza—. Lo peor que puede pasar es que deba tomar algunos carricoches y diligencias para regresar. Tengo suficiente dinero para pagar pasajes y para comer durante el regreso —mentí—. No es nada que la abuela no haya hecho en su juventud, tía Lena.

—Lo sé. Ocurre que yo nunca tuve que preocuparme por tu abuela. No había nacido cuando ella era una jovencita empecinada como tú —rio.

Reí con ella de buena gana y recogí la mesa. Dejé en el recibidor una carta para mis padres y mi hermano Aleksy que tía Lena enviaría al día siguiente cuando yo ya hubiese partido. El cochero pasaría por mí poco después del amanecer. Pensé que, después de todo, era sensato considerar las peores eventualidades, y me alegró haber llevado conmigo mi cortapapeles de plata. Lo empaqué en mi pequeña valija, extinguí la luz de mi lámpara y me fui a dormir muy temprano aún para despertar a tiempo. Deseaba lavarme y peinarme con esmero antes de emprender el viaje. Todo estaba, pues, listo.

Desperté antes de las seis. Tras lavarme, me puse el vestido negro que usaba a diario para resguardarme del frío y puse mi camisón de dormir en la valija. Después de peinarme, guardé también mi cepillo y mi espejo, bebí una taza de leche con miel y me puse el abrigo, que contaba con una amplia capucha y era de un color verde muy oscuro. Poco después, el cochero llamó a la puerta. Era un hombre de pocas palabras, de estatura promedio, porte erguido y expresión grave. Su cabello era oscuro y vestía de negro impecable, aunque llevaba guantes blancos. Recibió mi valija y la acomodó en el interior del coche junto al lugar que yo ocuparía. Tía Lena me dio un fuerte abrazo y me entregó un cesto con panecillos dulces y una botella de agua fresca para el camino.

—Escríbenos a todos en cuanto llegues, tesoro —me dijo, estrechándome una vez más.

Prometí que lo haría y acepté la mano del cochero, quien me ayudó a subir al sobrio y bello coche, cerrando la portezuela tras de mí. A pesar de que se notaba que era lujoso por los materiales empleados para su fabricación y la tela que recubría el asiento sobre el que me había acomodado, un fino terciopelo negro que lucía muy pulcro, no llamaba demasiado la atención. Tampoco tenía ningún distintivo, como los coches de algunas familias que llevaban sus monogramas o algún escudo particular, grande o pequeño. Parecía ser cierto que aquella familia era poco amiga de ostentar, lo cual me agradaba y a la vez azuzaba mi curiosidad. El cochero se instaló en el asiento delantero que estaba posicionado fuera de la calesa, a la intemperie. Azuzó los cuatro caballos grises de crines blancas que nos llevarían a

nuestro destino, e iniciamos la marcha. Me despedí con la mano de tía Lena, quien aún vestía su camisón de dormir, aunque llevaba puesto el abrigo de invierno por encima. Su cabello rojo y revuelto a duras penas si mostraba algunas hebras plateadas. Era una mujer guapa como mi madre, y en cuanto recobrase el peso que había perdido, volvería a ser el deleite de la comunidad. Tía Lena había enviudado cuando era joven y nunca se había vuelto a casar. Tampoco había tenido hijos. Tenía, aun así, algunos pretendientes y una vida bastante agradable aunque recatada. Conforme nos alejábamos, sentí que recobraba gradualmente mi optimismo natural, y para cuando salimos de Lublin y nos adentramos en la campiña que aún no perdía todo su follaje, ya me sentía contenta. El cielo retenía la oscuridad de la noche y las ramas desnudas de los árboles altísimos se recortaban contra él. Hacía mucho frío dentro del coche, por lo cual me regocijé en el grosor de mi abrigo y mis largos calcetines de lana. Por lo demás, el asiento era cómodo y mullido. Habría podido permitir que el sonido de los cascos de los caballos me arrullara, pero estaba demasiado entusiasmada para dormir. La naturaleza alrededor, por el contrario, no parecía querer despertar. Era casi imposible atisbar algún animal en aquella época del año. Las aves habían migrado y hasta las más valientes ardillas se refugiaban del frío en sus madrigueras. Sin embargo, aquel paisaje helado me hechizaba, y permanecí con la vista fija en las hileras de árboles que se sucedían ante mí. Me había embarcado en una verdadera aventura. Era una empresa arriesgada que, de todos modos, me llenaba de una alegría inexplicable. No tenía mucho que perder más que la monotonía que no prometía demasiado si me empeñaba en permanecer en el mismo lugar. No sabía qué podría ganar más allá de dinero y experiencia, pero sabía dentro de mí que las posibilidades desconocidas eran la verdadera causa de mi fascinación.

Nos desplazamos con rapidez durante algunas horas entre bosques y colinas, y nos detuvimos en el primer poblado que nos topamos en el trayecto. Aquel era muy pequeño, de unas cinco cuadras de longitud, con apenas una taberna y una granja. Había devorado para entonces los panecillos dulces y tenía hambre de nuevo. El cochero me ayudó a

bajar del coche y dijo que ordenaría algo de comer para los dos. Me alegró que mis empleadores le hubieran proporcionado dinero para esto, pues no tenía yo con qué comprar ni una aguja. Aproveché para refrescarme mientras el posadero llevaba la merienda a la rústica mesa de madera oscura frente a la cual el cochero me aguardaba. No olía mal en aquel lugar a pesar de la proximidad de la granja. Había una pequeña estufa de carbón en el recinto pero no estaba encendida. Sin embargo, se estaba mejor dentro de la posada que en el coche. Al ocupar mi taburete, el cochero me miró a los ojos por primera vez. No lucía fatigado, por lo cual deduje que estaba acostumbrado a trabajar con ahínco. Tampoco parecía haberse enfriado demasiado guiando el coche a la intemperie.

—¿Qué tal son nuestros patrones? —me atreví a preguntarle tras aclararme la garganta.

El cochero, tras mirar a ambos lados, replicó:

—No tengo permitido hablar al respecto. Ya se enterará usted misma de lo necesario cuando lleguemos a nuestro destino. Por el bien de los dos, le pido que no me haga más preguntas.

—No quise parecer entrometida ni suscitar problemas —dije, deseando no haber abierto la boca. El hombre simplemente asintió y clavó la mirada en la mesa.

Aquella breve conversación me generó un profundo desasosiego, más porque no quería dar una impresión errónea que por otro motivo. Temía que el cochero dijese a los patrones que yo era una fisgona inoportuna antes de haber siquiera iniciado mis labores.

El posadero nos trajo cerveza, cordero hervido, trozos de cebolla larga cruda, pan y un platito con sal. Me forcé a ingerir los alimentos tan pronto como pude, pues aunque había perdido el apetito a causa de las palabras de mi acompañante, me dije que este, quien había engullido los contenidos de su plato y ya terminaba de beber su jarro de cerveza, tenía prisa. Se puso de pie para pagar y se dirigió a la salida tras dar varias monedas al posadero. Yo me incorporé para seguirlo pero, antes de cruzar el umbral, me di la vuelta para agradecer al posadero. El hombre me miró con semblante lastimero e hizo la señal de la cruz en el aire, como bendiciéndome.

—Que el Señor te acompañe, muchacha —murmuró en polaco.

Aunque tanto su gesto como sus palabras se me antojaron normales, pues la gente del campo suele ser bastante piadosa, su expresión me desconcertó. Me dije que quizás había escuchado mi intercambio de palabras con el cochero, concluyendo que este me había amonestado de más. Después de todo, mi pregunta había sido perfectamente natural.

—Gracias —le dije esbozando una pequeña sonrisa, pero absteniéndome de retornar el deseo de compañía divina, pues aquello no hacía parte de mis hábitos—. Que tenga un buen día.

En cuanto subí al coche y los caballos iniciaron su trote ligero, caí profundamente dormida. Soñé que estaba en la posada. El cordero que me habían llevado estaba crudo en su totalidad, hundiéndose en un plato de sangre. El cochero me decía que debía consumirlo así para no enfadar al patrón, y decía también que era muy importante que consumiera la sangre sin dejar gota. Yo rehusaba hacerlo, alegando que no era devota y por ello el cordero no era para mí. El cochero decía:

—Quizás eso mismo le salve la vida.

Desperté abruptamente. Estaba sudando a pesar del frío y la oscuridad reinaba fuera del coche. Debían haber pasado muchas horas, pero no sabía cuántas. Me incliné hacia la ventanita que comunicaba el compartimiento del coche con el asiento del cochero y deslicé el cristal que nos separaba para que él pudiese escucharme.

—¿Estamos cerca? —inquirí.

—Estamos aproximadamente a una hora de camino —replicó—. ¿Necesita que detenga el coche para que pueda refrescarse?

—No, muchas gracias —respondí—. Puedo esperar.

Volví a cerrar la ventanita y me arrebujé en mi lugar. ¡Qué sueño más extraño había tenido! Se lo atribuí a la bendición del posadero y a mis reflexiones habituales acerca de la fe cristiana. Si la familia que me había empleado esperaba que acompañase a los niños a misa, lo haría, por supuesto, pero esperaba no tener que fingir una convicción que no sentía. En aquel momento, el camino se tornó ascendente y el aire mucho más frío. Dejamos atrás terrenos baldíos en los que no

pude avistar siquiera una edificación y nos adentramos en un bosque en su mayoría compuesto de pinos y abetos que no se habían despojado de sus hojas a pesar de la estación.

Tras avanzar el coche un buen rato siguiendo el contorno de la montaña, ahogué una exclamación: las almenas de un castillo se asomaban por encima del bosque. Supe que aquella era la morada a la cual nos dirigíamos, y el entusiasmo me embargó. Aun si la estructura permanecía oculta tras los árboles y solo podría verla en su totalidad cuando estuviese frente a ella, mi corazón batió con anticipación. Los caballos estaban cansados; lo sentía en el ritmo trabajoso de su progreso. Sin embargo, me pareció que se desplazaban con mayor rapidez a medida que nos acercábamos a la cima. La luz de la luna menguante iluminaba débilmente el cielo nublado en el que apenas si brillaban unas cuantas estrellas dispersas; la negrura de la noche se imponía sobre nosotros y sobre el lugar que nos aguardaba. Todo aquello se me antojaba fantasmagórico, como si el velo de la realidad se hubiese rasgado para permitirme pasar a un confín oculto en el que siempre había existido una fantasía exquisita y siniestra. Los caballos relincharon cuando el cochero los hizo frenar ante una antigua reja de hierro forjado que se abrió sin que yo notase quién realizaba la operación. Nuestro coche surcó entonces un estrecho camino de tierra sobre el cual se trenzaban las ramas de un centenar de árboles, y escuché que la pesada reja se cerraba tras de nosotros con fuerza. Al otro lado del vasto claro que se abría ante el camino vislumbré un alto muro de piedra en el cual una nueva reja se elevaba para dejarnos pasar. Al franquear el arco apuntado que hacía las veces de portal, me percaté de que recorríamos un puente levadizo que atravesaba un foso rebosante de aguas oscuras y heladas en las que se reflejaba la luna. Al otro lado nos esperaba una ancha muralla cuya apertura gloriosa, según pude apreciar en la penumbra, consistía en un segundo arco apuntado del cual sobresalía el marco de piedra. Todo aquello superaba mi imaginación con creces. Estaba anonadada, y a mi pesar, bastante atemorizada, pues comprendí que dejar aquel lugar por mi propia voluntad sería imposible. Me hallaba, sin lugar a dudas, para bien o para mal, a merced de la familia que había decidido

emplearme. Pasamos bajo el segundo arco, el cual era tan alto como el puente levadizo era largo, y nos encontramos en un vasto patio descubierto cuyas dimensiones me fue imposible estimar en la oscuridad. En ese instante, el puente levadizo fue izado por medio de un sistema de gruesas poleas y cadenas que lo sujetaban con firmeza, y tampoco logré divisar a quien realizaba la maniobra. El puente se cerró como un inmenso portón tras de nosotros, y tuve la certeza de encontrarme dentro de la fortaleza que había avistado desde el camino. La muralla a nuestras espaldas debía haber sido construida con el fin de proteger a los señores del castillo de los enemigos invasores durante un primer intento de ataque. La que ahora estaba ante nosotros, más alta aún, abarcaba, según deduje, los contornos de la edificación en sí, dejando fuera el extenso espacio a la intemperie en el cual nos habíamos detenido. Dados la doble muralla y el grosor de los bloques de piedra empleados en la construcción de esta, conjeturé que la edificación era medieval: aquel era un castillo concéntrico, de los cuales mi padre me había hablado con vivo interés, siendo como lo era un apasionado de la masonería y la arquitectura. Un ancho torreón de piedra oscura se erigía ante nosotros.

El cochero bajó de su asiento, y como si no hubiese permanecido en la misma posición durante horas, abrió la puerta del coche con suma presteza. Tras tenderme la mano, me ayudó a bajar a mi vez. Comenzaba a nevar y algunos copos helados rozaron mi rostro.

—Nos encontramos frente al ala sur del castillo —dijo, respondiendo a la pregunta que yo no había formulado. Acto seguido, tomó mi equipaje y caminó con paso ágil—. Venga conmigo, señorita.

Conforme seguía al hombre en dirección a la torre, vi que esta contaba con un portón de madera oculto a medias bajo una rama desnuda que empezaba a recoger nieve. Nos detuvimos ante el portón, a lo que el hombre extrajo de su abrigo un juego de llaves. Introdujo una de ellas en el cerrojo de hierro y, tras hacerla girar, empujó el portón con su brazo derecho.

—Bienvenida —dijo, gesticulando para que entrase.

No supe si temblaba a causa del frío o del miedo, el caso es que le obedecí, ingresando a la torre en la más inescrutable oscuridad.

Escuché que la puerta se cerraba tras de mí, y también escuché que la llave volvía a girar en el cerrojo. Poco a poco, una tenue luz iluminó mi entorno: el hombre había encendido una lámpara de aceite. También había depositado mi equipaje en el suelo, junto a la lámpara. Tras enderezarse, decretó:

—Sírvase de tomar su valija y la luz. Debe ascender hasta el tercer nivel y dirigirse a la estancia que encuentre abierta e iluminada. Allí la aguardan.

—Pero… —protesté, temerosa. No me sentía capaz de recorrer aquel lugar a solas.

—No me está permitido el acceso al lugar donde debe presentarse. Aquel está reservado solo para la familia y ciertos sirvientes. Siento no poder acompañarla. Son las reglas. Ahora, si valora su posición, recomiendo que no se haga esperar. Será mejor que no se acarree disgustos.

Para entonces, la fatiga y el hambre que sentía solo incrementaban mi nerviosismo. Me dije que no era momento para ponerme con remilgos; había anhelado la plaza de institutriz y aquella no era más que la realización de mis deseos.

Así pues, tomé mi equipaje y la lámpara, iluminando los peldaños que ascendían ante mí. A causa de la oscuridad, el estrecho pasadizo de piedra parecía no tener fin, y solo cuando arribé al rellano supe que había alcanzado el segundo nivel. Allí hallé una sola puerta, la cual estaba cerrada. Proseguí mi ascenso por el único tramo de peldaños que encontré. Estaba francamente aterrada. ¿Quién aguardaría mi llegada a esa hora? Según mi noción del tiempo, ya debía haber pasado la medianoche. Aunque sabía que no era mi culpa, no quería perturbar a nadie, e imaginaba que mis empleadores habrían postergado su hora de descanso con el fin de recibirme. En aquel momento fui en exceso consciente de mi apariencia. Con seguridad lucía poco compuesta tras el largo viaje, y no había pensado siquiera en revisar mis vestidos antes de bajar del coche. Sin embargo, era demasiado tarde para eso, y ya había alcanzado el tercer nivel. Una alfombra persa cubría el vestíbulo que desembocaba en tres puertas de madera barnizada. Una de ellas estaba abierta, y a través

de la apertura se colaba la luz hacia el rellano en el que me había detenido. Di algunos pasos hacia la estancia sin atreverme a cruzar el umbral. Deposité mi valija sobre la alfombra del rellano, que a pesar de lucir algo desgastada era preciosa, y me obligué a elevar la vista para observar el interior de la habitación.

Un colosal candelabro de suelo ubicado cerca del muro del fondo sostenía varias velas que goteaban con lentitud sobre sus respectivos cálices broncíneos. A escasos pasos de este, ante un ventanal amplio, se hallaba un largo y mullido sofá tapizado de seda verde con brocados de hilo de oro. Las cortinas de denso terciopelo negro habían sido atadas con finos sujetadores a los extremos, de modo que la magnificencia del exterior del sudoeste del castillo pudiese ser escrutada. Frente al sofá, una baja mesa redonda de apariencia turca sostenía varios tomos de grandes libros empastados en cuero color borgoña, así como una preciosa lamparita de aceite cuyo cristal verde pálido derramaba una luz aguamarina sobre la madera clara que, por su exótico aroma, deduje debía haber surgido de algún árbol oriental. Una alfombra de matices azules, verdes y ocres se extendía bajo la mesa cubriendo el suelo de piedra. Aquella habitación, pues, no solo era rica sino también acogedora.

—Adelante, señorita Pawlak.

La voz masculina proveniente del interior de la habitación me sobresaltó. Por poco dejé caer la lámpara que aún sujetaba. Habría jurado que no había nadie allí. Sin embargo, al dirigir la mirada hacia la penumbra desde donde provenía la voz que me había abordado en polaco más allá del ventanal, detecté un movimiento. A la sazón discerní la figura de un hombre alto que se hallaba de pie observando un libro de cubierta negra con una inscripción plateada. Iba vestido de negro de pies a cabeza. Sus ropas se confundían con la negrura del muro en las sombras, y sus largos cabellos oscuros ocultaban el perfil de su rostro por la inclinación de su cabeza. Se volvió hacia mí para encararme, y cuando sus ojos encontraron los míos, por poco me desvanezco, pues creí verlos encenderse. Quise gritar. Como si pudiese leerme el pensamiento, él rio con tono jubiloso.

—Veo que la asusté. No tema. Pase —habló de nuevo en polaco.

Se volvió hacia la luz en tanto pronunciaba aquellas palabras. En ese momento me percaté de que poseía una hermosura sin par. Siendo incapaz de modular palabra, le obedecí. Ingresé al recinto y me detuve ante la mesa, a una prudente distancia de él.

Él cerró el libro con la mano con que lo sostenía, y el sonido retumbante que produjo hizo que me estremeciese por dentro. Sin embargo, logré controlar mis movimientos. Tuve que felicitarme por no gritar. El hombre tomó asiento en el extremo derecho del sofá, depositando el libro sobre la mesa e indicando por medio de un gesto que me acercase. Lucía cómodo. Parecía ser joven, quizás incluso de mi edad, pero no tenía en absoluto un aire juvenil sino uno de autoridad y seriedad. Era imposible no sentir su presencia.

—Siéntese. Este mueble es lo bastante largo para diez de nosotros; le aseguro que su proximidad no hará que me sienta amenazado.

Su voz era profunda y regular. Me pareció que su tono era risueño. A pesar de ello, a duras penas si pude asentir y dirigirme al sofá, ocupando el extremo opuesto al suyo sin relajar mis músculos.

—Largo viaje desde Lublin, ¿verdad? —inquirió—. Debe estar exhausta y famélica. Descuide, en breve le será enseñado su dormitorio, en el cual la aguarda una cena apropiada.

—Muchas gracias, señor —dije. Aún no conocía su apellido, por lo cual no podía emplearlo para dirigirme a él.

—Domány-Nádasdy es nuestro nombre de familia —replicó, terminando la frase por mí. Había escuchado la segunda parte de aquel apellido compuesto en algún lugar, o quizás lo había leído en un libro de historia—. Nuestros ancestros se asentaron en Polonia hace un par de siglos, pero nuestra familia proviene de Hungría. Aun así, amamos la tierra que nos acogió y compartimos la enemistad del pueblo polaco hacia el Imperio ruso. Podría decirse que, después de tanto tiempo, nos sentimos polacos.

Aquel breve discurso que abarcaba la política contemporánea logró que bajase la guardia en cierta medida. El tema hacía que me sintiese más cerca de la realidad y no en un país fantasma. Mi interlocutor no estaba desprovisto de afabilidad, y aunque creí detectar en su tono cierta condescendencia, esta parecía ser genuina, una rara forma de

compasión derivada de quien no puede desconocer su propio poder y la debilidad del otro. Sus palabras parecían darme la bienvenida, pero su expresión parecía decir *pobre señorita Pawlak*.

—Mi nombre es Baltasar Bátor Domány-Nádasdy, y soy el tío de los niños a quienes a usted corresponde instruir. Su padre y madre murieron irremediablemente, dejándolos a cargo de sus parientes más cercanos, entre quienes me incluyo.

No pude evitar fruncir el ceño. ¿Qué muerte era, acaso, remediable? Él elevó una ceja de modo casi imperceptible, un dejo de sorpresa que se esfumó de inmediato.

—Me refiero, por supuesto, a que hicimos lo posible por salvar a mi hermana y a su marido del mal que finalmente los abatió, pero hay cosas que el poder y la riqueza no pueden solucionar —sentenció.

Su tez estaba dotada de un tinte áureo apenas perceptible, semejante al del bronce sin bruñir. Poseía un rostro de justas proporciones y facciones exquisitas: labios bien formados cuyos extremos superiores se curvaban hacia arriba con sutileza, una nariz algo huesuda a la altura del puente que no era ni gruesa ni fina y espléndidos ojos ambarinos. En torno a estos se esbozaba un sombreado tenue, aquel que es parte intrínseca de la fisionomía y no producto del cansancio, que enfatizaba la profundidad de su mirada. Las largas cejas rectas se elevaban con suavidad hacia las sienes, sumándole elegancia y decisión a su magnífico semblante. El suyo era uno de esos rostros masculinos que no necesitan de barba o bigote para lucir más viriles o agraciados: la piel semitranslúcida de sus mejillas revelaba el cuidadoso afeitado de una barba uniforme. Su mandíbula poseía una forma triangular y su barbilla ostentaba una grácil hendidura en la mitad. Sus cabellos castaños caían sobre sus hombros y su espalda en ondas sueltas de longitud desigual. La luz de las velas les arrancaba reflejos cenizos, pero en la penumbra lucían casi tan oscuros como su traje inmaculado. Llevaba camisa negra de cuello alto como era la usanza en la época, chaqueta negra con sobrios tejidos de arabescos negros y pantalones negros. No llevaba chalina. Sus botas, también negras, eran cortas y estaban bien lustradas. De repente me sentí muy mal presentada para estar en medio de tanto

lujo. Él hizo un veloz ademán con sus dedos largos, como quien recuerda algo importante.

—En breve serán las diez de la noche —afirmó.

Un segundo después, diez campanadas de un reloj llegaron hasta mis oídos. Creía yo que nos habíamos tardado más en viajar desde Lublin. Miré a mi interlocutor para descubrir si acaso sujetaba en su mano un reloj de bolsillo, pero no era el caso.

—Mi sentido del tiempo es bastante preciso —dijo, y sonó casi como si se estuviera disculpando—. Sé que el cochero debe haberse detenido en algunos momentos para que los animales pudiesen descansar.

Yo solo recordaba habernos detenido en la posada, pero quizás el cochero se había detenido de nuevo mientras yo dormía.

—Sin embargo —prosiguió—, es un viaje arduo para cualquiera, por lo cual una doncella vendrá a buscarla para guiarla a sus aposentos. El ama de llaves se encargará de darle instrucciones al respecto de mis sobrinos y las normas de la casa en la mañana. Por el momento, solo tengo algunas reglas para usted: asegure su habitación con la tranca cuando se disponga a dormir. Cierre, asimismo, las ventanas y las cortinas. No abra la puerta de su habitación a nadie entre la medianoche y el amanecer.

Sentí que me sonrojaba intensamente. No pretendía dar inicio a una relación ilícita mientras llevaba a cabo mis labores de institutriz. Me dije que quizás una de mis antecesoras había perturbado la paz de la familia tomando como amante a algún empleado del castillo, permitiendo que este se colase en su habitación durante las horas de la madrugada con la convicción de que nadie los sorprendería. Por mi parte, sin ser en absoluto mojigata como las señoritas inglesas refinadas de mi época, y aunque comprendía las costumbres mal llamadas *libertinas* de las mujeres francesas que solían tener amantes antes del matrimonio, consideraba impensables aquellas transgresiones para con la confianza que los dueños de casa depositaban en los empleados con quienes compartían su techo.

Él dio un respingo y rio por lo bajo.

—No insinúo que no sea usted capaz de comportarse con perfecta subordinación, señorita Pawlak. Este castillo es viejo y en él viven

muchas personas. Le exijo, pues, que cuide su propia integridad física acatando estas sencillas reglas.

—Así será, señor Domány-Nádasdy —dije, tragando en seco al recordar el consejo que mi tía me había dado.

—Deseo, además, darle una instrucción adicional.

—Por supuesto, señor —asentí.

—Eche al fuego cualquier artilugio cristiano que haya traído con usted. En esta casa somos poco amigos de la Iglesia.

Sonreí con sincero entusiasmo al escuchar aquellas palabras y dije, sin medir mi orgullo:

—No poseo ninguno.

Él inclinó la cabeza hacia un lado y me miró de un modo que, de haberse tratado de otra persona, habría interpretado como ternura:

—Le creo —dijo—. Aun así, debo advertirle: tiene estrictamente prohibido recibir de manos de otros miembros de la servidumbre cualquier tipo de íconos religiosos o bendecidos, desde una Biblia hasta una reliquia. No deseamos exponer a los niños a semejantes disparates. Sus parientes adultos los encontramos, por lo demás, del peor de los gustos. ¿Está claro?

—Perfectamente claro, señor.

—Excelente —respondió, e hizo sonar una campanita que reposaba junto a él sobre un bajo pilar de piedra ornada en el cual yo no había reparado hasta el momento—. La ayuda de cámara vendrá a buscarla en breve.

Dicho esto, se puso de pie y salió por una puerta accesoria ubicada al flanco derecho de la estancia, la cual cerró tras de sí. Me pareció oír girar la llave en el cerrojo desde el otro lado.

Al cabo de unos minutos, una mujer madura de cabellos grises recogidos apareció en el umbral por el cual yo había entrado. Llevaba un sencillo vestido negro con delantal blanco y una luz en su mano derecha.

—Buenas noches —dijo en polaco, aunque me pareció que su acento era extranjero. La expresión de su semblante era seria pero no antipática—. Tome su lámpara y sígame. La llevaré a su habitación.

Ella tomó mi valija y se dio media vuelta. Al salir de la habitación,

vi que la puerta del rellano que estaba cerrada a mi llegada ahora estaba ligeramente abierta. Ella la empujó para que pudiésemos pasar y la seguí a corta distancia. La puerta desembocaba en un largo y ancho corredor de techo alto que comprendía seis puertas a cada lado. Me costaba asimilar la enormidad del castillo, así como calcular sus dimensiones reales durante aquel recorrido parcial de su interior, pero debía ser al menos cuatro veces más grande que el ayuntamiento de Lublin. El pasillo no estaba alfombrado ni decorado pero las puertas eran hermosas y antiguas, de pesados listones de madera lisa sujetos con travesaños de hierro forjado ornamentado. La mujer se detuvo ante la tercera puerta a nuestra derecha, depositó mi valija en el suelo y extrajo una llave de hierro de su delantal, la cual insertó en el cerrojo y giró para dejarme pasar. La habitación estaba tibia, lo cual agradecí desde lo profundo del alma. Al fondo, en la esquina izquierda, el fuego ardía en un amplio hogar. La cama era grande y bella, de cuatro pilares de madera tallada. Estaba dotada de cortinas de color verde oscuro decoradas con motivos de aves y árboles frutales que, entreabiertas, revelaban un edredón del mismo color. Junto al lecho divisé un escritorio sobre el cual se había dispuesto una bandeja de plata con mi cena. Deposité mi lámpara junto a las fuentes de comida aún cubiertas y agradecí a la mujer, quien me hizo entrega de la llave de mi habitación.

—El ama de llaves pasará a buscarla a las siete. Procure estar lista para entonces. Asegúrese de echar llave a la puerta al salir.

Me dio las buenas noches y salió con paso silencioso, ajustando la puerta a sus espaldas. La aseguré sin perder tiempo tanto con la llave como con la tranca de hierro que hallé a su costado, y me dirigí presurosa al escritorio con el fin de devorar la cena que me aguardaba. La silla era bella y cómoda, estilo Luis XVI, de cojines verdes más claros con rebordes dorados y madera nítidamente tallada, también pintada de dorado, en la que se apreciaban flores y hojas. El escritorio era más sobrio y rústico; daba la impresión de ser bastante más antiguo que la silla.

Mi cena había sido servida en fuentes de brillante plata pulida, cada una con su tapa respectiva: un recipiente contenía sopa de remolacha

con crema y cebollín; otro, pato asado con manzanas y patatas. El pan tibio venía envuelto en la servilleta de tela. Disfruté cada bocado como si no hubiese comido en años, bebiendo lentamente la exquisita *nalewka*, tintura alcohólica tradicional polaca que, por su sabor, color y opacidad, concluí había surgido de la infusión de grosellas negras. Me dije que la bebida debía ser patrimonio del castillo, como solían serlo las *nalewki* de la nobleza en nuestra tierra, cuyas recetas secretas solo eran compartidas a modo de herencia familiar cuando el poseedor de esta fallecía. Nunca había probado una mejor. Sonreí pensando que, si iba a ser alimentada con platillos tan deliciosos de costumbre, en poco tiempo no cabría en mis vestidos. Ya alimentada, suspiré satisfecha y miré alrededor: aunque los fundamentos de la habitación pertenecían al Medioevo, se le habían hecho añadiduras posteriores importantes como la chimenea, los marcos de las ventanas y sus diáfanos cristales. Me acerqué a la ventana, y ya que las pesadas cortinas de varios vuelos se hallaban abiertas, miré hacia fuera: vislumbré maravillada un amplísimo patio interior dotado de árboles, varios senderos y una fuente de piedra esculpida en cuya cúspide se apreciaba la estatua de lo que en la distancia parecía ser un ángel. La fuente desembocaba en un estanque de oscuras aguas. Pensé que era curioso que mis empleadores tolerasen aquella estatua pero no otras imágenes de símbolos religiosos, y me dije que quizás se debía a su valor artístico. Desde mi habitación podía observar las ventanas de las otras alas del castillo, las cuales también encaraban el patio interior. Puesto que me hallaba en el ala oeste, el ala este se hallaba justo ante mí. Si las cortinas de las demás habitaciones eran tan gruesas como las mías, sería difícil saber si había una luz encendida en algún otro aposento. En aquel momento, parecía que todas las cortinas estuviesen cerradas menos las mías. El silencio de la noche reinaba en la cima de aquella montaña remota que a partir de entonces llamaría mi hogar. Todo lucía estacionario, en perfecta quietud como en una pintura.

No había tenido yo la ocasión de ver demasiadas obras de arte en mi vida excepto las que hacían parte de alguna edificación. No obstante, había asistido a una pequeña exhibición en un salón de Lublin durante la convalecencia de tía Lena en compañía de sus

vecinos. Aunque se trataba de arte predominantemente ruso, los pintores que exhibían sus piezas habían desplegado su destreza en aquellas obras que no eran religiosas como las únicas dignas de admiración que había contemplado a la sazón, las cuales se encontraban siempre en el interior de alguna iglesia. Estar frente a aquellas pinturas de asuntos variados que transmitían emociones inquietantes había hecho que mi alma vibrase, había permitido que sintiese que el mundo era vasto e interesante, como cuando leía un libro bienamado. En el transcurso de dicha tarde había aprendido algunos términos referentes a las técnicas empleadas por los artistas, los cuales habían quedado grabados en mi memoria. Pensé que habría querido aprender a pintar en vez de desempeñarme realizando la única labor que el destino parecía haber elegido por mí, es decir, la enseñanza, la cual no me molestaba pero tampoco me apasionaba.

Al observar el patio del castillo inmerso en la belleza de la noche, me prometí que si lograba ahorrar el dinero suficiente invertiría parte de este en la adquisición de pinceles, pigmentos, óleos, barnices, vehículos, lienzos y un caballete o soporte para los últimos, y practicaría durante las noches. Me gustaba dibujar, pero se suponía que hiciese mejor uso del papel en el cual debía tomar notas académicas, y además aquello era muy distinto a crear algo tan bello como lo que mis ojos habían apreciado en la exhibición. Quizás en el castillo podría recrear hermosas escenas más adelante si la fortuna estaba de mi lado.

De repente me sentí observada. Escruté con ansiedad el patio y los muros umbríos, pero no advertí ninguna presencia. Sin embargo, el vello de mi nuca se erizó y mi estómago se contrajo con un miedo inexplicable. En un impulso, cerré las cortinas y corrí a refugiarme frente al hogar, acurrucándome en la alfombra mullida que cubría el suelo de losa, temblando y abrazándome a mí misma. Tenía la misma sensación que había experimentado en Lublin al creerme perseguida. Hasta entonces, las historias de fantasmas se me habían antojado románticas, pero sentir que me había adentrado en una de ellas no tenía nada de placentero, mucho menos de idílico. Recordé las palabras de mi empleador, quien había ordenado que cerrase las

cortinas de mi habitación cuando me hallase en ella. ¿Tendría alguna relación aquella instrucción con el terror que sentía? ¿Habría algo realmente siniestro en el castillo? Tenía que tratarse de mi imaginación; me gustaban demasiado los libros de espectros que exaltaban las supersticiones y ahora me hallaba justo en un lugar como aquellos descritos en sus páginas. Debía sobreponerme a mis propias fantasías y enfrentar el hecho de que me sentía sola y desamparada al estar por primera vez lejos de mi familia. Quizás aún era, en ese aspecto, infantil. Podía, aun así, hacerme consciente de mis falencias e intentar fortalecerme. Dadas las circunstancias, era mi única alternativa.

Con suma dificultad, me obligué a ponerme de pie para desnudarme y calarme el camisón. Me metí en la cama bajo las densas cobijas, pues aún tenía algo de frío a causa del cansancio y debía estar presta muy temprano a la mañana siguiente. Me dije que era hora de extinguir mi luz, aunque no deseaba hacerlo. Al menos las brasas de la chimenea resplandecían, por lo cual no me quedaría totalmente a oscuras. A lo lejos, el reloj dio la medianoche y mi espalda se tensó con el primer tañido. Sin embargo, el viaje, la novedad y los nervios habían logrado abrumarme a un grado tal que caí profundamente dormida poco después de contar hasta doce mientras sonaba el reloj.

4
El castillo

Me había dado la orden mental de despertar al amanecer, truco que siempre me había dado resultado, gracias al cual había cumplido puntualmente con mis deberes y compromisos, fuesen estos laborales o parte de las tareas del hogar. Esta vez no fue diferente: desperté antes de que el reloj diese las seis y encendí mi lámpara de aceite, graduando la llama de modo que despidiese tanta luz como fuese posible, pues aún no amanecía. Hallé sin dificultad en la cómoda ubicada junto al armario la vasija de porcelana que solía disponerse en las habitaciones para el alivio de las funciones naturales de sus ocupantes, así como los recipientes para el aseo personal, entre los cuales se había incluido un ánfora con agua y una palangana. Hallé también una esponja, jabón y un lienzo para secarme, lo cual agradecí. Removí los carbones en la chimenea y, tras reavivar las llamas, calenté algo de agua sirviéndome de una vieja olla de hierro oculta entre el hogar y el leñero. Me lavé con el agua tibia que, a pesar del frío, me reconfortó; me vestí como el día anterior y me peiné con cuidado frente al espejo, recogiendo la porción superior de mis cabellos con una discreta hebilla de plata y pequeñas perlas en la parte posterior de mi cabeza, dejando que mis rizos rojizos cayesen libremente sobre mi espalda hasta mi cintura. Aún estaba nerviosa, pero no sentía el miedo de la noche anterior, sino la anticipación de lo que me esperaba en mi primer día de labores como institutriz en el castillo. Me pareció que lucía guapa y sobria enmarcada en el borde dorado de aquel gran espejo antiguo, como uno de los retratos al óleo de la exhibición en Lublin que exaltaban el contraste de la luz y las sombras utilizando la técnica del *chiaroscuro*. Sacudí las faldas de mi vestido y me asomé al exterior por la ranura en medio de las cortinas: el cielo tenía un matiz gris plomizo. Había nevado durante la noche y una espesa capa de nieve cubría el patio, así como las ramas de

algunos de los abetos que se hallaban dentro de su perímetro. Como hacía tanto frío, no esperaba que ninguna ventana estuviese abierta, pero con la relativa claridad del día comprobé que las cortinas permanecían cerradas tras los cristales, al menos los blancos velos de fondo que daban al exterior. La uniformidad y simetría de la edificación eran exquisitas. Conté seis ventanas superiores y seis inferiores en cada una de las tres alas que podía observar. La estatua de la fuente también había recogido algo de nieve, por lo cual era difícil adivinar si de hecho se trataba de un ángel. Cuánto me habría gustado bosquejar aquel pasaje invernal.

Puse la llave de mi habitación en mi bolsillo y retiré la tranca de la puerta al escuchar que el reloj daba las siete de la mañana. Pronto vendrían a buscarme. Segundos después, escuché una llave girar en mi cerradura y me di la vuelta. Una mujer gruesa, de cabellos rubios recogidos y estatura mediana entró a mi habitación. Llevaba una cofia blanca en la cabeza, también un vestido negro y delantal blanco como la ayuda de cámara. Aunque hubiese amanecido, traía consigo una lámpara, por lo cual supuse que el interior del castillo seguía siendo muy oscuro. Comprendí que había al menos dos juegos de llaves y que otros podían abrir la puerta de mi habitación siempre y cuando la tranca no estuviese puesta.

—Señorita Pawlak, buenos días —dijo en polaco—. Soy la señora Kowalski, ama de llaves del castillo.

—Buenos días, señora Kowalski —respondí.

—Está lista a tiempo y luce pulcra. Muy bien —sonrió. Parecía ser bastante afable, y supe por su acento y nombre que era polaca como yo—. Tomará el desayuno con los niños en el comedor. Después de esto, les impartirá las lecciones en el salón de estudios hasta mediodía. Entonces comerá con ellos de nuevo, continuará la enseñanza hasta las tres, y a partir de entonces quedará libre, pues los niños reciben sus lecciones de música a esa hora. La cena le será servida siempre aquí, en su dormitorio. Tome su lámpara y venga conmigo.

Salí de la habitación tras de ella y le eché cerrojo a la puerta con mi llave.

—Veo que el señor Domány-Nádasdy le explicó la importancia de

cerrar su habitación.

—Así es —dije. Entonces me aventuré a preguntar, ya que se me presentaba la oportunidad—: ¿Conoce usted la razón?

—Es una medida de precaución que todos quienes habitamos en el castillo debemos tomar. Solo los señores y yo tenemos acceso a todas las habitaciones, pero el castillo tiene muchos empleados. Es importante minimizar las oportunidades de hurto, así como otras eventualidades —dijo, caminando junto a mí hacia el fondo del corredor, en el cual, entre las sombras, discerní un arco apuntado que seguramente comunicaba el ala oeste con el ala norte en el tercer nivel —. Por lo demás, son épocas políticas turbulentas y ninguna familia noble está exenta de enemistades. Los señores quieren procurar la seguridad de sus empleados, así como la propia, en caso de una invasión o un levantamiento inesperado. Muchas familias de la nobleza polaca se vieron obligadas a dejar sus propiedades y partir a otras regiones o incluso a salir de Polonia; las potencias extranjeras instalaron a sus propios dignatarios en los castillos, consolidando así su poder. La familia de los señores, siendo húngara, siempre mantuvo lazos estrechos con Austria, gracias a lo cual pudo conservar el castillo tras la partición de Polonia, ya que se halla dentro del territorio que entonces le correspondió a Austria-Hungría. Sin embargo, a diferencia de los invasores, la familia Domány-Nádasdy compró esta propiedad hace algunos siglos, así como el pequeño poblado más cercano. Nuestros patrones no son saqueadores.

Quizás no lo sean, pero sus ancestros tienen que haberlo sido para que ellos posean hoy tantas riquezas, pensé, pero guardé silencio. De aquello se trataba la aristocracia, además de los favoritismos posteriores que la habían afianzado. Sin embargo, esa no era una conversación que yo estuviese dispuesta a sostener con un ama de llaves que idealizaba a sus patrones, y tampoco con ningún noble de quien mi sustento dependiese.

—De todos modos, como sabe —prosiguió, cruzando antes que yo el arco sobre el cual permanecía elevada una filosa reja de hierro—, el Imperio ruso ahora domina la región a la que se supone que nos refiramos como Polonia del Congreso, y cada vez ejerce más presión

sobre quienes la habitamos. Por ende, ninguna medida previsiva sobra. Además, esta es una zona agreste y empobrecida, por lo cual todos debemos estar en guardia en caso de algún intento de saqueo.

Habíamos llegado a otro corredor igualmente oscuro, pero en vez de empezar a recorrerlo, la señora Kowalski abrió una puerta semioculta en el extremo más cercano a nosotras, y observé un tramo de peldaños descendente.

—Por aquí —dijo, y la seguí gradas abajo—. Así pues, no se inquiete demasiado por las medidas de seguridad que se nos exigen. Son simples de acatar y a todos nos favorecen. Por lo demás, las murallas son tan altas y gruesas que puede usted llevar a los niños al patio interior durante las horas de enseñanza si hace un día agradable sin tener que preocuparse de nada, pero debe usar sola y únicamente las vías de acceso que yo le indique. Es fácil perderse dentro del castillo, y también quedarse atrapado en algunos lugares. Cierta vez, una cocinera se ausentó sin autorización. Creímos que se había marchado, pero uno de los señores la halló dos meses después cerca de la cava: estaba muerta. Al parecer, quiso sustraer alguna botella de la selección especial de la familia, pero se extravió en uno de los pasadizos con tan mala suerte que la reja se cerró ante ella y ya no logró abrirla ni tampoco retornar. Tampoco pudo acceder a la cava, pues aquella siempre está cerrada con llave, así que no halló el modo de sobrevivir. Nadie la escuchó gritar.

Aquella historia me puso los pelos de punta.

—Qué horror —comenté, tragando en seco—. Pobre mujer.

—La desobediencia solo trae malos frutos, señorita Pawlak —aseveró con tono a la vez cantarín y moralizante. Entonces decidí que era malvada—. Aténgase a las sencillas reglas del castillo y tendrá una excelente estadía en él.

Habíamos alcanzado el segundo nivel, pero seguimos descendiendo por un tramo igual al anterior.

—Mi propósito es complacer a mis empleadores y convertirme en una buena institutriz para los niños —dije—. No me atrevería a desobedecer a mis patrones. ¿Qué otras normas debo acatar?

—Me agrada que lo pregunte, pues las siguientes se tratan de

respetar la intimidad de nuestros patrones. Jamás, por ningún motivo, debe usted adentrarse en el ala este del castillo. Es allí donde los señores tienen sus habitaciones, y solo sus criados personales tienen permiso de pasar. Yo superviso personalmente la limpieza de sus aposentos. El ala este cuenta con sus propios habitáculos de baño, ubicados a lo largo de la torre sanitaria, la cual desemboca en una profunda fosa de la cual se encarga el palafrenero, así que no requiere un mantenimiento constante como las otras alas. Aun así, puedo asegurar que los señores son en exceso pulcros hasta en esos asuntos, pues jamás hallo vestigios de que dichos habitáculos hayan sido usados.

Me dije que aquella era una transgresión de la intimidad de los señores del castillo, pues no era asunto mío ni de nadie lo que hiciesen en sus habitaciones. Supuse que la señora Kowalski los idolatraba a tal punto porque le pagaban bien y no la maltrataban como otros empleadores. Parecía, además, que no la hacían pasar grandes trabajos. Yo también agradecía mi posición.

Llegamos al fin a la primera planta, y la señora Kowalski abrió el primer recinto a nuestra derecha, en aquella ocasión deslizando uno de dos grandes portones de madera hacia un lado. Para mi gran sorpresa, aquella habitación contaba con un amplio ventanal que daba al exterior: un precioso jardín boscoso oculto desde mi habitación y ubicado entre las dos murallas ahora se desplegaba ante mí. La gris luz diurna iluminaba la estancia, en la cual se había encendido el fuego del hogar, por lo cual estaba tibia. Se trataba del comedor. Una mesa larguísima de oscura madera barnizada se extendía ante el ventanal. Contaba con doce puestos, y cuatro fuentes de plata estaban dispuestas en cuatro ubicaciones específicas: una en cada cabecera y dos en puestos centrales. Asumí que uno de los últimos era el mío.

—La aya traerá a los niños en breve —comentó el ama de llaves—. Entre tanto, le diré qué áreas del castillo puede recorrer.

—Muy bien —asentí—. La escucho con atención, señora Kowalski.

—Las puertas de acceso al patio interior permanecen abiertas durante el día. Puede ingresar al mismo por esta sección, que es el ala norte, o por el ala oeste, en la cual está su dormitorio. Puede también

pasear por el espacio abierto del castillo que se encuentra entre las murallas externas —agregó, señalando el exterior—. Allí se encuentran el bosque que observa y el acceso a las caballerizas. Todas las puertas que comunican el edificio con dichas áreas se cierran a las seis de la tarde. Por ello debe tener cuidado de no permanecer en los espacios descubiertos después de la hora indicada. Si se queda por fuera de la edificación por error, nadie la escuchará llamar y podría pasar muchas incomodidades durante la noche.

”No tiene usted por qué ir a la cocina: la ayuda de cámara y yo siempre dejaremos agua fresca en su habitación durante la limpieza en las horas de la mañana, y recibirá una cena abundante a las siete de la noche. A los señores no les place que las institutrices, los tutores o las ayas vayan a husmear al área de los servicios. Esto no significa que no pueda usted entablar amistad con el resto del personal, pero jamás debe interrumpir las labores de quien se encuentre ocupado. Tras el desayuno, ascenderá con la aya a la segunda planta, donde se encuentran el salón de estudios y una biblioteca adyacente. Estas dos habitaciones se hallan a su entera disposición. Sin embargo, el castillo tiene otras bibliotecas. No debe ingresar a estas sin ser invitada por los patrones aunque los niños insistan en ello, así como tampoco debe usted entrar a ninguna habitación que no sea la suya aunque esta se encuentre abierta, a menos que los patrones le indiquen lo contrario. Esto es todo, señorita Pawlak. La aya le hablará al respecto de los estudios de los niños. Hay cierto asunto del cual los patrones deben hablar directamente con usted, pero ellos mismos se lo informarán cuando sea el momento oportuno. La dejaré sola por ahora. Los niños no tardarán en llegar.

—Gracias, señora Kowalski —murmuré, frunciendo el entrecejo. ¿De qué querrían hablarme mis patrones?

5
Elzbieta y Vladislav

Me di la vuelta para mirar hacia el exterior. El bosque era bello y parecía ser agreste en vez de haber sido cultivado adrede. Una fina niebla se había asentado a la altura de los troncos, dándole a aquella mañana una apariencia hechizada.

—¿Señorita Pawlak?

La voz femenina hizo que girase de nuevo para encarar la puerta. Una mujer robusta de trenzados cabellos oscuros y vestido blanco se había detenido en el umbral. Venía acompañada de quienes deduje serían mis pupilos, una niña de cabellos muy rojos y ojos oscuros, la mayor, y un niño de cabellos negros y ojos azules, el menor. Ambos eran preciosos. La niña llevaba un vestido blanco con muchos vuelos y encajes, y el niño un traje gris oscuro con chaleco a juego, camisa blanca y corbatín.

—La misma —asentí.

La mujer avanzó hacia mí, sonriendo.

—Soy la señora Agoston, la aya de estos niños. Puede llamarme Aida. Estoy segura de que seremos buenas amigas.

Lucía tan franca y tranquila que sentí que mis ojos se aguaban. Me acerqué a ella para saludarla, sonriendo a mi vez.

—Es un placer, Aida. Llámeme Lucyna, por favor.

—Bienvenida sea. No sabe con cuánto entusiasmo esperaba su llegada. Los niños desesperan un poco sin los estudios y ya me hacía falta la compañía. Estos son los señoritos Domány-Nádasdy, Elzbieta y Vladislav. Señoritos, esta es su nueva institutriz, Lucyna Pawlak.

La niña me miró de arriba abajo con semblante serio y dijo:

—Es guapa. Espero que sea más astuta que nuestra institutriz anterior.

—Yo espero que sea menos tediosa —dijo el niño, entrecerrando los ojos.

Así que mis nuevos pupilos eran dos pequeños tiranos habituados a hacer lo que deseaban con sus institutrices. Era evidente que pretendían tasar mis fuerzas y desafiar mi autoridad desde el inicio para quebrantarme antes de que yo pudiese establecer algún tipo de orden. Por fortuna, tenía un talento innato para fingir ecuanimidad aunque estuviese alterada o me sintiese amenazada. Tendría que ser rápida y no permitir que mis emociones me delatasen. Que aquellos niños hubiesen sido criados para actuar como si estuviesen dotados de virtudes deíficas por haber nacido en el seno de una familia rica y noble no me sorprendía ni amedrentaba, y esto se lo debía en gran parte a mi alineamiento filosófico. Para cuando había alcanzado la adolescencia, ya era enteramente inmune a aquellas nociones obsoletas: puesto que todo nacimiento es aleatorio y por ende carente de cualquier mérito, y dado que jamás había sido yo persona que aplaudiese condiciones que se reducían a la suerte, tampoco me sentía inclinada a rendir pleitesía a nadie cuyos actos o intelecto no fuesen dignos de admirar. De hecho, las personas que habían obtenido ciertas distinciones por medio del nacimiento no me inspiraban respeto, sino más bien lo contrario. En los cuentos de hadas, siempre estaba del lado del bufón que se burlaba del rey sin que el último se diese cuenta, y era esto lo que pretendía hacer con aquellos chiquillos a mi cargo. Los miré a ambos por turnos sin expresar ningún temor. Sus rostros revelaban que acostumbraban tratar a sus congéneres con desdén, pero en mi fuero interno ya me había preparado para tal eventualidad. Además, eran muy chicos aún y yo tenía amplia experiencia con jovenzuelos de diversos temperamentos. No pude evitar sonreír con cierta maldad para mis adentros.

—Buenos días, señoritos —dije, arqueando una ceja—. Me complace que se sientan esperanzados el día de hoy. Suelo ser estricta, así que no tendrán tiempo para el tedio. Si se rezagan, no me decepcionarán a mí sino a sus parientes, y quizá incluso a ustedes mismos. Sería una lástima que unos jóvenes de noble cuna demostraran ser menos inteligentes que yo —agregué, segura de que no detectarían mi sarcasmo—. Ya tendré ocasión de medir sus habilidades con propiedad.

Ambos lucían atónitos. El niño abrió los ojos tanto que creí que se saldrían de sus cuencas. La niña, por su parte, abrió la boca como para hablar, pero no produjo ninguna respuesta. Supe que nadie les había hablado así, lo cual me convenía, pues no se lo esperaban.

—Vamos a la mesa —dijo la aya. Me dio la impresión de que había aprobado mi pequeña diatriba con la intención de manipular a los chicos para que no se comportasen como un par de demonios.

Elzbieta ocupó una cabecera y Vladislav la otra. La aya tomó asiento en uno de los puestos centrales y yo me senté en el puesto vacante.

Los niños descubrieron sus fuentes de plata y después de esto la aya y yo hicimos igual con las nuestras. La mía contenía dos huevos duros y *chałka*, un panecillo trenzado cremoso. Una taza de *bawarka*, té con leche al estilo de Baviera, como lo llamábamos en Polonia, era mi bebida. El desayuno de la aya era similar al mío. Sin embargo, los niños no tenían tazas sino copas de plata, y cuando el chico elevó el primer bocado con su tenedor, me pareció observar que se trataba de carne aún sangrienta. Aquello hizo que recordase mi sueño, y me sentí profundamente perturbada. Aparté la mirada y procuré concentrarme en mi desayuno, pensando en qué decir a Aida de modo que los niños escucharan y así presionarlos más. Necesitaba tener el poder en el aula y fuera de ella así este fuese ilusorio, de lo contrario mi estadía en el castillo sería un infierno.

—¿Qué puede contarme de los señoritos, Aida? —inquirí como si no estuviesen presentes—. ¿Dominan ya a la perfección el francés y el latín? ¿O sería prematuro aún para sus parientes presentarlos en sociedad, so pena de pasar una vergüenza?

Miré a Elzbieta de reojo y noté que su rostro se teñía de rojo. No lucía indignada sino nerviosa.

Excelente, me dije. Ahora conocía una de sus debilidades.

Vladislav, por su parte, estaba muy entusiasmado tomando cucharadas de la salsa de su desayuno como para prestar atención a mis palabras.

—Lo cierto es que no lo sé, Lucyna, pues no domino ninguna de las dos lenguas —dijo Aida—. Soy húngara y solo hablo mi lengua y el polaco.

—Comprendo —dije—. En nuestro caso, como servidumbre, una lengua basta y sobra. Sin embargo… —agregué, deteniéndome a mirar con intención de juicio a mis pupilos—, un noble que a duras penas domine la lengua del país que habita será el hazmerreír en los círculos de importancia. Por suerte, estoy para corregir tal posibilidad antes de que se convierta en realidad. ¿Cuál es el más listo de los dos?

En ese instante, tanto Elzbieta como Vladislav exclamaron:

—¡Yo lo soy!

Elevé el mentón para echarles una fugaz ojeada dubitativa.

—Eso ya lo veremos —dije—. Sus rostros no me permiten conjeturar si son capaces de contar manzanas, menos aún el dinero que heredarán en su momento, ni el que quizás ya hayan heredado. Cuán triste es que contadores poco honorables logren hurtar fortunas enteras cuando los señores son incapaces de sumar y sustraer como se debe. Algo que todo mercante sabe hacer de manera automática, por cierto.

—¡Lo mataría! —dijo Vladislav, clavando su cuchillo en el trozo de carne que aún le quedaba. Sus ojos color azul cobalto brillaron con ira.

—¿A quién? —pregunté, sobresaltada.

—A… quien intentase tomar lo que me pertenece —dijo el niño con voz queda.

—Espero que para entonces su destreza con la espada sea equiparable a la de los vaivodas del pasado, señorito Domány-Nádasdy, pues los príncipes y nobles de la actualidad, según se dice, son hombres perezosos que no logran defenderse ni dar alcance a sus enemigos. ¿Recibe usted una digna instrucción como espadachín en la actualidad? —inquirí, sofocando mi propia risa.

El niño palideció. Su ira parecía haberse esfumado.

—No —murmuró.

—Entonces —dije—, si usted me lo permite, haré cuanto sea posible por ayudarle a que su inteligencia brille en caso de que sus fuerzas no alcancen su máximo potencial. Así podrá usted, al menos, superar a sus enemigos en un aspecto fundamental. La estrategia es tan importante como lo son el vigor y la técnica de batalla.

—Mi hermano y yo estaremos a salvo. Nuestra familia es muy poderosa —dijo Elzbieta, quien parecía querer convencerse a sí misma de lo que afirmaba.

—Eso no lo dudo —comenté tras masticar un trozo de pan—. Y, sin embargo, la existencia puede ser cruel hasta con los más poderosos. Un día el rey está en la gloria. Al siguiente, una guillotina cercena su cuello. Nadie está exento de calamidades.

La niña dejó caer su tenedor. Lucía espantada. El semblante de Vladislav se había ensombrecido y Aida parecía tensa. No creía yo que aquellas criaturas arrogantes fuesen demasiado tiernas en el fondo, por lo cual me dije que su reacción debía deberse a otro motivo.

—¿Se encuentran bien, señoritos? —inquirí, preguntándome si me habría excedido—. Es necesario que les enseñe todo lo ocurrido durante la Revolución francesa.

Algunos segundos de silencio pasaron mientras yo miraba a mis tres acompañantes a la espera de una respuesta.

—Nuestros padres fueron decapitados —dijo al fin Elzbieta, sus ojos oscuros acuosos.

Fui yo quien casi derramo mi té sobre mis faldas. Hice uso de toda mi voluntad para recobrar mi compostura, y entonces, al recordar mi entrevista con Baltasar Domány-Nádasdy, fruncí el ceño.

—Creí haber entendido que sus señores padres enfermaron, señoritos —dije, tragando en seco. ¿Era acaso aquella una broma de mal gusto por parte de los chiquillos con la complicidad de la aya?

—Descuide, Lucyna —dijo Aida—. No tenía usted cómo adivinarlo. No hay temas vetados para los niños. Los señores insisten en que conozcan el mundo con la crudeza que se requiere para serle fiel a la realidad. De hecho, esto es algo que yo debía especificarle a usted tras el desayuno en cuanto a los estudios de historia.

Asentí con sumo desconcierto, sin atreverme a hablar aún. ¿Era aquella historia cierta? ¿Decapitados? ¿Cómo era posible?

—La señora Agoston dice la verdad —intervino la niña con voz un tanto quebradiza—. Podemos hablar de decapitaciones y guerras, señorita Pawlak. Nuestro tío Baltasar dice que es necesario que afrontemos la verdad. Mis padres fueron decapitados por él. Aún lo

llama un acto de misericordia. No nos está permitido llorar al respecto.

Aida asintió a modo de confirmación y mi corazón dio un vuelco en mi pecho.

—Nuestra familia es… especial —dijo Vladislav, mirando su plato.

—¡Nuestra familia está maldita! —contestó la niña con voz trémula de cólera, golpeando la mesa con las manos empuñadas—. Por eso tenemos que ser más fuertes que los demás.

—¿A qué se refieren? —inquirí con un hilo de voz. Me horrorizaba que mi patrón hubiese decapitado a su propia hermana y no les permitiese a aquellos niños siquiera llorar la muerte de sus padres. ¿Dónde me había metido? Estaba aterrada.

—Señoritos, por favor—dijo Aida, quien parecía muy serena—. Lucyna, nuestro patrón le explicará lo que deba saber acerca de la defunción de los padres de los señoritos con la madurez y sabiduría necesarias. Quizás no creyó que el tema surgiría tan pronto, pero le garantizo que tampoco es un secreto en el castillo. Verá usted, la condición de los señores era digna de compasión e irreversible. La única forma de poner fin a su dolor fue la medida mencionada. No puede haber sido fácil para el señor Baltasar.

—Ya lo creo que sí fue fácil —murmuró Elzbieta como para sí.

A pesar de la observación de la niña y el barbarismo del método empleado para poner fin a la enfermedad de los difuntos señores, la vaga explicación de la aya logró que hiciese un esfuerzo por tranquilizarme y no huir despavorida antes de intentar esclarecer el asunto. Si mi patrón estaba dispuesto a explicar aquel episodio a sus empleados, yo sin duda quería escucharlo. Por otra parte, recordé haber conocido enfermos incurables en el campo cuyo sufrimiento era desgarrador, tanto que sus llantos y quejidos se escuchaban desde nuestra casa día y noche, en ocasiones durante meses. Los médicos los habían desahuciado y nadie los había ayudado a morir más pronto. Aunque comprendía que nadie tuviese el corazón de hacer algo semejante con sus seres queridos, quizás, a su modo, haber dado muerte a los padres de mis pupilos hubiese sido un acto de gran valentía por parte de mi patrón.

—Da igual, ya está hecho —dijo Vladislav.

Sentí mucha pena por aquellos niños. Me recordé, aun así, que no podía ser flexible con su impertinencia si quería hacerme respetar.

—Lamento su pérdida, señoritos —dije, poniendo mi servilleta sobre la mesa al ver que todos habíamos terminado de consumir nuestros alimentos—. ¿Podemos pasar al salón de estudios, Aida?

—Por supuesto —dijo esta, y se puso de pie. Los niños y yo la imitamos, siguiéndola fuera del comedor. Al pasar por la cabecera que había ocupado Elzbieta, comprobé que su desayuno había consistido en carne prácticamente cruda o cruda en su totalidad: algunos trocitos aún reposaban inmersos en sangre en el fondo de la fuente de plata. Me estremecí de nuevo, preguntándome cómo había anticipado la realidad de modo tan puntual en mi sueño.

6
La muerte y el amor

Ascendimos a la segunda planta por medio de las mismas escaleras que el ama de llaves y yo habíamos usado para descender. La aya empujó un portón a medio abrir y nos hallamos en un corredor similar a los anteriores, totalmente oscuro y de piedra. La aya abrió entonces la primera puerta a nuestra derecha, que no estaba cerrada con llave, y nosotros la seguimos. Aquella era una habitación hermosa que contaba con una gran mesa cuadrada y cuatro sillas de apariencia cómoda. Así como en el comedor, la chimenea había sido encendida previamente. Era fascinante cómo el personal se anticipaba a la presencia de los habitantes del castillo en esta o aquella habitación, acondicionándola para que la temperatura resultase agradable. La señora Agoston depositó su lámpara sobre la mesa y procedió a abrir las cortinas, que eran color borgoña, y los velos blancos del fondo. La vista desde allí era hermosa, pues no solo se apreciaba el mismo bosque que crecía entre las murallas, sino el que se extendía más allá, sobre la montaña descendente. La niebla se deslizaba entre las ramas de los árboles y luego se fundía con el horizonte, enfatizando el aislamiento en el que nos hallábamos. Sobre ella, el cielo gris centelleaba. Parecía que fuese a llover.

Sobre la mesa había tres pequeñas pizarras, tiza, varios cuadernos, tres tinteros, plumas para escribir y algunos libros empastados en cuero rojo, verde, marrón o azul. En su centro se erigía una lámpara de aceite más grande que las que usualmente portábamos con nosotros. La aya la encendió. Aquella tenía una base de hierro forjado y una pantalla de pálido cristal amarillo que daba una bella luz, suficiente para iluminar los libros y cuadernos en una habitación tan oscura. Los niños tomaron asiento sin que nadie se los pidiese, lo cual me procuró cierto alivio. Por algún motivo no eran completamente rebeldes; quizás porque así lo exigían sus parientes mayores.

—Ambos van a la par en cuestiones de enseñanza —dijo la señora Agoston—. Así, pues, puede impartirles la misma lección. Los libros están marcados en el punto alcanzado durante su última lección en cada asignatura respectiva. En cuanto a la biblioteca —dijo, dirigiéndose a una puerta ubicada en el muro derecho de la habitación, asiendo el picaporte y abriéndola—, se encuentra aquí mismo y siempre permanece sin llave.

Me acerqué para echar un vistazo a la habitación contigua: sus muros estaban repletos de libros desde el suelo hasta el techo; cada repisa de madera contaba con su propia escalera, de modo que cualquier volumen pudiese ser alcanzado con facilidad. Era un lugar hermoso y acogedor. Contaba además con dos grandes poltronas tapizadas de tela color ámbar con flores color bronce, una mesita y una silla otomana de cuero. Las cortinas eran de un tono naranja rojizo. Tanto la biblioteca como el salón de estudios contaban con alfombras persas que hacían juego con las cortinas y los muebles.

—Todos estos libros están a su disposición —dijo la señora Agoston —. Puede emplearlos en la enseñanza y también llevarlos a su habitación. Los señores quieren que los niños tengan al menos dos horas de lectura al día. Permiten que ellos mismos elijan lo que desean leer, y puede usted escoger en qué momento de su jornada traerlos aquí. Se supone que esté usted atenta en todo momento en caso de que tengan alguna pregunta al respecto de la lectura.

Asentí. La idea me encantaba.

—Los dejaré a solas para que pueda dar inicio a las lecciones, y vendré a buscarlos a mediodía. Después de comer tomaremos un pequeño paseo y podrán proseguir con las clases. Aquella es una pequeña sala de baño —dijo, señalando una puerta albergada en el muro izquierdo de la estancia—. Por último, no dude en llamar si requiere mi asistencia en algún momento —agregó, enseñándome una gran campana de cobre que pendía del techo.

La señora Agoston salió de la habitación con su lámpara y cerró la puerta tras de sí. Me giré hacia los niños, quienes me miraban con una mezcla de curiosidad y recelo.

El chiquillo tenía cabellos lisos y cortos con algo de flequillo,

pómulos altos, una nariz fina y boca en forma de corazón. Todo aquello contrastaba con su mirada siniestra. La niña, por su parte, tenía una nariz pequeña, labios delgados y unas cejas elevadas que le daban una apariencia cruel y refinada. Su mirada era la de quien aparenta inocencia, y por ello me asustaba. Sus cabellos color granate enmarcaban su rostro con elegantes bucles. Sí, eran unos niños bellos, pero a pesar de la calma relativa que experimentábamos en aquel momento, no podía dejar de sentir que eran malvados hasta los huesos, como si se tratase de su esencia misma y no de un producto de la crianza.

No musitaron palabra mientras abría yo el primer libro de texto, sino que continuaron observándome fijamente. Casi podía sentir el odio emanar de ellos y temí que mis manos empezaran a temblar ante sus ojos. Por esto me di prisa en hallar el punto del libro en que había finalizado su última lección. Por suerte, era el libro de latín. Me urgía incomodarlos tanto como ellos me incomodaban a mí, pero si no lo lograba, al menos contaba con distraerlos. Decidí ponerlos a prueba haciéndoles preguntas al respecto de lo último que se suponía que debían haber aprendido. No recordaban nada. Retrocedí al capítulo anterior del libro y les pedí escribir en sus pizarras algunas frases. Nada. No parecían estar fingiendo. ¿Por qué había puesto la institutriz anterior la marca en un lugar avanzado del libro si sus pupilos no tenían siquiera un vocabulario módico? Repetí la misma operación hasta llegar al inicio del libro. Los niños no conocían ninguna palabra en latín.

—¿Está su tío al tanto de que no han aprendido nada de esta asignatura? —inquirí, estupefacta.

Los niños se miraron un instante y luego redirigieron sus ojos hacia mí.

—No se lo diga, señorita Pawlak —pidió la niña con una expresión que yo imaginaba habría tenido cierta serpiente bíblica de ser real—. Nuestra maestra anterior era holgazana y en vez de impartirnos la lección escribía cartas a su amante mientras nosotros jugábamos. De hecho, traíamos nuestros juguetes aquí. ¿No es así, Vladislav?

El niño asintió.

—Supongo que tendremos que empezar por el principio —suspiré, desconfiando profundamente de sus palabras. Aun así, no había mucho que pudiese hacer al respecto.

—Qué fastidio —dijo Vladislav.

—No necesariamente —dije—. ¿Qué tema le interesa, señorito Domány-Nádasdy?

—La muerte —dijo él. Sonrió entonces con lentitud, luciendo pavoroso.

Ignoré aquella sensación de horror en mi estómago y miré a la niña.

—¿Qué hay de usted, señorita?

Ella pareció pensarlo con seriedad. Tras unos segundos, respondió:

—El amor.

Al pronunciar aquellas palabras, lucía aún más malvada que el niño. Sin embargo, tenía mis dos temas y debía empezar por algún lugar. De tal modo, di inicio a la lección enseñándoles vocabulario relacionado con la muerte y el amor. Para mi deleite, aquello dio resultado, y pronto ambos estaban repitiendo las palabras con bastante buena pronunciación. Les enseñé también a escribirlas y luego llegó el momento de pedirles que hiciesen oraciones. Vladislav quería saber cómo escribir correctamente *Yo no moriré, pero tú sí morirás*, y Elzbieta estaba muy entusiasmada repitiendo sin cesar en latín *Yo no amo a nadie.* A continuación, hicimos lo mismo en francés, idioma que conocían poco, pero no de modo tan precario como el latín. Así transcurrió nuestra mañana. Cuando Aida llegó a buscarnos para comer halló a los niños con las mejillas sonrosadas y los ojos encendidos diciendo en francés: *Tu muerte será lenta y dolorosa* y *Siempre río de quienes sienten*. Habían sido dos lecciones provechosas durante las cuales yo había aprendido aún más que ellos, pues ya no me cabía duda de que vibraban con la crueldad y el desafecto, tanto que costaba creer que hubiesen amado a sus padres así fuese de modo superficial.

7
Un diario

La aya sugirió que fuese a buscar mi abrigo en tanto ellos se dirigían de nuevo al comedor, pues tomaríamos nuestro paseo al aire libre tras la comida y hacía demasiado frío afuera. Aquello me pareció estupendo, pues para entonces deseaba con toda el alma alejarme de aquellos niños, aunque fuese unos instantes. Mi lámpara aún estaba bastante llena de combustible, así que me deslicé por los pasillos umbríos esperando no perderme. No lograba apartar los rostros de mis pupilos de mi mente; ambos eran presencias en exceso perturbadoras. Sabía por experiencia que algunos niños cambiaban para mejor al alcanzar la adolescencia, pero no imaginaba cómo aquellos dos llegarían a ser adultos agradables. Tuve que admitir que, de alguna manera, poseían un poder inherente imposible de eludir, aunque no sabía yo bien en qué residía. Ascendí los peldaños de dos en dos, dándome prisa en alcanzar el corredor que llevaba a mi habitación. Aquellos pasillos eran en verdad helados, pensé, abriendo la puerta con mi llave, la cual llevaba en el bolsillo de mi vestido. Al entrar, noté que la habitación había sido ordenada. Las vasijas que había guardado en la cómoda estaban limpias, el cántaro estaba lleno de agua fresca, el hollín del hogar había sido removido y el lecho estaba tendido. Me puse el abrigo. Cuando estaba por salir, noté que un sobre blanco estampado con cera negra reposaba en el escritorio. Había, además, un cuaderno empastado en cuero marrón, una pluma y tintero. Tomé mi portapapeles del armario y me apresuré en abrir el sobre con agitación. Leí:

Estimada señorita Pawlak:

Espero que las lecciones de la mañana hayan resultado favorables tanto para mis sobrinos como para usted. Ahora que ha podido

instalarse en sus aposentos y descansar tras el extenso viaje, es necesario que discuta ciertos asuntos con usted. Por ende, le envío esta nota con el ama de llaves con el fin de solicitar que me acompañe usted esta noche durante la cena. Me reuniré con usted en uno de los comedores privados del castillo. El ama de llaves irá a buscarla para guiarla una vez todo esté dispuesto. Esté lista a las 8.

Baltasar Bátor Domány-Nádasdy

Me estremecí al leer la nota. Todo en aquel lugar me ponía los pelos de punta: el castillo en sí, mis pupilos, los secretos de aquella familia y, por si fuera poco, el hecho de cenar con mi empleador, quien no solo era devastadoramente hermoso, sino que había decapitado a su propia hermana.

Abrí el cuaderno de cuero que la señora Kowalski había depositado junto a la misiva. Sus páginas estaban en blanco, pero hallé en su interior una nota suelta, también de la autoría de Baltasar Domány-Nádasdy:

La existencia en el castillo puede tornarse en exceso solitaria. Es posible que le haga falta un confidente. Reciba este diario como regalo, quizás se convierta en su amigo más cercano.

B. B. D. N.

Que aquel fuese un presente de parte de mi patrón incrementó mi malestar: por una parte, hasta ese momento solo había recibido obsequios de parte de mi familia, y cabe decir que habían sido pocos. Por otra parte, se trataba de un gesto dulce, casi íntimo, que contradecía de forma violenta su posición de mando. Si los ojos eran las ventanas del alma, un diario era un mapa detallado de esta, y aquel regalo constituía una unión entre Baltasar Domány-Nádasdy y los fragmentos inconfesables de mi interior. Ignoraba si sería capaz de escribir en el cuaderno una sola frase: que él me lo hubiese obsequiado solo me ponía más nerviosa.

Retorné al comedor menos preocupada por la conducta de los niños

y abrumada, en vez, por el encuentro que me aguardaba en la noche. Hallé a Aida comiendo en compañía de los chiquillos, quienes de nuevo devoraban trozos de carne cruda remojada en lo que tenía que ser sangre fresca. El peculiar aroma llegaba hasta mi puesto causando que mi estómago se revolviese, y tuve que esforzarme para permanecer allí. Aun así, al destapar mi plato, descubrí que me esperaba una comida tan sabrosa como lo había sido la cena de la noche anterior: *bigos*, conocido como estofado del cazador, que contenía carne, *sauerkraut*, cebollas, zanahorias y especias. Aida estaba disfrutando el suyo. Mi copa estaba colmada de sidra de manzana de buena calidad. Solo al oler mi comida caí en la cuenta de cuán hambrienta estaba. Ingerí mis alimentos con lentitud, taciturna, preguntándome hasta qué punto mi patrón pretendía dominar mi espíritu al obsequiarme un diario. Estaba claro que, aunque hubiese ingresado al castillo de modo voluntario, era una especie de prisionera. ¿Perdería mi libertad moral o mental si empezaba a llenar las páginas del cuaderno? No estaba habituada a escribir mis pensamientos o sentimientos y no creía necesitarlo. Mi mente era ordenada, o al menos así me lo parecía. No despreciaba la costumbre en absoluto, pues era bien sabido que renombrados artistas y filósofos solían llevar un diario íntimo, y, según se decía, aquello contribuía a su claridad mental. Ocurría, simplemente, que no había desarrollado dicho hábito, y a la sazón no se me antojaba exponer mis impresiones por escrito cuando tantas personas tenían acceso a mi habitación. Sabía que la gente era muy curiosa y no se me ocurría dónde podría ocultarlo para que la ayuda de cámara y el ama de llaves no lo hallasen. Ya me estaba costando bastante ocultar el miedo que sentía como para exhibirlo ante los otros empleados. ¿Por qué querría mi empleador que llevase un diario? Quizás sabía que sus sobrinos eran un par de pesadillas ambulantes y deseaba evitar que la institutriz de turno perdiese la cordura. Quizás él mismo llevaba uno y aquella fuera su forma de mostrarse amable. Pero, ¿por qué? ¿Le obsequiaba un cuaderno igual a cada nuevo empleado que llegaba al castillo?

—Disculpe, Aida —inquirí de repente—. ¿Lleva usted un diario íntimo?

La señora Agoston me miró sonriendo y, tras limpiarse los labios con la servilleta de tela, respondió:

—No. Para serle franca, nunca he comprendido la utilidad de algo semejante. Sé a qué hora me levanto y lo que hago durante el día, estoy al tanto de las conversaciones que sostengo… No necesito perder una hora de descanso o de sueño escribiéndolo todo en un cuaderno. ¿Con qué fin? ¿Para releerlo años después y concluir que las cosas cambian irremediablemente aunque con suma lentitud? ¿Para recordar que tuve un bonito día de verano una vez llegue el invierno?

Reí un poco. La señora Agoston era simple y pragmática. Para alguien como ella, debía ser impensable que alguien deseara expandir sus propias reflexiones, o que un diario pudiese ser algo más que un registro puntual de eventos cotidianos. Se me antojaba gracioso, además, que aquello no se me hubiese ocurrido a mí. Un diario podía, por supuesto, reducirse a una tediosa enumeración de actos, y si alguien lo empleaba de aquel modo a lo largo de los años, tendría al final un insoportable compendio de labores y anécdotas desaboridas que demostrarían a quien lo leyese cuán vacua era la existencia humana. En suma, una razón para desear morir de una buena vez. Comprendía que para alguien como la señora Agoston un diario representase una frivolidad, o un lujo que solo se daban aquellos a quienes les sobraba el tiempo de ocio.

—¿Qué hay de usted? —preguntó, engullendo una cucharada de estofado—. ¿Tiene un diario?

—Nunca he llevado uno —respondí con sinceridad—. Sin embargo, el señor Baltasar me envió uno a modo de obsequio el día de hoy. Me preguntaba si esta sería una costumbre suya.

—El señor suele dar a los nuevos empleados algún tipo de presente tras haberlos conocido. Supongo que es parte de hacerlos sentir bienvenidos. A mí me obsequió varios ovillos de lana y un par de agujas, y vaya si a partir de entonces me convertí en una hábil tejedora. También me entretengo de ese modo mientras los niños juegan. Y, cuando se me acaba la lana, me hace llegar un nuevo cesto. Ahora hago también punto de cruz. En alguna ocasión le escuché decir que los diarios son aptos para las personas de intelecto refinado.

Imagino que le pareció un regalo apropiado para usted debido al cargo que desempeña.

Me sentí sonrojar un poco, por lo cual me apresuré a beber dos grandes sorbos de sidra. En vista de lo que acababa de reportar la señora Agoston, el obsequio era halagador.

—A nuestra institutriz anterior le obsequió un pequeño espejo de bolsillo —dijo Elzbieta con semblante mordaz—. Era una chica vanidosa.

—Siempre lo llevaba consigo —intervino Vladislav—. Adoraba mirarse en él.

—Sin razón —dijo Elzbieta—. No era tan guapa.

—Se la pasaba repitiendo que había venido al mundo para adornarlo —rio el chico.

Elzbieta soltó una carcajada chillona que me estremeció. La señora Agoston se aclaró la garganta y dijo:

—¿Recuerdan lo que les dijo su tío al respecto?

El niño puso los ojos en blanco y Elzbieta recitó con un mohín amargo, procurando imitar una voz varonil:

—Jamás se debe hablar mal de quienes no están presentes, esto causa una terrible impresión.

—No me interesa dar una impresión favorable a nadie —dijo Vladislav—. Además, Rózsa era insufrible. Me alegra que ya no esté con nosotros.

Elzbieta sofocó una risotada con su servilleta, que para entonces ostentaba grandes manchones de sangre.

—No se preocupe, señorita Pawlak —dijo, aún riendo—. Usted nos agrada mucho más.

El niño rio por lo bajo y bebió un trago de su copa. Quise salir corriendo de aquel comedor. No creía poder convivir con aquellos críos varios años de mi vida. ¿Cómo lo hacía la aya? Tendría que preguntárselo en privado. Por lo pronto, estaba considerando con toda seriedad dejar mi plaza. Los hábitos de los niños y las historias del castillo superaban mi noción de lo macabro con creces, y en aquel momento me dije que prefería volver a mis antiguas labores del campo a averiguar cuán malignos podían llegar a ser mis pupilos.

—Vamos a tomar nuestro paseo —dijo la señora Agoston con tal naturalidad que por un instante me pregunté si me estaría apresurando en mis conclusiones—. ¿Desean pasear en el patio interior o en el espacio exterior? —preguntó a los chicos.

—Vayamos al bosque exterior —dijo Vladislav.

—De acuerdo —confirmó Elzbieta—, será más divertido.

8
Rosa marchita

No me había quitado el abrigo para comer, por lo cual me sentía bastante acalorada. Me dije que el paseo me sentaría bien.

La señora Agoston nos guio por el corredor hasta una puerta en el extremo izquierdo de este, la cual abrió. La luz hirió mis ojos a pesar de que el cielo se había oscurecido aún más. Se escuchaban truenos no muy lejanos y un relámpago surcó el firmamento.

Los niños se echaron a correr sobre la nieve en dirección a los árboles, y la señora Agoston y yo caminamos hacia ellos con paso más pausado. Había dejado mi linterna bajo el arco de la puerta junto a la de la señora Agoston, pues la claridad vespertina del exterior era más que suficiente en comparación con el interior del castillo. Para mi sorpresa, no hacía tanto frío. Estaba, de hecho, bastante a gusto, pues el viento no soplaba.

—Son solo niños —dijo entonces la aya—. Sé que son algo caprichosos, pero no debemos olvidar que son huérfanos.

—¿Hace cuánto trabaja usted en el castillo, Aida?

—Hace alrededor de cuatro años —replicó—. Ambos eran mucho más pequeños entonces. Me encariñé con ellos muy pronto, tal vez porque mi marido y yo no podemos concebir. Siempre me repito que, aunque no sean propios, tengo la fortuna de cuidar a dos niños. Me hace pensar que habría sido una madre apta de haber tenido la oportunidad.

—Debe haber conocido a los padres de los niños, entonces —comenté, deseando saber mucho más de lo que me permitía a mí misma preguntar.

—Oh, sí. La señora era hermosa como Elzbieta. El señor era un hombre reservado. Ninguno de los dos se complacía en pasar tiempo con los niños. Esto hizo que me apegase tanto más a ellos.

—No he podido dejar de notar que la dieta de los señoritos es

algo… peculiar —murmuré.

—Por supuesto —dijo ella, asintiendo—. Como le dije, será mejor que el señor Baltasar le explique estos pormenores. No deseo ser imprudente. Por el momento, creo no extralimitarme si le recuerdo que muchas familias nobles poseen, además de tierras y riquezas, ciertas particularidades. En ocasiones estas se reflejan en el habla, otras veces en el aspecto físico y otras en la salud. La familia de los señores es notoria por su belleza e inteligencia. Sin embargo, quizás porque la naturaleza se encarga de que siempre haya un equilibrio, deben atenerse a ciertas medidas para preservar la salud. Esto es más común de lo que personas como usted o como yo podemos imaginar. Tanta fineza suele venir acompañada de debilidades que solo algunos médicos atinan a comprender, y por esto mismo yo no se lo sabría explicar a usted: los términos que emplean terminan por confundirme más. Mi conocimiento se limita a lo que es imprescindible para desempeñar mis funciones, esto es, cómo cuidar propiamente a los niños. Créame que es bastante. ¡Hay tantos pequeños detalles que requieren mi atención constante! Sé leer y escribir, pero cuando los diagnósticos del médico sobrepasan mi modesto entendimiento, prefiero no repetirlos, so pena de pasar una vergüenza hablando de lo que ignoro.

Aplaudí su actitud humilde. Era habitual toparse con gentes que recitaban grandes palabras médicas en latín sin siquiera saber qué significaban. En nuestros días, todos creían tener dotes de médico o de apotecario. Por otra parte, lo que la señora Agoston decía tenía sentido. A partir de ello, conjeturé que el médico de la familia había recetado a los señoritos una dieta específica por motivos de salud. Tal vez padecían la misma enfermedad que había aquejado a sus padres. Aquello explicaba que Elzbieta dijese que su familia estaba maldita. Empecé a experimentar algo similar al alivio conforme caminábamos. Los chicos se habían detenido ante una piedra a medias cubierta de nieve, y ahora bailoteaban en torno a esta, canturreando y riendo.

—¿Cómo logra usted que los señoritos la respeten sin esforzarse? —pregunté a la señora Agoston.

—Nunca he tenido que hacer mayor cosa —dijo—. Creo que me

ven, a su modo, como a una madre. Guardadas las proporciones, por supuesto. Procuro no ser demasiado estricta con ellos, pero lo cierto es que a duras penas si tengo que recordarles las órdenes de sus parientes mayores para que me obedezcan.

Cuán conveniente, pensé. No podía ser tan fácil para ningún otro empleado que tuviese que tratar con ellos. En vez de ser una aya común, Aida era una especie de madre sustituta y por ello los niños eran más dóciles en su presencia. No se daban cuenta de que no le debían ninguna obediencia pues aún estaban sujetos a un instinto filial pueril. Eran demasiado jóvenes para no necesitar algún tipo de amparo que los hiciese sentir amados y a salvo. Me dije que aquello cambiaría en cuanto crecieran un poco y sentí lástima por la señora Agoston.

Al aproximarnos a los chicos, creí observar una especie de inscripción en la piedra en torno a la cual jugaban, pero la nieve aún la cubría de modo parcial y no me hallaba lo bastante cerca como para leer. Sentí gran curiosidad y avancé hacia ellos.

—Niños, basta ya. Es demasiada indulgencia —dijo la señora Agoston alzando la voz.

—¿Qué ocurre? —inquirí, dándome la vuelta brevemente hacia ella, quien se rezagaba—. ¿No se supone que canten y bailen?

—No es eso, es solo que el señor Baltasar no desea que se encaprichen con…

No terminó su frase.

—¿Sí? —inquirí, pero Aida no dijo nada más. Tenía una expresión extraña, entre compungida y resignada, lo cual hizo que me sintiera nerviosa de nuevo.

Los chicos continuaron riendo y saltando. Di algunos pasos más hacia ellos y, en ese instante, Elzbieta barrió con su mano menuda y pálida la nieve que ocultaba la inscripción, dejándola al descubierto. Leí:

Rózsa

No decía nada más. Sentí que mis rodillas temblaban y me faltaba el aliento.

—¿Es…? —dije, sin poder formular una pregunta completa. La cabeza me daba vueltas. Los niños recién habían mencionado el nombre de su institutriz anterior durante la comida. Aquel era el mismo nombre. Me hinqué ante la piedra, a un palmo de la inscripción. Mi corazón batía con tanta fuerza que cada latido me lastimaba, y mis oídos zumbaban como los insectos voraces que sobrevuelan las carnes en descomposición: estaba claro que aquella era la lápida de una tumba sumida en la nieve. Era, además, lo bastante nueva como para que las letras estuviesen intactas.

¡Rózsa seca, rosa marchita! ¡Rózsa seca, rosa marchita!, cantaban los niños al unísono.

Hundí una mano en la nieve para sostenerme, llevándome la otra al pecho en un intento de aplacar el impacto de sus palabras en mis emociones. Me obligué a elevar el rostro hacia ellos, mis labios abiertos en el más puro gesto de terror.

—¿Qué le ocurrió? —susurré.

Vladislav rodeó con su brazo la cintura de Elzbieta, y ella apoyó sus dedos en el hombro de su pequeño hermano. Ambos me miraban sonrientes, casi triunfantes, con ojos llenos de furia.

—Señorita Pawlak, qué pregunta más necia —dijo Elzbieta, quien aún respiraba con agitación tras el juego. Su postura, sin embargo, era altiva, imperturbable—. ¿No es obvio que murió?

Vladislav soltó una pequeña carcajada ronca por entre los dientes. Miré entonces a la aya, quien permanecía a una distancia prudente de la tumba.

—¿Cómo murió? —me escuché exclamar, más que preguntar. Supe que estaba a punto de llorar, pero no me importaba.

La señora Agoston dio un respingo y retrocedió un poco.

—¡Vamos, Aida, no me diga que el señor Baltasar me lo explicará más tarde! ¿Qué le ocurrió a esta chica? ¿Cuándo murió? —insistí.

Mi exasperación pareció tomarlos a los tres por sorpresa. Aquello me dio fuerzas y me puse de pie, temblando.

—Murió hace menos de un año —balbuceó la aya en un tono que parecía una disculpa, bajando la mirada—. Nadie sabe bien qué le ocurrió. El palafrenero halló su cuerpo flotando en las aguas del foso

exterior. Seguramente resbaló. La pobre no sabía nadar.

Su semblante había enrojecido. No sabía yo si mentía o si su actitud se debía a que hablaba sin permiso del patrón. De cualquier modo, en aquel momento me ofuscaba y aterraba en igual medida.

—Cuando encontraron su cadáver, aún aferraba el espejo que siempre llevaba consigo —dijo Vladislav elevando ambas cejas, como si con lo que acababa de decir se estuviese sorprendiendo a sí mismo. Fingía. Aquellos dos hermanos eran una fuente conjunta de infinita falsedad, una mentira unificada que despertaba mi odio demasiado de prisa como para que yo pudiese recordarme a cada paso que eran tan solo unos críos, o incluso creerlo enteramente.

—Creí que todas las rejas de salida de la fortificación permanecían cerradas —me escuché rugir por lo bajo.

—Así es —dijo Aida, desviando la mirada hacia el castillo—. Prevenir estas situaciones es otro motivo por el cual los señores son tan estrictos con la seguridad de su hogar.

—¿Qué hay de la familia de Rózsa? —inquirí—. ¿Por qué está ella enterrada aquí?

—Sus familiares están en Hungría, su tierra de procedencia —replicó la aya suspirando—. Les era imposible llegar hasta aquí, así como les era en extremo inconveniente a los señores enviar el féretro a casa.

—Tío Aurel compensó en grande a la familia de esta plebeya sin importancia —dijo Elzbieta separándose de su hermano para dar un puntapié a un montículo de nieve que aún cubría una esquina de la tumba—. ¡Es absurdo! Estoy segura de que ninguna otra familia noble habría hecho igual. También estoy segura de que sus familiares prefieren tener el dinero que a Rózsa —rio—. Era una…

—¡Basta! —la interrumpí. No creía que el espíritu de Rózsa estuviese allí para escucharnos ni cosa semejante, pero el insulto incesante de aquellos niños hacia quien no podía siquiera defender su propia memoria hacía que mis entrañas ardieran—. Los veré en el aula cuando concluyan el paseo.

Dicho esto, me encaminé con paso veloz hacia el castillo. Por suerte, la puerta estaba abierta aún. Tomé mi lámpara y corrí a través de los

corredores y tramos de peldaños tan pronto como pude hasta alcanzar la pequeña sala de baño adyacente al salón de estudios. Allí vomité todos los alimentos en la bacinica en tanto que seguía escuchando en mi mente la escalofriante cancioncilla de los niños:

¡Rózsa seca, rosa marchita! ¡Rózsa seca, rosa marchita!

9
Historias para niños

Me lavé el rostro, la boca y las manos con agua helada, y regresé al salón para azuzar el fuego de nuevo. Me asomé a la ventana. Desde allí podía ver a los niños jugando a empujarse y echar a correr en compañía de la aya, quien a duras penas si hacía ademán de perseguirlos. La tumba de Rózsa permanecía descubierta a pocos metros de ellos pero ya no parecían prestarle atención. Respiré hondo haciendo un gran acopio de voluntad, y me dije que los niños con frecuencia eran crueles, no solo estos dos sino muchos otros. Me dije también que tener tan fácil acceso a la tumba de una persona a quien habían conocido cercanamente podía haber despertado en su interior un morbo especial para con la muerte. Después de todo, los cementerios solían estar cercados o custodiados, y cuando los chicos del común se acercaban a alguno, usualmente lo hacían en compañía de adultos que los guiaban con cierta solemnidad. Por otra parte, casi todos los niños que yo conocía le temían a la muerte y experimentaban aun cuando fuese una ligera aprensión al aproximarse a una tumba. Estos, por supuesto, no sentían nada que se le asemejase. De hecho, parecían querer seguir perturbando a la que había sido su institutriz, y yo no tenía dudas de que lo habían hecho mientras ella vivía. Me estremecí pensando en cómo habría sido para la pobre Rózsa caer en esas aguas heladas siendo consciente de que no sabía nadar. ¿La habrían empujado mis malignos pupilos? Los creía perfectamente capaces. Quizás ellos eran la razón por la cual mi patrón insistía en que cerrase siempre mi puerta, mis ventanas y mis cortinas. Los imaginé observando inmóviles a aquella chica hundirse en el foso, sus miradas frías fijas en ella. No podía permanecer en aquel lugar. Terminaría mis lecciones de la tarde, sí. En la noche, diría a Baltasar Bátor Domány-Nádasdy que mi renuncia era inminente. Si debía partir sin dinero, lo haría. No me importaba el hambre. Podía retornar a mi

apacible hogar y ganarme la vida del mismo modo honesto sin sentir que mi corazón estaba a punto de estallar cada diez minutos. El dinero podía ser poco, pero estaría con mi familia. Lo anhelaba con todo mi ser. Tuve que admitir que, como tantos, no había sabido lo que tenía hasta perderlo. El miedo constante era el infierno en vida; no había necesidad de inventar torturas con ollas llenas de lava y diablos con tridentes.

Escribí varias planas de muestra en mi pizarra y me senté a esperar a los chicos de cara a la puerta. Un trueno retumbó en la distancia y minutos después empezó a llover. Mi resolución me había proporcionado la calma que necesitaba. Partiría de aquel lugar que jugaba con mi mente al punto de obligarme a aceptar las más ridículas supersticiones. Dejaría aquel empleo que había logrado que odiase a dos seres frágiles en cuestión de unas pocas horas. Todo aquello me hacía mal; era contrario a mí. Sabía que sería difícil explicar un retorno tan súbito y que probablemente decepcionaría a mis parientes, pero también contaba con que pudiesen comprenderme una vez escuchasen mi explicación. ¿O no? ¿Sonaría infantil y poco responsable? ¿Pasaría a ser considerada una mujer voluble y desagradecida? No me importaba. Ya hallaría el modo de expiar mis culpas sociales.

Cuando los niños regresaron con la aya, me hallaron compuesta. En cuanto Aida se marchó, les impartí una lección de gramática férrea durante la cual no les permití siquiera rechistar. Nunca me había mostrado tan despiadada con mis pupilos, y sabía que me era imposible ocultar el disgusto que estos dos me producían. Esto, extrañamente, parecía intimidarlos. A duras penas si se atrevieron a echarme alguna que otra ojeada por debajo de las cejas y a murmurar breves preguntas en aquel lapso de tiempo. Después de esto, los llevé a la biblioteca, donde cada uno eligió un libro y se sentó a leer en el más sepulcral de los silencios. No me atrevía a darles la espalda, por lo cual elegí el primer libro que estaba a mi alcance y me senté a leer ante ellos de modo que pudiese observarlos a ambos todo el tiempo.

Transcurridas unas horas, Aida regresó a buscarlos: mis labores diarias para con Vladislav y Elzbieta habían culminado. Casi sentí

ganas de dar gracias al dios irreligioso de Voltaire. Entonces, unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Los niños, quienes ya habían depositado sus libros sobre la mesita y se habían puesto de pie, se giraron hacia la salida.

—Pase —dijo la aya, y la puerta de la sala de clases se abrió.

Me asomé para ver quién entraba. Un hombre joven, alto y rubio dio unos pasos en dirección a la biblioteca. Llevaba un sencillo traje negro y camisa blanca con un prendedor de plata a la altura del cuello. Tenía una sonrisa afable, facciones agraciadas, barba corta y un espeso bigote dorado. Llevaba los cabellos cortos peinados hacia un lado, así que algunos mechones más largos caían sobre su frente de modo transversal. Era muy guapo, aunque no de forma llamativa. Daba la impresión de ser común, casi cotidiano. Estaba fuera de lugar en aquella fortaleza. Observé entonces que traía un estuche en la mano derecha y, por la forma del mismo, supe que llevaba en él un instrumento, muy seguramente un violín. Comprendí que debía tratarse del maestro de música. Así como Aida y como yo, también portaba su propia lámpara en la mano libre.

—Buenas tardes —dijo, inclinando la cabeza y mirándome. Sonrió de nuevo.

—Señorita Pawlak, este es el señor Lev Ivanov, tutor de música de los niños. Señor Ivanov, la señorita Lucyna Pawlak es la nueva institutriz de los señoritos.

—Es un placer —dijo él, mirándome directamente a los ojos. Dada su apostura, temí mostrarme intimidada, por lo cual me limité a inclinar la cabeza a mi vez.

—Buenas tardes, señor Ivanov —dije.

—Me alegra que los señores hayan encontrado una institutriz adecuada para los señoritos al fin —dijo.

—A nosotros también —intervino Elzbieta, girando la cabeza hacia atrás para mirarme por encima de su hombro—. La señorita Pawlak tiene mucho mejor semblante que Rózsa. Es más… fresca.

Miré la espalda de aquella chiquilla deseando que un rayo la fulminase. ¡Seguía burlándose de la institutriz muerta! Ella prosiguió:

—¿Quién cree que es mejor parecida, señor Ivanov? ¿Rózsa o

nuestra nueva institutriz?

El rostro del maestro de música adquirió un tono rosa intenso.

—No es asunto que me concierna, señorita Domány-Nádasdy. Estoy aquí para dar lecciones de música a usted y a su hermano, no para evaluar los encantos de las institutrices.

—¡Le ordeno que me conteste! —chilló ella, crispando los puños.

El joven retrocedió, visiblemente atemorizado.

—Bien… ambas son damas… agraciadas.

—Querrá decir que una de ellas lo fue, mientras que la otra aún lo es —rio Vladislav.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Aún, repetí mentalmente. ¿Era aquella una amenaza?

—¡Qué aburrido es, señor Ivanov! —sentenció Elzbieta—. Diré a tío Imre que no lo traiga a Venecia con nosotros.

—Disculpe, señorita, no quise importunarla —dijo él, palideciendo de repente. Supuse que ir a Venecia con la familia de los señores significaba mucho para él, quizás porque era una oportunidad artística importante.

—Qué más da —masculló ella—. Lo importante es que soy y siempre seré la dama más guapa de este castillo.

Mi corazón dio un vuelco cuando pronunció aquellas palabras. Aquella cría daba excesiva relevancia a la belleza. No que esto fuese inusual, pues la hermosura y su apreciación eran asuntos de discusión regular entre los jovenzuelos, y también entre muchos niños. Algunas chicas eran presuntuosas desde muy temprana edad, y quizás las nobles lo fuesen un poco más que las campesinas. Lo perturbador era que, siendo apenas una niña, se comparase abiertamente con mujeres adultas. Éramos, además, sus institutrices. ¿De veras consideraba que toda mujer era su rival, incluso estando tan por debajo de su rango? Aún ofuscada, Elzbieta se abrió paso entre su hermano, Aida y el señor Ivanov, y salió de la estancia de clases. Vladislav y la señora Agoston la siguieron.

—Que tenga una buena tarde, señorita Pawlak —dijo el señor Ivanov—. Siento haberla conocido en estas circunstancias. Quizás mañana tengamos ocasión de conversar un poco más.

—Ha sido un gusto, señor Ivanov —dije, sonriendo débilmente. No quería confesar que pretendía dejar mi empleo cuanto antes—. Espero que sus lecciones sean placenteras, y que los señores lo lleven a Venecia. No dude en decir que luzco como un espantajo la próxima vez que una oportunidad similar se le presente. Le juro que no me ofenderá.

Él soltó una pequeña carcajada sorprendida y tragó en seco.

—Gracias —dijo, apretando los labios e inclinando la cabeza—. Gracias de verdad. Es usted especial.

No. No lo soy, pensé.

Él se dio la vuelta y abandonó la sala de clases. Yo permanecí de pie en la biblioteca, buscando aquietarme un poco. Me sentía a salvo allí ahora que los niños habían partido. Afuera caía una lluvia fuerte, pesada y regular. Su sonido era casi arrullador. Empecé a recorrer los estantes de libros, dejando que mi atención deambulase mientras reflexionaba al respecto de los eventos del día. ¡Vaya lugar al que había llegado! Qué insólito era todo allí, empezando por el comportamiento de la aya y el ama de llaves, cuya impavidez no terminaba de parecerme natural ni justificable. Los niños habrían sido, por supuesto, idóneos esbirros de Satanás si el concepto del diablo no hubiese sido tan solo el resultado de la ignorancia (según lo planteaba, de hecho, un sacerdote y pensador de nombre Muratori, personaje del siglo anterior muy sensato a quien yo respetaba) o tal vez una conveniente invención humana de la cual el clero se aprovechaba, como lo planteaban algunos de mis filósofos ilustrados favoritos. En cuanto a Baltasar Domány-Nádasdy, aquel no era precisamente un hombre común al cual uno hubiese podido calificar de excéntrico por el hecho de ser noble. No deseaba engañarme a mí misma con el fin de tranquilizarme, prefería sentir pánico y encarar cuanto estaba observando y viviendo. ¡Hasta el cochero de la familia era extraño! Solo el maestro de música daba la impresión de ser una persona corriente, o al menos vulnerable.

Mis ojos se detuvieron en un delgado tomo de cubierta roja en la sección de libros de historias para niños. Lo sustraje de la biblioteca y lo sostuve ante mí. La parte frontal ostentaba un largo título en letras

negras, redactado en alemán: *Una copia de la interrogación de testigos en lo concerniente al cruel proceder de Elisabeth von Báthori, consorte del Conde Franz Nádasdy - 1611.* Lo abrí de inmediato, frunciendo el entrecejo. Me parecía conocer aquellos nombres, aunque hubiesen sido traducidos al alemán de modo parcial y su ortografía variase ligeramente. Nádasdy era, claro está, la segunda parte del nombre de familia compuesto de mis empleadores, pero creía haber escuchado o leído el nombre de su esposa en algún otro lugar. Elisabeth era Elzbieta en alemán, así que la mujer de quien trataba aquel libro era tocaya de mi pupila, y si los Domány-Nádasdy estaban emparentados con el conde Franz Nádasdy, como era sensato asumir dado que pertenecían a la nobleza, tal vez la condesa fuese su antepasada directa. Si lo era, tenía sentido que hubiesen llamado a la pequeña así en su honor, como era la usanza.

La primera página del ejemplar revelaba que había sido impreso en 1817 y su autor era un tal Christian-Carl Andre. Mi alemán no era perfecto pero era bastante bueno. No dudaba que podría comprender una lectura sencilla sin mayores problemas. Deposité el libro sobre la mesa y tomé el ejemplar amarillo que estaba colocado en la biblioteca junto a él, pues había visto de reojo que su título, redactado en alemán al igual que el otro, mencionaba también a la condesa. Este leía: *Elizabeth Báthory. Una historia real.* La ortografía del nombre era algo distinta, pero sin duda se trataba de la misma persona. Este libro había sido publicado en 1812, y su autor era Alois Freiherr von Mednansky. Me intrigaba que aquellos tomos se hallasen en la sección de cuentos para niños, pues a juzgar por los títulos, su protagonista había existido de verdad. ¿Qué crímenes habría cometido aquella dama de la nobleza en su tiempo? Decidí llevar ambos ejemplares conmigo a mi habitación puesto que me estaba permitido tomar prestados los que se encontrasen en aquella biblioteca. Sabía que ahora que los niños tomaban sus lecciones de música podría tomar un paseo a solas sin que me importunasen, pero preferí retornar a mi habitación para no toparme con nadie y preparar lo que diría a mi patrón durante la cena.

10
Elizabeth

Me dirigí a mis aposentos con menos afán, aunque no sin cierto nerviosismo. A pesar de ello, me propuse observar con atención los pasillos y sus respectivas puertas, las grietas en los muros, los arcos de paso y los peldaños. No obstante la uniformidad de la edificación, comenzaba a notar detalles únicos que me permitían discernir un ala de la otra, al menos para hallar mi rumbo. Al llegar a mi habitación, sabiendo que mis labores del día habían concluido, cerré la puerta con llave y la aseguré con la tranca. Me derrumbé entonces en la cama, permitiendo que todo el peso que llevaba encima colapsara conmigo. Lloré como no lo había hecho desde que era una niña, aferrando la almohada del lado opuesto al que ocupaba, gimiendo por entre los dientes al evocar lo que había visto y escuchado aquel día. Quería abrazar a mi madre y sentirme amparada. Habría dado lo que fuese por reclinar la cabeza en su regazo y escucharla decir que me amaba. Sin embargo, estaba tan lejos de casa y no sabía siquiera si se me permitiría regresar tan pronto como lo anhelaba. Afuera seguía lloviendo y tronando. Sabía que nadie me escucharía llorar.

Cuando el reloj marcó las cinco de la tarde, la lluvia aún no amainaba pero ya había llorado lo suficiente como para incorporarme y lavarme la cara. Me miré en el espejo: lucía derrotada. Me sentía torpe y cobarde a pesar de haber logrado que Elzbieta y Vladislav me obedeciesen. El esfuerzo era excesivo; deseaba dormir y despertar en mi hogar, pero algo me decía que alimentar esa fantasía era más nocivo que provechoso para mi bienestar temporal.

Abrí el diario que estaba sobre mi escritorio y observé sus páginas en blanco. El papel era grueso y bello. Encendí la chimenea yo misma pues hacía frío, y me senté ante el escritorio.

Solo unas líneas, me dije. *Solo para poner orden a mis pensamientos.*

Escribí todo cuanto sentía al respecto de lo que había ocurrido

desde que había llegado; las coincidencias misteriosas de mis sueños, la vileza de mis pupilos, todo lo que se me viniese a la mente. Al terminar, lo releí. En primera instancia, me molestó el modo en que había escrito determinadas cosas pues daba la impresión de ser impulsiva y desordenada, pero en segunda instancia, acepté que quizás mis emociones no se ajustaban a la realidad. ¿Exageraba acaso? Cierto, dos mujeres habían perecido en el castillo en circunstancias misteriosas. Aun así, la gente moría todo el tiempo. Muchas personas no sabían nadar. Muchas otras se proponían tomar lo que no les pertenecía y morían en el intento. Enfocarme en aquellas dos defunciones significaba hacer caso omiso de las que con seguridad habían tenido lugar en épocas de guerra en el castillo a lo largo de los siglos, además de las muertes de sus propietarios de turno o las de sus familiares, ya fuese por enfermedades, accidentes, tragedias o causas naturales. Concluí que los fallecimientos de la institutriz y la cocinera me importaban más, sencillamente, porque se trataba de mujeres en posiciones similares a la mía. En vista de mis nuevas circunstancias, me aterraba morir lejos de casa, posibilidad que nunca antes había contemplado. Sus historias, sin duda, habían causado que mi imaginación se desbordase pues las sentía más cercanas a mí. Por otra parte, aunque era innegable que los chicos eran dados a los más atroces comentarios, también era cierto que no tenían a nadie que intentase corregir su carácter continuamente. Mi decisión de partir era apresurada, lo sabía. Por más que hallase cuantiosos argumentos en los eventos de aquella jornada, todos eran objetables. Si decía a mi patrón que deseaba partir, no se me daría una segunda oportunidad, pues estaría despreciando unas condiciones de empleo que un sinfín de mujeres anhelaba. Hasta los alimentos que se me ofrecían eran un lujo que muy pocas personas podían darse. Baltasar Domány-Nádasdy estaría comprensiblemente furioso y nadie podría culparlo: tanto el viaje del cochero hasta Lublin como aquel de regreso al castillo tenían que haber sido dispendiosos, y la familia podría haber elegido a cualquier otra persona para el cargo de institutriz, pero yo había sido la candidata favorecida. Me había mostrado como una persona seria, responsable e interesada en el empleo, y también había garantizado en

nuestra correspondencia temprana que el aislamiento no representaría ningún problema para mí. Por ende, sería tildada de mentirosa o aun cuando menos de veleidosa. Me sentí culpable por lo que había estado a punto de hacer sin tener en cuenta a los demás o el compromiso que había adquirido. Me dije que tendría que continuar instruyendo a los chicos durante un tiempo prudencial y luego, si realmente me sentía incapaz de cumplir con mi palabra, permanecer en el cargo hasta que la familia hallase un reemplazo. Les debía al menos eso a los señores Domány-Nádasdy, concluí, pesarosa.

Escribir en aquel diario no había sido, después de todo, mala idea. Ya acostumbraba tomar notas para mis lecciones con abreviaturas, así que no me sería difícil llevar un registro de mis experiencias y sentimientos que fuese difícil de comprender para los demás, una especie de guía para no perder la cordura y conservar mi empleo hasta ahorrar lo bastante para poder pagar mi propio viaje de regreso una vez llegase mi reemplazo. Habiendo alcanzado esta nueva claridad, me puse de pie y me estiré hacia atrás, hacia delante y hacia los lados. El reloj había dado las siete hacía poco y el ama de llaves vendría a buscarme a las ocho, de modo que tenía casi una hora para ponerme presentable y ojear los libros que había llevado conmigo a mi habitación.

No quería que el señor Domány-Nádasdy me juzgase vanidosa o coqueta. Deseaba dar una impresión de pulcritud y sencillez. Por ello, recogí todos mis cabellos en la parte posterior de mi cabeza con suavidad, de modo que no quedasen hebras sueltas, pero evitando a la vez que el resultado fuese un peinado severo. Me quité el abrigo, pues mi habitación ya estaba tibia y tampoco pensaba presentarme a cenar llevándolo puesto. Ya estaba. Moví la silla del escritorio, ubicándola frente al hogar. A continuación, tomé la historia de la condesa Báthory que afirmaba ser real y me acomodé a leer ante el fuego crepitante.

Desde las primeras líneas, el autor logró que sintiese una intensa antipatía por él: daba inicio a su relato afirmando que algunas inclinaciones aborrecibles en un hombre como la crueldad o la sed de sangre lo eran tanto más en la mujer, y su argumento estaba claramente marcado por el sesgo de la religiosidad protestante en uno

de sus giros más recientes: según él, Dios había creado a las mujeres para mitigar las pasiones destructivas de los hombres, dando a entender que por esto la dama de quien hablaría, Elizabeth Báthory, era peor que cualquier hombre cuyos actos pudiesen asemejarse a los suyos.

Puse los ojos en blanco. No creía que las malhechoras de sexo femenino mereciesen más compasión que sus contrapartes masculinas, pero gracias a que mis padres eran intelectuales activos en la política contemporánea y a la vez católicos devotos, estaba al tanto de que nuestro siglo, el XIX, había gestado nuevos ideales de lo que debía considerarse *femenino* o *masculino* a través de nuevos discursos asociados con ciertas vertientes del protestantismo, y el libro que tenía en mis manos había sido escrito durante el siglo en curso. Su autor parecía ser uno de esos hombres poseídos por el ardor característico del cismático convencido. A juzgar por su nombre, era oriundo de tierras germanas, donde predominaba la denominación protestante. Si yo estaba en lo cierto, su postura no era de sorprenderse.

Las distinciones postizas entre los sexos pesaban sobre mí, quizás porque mis padres no me las habían inculcado, o al menos no adrede, y como resultado, las rechazaba desde la observación y el raciocinio. Resentía la difusión de nociones de aquella índole pues estaba convencida no solo de que eran enteramente falsas, sino también absurdas y nocivas, a saber: que las mujeres éramos intrínsecamente más benignas o espirituales, menos apasionadas, menos carnales, menos crueles o más ingenuas que los hombres (entre tantas otras afirmaciones modernas carentes de sentido que ya eran demasiado frecuentes entre los protestantes que se habían asentado en Polonia), ya fuese por naturaleza o por algún decreto divino. No comprendía a quienes pretendían convencernos de semejantes invenciones ni con qué objeto lo hacían, solo sabía que quienes las aceptaban y reforzaban me enfurecían.

Me alteraba de igual modo la visión católica tradicional de la femineidad cuando me veía obligada a escuchar de labios del sacerdote de turno la porción del Antiguo Testamento en que Eva era culpada por la debilidad de carácter de Adán, o cuando durante una

ceremonia de boda se mencionaba la infame epístola de Pablo, en el curso de la cual el autor mandaba que la mujer permaneciese callada, como si el habla perteneciese exclusivamente al hombre, como si los hombres fuesen incapaces de banalidades, divagaciones inútiles, sandeces o chismorreos.

Odiaba ambas versiones religiosas de la femineidad. La más antigua y arraigada me retrataba como inmoral, tentadora, manipuladora, insensata, lujuriosa, frívola, ambiciosa, egoísta, mentirosa, caótica e incapaz de contención, por lo cual siempre debía estar bajo la estricta supervisión de algún hombre que me impusiese orden y disciplina, ya que se suponía que el varón era tanto más propenso al bien porque así lo había decidido Dios. En pocas palabras, según la perspectiva tradicional, la mujer era poco más que un súcubo, y la misión divina del hombre era subyugarla para salvarla de sí misma.

La nueva versión protestante de la femineidad, por el contrario, me describía como frágil, inocente, dulce, casta, sosegada, caritativa, piadosa, veraz, pura, bella y débil, y mi responsabilidad era convencer al hombre (una bestia impetuosa presa de sus instintos que de todos modos tenía autoridad divina sobre mí) de regresar al buen sendero por medio de mi virtud y paciencia innatas. Como mujer era, pues, poco menos que un ángel, y la misión divina del hombre era protegerme de otros hombres esencialmente malvados como él, mientras que la mía era aplacarlo a él valiéndome de la fe y la templanza. La única forma de redención del varón, dada su ineludible condición de macho, era sublimar aquella corrupción inherente por medio del matrimonio, la paternidad, el patriotismo, el servicio a Cristo, el arduo trabajo vitalicio o algún acto heroico y magnánimo como arriesgarse a morir en la guerra o rescatar a una damisela en apuros. Por suerte para el varón protestante, en aquella visión puritana todas las mujeres éramos damiselas en apuros, así que tenía innumerables ocasiones de resarcirse con nosotras por la inmoralidad de sus actos, de la cual, por supuesto, no era responsable, pues su mente era tan tosca como su corazón era poluto. Así lo había planeado Dios.

Tanto en el panorama católico como en el protestante, los varones

tenían garantía de mando, por lo cual quizás no juzgaban tan inconvenientes estas reparticiones caprichosas de cualidades, pero yo sí que las habría encontrado ofensivas de haber estado en su lugar, en especial la protestante, que aunque les proporcionaba una excusa perenne para ser criaturas deleznables (pues ahora estaban obligados a serlo por naturaleza y no solo a causa de la mujer tentadora), también les exigía que fuesen irracionales, violentos y temerarios. Pero yo no era varón, así que me propuse preguntar directamente a alguno de ellos qué sentimientos le inspiraban estas divisiones y la función que se le había asignado según su época y su fe de nacimiento.

Me interesaba más, por supuesto, lo que me atañía personalmente, y había concluido que por más que se contradijesen, ambas interpretaciones religiosas de la femineidad estaban de acuerdo en una cosa: asumir que sería lo bastante tonta como para aceptar sus estigmas. Tal vez aquellas ideas nunca habrían surgido en ausencia de una hábil manipulación del culto religioso preponderante. Al menos eso prefería pensar yo para no asumir que toda la humanidad había elegido ser injusta y arbitraria un buen día solo porque sí.

Así, pues, ya estaba predispuesta para con el autor en cuanto leí el primer párrafo de aquel libro, y supe que lo leería con absoluto escepticismo. Una combinación de rabia y curiosidad fue lo que me impulsó a seguir. No que fuese a ponerme del lado de Elizabeth Báthory solo porque su historia había sido narrada por un hombre que la odiaba, pero la creía un poco menos maligna que el autor en aquel punto.

Esto, sin embargo, cambió conforme leía al respecto de la condesa, no porque la historia pareciese enteramente creíble, sino por los eventos del día que acababa de trascurrir para mí, y en especial por el carácter de Elzbieta, mi pupila: según el autor, Elizabeth Báthory había sido una dama de la nobleza que disfrutaba torturando a sus doncellas de las formas más atroces, bien clavando alfileres bajo sus uñas, o bien azotándolas con púas, quemándolas con llaves ardientes o realizando cortes moderados en sus carnes con tijeras y cuchillos. La condesa había refinado sus prácticas conforme descubría cuánto

gozaba con el dolor de aquellas muchachas, y solo tras explorar con meticulosa dedicación los métodos por medio de los cuales podía infligirles aún más daño (ya fuese metiéndolas desnudas al pozo durante el invierno y regando agua helada sobre ellas, cubriéndolas de miel para exponerlas a los insectos durante el verano o colgándolas de los pies para pinchar su abdomen hasta que reventasen), había hallado una nueva utilidad para ellas.

Al parecer, la condesa (quien el autor aseguraba era versada en las artes negras y contaba con tres ayudantes devotos de Satanás, entre ellos un enano llamado Fitzko) era además en extremo vanidosa y buscaba reversar por medio de ritos demoníacos y baños especiales los efectos del deterioro paulatino de su belleza. Pues bien, una tarde en que la dama tomaba su baño acostumbrado, se había enfurecido por una minucia con una de sus doncellas. Habituada como lo estaba a obrar con violencia, le había propiciado un puñetazo, causando así sin querer que la sangre de la muchacha herida salpicase la piel de su rostro. Al limpiar la mancha de su mejilla, la condesa había notado que la porción sobre la cual la sangre de la doncella había caído lucía más tersa y blanca. En medio de su delirante maldad, había creído descubrir la solución a su problema, conjeturando que la sangre juvenil sería capaz de deshacer el temido marchitamiento de su hermosura.

Sin perder tiempo, había ideado un plan. En primera instancia, había engañado por medio de sus aliados a dos muchachas del mercado para que se presentasen en su castillo. Una vez allí, las jóvenes habían caído en el sótano tras pisar una trampilla en el suelo diseñada con dicho fin. Habían sido brutalmente asesinadas por los ayudantes de la condesa, quienes se habían apresurado a llenar el baño de su señora con la sangre aún tibia, dando inicio a una de las más macabras tradiciones de la historia. A partir de aquel día, la condesa se había valido de falsas promesas para atraer a su hogar a cuantiosas muchachas que luego desaparecían sin dejar huella, pues sus cuerpos eran enterrados dentro del castillo o a su alrededor. Cuando las jóvenes no accedían a ir por su propia voluntad, la condesa y sus aliados las llevaban por la fuerza, tomándolas de los

lugares donde las avistaban. Sus parientes no las habían vuelto a ver. Con el paso de los años, seiscientas chicas de diversas edades habían sido secuestradas con el propósito de satisfacer el cruento capricho de la despiadada condesa.

Elizabeth Báthory había sido descubierta porque había invitado a su castillo a varias jóvenes de la Corte que jamás habían retornado, lo cual había puesto sobre aviso a gentes influyentes que, alarmadas, habían decidido investigar. Al parecer, el amante de una de las nobles muchachas asesinadas había develado lo ocurrido, jurando así venganza con el apoyo de las familias de las otras víctimas. Finalmente, el conde Thurzo se había dirigido al castillo de Elizabeth Báthory en compañía de los dos yernos de esta última y cuantiosos soldados, descubriendo, tras una exhaustiva revisión, los cadáveres de dos de las muchachas de la Corte.

La condesa había sido sentenciada a pasar el resto de sus días confinada en un calabozo subterráneo de su castillo y había fallecido pocos años después, el 21 de agosto de 1614. Al concluir, el autor recordaba al lector que la condesa habría merecido ser condenada a morir no solo una sino múltiples veces por sus crímenes. Agregaba, como dato adicional, que quienes visitaban el sótano del castillo durante el plenilunio aseguraban escuchar los lamentos de las víctimas allí asesinadas.

Absolutamente espantada, cerré aquel breve recuento, que más que otra cosa era un artículo destinado a escandalizar a quien lo leyese. Alguien, quizás un miembro de la familia Domány-Nádasdy, había decidido conservarlo y hacerlo empastar en aquella llamativa cubierta amarilla para evitar que se deteriorase. La razón por la cual alguien querría preservar un documento semejante asociado con su propia familia me eludía por completo. Quizás los Domány-Nádasdy tenían disputas con sus parientes Báthory, o quizás estaban convencidos de que se trataba de una simple fábula, y a la luz de la contemporaneidad consideraban que aquella historia era risible, tan solo una curiosidad familiar. Pero, por más que el claro propósito de aquel informe hubiese sido conmocionar a las gentes curiosas del siglo que apenas iniciaba entonces, y aunque fuese probable que los hechos hubiesen

sido exagerados, no me costaba ningún trabajo imaginar a Elzbieta y Vladislav llevando a cabo exactamente los mismos actos atribuidos a la condesa, y por los mismos motivos: vanidad o simple y llana crueldad.

11
La cena

La señora Kowalski fue a buscarme exactamente a las ocho. Tomé mi lámpara, le eché cerrojo a la puerta y la seguí. Estaba en extremo nerviosa, tanto así que me costaba respirar de modo pausado. En vez de ir hacia el ala norte, el ama de llaves avanzó hacia la primera habitación donde me había encontrado con mi patrón. Sin embargo, la puerta estaba cerrada. Descendimos hasta la primera planta del ala oeste y salimos del edificio para hallarnos en el patio interior. Estaba muy oscuro allí, pero pude apreciar algunos de los árboles que no habían perdido sus hojas. Las piedras del suelo estaban aún mojadas tras el aguacero y por ello sujeté las faldas de mi vestido para evitar que el agua de los charcos las calase. La señora Kowalski se encaminó entonces hacia un portón en el ala sur. Me hizo pasar y ascendimos a la tercera planta a través de múltiples pasillos y tramos de peldaños hasta llegar a una habitación iluminada cuya puerta de cristal estaba cerrada. Procedió a abrirla con su inmenso juego de llaves y entonces anunció, instándome a pasar:

—El señor Domány-Nádasdy se reunirá con usted en breve.

El ama de llaves salió y cerró la puerta tras de sí para dejarme a solas. Velas de todos los tamaños habían sido encendidas por toda la habitación en candelabros de hierro de diversos diseños, a cual más bello que el otro. Deposité mi lámpara junto a la chimenea, apreciando los ornamentos de la piedra esculpida en torno al hogar incandescente: flores y hojas trenzadas parecían ascender por su marco hasta llegar al centro del borde superior, en el cual el rostro de un hombre con cuernos había sido labrado. La mesa de esta habitación era tanto más pequeña que la del otro comedor: una gruesa lámina de mármol gris con vetas blancas se sostenía sobre una base de hierro cuyos extremos curvilíneos se entrecruzaban. Las fuentes de plata habían sido dispuestas en ambas cabeceras, de modo que deduje que

cenaríamos solos. Me sentía temblar por dentro. En un intento de dominar mi inquietud antes de que mi patrón llegase, me acerqué a la ventana, que encaraba el patio interior. Las pesadas cortinas carmesíes con brocados de plata estaban entreabiertas. Desde allí podía observar la ventana de mi habitación. Al fijar la vista en ella, sentí que mi sangre se helaba: comprendí que, a menos que mis cortinas permaneciesen cerradas, me hallaba completamente expuesta ante los habitantes del castillo. Agradecí la orden de resguardo de mi patrón para mis adentros, prometiéndome ser aún más cuidadosa en el futuro.

Escruté la porción visible del patio interior con atención y divisé la estatua que me había causado curiosidad. La nieve ya no la cubría. Gracias a ello me percaté de que era muy poco convencional, pues las alas a medio desplegar del ángel no daban la impresión de asemejarse a las de un ave sino a las de un murciélago. Parecía ser una obra digna de admirar, y me propuse pasar por allí al día siguiente en cuanto tuviese un rato libre. Por suerte, el prospecto de evadir mis problemas por medio de la contemplación de una creación artística me sosegaba. En ese momento arribó mi patrón.

—Bella noche, señorita Pawlak —dijo. Me di la vuelta con rapidez pues no había escuchado la llave girar y él ya estaba dentro de la habitación con la puerta cerrada a sus espaldas—. Gracias por estar aquí.

Curiosa elección de palabras, pensé, haciéndome consciente al mismo tiempo de que empezaba a respirar con agitación una vez más. Él vestía de negro riguroso de nuevo, aunque sus ropas eran diferentes: en esta ocasión llevaba una casaca de terciopelo que se ceñía a su cuerpo sólido por medio de una hilera de botones de plata repujada, sus puños y cuello de seda fina brocados en hilo negro grueso. Llevaba también chaleco y una ancha chalina de seda negra anudada al estilo *maratte* sobre el alto cuello de su camisa.

—Buenas noches, señor Domány-Nádasdy —respondí, intentando ocultar mi pasmo por medio de una postura firme pero respetuosa.

Él se dirigió a uno de los dos puestos y haciendo un ademán con su muñeca para señalar el otro, dijo:

—Por favor.

Di algunos pasos hacia la cabecera que encaraba la que él ocuparía. Cuando él se hubo sentado, lo hice yo también. Sus ojos de aquel color asombroso, dorados y rojizos como las lágrimas derramadas por las hijas de Helios al morir su amado hermano, tenían una expresión inquisitiva, y aunque no estuviese sonriendo, su semblante era el de quien llevaba a cabo una evaluación favorable de su comensal. Nos separaba a lo sumo un metro de distancia y la habitación estaba bastante más iluminada que aquella en la que me había recibido, por lo cual no tenía yo cómo rehuir la visión de toda su apostura. Decir que lucía aún más guapo aquella noche que la anterior habría sido poco. Baltasar Domány-Nádasdy me había dejado sin aliento. En toda su elegancia, carecía por completo de afectación, como si el donaire hiciese parte intrínseca de su corporeidad. Elevó su copa a la altura de su rostro con una leve inclinación de cabeza y se la llevó a los labios para beber en tanto me miraba con natural intención, invitándome a beber sin necesidad de hablar, tan hábil era para guiar por medio de sus movimientos.

Mi copa contenía vino tinto. Cabe decir que beber vino no era la usanza en Polonia, menos aún entre quienes no éramos ricos, así que aquello también era casi una novedad para mí, pues a duras penas si lo había probado en ocasiones durante la misa. Me sorprendió que este no fuese dulce, aunque me agradó más. Mi patrón retiró las cubiertas de las fuentes de plata que se hallaban ante él, y para mi sorpresa, sus alimentos no consistían en carne cruda bañada en sangre fresca. Aquello me permitió respirar con alivio. Sentí que mis vértebras se relajaban y retiré las cubiertas de mis fuentes también. Todo parecía indicar que ambos cenaríamos res asada, pan fresco y una sopa de cebollas de exquisito aroma. Solo me atreví a probar los alimentos una vez mi patrón probó los suyos y entonces mi apetito despertó.

—La felicito por no haber intentado huir aún —dijo y me sonrió con los labios cerrados.

Por suerte había terminado de tragar el primer bocado. ¿Bromeaba mi empleador conmigo? Casi quise reír. Sentí que la sangre acudía a

mi rostro. Hubiese querido estar en una posición en la que responder con franqueza no pudiese ser interpretado como irrespeto, pues su carácter invitaba a la conversación. Parecía tener sentido del humor, constaté, pesarosa.

—Se lo agradezco, señor —dije, inclinando la cabeza y sofocando una risita al pensar en los pequeños demonios de Elzbieta y Vladislav. ¡Por supuesto que deseaba huir!

Él rio un poco por lo bajo. No pude evitar que la sorpresa se reflejase en mi rostro.

—Señorita Pawlak, estoy al tanto de quiénes son mis sobrinos. Sé que ninguna persona con sentido común querría permanecer con ellos tras haberlos conocido.

Su sinceridad era más de lo que yo hubiese podido esperar de ningún empleador. Estaba atónita.

—Deseo que tenga la tranquilidad de expresarse con franqueza —prosiguió—. No puedo garantizarle un buen trato de parte de mis sobrinos en todo momento, pero sí puedo implementar medidas correctivas inmediatas si usted llegara a considerar que se han excedido en algún aspecto. Verá usted, las personas son quienes son desde la infancia. Algunas se perfeccionan con el paso del tiempo y otras logran ajustar su comportamiento para obtener mayores beneficios de quienes las rodean conforme crecen. Aunque ciertas actitudes infantiles desconcertantes pueden ser el resultado de un ámbito hostil, estas suelen desaparecer una vez dicho ámbito es modificado. Lo que quiero decir es que creo que los niños manifiestan abiertamente su verdadera naturaleza de manera precoz, y, por ende, ya que mis sobrinos siempre han recibido un trato cordial, esto es, a menos que infrinjan deliberadamente ciertas reglas fundamentales, no tengo ninguna esperanza de cambio en lo que les concierne. Usted tampoco debería tenerla.

—No albergo una ilusión semejante, señor Domány-Nádasdy —me apresuré a decir—. Estoy, además, de acuerdo con usted en todas sus afirmaciones. Sin embargo, no me atrevería a importunarlo con quejas.

—Temo que es necesario que lo haga. Es por ello también que

consideré imperativo reunirme con usted esta noche. Debo estar al tanto de lo que ocurre con mis sobrinos por medio suyo y de la aya.

Pensé en la pobre Rózsa y sentí que mi corazón se encogía. Tragué en seco.

—Está bien, señor. ¿Cómo desea que lo ponga al tanto del comportamiento de mis pupilos?

—Deje una nota dirigida a mí en su habitación. La señora Kowalski me la hará llegar. Le pediré que ponga papel y sobres en su escritorio para este propósito. También creo conveniente hablar con usted en privado con cierta periodicidad, ya le haré saber yo cuándo y dónde. Lo que le acaeció a la institutriz anterior es asunto de suma gravedad —agregó, como si pudiese ver en mis ojos lo que pensaba—. La señora Agoston dice que mis sobrinos insisten en insultar su tumba. ¿Tiene usted algo qué agregar al respecto?

—Sí, señor. Tengo también varios interrogantes, si me lo permite —me atreví a decir al fin, considerando que aquella era una oportunidad que no debía dejar pasar.

—Adelante —dijo él, entrecruzando los dedos de sus manos y apoyando el índice izquierdo sobre sus labios—. Quiero aclarar todas sus dudas. Hacerlo es importante para mí también.

—¿Qué le ocurrió a la institutriz anterior?

Baltasar Domány-Nádasdy arqueó una de sus cejas.

—No lo sé aún, señorita Pawlak —exhaló con lentitud tras unos segundos—. Es una de tantas cuestiones que intento resolver. El palafrenero jura que encontró su cuerpo flotando en el foso, pero para cuando yo fui alertado, sus ropas y cabellos ya estaban secos, y había sido trasladada al interior de las murallas de nuevo. Alguien había colocado entre sus manos también un objeto que yo le había obsequiado —agregó.

—Un espejo —murmuré.

—Así es —asintió, circunspecto.

—¿Pone usted en duda las palabras del palafrenero? —inquirí, aún más asustada que antes.

—No —respondió—. Creo que dice la verdad. Pero ocurre que pasó demasiado tiempo desde la muerte de Rózsa hasta el momento en que

la vi. Me hallaba de viaje. De tal modo, me fue imposible discernir las causas exactas por las cuales murió, al menos por mi propia observación —añadió, tragando en seco—. El médico familiar no fue de mucha utilidad en este aspecto. Se limitó a escuchar de labios del palafrenero cómo fue hallada y luego declaró con base en ello lo que considera le acaeció, esto es, que cayó al foso tras resbalar, ahogándose posteriormente.

—Y usted no se siente conforme con la versión que el médico le proporcionó —afirmé. Aquella no era una pregunta: podía verlo en su rostro.

Él se limitó a asentir.

—Señor Domány-Nádasdy, espero que comprenda que estoy aterrada —dije con un hilo de voz. Tenía que decírselo, no podía soportar aquel peso en soledad.

Me miró directamente a los ojos unos instantes y dijo entonces:

—Perdóneme por haberla traído aquí, señorita Pawlak.

Sus palabras me atravesaron como un rayo. Si aquella no era una abierta admisión de culpabilidad, era la confirmación de que me hallaba en peligro.

—Vine por mi propia voluntad —susurré, dejando caer mis manos sobre la fría superficie de la mesa.

—Lo sé —dijo, elevando el mentón—. Pocas institutrices habrían rechazado una plaza como la que le fue ofrecida. Yo mismo habría venido de haber estado en su posición.

—Señor Domány-Nádasdy, necesito saber si mi vida corre peligro. También necesito saber si me permitirá usted partir para salvarla de ser preciso —dije, intentando que mi voz no se quebrase.

Antes de que pudiese parpadear, mi interlocutor se había inclinado sobre la mesa para apoderarse de mis muñecas. Las ciñó con firmeza sin apartar su mirada de la mía. Sus ojos brillaban con ira y determinación.

—Está a salvo conmigo. Nada le ocurrirá mientras nos encontremos en el mismo lugar —dijo, su voz como el rumor profundo del río turbulento, ahora mucho más cerca de mí.

Tomé aire para hablar, pero ninguna palabra salió de mi boca. Mi

corazón retumbaba dentro de mi pecho mientras lo miraba. Sentí su pulso violento unido al mío, pero en vez de sobresaltarme, me había adentrado en sus ojos. Me pareció que soñaba en vez de estar despierta. Como si mis sentidos pudiesen disipar mis dudas más allá de lo que mi intelecto insistía en objetar, sentí que aquellas aserciones eran más reales que ninguna frase que hubiese escuchado hasta entonces.

Cerré mis párpados un instante. Al abrirlos de nuevo, Baltasar Domány-Nádasdy ocupaba su puesto de nuevo y mis muñecas se hallaban libres.

—Sepa que puede partir cuando así lo desee, señorita Pawlak —dijo. Su voz sonaba lejana y tuve que sacudir la cabeza pues aún estaba aturdida—. Necesito saber que comprende esta afirmación con absoluta claridad.

Asentí. ¿De veras estaba diciendo que podía partir cuando quisiera?

—Le creo, señor Domány-Nádasdy —afirmé con voz queda.

—¿Desea partir, señorita Pawlak? —por un segundo, su mirada dejó traslucir un asomo de desasosiego, pero su voz no revelaba sus emociones. Era firme e inescrutable.

—Solo pude pensar en ello durante la mañana tras conocer a sus sobrinos —admití—. Pero después de poner mis pensamientos en orden, me dije que sería reprochable de mi parte abandonar mi cargo tras haberle asegurado que puede contar conmigo.

Dudaba mucho que aquel fuese un efecto del vino. Simplemente me sentía a salvo con él.

—Es usted honorable. Sin embargo, las circunstancias en las que se halla son excepcionales.

—¿Desea convencerme de que parta, señor? —inquirí confundida.

—Nada más lejos de lo que deseo —rio mirando hacia el fuego. Tuve la sensación de que mis labios ardían en llamas. Lo estaba observando sin poder apartar la mirada de su rostro. No dejaba de sentir su tacto a pesar de que sus manos ya no me tocaban. Tuve miedo entonces. Miedo de mí misma.

—Cenemos, señorita Pawlak —dijo, mirándome de nuevo—. Permita que le cuente lo que necesita saber por el momento para

decidir si desea quedarse. Y luego, si elige partir, yo mismo me encargaré de realizar los arreglos pertinentes para que llegue a su hogar en el menor tiempo posible.

Inhalé hondamente, siendo más consciente de su presencia que de sus palabras.

—Gracias —dije. Pensé que debía concentrarme en aquel asunto urgente como fuese para dar prioridad a lo que realmente importaba —. Gracias, de verdad.

Él llenó nuestras copas de nuevo y, tras beber largamente de la suya, dijo:

—Mi hermano Aurel fue quien contrató a la institutriz anterior. Él es el mayor y, por lo tanto, quien inicialmente tomó el mando en lo concerniente a la educación de Vladislav y Elzbieta tras la muerte de mi hermana y su esposo.

—¿Cómo murió su hermana, señor Domány-Nádasdy? —inquirí entonces. Necesitaba oírlo de sus labios; no podía confiar en lo que hubiesen dicho mis pupilos o la aya.

Él pareció no inmutarse con mi pregunta.

—La decapité yo mismo, señorita Pawlak. A ella y también a mi cuñado. Sé que mis sobrinos se lo dijeron y comprendo que quiera usted confirmarlo. Es verdad. ¿Me teme por esto?

Negué con la cabeza. No solo no le temía: me inspiraba confianza. Eso era aún más riesgoso.

—¿Por qué lo hizo? —inquirí.

—La enfermedad de ambos avanzó al punto de que ninguno de los dos toleraba ya su propia existencia. Ellos me lo pidieron. Sabían que solo yo haría algo así por ellos.

—Me apena escucharlo, señor —dije, apartando mis ojos de los suyos. Sabía que era una intromisión, pero necesitaba indagar más—. ¿Qué enfermedad padecían?

Él suspiró, dirigiendo la vista hacia la ventana.

—La misma enfermedad que aflige a mis sobrinos. La padecen igualmente mi hermano, mi primo y mi prima. También yo heredé el mal —murmuró.

Temblé. La copa de plata resbaló de entre mis dedos cuando

pronunció aquellas últimas palabras y el vino se derramó sobre la mesa, dejando una pequeña laguna color borgoña entre nosotros. Sus ojos se posaron en el vino derramado y luego ascendieron lentamente hacia mi rostro. Lucía atribulado. Con un solo movimiento veloz, cubrió el líquido con su servilleta para que fuese absorbido por la tela y, a continuación, alcanzó mi copa para devolverla a su lugar.

—Lo siento infinitamente —balbucí.

—No se preocupe, fue solo un accidente —dijo esbozando una sonrisa, y pensé que ocultaba sus verdaderos sentimientos. Me había referido a que lamentaba su enfermedad, pero no lo dije en voz alta. Entonces fijó su vista en la mía—. Gracias, señorita Pawlak —agregó, apretando la mandíbula—. Es usted muy gentil.

Mi patrón parecía adivinar mis pensamientos. ¿Podía alguien ser tan hábil para interpretar las reacciones ajenas? No osaba preguntarle directamente en qué consistía su enfermedad, pero era asombroso que luciese tan saludable.

—Sabe, señorita Pawlak, esta condición tiene aspectos tan terribles como bellos. Como le expliqué, es un asunto de familia. Por esto, me he dedicado a explorar mi linaje con dedicación desde que comprendí cuál era mi realidad. Nuestros síndromes respectivos varían entre sí, pero tienen importantes factores en común. Algunos de nosotros podemos llevar una dieta menos rigurosa. Otros, como Vladislav y Elzbieta, están sujetos a exigencias alimenticias muy específicas. Pueden incluso morir si consumen cualquier alimento cocido o que haya surgido de la tierra, y vaya si lo han intentado, aprendiendo con ello lecciones muy dolorosas. Sus organismos rechazan todo lo que no sea carne cruda o sangre.

—Comprendo —dije. Mis conocimientos médicos eran nulos, de modo que no podía hacer otra cosa que escuchar lo que él quisiera contarme al respecto.

Sus ojos parecían decir: *quiero que me comprenda*, y aquello me angustiaba, pues era casi como oírlo pronunciar las palabras en voz alta sin que las dijese. De repente, pareció sobresaltarse.

—¿Me escuchó usted pensar? —preguntó. Había palidecido.

—¿Disculpe? —pregunté a mi vez con horror.

—¡No juegue conmigo, por favor! —exclamó, golpeando la mesa con la base de su copa—. ¿No sabe acaso a qué me refiero?

—Perdone, señor, yo… —tartamudeé, pero él ya había rodeado la mesa para hincarse junto a mí.

—Señorita Pawlak —dijo por lo bajo. Su mirada era suplicante—. Le pido… No, le ruego que pronuncie las palabras que creyó escuchar en su mente hace un minuto. Las palabras que yo estaba pensando. Por favor.

Un nudo se había formado en mi garganta pero, por descabellado que pareciese aquel asunto, no pude dejar de acceder a su petición dado el modo en que me miraba.

—*Quiero que me comprenda* —murmuré, mirándolo a los ojos.

Él se puso de pie y, lentamente, se dio la vuelta hacia la ventana. La tensión en su cuerpo era evidente, aunque sus cabellos caían a lo largo de su espalda, dejando solo los hombros de su casaca al descubierto. Lo observé inclinar la cabeza para llevarse las manos a las sienes y exhalar.

—Señor… —dije. Estaba en extremo nerviosa y, además de ello, abochornada. Con seguridad había imaginado escuchar cosas que no habían sido dichas y, gran error, se lo había confesado. Sentí rabia conmigo misma por haber hablado. Me pregunté si él jugaba conmigo, procediendo tal y como lo hacían los ilusionistas con sus audiencias. Recordé que, después de todo, poseía un sentido del humor particular. ¿Qué pretendía con todo aquello?

—Sí —respondió, aún de espaldas a mí—. Me escuchó pensar, señorita Pawlak.

Creí que me desvanecería al escuchar aquellas palabras. Cuando se giró hacia mí de nuevo, me observó de pies a cabeza con el ceño fruncido, deteniéndose en mis ojos. No lucía enfadado en absoluto. Mi corazón latió con fuerza, pues a pesar de todo mi escepticismo, supe que no me mentía.

—Le contaré algo que no le he contado antes a nadie—dijo sin moverse de su lugar—. En ocasiones, cuando alguien piensa con intensidad, puedo escuchar sus pensamientos. No ocurre con demasiada frecuencia. Lo encontraba fascinante cuando era chico,

pero pronto cobró un significado nefasto para mí. Sé que es parte de mi condición —me pareció que sus ojos se humedecían, pero cerró los párpados un segundo y, tras abrirlos de nuevo, aquel brillo particular había desaparecido—. Por desgracia, no me ha sido de mucha utilidad, pero eso poco importa. Lo que importa ahora es que nadie, hasta esta noche, me había escuchado pensar a mí. Ni siquiera mi hermana, quien tenía el mismo don, si es que puede llamársele así aun haciendo parte de lo que considero una maldición.

Hablaba en serio. Me era imposible no creerle.

—Nunca he escuchado los pensamientos de una persona antes —musité en tanto una fina transpiración cubría mi cuerpo. ¿Qué estaba ocurriendo en aquella habitación?

—Bien, espero que no haya sido una experiencia infausta para usted —replicó, y me pareció que recobraba su compostura en un instante —. Creo que puedo impedir que vuelva a hacerlo si usted lo prefiere así.

—¡No fue mi intención escuchar sus pensamientos, señor! —me defendí, avergonzada.

—No tiene por qué disculparse, yo tampoco la he escuchado pensar adrede —sonrió, regresando a su puesto y tomando asiento ante mí—. Ignoro si podrá usted desarrollar la habilidad de impedir que yo vuelva a escuchar lo que piensa, pues lo cierto es que ya lo he hecho en varias ocasiones, más de lo que es usual para mí, y creo que esto se debe a que piensa usted con claridad y sinceridad.

—Qué horror —me escuché susurrar.

Él rio con fuerza entonces, lo cual me sorprendió.

—No hay ningún motivo por el cual deba afligirse, señorita Pawlak —afirmó—. Al contrario.

Nunca he conocido a nadie como usted, creí escucharlo decir a continuación, pero sus labios no se habían movido. ¿Lo habría imaginado solo porque deseaba que él pensara exactamente aquello?

—¿Qué ocurre? —inquirió. Debía haberlo puesto sobre aviso.

—Nada, señor, disculpe —dije, dirigiendo la vista hacia mi plato. Acto seguido, engullí un gran trozo de pan para no tener que hablar, al menos durante unos instantes.

—Miente —sonrió, fijando su mirada encendida en la mía.

Su tez había adquirido una tonalidad sonrosada, en especial esa ínfima porción de su cuello que la camisa dejaba al descubierto. Se lo atribuí a la abrumadora calidez de la habitación, con aquel hogar flameante y aquellas velas que centelleaban como luceros dorados en torno a nosotros. Me obligué a continuar masticando de modo pausado, haciendo un esfuerzo supremo por apartar mis ojos de sus labios. Bebí dos grandes tragos de vino al terminar y deposité mi copa en la mesa sin decir nada más. En aquel momento sentía que toda mi sangre se había tornado en fuego.

—Me escuchó pensar de nuevo —declaró, mirándome por debajo de las cejas—. Lo sé.

—Tal vez sea mejor que usted me diga lo que cree que escuché —sugerí, luchando por hacer a un lado mis sensaciones, convencida de que solo una conversación tan extraña podría disiparlas.

Nunca he conocido a nadie como usted, repitió sin pronunciar palabra, sus ojos clavados en los míos. Mi corazón dio un vuelco en mi pecho. No podía continuar viéndolo del modo en que lo estaba haciendo. Terminaría por enloquecer, y no porque juzgase imposible haber escuchado por tercera vez lo que él pensaba con toda claridad, sino porque Baltasar Domány-Nádasdy despertaba en mí un anhelo tan doloroso como placentero, tan profundo como ostensible. Sabía exactamente lo que era, aunque no lo hubiese experimentado así y aunque no hubiese imaginado que lo haría con tal magnitud: era deseo en su estado más puro y violento y no podía dejar de sentirlo aunque fuese imperativo que lo sofocase. Sobra decir que tampoco había conocido a nadie como él. Tuve la certeza de que lo que me dominaba en aquel momento representaba un peligro mucho mayor que aquel al que me exponía solo por el hecho de hallarme en ese lugar. Tenía que evadir lo que me ocurría, tenía que huir de mí misma. Tenía que hablar, al menos.

—¿Cómo llama usted a este fenómeno, señor Domány-Nádasdy? —me obligué a preguntar, haciendo lo posible por sosegar mi respiración exacerbada.

Él apoyó su mentón en su dedo pulgar, cubriendo su labio inferior

con el índice flexionado. Me miraba con suma seriedad, y yo sentía que ardía por dentro, al punto que era casi intolerable.

—¿Qué fenómeno, señorita Pawlak? —inquirió con voz profunda.

¿Me escuchaba pensar en ese momento? ¿Se daba cuenta de lo que sentía yo, o estaba aquello reservado solo para mí?

—Compartir pensamientos sin hablar —balbucí.

—Ah, eso —dijo, mirando fugazmente hacia el techo. Me pareció que lucía decepcionado. Sin embargo, su expresión cambió de súbito, tornándose en interés—. Me agrada que quiera saberlo. Me complace su curiosidad intelectual. Muy bien —prosiguió, haciendo una pausa para beber de su copa—. Siempre quise comprender en qué consistía mi capacidad de escuchar los pensamientos ajenos, por supuesto. Cuando pude gobernarme a mí mismo, emprendí una búsqueda infatigable sin resultados durante algunos años, coleccionando libros e indagando entre supuestos expertos. Ya me había rendido cuando me topé con la investigación de un conocedor apasionado por el tema, uno de los miembros fundadores de la *Sociedad para la Investigación Psíquica*. Se trata de un filólogo inglés llamado Frederic Myers, quien, para mi deleite, ha estudiado varios fenómenos de gran interés para mí, entre ellos la habilidad de adivinar lo que otros piensan, la cual ha decidido denominar *telepatía*. Su publicación *Phantasms of the Living*, o *Fantasmas de los vivos*, que aborda este fenómeno en especial, es bastante reciente. Data de 1886, si no me equivoco, hace apenas siete años. Me agrada el término, por lo cual desde entonces me he referido a dicha facultad como tal.

—Significa algo así como *sentir desde lejos* en griego, ¿me equivoco? —inquirí, esperando su confirmación, cautivada con el concepto.

—Así es. Exactamente —respondió él. Sus ojos ambarinos brillaban.

—Nunca había escuchado hablar de algo semejante —afirmé maravillada.

—Y, sin embargo, es real. Usted misma acaba de comprobarlo —sonrió—. Hay tantas cosas que aún no comprendemos a pesar del inmenso progreso de nuestro siglo. Mi propósito es continuar investigando. Myers habla también de *percepción extrasensorial*, que es, en suma, la habilidad de obtener información sin usar los sentidos. Si

usted lo quisiera, podría enseñarle los textos que he obtenido al respecto.

—Se lo agradecería, señor —dije, sinceramente entusiasmada.

—Bien, es un trato —replicó, llenando mi copa de nuevo—. Temo, señorita Pawlak, que me he desviado de lo urgente para hablar de asuntos más atrayentes. Debo retomar el tema anterior.

Su semblante se tornó sombrío entonces y sentí pena por él. Aún no comprendía en qué consistía su condición hereditaria, pero era aparente que lo atormentaba, aunque hubiese aceptado su destino. Supuse que él y sus familiares debían hallarse en la búsqueda constante de alguna cura o al menos de métodos de alivio.

—Lo escucho —me obligué a esbozar una sonrisa. La gravedad del tema había logrado aplacar la intensidad de la situación previa, así como aquellos sentimientos que no tenía permitido sentir, lo cual agradecí.

—Mi hermano Aurel resultó ser incapaz de llevar el mando del castillo y guiar la educación de mis sobrinos —dijo—. Así pues, por consenso familiar, se decretó que me encargase yo de ambas cosas a pesar de que soy el menor. Puedo hacer lo primero pues mi difunto cuñado me había instruido para ello desde la adolescencia, y por fortuna ya tengo veinticuatro años, así que me resulta fácil hacerme obedecer.

Había adivinado al llegar que tenía más o menos la misma edad que yo. Sin embargo, me dije que la juventud estaba ausente en su forma de hablar, quizás por las responsabilidades a las que estaba sujeto, así como por su agudeza mental.

—Por su carácter, Vladislav y Elzbieta requieren una serie de medidas especiales que solo ahora comienzo a implementar, pues hasta hace poco era Aurel quien tomaba las decisiones al respecto —prosiguió—. Por lo tanto, mis sobrinos apenas empiezan a comprender lo que es la autoridad. El tiempo que estuve ausente en el transcurso de los dos años anteriores, durante los cuales Aurel hizo caso omiso de los detalles más fundamentales, demostró ser perjudicial para todos. Aun así, si usted pudiese permanecer con nosotros, yo le estaría más que agradecido, señorita Pawlak —dijo—. Hay mucho que debo

esclarecer, y para ello necesito que, entre tanto, mis sobrinos cuenten con una institutriz diestra durante las horas del día. Para empezar, es esencial que se hallen ocupados. Por otra parte —terminó—, ninguno de nosotros puede vigilarlos con la atención debida antes de la puesta del sol.

Lo que los señores del castillo hiciesen durante las horas del día no era, por supuesto, de mi incumbencia. Algo acerca del modo en que se había referido al atardecer, aun así, me produjo una extraña sensación. Él debió notarlo, porque explicó:

—Todo ser viviente es sensible a la luz solar, pero los miembros de mi familia lo son aún más. El caso de mi hermana llegó a ser tan extremo que no soportaba siquiera la luz de la luna llena.

—¿Disculpe? —balbuceé atónita.

—La luna refleja la luz del sol —dijo, arqueando una de sus largas cejas.

—Eso lo sé, señor, es solo que…

Él rio. Su dentadura era hermosa. Noté entonces que sus colmillos superiores eran a duras penas más puntiagudos de lo que solía ser habitual, sin ser más largos que sus incisivos. Aquel rasgo casi indiscernible que compartía con Vladislav y Elzbieta se me antojaba encantador. Por otra parte, unas sutiles hendiduras en sus mejillas que lo hacían lucir algo malévolo aparecían de la nada cuando sonreía, aunque lo hiciese con los labios cerrados. Limpié con el dorso de mi mano las gotas de sudor que se acumulaban en mis sienes y pómulos.

—Solo bromeaba al recalcar lo elemental. Sé que está al tanto de estas cosas, señorita Pawlak, de lo contrario no la habría contratado.

—¿Cómo podría saber algo semejante antes de haberme conocido, señor Domány-Nádasdy? —inquirí, frunciendo el entrecejo.

—En otras circunstancias, habría afirmado que lo deduje gracias su fina escritura al recibir su solicitud, pero eso sería mentirle a medias, lo que, tratándose de usted, sería estúpido de mi parte.

—¿A qué se refiere, señor? —pregunté—. No puedo leer todos sus pensamientos.

—Ni yo los suyos —las comisuras de sus labios se curvaron y un relámpago fugaz iluminó sus ojos desde el interior—. Puedo, no

obstante, en ocasiones, discernir aspectos básicos de una persona aun antes de conocerla, al entrar en contacto con algo que le pertenece, y usted me envió un par de cartas antes de llegar aquí. Esto me ocurre de modo espontáneo e inevitable, no hay nada que pueda yo hacer al respecto. Pues bien, gracias a dichas cartas, la presentí en la distancia. Pero no hay nada de lo cual deba usted preocuparse, no poseo una mente entrometida. Simplemente, tuve la certeza de que sería… —se detuvo.

—¿Sí? —lo insté a proseguir, mirándolo por debajo de las cejas.

—La persona indicada, por supuesto —dijo, su semblante hermético.

—Pero… ¿qué supo de mí exactamente? —dije, conmocionada.

Él suspiró.

—Es difícil ser exacto al describir la percepción a distancia, señorita Pawlak. Es como la intuición, solo que más contundente. De vez en cuando, si tengo suerte, la acompañan visiones, sonidos, sensaciones táctiles u olfativas. En este caso, supe sin más que la autora de aquellas cartas leía un libro tras otro, lo cual es una rareza aun entre tutores o institutrices, pero no puedo explicar con palabras precisas cómo obtuve este conocimiento. Dígame usted si me equivoqué.

—No, señor —tartamudeé—. Mis padres fundaron una escuela y están muy involucrados en la vida política de Polonia. Por ende, reciben toda clase de textos de parte de intelectuales polacos exiliados a modo de donativos. Estos les son enviados por medio de amigos en común. Han llegado incluso a obtener baúles llenos de libros. No solo los leo todos, sino que a menudo me los quedo para estudiarlos una y otra vez —admití, sonrojándome un poco—. De todo aquello, lo que puede usarse en la escuela es poco, en realidad —me excusé—. No les hago un desfavor a los estudiantes.

—No la culpo —dijo con expresión seria—. Por el contrario. Yo haría justamente lo mismo. Los libros constituyen mi mayor tesoro.

No pude evitar sonreír. Compartía a plenitud aquella inclinación que, además de ser un gran lujo, era con frecuencia despreciada por quienes podían disfrutarla, en favor de estímulos más transitorios.

—¿Intuyó algo más a través de mis cartas, señor Domány-Nádasdy? —pregunté. Necesitaba saciar mi curiosidad cuanto antes.

Él me miró largamente con aire dubitativo.

—Supe que leía *La dama pálida* —dijo al fin.

Sentí que mi sangre se helaba. Era demasiado. ¿Habría revisado mi habitación?

—No, señorita Pawlak, jamás entraría a su habitación sin su permiso —dijo sin molestarse en ocultar su contrariedad.

—Me escuchó pensar —murmuré mortificada.

—Sí —replicó, elevando el mentón—. No lo hago adrede. No puedo evitar saber lo que sé. Tampoco estoy obligado a contarle ninguna de estas cosas. De hecho, quizás sea mejor que me detenga.

—Le ruego que me perdone, señor —dije, temblando por dentro—. Jamás quise ofenderlo.

—Lo sé —exhaló, observando el fuego de soslayo—. Cualquier persona sensata pondría en duda afirmaciones como las que he tenido la osadía de formular esta noche. He obrado de forma impulsiva.

—Señor Domány-Nádasdy, fui una necia al imaginar algo semejante —afirmé, a punto de sollozar. Deseaba que la tierra se abriese y me tragase. Por supuesto que no había nada en mi habitación que mi patrón pudiese querer o que no tuviese ya—. Es solo que todo esto es tan insólito que…

—*La dama pálida* es una historia especial. Podría decir que es mi obra literaria predilecta en el mundo —me interrumpió, y entonces sí que abrí los ojos de forma desmedida—. En cuanto recibí la carta que envió al castillo con el fin de comunicar su interés en la plaza de institutriz, tuve una visión efímera pero lo bastante clara como para que fuese decisiva: la vi a usted en la penumbra. Sujetaba el libro entre sus manos, hallándose inmersa en la lectura de este. Era un ejemplar raro, que de hecho llevaba el título de la obra en francés en la cubierta y no pertenecía a una compilación. Me dije entonces que, si poseía un ejemplar de una obra tan preciada para mí, tenía que ser la persona que buscaba. Creo que no fallé.

Enmudecí. Nada que hubiese vivido hasta la fecha podía compararse con la conversación que sostenía con él. Aquella había removido mi fuero interno como un torbellino; me parecía como si una puerta oculta entre las sombras se hubiese abierto ante mí de

repente, invitándome a pasar. Supe que, después de aquella noche, no volvería a ser la misma. Supe también que, por terribles que fuesen Vladislav y Elzbieta, no sería capaz de marcharme, al menos no por el momento.

—Espero no decepcionarlo, señor Domány-Nádasdy —musité. Aunque coincidir con él en el amor por aquella obra en particular era bastante insólito, ello no garantizaba que tuviese yo la entereza necesaria para lidiar con sus sobrinos y los sucesos misteriosos del castillo.

Él elevó su copa y bebió un trago de vino sin dejar de observarme. Lucía imperturbable.

—Será interesante que se descubra a sí misma, señorita Pawlak. Parece poseer algunos dones inexplorados de los cuales no es consciente. Sin embargo, su carácter ya es digno de admirar. No tengo dudas de que, con mi supervisión, podrá educar a Vladislav y Elzbieta como es necesario.

—Gracias, señor —dije inclinando la cabeza.

—Hace mucho que no veo la claridad del día, y sé que ya nunca la volveré a ver—prosiguió él, retomando el asunto previo—. Pronto será el turno de Elzbieta y, poco después, el de Vladislav. Para mi decimoctavo cumpleaños, ya era imperativo que me abstuviese de exponerme a la luz diurna por completo. Mis primos Imre y Magdolna pueden salir al exterior durante las horas del día siempre y cuando lleven guantes y una sombrilla. Aurel y yo no toleramos los rayos solares en absoluto. Nuestro deseo es que los niños puedan saciarse de luz antes del cambio definitivo que les espera. Es por esto también que es preciso que lleven un horario diurno, de momento.

Me dije que solo una familia muy rica podía sobrellevar aquella afección con relativa comodidad, pues la actividad preponderante en el mundo transcurría durante el día, siendo aquel el horario en que se ejercían los oficios más necesarios para la colectividad. Eso sin tener en cuenta las grandes cantidades de carne fresca de que debía abastecerse quien padeciese la enfermedad como lo hacían Vladislav y Elzbieta.

—La noche verdadera es tanto más hermosa que cualquier

amanecer —dijo él.

—¿Noche verdadera? —inquirí extrañada.

—La que nunca se acaba. Es así como existo yo. Aunque me gustaría que la luz solar no me hiciera daño, me hallo conforme ahora que el tiempo ha transcurrido. He logrado comprender que algunas debilidades aparentes son fortalezas.

Habíamos terminado de cenar y la botella de vino estaba ya vacía.

—Agradezco todo cuanto me ha contado señor —dije—. Espero poder hallar en mi interior la tranquilidad requerida para continuar trabajando para usted.

—Soy yo quien agradece que haya accedido a permanecer aquí a pesar de lo que sabe, señorita Pawlak —contestó—. Pronto serán las once —agregó y, segundos después, el reloj dio once campanadas—. La señora Kowalski vendrá a buscarla en breve. Ya tendremos otras ocasiones de conversar.

No bien terminó de decir esto, el ama de llaves abrió la puerta del recinto desde fuera. Mi patrón se puso de pie y yo lo imité. Por supuesto, no quería apartarme de él, pero me dije que podría meditar al respecto de todo aquello con más calma en mi habitación.

—Buenas noches, señorita Pawlak —dijo con una leve inclinación de cabeza.

—Buenas noches, señor —contesté antes de darme la vuelta, tomar mi lámpara y dirigirme a la puerta. Sentí sus ojos sobre mí conforme me alejaba y tuve que mirar hacia atrás una última vez antes de cruzar el umbral: en efecto, Baltasar Domány-Nádasdy no dejaba de observarme. Mis ojos encontraron los suyos. No logré descifrar lo que pensaba, pero el deseo que había logrado suprimir me invadió de nuevo, si cabe, con más furor.

12
Narciso

Cuando llegué a mi habitación, prácticamente di un portazo en plenas narices a la señora Kowalski con el fin de estar a solas. Le aseguré que podría llegar al ala norte en la mañana sin perderme y le di las buenas noches a través de la gruesa madera de la puerta.

No podía apartar a Baltasar Domány-Nádasdy de mi mente. Era atrayente de un modo perverso, fascinante como el diablo en su faceta de supremo tentador. Pero aun si compartía la belleza del ángel caído, no había hecho nada para provocar lo que yo sentía. No me había susurrado palabras galantes al oído. Tampoco había hecho nada que yo hubiese podido interpretar como una incitación lasciva. Sin embargo, mi corazón batía con violencia. Aquello no tenía nada de tierno o idílico: era real, carnal, palpable.

Me dije que experimentar esa pasión repentina y desmedida era lo que me había convencido de quedarme en el castillo durante la cena y no mi sentido de la responsabilidad. Tenía que reconocer que habría sido incapaz de apartarme de él por voluntad propia a la sazón, aunque corriese peligro, aunque él mismo hubiese confesado estar preocupado por la muerte de la institutriz anterior. Quería verlo de nuevo, quería escucharlo y saber que estaba cerca de él, aunque no pudiese franquear la corta distancia que nos separaba sin que me lo ordenase.

Me paseé de un lado al otro de la estancia repasando mentalmente nuestra conversación. Concluí que, a pesar de que me había garantizado su protección mientras yo viviese en el castillo, y aunque hubiese tenido la delicadeza de explicar a grandes rasgos en qué consistía la enfermedad que su familia padecía, no me hallaba más a salvo tras la cena que antes de ella. Lo grave era que no me importase lo suficiente como para considerar una partida próxima, pues él se había adueñado de mis sentidos. Reviví el instante efímero en que me

había asido por las muñecas y gemí por lo bajo. Su mirada, su voz y cada uno de sus movimientos estaban hechos de fuego.

Las campanadas de la medianoche me sorprendieron sin haber trancado la puerta, así que me apresuré a hacerlo y me desvestí ante el espejo. Deshice mi peinado, permitiendo que mis cabellos cayesen sobre mis hombros y espalda. Aquella entrevista con Baltasar Domány-Nádasdy había hecho que comprendiese que mi pudor era inexistente. Hubiese querido que él me viese tal y como yo me estaba viendo, desnuda y voluptuosa, encender su anhelo de modo que ardiese con la misma intensidad que el mío. Sufrí pensando que no había nada que pudiese hacer al respecto dada mi posición. En cuanto a las reglas del castillo, ni siquiera podía acercarme al ala este con el fin de procurar su proximidad. Dependía estrictamente de que él me hiciese llamar para verlo. Me puse el camisón de dormir y busqué aquietar mis pensamientos metiéndome en el lecho. Debía impartir lecciones a sus horribles sobrinos temprano en la mañana.

Creí que no podría conciliar el sueño. No había vuelto a encender la chimenea, pero sentía mi habitación en exceso cálida. Hice las mantas a un lado y extinguí la luz de mi lámpara para volver a tumbarme en la cama con los ojos cerrados en la oscuridad. Así continué viendo su imagen ante mí, escuchando su risa y su voz, evocando aquella frase que causó que un lamento escapase de mis labios mientras que incesantes oleadas de calor recorrían mi cuerpo:

Nunca he conocido a nadie como usted.

No supe cuándo me quedé dormida al fin, pero desperté desorientada y sin saber dónde me hallaba. Estaba cubierta de sudor. Entonces sentí mucho frío y me di prisa en encender el fuego para calentarme. Miré por entre mis cortinas hacia el exterior en tanto me abrazaba a mí misma para dejar de temblar. Aún no amanecía, pero el cielo lucía menos oscuro que la noche anterior. Sacudí la cabeza para obligarme a despejar mis ideas. Tenía la sensación incómoda de haberme excedido con mi patrón de algún modo. Que él quizás hubiese advertido cómo me sentía me atribulaba más allá de todo. No tener dominio sobre mis pensamientos en lo que le concernía era

malo, pero la posibilidad de que esto fuese notorio era sencillamente espantosa. Sin embargo, me dije, él no me había dado ningún indicio de haberlo descubierto y esa era una buena noticia.

Calenté agua para lavarme y, poco después, mientras me acicalaba, el reloj marcó las seis de la mañana. Recogí mis cabellos con soltura en la parte superior de mi cabeza al estilo heleno clásico, dejando algunos mechones sueltos alrededor de mi rostro. Me senté ante el fuego un rato, cabizbaja. No atinaba yo a priorizar lo mucho que mi patrón y yo habíamos discutido durante la noche anterior. Sin duda, lo más extraño había sido escuchar sus pensamientos, así como que él pudiese escuchar los míos. Era un hombre en extremo inusual, al punto que era fácil creer a la luz de un nuevo día que aquella cena había sido producto de mi imaginación. Si, como él decía, aquel don de la *telepatía* había sido estudiado, quizás no fuese tan raro como yo creía. Sin embargo, aquello solo me había ocurrido con él y por lo tanto estaba convencida de que dependía de él para replicarlo. Quería leer con urgencia los libros al respecto que él había dicho compartiría conmigo. Tomé el libro que ya había leído y, tras cerrar mi habitación, me encaminé al ala norte pensando que las puertas ya debían estar abiertas. Había olvidado mencionarle la historia de Elizabeth Báthory a mi patrón y ahora volvía a preguntarme si los Domány-Nádasdy serían parientes suyos. Lo fuesen o no, si los libros eran su pasión, era probable que hubiese obtenido aquella historia personalmente.

Caminando por los corredores con mi lámpara encendida, me dije que tal vez la familia Domány-Nádasdy había elegido aquel castillo como morada por su oscuridad, a causa de su aflicción hereditaria; de lo contrario quizás se le habrían realizado algunas reformas sencillas en imitación de otros castillos medievales para iluminar sus escalinatas y pasadizos, dotando los muros de estrechas aperturas que no representarían una amenaza en caso de un ataque enemigo. Era probable, incluso, que estas hubiesen sido clausuradas tras la adquisición del castillo, si es que este las había tenido en un momento anterior. Lo cierto era que bastaba con cerrar las cortinas de las habitaciones que contaban con ventanas o ventanales para que ningún rayo solar se colase en su interior, tan densas y pesadas eran. Todo

parecía estar dispuesto de modo que pudiese ajustarse fácilmente a los miembros de la familia que padecían aquella susceptibilidad.

No me había equivocado: las puertas que comunicaban el ala oeste con el ala norte habían sido abiertas, y pronto llegué al salón de estudios. Al adentrarme en la estancia, me percaté de que las cortinas estaban cerradas. Pasé entonces a la biblioteca con el fin de retornar el libro a su lugar, pero al aproximarme a la mesita para depositar mi lámpara sobre ella, me topé con un par de ojos amarillos que me miraban desde la oscuridad del sillón. Entonces sí que proferí un alarido y di un salto hacia atrás, trastabillando en mi afán de alcanzar la puerta del salón de clases y dejando caer el libro.

—¿Qué demonios le ocurre? ¿Quién es usted? —inquirió una voz masculina.

Los ojos amarillos se elevaron hasta alcanzar una altura considerable y comprendí demasiado tarde, gracias al lenguaje que él había empleado, que me hallaba ante uno de los señores del castillo, quien se encontraba sentado en el sillón al entrar yo a la biblioteca, y quien ahora se había puesto de pie. Temblando aún, recogí el libro del suelo en tanto procuraba recuperar mi aplomo.

—Perdone, señor, no fue mi intención indisponerlo. Soy la nueva institutriz. No esperaba encontrar a nadie aquí —balbuceé.

—¡Ah! —suspiró, y casi pude escuchar la decepción en su voz—. Haga el favor de graduar la llama de su lámpara para que compruebe que no se halla ante una aparición.

Mis dedos temblaban tanto que no lograba apoderarme de la perilla por medio de la cual acrecentar la potencia de la luz.

—Oh, por los mil infiernos —lo escuché resoplar, y entonces avanzó hacia mí para arrebatar la linterna de mi mano y ajustarla él mismo—. *Voilà* —dijo en francés, sujetando la linterna con el brazo extendido sobre su cabeza y luego sosteniéndola a la altura de su rostro, que era indiscutiblemente precioso. Ataviado en una gruesa bata oriental color borgoña, aquel hombre joven de cabellos rojos como los de Elzbieta me miraba desde su altura con las cejas elevadas y gesto de perfecto desdén—. ¿Cuál es su nombre? Mi primo Baltasar mencionó algo al respecto de una nueva institutriz para ese par de murciélagos

insoportables hace unos días… pero, por supuesto, lo olvidé de inmediato.

Casi quise reír cuando comprendí que se había referido a mis pupilos como murciélagos y que también él los encontraba intolerables. Abrí la boca para responder a su pregunta, pero él se me adelantó:

—Pavlova —dijo, chasqueando los dedos—. Paulina.

—Soy Lucyna Pawlak —dije, poniendo un pie atrás para hacer la reverencia que consistía en una ligera flexión de las rodillas semejante al *plié* del ballet francés, según se suponía que las damas de mi época debían mostrar su respeto a los personajes de la realeza.

—¡Claro! —dijo, extendiéndome la linterna—. Exactamente lo mismo. Bien, Paulina, Lucyna, o como se llame, soy Imre Domány-Nádasdy, el miembro más encantador de esta familia. Tome su luz y obsérveme, porque jamás volverá a ver algo tan bello en su corta y mísera vida de servidumbre.

Recibí la lámpara de su mano con torpeza. Habría encontrado bastante cómica aquella presentación si la institutriz anterior no hubiese muerto. ¿Corta vida? ¿Era aquella una amenaza? Rogué que se tratase tan solo de una expresión de desprecio propia de la nobleza. Aun así, sabía que al menos parte de lo que aquel individuo afirmaba era cierto, pues era tan perfecto como lo habría sido el mítico Narciso: su tez era blanca como el mármol impoluto y sus facciones parecían haber sido cinceladas con el fin de ser inmortalizadas. Era casi tan alto como su primo, aunque la figura de Baltasar Domány-Nádasdy era algo más alongada. Mi interlocutor, por su parte, tenía coyunturas más finas, un pecho más protuberante y una cintura aún más estrecha, acentuada por el lazo de la bata que llevaba puesta. Sus labios llenos se asemejaban a un botón de rosa en primavera, y aquellos ojos castaños tan claros, más amarillos que marrones, tenían una expresión de soberbia que, de modo inexplicable, le confería aún más belleza, brillando como soles bajo unas cejas iguales a las de Elzbieta.

—Es un honor, señor —dije, sonriendo e inclinándome ante él. Ahora que el pasmo del miedo había pasado, podía al menos apreciar para mis adentros el humor de su pomposa diatriba.

—¡Paulina! —dijo de repente—. ¡Qué inesperado! Deje que la observe… No puedo creerlo. Cuando no está asustada como un ratón, es guapa —añadió escudriñándome—. Muy bella, de hecho. No posee rasgos vulgares. Es curioso, en especial tratándose de una plebeya. No que no haya excepciones, por supuesto, es solo que la ausencia de refinamiento corrompe los gestos, deformando posteriormente la fisionomía. Usted no lo comprendería. ¿O sí? Es muy pronto para saberlo aún. En todo caso, la felicito, en especial porque no se constituirá en un estorbo visual para otros. Además, quizás su existencia sea menos desdichada gracias a ello, si aprende a aprovecharlo de la manera debida.

—Cuán amable de su parte, señor —dije atónita, sin comprender a qué se refería o cómo debería, según él, sacar provecho de mis encantos. Lo que definitivamente no se me había escapado era que aquel miembro de la familia Domány-Nádasdy daba una importancia soberana a la belleza, tal y como su prima Elzbieta—. Espero poder sobrellevar la desgracia con cierto garbo.

Él elevó el rostro y soltó una carcajada sonora.

—¡Sarcasmo! ¡Qué alegría! No me lo topo con tanta frecuencia como quisiera. No podía dormir, vine a buscar mi historia favorita y… ¡Espere un momento, la tiene usted consigo! ¿Qué le pareció?

—Yo… —balbucí, buscando palabras que no me metiesen en apuros.

—Hable pronto, o sabré que miente —ordenó, frunciendo los labios.

—Creo que su personaje central es fascinante, aunque el autor deja mucho que desear —opté por una sinceridad prudente.

—¿Está buscando acaso que sienta afecto por usted, niña? —inquirió—. Porque, déjeme decirlo, jamás va a lograrlo.

—En lo absolut… —empecé a decir, pero él me interrumpió, elevando el dedo índice:

—Sin embargo, se ha hecho usted tomar aprecio con una simple frase —sonrió, enseñando unos colmillos discretamente filosos como los de Elzbieta, Vladislav y Baltasar Domány-Nádasdy—. Deme acá —agregó, tomando el libro de mi mano—. Ah, mi célebre y bella antepasada, ¡cómo hubiese querido tener el deleite de conocerla!

Lo miré estupefacta, pero modifiqué la expresión de mi rostro de inmediato para no revelar lo que sentía. ¡Así que los Domány-Nádasdy descendían, en efecto, de Elizabeth Báthory!

—¿Cree usted que lo que dice el autor sea cierto? —me atreví a inquirir, tragando en seco.

—¡Espero que sí! —rio—. Imagine tener la sinceridad de aceptar que lo que más importa en la vida mundana es la hermosura, y el poderío para intentar preservarla por cualquier medio sin temor a las represalias. ¡Cuán catastrófico debe ser perder la lozanía o descubrir signos de fealdad en un cuerpo otrora dotado de pura belleza! Solo a quien es feo no le importa envejecer.

No habría pensado en emplear un calificativo como *catastrófico* para describir el efecto común del paso del tiempo en el semblante humano, y sin duda me habría preocupado más enfermar que no ser guapa, o al menos eso creía yo, pero quizás aquello se debía a que aún daba ciertas cosas por sentadas. La juventud y la belleza eran engañosas al punto de convencer a quien aún las poseía de que jamás las echaría en falta. Por superfluo que fuese, no dejaba de ser extraño que un hombre tan joven y hermoso incurriese en reflexiones de esa índole.

—La historia de la condesa Báthory me intriga sobremanera, señor —afirmé—. Espero que no le moleste que haya tomado prestado el libro, se me había otorgado permiso explícito de llevar a mi habitación cualquier ejemplar de esta biblioteca.

—Es culpa de Baltasar —replicó, abriendo los dedos de su mano hacia arriba en un gesto ofuscado—. Insiste en traer a esta biblioteca dos de las publicaciones que mencionan a nuestra antepasada para situarlas junto al cuento de *Blancanieves*. A veces creo que lo hace solo para fastidiarme porque sabe de sobra que yo prefiero tener todo texto a propósito de nuestra antecesora en la biblioteca comunal del ala este, pero él dice que estos libros son suyos y que pertenecen aquí. Siempre reitera que es lo lógico dado que este libro y la primera edición de *Blancanieves* fueron publicados por la misma casa editorial en el mismo año, 1812. ¿Cree que es simple casualidad? Aquel editor alemán publicó posteriormente otro libro acerca de nuestra parienta,

un recuento detallado de los testimonios de quienes la conocieron al respecto de sus actos *inmorales* —puso los ojos en blanco—. Cuánto adoro ese libro. Baltasar también lo trae de vuelta a esta biblioteca cada vez que yo lo sustraigo. ¿Ha leído usted *Blancanieves*, Paulina?

En ese punto sabía que sería inútil y poco atinado recordarle mi nombre.

—Sí, señor —confirmé—. Siempre me ha parecido que, en el fondo, la historia estaba dirigida al público adulto, así como todos los otros cuentos de hadas.

—Se equivoca, lo macabro es ideal para educar a los niños. Cuán odiosos me resultan en su ingenua perversidad. ¡Pequeños hipócritas! Entre más pronto comprendan que también ellos son intrínsecamente crueles y cesen de culpar a los demás por todas sus aflicciones, mejor. También es propicio que aprendan a no replicar los errores de los villanos y desarrollen una conveniente aversión por todo recuento moralizante cuanto antes para que no se transformen en adultos tediosos. No me malinterprete, también detesto a los niños que son conscientes de su propia maldad, pero por otros motivos… En todo caso, eso no interesa ahora. Volvamos a lo importante: supongo que usted es capaz de hallar las obvias similitudes entre el personaje de la madrastra de Blancanieves y mi noble antepasada Báthory.

—Ahora que lo menciona usted, señor, sí —respondí, entrecerrando los ojos—. ¿Cree usted acaso que la historia de *Blancanieves* surgió del legado de la condesa Báthory?

—Exacto —dijo, tocando la punta de mi nariz con su dedo índice—. ¿No le parece lógico, ahora que tuvo el privilegio de leer este texto acerca de mi antepasada, y más aún teniendo en cuenta los detalles de su publicación?

—Los aspectos en común de ambos personajes son innegables, señor —concurrí extasiada ante aquel descubrimiento.

Elzbieta, en especial, se había expresado tal y como la malvada reina de *Blancanieves* lo habría hecho al remarcar cuán importante era para ella ser la dama más bella del castillo. Me pregunté si la niña no habría hecho de tal personaje su modelo tras leer el cuento.

—Me alegra que lo vea. Aunque, claro está, carece usted de la

perspectiva adecuada para comprender la existencia en su esplendor. Qué se le va a hacer.

Se encogió de hombros. Supuse entonces que mi interlocutor asumía que solo la nobleza podía entender al género humano en todas sus dimensiones y por un instante quise objetar su afirmación para mis adentros, pero me dije que un poder semejante tenía que imbuir al individuo de una extraordinaria sensación de libertad que le permitía experimentarse a sí mismo con más sinceridad que el resto, o al menos sin ciertas restricciones morales.

—En fin, ya tengo mi libro, me iré a dormir —concluyó, pasando por mi lado y dirigiéndose a la puerta del aula de clases. Noté, a pesar de la oscuridad de la estancia, que llevaba unas pantuflas de seda que hacían juego con su bata y que sus cabellos rojos eran tan largos que alcanzaban su cintura—. No olvide devolver el otro libro a su lugar cuando lo lea. Asumo que también lo tomó prestado.

—Así es, señor —dije—. Lo retornaré cuanto antes.

—Muy bien —replicó, y salió de la habitación.

Me percaté de que no llevaba en su mano una lámpara. Tampoco había visto que Baltasar Domány-Nádasdy portase una consigo en ningún momento. Me pregunté si los Domány-Nádasdy se habrían habituado a la oscuridad al punto de no echar en falta la luz de una llama para hallar su camino en el castillo, o si ya conocerían cada uno de los contornos de la edificación, siendo así capaces de no tropezar al recorrerla en la penumbra. Me incliné por la primera opción ya que Imre Domány-Nádasdy se hallaba sentado en medio de la más inescrutable negrura cuando me lo había topado hacía unos instantes. Si aquello también hacía parte de la enfermedad familiar, esta no parecía ser tan terrible, al menos no según lo que conocía de esta hasta aquel momento. Como lo había dicho Baltasar Domány-Nádasdy la noche anterior, algunas debilidades podían tornarse en ventajas.

Me dirigí al comedor para reunirme con la aya y los niños preguntándome si me cruzaría con algún otro miembro de la familia entre las sombras, pero nadie salió a mi encuentro. Cuando arribé, cada uno de ellos estaba en proceso de ocupar su puesto. Hice igual tras dar a todos los buenos días y me sorprendió la aparente

mansedumbre con que mis pupilos respondieron a mi saludo. Elzbieta llevaba un vestido color magenta de múltiples capas de encaje y cuello alto brocado en hilo que resaltaba los tonos morados de su melena parcialmente recogida. Vladislav vestía un traje de pantalón, chaleco y chaqueta negros con camisa blanca y corbata color verde oliva. Al mirarlos con mayor detenimiento, constaté que ambos tenían los ojos enrojecidos. Parecía que hubiesen estado llorando.

—¿Ocurrió algo malo a los niños durante la noche? —pregunté a la aya en voz baja.

—Así es —replicó esta con semblante grave—. Su tío Baltasar los castigó. En mi opinión, no merecían tanta saña —agregó con tono de reproche.

No le había expresado a mi patrón ninguna queja específica y por lo tanto me sentí injustamente atacada por la aya.

—No se lo pedí yo, señora Agoston —me defendí—. Si decidió hacerlo, fue porque él concluyó por sí mismo que era necesario.

—¿Usted? No, señorita Pawlak, lo hizo por otros motivos.

—¿Qué hicieron? —inquirí en voz más alta para que los niños pudiesen escucharme, mirando a mis tres acompañantes por turnos.

El viento soplaba con fuerza en el exterior mientras ellos permanecían en silencio.

—¿Y bien? —insistí—. ¿Qué propició el castigo? Deseo saberlo para evitar situaciones similares.

—Mordimos al maestro de música —farfulló Vladislav.

—¡Cómo! —exclamé perturbada—. ¿Qué les hizo pensar que el señor Ivanov merecía algo semejante?

—Golpeó la mano de Vladislav con su batuta —dijo Elzbieta mirando su plato repleto de sangre—. Quiso alegar que fue así como él aprendió a tocar varios instrumentos con precisión en su patria, pero ya nos habíamos abalanzado sobre él. Nadie golpea a un Domány-Nádasdy —pronunció aquella última frase mirándome con aire desafiante.

—Jamás he educado por medio de la vara —dije temerosa, aunque era cierto—. Sin embargo, un alumno nunca debe morder a su maestro.

—Él se lo buscó, pero a nuestro tío no le hizo gracia —dijo Vladislav—. ¡No lo comprendo! Al tío Aurel jamás le habría importado algo así. Odio al tío Baltasar.

—Lo peor es que el señor Ivanov haya corrido a decírselo. Tío Baltasar nos detesta, así que estoy segura de que solo aguardaba la ocasión para encerrarnos de nuevo en ese horrible cuarto —gimió Elzbieta.

—Estoy convencida de que su tío no los detesta y solo busca el modo de hacer que se conduzcan de modo civilizado —dije—. Deberían escucharlo. Un proceder digno les será de gran provecho más adelante. Incluso ahora. Estarían mucho mejor si siempre se comportaran con propiedad.

—¡Qué tonterías dice, señorita Pawlak! —Elzbieta rio con sorna—. Solo nos sería útil recibir la herencia que nos corresponde para así hacer lo que nos plazca. Por desgracia, falta demasiado para que podamos tomar nuestras propias decisiones.

No sabía yo qué haría si aquellas pequeñas bestias intentasen morderme, pero estaba bastante segura de que la vara sería una caricia comparada con los empujones que les daría. Aunque no compartía la preferencia por su método de enseñanza, aplaudí que el señor Ivanov hubiese actuado con presteza reportando el incidente a mi patrón, asunto que este último no me había mencionado.

—Tío Baltasar sí que nos odia—dijo Vladislav—. Imre dice que aún no somos lo bastante mayores, sofisticados o mundanos para ser compañías gratas.

—Supongo que al menos aprendemos cosas útiles de Imre cuando nos necesita para llevar a cabo alguno de sus planes —dijo Elzbieta—. Magdolna solo nos tolera cuando tenemos visitas, pero sé que en el fondo preferiría que muriésemos para quedarse con nuestra fortuna. Tío Aurel nos da regalos especiales, pero no se deja ver a menudo. Estamos solos en el mundo.

Había algo tan falso en su tono lastimero que sentí más rabia que compasión por aquellos niños huérfanos. No les faltaba nada, y, si habían sido castigados, era porque se habían propasado. ¿Quién atacaba a un maestro mordiéndolo? Yo no implementaba castigos

corporales con mis alumnos pues había recibido muchos golpes de mis maestros en la infancia y aquellos no me habían servido para aprender nada. A lo sumo habían logrado que le tomase miedo o aversión a la asignatura en cuestión. Para cuando había empezado a ejercer mi oficio, ya consideraba que los golpes y azotes eran del todo ineficaces, y en la mayoría de los casos, contraproducentes. Por ende, jamás había golpeado a alguno de mis alumnos, ni siquiera con suavidad, pero no podía imaginar que el señor Ivanov hubiese agredido a Vladislav con violencia. Tendría que preguntárselo.

—Preferiría estar solo en el mundo que volver al cuarto de torturas —murmuró Vladislav, y sentí que el vello de mi nuca se erizaba. ¡Cuarto de torturas! ¿Qué les había hecho Baltasar Domány-Nádasdy a sus sobrinos?

—No llame así a la habitación de castigo, Vladislav —dijo la aya—. Hará que su tío se enfade de nuevo.

—¿En qué consiste esa habitación? —pregunté alarmada.

—Nos está prohibido discutirlo, señorita Pawlak —dijo Elzbieta con semblante siniestro—. Por su bien y por el nuestro, no insista.

Aquello sí que se me antojaba aterrador. Miré a la aya con ojos como platos y entonces ella dijo:

—Amo a estos niños como si fueran mis hijos, es por esto que mi corazón sufre cuando el señor Baltasar los castiga de cualquier forma. Aun así, él no lastima a los niños de modo permanente. En general, a duras penas si los encierra en la habitación mencionada para dejarlos a solas durante algunos minutos. La longitud del castigo depende de la ofensa.

—¡Vaya exageración! —suspiré aliviada—. Me parece una represalia muy apropiada. Espero no tener que reportar nada grave al señor Baltasar en un futuro cercano —dije, clavando una mirada de advertencia en los ojos negros de Elzbieta—. Es por su bien.

Aquella mañana mi desayuno estaba compuesto de pan tibio, queso de cabra, jamón curado y una taza de chocolate espumoso. Mi apetito despertó tras haber amenazado a los niños. Saboreé cada bocado, observando sus movimientos de reojo. Ellos engullían su carne cruda y la aya los miraba por turnos con lástima, suspirando audiblemente.

¡Cuán pesada se me antojaba esa mujer, y tan solo era el segundo día en que la veía! Presentía que me sería imposible ser su amiga dado su carácter, por más que apreciase su sencillez. Estaba convencida de que el modo en que protegía a aquellos niños malcriados les hacía mucho más daño que bien, y que si crecían para convertirse en un par de criminales de la nobleza, la culpa sería parcialmente suya.

La ventisca exterior hacía que los pinos se inclinasen de un lado al otro. Las ramas secas de los árboles desnudos crujían, y algunas incluso se partían para salir volando. Probablemente caería otra tormenta ese día, y agradecí que al menos la edificación fuese lo bastante sólida como para resguardarnos del clima. El cielo, por su parte, tenía una tonalidad gris azulada que empezaba a teñirse de negro. La claridad del día apenas bastaba para discernir la primera hilera de árboles del jardín frente a la cual habíamos paseado el día anterior: allí fuera reposaba Rózsa, la chica que había muerto en circunstancias misteriosas, esperando a que algo o alguien le hiciese justicia. ¿La habrían mordido mis pupilos también a ella?

—No pienso ir a la boda de tío Baltasar —dijo Elzbieta de repente.

Mi corazón se detuvo. ¿Boda? ¿De qué hablaba aquella aterradora chiquilla? Me sentí palidecer.

—Claro que irá a la boda de su tío, Elzbieta —dijo la aya—. Estoy segura de que lucirá aún más bonita que la novia en todo su esplendor.

¿Novia? ¿Qué novia? Mi estómago se contrajo mientras mis extremidades se helaban.

—Eso es cierto —respondió Elzbieta, soltando una risotada complacida—. No puedo perdérmela por nada.

Aquello no podía ser. No quería creerlo, rehusaba aceptarlo. ¿El hombre capaz de suscitar la pasión inmoderada que yo experimentaba por vez primera iba a casarse? ¡Imposible!¡Tenía que haber algún error!

—Disculpen, ¿hablan de una boda real, o se trata acaso de una metáfora? —inquirí con voz trémula.

Mis acompañantes fijaron sus ojos en mí.

—¿Metáfora? Hablamos de una boda real, señorita Pawlak —dijo la

aya con entusiasmo—. ¿Puede imaginar cuán bellas son las bodas de la nobleza? Apuesto a que no. Yo sí que puedo imaginarlo, aunque aún no haya asistido a ninguna, y esto se debe a que he estado presente en algunas de las fiestas de la familia. Permítame decirle que son espléndidas. ¡Espero el día de la boda del señor Baltasar con impaciencia!

Tragué en seco, intentando asimilar la confirmación de la aya. Un torrente de sentimientos caóticos se adueñó de mí, tomando la forma de las más disparatadas ideas: ¿por qué habría de casarse Baltasar Domány-Nádasdy si mi deseo lo había elegido a él? ¿No lo hacía eso secretamente mío? ¿No me hacía eso, de cierto modo, suya? ¿Cómo que iba a casarse? ¿Con quién? ¿Por qué habría de hacerme un mal tan inmenso?

Lo había asumido exento de compromisos de índole sentimental y, por añadidura, de cualquier convenio de carácter matrimonial. Sin ser consciente de ello, también había imaginado que conservaría dicho estado. ¡Cuán torpe de mi parte! ¿Cómo había incurrido en semejante error? ¡Cuán ingenua era! No había siquiera considerado la terrible realidad que ahora se desplegaba ante mí.

—De todos modos, quién sabe cuándo sea eso —comentó la señora Agoston—. Aún no han fijado la fecha. ¡Tardan mucho! A veces me pregunto si viviré para verlo.

Mis oídos zumbaban. Quería gritar aunque una pequeña parte de mi entendimiento, el cual pugnaba por despejarse, reconocía que mis sentimientos eran absurdos y que no tenían justificación. Intenté reprenderme a mí misma por no haber supuesto lo que estaba implícito desde el comienzo. ¿Qué esperaba acaso? Mi patrón tenía veinticuatro años, era hermoso como el lucero de la mañana y poseía una fortuna sólida. Claro que iba a casarse. ¡Lo extraño era que no lo hubiese hecho aún! La pétrea mano de la verdad me había golpeado con toda su fuerza. ¿Por qué tenía que ser cierto algo tan espantoso?

—¿Quién es su prometida? —balbucí, fingiendo tener poco interés en la respuesta.

—Nuestra prima Magdolna —declaró Elzbieta—. Nuestros abuelos los prometieron en matrimonio cuando ambos aún estaban en la cuna.

Tiene sentido. Los Domány-Nádasdy debemos casarnos con alguien de la nobleza, preferiblemente con alguien de nuestra propia familia. Nuestros padres eran primos hermanos entre sí —prosiguió aquella portadora de noticias funestas—. Mamá era hermana de Aurel y Baltasar, y papá era hermano de Imre y Magdolna. Es decir que Aurel, Baltasar, Imre y Magdolna son nuestros tíos y a la vez nuestros primos segundos —hizo una pausa para mascar un trozo de carne—. Aún no he decidido con cuál de mis tíos me casaré. Si hubiese podido elegir a tiempo, habría tomado como esposo a Baltasar, pues como bien lo dice todo el mundo, su apostura deja sin palabras a quien lo contempla. No se equivocan: con esos ojos hermosos como topacios, su cabellera oscura tan larga y brillante y esa tez que tiene matices de oro, sin duda es el hombre más guapo de toda la aristocracia europea. Sus facciones son las más bellas también. Por desgracia, porque lo odio —la pequeña arpía solo hacía que mi dolor se intensificara: aquello también era una desgracia para mí, aunque por distintos motivos—. Pero va a casarse con Magdolna, a quien odio aún más. Supongo que Imre y Aurel son increíblemente bien parecidos, de todos modos —se encogió de hombros—. Tendré que pensarlo con cuidado.

La miré anonadada. No que su discurso fuese particularmente precoz o de algún modo escandaloso, pues se trataba de una niña de cuna noble habituada al concepto de los matrimonios arreglados. Lo escalofriante era que diese la impresión de estar eligiendo un muñeco de porcelana con el cual jugar. Por otra parte, ignoraba si se atribuía a sí misma un poder que no le había sido otorgado o si realmente tendría la facultad de escoger como esposo a uno de sus parientes mayores. Sabía que aquello de casarse con un miembro de la propia familia era común entre los aristócratas y que por lo mismo muchos solían estar estrechamente emparentados entre sí, pues la preservación de la fortuna y los títulos era su prioridad. Pero lo anterior no hacía que Elzbieta me resultase menos aviesa, ni tampoco me reconciliaba con el hecho de que Baltasar Domány-Nádasdy estuviese comprometido. ¿Qué demonios me ocurría? Nadie se enamoraba tan pronto; sin duda ese no podía ser mi caso.

Me pregunté si Baltasar Domány-Nádasdy amaría a su prima

Magdolna y si estaría conforme con la decisión que sus antecesores habían tomado por él. Supuse que sí, puesto que no había deshecho el compromiso una vez fallecidos sus padres. Me dije que debían haber muerto, a menos que viviesen en otro lugar, pues él se ocupaba del castillo ahora.

Era absurdo que aquella noticia hubiese logrado conmocionarme de tal forma, y sin embargo no había nada que pudiese hacer al respecto. Aquel hombre siempre sería inalcanzable para mí sin importar sus circunstancias, lo sabía, pero por más que su compromiso no alterase mi destino en absoluto, quería llorar. Lamentaba no haber sabido antes lo que sabía ahora. Algo inusual había ocurrido durante la cena de la noche previa, y era demasiado tarde para que la quimera a la cual mi mente fantasiosa se había entregado a partir de entonces se desvaneciese de un momento a otro.

Todo aquello confirmaba cuán imperativo era que contuviese mi propia imaginación, la cual se había desbordado como nunca antes. Quise consolarme pensando que lo mismo debía ocurrirle a cualquier persona que pasara un par de horas conversando con él, pues era fascinante por más que su vida hubiese sido trazada de antemano. ¿Era aquello culpa mía? ¿Culpa suya? Intenté tranquilizarme diciéndome que tal vez aquella atracción excesiva por él había surgido de mi soledad. Si era lo bastante inteligente, evitaría verlo en los días subsiguientes, y con perseverancia podría deshacerme de aquellos sentimientos perniciosos para experimentar solo una serena admiración por él en la distancia. Estar embelesada con mi patrón era el colmo de la insensatez. Tal vez, al menos, tener presente que planeaba casarse me diese las fuerzas necesarias para no actuar como una perfecta estúpida en su presencia en adelante. Rogué que así fuese. Tenía que lograrlo.

—¿Se encuentra bien, señorita Pawlak? —inquirió Elzbieta, mirándome con suspicacia—. Luce algo enferma.

No pensaba proporcionarle ninguna satisfacción al respecto.

—Me encuentro de maravilla. Tengo planeado un interesante tema para sus lecciones el día de hoy —mentí por entre los dientes.

Ella puso los ojos en blanco y siguió comiendo. Yo, en cambio, no

pude comer más.

Según había comprendido, toda la familia moraba en aquel castillo, pero dadas las horas de sueño y vigilia de los señores, y dadas las dimensiones del lugar, no me había topado con la prometida de mi patrón, Magdolna. Suspiré de forma audible sintiendo una inmensa envidia por la mujer que compartiría el lecho de Baltasar Domány-Nádasdy. Quizás ya lo hiciese, si no era mojigata como las damas inglesas, tan famosas en el resto de Europa por su recato excesivo. Algunas personas eran más que afortunadas. Yo sin duda habría procurado convertirme en su amante mucho antes de la boda si estuviese en su posición, pero ignoraba si aquella familia aún daría importancia a la virginidad nupcial de la mujer pese a su desdén hacia la piedad religiosa.

Según mi madre, el origen de aquella tradición no era religioso en sí: esta tenía el fin de garantizar en lo posible que la descendencia de la mujer procediese únicamente del marido para que solo los hijos llamados *legítimos* recibiesen la herencia que les correspondía. Era, por supuesto, difícil asegurarse de algo semejante, a menos que la mujer concibiese su primer hijo durante la noche de bodas. Después de dicha fecha, era imposible saber si el marido había engendrado los hijos posteriores, o incluso el primogénito, a menos que la mujer permaneciese encerrada en una celda, aislada de toda compañía masculina que no fuese la de su marido. La nobleza, sin embargo, parecía operar de modo distinto: las mujeres a menudo poseían sus propias herencias, pudiendo distribuirlas como mejor les pareciese. Tenían, además, mucha más autonomía que la mujer del vulgo.

Me percaté de que, una vez más, estaba siendo sumamente entrometida para con mi patrón en mis pensamientos. Deseaba detenerme por el bien de mi cordura, pero sabía que sería una ardua tarea. Había algo acerca de servir a una familia que hacía que el servidor sintiese un interés malsano por quienes la integraban. En mi caso, mi atención se centraba en Baltasar Domány-Nádasdy. Y aquello, definitivamente, no tenía nada de saludable.

13
El pacto

Tuve que excusarme para ir a la pequeña sala de baño adyacente al aula de clases. Pedí a la aya que llevase a los niños a la planta superior una vez estos concluyesen su desayuno y me deslicé escaleras arriba haciendo lo imposible por contener mis lágrimas. Tras cerrar la puerta de aquel compartimiento privado, sollocé con frustración. Odiaba que aquello me afectase tanto; había sido una necia al permitir que una simple conversación con mi patrón suscitase en mí tan hondas emociones.

Aunque descubrir que yo había escuchado sus pensamientos hubiese despertado su entusiasmo, yo no debía haberle dado importancia a ese hecho ni a ningún otro que no estuviese directamente relacionado con la preservación de mi propia vida. ¿Qué relevancia tenía ahora que él no hubiese conocido a nadie como yo? Ninguna. De hecho, aquello solo empeoraba la situación. Solo me hacía daño pensar que compartíamos un lazo especial por medio de una facultad poco explorada.

Salpiqué mi rostro con agua helada y me dirigí a la sala de clases. Tendría que improvisar mi lección o, de lo contrario, mis pupilos se percatarían de cuán alterada estaba. Decidí enseñarles vocabulario relacionado con leyendas de personajes célebres que habían asesinado a sus parientes para satisfacer sus propios intereses. Encendí la lámpara central, tomé algunos apuntes en mi pizarra y abrí las cortinas. El firmamento se había oscurecido aún más y algunas gotas de lluvia empezaban a caer. La ventisca, por su parte, había amainado. Solo la débil luminosidad amarilla que se filtraba a través del lóbrego cielo al oriente del bosque permitía discernir aquel día de la noche.

Para cuando mis alumnos arribaron al aula, había recuperado mi aplomo. Vladislav clavó sus ojos azules en los míos tras ocupar su asiento, y dijo:

—No tiene por qué temernos a nosotros, señorita Pawlak. Nunca hemos atacado a un tutor que no nos tocara. El respeto que le demostremos dependerá siempre de usted.

Aquel niño era muy inteligente. Medité al respecto de sus palabras intentando deshacerme de mi predisposición para con él y concluí que tenían sentido por más que su presencia me espantase. Aquella idea era una rareza para mí, y por lo mismo, más valiosa y digna de consideración. Los niños, no solo estos sino todos los demás, no solían recibir respeto a priori justamente por ser niños, tal y como las mujeres en diversas circunstancias. A nadie se le habría ocurrido que un chiquillo pudiese tener razón al defenderse de un golpe que le hubiera propiciado un adulto. Yo misma jamás había pensado en hacerlo cuando era niña, pero sabía que aquello se debía al miedo a las represalias. El deseo de retornar una agresión moría conforme esta se replicaba, pero ¿no era aquel, acaso, entendible?

—Comprendo lo que dice, Vladislav —admití, rogando para mis adentros que darle la razón en algún aspecto no fuese un traspié.

Su expresión de asombro, aun así, me conmovió.

—¿De veras? —inquirió.

—De veras —repliqué, mirándolo a los ojos, y luego a su hermana —. Podríamos pactar darnos un trato respetuoso.

—Cuidado, Vladislav, sabes que no podemos hacer pactos que no estemos dispuestos a cumplir —se apresuró a decir Elzbieta dirigiendo una mirada angustiada a su hermano.

—Yo sí estaría dispuesto a cumplirlo —dijo él—. Nada me enfurece más que ser tocado sin consentimiento. Prometa usted primero, señorita Pawlak.

—Prometo no tocarlo si usted no me toca, señorito Domány-Nádasdy —dije, procurando lucir serena.

—Prometo no tocarla si usted no me toca —respondió él.

—Gracias —dije.

Aquello realmente parecía significativo.

—Grandioso, acabas de aliarte con una plebeya, Vladislav —dijo Elzbieta mirándolo de soslayo.

—¿Elzbieta? —inquirí. Quería mucho obtener una promesa de su

parte, en especial por el gran temor que me infundía—. Mi intención sincera es darle un trato respetuoso. Creo que una alianza la beneficiaría tanto como a mí, en especial porque no tendría yo motivos para darle ninguna queja a su tío. Podría, además, hacer un esfuerzo adicional para que usted encuentre interesantes las asignaturas.

—¿Y cómo lograría eso? —inquirió con gesto desconfiado.

Me detuve a pensar unos segundos.

—Hablándole como si usted fuese una mujer adulta y no una niña. Sin ocultarle los detalles que se supone que los niños no son dignos de conocer.

Esperaba no estar cavando mi propia tumba. Con el ceño fruncido, Elzbieta miró a lado y lado sin mover la cabeza.

—Está bien —murmuró—. Todo sea para evitar el tedio. Pero le advierto, señorita Pawlak, que si incumple su promesa, las consecuencias serán devastadoras.

Tragué en seco.

—No pienso incumplir mi parte del trato —afirmé.

—Los plebeyos no tienen palabra de honor —dijo ella.

—Yo sí —repliqué.

Me miró largamente y dijo al fin:

—Prometo respetarla si usted hace igual conmigo.

Se notaba cuánto esfuerzo le había costado pronunciar aquellas palabras. Repliqué su juramento mirándola a los ojos.

A partir de ese momento, algo pareció cambiar entre nosotros. No era, ni mucho menos, como si hubiese entablado una súbita amistad con mis pupilos. No había allí ligereza ni camaradería. Por el contrario, aquella alianza verbal estaba imbuida de una seriedad cuyo peso se sentía en el aire. Y eso era, quizás, mejor. Supe entonces dos cosas que a la larga demostrarían ser fundamentales: la primera, que podría ejercer mi labor sin que ellos procurasen entorpecerla. La segunda, que aquello marcaba el fin del sarcasmo y las amenazas veladas tanto de su parte como de la mía. Era como si asumirlos capaces de madurez por medio del pacto les hubiese otorgado una rara dignidad que anteriormente no les habían proporcionado sus

títulos ni su riqueza. Un voto de respeto formulado por todos los presentes fue lo que dio inicio a la notoria transformación del comportamiento de mis pupilos, el cual también modificó mis sentimientos hacia ellos.

Aquel día les impartí las lecciones con el tema mencionado en mente, y ellos participaron con interés. Podía ver el miedo en sus caras cuando les narraba historias de niños que habían padecido malos tratos por parte de sus parientes mayores, así como su deleite al escuchar que ciertos personajes que se les asemejaban de algún modo se habían salido con la suya. Me dio la impresión de que Vladislav era más vengativo mientras que Elzbieta era más fría y caprichosa, pero las reacciones de uno y otro revelaban que aún se sentían vulnerables. Al hablar del popular cuento *Hansel y Gretel*, Vladislav proclamó que jamás sería víctima de un engaño como el que habían sufrido los protagonistas pues, para empezar, la casita de la bruja tendría que haber estado cubierta de carne cruda en vez de pasteles, bombones, chocolates y confites. Elzbieta dijo entonces que ella no habría tenido objeción en comerse a la bruja viva o muerta, siempre y cuando no estuviese cocinada. Me encontré riendo con ellos por primera vez, hallando el humor en tan macabra conversación, y de nuevo diciéndome que aquella aparente debilidad hereditaria sin duda habría sido una fortaleza si mis pupilos hubiesen sido los protagonistas del cuento.

Por otra parte, quizás Imre Domány-Nádasdy, el tío pelirrojo de mis alumnos que había conocido en la biblioteca hacía unas horas, tuviese algo de razón. Tal vez ciertos cuentos de hadas tenían la intención de servir de guía a los niños con el fin de que fuesen menos ingenuos, preparándolos para enfrentar peligros potenciales al exponerlos a la noción de la maldad humana. No que yo desease de modo alguno que mis alumnos perdieran el poco candor que aún parecían retener, pues aquella era mi única ventaja sobre ellos, pero sabía en el fondo que dicho candor no era más que un impedimento para discernir la manipulación, por más que la nueva imagen de la infancia a la luz de los ideales victorianos lo glorificase: el niño era bueno por su inocencia, la cual debía ser preservada a cualquier costo. Era

intrínsecamente puro como la mujer lo era según el protestantismo, era un ser precioso por su misma debilidad. Yo creía en la neutralidad moral del individuo en el momento de su nacimiento, por lo cual defendía las grandes virtudes de la educación para forjar adultos honorables o al menos civilizados, pero quizás mi otro patrón, Baltasar Domány-Nádasdy, hubiese visto cosas que yo no y por dicha razón hubiese afirmado la noche anterior que la esencia de cada persona podía apreciarse desde temprana edad, no pudiendo ser modificada por medio de una crianza bien intencionada.

Lo cierto era que aquellos ideales victorianos en lo respectivo a la infancia eran la razón de que yo pudiese ganarme la vida instruyendo niños, pues solo gracias a estos se había concluido que la protección e instrucción de los últimos eran prioritarias, por lo cual para el año en curso tantos críos, ora tenían tutores privados, ora eran enviados a escuelas privadas o internados, y en cuantiosos casos su carga laboral había decrecido o, por increíble que pareciese, había desaparecido, cuando en siglos anteriores la instrucción solía ser un privilegio exclusivo de los niños nacidos en la riqueza. Yo misma había sido una niña que se había beneficiado de aquella novedosa concepción idílica de la infancia: no me había visto obligada a trabajar más que en las faenas propias del hogar y había alcanzado un grado de educación muy alto para la clase social a la que pertenecía, e incluso para una mucho más elevada. En el campo, los niños aún trabajaban durante la siembra y la cosecha, pero asistían a escuelas como la que mis padres habían fundado, alrededor de ciento treinta días al año. Los niños muy pobres, claro está, aún debían trabajar sin importar dónde viviesen. Ellos no tenían la posibilidad de recibir ningún tipo de educación intelectual. Por ende, en su mayoría, jamás aprendían a leer ni a escribir.

Los dos Domány-Nádasdy adultos que había conocido hasta el momento parecían creer en la maldad intrínseca del individuo, y yo me preguntaba si aquello estaría relacionado con su enfermedad hereditaria, o si aquella conclusión compartida sería el resultado de pertenecer a la nobleza, sobre la cual las reglas morales del hombre común no parecían tener influjo. Me dije que tanto la clase alta (en

especial aquella cuyos integrantes pertenecían a la aristocracia) como la clase más baja eran mucho más salvajes y menos ingenuas que la clase media, pero la refinada educación y la riqueza hacían de la clase alta una bastante más peligrosa que las otras, brindándole respectivamente la habilidad de engañar con maestría intelectual, así como la posibilidad de camuflar sus intenciones bajo sus hermosos vestidos.

14
Blancanieves

Según mis lecturas y observaciones personales, el concepto de verdadera consideración para con los demás parecía ser el más difícil de incorporar para esta clase social que solo hacía excepciones con sus propios miembros, pero yo tenía la esperanza de que el pacto que había hecho con mis pupilos, a través del cual les había ofrecido el tipo de respeto que ellos anhelaban recibir de parte de otros, los hiciese más susceptibles a dármelo de vuelta. Hasta entonces, había constatado que Elzbieta era leal a su hermano puesto que no había dudado en defenderlo cuando el señor Ivanov lo había castigado con la vara. Se me antojaba que aquello era ya gran cosa para tratarse de ella. Una virtud, incluso. Se me ocurrió entonces preguntarle cómo se sentía al respecto de la historia de *Blancanieves*, ya que solía ponerse del lado de la prole ultrajada o destituida de los cuentos infantiles, seguramente porque era así como se percibía a sí misma.

—¡Detesto a Blancanieves! —dijo con vivo aire de indignación.

—Repítalo en francés, por favor —pedí para obligarla a practicar un poco.

—*Je déteste Blanche-Neige* —había replicado en francés.

—¡Muy bien dicho! ¿Detesta usted la historia, al personaje, o ambas cosas, señorita?

—Detesto a la princesa, claro está. La historia sería perfecta si no tuviera ese final. La madrastra es la única persona encantadora en la historia.

—¡Oh! Supongo que su tío Imre opinaría igual —dije.

—Sin duda —contestó ella—. Nos entendemos en ciertas cosas.

—¿Qué la hace apreciar a la malvada reina? —inquirí.

—Es el único personaje del cuento que tiene una meta y no le teme al poder —replicó—. Además, ser la más bella de todas es un propósito muy entendible. ¿Por qué habría de resignarse a menos,

siendo una hechicera tan talentosa?

—¿De qué le sirve a una persona ser la más bella de todas? —pregunté, cautivada por sus respuestas.

—La belleza garantiza la admiración de los demás. Las puertas de oro se abren de par en par ante una persona bella, en ocasiones incluso si la persona es pobre. Usted, por ejemplo, señorita Pawlak: es muy bella aunque sus vestidos sean lamentablemente humildes. Le aseguro que solo por esto mi tío Imre la tratará con mayor cortesía que si fuera solo medianamente agraciada como lo era Rózsa, quien se había procurado vestidos más finos, quién sabe cómo —miró a Vladislav al pronunciar las últimas palabras de un modo tal que supe que compartían un secreto al respecto.

—Creo que ambos saben exactamente cómo se los procuraba —comenté, mirando a uno y otro por turnos. Me pregunté si la habrían sorprendido robando—. ¿Qué tal si me lo cuentan?

—Estoy bastante seguro de que tío Baltasar no apreciaría que hablásemos al respecto de Rózsa. No quiere que nos ensañemos con los muertos —dijo Vladislav blanqueando los ojos.

—Yo no se lo contaré —dije, determinada a cumplir mi palabra. Valía la pena, debía averiguar cuanto pudiese al respecto de mi antecesora.

Ambos se miraron a los ojos y Elzbieta sonrió con malicia.

—Me prometió que me daría un trato adulto, ¿verdad, señorita Pawlak?

—Así es —dije—. Le hablaré sin asumir que es incapaz de comprender algo por su edad.

—Bien, de todos modos, muero por hablar al respecto —dijo, pasándose la lengua por los labios sin dejar de sonreír—. Sabemos que la estúpida de Rózsa se había convertido en la amante de algún habitante del castillo… y por los regalos que recibía, sospechamos que se trataba de uno de nuestros tíos.

Mi corazón dio un vuelco en mi pecho. No había considerado una contingencia semejante.

—Su actitud también se tornó intolerable desde que empezó a recibir dichos regalos —prosiguió la niña—. En ocasiones casi actuaba

como si fuese la señora del castillo —rio, y su hermano se le unió. Lucían malévolos.

Dada su edad, que Elzbieta usara la palabra *amante* en dicho contexto era algo inusual, y me pregunté si estaría al tanto de las posibles implicaciones carnales de esta, pues el vocablo se empleaba con libertad para referirse a una simple admiración platónica o para expresar un sentimiento amoroso en la cotidianeidad de nuestra época, pero las implicaciones de lo que Elzbieta narraba parecían ser otras. Por otra parte, si mi predecesora estaba sosteniendo un romance con alguien que le procuraba lujos, aquello explicaba que hubiese negligido sus labores como institutriz de una forma tan atroz. Era información de suma importancia. Sentí un escalofrío al recordar que Baltasar Domány-Nádasdy le había obsequiado un espejo. Hice lo posible por conservar la calma ante los chicos, en especial porque no quería decepcionar a Elzbieta dando señales equívocas de un moralismo que no poseía.

—¿Es habitual que los señores tengan amantes? —inquirí por toda respuesta.

Ambos parecieron pensárselo.

—No —dijo Vladislav—. Al menos no en el castillo.

—Ustedes dos son personas sagaces, por lo cual no me sorprende que hayan llegado a esa conclusión al respecto de su institutriz anterior —dije a mis pupilos, y vi que lucían complacidos—. ¿Llegaron a tener alguna prueba del tipo de relación que su institutriz anterior tenía con quien le ofrendaba los regalos?

Ambos rompieron a reír casi hasta perder el control, lo cual me desconcertó.

—La tonta de Rózsa redactaba su correspondencia aquí y la releía en voz baja ante nosotros, asumiéndonos incapaces de comprender su contenido, que era bastante claro, en especial porque la inteligencia de Rózsa era muy inferior a la nuestra y se expresaba como la simplona que era —dijo Elzbieta.

Tuve que admitir para mis adentros que había sido francamente estúpido de la institutriz creer que un par de niños, en especial aquellos dos, no podrían deducir el contenido de sus cartas.

—Ella quería mostrarse romántica, pero sonaba ridícula —dijo Vladislav—. No era sincera.

—No que eso nos hubiese importado —dijo Elzbieta—. Rózsa era una chica patética y lo habría sido aunque no fingiera. En todo caso, decía a quien escribía aquellas cartas dónde y cuándo lo esperaría para *hacer el amor*… pero obviamente se refería a fornicar.

Por poco rompo a reír yo. Vladislav no se inmutó ante las palabras de su hermana, gracias a lo cual comprobé que ninguno se rezagaba en lo pertinente a esos conocimientos mundanos. Me intrigaba saber cómo habían aprendido aquellas cosas.

—Veo que están mejor enterados que la mayoría de chicos —dije—. ¿Les importaría contarme cómo adquirieron esos conocimientos?

—Nuestros tíos hablan sin tapujos ante nosotros. Nuestros padres también lo hacían —dijo Elzbieta—. Nuestra familia desprecia la religiosidad y ríe de lo que se considera *pecado*. Vladislav y yo intentamos leer la traducción al francés del *Decamerón* hace un par de años pero, aunque comprendimos ciertos apartes de su contenido, nuestro francés no es tan bueno aún. Es culpa de Rózsa. Tío Baltasar tiene una versión original en italiano pero mi hermano y yo no dominamos esa lengua.

Así su francés hubiese sido perfecto, me habría extrañado que tuviesen el nivel literario para absorber aquel compendio de historias eróticas en que la mujer del Medioevo se entregaba sin miramientos a las pasiones carnales. Sin embargo, no habría sido raro que hubiesen logrado comprender al menos los eufemismos empleados para tal propósito. Después de todo, yo los había comprendido sin ningún problema, aunque no está de más aclarar que había devorado aquel libro prohibido por la Iglesia siendo unos cuatro años mayor que Elzbieta, y cabe decir que mi madre había escondido la traducción francesa, que era precisamente la que teníamos en casa, para que yo no la hallase.

—Bien, creo que podrán leerlo a sus anchas cuando su francés mejore —dije—. Y confío en que eso será muy pronto.

—Nos interesa aprender francés para leer algunos libros de hechicería —dijo entonces Vladislav. Aquello se me antojó dulce, pues

yo no creía en los poderes de la hechicería más allá de la ficción, pero también habría querido leer al menos un libro al respecto—. Nuestra antepasada Erzsébet Báthory fue una hechicera muy poderosa —agregó.

—¿Erzsébet? —inquirí, arqueando ambas cejas.

—Es Elzbieta en húngaro. Nuestra antepasada era húngara como nosotros, pero nuestros padres nos pusieron nombres polacos a Vladislav y a mí. Me llamaron así en su honor —replicó la niña.

—¡Ah! Qué… maravilla —dije, tragando en seco. Así que no me había equivocado en cuanto a la elección de su nombre. Quizás los padres de la niña también habían admirado a la cruel condesa.

—Lo es, señorita Pawlak. Erzsébet Báthory era hermosa e inteligente, pero era además una bruja muy poderosa, como la madrastra de Blancanieves. Cuando crezca, quiero ser como ella. Ya tengo su nombre.

Un sudor frío cubrió mi rostro. Ya había imaginado a mis pupilos siguiendo los pasos de su antepasada. No me atreví, aun así, a hacer algún intento verbal por desanimar a Elzbieta en lo concerniente a su pavorosa meta, salvo decir:

—Leí su historia. Triste final para tan notoria dama.

—Dudo mucho que ese haya sido su verdadero final —rio el niño.

—¿A qué se refiere, señorito? —pregunté.

—A que no creo que una bruja como ella hubiese permitido que la encerrasen para siempre en un calabozo —dijo.

—Además —agregó Elzbieta—, aunque su magia no hubiese funcionado, era muy rica. Tío Baltasar dice que sin duda podía pasearse por su castillo a su antojo, por más que se hubiese decretado su encierro.

—Sin embargo —dije—, todo parece indicar que murió de inanición en 1614.

—Exacto —dijo Elzbieta—. Dejó de comer por su propia voluntad. Al menos eso creo yo. Ella misma eligió morir, pues en ningún momento dejó de ser alimentada. Aquello no era parte de su castigo.

—Tiene sentido. Quizás dejó de disfrutar su vida —murmuré.

—O, tal vez… —dijo Vladislav.

—¿Sí? —pregunté.

—Tal vez había encontrado la forma de vencer a la muerte por medio de la magia —dijo el niño.

—Creo que es suficiente, Vladislav —dijo Elzbieta, quien de repente lucía nerviosa.

—Tienes razón —replicó su hermano con expresión mortificada—, hablemos mejor de *Blancanieves*.

Sus palabras y actitud repentinas me dejaron bastante confundida, pero decidí hacerles caso. Les pedí entonces que escribieran un corto ensayo en polaco acerca de lo que les gustaba y lo que no les gustaba del cuento para corregir su redacción. Entre tanto, me asomé a la ventana y me entregué a mis propias cavilaciones. ¿Sería el espejo que Baltasar Domány-Nádasdy había obsequiado a Rózsa uno de tantos otros regalos? ¿Habría sido ella su amante? Recordé entonces que él había estado ausente los dos años anteriores, por lo cual no era posible que hubiese sostenido una relación carnal continua con Rózsa. Suspiré con alivio, aun si ello reducía mis propias posibilidades de ser su amante. No que tuviese alguna, o al menos eso debía repetirme tanto en vista de su compromiso como en pro de no convertirme en una desesperada optimista, ya que él no había dado ningún indicio de desearme como yo a él. Lloré por dentro sintiendo la misma fascinación por él que la noche anterior. El cielo se había ennegrecido por completo para entonces.

—Terminé —anunció Elzbieta—. Tome, señorita Pawlak.

Recibí el cuaderno de sus manos y leí en silencio, aún junto a la ventana:

Amaría la historia de Blancanieves si la princesa muriera definitivamente al acabar el cuento porque ella es igual a mi prima Magdolna: su piel es blanca como la nieve, sus cabellos son negros como un bosque de ébano y sus labios son rojos como la sangre. No odio a Magdolna por su belleza. Sé que soy más bella que ella. Además, cuando crezca, lo seré aún más. Odio a Magdolna porque finge gentileza y fragilidad ante mis tíos como Blancanieves lo hace ante los demás. Como Magdolna, Blancanieves tampoco tiene carácter ni humor. Y a pesar de ello, terminó por enterrar a toda su familia,

como sé que Magdolna desearía que ocurriese con todos nosotros. Por esto temo que, cuando mi prima expire, alguien la haga revivir así como ocurrió con la detestable princesa del cuento. ¡Qué desgracia!

Aparte de eso, odio que el cazador no haya llevado a la reina los pulmones y el hígado de Blancanieves tal y como ella se lo ordenó con el fin de comerlos y hacerse tan bella como la princesa (apuesto a que habrían estado deliciosos, esa parte de la historia siempre despierta mi apetito). Es un sirviente desleal y cobarde, incapaz de cumplir órdenes.

Odio a los enanos de la historia por acoger a la princesa, aunque eso es lo que hace la gente cuando se topa con una persona guapa. Yo misma tengo la intención de usar mi belleza para sacar provecho de los demás, pero no pienso rogar ni fingir ternura como Blancanieves. ¡Cuán indigno de su rango! Tampoco pienso comerme las bazofias de unos enanos ni dormir en sus sucias camas. De haber estado en el lugar de los enanos, habría sacado a Blancanieves a empellones de la cabaña por desordenarla. ¡Odio el desorden! Magdolna es muy desordenada, también por eso la odio. Pero, aunque me guste tanto la pulcritud, es necesario que otros limpien para mí y no al revés. Por eso no me convertiría en la sirvienta de unos enanos (ni de nadie). Preferiría morir a servir. Qué asco me da Blancanieves, no la considero una princesa de verdad.

Desprecio al príncipe por enamorarse de Blancanieves en cuanto ella escupió el trozo de manzana envenenada. Una cosa es aceptar que una persona es guapa, otra muy distinta es enamorarse. ¡Ni siquiera habló con ella! De haberlo hecho, habría descubierto que la princesa era pusilánime y fácil de engañar. Terrible combinación. El príncipe es un necio que con seguridad llevó el reino a la ruina: su sentimentalismo e impulsividad son alarmantes.

Admiro a la reina hechicera, quisiera tener un espejo como el suyo para así conocer verdades ocultas. Adoro la idea de la reina de engañar a Blancanieves con una manzana envenenada, quizás pueda valerme de este truco en el futuro, de ser imprescindible. También me gustan sus ideas del peine envenenado y los corpiños demasiado ajustados para matar a la princesa. Es una lástima que la reina haya

fracasado en estos intentos, en especial porque se valió de la vanidad de Blancanieves para despertar su interés en dichos objetos y así lograr que los recibiese de sus manos. Esto significa que había asumido correctamente que nadie está exento de querer hermosearse, ni siquiera las mujeres que fingen ser modestas. ¡Hasta la mosca muerta de Blancanieves era vanidosa, aun viviendo aislada en un bosque! En este aspecto, hallo el cuento inspirador: sin duda es útil conocer los intereses comunes del ser humano, y más aún aquellos que la gente procura ocultar por miedo a parecer frívola. En fin, la historia no está mal, pero tiene un final trágico que me hace rabiar.

Releí el sincero recuento de Elzbieta varias veces en tanto mi corazón golpeaba mi pecho con fuerza. Al igual que su tío Baltasar, la niña había hablado de una muerte definitiva, como si la muerte transitoria pudiese existir, contraponiéndolas de modo tácito. La niña mencionaba la posibilidad de revivir tras la muerte, aunque no fuese religiosa, y cabe recalcar que no había hablado de resurrección, así que no parecía que hubiese sacado aquella idea de alguna fantasía derivada de conceptos cristianos a los cuales pudiese haber estado expuesta. Quizás sus tíos le hubiesen procurado libros de mitología, en cuyas páginas no es inusual que una deidad muera para volver a la vida. De todos modos, aunque la imaginación infantil fuese en general tan vívida y en el mundo de la ficción todo fuese aceptable, el cuento dejaba en claro que Blancanieves no había muerto en realidad sino que parecía estar muerta. Y a pesar de ello, Elzbieta insistía en la posibilidad de que su prima muriese y reviviese. Algo así me habría parecido comprensible viniendo de un niño común de cinco años, pero Elzbieta era bastante pragmática y precoz para su edad. Además, de común no tenía nada: era en exceso inteligente. Para colmo, su pequeño hermano creía que la condesa Báthory había derrotado a la muerte por medio de la magia. Aquel tema me producía una terrible sensación pero no lograba comprender exactamente en qué consistía, pues me asustaba aún más que el hecho de que los niños parecieran estar dispuestos a comer carne humana. Por un momento me pregunté si los cuentos de hadas habrían sido creados con el fin de alertar a personas corrientes como yo al respecto de los monstruos reales que

habitan entre nosotros, sin valerse de ningún simbolismo. ¿Qué clase de criaturas eran los miembros de aquella familia? El pretexto de pertenecer a la nobleza ya estaba agotando sus últimos recursos en lo que me concernía: daban la impresión de asemejarse más en hábitos y espíritu a ogros o a minotauros que a seres humanos.

A pesar de lo anterior, el trabajo escrito de Elzbieta era cándido y franco. Estaba bien redactado y la niña había empleado un vocabulario adulto de forma correcta, por lo cual la felicité sinceramente. Además, tenía razón en varios puntos. Sus observaciones, aunque inusuales, eran muy acertadas e incluso cómicas si el cuento se entendía de modo literal, como ella lo había hecho. Por poco sentí que me enternecía al ver la alegría reflejada en su rostro. Esta duró hasta que la chica se puso de pie para mirar hacia el exterior a través de la ventana. Su semblante se ensombreció de inmediato y murmuró:

—Maldita Blancanieves de la vida real. Mírela nada más, observe sus ademanes. ¡Finge!

Me di la vuelta de nuevo hacia la ventana con el corazón en vilo: allá abajo, frente al bosque, se paseaba una delicada silueta revestida de encaje blanco. Sujetaba sobre su cabeza con la mano enguantada una sombrilla tan blanca como el vestido, por lo cual me fue imposible discernir su rostro desde el lugar en el que me encontraba.

—¿Es ella su prima…? —empecé a inquirir con un hilo de voz, pero Vladislav me interrumpió:

—¡No pronuncie su nombre mientras la mira!

—¿Por qué? —pregunté en un chillido mirando al niño con ojos exorbitantes, apartándome de la ventana por instinto y a punto de echarme a rodar por el suelo.

Elzbieta cerró las cortinas y miró hacia fuera a través de la pequeña apertura entre ambas.

—La pondrá sobre aviso —dijo el niño.

—¿Cómo? —inquirí, llevándome al pecho las manos trémulas.

—No lo sé, es algo que ocurre con Magdolna. Es capaz de escuchar su nombre en la distancia si uno lo dice mientras la mira —dijo el chico—. Es una especie de llamado.

—En sus palabras, según la escuché comentárselo a tío Baltasar alguna vez, es algo así como una invitación irresistible gracias a la cual puede descubrir las debilidades de quien la observa en solo unos segundos —dijo Elzbieta—. Por suerte me enteré de esto cuando aún era muy niña antes de hacerlo por error.

—Qué extraño —balbucí sin dejar de temblar, aunque bien creía que aquello era enteramente posible dada la familia a la que pertenecía la susodicha. El poder de la mente de Baltasar Domány-Nádasdy era inmenso, tanto así que parecía mágico. De cualquier modo, no quería arriesgarme a averiguar si aquella afirmación acerca de su prima era cierta, por descabellada que pareciese. Por otra parte, Vladislav me había detenido: no esperaba que tuviese consideraciones para conmigo. Ambos niños estaban siendo muy generosos e informativos.

—Supongo que es extraño para alguien que viene del exterior —dijo Elzbieta encogiéndose de hombros—. Sin embargo, como dice tío Baltasar cuando habla de nuestra condición, es lo que es. Por otra parte, si ver a Magdolna de lejos la asustó a usted tanto, imagine lo que se siente al verla a los ojos.

—¿Sienten ustedes miedo también? ¿Aunque se trate de su prima? —inquirí con un hilo de voz, mirando por encima de mi hombro para asegurarme de que las cortinas permanecían cerradas.

—Yo sí —dijo Vladislav, asintiendo con esos ojos color cobalto muy abiertos.

—Definitivamente —dijo Elzbieta—. Aunque yo no le temo por ser quien es sino por lo que sé que sería capaz de hacernos si pudiera. Es mayor y más fuerte que nosotros. También tiene mayor aliciente sobre nuestro tío Baltasar. Es terrible cuando se halla en la misma habitación y finge sentir afecto por nosotros. Lo peor es cuando insiste en abrazarnos o acariciarnos —se estremeció con visible disgusto—. Pero su mirada y sus gestos la traicionan cuando cree que nadie la observa. Es así como Vladislav y yo hemos podido descubrir su verdadero carácter. Además de eso, tenemos otra ventaja: Magdolna piensa que aún somos demasiado jóvenes para darnos cuenta de ciertas cosas, como la mayoría de la gente. Usted no parece ser una de

esas personas, señorita Pawlak. Es como si nos tuviese en mejor concepto que nuestra propia familia.

La niña lució triste unos instantes y sentí lástima por ella.

—Jamás pondría en duda su inteligencia, señoritos —dije—. Agradezco de corazón que hayan evitado que llamase involuntariamente a su prima.

—Señorita Pawlak, le daré un consejo —dijo Elzbieta—: evite quedarse a solas con Magdolna en lo posible. No quiero perder tan pronto a la única institutriz cuyas lecciones me han agradado.

Las palabras de la niña hicieron que se me pusiera la piel de gallina.

—¿Por qué lo dice, señorita Domány-Nádasdy? ¿Por qué querría dañarme su prima? —gemí.

—Me parece que la pregunta correcta es por qué no querría dañar a alguien pudiendo hacerlo. Sospecho que la odiará a usted muy especialmente.

—¿Por qué? —pregunté, casi sintiendo aflorar las lágrimas a mis ojos.

—Magdolna es excesivamente celosa y codiciosa, para empezar. Ella envidia a cualquier mujer que tenga algún tipo de encanto, así como a cualquier persona que posea inteligencia, talento, riquezas o algo de valor —dijo Elzbieta—. Cierta vez vertió agua hirviente en el rostro de una criada que se le antojó demasiado bonita para estar a su servicio. La muchacha quedó desfigurada y ya no pudo casarse. Por esto, aún continúa sirviendo a Magdolna. Magdolna insiste en que fue un accidente para que los demás no piensen demasiado mal de ella, y mima a la muchacha cuando mis tíos están presentes para dar la impresión de sentir lástima por ella, pero nosotros sabemos que lo hizo adrede. En otra ocasión hizo que el cochero le entregase un anillo que había pertenecido a su difunta esposa, una joya de poco valor. Aún dice que el anillo le pertenecía a ella y que el cochero debió hallarlo en el cobertizo, lugar donde ella asegura haberlo perdido. Lo hizo azotar por tío Baltasar. Me sorprende que ese hombre aún esté vivo tras haber sido acusado de robar. Cabe decir que Magdolna posee las mejores joyas de la familia y jamás ha necesitado adueñarse de la baratija de un plebeyo. No tiene sentido. En vez de admirar la

hermosura, la inteligencia, las habilidades o las posesiones ajenas, detesta que los demás las tengan. Es como si esto la hiciese sufrir. Magdolna no desea hacerse más bella para obtener mayor poder sobre los demás o para su propia satisfacción. Eso sería adecuado y encantador. Pero no. Ella simplemente quiere acabar con los dones de quienes la rodean y apropiarse de lo que no le pertenece, por poco que sea. Si pudiera salirse con la suya, estaría siempre rodeada de gentes feas, toscas y sin ningún sentido de la moda. ¡Qué pesadilla! —exclamó. Luego, ladeando la cabeza y mirándome, inquirió—: ¿Me explico, señorita Pawlak?

—Sí, señorita Domány-Nádasdy, se expresa usted de maravilla —dije aterrada. ¿Aquella era la mujer con la cual Baltasar Domány-Nádasdy iba a casarse? Esa sí que era una pesadilla.

—Creo que cuando la conozca podrá comprendernos mejor —dijo Vladislav—. Eso es, si no se convierte en otra víctima de sus engaños.

—O simplemente en su víctima, a secas —dijo la niña, meneando la cabeza.

—Tengo mucho miedo —dije, mostrándome vulnerable ante ellos. No creí estar haciendo mal dado lo mucho que ellos estaban compartiendo conmigo.

—Eso es bueno —dijo Vladislav frunciendo los labios y entrecerrando los ojos—. Muy bueno. Así estará alerta como nosotros.

—Lo importante, señorita Pawlak, es que siga usted su camino, de llegar a topársela a solas. Invente algún pretexto para partir y hágalo pronto, no le dé ocasión de que la interrogue en profundidad, o de algo peor.

—Puesto que a Magdolna le da rabia que otros sean más inteligentes que ella, yo finjo ser torpe y cometo errores al hablar en su presencia —dijo Vladislav.

—Yo no —dijo Elzbieta—. Jamás fingiré estupidez. Pero admito que procuro no hablar demasiado ante ella para que asuma que soy mucho más ingenua de lo que soy. Hará bien en hacer igual, señorita Pawlak.

—Gracias por sus consejos, señoritos —dije, tragando en seco—. Quizás pueda devolverles este favor más adelante.

—Eso estaría muy bien, señorita Pawlak —dijo Vladislav—. Lo

apreciaríamos.

En ese instante llegó la señora Agoston para dejarnos saber que la comida estaba dispuesta en el comedor, por lo cual interrumpimos nuestra conversación.

—¿Por qué cerraron las cortinas? —preguntó mientras la seguíamos —. ¡El día está bastante oscuro!

—Magdolna se paseaba por el jardín exterior —dijo Vladislav.

La aya se limitó a asentir. Para cuando entramos al comedor y pude mirar por los anchos ventanales hacia el bosque, la silueta vestida de blanco había desaparecido. Los niños se enfrascaron en una conversación con la aya acerca de la posibilidad de dar un paseo a caballo en el transcurso de los días siguientes y la aya dijo que lo consultaría con su tío Baltasar. Mientras tanto, yo pensaba que, en comparación con Magdolna, o al menos con la descripción que habían hecho de ella, Vladislav y Elzbieta eran personas ecuánimes y bondadosas. Habían empezado a agradarme a pesar de todos mis miedos. Me dije que les preguntaría qué opinaban de la posibilidad de que Magdolna hubiese asesinado a Rózsa por celos, y mediría sus respuestas con cuidado. Por lo pronto, casi tenía la certeza de haber sido observada por Magdolna la noche en que había llegado al castillo, pues mis sensaciones físicas habían sido las mismas que había experimentado al verla paseándose sobre el prado. Mi patrón me había ordenado cerrar siempre las cortinas y la puerta de mi habitación, y en vista de la conversación que acababa de sostener al respecto de Magdolna con mis pupilos, me inclinaba a pensar que él me había pedido tomar aquellas medidas específicas porque conocía el peligro que representaba su prometida.

15
El ángel

Cada comida en el castillo era estupenda y agradecí que los Domány-Nádasdy no escatimaran en gastos aun cuando se trataba de alimentar a su servidumbre. El menú era pavo rostizado con coles y nabos, patatas con crema y sidra. Los niños decidieron que aquel día querían pasear por el jardín interior, y me dije que los acompañaría para ver de cerca la estatua del ángel que me causaba tanta curiosidad. Aunque temía toparme con Magdolna yendo a mi habitación a buscar mi abrigo, me dije que tendría que desplazarme sola por el castillo a menudo lo quisiera o no, y me obligué a incorporarme de la mesa para encarar la oscuridad de los pasillos antes de que los chicos terminaran de comer, con el fin de reunirme con ellos y la aya en el comedor. En cierto punto, creí escuchar una respiración jadeante tras de mí y no fui capaz de darme la vuelta, sino que me eché a correr y no me detuve hasta llegar a mi habitación. Conforme abría la puerta, miré a ambos lados pero no vi a nadie. Aun así, giré la llave con terror y azoté la puerta al entrar, poniéndole la tranca de inmediato así fuese a salir de nuevo en unos segundos.

Como el día anterior, la estancia había sido puesta en orden. Hallé en el escritorio papel fino, sobres, cera, y un sello con el delicado emblema de un castillo, así como una nueva carta que causó que mi corazón batiese de un modo distinto, pues dada la cera negra de su sello, el cual entonces observé consistía en las iniciales de su nombre y su apellido, supe que me la enviaba Baltasar Domány-Nádasdy. Abrí el sobre con la ayuda de mi cortapapeles, y en tanto enrojecía sin razón objetiva, leí:

Estimada señorita Pawlak:

Confío en que haya tenido una mañana menos desdichada que la de

ayer en compañía de mis sobrinos. Como acordamos, le pido me informe al respecto de su comportamiento en detalle a través de una carta, la cual la señora Kowalski pasará a buscar a las seis de la tarde de hoy. Escriba también a su familia si así lo desea y entregue dicha correspondencia al ama de llaves. Yo me encargaré de que sea enviada con el resto del correo del castillo.

Le hice llegar por medio de la señora Kowalski un cofre con su llave compañera de modo que pueda usted guardar en él su diario. Puse dentro del cofre la lectura que le sugerí. Sé que será de su interés.

Hasta muy pronto,

Baltasar Bátor Domány-Nádasdy

Me encontré sonriendo como una tonta, como si aquella fuese una carta de amor. ¡Hasta muy pronto! Eso había escrito, sí, ¡no pasaría mucho tiempo hasta que lo viese de nuevo! Casi quise celebrar. Miré alrededor y hallé al pie de la cama el cofre descrito en la nota: no era tan pequeño, me dije que podía albergar al menos diez libros. Ya quería entregarme a la lectura que Baltasar Domány-Nádasdy me había enviado pero debía reunirme con mis pupilos para el paseo acordado. Me puse el abrigo pero, antes de abrir la puerta, me atreví a llevarme la carta a los labios para besarla en un impulso. En ese instante, el glorioso aroma de una fragancia me invadió en tanto veía en mi mente el rostro del hermoso autor de la carta. Supe entonces que tal era su olor, y las llamas de la noche anterior ardieron con mayor intensidad dentro de mí. ¡Por todos los alquimistas! ¿Cómo podía existir un olor tan mágico y exquisito? Olí de nuevo el papel. Tuve la absoluta certeza de que no había sido rociado con ningún perfume sino que se había impregnado del aroma de mi patrón al ser tocado por él. Me sentí casi desvariar a causa del anhelo y supe que debía precipitarme al exterior cuanto antes de modo que el aire fresco despejase mi entendimiento y mis sentidos. Dejé la carta bajo mi almohada y salí de mi habitación llena de un sentimiento muy cercano a la felicidad. No olvidé, milagrosamente, cerrar la puerta con llave. Mi transcurso de regreso al comedor fue distinto al que había

realizado minutos antes. Aunque mi miedo no se había desvanecido, recordé que Baltasar Domány-Nádasdy me había garantizado su protección e imaginé que su poderosa figura caminaba tras de mí en la penumbra de modo que nada pudiese dañarme. Cuando al fin alcancé el comedor, exhalé con alivio y sonreí.

—Señorita Pawlak, ¿qué le ocurrió? —preguntó Elzbieta, observándome con detenimiento en tanto fruncía el ceño—. Tiene las mejillas encendidas. Luce alegre. ¡Qué extraño!

—Es cierto —dijo Vladislav—. ¿Hay algo que pueda alegrar a alguien en este castillo?

—Bueno —dije, segura de que me sonrojaba aún más—. Leí algo que fue de mi agrado, es todo.

No quería mentir; temía que mis pupilos lo notasen y no quería perder su confianza tan pronto.

—No me diga… —comentó Elzbieta, sonriendo con cierta malicia y entrecerrando los ojos—. Ya tendremos ocasión de hablar al respecto.

Tragué en seco.

—Vamos a tomar ese paseo —dijo Vladislav, poniéndose de pie—. Hace un día precioso.

Agradecí su oportuna intervención para mis adentros y asentí, aliviada. El día precioso era, claro está, uno extraordinariamente oscuro en el que rayos azules como los ojos de Vladislav surcaban el horizonte en la distancia. Por suerte, aún no empezaba a llover. Vladislav y la aya caminaron con paso veloz en tanto Elzbieta y yo los seguíamos. La aya abrió una puerta ubicada justo frente a la del comedor, y así nos encontramos ante la salida que daba al patio interior del castillo. El viento helado azotó mi rostro, penetrando a través de mi abrigo y haciéndome temblar de pies a cabeza. Metí mi mano izquierda en el bolsillo de mi abrigo, sujetando la linterna con mi mano derecha. Quise haber tomado mis guantes de la habitación pero era demasiado tarde; tendría que calentarme las manos por turnos. La aya cerró la puerta, tomó a Vladislav de la mano y se encaminó por el sendero bordeado de árboles que deduje nos guiaría al estanque. Elzbieta y yo caminamos tras de ellos sin rezagarnos demasiado.

—Creo que la estatua de la fuente le encantará, señorita Pawlak —dijo Elzbieta, mirándome con suspicacia.

—¿Por qué lo dice, señorita Domány-Nádasdy? —inquirí curiosa.

—Ya verá —replicó, y sonrió enseñando ambas hileras de dientes con la mirada fija en el camino.

Estaba claro que algo la divertía, pero me era imposible adivinar qué. Tirité a causa del frío. Los niños y la aya parecían, por el contrario, estar acostumbrados al clima del castillo. Agradecí que avanzáramos con paso rápido bajo las ramas desnudas de los árboles que se entrecruzaban sobre el sendero, pues pronto me sentí entrar en calor. Un relámpago iluminó el firmamento y entonces vislumbré la silueta de la estatua a través de tres hileras de abetos: esta se erguía en lo alto de la fuente y era un monumento de tamaño real, siendo su altura la de un ser humano de estatura imponente como aquella de Imre o Baltasar Domány-Nádasdy. Surcamos en breve la distancia que nos separaba de ella y quedé boquiabierta cuando pude al fin observar su parte posterior. Extinguí la luz de mi linterna para que mis ojos se habituaran pronto a la penumbra y así poder absorber su belleza cuanto antes.

Aquella era una escultura hecha de varios metales cuya alianza había resultado en un matiz oscuro y opaco, muy probablemente recubierta de una capa de cobre, pues la observable oxidación de la superficie había resultado en el tono verde turquesa de algunas de sus partes. Se trataba, en efecto, de un ángel cuyas alas apenas abiertas eran similares a aquellas de un murciélago. La maestría y delicadeza del escultor eran cosa de otro mundo. Se habría dicho que las hebras de los larguísimos cabellos ondeados del ángel eran las de una cabellera humana. La postura de sus fuertes hombros masculinos era decididamente ominosa. Cada pliegue del borde de la bata que caía hasta fundirse con las aguas de la fuente parecía tener movimiento, y las anchas alas palmeadas, casi tan largas como la bata, daban la impresión de ser tan flexibles como las de la criatura voladora viviente que las había inspirado, siendo la capa de piel que cubría los cartílagos una imitación perfecta, tanto en finura como en textura, de la que se apreciaba en el animal. Mis acompañantes habían rodeado la

fuente y ya contemplaban la obra desde otra perspectiva.

—¡Venga, señorita Pawlak! —me llamó Elzbieta—. Se nota que le gusta el arte. Enamórese de la creación de este célebre escultor, sin duda la mejor de sus obras, que lo es aún más porque solo nosotros tenemos el placer de verla.

Me apresuré a obedecer a mi pupila sin apartar los ojos de la escultura. Conforme la rodeaba para situarme frente a ella, sin embargo, mi corazón latió de tal modo que creí que los demás podrían escucharlo: aun en la oscuridad, el rostro del ángel era la réplica de Baltasar Domány-Nádasdy.

—¿Y bien? —inquirió la niña en tanto otro relámpago iluminaba la creación, reflejándose en el agua parcialmente helada del estanque—. ¿Qué sentimiento le inspira esta magnífica representación del ángel caído, señorita Pawlak? ¿Lo ama usted?

Mi corazón se detuvo. Intenté decir algo, pero solo atiné a mirarla con horror y asombro un instante para dirigir la vista de nuevo al rostro del ángel.

—¿Cómo? —empecé a decir, pero enmudecí observando el monumento.

Elzbieta rio por lo bajo.

—Lo sabía —murmuró.

Vladislav arrojó un guijarro al estanque, salpicando de agua a la aya.

—Señorito Vladislav, por favor —dijo ella con su voz paciente y monótona—, recuerde que debe procurar ser cortés.

—¡No quiero ser cortés todo el tiempo, señora Agoston! —replicó él, y pronto se enfrascó en una discusión al respecto de los modales con la aya.

—¿Qué cosa sabía usted, señorita Domány-Nádasdy? —le pregunté a mi pupila en un susurro de modo que su hermano y la aya no me escuchasen.

—Baltasar —dijo ella—. Él es el motivo de su alegre agitación. Sus manos están impregnadas de su esencia, podría discernirla entre miles. Lucía usted diferente cuando entró al comedor. Sé que no me mintió al decir que leyó algo de su agrado. Por lo tanto, imagino que estuvo

leyendo una nota de mi tío. ¿Me equivoco?

Dejé escapar una exclamación muda. ¿Cómo podía aquella chiquilla haber olido mis manos a esa distancia? ¡El aroma del papel era de por sí en extremo sutil! ¿No podía acaso tener ningún secreto que fuese solo mío? ¡Detestaba saberme expuesta de aquella forma!

—No, señorita, no se equivoca usted —admití a mi pesar, pero decidí intentar, al menos, atenuar un poco la acertada impresión de la niña—. Recibí una buena noticia de parte de su tío. Podré escribir a mi familia hoy.

—Ah… —dijo ella, luciendo decepcionada. Sin embargo, algo pareció iluminarse en su interior, y sus ojos oscuros brillaron—. Vamos, señorita Pawlak, no sea aburrida. Ambas sabemos que esta estatua es igual a mi tío Baltasar. Admita que lo encuentra más que encantador. Vi su expresión al observar la obvia similitud por vez primera.

Estaba perdida. Era mejor decir la verdad sin extenderme.

—Lo encuentro más que encantador —dije contemplando la obra, y fue como si las palabras cobrasen aún más poder, reavivando mis sentimientos.

—¡Gracias! —rio ella con deleite—. Es apenas natural. Y, ¿cómo no? Tendría que estar usted hecha de piedra. Las damas enloquecen al conocer a mi tío. Cierta vez, una de ellas perdió el sentido al conocerlo en un baile. ¡Fue divertidísimo!

Su reacción me tranquilizó en gran medida, aunque me sentía bastante abochornada.

—Debo admitir que se me antoja un poco extraño que su tío Baltasar haya comisionado a un artista para que le hiciese un monumento —dije, desviando un poco el tema en lo posible—. No parece estar tan… involucrado con su propia apariencia.

—Muy astuto de su parte, señorita Pawlak —respondió la niña—. La historia de esta escultura es, de hecho, bastante graciosa. ¿Quiere que se la cuente?

—Por favor —pedí, llena de curiosidad y contenta de no tener que hablar más de mí misma.

—Resulta que quien la comisionó fue Imre. Él quería que el

escultor, un querido amigo suyo en aquel entonces, esculpiese al ángel caído usando su rostro como modelo. Le dio un descomunal anticipo de dinero y lo invitó a pasar una temporada en el castillo —explicó Elzbieta, sonriendo con perversidad de oreja a oreja—. Muchas horas posó Imre ante su amigo aquí mismo, de pie sobre la fuente, con una larga bata negra y dos ramas sujetas a sus hombros que le hacían las veces de alas, vociferando quejas a causa de la incomodidad mientras el escultor realizaba los bocetos preliminares. El artista siempre ocultaba lo que había dibujado antes de que algún miembro de nuestra familia pudiese verlo, alegando que revelaría su creación solo cuando esta fuese materializada. Pues bien, Imre tuvo la mala suerte de que aquel hombre conociese a Baltasar durante su estadía en el castillo. Embelesado con su hermosura, tal y como si se tratase del mismísimo ángel caído, no pudo resistir la tentación de bosquejarlo en secreto, al punto de llegar a memorizar cada línea de su rostro. Cuando partió para esculpir la obra en su atelier, tenía doscientos bosquejos de Baltasar y apenas una veintena de Imre. Casi un año después, Imre envió por la escultura a Turín, donde vivía el escultor, mientras él mismo se hallaba de viaje en París. El escultor regresó al castillo con un equipo de ayudantes para colocar la obra en lo alto de la fuente, fusionándola con la piedra para que ni el peor de los climas pudiese despegarla, y partió dejándola cubierta. Esto fue hace unos tres años, por lo cual no presté tanta atención a esta tragicomedia como ahora desearía haberlo hecho. En todo caso, según cuenta Imre, quien siempre se encoleriza al recordar la historia, el escultor dejó una nota para él en manos de la señora Kowalski antes de retornar a su hogar. Cuando Imre regresó de París, deseoso de ver la pieza que había comisionado, invitó a toda la familia a atestiguar su revelación. Mis padres aún vivían y nos trajeron a mí y a Vladislav de las manos —lo dijo sin entristecerse visiblemente y sin interrumpir su narración —. El entusiasmo de Imre era tal que aún recuerdo su expresión de orgullo y deleite aquella noche antes de retirar los pesados lienzos que envolvían la estatua. Y, claro está, jamás olvidaré su interminable grito de cólera cuando descubrió que el ángel caído tenía el rostro de Baltasar y no el suyo, mientras todos reíamos de su hilarante desdicha.

No me malinterprete, entiendo a Imre a la perfección: yo habría destrozado el patio en su totalidad si algo así me hubiese ocurrido a mí. Sin embargo, puesto que no era nuestra desventura, los demás reímos hasta las lágrimas. Aun Vladislav, quien tan solo tenía cuatro años, no paraba de reír. ¡Fue una noche estupenda! En fin, el tiempo pasó e Imre terminó por acostumbrarse a la estatua tal y como es porque, a pesar de su infinita vanidad, es ante todo un ferviente admirador de la belleza. Nadie podría negar que esta obra es esplendorosa. Además, creo de verdad que Baltasar es una representación más apropiada de Lucifer que Imre. No solo existe para ser guapo, sino que es naturalmente enigmático en cada una de sus facetas. Es su presencia misma la que tienta, no solo su belleza. Nadie puede leerlo, y eso lo hace más fascinante.

Me pregunté en silencio si yo habría sido realmente la única persona capaz de escuchar los pensamientos de mi patrón, y un sentimiento muy cercano a la presunción surgió de lo profundo de mi pecho, proporcionándome una extraña tibieza. Elzbieta, aun así, tenía toda la razón: ya había comparado en mi mente a Baltasar Domány-Nádasdy con Lucifer, y había caído en aquella tentación de la cual él mismo no era responsable.

—¿Qué fue del escultor? —inquirí, temiendo lo peor.

—Eso no lo sé, señorita Pawlak —contestó ella—. Pero Imre posee ahora tres estatuas que lo representan a la perfección, a cual más bella, y parecen ser obra del mismo artista que esculpió esta. Supongo que Imre le permitió pagar por su traición por medio de la creación, quizás gracias a la intercesión de Aurel, quien halló el asunto en extremo divertido. Baltasar, por su parte, terminó por tomarle aprecio a la estatua dado lo que representa. Aunque a todos nos simpatice la figura del diablo, Baltasar es el único de nuestros tíos que ha decidido explorar con seriedad la tradición ocultista de nuestra familia, o al menos así la llama él, y parece entender asuntos que nosotros aún no. Creo que busca comprender la causa de nuestro mal hereditario, o algo por el estilo.

Vladislav se nos había unido y la aya se había alejado unos cuantos metros, sentándose en una banquita de piedra y sacando de su

delantal un tejido de punto de cruz en el que empezó a trabajar. Que a unos niños les simpatizara el diablo era de lo más inusual que hubiese escuchado en mi vida. Era, sin embargo, a su modo, bastante gracioso para mí, en especial porque estaba convencida de que el diablo no existía, y por ello aplaudía que la niña se hubiese referido a este como una figura, pues esto parecía expresar que en su entendimiento aquel era un personaje puramente simbólico. O al menos eso esperaba yo. Por lo mismo, dado mi modo de pensar, que Baltasar Domány-Nádasdy le atribuyese una procedencia mágica a su aflicción se me antojaba absurdo, más digno de las gentes cándidas y supersticiosas del campo que de un hombre ilustrado que rechazaba la religión. Sin embargo, él me había hecho experimentar cosas insólitas acerca de cuya génesis yo solo podía teorizar y, por otra parte, tal vez para él la religión y la magia fuesen cosas muy distintas. ¿Sería posible que una fuese falsa y la otra real? Según la Iglesia, todo aquello que se saliese del marco religioso era considerado superstición. En lo que me concernía, tanto el cristianismo como las creencias paganas eran lo mismo, estrictamente productos de la fantasía mal encauzada en ausencia de formas educadas y racionales de explicar el universo, la existencia y el devenir. Aun así, mis conocimientos al respecto de lo que hacía apenas un par de décadas se había denominado *ocultismo*, el cual se había puesto tan en boga para el año en curso, eran nulos, y si era sincera, tenía que aceptar que me producía cierta curiosidad.

—¿Creen ustedes que su condición familiar tiene un origen sobrenatural? —inquirí frunciendo el ceño.

—Tal vez —dijo la niña—. La medicina no ha podido explicar lo que nos ocurre, así que, ¿por qué no?

—Espero que encuentren la cura —fue lo único que expresé a la sazón dada mi ignorancia en lo concerniente al asunto.

—Yo también —dijo la niña—. No quiero morir decapitada en plena juventud como mis padres.

Me estremecí al recordar quién había puesto fin a sus vidas y me atreví a inquirir:

—¿Qué ocurrió exactamente a la salud sus señores padres para que su tío haya llevado a cabo un acto tan extremo?

—Papá y mamá fueron expuestos al sol —dijo Vladislav.

Elzbieta lo miró con aire de reproche. Sin embargo, guardó silencio.

—¿A qué se refiere, señorito? —pregunté a la vez desconcertada y alarmada. Sabía que los Domány-Nádasdy eran sensibles a la luz solar, pero aquello no tenía sentido. El niño debía estar confundido al respecto de los eventos relacionados con el decaimiento y la muerte de sus padres. Simplemente era inconcebible que, de haber utilizado una excusa tan nimia para matar a su hermana y a su cuñado, Baltasar Domány-Nádasdy pudiese pasearse tan campante entre sus familiares. Al menos, admití para mis adentros, yo rehusaba creerlo—. Es imposible que tal haya sido el motivo.

—Pero lo fue —insistió él, clavando sus ojos en los míos.

Temblé.

—Vladislav dice la verdad, señorita Pawlak —afirmó al fin la niña —. Nuestro tío decapitó a nuestros padres dadas las terribles consecuencias de dicho suceso.

—Pero… ¿cómo? ¿Por qué? Les ruego que me lo expliquen — balbucí aterrada. Era obvio que carecía de información esencial para comprender algo semejante. Eso, a menos que Baltasar Domány-Nádasdy fuese un orate o un despiadado asesino, posibilidades que aún no podía darme el lujo de descartar por más que él mismo afirmase haber decapitado a los padres de los niños en un acto de misericordia.

Mis pupilos se miraron a los ojos unos instantes y parecieron llegar a un acuerdo tácito. Él ladeó su cabeza hacia mí con un tirón ligero y Elzbieta habló con voz trémula:

—Nuestros padres no podían tolerar la luz solar en absoluto. Al cumplir los dieciocho años, respectivamente, ya experimentaban quemaduras y laceraciones cuando pasaban más de un minuto bajo el sol. Poco tiempo después, comprobaron con horror que cualquier porción de su piel que fuese tocada por los rayos solares ardía en llamas. Su condición había empeorado a grandes pasos en un abrir y cerrar de ojos. Por este motivo, se resguardaron por completo a partir de entonces. Ambos eran aún muy jóvenes y se recuperaron de esos accidentes, que solo involucraron partes de sus manos o muñecas.

Habían logrado extinguir las llamas de inmediato, de modo que el asunto no fue de gravedad para ninguno de los dos. Pero su última exposición solar les costó la vida —concluyó, y sus ojos se humedecieron.

—¡Eso es espantoso! —susurré, segura de que la niña no mentía—. Lo siento tanto, señoritos… ¡Sus pobres padres!

—Fue como si los hubiesen quemado vivos —murmuró Elzbieta, pasando su brazo por encima de los hombros de su hermano. Vladislav se aferró a ella.

Todo lo anterior era inaudito. ¿Quién ardía en llamas bajo el sol? ¿Qué clase de enfermedad era aquella?

—Su tío Baltasar mencionó que algunos de los miembros de su familia son muy susceptibles a los rayos solares, pero jamás expresó que esta característica pudiese tener consecuencias tan nefastas —murmuré.

—Tío Baltasar es muy reservado —dijo Vladislav—. Me sorprende que le haya mencionado algo al respecto tan pronto. No quiero imaginar el castigo que recibiremos si se entera de que nosotros se lo contamos.

—No se enterará —le aseguré.

—Contamos con ello —dijo Elzbieta, quien lucía muy asustada.

Yo asentí con suma seriedad.

—Por favor, prosigan —pedí, tragando en seco—. ¿Quién les hizo semejante mal a sus padres y por qué?

Temí que hubiese sido el propio Baltasar Domány-Nádasdy, y me preparé para dicha respuesta.

—No lo sabemos —dijo Vladislav—. Habían salido a cazar durante la luna nueva, como era su costumbre. Elzbieta y yo esperábamos que nos hicieran llamar a sus aposentos resguardados para que nos dieran los buenos días justo antes del amanecer para irse a dormir, pero nunca llegaron.

—Sabemos que nuestros padres no decidieron tomar un baño de sol en aquella ocasión tras dar por concluida su cacería. Ambos estaban al tanto del riesgo que corrían y jamás permanecían fuera del castillo después de la hora prudente. De hecho, ambos se limitaban a salir del

ala este en las noches de luna nueva, tan delicado era su estado. Los siervos que se encargan del matadero los avistaron tras despuntar el alba, cuando traían al castillo carnes frescas aquella mañana. Papá y mamá ardían en llamas, atados de pies y manos a dos enormes estacas paralelas en medio de un campo baldío —lloró Elzbieta—. Para cuando los siervos lograron extinguir las llamas y desatarlos, ellos ya se habían calcinado casi en su totalidad y solo lograron rogar entre gemidos que los llevasen a la sombra. A duras penas si podían hablar. El daño era tal que habría sido imposible reconocerlos. De nuestros tíos, solo Imre y Magdolna pueden salir al exterior durante el día. Ellos fueron con el cochero a buscar a mis padres moribundos para traerlos aquí. Baltasar asegura que mis padres le pidieron que los decapitase para acabar con su sufrimiento en cuanto fueron trasladados al interior del castillo. Él lo hizo de inmediato; no nos dio siquiera tiempo de verlos o de decirles adiós. Jamás lo perdonaré por esto.

Quise abrazarla pero me contuve. ¡Pobres chiquillos!

—¿No lograron sus padres comunicar algún indicio de quién pudo perpetrar aquel acto ignominioso? —inquirí, a punto de echarme a llorar a mi vez.

Ambos niños negaron con la cabeza.

—Imre y Magdolna dicen que nuestros padres solo pudieron proferir gritos de dolor durante todo el trayecto al castillo —dijo Vladislav por lo bajo—. Nunca dieron un nombre o una descripción. Solo pidieron morir pronto.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Sus padres fueron asesinados —murmuré, helada por dentro—. No murieron a causa de la condición familiar.

—Es fácil concluir eso sabiendo lo que sabe usted ahora —dijo Elzbieta con voz quebradiza—. Pero, verá, las gentes no están enteradas de las implicaciones de nuestra condición. Quizás simplemente quisieron robarlos, atándolos a aquellas estacas, y el amanecer los sorprendió. Para cuando llegaron al castillo, no tenían ninguna de las joyas, que nunca se quitaban. En ocasiones, grandes grupos de bandidos se ocultan en estas colinas.

—Además, ninguna persona normal muere al recibir directamente el sol del amanecer —dijo Vladislav, enjugándose los ojos—. ¿Quién habría adivinado algo así?

—El caso es que nuestros padres sí murieron a causa de la maldición con la cual carga nuestra familia —masculló Elzbieta—. De lo contrario, los rayos de la aurora no los habrían incinerado y Baltasar no los habría decapitado. No se supone que hablemos al respecto, no sea que alguien más decida hacernos daño imitando a quien mató a nuestros padres, fuese eso a propósito o no.

La prohibición tenía todo el sentido del mundo. Su susceptibilidad los hacía muy vulnerables; era realmente peligroso que aquellas verdades se supieran.

—Agradezco su voto de confianza —dije, conmocionada más allá de mis límites—. Su secreto está a salvo conmigo.

Vi la expresión de horror de mis pupilos y supe entonces quién estaba a mis espaldas, incluso antes de que Elzbieta lo confirmase:

—Magdolna —balbuceó la niña—. ¿Por qué te ocultas tras los árboles?

—¿De qué secreto habláis? —inquirió la voz femenina casi en un susurro, acercándose a nosotros velozmente.

Su tono melifluo alcanzó mis oídos causando que me estremeciese de pies a cabeza. Sentí su respiración tras de mí, y los músculos de mi vientre se contrajeron. Temiendo que me tocase, me aparté sin mirar atrás, situándome tras los niños. Solo entonces me di la vuelta a medias para discernirla sin encararla directamente a pesar del terror que sentía. Era peor que estuviese a mis espaldas que ante mí, por lo cual me había visto obligada a elegir el menos angustiante de los dos males.

Con el rabillo del ojo vi cómo Magdolna Domány-Nádasdy me inspeccionaba en detalle con la barbilla en alto, los labios entreabiertos esbozando un intento de sonrisa, las cejas en extremo arqueadas. El miedo me paralizó. Los orbes azules de sus ojos parecían estar por hundirse bajo sus párpados inferiores. Su expresión era pavorosa.

—¿Y bien, amados sobrinos míos? —se dirigió a mis pupilos en

tanto hacía girar la blanca sombrilla sobre su cabeza. Fijé la mirada en el hombro de Elzbieta para así poder vigilar a su aterradora tía sin que nuestros ojos se encontrasen, y procuré aquietar mi respiración sin mayor éxito. Magdolna Domány-Nádasdy llevaba la cabellera negra parcialmente recogida en un peinado muy elaborado que incluía delgadas trenzas a la romana y otras varias más gruesas que se entrelazaban entre sí conforme caían sobre sus hombros—. ¿Qué secreto le confiasteis a vuestra nueva institutriz que no podáis compartir con la persona que más os quiere en el mundo?

—¡Quiero un nuevo caballo para mi cumpleaños! —vociferó Vladislav de la nada, poniéndose a saltar como un loco en torno a mí y a Elzbieta—. ¡Quiero un caballito! ¡Quiero un caballito solo para mí!

Brillante reacción, dije para mis adentros.

—¡Si Vladislav va a tener un caballo, yo quiero un vestido nuevo! —dijo Elzbieta—. ¿Guardarás nuestro secreto, Magdolna? ¡Por favor, no se lo cuentes a nadie o no se hará realidad!

—¿Ese es vuestro secreto? —rio ella, aunque era obvio que estaba muy enfadada—. ¡Vaya! Por el tono de *esta* —dijo, refiriéndose a mí— parecía algo importante.

—¡Es muy importante para mí! —exclamó Vladislav, tomando una decena de guijarros en sus manos. Los arrojó al agua uno a uno con violencia. De no haber estado horrorizada, habría roto a reír con la pantomima de los niños—. ¡Quiero un caballito!

—¡Detente ya mismo! —exclamó Magdolna—. ¡Qué rabieta intolerable! ¡Salpicarás mis vestidos!

—¡Jura que no contarás nuestro secreto! —vociferó él con la expresión de un lunático, haciendo ademán de lanzar otra piedra al estanque.

—¡Por todos los infiernos, no diré nada! ¡Como si los asuntos infantiles pudiesen interesarme! —replicó ella, y entonces agregó, suavizando sus ademanes—: No diré nada porque te amo, querido niño mío. Mereces no solo uno sino cien caballitos.

—¡Caballito! ¡Caballito! —dijo él, soltando una carcajada jubilosa y echándose a correr en torno a la fuente.

Vi de soslayo cómo Magdolna lo seguía con una mirada cruel y

desdeñosa unos instantes.

—¿Y bien? —dijo, girando el rostro hacia mí y la niña—. ¿No vas a presentarme a tu nueva institutriz, Elzbieta querida?

—Esta es mi nueva institutriz —dijo Elzbieta con tono seco.

—¿Cuál es tu nombre, muchacha? —me preguntó, pasándose la lengua por las comisuras de los labios rojos.

—Soy Lucyna Pawlak, señora —balbucí con la corta reverencia reglamentaria sin elevar la mirada hacia la suya—. Es un honor.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Cuán tímida y humilde! ¡Ni siquiera es capaz de mirarme! Tan distinta a la institutriz anterior. Imre dijo que era lista, pero no lo parece. Quizás se refería a que sabe cuál es su lugar. Supongo que, desde esa perspectiva, no es del todo tonta.

Exhalé con suma lentitud haciendo una pequeña reverencia.

—No sé por qué diría Imre algo semejante, la señorita Pawlak es absolutamente llana —dijo Elzbieta—. ¡Y pensar que debemos partir de inmediato al aula para continuar con el tormento que es recibir lecciones de su parte! ¡Qué desgraciada soy! ¡Quiero soñar con vestidos y bailes!

Magdolna rio por lo bajo con obvio regodeo.

—¡Qué lástima, pobres de mis pequeños tesoros bienamados! —comentó, pero de inmediato sentenció con aire grave—: Esta institutriz es mucho más guapa que la anterior. Imre mencionó que era bella. ¡Tanto énfasis hizo en esto que tuve que acercarme a verificarlo! A pesar del retraimiento de esta muchacha, compruebo una vez más que, al menos en lo concerniente a la hermosura, Imre jamás se equivoca.

Su tono era sombrío. Aquellas palabras me produjeron tanto miedo que sentí que mi cuerpo se sacudía bajo mis ropas. ¿Significaba eso que ya me había observado en la distancia?

—Qué locuras dices, prima —intervino Elzbieta, irguiéndose y llevando sus hombros hacia atrás, aunque sonaba nerviosa—. La señorita Pawlak es espantosa.

—No lo creo —murmuró Magdolna, hablando como para sí misma —. No obstante el pesado abrigo, una figura como la suya llamaría la atención en cualquier lugar. En cuanto a su rostro, es imposible dejar

de notar unas facciones tan encantadoras por más que ella procure ocultarse como un ratón. No estoy segura de que sea apropiado que una muchacha con un aspecto como el suyo trabaje en este castillo.

Dado lo que Elzbieta me había contado de Magdolna, percibí aquello como una clara amenaza. Jamás había temido tanto poseer algún tipo de atractivo. Sentí que mi sangre se tornaba en hielo y rogué que mis pupilos lograsen persuadirla de que era aborrecible a la vista.

—Eso es ridículo; una institutriz no puede tener gracia alguna, y menos esta. Apuesto a que Imre dijo que era guapa solo para fastidiarte y tú caíste en su trampa como de costumbre —afirmó Elzbieta alterada—. Por otra parte, qué más da lo que Imre o tú piensen. Es una plebeya apocada que trabaja para mi hermano y para mí, no para ti. Vladislav y yo tenemos derecho a elegir nuestros propios sirvientes, así como tú eliges los tuyos, y yo quiero que esta chica fea y sosa sea mi institutriz porque, precisamente, no me distrae con su apariencia ni con sus tediosas lecciones. De tal modo puedo jugar con mis muñecas y pensar en peinados mientras ella pierde su tiempo hablando. No te permito que intentes interferir con mi decisión. También soy la señora de este castillo, no lo olvides.

Magdolna pareció quedarse pensando en las palabras de la niña unos segundos con expresión de sorpresa.

—Por supuesto, terroncito —murmuró al fin con voz dulce y cantarina—. Lo que mis pequeños adorados quieran es lo mejor.

—¡Vamos, señora Agoston! —gritó Vladislav—. ¡Deseo ir al aula de clases a dibujar mi caballito en la pizarra!¡Caballito!

La aya se apresuró a tomar a los niños de las manos y, tras saludar a Magdolna con una reverencia algo exagerada, dijo:

—Le ruego nos excuse, señora Domány-Nádasdy.

Magdolna asintió pausadamente con el ceño fruncido, y yo seguí a la aya y a mis pupilos sin despegarme de ellos mientras sentía su infausta mirada quemar mi rostro. No miré hacia atrás hasta que nos encontramos a solas en el salón de lecciones y la aya hubo partido.

16
Domány, Nádasdy, Báthory

—¡No discerní el aroma de Magdolna antes de que se acercase tanto! ¡Es demasiado rápida y escurridiza! —se quejó Elzbieta.

—Al menos la obligaste a salir de su escondite —dijo Vladislav—. Creo que logramos engañarla. Como siempre.

Elzbieta sonrió.

—¡Caballito! —dijo a su hermano entre risas—. No sé cómo se te ocurren esas ideas. Cada vez eres mejor para la improvisación.

—Como decía papá, la práctica hace al maestro —replicó él con un guiño.

Yo estaba tan asustada aún que no podía hablar. Mis pupilos lo notaron.

—Vamos, señorita Pawlak, tranquilícese —dijo Elzbieta—. Magdolna es fácil de manipular. Con suerte, olvidará que usted existe en un par de días. El episodio de hoy fue culpa del bocazas de Imre, quien picó su curiosidad. Ya me encargaré de recordarles a ambos que dar tanta atención a la servidumbre es indigno de su rango. Hablaré con tío Baltasar al respecto de lo ocurrido en el jardín. Aunque me odie, sé que estará dispuesto a escucharme por tratarse de usted.

Mi corazón latió con fuerza.

—¿Por qué lo cree así, señorita?

—Es bastante obvio que Baltasar la respeta a usted y por esto desea que continúe siendo nuestra institutriz. Es gracioso que estemos de acuerdo en algo —sonrió con una mueca pícara—. Si alguien es capaz de contener a Magdolna, es él. Ella le hará caso aun cuando sea para ganar su favor. No sé por qué se esmera tanto en complacerlo, al menos en apariencia, pero sospecho que no se trata de nada bueno. Por otra parte, Baltasar es persuasivo. Eso ya le da cierta ventaja. Además, ahora se hace cargo de todos por decisión conjunta. En ese aspecto tiene más poder que el resto de nosotros, quienes le debemos obediencia relativa mientras el acuerdo siga en pie, y eso incluye a

Magdolna. Por lo mismo, con mayor razón, él se sentirá obligado a ponerle límites.

—Espero que tío Baltasar se dé cuenta de que Magdolna puede representar graves problemas para todos, y en especial para él —dijo Vladislav—. Haber tomado el mando del castillo lo obliga a ser más cauteloso que antes.

—Aunque crecieron juntos y por ello podría decirse que Baltasar la conoce a su modo, los peores rasgos de Magdolna se han acentuado con el tiempo. Él también tiene que haberlo advertido —dijo la niña —. Sin embargo, insisto, nadie conoce a Magdolna realmente. Estoy segura de que Vladislav y yo apenas alcanzamos a imaginar las cosas de las que es capaz, y esto solo porque nos subestima tanto que apenas si se esfuerza en ocultar su verdadero carácter en nuestra presencia. ¡Es tan Domány! Qué infortunio.

Miré a mi pupila con aire inquisitivo.

—¿Se refiere a que heredó más atributos de esa rama de la familia que de la Nádasdy? —pregunté.

—Exacto —asintió ella—. No que eso sea necesariamente malo… Es solo que Magdolna heredó lo peor de los Domány. Magdolna y Vladislav tienen la apariencia de los Domány, que usualmente consiste en ojos muy azules y cabellos muy negros. Son bellos. Los Domány tienen la habilidad de engañar. Esto puede ser muy útil, según pudo usted apreciar hace unos instantes a través de la laudable actuación de mi hermano. También puede ser detestable cuando la persona insiste en fingir ante todos quienes la rodean, como Magdolna.

—Fascinante —comenté—. Yo ni siquiera me he preguntado de qué ancestro heredé esto o aquello.

—Por supuesto, señorita Pawlak, usted es plebeya —rio Elzbieta, poniendo los ojos en blanco—. Los plebeyos se limitan a rememorar las vulgares ocupaciones de sus ancestros y los lugares de los cuales estos provenían. ¡*Mi abuelo era un célebre zapatero de Gniezno!*, exclama uno con orgullo. ¡*El mío era pastor en las montañas de Mecsek!*, dice el otro contemplando el horizonte, como si tal cosa fuese en sí un poema. *¡Nadie ordeñaba las vacas como mi bisabuela!*, proclama otro más, intentando competir con sus interlocutores.

Solté una carcajada sincera. Reír, en medio de todo, me produjo un necesario alivio. Aquella niña era, sin proponérselo, graciosísima.

—¿Cómo sabe tanto acerca del mundo viviendo en este castillo remoto? —pregunté.

—¿Sabe usted cuántos criados han desfilado por aquí desde que nací? —respondió—. No había forma de que no los escuchase conversar mientras crecía, sobre todo antes de que Baltasar tomase medidas de seguridad tan estrictas. Todos circulaban con mayor libertad aun si aquello ocurría dentro de los confines de sus respectivas áreas de trabajo. Vladislav y yo jugábamos a ser plebeyos y mamá nos reprendía al escucharnos hablar como ellos, pero era divertido. También he viajado por casi toda Europa, aunque sea difícil imaginarlo dado el lugar donde habitamos. No puedo esperar a volver a hacerlo, ojalá algún día sin Magdolna. ¿Sí pudo observarla bien, señorita Pawlak? ¿Verdad que es evidente que finge?

—Tenían ustedes toda la razón, señoritos —dije—. Es claro que el afecto que les profesa es enteramente falso. No comprendo cómo no lo ven sus señores tíos.

—Más que no verlo, creo que no les importa —dijo Vladislav—. Deben asumir que tal es su modo de ser.

—Tiene sentido —dije—. Lo cierto es que inspira pavor, y más aún después de lo que me contaron ustedes en las horas de la mañana. No me atreví a observarla directamente, por supuesto, pero creo que su entonación basta para saber que está llena de ira contenida… y que sus intenciones son las peores. Temo por mi integridad física —confesé.

—De nuevo, hace usted bien —dijo Vladislav—. Pero déjeselo a Elzbieta. Ella logrará que tío Baltasar la mantenga alejada de usted.

Asentí nerviosa.

—Señoritos —dije—, gracias por interceder en mi favor con el señor Baltasar, de modo que su prima no quiera hacerme daño, y gracias por intentar convencerla a ella de que soy rústica y poco agraciada hace unos instantes. Espero que haya surtido efecto. Me gustaría poder seguir encargándome de su educación sin arriesgar la vida en el intento.

—¿Desea quedarse aun después de haber conocido a Magdolna? —inquirió Vladislav.

—Sí —dije.

—¿Solo por el dinero? —preguntó.

—No. Ustedes dos son personas muy interesantes. También son los pupilos más inteligentes que he tenido. Esto a pesar de la terrible instrucción que recibieron por parte de sus tutores anteriores —afirmé. Ambos niños se sonrojaron. Parecían turbados, quizás porque no acostumbraban recibir elogios sinceros—. Pero, además, ahora que conozco sus circunstancias familiares algo mejor, deseo prepararlos de modo que cuando crezcan puedan manejar sus propios asuntos sin miedo.

Ambos me miraban incrédulos.

—Gracias, señorita Pawlak —dijo Vladislav, tendiéndome su manita. La tomé entre las mías.

—Es un placer, señorito —dije, sonriéndole, y su expresión se tornó casi dulce.

—Señorita Pawlak… me gustaría preguntarle algo —dijo Elzbieta.

—Adelante, señorita —repliqué.

—¿Cómo es que no se ofende usted cuando le recuerdo su rango? Los demás sirvientes sufren por dentro, lo cual es un deleite para mí cuando me desagradan, en especial porque sé que se sienten inferiores y así reafirmo mi poder sobre ellos. Usted, sin embargo, ríe al respecto. Es casi como si los títulos nobiliarios fuesen una broma para usted, incluso como si prefiriese ser plebeya a ser noble.

—Vaya —reí sorprendida. Mi pupila era en extremo perspicaz, y me alegraba que no intentase ocultármelo—. Bien, señorita, supongo que eso se debe a que me parece que ciertas jerarquías no tienen mérito alguno, y por ello no las considero reales. Las que son hereditarias, en especial, como el dinero o el poder, no surten ningún efecto en mí. Por el contrario, suelo admirar el carácter o el intelecto de quienes me rodean. También admiro el talento pero, más que este en sí, me maravilla la tenacidad de quien se empeña en desarrollarlo. Al final, da igual: no me siento superior o inferior a otros, quizás porque nunca adquirí el hábito de compararme con ellos más que para evaluar mi

propia aptitud.

Elzbieta estaba boquiabierta.

—Qué extraordinario poder —murmuró, atónita—. ¡Es… invulnerable!

—Qué extraña es —dijo Vladislav, meneando la cabeza—. La felicito.

Reí de buena gana.

—Pero… ¿no siente usted un interés particular hacia los miembros de la nobleza? —insistió ella, apesadumbrada.

—No en general, señorita, lo siento —dije, y la decepción de su semblante fue enternecedora—. Su familia, sin embargo, sí que es fascinante —agregué de inmediato, pues era cierto y tampoco quería partirle el corazón—. Y no por hacer parte de la nobleza, se lo garantizo: ustedes serían personas dignas de toda mi atención sin importar su procedencia.

—¿Nos lo jura? —dijo la niña.

—Se los juro —les dije, y era la verdad.

—¿Aunque nuestros abuelos hubiesen sido granjeros? —inquirió Vladislav incrédulo.

—Así es —reí—. Su familia posee una mística especial. No sé aún en qué consiste, pero me encantaría comprenderlo.

—¿Quiere saber más acerca de los Domány? —preguntó Elzbieta, entusiasmada.

—Por supuesto —dije, pues todo aquello me producía una curiosidad irresistible.

—¡Excelente! —aplaudió ella reiteradamente con suma delicadeza.

—Sin embargo, deben pasar un rato leyendo en la biblioteca —dije, recordando mis responsabilidades.

—Muy bien —replicó Elzbieta—. Haré una breve introducción y luego usted podrá leer algo de nuestra historia con sus propios ojos en tanto Vladislav y yo leemos algo más.

—Es un trato —dije—. Pasemos a la biblioteca, entonces.

Encendimos la lámpara y Vladislav ascendió por una de las escaleritas para tomar un libro de uno de los estantes superiores. Elzbieta lo tomó de sus manos y dijo:

—Gracias, Vladislav. Bien, señorita Pawlak, le contaré acerca de la porción inicial de nuestro nombre de familia compuesto, Domány. Todos los Domány provenimos de una de las siete tribus magiares primordiales, cosa muy importante, pues de estas surgieron los primeros reyes y nobles húngaros. Aunque en aquella época aún no existían los apellidos, el ancestro de quien surgió esta rama de nuestra familia era un ambicioso guerrero magiar cuyo nombre, Domán, significa *niebla*. Según la leyenda, Domán era tan cruel como hermoso, y aunque era hábil en el campo de batalla, también era desleal y tramposo con los suyos, incluso con su propia familia. Domán había intentado suplantar a su hermano Töhotöm, jefe de una de las tribus, pero falló en el intento. Aun así, se sospecha que aprendió de hechiceros de pueblos enemigos un modo de hacerse más poderoso que el resto de los magiares: Domán creía que podría adquirir el vigor de sus contrincantes derrotados si consumía la sangre fresca que brotaba de sus heridas, tal y como la madrastra de Blancanieves creía que podría obtener la hermosura de la princesa al consumir sus pulmones e hígado. ¿Qué piensa de esta coincidencia, señorita Pawlak? —inquirió, inclinando la cabeza hacia un lado y mirándome fijamente.

—¡Opino que es sin duda muy singular, señorita DományNádasdy! —dije, esperando que no fuese más que un rumor, aunque no era demasiado difícil creer algo semejante de un guerrero tribal, y menos si se trataba de un antepasado de aquella familia—. Prosiga, por favor.

—Esto no agradaba a los jefes de las tribus magiares, quienes a pesar de ser bárbaros y paganos encontraban dicha práctica repugnante e insensata. Pero Domán insistía en continuar con ella a pesar de las constantes amonestaciones. Dado su comportamiento extraño y desafiante, Domán fue expulsado de la unión tribal durante un tiempo. Al regresar, lleno de ira, asesinó en venganza al hijo de Almos, quien entonces era el líder supremo de las siete tribus, después de lo cual huyó para no volver. Domán dejó tras de sí a su esposa y a una hija, las cuales fueron acogidas por la mujer de Almos, quien tuvo compasión de ellas al verlas abandonadas y desprotegidas, aunque Domán hubiese asesinado a su hijo. ¿Puede creerlo, señorita Pawlak?

—inquirió con aire de burla.

—Sin duda era una mujer compasiva —dije admirada.

—Tal vez —dijo Elzbieta—. Por mi parte, considero que perdonar algo así es sencillamente estúpido, aunque aquello le trajo ventajas a mi familia a largo plazo. Pero divago: lo más interesante de todo el asunto es que, según este libro, la hija de Domán nació con el deseo de beber la sangre de otros seres humanos, a cuyas heridas abiertas se acercaba con hambre desde muy niña por instinto. ¿Lo cree posible? —me interrogó una vez más, entrecerrando los ojos.

Pensé en ello con detenimiento.

—Quizás —dije al fin—, aunque poco probable.

Mis dos pupilos sonrieron, mirándome de un modo que no supe interpretar.

—Es bueno que se abra usted a las posibilidades más siniestras en todo lo que se relaciona con nuestra familia, señorita Pawlak —dijo Vladislav—. Teniendo en cuenta lo que sabe ya, le diría, incluso, que es prudente.

—Gracias, señorito, así lo haré —respondí, en extremo nerviosa.

Me pregunté de nuevo si el ámbito en el que me hallaba habría afectado mi sensatez en tan poco tiempo, haciéndome considerar posible lo otrora inadmisible. Gente que tomaba baños de sangre para conservar la lozanía. Gente que escuchaba los pensamientos ajenos. Gente capaz de reconocer el más ínfimo rastro de una esencia en particular a varios metros de distancia. Gente que ardía en llamaradas al entrar en contacto con la luz del sol. Gente que al ser mirada escuchaba su nombre sin importar cuán lejos estuviese quien lo pronunciase. Gente que bebía la sangre de sus enemigos para así adueñarse de su fuerza. Todo aquello parecía producto de un macabro cuento de hadas, y, sin embargo, tras haber pasado dos noches en el castillo, estaba lejos de considerarlo improbable.

—En fin, señorita Pawlak, proseguiré con mi relato —dijo Elzbieta —: al asentarse en Panonia, cuando el pueblo magiar al fin halló el lugar en el que prosperaría para convertirse en el reino de Hungría, los descendientes de aquella niña tomaron el nombre de su padre, Domán, a modo de apellido, el cual se transformó en Domány con el

paso del tiempo. A pesar del acto de traición cometido por Domán, sus descendientes siempre fueron respetados y tenidos en alta estima por haber pertenecido a una de las tribus originarias. Y, cuando la nobleza se estableció, recibieron el título nobiliario que les correspondía por derecho. Los Domány, aun así, siempre fueron solitarios y prefirieron el aislamiento a pasar tiempo en la Corte buscando favores y placeres. Sin embargo, siempre tuvieron muchas tierras y nunca dudaron en asistir a los reyes en la lucha contra los otomanos. De tal modo acumularon cuantiosas riquezas y obtuvieron otros títulos nobiliarios que consolidaron su poder aunque fuesen una familia pequeña y reservada. De ellos descendieron nuestros abuelos Adorján y Gergely Domány, hermanos entre sí, quienes se casaron con nuestras abuelas Klára y Abélia Nádasdy, hermanas entre sí a su vez. Gergely y Abélia fueron los padres de nuestro padre, de Imre y de Magdolna, mientras que Adorján y Klára fueron los padres de nuestra madre, de Aurel y de Baltasar. Puesto que los Nádasdy son una familia noble tan afamada y prominente, se decidió que la progenie de los abuelos Domány y las abuelas Nádasdy llevase ambos apellidos. Esa es, pues, la historia de nuestro poderoso nombre de familia, señorita Pawlak, y este libro que sostengo en mi regazo es una recopilación de las muchas anécdotas y leyendas que rodearon a los Domány desde los tiempos de Domán hasta las bodas de nuestros abuelos. Está escrito en latín, como ha sido la tradición en los círculos de la nobleza húngara, por lo cual usted podrá entenderlo mejor que Vladislav y yo —concluyó, extendiéndome el ejemplar, el cual recibí de sus manos.

Aquel recuento era muy interesante, y más aún en paralelo con el que había leído al respecto de la condesa Báthory. Aunque era muy probable que dichos relatos solo fuesen parcialmente ciertos, constituían una maravillosa forma de explicar los defectos, las debilidades y las propensiones de la familia que todos ellos componían en conjunto, en especial en lo concerniente a su carácter. No pude dejar de preguntarme si el régimen alimenticio de los niños sería consecuencia hereditaria de la supuesta práctica de consumo de sangre de Domán y la subsiguiente tendencia de su hija a hacer lo mismo, pero pronto descarté aquel pensamiento, diciéndome que

quizás algún ancestro de los Domány-Nádasdy lo había inventado todo con el fin de explicar su inhabilidad para digerir alimentos cocidos. Así sonaba mucho más misterioso, casi espiritual.

—Gracias, señorita —dije—. Lo leeré con atención.

—Es un libro muy importante para nosotros —dijo Vladislav—. En especial para mí, pues todos están de acuerdo en que soy más Domány que otra cosa. Cuídelo muy bien.

—No saldrá de esta biblioteca, señorito —le aseguré.

Entonces, tras pedir a mis pupilos que eligieran un libro para la lectura individual, tuve que preguntarles mientras observaban los diversos volúmenes que poblaban la biblioteca:

—Disculpen, señoritos, ¿a qué rama de la familia creen ustedes que se asemeja más el señor Baltasar?

—Nádasdy —replicaron ambos al unísono.

—Ah, ¿sí? —inquirí.

—Nádasdy, la segunda parte de nuestro nombre de familia, era el apellido del esposo de nuestra antepasada Erzsébet Báthory, el conde Ferenc Nádasdy, un magnífico héroe de guerra —dijo Vladislav, dándose la vuelta con semblante orgulloso.

—Aunque todos los Domány-Nádasdy descendemos de él, Baltasar parece ser el mejor ejemplo de lo que el carácter del conde Nádasdy simbolizaba —dijo Elzbieta, girándose a su vez hacia mí—. Al menos eso dicen quienes lo han estudiado con interés histórico y familiar.

—En nuestra familia se dice que los descendientes que más se le asemejan tienen don de mando y son insuperables en las actividades físicas. Son los más fuertes y ágiles —añadió Vladislav—. Ferenc Nádasdy era llamado el *Caballero Negro* de Hungría porque era inmisericorde pero efectivo como ninguno. Entre otras estrategias de batalla, empalaba a sus enemigos públicamente. Cosechó un sinfín de honores militares y conquistó gran cantidad de castillos que dominaban los otomanos. ¡Un ancestro digno de admirar! Baltasar tiene muchos distintivos Nádasdy. Sabe dirigir, sabe intimidar y sabe cumplir. Su palabra tiene peso y sus castigos aún más. Esto último es muy inconveniente para Elzbieta y para mí —admitió apesadumbrado.

—Baltasar heredó de los Nádasdy esas preciosas cejas oscuras y los

ojos ambarinos que brillan bajo ellas, aunque sus facciones son únicas y no se parece en nada a los retratos del conde que sobreviven —dijo la niña—. Tendría usted que ver los retratos de mis abuelas Nádasdy, eran preciosas como él. A veces creo que los Domány-Nádasdy somos tan guapos por lo mucho que nuestra antepasada Erzsébet amaba la belleza. Una especie de compensación por sus esfuerzos en conservarla.

—Grandes esfuerzos, sin duda —comenté, tragando en seco.

—Como habrá observado, hay tres personajes especialmente notorios entre nuestros ancestros: por una parte, está Domán, de quien descienden todos los Domány. Por otra parte, están el conde Ferenc Nádasdy y su esposa, la condesa Erzsébet Báthory, de quienes descienden los Nádasdy de nuestra familia. Cuando la pareja aún vivía, el apellido Báthory era aún más influyente que el Nádasdy, y por eso Ferenc tomó el apellido de su esposa Erzsébet al casarse con ella. Sus hijos también tomaron el apellido de la madre. Tristemente, cuando se descubrió lo que la condesa hacía en la soledad de su castillo mientras su esposo combatía, aquellos Báthory perdieron su título nobiliario y tuvieron que dejar Hungría. Entonces se exiliaron en Polonia y retomaron el apellido Nádasdy, que no por ser un poco menos prominente que el Báthory era menos noble. Aun así, creo que Erzsébet poseía una personalidad tan poderosa que su influencia pesa más en sus descendientes que la de su esposo. Baltasar es el único miembro de nuestra familia viviente que parece haber heredado más atributos de Ferenc Nádasdy que de su esposa la condesa Erzsébet Báthory o de Domán. Es tan… férreo.

—Si el conde Nádasdy se parecía en algo a su tío, debió ser un hombre muy interesante —dije.

—Por supuesto que lo fue. ¿Sabe usted lo que significaba alcanzar la fama por los propios méritos en aquel entonces? Con seguridad era portentoso. De igual modo, le garantizo que si Baltasar quisiera combatir con alguien, lo vencería en segundos. No lo ha visto usted manejar la espada, realmente da miedo. Sin embargo, Baltasar es persuasivo y reservado como los Domány, los cuales no suelen compartir sus pensamientos profundos. Tampoco son amigos de

revelar sus planes ni de expresar sus opiniones libremente. Los Domány son, de todos, los más difíciles de descifrar. Y no está de más aclarar que Domán parece haber sido una presencia tan enérgica como lo fue Erzsébet en su momento. ¿Cómo imaginar que, tanto después, sus magnas líneas de sangre se unirían dando como resultado esta familia? Henos aquí, tan regios como malditos por su causa.

Tomé una honda inhalación y asentí con lentitud. Todo lo que se relacionaba con aquella familia era extraordinario, en especial Baltasar.

—Se dice que los Domány son especialmente calculadores —dijo Vladislav—. Quizás sea cierto en lo que me toca.

—Tal vez —dijo Elzbieta, pensativa—. Sin embargo, verá, señorita Pawlak, Vladislav expresa sus emociones sin demasiada restricción, y en eso es más Báthory que Domány. Los Báthory son los más impulsivos y espontáneos de nuestro árbol familiar, pero son leales a sus alianzas. Los Domány, en cambio, son pérfidos. Imre y yo nos asemejamos más a nuestra antepasada Erzsébet Báthory, tanto en nuestro aspecto como en ciertos intereses compartidos, pero cada uno heredó atributos específicos de ella en mayor o en menor medida. Por ejemplo, mientras que la deliciosa frivolidad de la condesa se ve más acentuada en Imre, yo poseo una mayor determinación. En lo que me concierne, heredé lo mejor de los Báthory.

Hubiese deseado poder tomar notas al respecto de lo que cada uno de aquellos tres personajes insignes, Domán, la condesa Báthory y el fiero héroe de guerra, Nádasdy, habían legado a sus descendientes. Me prometí hacerlo en mi diario ahora que tenía un cofre donde guardarlo.

—¿Notan ustedes algún rasgo Báthory en el señor Baltasar? —pregunté.

—Su intelecto es indisputablemente Báthory —suspiró Elzbieta con semblante resignado—. ¡No se lo merece! Los Báthory son los más diestros en el lenguaje y la escritura. Siempre han dominado varias lenguas con facilidad, son los más curiosos en el aspecto filosófico, al menos según Imre, y también sienten gran afición hacia los textos ocultos y prohibidos. Nuestra madre los llamaba *exploradores de la*

oscuridad, y aseguraba que nuestras dos abuelas eran ávidas practicantes de las artes negras, enfatizando que lo habían heredado de la condesa Báthory y no de su esposo Ferenc Nádasdy.

—¿Practica su tío Baltasar las artes negras? —inquirí, arqueando una ceja.

—Si lo hiciera, jamás nos lo diría —rio Vladislav.

—Estoy convencida de que sí —dijo Elzbieta—. Basta mirarlo para saber que las sombras le van como anillo al dedo.

Los niños escogieron sus libros respectivos y se sentaron a leer en la tibieza de la habitación. Yo, entre tanto, intentaba comprender cómo un hombre como Baltasar podría obtener alguna semblanza de bienestar casándose con una mujer como Magdolna. Ahora que no la tenía al frente, y por ende no temblaba de pies a cabeza, podía evocar su rostro. Era guapa, sin duda, exceptuando sus gestos y su cruel mirada. Sus rasgos eran pequeños y delicados como los de una muñeca de porcelana, pero más acentuados: la nariz era en exceso fina, y sus aletas diminutas se dilataban con rabia. Tenía los pómulos altos y el rostro ovalado. Su frente era estrecha, y sus cejas negras y pulidas acentuaban la cualidad amenazante de su expresión. Su labio inferior se partía en dos, como el de Imre, asemejándose su boca estrecha a una rosa florecida y carmesí. Era más o menos de mi estatura, tenía un busto amplio y generoso, y un talle muy pequeño gracias al ajustado corpiño que enfatizaba su delgadez. Su piel era casi translúcida, y sus cabellos eran negros, lacios y brillantes. Sus ojos parecían haber robado el azul del cielo de primavera a mediodía, sin por ello haber retenido un ápice de su calidez. Sentí rabia al pensar que Baltasar Domány-Nádasdy no podría dejar de encontrarla guapa. Su prometida era, lastimosamente, una de las mujeres más bellas que yo hubiese visto en mi vida. Sentí tantos celos que tuve que morderme el labio con fuerza. No envidiaba, aun así, la hermosura de la muchacha que iba a convertirse en la esposa de mi patrón: envidiaba su posibilidad de tocarlo y ser tocada por él. Temblé de horror al imaginar el tacto de Magdolna, el cual imaginaba frío como sus ojos y falso como su voz. Para distraer tan nefastos pensamientos, abrí el libro que tenía ante mí.

El documento parecía haber sido redactado en orden cronológico por múltiples autores, cada uno de los cuales firmaba lo que había escrito, dando paso al siguiente autor. Aquel era, pues, algo así como un diario familiar. El autor inicial había transcrito los primeros fragmentos de la historia familiar que había hallado, explicándolos luego en latín. Según aclaraba, los símbolos empleados para documentar la historia de Domán, el ancestro originario de los Domány, se conocían como *magyar rovásirás*, el sistema de escritura de los magiares nómadas. Agregaba que el dominio de aquella escritura no era, sin embargo, común en el ámbito tribal, por lo cual aquella labor debía haber sido llevada a cabo por un personaje de alto rango, quizás por algún jefe que también ejercía la labor de sacerdote pagano. Observé los símbolos con detenimiento. A simple vista, parecían runas germánicas. Sin embargo, en las palabras del intérprete, dichos símbolos eran exclusivos del pueblo magiar, por lo que tenían su propio significado y equivalente fonético. En la interpretación de aquel primer autor, los fragmentos redactados en *rovásirás* daban a entender que Domán practicaba un tipo de hechicería que los húngaros tribales de su época no consideraban aceptable, y mencionaba que tal vez esto se debía a que, habiéndola tomado de hechiceros de pueblos rivales, contradecía los principios del paganismo practicado por las siete tribus aliadas, las cuales adoraban a sus ancestros y a la naturaleza. El autor, quien había firmado aquello en el siglo XVI, decía que los fragmentos escritos en *rovásirás* debían ser del siglo X, y conjeturaba que Domán debía haber existido en aquella época. Narraba todo lo que Elzbieta ya me había contado al respecto de aquel magiar insubordinado que había consumido la sangre de otros, agregando que su hija había seguido sus pasos:

> *Domán bebe la sangre tibia del enemigo herido. Su hija hace igual con quienes la rodean. Su sed es insaciable, había transcrito, según enfatizaba, con la ayuda de un experto en el lenguaje antiguo, y agregaba, en sus palabras, al finalizar su narración:*
>
> *Ignoro qué rito dio inicio a la práctica del padre, pero sospecho que esta es casi tan antigua como la humanidad. Aquel acto encierra una*

verdad oculta a la cual el hombre se ha negado por miedo a los alcances de su propia ambición. Sostengo que el disgusto que la práctica le inspira al vulgo se debe a la pérdida de la costumbre ancestral, motivo por el cual, sin duda, nadie piensa ya siquiera en degustar la sangre fresca de otro ser viviente. En cuanto a la herencia que nuestro antepasado nos legó, yo mismo me veo en la obligación de consumir el líquido vital en ocasiones cuando me hallo en extremo débil. El pan, los vegetales y las carnes cocidas no me bastan. Para cuando mi padre murió, ni siquiera podía tolerarlos. Somos, sin duda, hijos de Domán. Por mi parte, no lamento serlo, y espero que ustedes, mis descendientes, sepan recibir su legado con orgullo. Confío en que puedan averiguar más que yo. Mi deseo es que lo documenten a continuación para las generaciones por venir.

El poder está en la sangre.

O. Domány, 1570

Quise cerrar el libro de golpe pero me detuve antes de sobresaltar a los niños. Aquel ancestro de los Domány-Nádasdy contemporáneos no había especificado si la sangre que se veía en la necesidad de consumir era de origen animal o humano… y esto justo tras haber defendido la práctica de Domán. Por supuesto, cualquier persona razonable habría elegido asumir que hablaba de ingerir la sangre cruda de animales, pero yo habría podido jurar, al leer aquel fragmento, que el hombre había afirmado beber sangre humana y se enorgullecía de ello. Releí. El pasaje era ambiguo y, sin embargo, me ponía los pelos de punta. Lo leí una vez más sin llegar a ninguna conclusión. Mi intuición, aun así, gritaba que aquel antepasado de los niños había hecho una inusitada admisión. ¿Y si aquella familia había continuado la práctica de Domán en secreto? Mi rostro se cubrió de una fría transpiración. No me atrevía a preguntar algo así a mis pupilos por miedo. Temía que me lo dijeran, sin más, y procediesen entonces a matarme. Por otra parte, ¿por qué habrían elegido compartir semejante lectura conmigo si realmente narraba algo de carácter tan íntimo y peligroso? ¿Deseaban advertirme al respecto, o acaso esperaban que permaneciese en el castillo sabiendo los riesgos que corría para poner a prueba mi

temeridad? ¿Por qué habían decidido compartirme tantos de sus secretos? Tirité en tanto ellos leían, sus ojos fijos en los libros de su elección.

Todo aquello me llevó a pensar en el único libro que había llevado conmigo al castillo, mi libro favorito, un libro tan amado por el mismo Baltasar Domány-Nádasdy, y estuve a punto de perder el sentido. *La dama pálida* era un libro de vampiros. ¡Vampiros! ¿No era aquella la criatura que se alimentaba de la sangre de sus congéneres? La cabeza me daba vueltas mientras contemplaba a aquellos dos niños rozagantes sonreír aquí y allí con sus respectivas lecturas, enseñando aquellos colmillos puntiagudos que yo misma hallaba tan encantadores.

Años atrás, había leído en inglés, no sin cierta dificultad, una publicación en serie victoriana llamada *Varney, el vampiro*, en cuya trama los dientes del personaje principal eran descritos como *semejantes a colmillos*, es decir, dientes como aquellos de los animales salvajes, por medio de los cuales el vampiro punzaba el cuello de su víctima para alimentarse de su sangre. Pero, por más que los colmillos de Elzbieta y Vladislav fuesen afilados, estos no sobresalían como los de un animal. En realidad, sus dientes eran bellísimos. No podían ser vampiros, aunque no me atrevía a retarlos para comprobarlo. Eran seres vivientes, me dije. Los vampiros de los libros y las leyendas eran muertos que se habían levantado de sus tumbas a causa de alguna maldición. Todos ellos eran cadáveres animados, ¿no? Yo misma había verificado ya en varias ocasiones que mis pupilos no bebían sangre humana del cuello de la aya sino que comían carne cruda, la cual cortaban en trocitos con bonitos cubiertos de plata como las gentes más finas y civilizadas. Su aflicción alimentaria estaba relacionada con su salud y no correspondía al impulso de una bestia infernal. En cuanto a su tío Baltasar, había consumido los mismos alimentos que yo la noche anterior. Sin embargo, Varney, el vampiro de aquella publicación inglesa, también consumía alimentos corrientes a modo de disfraz, aunque afirmase que no le sentaban bien. ¡Por todos los filósofos! ¿Me atormentaba a mí misma, por azar, en vano? El recuento de aquel ancestro de los Domány me había descompuesto por

completo. No podía guiarme por las novelas de vampiros para conjeturar algo al respecto de la realidad, por extraña que esta fuese, ¿o sí?

Sentí el impulso de correr a mi habitación para releer *La dama pálida* en busca de pistas al respecto de mis empleadores, por ridículo que pareciera. Me dije que debía contenerme o pondría a mis pupilos sobre aviso: cualquiera que fuese la condición real de aquella familia, tenía yo mayores posibilidades de averiguar lo que ocurría si conservaba una actitud calmada aunque quisiera salir despavorida. Me obligué a respirar con lentitud. El autor de *La dama pálida*, como otros, había hecho uso del folclor y las leyendas para crear obras capaces de atemorizar a los lectores más pragmáticos de mi siglo. Quizás aquellas mismas leyendas habían surgido de personas que poseían inclinaciones inconfesables o enfermedades que los médicos hasta el momento no lograban explicar de modo satisfactorio. Personas como los Domány-Nádasdy y sus ancestros.

No me atreví a proseguir con la lectura de aquel libro escrito por los descendientes de Domán por temor a mis propias reacciones. Tendría que regresar a leerlo en algún momento en que los niños no estuviesen conmigo. Cuando el tiempo de lectura transcurrió y la aya vino a buscar a mis pupilos, salí con ellos.

—Gracias por las lecciones del día de hoy, señorita Pawlak —dijo Vladislav—. No olvide leer mi ensayo acerca de *Blancanieves*.

—Por supuesto que no lo olvidaré, señorito —le dije, sujetando en alto el cuaderno en que el chico lo había escrito—. Gracias a usted por haber demostrado ser tan hábil alumno. Usted también, señorita Elzbieta.

Ambos sonrieron y aquello me hizo sentir algo más relajada. Eran humanos, como yo. Deseaban aprobación, necesitaban de una institutriz y una aya.

La señora Agoston nos miraba incrédula.

—Vaya, qué sorpresa —expresó, complacida—. Qué alegría poder dar buenas noticias al señor Baltasar.

—El patrón también las tendrá de mi parte en lo concerniente a los señoritos —comenté—. Espero que todos pasen buena tarde.

Dicho esto, los vi tornarse para encaminarse al otro extremo del pasillo, donde asumí se hallaba la habitación en la cual tomaban las lecciones de música. Una vez sola, corrí sin detenerme hasta alcanzar mi habitación con el corazón desbocado.

17
Vampiros

Estaba a salvo, la puerta de mi habitación trancada como se me había ordenado. Dejé el cuaderno de Vladislav sobre mi escritorio y me dirigí a la ventana para mirar hacia el patio por entre las cortinas. La figura vestida de blanco de Magdolna no estaba por ningún lado. Habría sido imposible no verla en aquella oscuridad dado el color de su vestido, a menos que permaneciese oculta tras los árboles en perfecta quietud. De todos mis miedos, el de ser atacada por ella era el más realista, más aún tras haber sido amenazada de forma tácita a causa de mi aspecto. Ser asesinada, como creía que Rózsa o los padres de mis pupilos lo habían sido, era mi segundo miedo más comprensible. Que los Domány-Nádasdy fuesen criaturas espectrales semejantes a las del folclor era un temor absurdo, lo sabía y, aun así, no podía dejar de sentirlo. De algún modo extraño, todo parecía encajar: la prohibición de salir de mi habitación entre la medianoche y el amanecer, que ellos mismos a duras penas si pudiesen dejar sus aposentos durante el día como si fuesen espíritus malignos que rehúyen la luz… Por si fuera poco, sus ancestros bebían sangre humana o se bañaban en ella. ¿Era realmente imposible que las prácticas de sus antepasados más siniestros se hubiesen tornado en necesidades fisiológicas o debilidades con el paso de las generaciones? ¿Bebían los Domány-Nádasdy contemporáneos sangre humana?

Busqué mi ejemplar de *La dama pálida* y hallé el pasaje en el cual el autor se refería al modo en que el vampiro se alimentaba de la sangre de la narradora: llegada una hora específica de la noche, la protagonista sentía un letargo ineludible que la obligaba a postrarse en su lecho, tras de lo cual escuchaba pasos que se acercaban a su habitación. La puerta se abría entonces y la muchacha sentía una dolorosa punzada en el cuello. Después de esto, perdía el sentido de modo inevitable. Al día siguiente se encontraba descolorida y débil

como si hubiese perdido sangre, y hallaba una pequeña marca en su cuello semejante a la picadura de un insecto o al pinchazo de un alfiler, justo sobre su arteria carótida. Después de comentarlo con su prometido, ambos concluían que la muchacha estaba siendo visitada por un vampiro que terminaría por matarla si ellos permitían que continuase bebiendo su sangre. El muchacho le entregaba a la sazón a su prometida una ramita consagrada por un cura que también había sido inmersa en agua bendita para que ella pudiese por medio de esta ahuyentar a su atacante nocturno. Lo único capaz de impedir, finalmente, que el vampiro volviese a perturbar a la muchacha, aun después de haber sido derrotado, era la mezcla de su sangre maldita con la tierra de su tumba, la cual la muchacha debía frotar sobre la herida que este había dejado en su cuello.

Mi corazón batía con terror. La mención de una hora específica para los ataques ya era una coincidencia estremecedora, pero aquella de la rama bendecida era aún peor, dada la prohibición específica de objetos religiosos por parte de mi patrón. Aun así, si él buscaba protegerme de algún ataque fantasmagórico ordenándome que permaneciese encerrada a ciertas horas, ¿por qué no habría de permitirme ahuyentar a un agresor potencial por medio de un artilugio consagrado que no tenía poder real? ¡No tenía sentido! Por más que su familia hubiese heredado los aspectos más macabros de sus ancestros, su condición tenía que ser una cuestión biológica, no una lucha entre dioses y demonios que no existían más allá de lo metafórico.

Cubierta de sudor helado, me atreví a confrontar mis propias creencias, al menos hasta cierto grado: ¿podía un símbolo religioso o uno mágico, que para mí eran lo mismo, llegar a herir a un ser humano? Tal vez sí, pues, ¿no eran nuestras mentes capaces de convencernos de cualquier cosa en un momento de debilidad, aunque dicha cosa no fuese real, y aunque nos resistiésemos a creerla con toda nuestra racionalidad? ¿No podía nuestra imaginación jugarnos las peores pasadas? ¿No podía alguien, incluso, morir de miedo sin justa causa? Me dije que tenía el deber de abrirme a la posibilidad de que los símbolos tuviesen un poder relativo sobre nuestras mentes, al

menos, a riesgo de incurrir en la superstición. Precisamente por lo que representaban, los símbolos habían acumulado poder a través de los siglos en nuestra fantasía, haciendo que evocásemos de inmediato los sentimientos y pensamientos que relacionábamos con su significado. Era por esto que yo fruncía el ceño al vislumbrar una efigie de la crucifixión al entrar a la iglesia, aunque los ojos de mi madre se llenasen de lágrimas al contemplar la misma imagen durante las procesiones. Cada una asociaba dicha representación del sacrificio divino con conclusiones personales distintas y emociones variadas. Y tal vez, solo tal vez, lo mismo les ocurría a los Domány-Nádasdy con los objetos religiosos, pero con mayor intensidad que a los demás, a causa de su historia familiar. Porque estaba convencida de que las extrañas semejanzas entre ellos y los vampiros de las novelas no podían ser espirituales sino estrictamente físicas.

Sin embargo, una vez establecí la relación entre los Domány-Nádasdy y las criaturas del folclor que más me habían cautivado, no hubo marcha atrás: todo cuanto había escuchado o leído acerca de los vampiros empezó a acudir a mis pensamientos aquella tarde de forma desordenada y con verdadero pavor. En cada uno de esos recuentos hallaba un nuevo paralelo que justificaba mis sospechas, por vaga que fuese la comparación.

Recordé mi lectura de *Carmilla*, otra historia de vampiros, en la biblioteca de Lublin, justo en la noche en que había sentido aquel miedo inexplicable por el cual me había echado a correr. En aquel recuento, Carmilla era una vampiresa que, tras sufrir un percance en su carruaje, había sido acogida en un remoto castillo por una familia bondadosa, tras de lo cual había procedido a alimentarse de la sangre de su benefactora durante las noches. Su víctima, Laura, una muchacha adolescente, poco consciente de los ataques nocturnos, tenía pesadillas en las que sentía ser punzada en el pecho con dos agujas, justo bajo la clavícula. Carmilla se comportaba como una chica de fina cuna que exhibía ciertos hábitos extraños: solo dormía durante el día, rehusaba tomar parte en las oraciones del hogar y alegaba que los himnos fúnebres religiosos le causaban gran dolor auditivo. Mis patrones, al menos los adultos, también dormían durante el día, y de

nuevo había una similitud entre ellos y los vampiros de la literatura: en este caso puntual, el disgusto que a ambos les producían las manifestaciones de piedad religiosa. Ahora bien, yo misma compartía su sentimiento, pero no dejaba de decirme que nuestros motivos podían ser muy diferentes y que debía indagar al respecto con prudencia.

¿Partir o no partir a la luz de lo que averiguaba cada día en el castillo? Cualquier empleador comprendería que su empleado se marchase ante el riesgo de ser desfigurado o asesinado. Pero, claro está, Baltasar Domány-Nádasdy había asegurado que me protegería, por lo cual yo había accedido a quedarme por segunda vez. Además, no estaba yo al servicio de Magdolna, no era un hecho que alguien hubiese sido asesinado en el castillo, y lo más importante de todo, el mundo entero reiría si yo tan solo osara confesar que creía que mis patrones eran vampiros de carne y hueso. Yo misma habría reído de mis conjeturas de no haber sido porque no había nada en aquel lugar ni en la historia de sus habitantes que alguien hubiese podido llamar habitual o siquiera comprensible. Si permanecía allí era porque la atracción que sentía por Baltasar Domány-Nádasdy, así como la curiosidad que su familia me inspiraba, eran tan intensas que superaban mis miedos. Y eso, en sí, era aterrador. Significaba, ora que yo era intrépida al punto de ser estúpida, ora que mi apego por la vida cotidiana que había conocido antes de llegar allí era nulo. Ambas cosas parcialmente ciertas, me daba cuenta. Era innegable que apenas empezaba a reconocer en mí misma aspectos que antes no atinaba a comprender en los demás. Lo que en aquel punto debía preguntarme era si valía la pena arriesgarme a morir o a perder la razón a cambio de satisfacer mi interés. Para mi sorpresa, mi respuesta fue un contundente sí. Concluí que aquello se debía a que no creía realmente que fuese a morir, ni que mis empleadores fuesen vampiros, y que quizás ambas ideas, sencillamente, hacían que la existencia se me antojase más intrigante. Después de todo, de aquel modo se parecía a los libros que tanto me gustaban.

Tras lograr convencerme de nuevo de no tomar ninguna decisión precipitada con base en el pánico transitorio que tan seguramente era

infundado, me senté frente al escritorio a redactar la nota que había asegurado enviar a mi patrón. En cuanto tomé la pluma para escribirla, volví a sentirme invadida de deseo.

Señor Domány-Nádasdy:

Me complace informarle que sus sobrinos se comportaron con irreprochable propiedad el día de hoy, y también que ambos demostraron habilidades excepcionales en las asignaturas tratadas. Son niños de inusual inteligencia y, por lo mismo, tengo la certeza de que las lecciones que anteriormente les eran impartidas terminaban por frustrarlos y aburrirlos. Creo que, si de ellos depende, no tendré problema alguno en perfeccionar su instrucción de modo que tanto usted como ellos se encuentren satisfechos con los resultados. Debo añadir que hallé la compañía de ambos niños placentera y que comprobé que ambos son capaces de brindar lo mejor de sí al recibir un trato respetuoso y franco. En lo que me concierne, no hay motivo por el cual deban ser castigados sino, por el contrario, felicitados, de modo que deseen permanecer en este nuevo rumbo.

Agradezco que me haya enviado usted un cofre tan bello, así como la lectura al respecto de la telepatía. Estoy segura de que me deleitaré en ella.

Respetuosamente,

Lucyna Pawlak.

Hubiese, por supuesto, deseado escribir una despedida como *Suya en cuerpo y mente*, pero tendría que conformarme con pensarlo. Lo que quería era volver a aspirar el aroma de la carta que él me había enviado, pero me apresuré a escribir a mi familia en vez de ello para que la señora Kowalski pudiese entregar la totalidad de las notas a mi patrón. Aseguré a tía Lena, a mis padres y a mi hermano que me hallaba bien y, por temor a que mi correspondencia fuese revisada, me deshice en halagos para con el lugar y la inteligencia de mis pupilos, dejando por fuera todo lo demás. Tras sellar las tres notas, tomé mi diario y empecé a escribir en él las características de cada rama notoria de la familia Domány-Nádasdy por separado antes de

olvidarlas:

Domány: apellido proveniente de su ancestro Domán, de las siete tribus húngaras originarias. Cabellos negros. Ojos azules. Envidia. Avidez. Deseo de adueñarse de lo ajeno, por poco que sea. En su defecto, necesidad de destruirlo. Calculadores. Engañosos. Persuasivos. Beben sangre humana (o justifican dicha práctica). Su deseo supremo es poseer más dones que los demás.

Nádasdy: apellido proveniente del conde Ferenc Nádasdy. Ojos castaños muy claros, amarillos o ambarinos. Cejas oscuras. Don de mando. Cumplen sus amenazas. Heroicos. Ágiles. Fuertes. Diestros en la batalla. Hábiles para dirigir. Castigos ejemplares. Intimidación. Empalan a sus enemigos. Crueldad. Quizás la victoria sea su deseo supremo.

Báthory: apellido proveniente de la condesa Erzsébet Báthory. Cabellos rojos y facciones elegantes. Interés en lo oculto y en lo prohibido. Gran inteligencia. Amor desmedido por la belleza. Filosóficos. Diestros en las lenguas y la escritura. Leales a sus alianzas. Temperamentales. Toman baños de sangre (o excusan dicha práctica). La hermosura parece ser su deseo supremo.

Tenía la impresión de que, al escribir aquellas líneas, transgredía la intimidad de mis empleadores a la vez que les hacía un homenaje privado. Me dije que agregaría nueva información o corregiría la que estuviese errada conforme aprendiese más de ellos.

Quería preguntarle a mi patrón por qué encontraba *La dama pálida* tan interesante. El autor parecía haber tomado su inspiración de las leyendas de Moldavia y los pueblos escondidos de los montes Cárpatos, contrastando las costumbres de sus gentes con las de la Europa que consideraba civilizada, e incluso presentando estas regiones remotas o agrestes de un modo decididamente excluyente, como si no hiciesen parte de Europa en absoluto. Hallarme en aquel castillo aislado hacía que tantas cosas impensables pareciesen posibles, pero ¿vampiros? ¿Criaturas sujetas a leyes distintas a las del hombre común a causa de una maldición?

Tanto Elzbieta como Baltasar Domány-Nádasdy insistían en estar

malditos al referirse a su condición familiar, y, sin duda, los actos llevados a cabo por sus antepasados Domány y Báthory habrían justificado dicho concepto en la ficción. En el pensamiento supersticioso que originaba tanto las leyendas como las novelas, por ejemplo, que alguien hubiese incurrido en graves desacatos morales acarreaba penas materiales y espirituales a sus descendientes.

¿Podía yo, sin embargo, aceptar una idea semejante en un universo en el cual el Dios religioso y el diablo eran puramente imaginarios? Porque aquel era mi universo, y rehusaba abrir mi mente a las ideas que bastante trabajo me había costado contrarrestar por el bien de mi propia tranquilidad. No estaba dispuesta a creer que ciertas personalidades deíficas se disputaban el devenir de mi alma, poniéndome pruebas y tendiéndome trampas, castigándome o premiándome según preceptos arbitrarios y a menudo contradictorios.

¿Podía, aun así, creer que la sangre era capaz de arrastrar consigo un legado semejante a una condena? ¿Pagaban los descendientes con sus vidas las transgresiones de sus ancestros? Sangre maldita. ¿Éramos, acaso, quienes nos precedían? ¿No nos desvinculábamos de ellos en el momento de dejar el vientre materno? Si bien heredábamos una amalgama de su fisionomía y a menudo su estado de salud, ¿heredábamos también sus deudas morales? Yo a duras penas si lograba aceptar la idea de que el temperamento podía ser hereditario, cosa que ya se me antojaba bastante absurda. Aquellas reflexiones, que habrían sido amenas de haber sido meras especulaciones teóricas, me abrumaban en lo concerniente a los moradores del castillo.

Si las maldiciones generacionales existían, ¿eran asunto corporal o mental? ¿Material o inmaterial? ¿Hasta qué punto exageraban o tergiversaban los Domány-Nádasdy las predisposiciones biológicas que habían heredado de sus ancestros? ¿Las usaban como excusa para comportarse con crueldad? ¿Eran algunos aspectos de aquella supuesta maldición solo imaginarios? ¿Imitaban adrede a los vampiros del folclor o era aquello un compendio de infortunadas coincidencias? Suspiré audiblemente, en extremo angustiada. Era obvio que no podría llegar a la verdad por medio de contemplaciones personales.

Hubiese deseado tener a mano algún libro que resumiese las

creencias populares al respecto de las causas de una maldición. En cuanto a los motivos por los cuales los difuntos se levantaban de sus tumbas transformados en vampiros en el folclor, tendría que esforzarme en recordar lo que había leído en los pocos recuentos a los que había tenido acceso, o bien, lo que había escuchado en tan contadas ocasiones, pues aquel no era un tema corriente.

Tenía en mente algunos puntos en común entre los vampiros y las maldiciones: el asesinato y el suicidio. En *La dama pálida*, el joven Kostaki había acabado con su propia vida durante una disputa con su hermano, por lo cual se había levantado de la tumba transformado en vampiro, y uno de sus ancestros maternos había dado muerte a un sacerdote previamente, a causa de lo cual su descendencia estaba maldita de antemano hasta la cuarta generación, aun antes del vampirismo. Varney, el vampiro de la serie inglesa, había matado a su propio hijo por accidente en un acceso de ira, lo cual le había acarreado la maldición del vampirismo. En su caso, la maldición y el vampirismo estaban unidos. En cuanto a Carmilla, no tenía yo claro qué había hecho para transformarse en vampiresa, pero la narración explicaba que no era una chica joven tal y como fingía serlo, sino una antigua condesa que había muerto para levantarse de la tumba y alimentarse de sangre. Condesa como Erzsébet Báthory, la antepasada de mis pupilos. ¿Habría inspirado la noble Báthory aquel personaje además del de la madrastra de Blancanieves? Para dar muerte definitiva a Carmilla, había sido necesario atravesar su corazón con una estaca y seccionar su cabeza. Solo aquello había puesto fin a su maldición. Y Baltasar Domány-Nádasdy había decapitado a su hermana y a su cuñado. Mis ojos se humedecieron del miedo. No debía seguir comparando las historias ficticias con la realidad de los Domány-Nádasdy, ¿o sí? ¿Existiría algo semejante a un estudio serio acerca del vampirismo que pudiese yo leer? Lo dudaba.

Los golpes en mi puerta me sobresaltaron.

—Soy la señora Kowalski —dijo la voz conocida—. Vengo por su correspondencia.

Dejé escapar un gemido de alivio por lo bajo. Busqué las notas y las deslicé por debajo de la puerta para no verme obligada a retirar la

tranca y el cerrojo.

—Gracias, señora Kowalski —dije.

—Vendré más tarde con su cena —dijo, y escuché sus pasos alejarse por el pasillo.

Caí en la cuenta entonces de que mis dedos habían adquirido un color violáceo a causa del frío. Mi miedo era tal que no me había percatado de no haber encendido la chimenea, lo cual me apresuré a hacer.

Sentada ante el hogar, revisé el ensayo de Vladislav al respecto de *Blancanieves*, el cual era bastante más breve que el de Elzbieta. A diferencia de su hermana, mi pupilo apreciaba aquel cuento de hadas porque al final la venganza del príncipe consorte de Blancanieves contra la madrastra era cruel y ocurrente: que la reina hubiese sido forzada a bailar hasta morir sobre zapatillas de hierro candente durante el festejo de bodas de su hijastra le parecía digno de aplauso. ¡Ya querría él ver algo así en la vida real! Tras saber yo lo que ahora sabía de su familia, me costaba descartar aquella afirmación como una fantasía infantil. ¿Amaban todos los Domány-Nádasdy el horror? Además de lo anterior, Vladislav alababa los esfuerzos de la madrastra malvada por disfrazarse y hacerse pasar por una desconocida bienintencionada para engañar a Blancanieves. *Domány*, pensé. *Maestros del engaño*. Aún no sabía a cuál de sus tres ancestros notorios la familia Domány-Nádasdy atribuía la sed de venganza, pero podría indagar al día siguiente. Rogué que nadie en aquel castillo creyese tener motivos para vengarse de mí o para engañarme, en especial Magdolna. Me percaté de que Vladislav no mostraba preferencia por uno u otro de los personajes del cuento, sino que se interesaba en sus actos específicos, y me pregunté si sería igual en la cotidianeidad. Por lo demás, el ensayo estaba muy bien escrito, por lo cual lo felicitaría al día siguiente guardándome de hacer algún tipo de juicio moral sobre sus observaciones.

Aún tenía en mi habitación el libro de los testimonios de quienes habían conocido a la condesa Báthory en vida, pero mis nervios se hallaban tan alterados que no me atrevía a leerlo aún. En vez de ello, abrí el cofre que Baltasar Domány-Nádasdy me había enviado y me

propuse distraerme un rato con una lectura de otra índole, aquella acerca de la telepatía. Hice las mantas a un lado y me tendí en el gran lecho con el libro, no sin antes tomar la nota de mi patrón que había escondido bajo mi almohada y ponerla junto a mí. Dispuesta a concentrarme, me cubrí con las mantas, pero el aroma de Baltasar Domány-Nádasdy me llamaba de nuevo. Tuve que sujetar la nota contra mi rostro e inhalar profundamente, cerrando los ojos en tanto aquella fragancia prohibida se apoderaba de mis sentidos, haciendo que una deliciosa calidez ascendiese por mi cuerpo. Y así, como por arte de magia, mi miedo volvió a disiparse por completo. No podía pensar en algo distinto a ver al más bello de los ángeles caídos de nuevo. Tenía que verlo a los ojos y escuchar su voz, me parecía que necesitaba estar cerca de él. ¿Dormiría mientras yo releía su nota? Aunque no tolerase la luz del día, me resultaba difícil imaginarlo durmiendo doce horas diarias. A menos, claro está, que fuese un vampiro y durmiese el día entero como Carmilla.

¿Me teme, Lucyna?

Tuve que sentarme sobre el lecho, jadeando. No podía estar bien de la cabeza. Lo había escuchado con tanta claridad como si estuviese de pie frente a mí. Me dije que mi patrón ya me había preguntado si le temía, y que este había sido tan solo un recuerdo vívido de su voz. No le temía aún porque, a pesar de todo, no creía que fuese un muerto que dejaba su tumba en las noches. Moriría de terror si así fuese.

El libro que me había enviado con la señora Kowalski, *Fantasmas de los vivos*, era en exceso voluminoso. El prefacio mencionaba la *transferencia de pensamientos* como tema de estudio experimental, y parecía indicar que la totalidad del libro había sido dedicada a hallar evidencia de que dicho fenómeno existía. El índice de capítulos era en sí bastante denso, incluso para mí, por los términos empleados por el autor, y pronto me dije que el vocabulario sería una barrera difícil de sobrepasar para mi comprensión del texto. La sinopsis del primer volumen afirmaba que el título del libro abarcaba todas las formas de *transferencia de pensamientos* por cualquier medio que no fuesen los canales aceptados de los sentidos, incluidas las apariciones. Ahora bien, por más que yo deseaba dar una explicación a lo que me ocurría

con Baltasar Domány-Nádasdy, carecía de la calma necesaria para leer los cientos de casos que el libro compilaba, por lo cual procuré hallar términos claves que me diesen alguna pista. Di vuelta a las páginas de la sinopsis preliminar con impaciencia hasta toparme con el asunto del tercer capítulo, que leía:

La transición de la telepatía experimental a la telepatía espontánea

Hay ciertos tipos de casos en los que, aunque son experimentos por parte del agente e involucran la concentración consciente de su mente con la intención de hallar un resultado, el perceptor no es consciente, o voluntariamente parte del experimento. Tales casos pueden ser llamados transicionales. En ellos la distancia entre las dos personas concernidas es a menudo considerable.

Mis latidos se aceleraron. ¿Era acaso aquello lo que acababa de ocurrirme? Me apresuré a ubicar dicho capítulo. En cuanto lo hice, noté que alguien había insertado una nota doblada allí mismo, entre las páginas del libro. El papel era delgado. Lo tomé con dedos temblorosos y lo abrí:

¿Me teme, Lucyna?

Mi corazón dio un vuelco, y una exclamación escapó de mis labios. La nota no decía nada más. El papel estaba impregnado del aroma de Baltasar Domány-Nádasdy. ¿Significaba aquello que había llevado a cabo un experimento conmigo? ¿Lo había planeado todo? ¿Cómo? Sentí que me desvanecería al ponerme de pie, sujetando la nota. No creía posible que él hubiese dominado mi mente para llevarme a aquel aparte del libro donde había escondido el papel. Sin embargo, todo aquello parecía indicar que él había esperado que me dirigiese justo a aquel capítulo tras escuchar su voz, guiándome por el tema. Sacudí la cabeza. ¡Había escuchado sus pensamientos en la distancia! Más aun, él quería que yo supiera que así había sido, que aquello era real. Había insertado de antemano en el libro la confirmación de su experimento en caso de que diese resultado. Caminé en círculos.

Increíble, pensé, tragando en seco. ¡No había imaginado su voz!

Aquella definitivamente no podía ser una coincidencia. Por otra parte, aunque lo hubiese sido, aunque yo tan solo hubiese creído

escuchar la misma pregunta que él efectivamente había redactado justo antes de leerla… ¿por qué insistía él en preguntar aquello? ¿No era normal que los subordinados temiesen a sus patrones, al menos hasta cierto grado? ¿Importaba que le temiese específicamente a él? No había preguntado: *¿Tiene miedo, Lucyna?* Aquello habría sido más comprensible. Pero no. Había preguntado si le temía *a* él. ¿Por qué?

El reloj dio las seis. Deposité la nota en mi cofre junto a las que Baltasar Domány-Nádasdy me había enviado previamente y me dirigí a la ventana. Aquel miércoles tres de enero de mil ochocientos noventa y cuatro, mi segundo día como institutriz oficial de Elzbieta y Vladislav Domány-Nádasdy, me parecía que ya sabía demasiado acerca de mis empleadores y a la vez nada. ¿Tenía motivos para temerle a Baltasar Domány-Nádasdy? Sí. Lo extraño era, precisamente, que no le temía, incluso sabiendo que había decapitado a su propia hermana, acto que no parecía perturbarlo en absoluto. Sin embargo, me había enviado el libro *Fantasmas de los vivos* con la pregunta escrita en la mañana, mientras yo impartía lecciones a los niños. Él no tenía por qué suponer que sus sobrinos me contarían la historia de Domán, ni que me enseñarían aquel escalofriante libro que sus descendientes Domány habían escrito. ¿Qué nuevos motivos para temerle podría tener, según él? ¿Reiteraba la pregunta de la noche anterior solo para asegurarse de que aún me sentía tranquila en lo que le concernía personalmente a pesar de lo que había hecho con los padres de los niños? Tendría que preguntárselo. Eso y muchas cosas más. Que hubiese llevado a cabo aquel experimento conmigo me otorgaba permiso implícito de interrogarlo al respecto. Incluso aunque no lo hubiese escuchado, la nota misma justificaba muchas preguntas de mi parte. Ahora bien, lo más importante era que su experimento había dado resultado. Me sentía unida a él de un modo secreto y extraordinario, más aún que la noche anterior, y mis emociones a causa de esto eran tan violentas que las rodillas me temblaban.

Me asomé por entre las cortinas con el corazón en vilo. Puesto que había caído la noche, tenía la esperanza de verlo. Los jardines estaban en perfecta quietud. Miré entonces hacia el frente, escudriñando las ventanas del ala este, aquel lugar vetado del castillo donde dormían

mis patrones. Las cortinas de una de las habitaciones centrales del tercer nivel parecieron moverse, por lo cual me aparté con brusquedad de la ventana. ¿Podría verme alguien? No, me guardaría muy bien de realizar acciones que pusieran a cualquier observador sobre aviso.

Mi necesidad de mirar hacia el exterior era superior al miedo de ser descubierta. Además, nadie había dicho que no pudiese echar una ojeada por entre las cortinas. Con tal de que estas permaneciesen cerradas, no estaría desobedeciendo a mi patrón. Agitada, volví a aproximarme a la estrecha división entre las pesadas telas para contemplar el ala este.

Por poco me desmayo: Magdolna Domány-Nádasdy se encontraba de pie tras aquella ventana central del tercer nivel, sus manos reposando en el alfeizar interior, su mirada fija en la dirección en la que yo me hallaba, las cortinas abiertas a sus espaldas. Esbozaba una sonrisa terrible. Aunque nuestras respectivas ventanas se hallaban a una distancia considerable, mi visión era muy precisa y no creía equivocarme. Di un salto hacia atrás, chillando por lo bajo y tropezando con la silla que había acercado al hogar. Me oculté tras el lecho con presteza, llevándome ambas manos al pecho. Lo que más me aterraba de aquella imagen no era que Magdolna hubiese logrado discernirme, porque no creía que fuese posible, sino que sonriese de aquel modo con la vista clavada en mi ventana. Si bien lo segundo habría sido explicable porque aquella habitación se hallaba directamente frente a la mía, el gesto de Magdolna dejaba translucir una intención siniestra. Supuse que ella sabía qué aposentos me habían sido designados. Lágrimas del más helado miedo se deslizaron por mis mejillas en tanto rogaba que Vladislav y Elzbieta lograsen poner sobre aviso a su tío antes de que su prometida me dañase. ¡Habría podido jurar que aquella mujer pavorosa estaba determinada a ejecutar un plan! En ese momento, al menos, no había fingido inocencia o fragilidad, quizás porque creía que nadie la observaba. No pensaba que fuese una mala pasada de mi imaginación con base en lo que mis pupilos me habían contado acerca de Magdolna; yo misma había reparado en el modo en que miraba a Vladislav tras haber afirmado amarlo. Tenía que asomarme de nuevo aunque me muriese

del miedo. Tenía que ver si ella continuaba allí. Me enjugué los ojos y caminé con pasos trémulos hacia mi ventana, gimiendo de terror por lo bajo. Me acerqué con suma lentitud a la ranura, implorando que se hubiese ido. ¡No se había movido de su sitio! Continuaba mirando directamente hacia mi ventana pero ya no sonreía. Su expresión era inescrutable y, sin embargo, maligna. De repente, miró hacia atrás por encima de su hombro, como si alguien la hubiese llamado. Dirigió sus ojos entonces una vez más hacia mí y enseguida se dio media vuelta para apartarse de la ventana, cerrando las cortinas tras de sí. En ningún momento había encendido una luz. Permanecí anclada al lugar donde me encontraba sin osar mover un músculo, respirando de forma entrecortada. Creía que Magdolna no me había visto en ningún momento, pero sabía que tramaba algo en mi contra. Lo sentía.

Ignoro cuánto tiempo permanecí allí, vigilando el ala este del castillo. Ninguna otra cortina se movió, y tampoco noté que alguna luz hubiese sido encendida. ¿Qué querría hacerme la prometida de Baltasar Domány-Nádasdy? No creía ser tan hermosa como para merecer la atención de una dama tan bella y poderosa, mucho menos para despertar su ira. Pero aquella era una dama especial: malvada, insensata y cruel como su antepasada Báthory y su predecesor Domán. Mis piernas flaqueaban cuando al fin me giré para tenderme en el lecho. No podía salir de mi habitación tras aquel suceso, por supuesto. Tan solo podía aguardar a que la señora Kowalski retornase con mi cena. Intenté leer algo más del libro *Fantasmas de los vivos,* pero mi concentración era nula: no pensaba en algo distinto al rostro de Magdolna Domány-Nádasdy. Me preguntaba si su prometido realmente lograría enviarme a casa antes de que me ocurriese una tragedia.

Cuando la señora Kowalski llamó a mi puerta, lancé un grito aunque la esperaba.

—¿Quién está ahí? —inquirí con voz llorosa.

—Soy la señora Kowalski, por supuesto —repuso ella—. Haga el favor de retirar el cerrojo y la tranca de su puerta, traigo conmigo una bandeja.

Abrí la puerta para ella, haciéndome a un lado y evitando su

mirada. Ella entró a mi habitación y, tras depositar la bandeja sobre el escritorio, me dijo, extendiéndome una nota:

—El señor Baltasar le envió esto.

—Gracias, señora Kowalski —balbuceé, recibiéndola de su mano y haciendo lo posible por lucir compuesta.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó con aire de sospecha.

—Sí —mentí, tragando en seco. No deseaba agregar nada más.

—Bien —dijo—. Que pase una buena noche.

Ella salió de mi habitación, tras de lo cual volví a echar el cerrojo y a poner la tranca con presteza.

Abrí la nota de mi patrón sin perder tiempo.

Tengo que verla. Espéreme en su habitación esta noche a las 9. Pasaré a buscarla yo. No abra su puerta a nadie hasta entonces.

Baltasar Bátor Domány-Nádasdy

Si bien sentí que mi temperatura se elevaba de inmediato al leer sus palabras, estas también me inspiraban temor porque leía en ellas la urgencia de mi patrón. ¡Por todos los ángeles mitológicos! ¡Lo vería esa misma noche! Me paseé por la estancia con nerviosismo, mirándome en el espejo a intervalos. Lucía pálida y aterrada. Me lavé el rostro con agua helada y procuré calentar mis manos sobre las delgadas ramas que al fin crepitaban en el hogar. Como precaución, eché todas las notas de mi patrón a la chimenea y, tras eso, volví a asomarme por entre las cortinas: no había movimientos en el ala este y había empezado a nevar. Por supuesto, había perdido el apetito. Sin embargo, me senté ante el escritorio y destapé las fuentes porque sabía que debía intentar comer algo. Por suerte, la cena era ligera: había pan fresco, sopa de puerros y patatas y sidra. En cuanto empecé a comer, me sentí mejor, y terminé por acabar con todo cuanto me había sido llevado. El miedo había hecho que mis fuerzas menguasen, y ahora comenzaba a recobrarlas. Esa noche le hablaría con franqueza a Baltasar Domány-Nádasdy. Tenía que hacerlo. Todo, excepto revelarle que lo deseaba, claro está.

Aproximadamente quince minutos después de que el reloj dio las

ocho, alguien golpeó a mi puerta.

—¿Quién llama? —inquirí cautelosa.

—Soy la señora Kowalski —replicó la voz—. Vengo a llevarme su bandeja.

—Lo siento, señora Kowalski, tengo órdenes estrictas de no abrir la puerta a nadie—repliqué. Estaba muy asustada. La señora Kowalski ya me había dado las buenas noches, y yo había entendido que se llevaría las fuentes cuando fuese a hacer mi habitación en el transcurso de la mañana siguiente.

Me pareció escuchar que gruñía por lo bajo, y los vellos de todo mi cuerpo se erizaron.

—Los señores me ordenaron llevarme sus fuentes en la noche —dijo. Su voz sonaba chillona, distinta—. Abra la puerta ahora.

—No —dije, a punto de echarme a llorar—. No pienso desobedecer a mis patrones. Dígaselo al señor Baltasar si así lo desea.

No dijo nada por espacio de unos segundos, al cabo de los cuales golpeó mi puerta con fuerza una sola vez. Salté en mi lugar. No creía que aquella fuese la señora Kowalski.

—¿Quién está realmente allí? —exclamé con voz irregular.

Nada. Acerqué mi lámpara a la puerta para asomarme por debajo de esta, esperando ver algún movimiento. La luz iluminó el estrecho espacio del corredor que se extendía ante mi puerta. Quien hubiese estado allí parecía haber partido. Me senté en la cama, llorando por segunda vez. Estaba convencida de que Magdolna Domány-Nádasdy había querido engañarme haciéndose pasar por el ama de llaves para que abriese la puerta de mi habitación. ¿Por qué? ¿Sabía que le temía tanto que no la dejaría pasar si utilizaba su propio nombre?

Pasé los cuarenta y cinco minutos restantes oscilando entre el terror y la anticipación de ver a Baltasar Domány-Nádasdy. Cuando el reloj dio las nueve, contuve mi aliento y aguardé. Tres fuertes golpes en mi puerta se unieron a los latidos de mi corazón.

—Señorita Pawlak —dijo su voz profunda.

Me acerqué a la puerta temblando de pies a cabeza. Retiré la tranca y el cerrojo y abrí. Allí estaba él, envuelto en un largo y pesado abrigo negro con la cabeza descubierta. Me miró a los ojos y tuve que exhalar

a través de los labios. Era demasiado guapo para ser real. A pesar de su absoluta seriedad, su mirada revelaba preocupación.

—Venga conmigo —dijo por lo bajo, invitándome a salir de la habitación, haciéndose a un lado para dejarme pasar—. Deje su abrigo, tengo uno para usted —agregó, enseñándome su brazo derecho, del cual pendía una voluminosa prenda de color negro. No llevaba una luz consigo, lo cual me puso sobre aviso.

—¿Debo llevar mi lámpara? —inquirí—. No podré ver más allá de mis narices si no lo hago.

Él negó con la cabeza.

—Yo la guiaré —afirmó.

No me atreví a contradecirlo.

—Deme su llave —dijo.

Le obedecí y salí de la habitación, tras de lo cual él mismo cerró la puerta, echándole el cerrojo. Me encontré en las tinieblas del corredor. Baltasar Domány-Nádasdy tomó mi mano en la suya, que estaba tibia, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no gemir con los labios cerrados. Tiró de mí con gentileza e inició la marcha a través del corredor en dirección al ala sur con paso moderado, de modo que yo pudiese caminar con él sin caer o rezagarme demasiado. Inhalé profundamente conforme avanzábamos cuando detecté aquel sutil perfume suyo. Mis latidos, ya acelerados, retumbaron en mi pecho. Su mano fuerte apretó la mía al llegar a un alto. Lo escuché mover varias llaves y abrir una puerta ante nosotros, pero mis ojos aún no se habituaban a la oscuridad. Volvió a tomar mi mano para atravesar lo que asumí era el umbral, y se detuvo de nuevo para cerrar la puerta tras de nosotros.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

Yo asentí, consciente de que él podía verme sin dificultad.

—Magnífico —dijo.

Lo cierto es que me sentía más a salvo con él que a solas en mi habitación, a merced de Magdolna y quién sabe quién más.

Cuando tomó mi mano de nuevo, caminé con más confianza junto a él hasta que alcanzamos una nueva puerta, la cual también abrió y cerró una vez entramos. Gracias a que las brasas aún ardían en el

hogar con un esplendor naranjado, reconocí la primera habitación en la que me había reunido con él. Ahora podía discernir a mi acompañante de nuevo. Como el fuego, sus ojos brillaban en las sombras.

—Tome —dijo, extendiéndome el abrigo y calándose la capucha del suyo—. Póngaselo y cúbrase la cabeza como yo. Vamos a salir.

Lo miré con sorpresa en tanto me ponía la lujosa prenda. Era un abrigo tan largo que cubría la totalidad de mis botas y se anudaba en la cintura. Contaba con una capucha amplia, la cual acomodé sobre mis cabellos.

—¿A dónde me lleva, señor?

—Baltasar —dijo él con seriedad.

—¿A dónde me lleva, señor Baltasar? —me corregí.

Él soltó una carcajada algo ronca.

—Llámeme solo Baltasar.

—¡No podría, señor! —dije, comprendiendo a lo que se refería y sintiéndome bastante abochornada por mi estúpido error.

—Sí que puede —dijo, entrecerrando los ojos sin dejar de mirarme fijamente.

—Eso sería en extremo inapropiado… señor.

Me miró con detenimiento mientras tomaba una honda inhalación y luego cerró los párpados para exhalar con suavidad por la nariz.

—Ya discutiremos lo que es apropiado, señorita Pawlak —dijo al fin, abriendo los ojos dorados y marcando las dos últimas palabras, *señorita Pawlak*.

Temblé por dentro pero procuré no demostrar a qué punto removía mis emociones.

—Muy bien, señor —dije, mirando el suelo para elevar mis ojos hacia él una vez más. Tenía la mirada clavada en mi rostro.

—Vamos —dijo, tomando mi mano de nuevo.

No bien atravesamos la puerta, me tomó del talle y me atrajo hacia él de modo que tuviese que caminar pegada a su costado.

—Debemos descender varios tramos de escaleras —explicó. Creí que perdería el sentido ante su proximidad, y recordé que Elzbieta había dicho que una mujer se había desmayado al conocerlo. ¡Cuánto la

comprendía!

Logró que descendiésemos aquellos peldaños a paso vertiginoso, pues sostuvo casi la totalidad de mi peso al rodearme con su brazo, de modo que yo a duras penas si había rozado el suelo. Confieso que solo atiné a pensar en su cuerpo y en su aroma en aquellos instantes en que lo tenía tan cerca, y me sentí en extremo decepcionada cuando me soltó al alcanzar el primer nivel. Alguien había dejado una lámpara encendida allí, por lo cual pude distinguir el recinto en que me había despedido del cochero al arribar al castillo.

—Sígame en silencio —dijo encaminándose a la puerta, la cual abrió con una de varias llaves que llevaba en un gran llavero.

Lo seguí al exterior. La luz de la luna era débil y aun así podía observar mi entorno: todo estaba nevado, y pequeños copos de nieve continuaban cayendo del cielo. Baltasar Domány-Nádasdy cerró la puerta del castillo por fuera y volvió a tomar mi mano. Se acercó a mi oído y murmuró:

—Corra conmigo tan rápido como pueda. ¡Ahora!

Dicho esto, tiró de mi mano. Confundida y espantada, cumplí con su designio lo mejor que pude. Rodeamos el muro del castillo sin apenas despegarnos de este, desplazándonos hacia el oeste hasta alcanzar un entechado bajo del cual se hallaba atado un inmenso caballo tan negro como el ónice. Yo me había quedado casi sin aliento, y aunque procuraba respirar sin hacer ruido, me era imposible. Él desató el caballo en silencio perfecto y montó en él en un segundo. ¿Iba a dejarme allí? Lo miré con ojos abiertos a más no poder. Antes de que pudiese yo parpadear, me tomó con un brazo para acomodarme frente a él y apuró al animal, el cual se echó a galopar en dirección al bosque.

—No mire hacia atrás —dijo en mi oído conforme nos internábamos en el soto. Me horroricé, reconociendo en su tono la inminencia de un peligro.

Me sujetaba con fuerza contra su cuerpo, mi espalda reclinada en su pecho, rodeándome con ambos brazos de modo que mi tronco permaneció firme en tanto él sujetaba las riendas. Yo estaba sentada con ambas piernas hacia un lado pero, a pesar de ello, no sentía que

corriese peligro de caer. Puesto que jamás había subido a un caballo, la velocidad causó que dejase escapar varias exclamaciones en baja voz, pero logré no gritar porque comprendía, aunque él no me lo hubiese dicho, que era esencial que no fuésemos descubiertos. Aquello no era precisamente cómodo, y cuando las ramas amenazaban con azotar mi rostro, yo solo cerraba los ojos y bajaba la cabeza, pero él parecía saber por dónde nos llevaba porque nada me golpeó en el transcurso del trayecto. Solo al cabo de un minuto lo escuché jadear y comprendí que aquel era un ejercicio muy vigoroso incluso para un hombre tan ágil y fuerte como él. Aun así, no por ello aminoró la marcha sino que, por el contrario, la aceleró, y pronto nos encontramos ante la primera de las dos grandes murallas que rodeaban el castillo. Solo entonces empezó a tirar de las riendas para que el animal se detuviese poco a poco y dejó escapar una exhalación audible por entre los labios. Noté que nevaba más, pero el bosque era denso en aquel punto y las ramas detenían gran parte de los copos que caían. El afán y el miedo no habían permitido que yo sintiese frío. Además, el abrigo que mi patrón me había proporcionado era mucho más apropiado para aquel clima que el que yo había llevado al castillo.

—No se preocupe —dijo—. Pronto llegaremos a nuestro resguardo.

Guio el caballo por entre los árboles siguiendo el contorno de la muralla hasta que vislumbré entre los árboles una estructura individual de piedra oscura con una estrechísima ventana en forma de arco, apuntalado con rosetones incorporados y vitrales de color borgoña casi a la altura del techo.

—¿Es esta una capilla? —inquirí en un murmullo.

—Lo fue —dijo él, desmontando de repente—. Ponga sus manos sobre mis hombros.

No bien lo toqué, me asió de la cintura y tiró de mí hacia él, sujetándome en el aire para depositarme de inmediato sobre el suelo nevado.

—Vamos —dijo, tomando las riendas del caballo y dirigiéndose hacia un costado de la bella estructura cuyo techo permanecía oculto bajo las ramas desnudas de los altísimos árboles.

Caminé junto a él con presteza. Ató el caballo a una saliente del muro lateral de la capilla y procedió a abrir el único portón visible de esta con otra llave que llevaba en el mismo gran llavero. A continuación, gesticuló con su mano para indicarme que pasara al interior. Cuando entró a su vez, procedió a asegurar y trancar la puerta desde dentro. De nuevo, no podía yo ver nada, pues el interior de la capilla estaba tan oscuro como aquel del castillo. Sin embargo, instantes después, una pequeña llama chispeó a mi izquierda seguida de otras dos más, y poco a poco vislumbré las velas que Baltasar Domány-Nádasdy acababa de encender. Las sujetaba un candelabro de hierro que pendía del muro, en el cual supuse que alguna vez debió hallarse un gran crucifijo. No había allí altar ni bancas. El gran recinto estaba vacío en su totalidad. Observé que no había otra puerta ni más ventanas que aquella posicionada varios metros sobre el candelabro.

—Acérquese, señorita Pawlak —dijo mi acompañante.

Me dirigí hacia él con el corazón en vilo.

—Señor Domány-Nádasdy, debe explicarme lo que está ocurriendo —dije con voz quebradiza, a punto de echarme a llorar.

—Mis sobrinos hablaron conmigo —respondió—. Ignoro cómo lo logró usted, pero parecen haberle tomado aprecio de la noche a la mañana. No que no comprenda que sea así, pero ya está usted al tanto de lo que pienso al respecto de ellos. No creí que vería la noche en que manifestasen preocupación por otra persona —afirmó. Hizo una pausa y agregó—: Sé que conoció a mi prima.

—Su… prometida —dije sin dejar de mirarlo.

Él cerró los ojos con fuerza y asintió una vez.

—Sí —suspiró.

Otra maldición, creí escucharlo decir, pero sus labios no se movieron. Mentiría si afirmase que no sentí verdadero gozo.

—Pero eso poco importa —prosiguió—. Lo que sí importa, y mucho, es que nada le ocurra a usted.

A mí sí que me importaba lo anterior. Pero, claro está, lo segundo era imperativo.

—Entonces también cree que su prometida representa un peligro para mí —confirmé, temblando—. Yo, al menos, estoy convencida de

ello. Esta noche la vi de nuevo, tras el encuentro que sus sobrinos y yo tuvimos con ella en el jardín. Me atreví a mirar por entre mis cortinas cerradas —aclaré—. Ella se encontraba asomada a una de las ventanas del ala este y miraba fijamente hacia mi habitación. Me inspira terror, señor Domány-Nádasdy. Un tipo de terror que no es fácilmente explicable. ¿Es por ella que me mandó no abrir mis cortinas?

Él asintió de nuevo.

—Por ella y mis otros parientes. Es una medida preventiva —dijo—. No deseo tomar riesgos con usted. Aun así, esperaba que Magdolna no le prestase atención a la institutriz de los niños. De hecho, de no haber sido por Imre, lo más probable es que sus caminos no se hubiesen cruzado en mucho tiempo. Mi primo se deshizo en halagos para con usted cuando hablaba con mi hermano Aurel y Magdolna lo escuchó. Escuche, no me consta que Magdolna haya hecho daño a ningún empleado del castillo, pero tratándose de usted, la posibilidad basta para mí. Y, como le conté, hay eventos que aún no he logrado resolver. Elzbieta y Vladislav fueron muy enfáticos al asegurar que sus palabras en cuanto a usted sonaban amenazantes. Como le dije, mis sobrinos jamás han intercedido en favor de nadie… y por ello también debo asumir que su aprensión es justificada. ¿Llamó alguien a su puerta después de que le envié la última nota con la señora Kowalski?

—Sí, poco después de las ocho de la noche —dije, sintiendo que mis ojos se humedecían—. Dijo ser la señora Kowalski, pero su voz era diferente. Insistía en que le abriese para llevarse las fuentes.

Noté el recelo en su rostro.

—Eso es extraño —murmuró.

—¿Por qué querría dañarme su prometida, señor?

Él abrió los labios para hablar pero no dijo nada. Pareció pensarlo unos instantes y al fin dijo:

—Porque usted es realmente hermosa.

Su rostro no reveló ninguna emoción al expresarlo.

—No tiene sentido —dije, aunque mi corazón latió con fuerza cuando escuché esas palabras de sus labios. Aun así, no estaba buscando cumplidos, deseaba una confirmación de lo que habían dicho mis pupilos, o quizás una segunda explicación menos

espeluznante en cuanto al carácter de Magdolna que me tranquilizara un poco.

—No debería tenerlo, y, sin embargo, por tratarse de ella, sospecho que es cierto. Mis parientes son en exceso sensibles a todo cuanto se relaciona con la hermosura, desde su propia apariencia hasta el aspecto de los demás. Mucho más de lo que suele ser común. Magdolna… sufre. No le es fácil contemplar la belleza que no le pertenece.

—Su sufrimiento no me inspira compasión, señor —admití, conmocionada. No podía estar excusando a su prometida, ¿o sí?

—A mí tampoco, señorita Pawlak, no me malentienda.

—¿Teme usted por su propia integridad? —pregunté.

—¿A qué se refiere? —preguntó, evidentemente confundido.

—Sin duda su prometida debe haber reparado en que usted es un hombre bien parecido —dije, minimizando en lo posible mi opinión real de su espectacular apariencia.

—¡Ah! —rio—. No, no temo que Magdolna quiera dañarme. Solo la belleza femenina despierta su envidia. Admito no haberle prestado la suficiente atención a dicho fenómeno. Se me antoja, a lo sumo, infantil. Y, sin embargo, poco sorprendente dada la familia a la cual pertenezco. En suma, lo creía irrelevante hasta ahora, en especial en comparación con asuntos de obvia seriedad. Si le temo a Magdolna, es solo por usted.

Si bien aquella afirmación era más que halagadora, me resultaba inconcebible que me diese tanta importancia.

—¿Qué hay de las otras personas a quienes Magdolna pueda causar daños irreparables?

—No creo que se atreva a dañar a ningún sirviente del castillo mientras yo esté presente —dijo.

—Permítame decirle que se equivoca. El modo en que su prometida me miraba y hablaba de mí realmente daba miedo.

—Puedo imaginarlo. Es apenas lógico —dijo, sonriendo.

—¿Cómo puede abordar este tema con semejante ligereza, señor? ¡Ninguna persona es tan hermosa como para merecer semejante animosidad! —dije en tanto las lágrimas cubrían mis mejillas.

—Bueno… usted lo es —dijo, como si fuese lo más natural del mundo.

—¡No! —grité—. ¿Qué clase de argumento es ese?

—No es un argumento, señorita Pawlak, ni una justificación. Hay características del espíritu, impulsos, que no son racionales. Si bien su encanto sin artificios explica que Magdolna haya sido mucho más impulsiva que de costumbre, incluso abiertamente amenazante, no pretendo defenderla. ¿No lo comprende usted? La excesiva frivolidad de mi prima me aflige.

No debía ser fácil admitir algo semejante acerca de la mujer que se convertiría en su esposa.

—Lo siento por usted —dije, aún molesta.

—También yo, pero no hay nada que pueda hacer al respecto, ¿verdad? No podemos moldear a la gente a nuestro antojo. Es lo que es —dijo, mirándome a los ojos.

—No me hallo conforme con las explicaciones que da al comportamiento de su prometida, señor. Hay algo en su actitud que sobrepasa, en gran medida, la envidia o el… *sufrimiento*, como lo llama usted, a causa de mi aspecto.

—¿Cree que hay otra razón por la cual Magdolna querría dañarla? —inquirió, frunciendo el ceño. Parecía querer ocultarme algo, lo cual hizo que yo temiese toda la situación mucho más.

—¡Sí! —exclamé—. ¡Y creo que usted lo sabe también, pero por alguna razón prefiere no decírmelo!

Él abrió con sorpresa sus ojos ambarinos elevando ambas cejas, y luego los entrecerró.

—No, señorita Pawlak —dijo con voz profunda, casi sonriendo—. No hay nada que yo prefiera no decirle. Por el contrario. Me alegra que mis sobrinos hayan compartido con usted la historia de nuestro antepasado Domán. Ellos me lo dijeron cuando les pregunté acerca de las horas que pasaron con usted, justo antes de advertirme al respecto del comportamiento de Magdolna. También mencionaron que han discutido con usted la vida de nuestra antepasada Báthory. Sé que le contaron mucho más, incluso aspectos de nuestra historia familiar que yo mismo les había prohibido divulgar. Supe que me habían

desobedecido en eso al hacerles ciertas preguntas, lo noté en sus miradas. No estoy enfadado con ellos. Ni siquiera los reprendí. Eligieron, precisamente, a la única persona con quien yo deseaba compartir todas estas cosas en su momento.

—¿Por qué, señor? —exclamé por lo bajo—. ¿Por qué me favorece usted?

La luz de las tres delgadas velas era tenue. Sus ojos, sin embargo, parecían iluminar su rostro con luz propia.

—¿Halló la nota dentro del libro? —inquirió.

Asentí.

—¿Me escuchó pronunciar las mismas palabras justo antes de hallarla?

—Así es —afirmé.

Él cerró los ojos.

—¿Se trataba de un experimento? —pregunté sin apartar la mirada de su rostro sublime.

—Sí. Pero mucho más que eso —respiró profundamente—. Nunca una persona me había inspirado este tipo de emociones. Quizás no logre explicar lo que debo decirle, pero… con usted no me siento absolutamente solo. Sé que todo cuanto me rodea es extraño y macabro. Tampoco hay nada que pueda hacer por cambiar esto. Sé que mi egoísmo en lo concerniente a usted es terrible, incluso imperdonable, pero no lo lamento. Una persona decente jamás la habría traído aquí. Una persona honorable la enviaría a casa ahora mismo, sin perder tiempo.

Creí que mi corazón se saldría de mi pecho.

—Señor, yo estoy aquí por sus sobrinos… ¿no es así? —inquirí.

—Ese es su empleo, sí —dijo—. Pero…

—¿Sí? —lo insté a proseguir, al borde de la desesperación.

—Pero los motivos por los cuales la elegí a usted entre todas las personas que se postularon para la plaza de institutriz fueron estrictamente personales —dijo, sin apartar sus ojos de los míos—. No crea que me arrepiento de esto ni un segundo, señorita Pawlak. Tampoco pretendo disculparme. Desde que tuve aquella visión en la cual usted sostenía en sus manos *La dama pálida*, supe que tenía que

conocerla. Podía traerla aquí y lo hice. Y ahora que la conozco, lo haría mil veces más.

No había en su discurso nada que yo no hubiese querido escuchar una y otra vez. Me sentí, si cabe, dichosa.

—Dígame si usted se arrepiente, señorita Pawlak —pidió, su expresión inescrutable.

—No… no aún —murmuré, mirando sus ojos dorados, cuya luz propia aumentó.

—¿A pesar de Magdolna? —insistió.

—Sí, a pesar de ella —admití, resoplando.

—Me hace feliz —dijo entonces.

Mi corazón golpeó mi pecho. Me obligué a observarlo de nuevo, pero él miraba hacia la puerta de la capilla y no supe si aquel había sido tan solo un comentario banal.

—Aun así —prosiguió—, tal vez tenga usted razón en algo. Es posible que Magdolna haya notado algo fuera de lo ordinario en mi conducta cuando mencioné haber encontrado la institutriz ideal para Elzbieta y Vladislav. Eso explicaría su reacción desmedida.

Allí estaba la respuesta que buscaba.

—¡Qué horror! —dije dando un paso atrás: sus palabras encerraban el motivo por el cual aquella mujer podía querer destruirme, aunque fuese descabellado—. ¡Su prometida tiene celos!

—Quizás —dijo él por lo bajo.

—No, señor Domány-Nádasdy, ¡tiene que ser eso! —dije, sintiendo que la cabeza me daba vueltas—. ¡No hice nada para acarrearme algo así! ¡Sus celos son totalmente injustificados!

Él soltó una breve carcajada.

—No lo son —dijo entonces, mirándome fijamente.

—¿Qué dice, señor? —inquirí con voz trémula a mi pesar. No quería revelarle cuánto me atraía.

—Lucyna… si mi prima conociera los pensamientos que usted me inspira, tendría toda la razón en estar celosa de usted.

Sentí que me tambaleaba. Ya habría yo querido olvidar mi posición en el castillo así como la existencia de Magdolna para poder replicar algo, lo que fuese, aunque me avergonzara después. Sin embargo, fui

incapaz de hablar a causa del peso de mis circunstancias. Él pareció entenderlo porque se dio la vuelta y exhaló, alejándose unos pasos.

—No amo a Magdolna—dijo de repente—. Y sé que ella tampoco me ama aunque asegure lo contrario. No la creo capaz de sentimientos profundos. Pienso que sus celos, si es que siente algo parecido, son solo una manifestación de su arrogancia, la necesidad caprichosa de reinar en todo momento sobre los pensamientos ajenos, en este caso los míos. Tampoco la considero especialmente peligrosa, menos ahora que mis sobrinos me han puesto sobre aviso y puedo tomar medidas más drásticas. Pero a usted… —agregó, tornándose hacia mí—. A usted la necesito aquí.

¿Me teme, Lucyna?

¡Aquella pregunta de nuevo, después de semejantes afirmaciones!

—¿Por qué debería temerle a usted, señor? —inquirí.

Por lo que soy, creí escucharlo decir, sus labios aún cerrados. Me sentí palidecer.

—Lo escuché pensar —balbucí aterrada.

—Lo sé —murmuró, dándose la vuelta hacia la parte más oscura de la capilla y caminando hacia el fondo de esta.

—¿Qué es usted, señor? —susurré.

Él detuvo su marcha y se dio la vuelta hacia mí. A duras penas si alcanzaba yo a distinguir el contorno de su cuerpo y sus ojos.

—Soy un asesino —murmuró.

Sentí que los vellos de mi nuca se erizaban. Entonces recordé lo que ya sabía e intenté tranquilizarme.

—Sé que tuvo que dar muerte a su hermana y a su cuñado, señor —dije, bajando la mirada—. ¿Es cierto que ardieron en llamas al ser tocados por los rayos del sol?

—Es cierto —afirmó—. A mí me ocurriría lo mismo si me expusiera a la luz solar.

—No puede ser —repliqué, anonadada y horrorizada ante el prospecto de que algo así pudiese pasarle a él—. Albergaba la esperanza de que se tratase de alguna exageración de sus sobrinos —confesé.

—Por desgracia, eso fue precisamente lo que ocurrió. Elzbieta y

Vladislav no le mintieron —dijo él.

—Pero usted no ató a su hermana y a su cuñado a aquellas estacas… ¿o sí? —pregunté ansiosa.

—No. No me refería a sus muertes —dijo.

—Señor Domány-Nádasdy, ¿tuvo usted algo que ver con la muerte de Rózsa? —inquirí, mis latidos desbocándose.

—No, señorita Pawlak. No sé por qué alguien podría haber querido asesinar a Rózsa. Aún pienso que pudo ser un accidente. Jamás he dañado a algún sirviente del castillo.

—¿De qué habla entonces, señor? —insistí, tan confundida como alarmada.

—He matado otra gente —dijo.

—¿En batallas? —pregunté. Me sentía débil.

—Sí. Y en otras circunstancias —respondió.

Soy un monstruo, lo escuché pensar.

—No, señor Domány-Nádasdy —musité.

—Lo soy —dijo él.

—¿Qué… clase de monstruo? —me obligué a preguntar.

—¿No lo ha adivinado aún, mi querida señorita Pawlak? —inquirió con voz sepulcral, fijando su mirada en la mía.

Mi sangre se heló en mis venas. La luz dorada de sus ojos aumentó lentamente hasta iluminar la totalidad de su figura y el espacio que se extendía ante él. Entonces lo comprendí: mis suposiciones más fantasiosas no eran infundadas. Grité, echándome a correr en dirección contraria hasta alcanzar el muro del que pendía el candelabro. Baltasar Domány-Nádasdy no se movió de su lugar. Gemí, pegando mi espalda al muro. No tenía escapatoria ni defensa alguna.

—Quiero que lo diga —solicitó en voz alta—. No me acercaré. Aunque mi naturaleza no es buena, jamás le haría daño a usted.

Mis ojos se humedecieron. ¿Qué clase de juego era aquel?

—¿Qué quiere de mí? —dije con un hilo de voz.

—Quiero que diga las palabras que yo no puedo pronunciar. Aquello que a mí me está prohibido contar.

No importaba cuán bello continuase siendo aun en aquellos momentos. Era una criatura de la oscuridad, un ángel y un demonio a

la vez. Baltasar Domány-Nádasdy era un vampiro.

—Siento que moriré de miedo —sollocé.

—Y, sin embargo, como puede observar, está viva —suspiró él—. Eso no cambiará si de mí depende. Aun así, quiero que afirme lo que cree saber. La escuché pensarlo hace unos segundos. No está equivocada. Vamos, dígalo.

No pude evitar llorar con más fuerza. Tomé aire en una inspiración irregular. No me atrevía a hablar. Sentía que pronunciar aquellas palabras las haría realidad.

—Usted es…—empecé a decir, pero me quedé sin aliento.

—Dígalo ahora —pidió.

—¡No puedo hacerlo! —lloré.

—¡Dígalo! —vociferó.

—Usted es un… vampiro —afirmé al fin, cubriendo mi rostro con mis manos y dejando que mi cuerpo resbalase hasta el suelo.

Parte de mí esperaba escucharlo reír, pero aquello no ocurrió. Cuando me atreví a elevar el rostro hacia él, continuaba en el mismo lugar.

—Gracias —dijo sin hacer ademán de acercarse. Lo escuché exhalar por entre los labios.

Solo podía observarlo desde mi posición, encogida contra el muro. No parecía querer matarme, al menos no aún. Pronunciar aquella frase había sido el mayor acto de valentía de mi vida. Poco a poco, el resplandor de su mirada disminuyó y dio algunos pasos hacia mí.

—Sé cuán asustada está —expresó—. No puedo culparla. Sin embargo, si un hombre de mi tamaño quisiera matar a una mujer indefensa como usted, podría hacerlo en segundos. Mi condición no altera los hechos en absoluto. Esto es, que no quiero ni pienso hacerle daño. Su miedo reside en lo que desconoce. En el aspecto oculto de lo que me ocurre. No tengo armas conmigo. No la traje aquí para atemorizarla sino para hablar con usted en un lugar seguro. No soy lo que soy por decisión propia. No lo busqué ni lo provoqué. Nadie me transformó. Nací siendo lo que soy.

—¿Está usted… vivo? —pregunté, mis lágrimas goteando sobre el suelo.

—¡Sí! —dijo, dando otro paso hacia mí. Parecía sincero.

—Pero… ¿nunca ha muerto?

—No —dijo—. Aunque comprendo que lo haya pensado. No soy un cadáver salido de la tumba.

—¿Cómo puede ser? —mascullé.

—Tal es la maldición de mi familia. En ello consiste mi condición hereditaria. Usted solo debía ponerles un nombre a ciertos síntomas particulares. Dada la facilidad con que lo hizo, deduzco que ya lo había pensado. ¿Me equivoco?

Negué con la cabeza.

—No se sienta mal por haberlo considerado previamente. Yo contaba con que advirtiese la similitud entre las leyendas y lo que soy —dijo—. Soy consciente de que la palabra precisa que define mi naturaleza es un poco escandalosa.

Vampiro. Escuché el eco de su pensamiento en mi mente.

—Siento que perderé la razón, señor —murmuré—. Dígame que estoy soñando.

—Lo lamento, no es así. Ya quisiera yo que mi maldición solo fuese un mal sueño. Pero no lo es. Deseaba esperar a que me conociese mejor para abordar este tema, pero los niños han hablado de más y Magdolna se percató de su presencia en el castillo mucho antes de lo previsto. Era preciso que tuviese esta conversación con usted hoy.

—¿Con qué fin, señor? —tartamudeé.

—La quiero para mí —dijo, mirándome por debajo de las cejas.

Mi corazón se detuvo.

—¿En qué sentido? —susurré temblando. ¿Me querría como víctima?

Él tomo aliento para responder pero cerró los labios.

—En el sentido que usted quiera, y en la medida que usted lo desee —dijo al cabo de un par de segundos—. Deseo poder conversar con usted todas las noches sin ocultarle lo que soy. Deseo compartir ciertos conocimientos ocultos con usted, pues sé que los apreciará. Deseo seguir sintiéndome acompañado. No podría lograr eso si le mintiese, y usted ya sabe tanto acerca de mi familia que me vería obligado a inventar cosas para explicar lo que parece imposible. Sería una especie

de tortura para mí hablarle siempre con acertijos, evadir sus preguntas o interrumpir cada conversación comprometedora. Deseo permitir que me conozca. Deseo que se sienta libre en mi presencia. Deseo que me llame por mi nombre.

Aquello era mucho más de lo que había soñado escuchar de su parte, pero ahora que él había confirmado mis peores sospechas, mi mente rehusaba aceptar la posibilidad de que sus intenciones fuesen buenas. Estaba petrificada de miedo.

—¿Bebe usted sangre humana? —fue todo cuanto pude replicar.

—Sí —afirmó cerrando sus párpados brevemente—. Necesito hacerlo de vez en cuando. Al menos ese es mi caso hasta ahora. Ignoro cuánto pueda incrementar dicha necesidad con los años. Lo importante es que no necesito beber la suya.

Asentí con dificultad.

—¿Mata usted a… quienes lo alimentan?

Él tomó aire y exhaló sin dejar de mirarme. Tirité a la espera de su respuesta.

—Lo hice antes, cuando aún no dominaba el arte de ser lo que soy —dijo al fin—. Aprendí a detenerme con el tiempo. Ellos no sienten nada excepto cierta debilidad en la mañana.

—Como en los libros —dije estremeciéndome.

Él asintió.

—Como en los libros —replicó con voz queda.

—¿Por qué revelarle algo así a alguien, señor? —inquirí en un murmullo.

—Porque tener secretos en soledad es abrumador. Compartir un secreto semejante con los miembros de una familia que no me ama es una pesadilla. Solo mi difunta hermana me amaba y la perdí. Ella era mi única compañía real. Necesito de alguien externo y ese alguien solo puede ser usted. Le garantizo que el peligro de compartir un secreto tan terrible es sobrecogedor. Si usted no fuese capaz de comprender la magnitud de la maldición que me agobia y decidiese hablar, sería mi perdición. El mundo entero buscaría destruir a mi familia. Sin embargo, es un riesgo que decidí correr desde que la traje aquí.

—Usted me mataría antes —respondí.

—¡No! —exclamó él—. ¿No me ha escuchado, acaso? ¡Jamás le haría daño a usted! Mis parientes me encerrarían en un calabozo durante el resto de mi vida si supieran que le revelé a alguien lo que soy. Los acabo de traicionar al confiar en usted. Aun así, nuestra maldición familiar hace imposible que podamos declarar lo que somos con palabras específicas. Por ende, no sospecharán nada… a menos que usted elija divulgar lo que he admitido ante usted.

—¿Me matarían sus parientes? —gemí.

—Sin duda —dijo él—. Pero serían mucho más clementes con usted que conmigo, pues además de encerrarme en un calabozo, me torturarían. Cabe decir que no conocen la misericordia. Dicho esto… creo sinceramente que usted no me teme a mí, así como yo no le temo a usted. Le teme a lo que soy, y quizás a lo que he hecho. Pero también creo que, una vez se lo explique de modo satisfactorio, para lo cual necesito tiempo y su permanencia en el castillo, lo hallará más interesante que aterrador. Al menos tal es mi anhelo. No deseaba confrontarla con tal crudeza ni exponerla a esta realidad oculta sin la debida preparación. Hubiese querido que fuese de otro modo, sin esta sensación de urgencia. Quizás así no habría usted sentido el miedo que ahora la embarga —suspiró. Se veía abatido.

—Desearía no conocer un secreto tan sombrío —me lamenté con voz entrecortada—. Ahora me hallo en mayor peligro que antes.

Me sentí culpable en cuanto dije lo anterior, pues su deseo de amistad era comprensible, y no quería ser yo precisamente quien lo juzgase por ser quien era, menos aún, cuando él no había hecho nada para merecerlo.

—¿Lo dice de corazón? —preguntó él—. Puedo hacerla olvidar toda esta conversación, Lucyna. Incluso el haber estado aquí conmigo… pero debe ser esta misma noche. Llegado el amanecer, me será imposible lograr que usted olvide lo que ahora sabe. Si desea que borre mi secreto de su mente, creerá haber tenido pesadillas en su habitación, y mañana mismo la despediré por medio de una nota cordial con una buena suma de dinero. Jamás me volverá a ver.

Apartó su mirada de mí. ¿No verlo nunca más? Aquella idea era peor que guardar cualquier secreto.

—Eso no es lo que deseo —objeté de modo impulsivo.

—Le ruego que lo considere con detenimiento. Puede ser franca conmigo —tensó la mandíbula—. Mi deseo jamás ha sido condenarla a llevar un peso imposible de soportar. Si cometí un error con usted, puedo remediarlo, pero... lo cierto es que los vampiros existen. Saber esto no la pone a usted en un peligro mayor que ignorarlo. Hay otros como yo en el mundo. Mucho más sanguinarios, de hecho. Quizás más allá de estas murallas la espere una existencia plácida en compañía de una familia mejor que la mía y nunca tenga usted el infortunio de cruzarse con otro vampiro. Pero el ser humano es cruel y desleal, violento y caprichoso. El hombre mata, roba, miente, hiere. Hay otros monstruos allá fuera. Jamás he creído que el conocimiento pueda ser una desventaja sino lo contrario. Esto, a menos que el miedo o el dolor producidos por la verdad sean tales que el individuo ya no pueda lidiar con la realidad. Por ende, si prefiere olvidar lo discutido aquí esta noche, me encargaré de que sea así. Si, por el contrario, escoge vivir con el descubrimiento que usted misma hizo, tendrá, además de mi protección y amistad, mi agradecimiento. Y yo procuraré darle la paz que necesita.

Su mirada era suplicante. Sentí remordimiento por mi reacción. Baltasar Domány-Nádasdy me estaba ofreciendo su verdad, y yo solo había logrado responder como si él me hubiese convertido en su víctima. Me obligué a incorporarme, temblando de pies a cabeza.

—Quizás no le tema tanto a usted como a una revelación tan extraña o a sus consecuencias, las cuales soy incapaz de prever. ¿Cómo puedo sentirme a salvo habitando un castillo con… personas que beben sangre humana? Peor aún, viviendo con la prometida de uno de ellos, la cual me odia —dije, sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas cálidas.

—Magdolna es en exceso débil durante las horas de luz —dijo de súbito—. Usted podría hacerle tanto más daño a ella, y ella lo sabe. Todos somos extraordinariamente vulnerables durante el día.

—¿Sus sobrinos también beben sangre humana?

—Aún no —dijo—. Solo ocurrirá cuando cumplan los dieciocho años. Falta mucho para eso. Ojalá pudiese evitarles esa experiencia.

—¿No es placentera? —me atreví a preguntar, mi voz trémula a causa del llanto.

—No para mí —dijo él—. Es el único de mis instintos que aborrezco.

Sentí compasión por él.

—Suena como una pesadilla —susurré.

—Lo es —dijo por lo bajo—. Pero poseo ciertos dones que compensan en parte la necesidad que maldigo.

Permanecí en silencio unos instantes.

—¿Qué hay de sus parientes adultos? —inquirí. Hubiese deseado aparentar cierta calma, pero continuaba temblando—. ¿Cómo podré impedir que su hermano o sus primos me ataquen mientras duermo?

—Usted no tendrá que impedir nada. Yo me encargaré de protegerla en las horas de oscuridad. Los Domány-Nádasdy solo podemos consumir sangre humana entre la medianoche y el amanecer. Por otra parte, mis parientes y yo hemos pactado jamás beber la sangre de los empleados del castillo, y ninguno de los miembros de nuestra familia puede entrar a una habitación sin permiso explícito de quien la ocupa. Pero, le reitero, tomaré medidas adicionales para asegurarme de que nada le ocurra. No tendrá que atravesar los corredores a solas en ningún momento. Y yo velaré por su sueño de ser necesario.

—¿No le parece demasiado trabajo por tan poco, señor? —pregunté, y las lágrimas se deslizaron por mi rostro.

—Su permanencia aquí lo es todo para mí ahora —afirmó—. No hay nada que no esté dispuesto a hacer con tal de convencerla de no partir.

—Gracias —dije, intentando secarme los ojos y las mejillas—. No sé qué he hecho para merecer su aprecio o su confianza, señor, pero no tengo palabras para expresar cuánto lo valoro. Es solo que… no creo ser capaz de soportar tanto terror.

—Si se queda aquí, llegará a entender por qué es tan importante para mí —dijo. Su mirada era casi dolorosa, no obstante la seriedad de su rostro.

—Le creo —dije—. Creo que lo comprendo a mi modo sin importar cuán extraño y siniestro sea cuanto me ha contado, señor.

—Baltasar —murmuró.

Vi mis propias lágrimas golpear la piedra oscura del suelo. Él caminó hacia mí, deteniéndose a una vara de distancia. Una sensación de viva trascendencia se apoderó de mí. Él me extendió su mano derecha con la palma hacia arriba. Deposité entonces mi mano helada sobre la suya, que no había perdido su tibieza, y me pareció que su calor se deslizaba hacia mí como si él pudiese controlarlo. Sentí entonces que no me haría daño aunque fuese peligroso y aunque su naturaleza no fuese apacible.

—También soy humano —dijo—. Y usted no es tan común como cree.

—Su cercanía hace que mi miedo se desvanezca —reconocí, mirando dentro de sus ojos—. ¿Es ese uno de sus dones?

—No —esbozó una sonrisa—. Se lo dije, usted no me teme. Creo que se debe a que sabe en su interior que no tiene motivos para hacerlo.

Tomó mi mano libre y le infundió calor también. Mi mayor problema, según comprendí a la sazón, era que, pasado el impacto inicial de aquella terrífica revelación, me importase tan poco que él bebiese sangre humana o que hubiese matado para alimentarse. Ni siquiera intenté justificarlo para mis adentros diciéndome que no lo hacía por placer o por decisión propia. Me atraía de un modo tal que todo, absolutamente todo, era secundario.

—¿Podré hacerle más preguntas acerca de todo esto en ocasiones? —pregunté, más que consciente de su tacto.

—Por supuesto. Yo le indicaré cuándo es seguro o no abordar el tema. Ignoraba cuál sería su reacción al enterarse de estos asuntos y por ello consideré prudente traerla a esta edificación distante. Si alguien la hubiese escuchado proferir ciertas palabras delatoras en el castillo, nos habríamos hallado en graves problemas. Ahora bien, si usted hubiese intentado huir de mí en estado de pánico y se hubiese topado en algún pasadizo con Imre, con Magdolna o con Aurel, aquello habría sido potencialmente desastroso tanto para usted como para mí. Por lo tanto, venir aquí fue una decisión acertada. Por otra parte, si mis parientes descubren que la saqué del castillo para estar a

solas con usted, lo encontrarán extraño, y no quiero darles motivos para sospechar de mí. De allí las precauciones como el abrigo negro que ahora lleva puesto, así como la necesidad de que no porte usted una luz. Retornaremos del mismo modo en que partimos.

—¿Cree que podamos continuar conversando una vez regresemos? —pedí, sintiendo que el calor ascendía a mi rostro. No quería despedirme de él aún.

—Es imperativo —dijo él, clavando su mirada en la mía.

También yo lo deseo, lo escuché pensar.

Entreabrí los labios para exhalar. No pude dejar de imaginar que sus pensamientos tenían el significado que yo habría preferido que tuviesen.

—Sin embargo, si alguien nos ve llegar —prosiguió—, diré que intentaba seducirla. No será difícil de creer —añadió, y me pareció que sonreía con los ojos al decir esto último.

¿Intentar seducirme? ¡Como si no lo hubiese logrado sin proponérselo solo con mirarme fijamente la primera vez! Él no tenía que intentar nada conmigo; era yo quien debía contenerme en su presencia. Supe que me teñía de escarlata, lo cual me avergonzó. No quería parecer pueril o pudorosa. Carraspeé.

—¿Lo encuentra gracioso? —preguntó, arqueando una ceja.

—En absoluto —dije, dando un respingo—. Magdolna quiere dañarme, ¿recuerda? Una excusa semejante reforzaría sus motivos personales para odiarme —agregué a toda prisa. Lo que fuese con tal de no abochornarme aún más explicando mi razonamiento en cuanto a su capacidad de seducción.

—Dejaré algo en claro ahora mismo, Lucyna —dijo, su semblante endureciéndose—. No tengo ninguna intención de proteger los sentimientos de mi prima. No nos unen lazos de afecto, ni siquiera puedo afirmar que seamos amigos. Y lo más importante: ella no tiene ningún derecho o poder de decisión sobre mí. Jamás lo ha tenido. Estoy obligado a casarme con ella porque así lo decidieron mis padres. Por desgracia, juré cumplir su voluntad siendo demasiado joven, cuando aún carecía del conocimiento necesario para comprender en detalle lo que se esperaba de mí. Aun así, tener que satisfacer dicha

obligación contractual no me afecta. Mis decisiones, mis pensamientos y mi proceder son enteramente míos, y seguirán siéndolo mientras viva. Del mismo modo, ella solo se pertenece a sí misma y puede obrar con plena libertad según le plazca. Siempre lo ha hecho, al igual que yo. Magdolna y yo tenemos vidas separadas aunque paralelas. Jamás le daré el poder de inmiscuirse en mis asuntos… sea antes o después de sobornar al pastor de turno para que registre nuestro matrimonio sin oficiar ninguna ceremonia, según es la costumbre de nuestra familia —concluyó, poniendo los ojos en blanco y barriendo el aire con sus dedos en ademán de desprecio.

Era la mejor noticia que había recibido aquel día.

—Eso es maravilloso, señor —dije sin pensar.

—Baltasar —me corrigió—. ¿Qué es maravilloso? —inquirió, entrecerrando los ojos en tanto sus labios se curvaban en una sonrisa.

Que usted no le pertenezca a alguien más, pensé, pero no lo dije.

—Que su prima no tenga autoridad sobre usted ni pueda objetar sus decisiones personales —afirmé—. No hay nada que desee más que su compañía —confesé al fin, sintiendo que mis labios ardían al mirarlo.

—Nadie tiene autoridad sobre mí —afirmó, y su respiración exquisita acarició mi rostro por un instante. Me pareció que me derretía por dentro y creí que mis rodillas no soportarían el peso de mi cuerpo—. Pero yo sí que puedo ordenarle a Magdolna no acercarse a usted. Estoy a cargo del castillo y, por ende, quienes moran en él están bajo mi protección.

—Quizás una orden tan directa la enfurezca aún más —objeté, aunque en aquel momento todos mis pensamientos se centraban solo en él.

—No creo que obrar con tacto sea la solución —dijo—. Si Magdolna se dio prisa en amenazarla e intimidarla llegando al extremo de hacerse pasar por la señora Kowalski, es porque no ha recibido ninguna orden explícita de mi parte en cuanto a usted. Estoy seguro de que quiso anticiparse a ello mientras aún tenía tiempo.

—¿No cree que procurará desobedecerle? —pregunté.

—Más vale que no lo intente —sentenció—. Magdolna sabe que nada le conviene menos que desafiarme en las medidas sobre las

cuales tengo plena potestad por decisión unánime. Por lo pronto, usted y yo debemos darnos prisa en retornar.

Asentí. Aun si me encontraba mareada y débil a causa del torrente de emociones experimentadas, el sentimiento que primaba en mi interior era la gozosa anticipación de contar con la presencia constante de Baltasar Domány-Nádasdy. Pensar que me había elegido a mí entre todas las personas del mundo para guardar su secreto me llenaba de un raro deleite; oscilaba entre el orgullo y un asombro sin precedentes, entre el nerviosismo y la euforia.

18
Lucifer

Durante el retorno al castillo nevaba mucho más, por lo cual Baltasar consideró improbable que sus parientes estuviesen deambulando a la intemperie. Por suerte, no nos cruzamos con ninguno de ellos al desmontar, y mi patrón me guio sin contratiempos a la habitación en la cual me había hecho entrega del abrigo. Antes de dejarme pasar, inspeccionó la estancia.

—No hay nadie aquí —susurró—. Adelante.

En cuanto ambos estuvimos dentro, cerró la puerta con llave y procedió a remover los carbones del hogar para azuzar el fuego. Aguardé sin moverme junto a la puerta, intentando discernir mi entorno, pero solo veía su silueta frente a la chimenea. Él procedió a encender algunas de las velas que sostenía el candelabro de bronce y abrió un poco las cortinas.

—Tome asiento, por favor —dijo, mirando hacia el exterior unos instantes.

Caminé en dirección al sofá verde de sedosa textura frotándome los brazos a través del abrigo para entrar en calor. La nieve caía como fino polvo al otro lado del inmenso ventanal. Baltasar esperó a que ocupase mi lugar en el mueble mullido y anunció, aún de pie:

—La señora Kowalski traerá una bandeja con alimentos a medianoche. Mientras tanto, considero que ambos podemos beneficiarnos de una copa de jerez.

—Gracias —respondí con una leve inclinación de cabeza.

La idea era reconfortante. Él caminó hacia un gran estante de madera posicionado al otro lado de la habitación y, después de abrirlo, escanció el licor en las sombras. Me dije que aquello de ver a la perfección en la oscuridad era una gran ventaja. Pronto regresó al sofá con dos copas de tallo corto que puso sobre la mesita redonda y tomó asiento junto a mí, no demasiado cerca pero tampoco demasiado

lejos. Entonces encendió la lámpara que reposaba sobre la mesa ante nosotros, la cual despidió su cálida luz. Así pude observar mejor su faz masculina. Aun en la penumbra, el licor tenía un color semejante al de sus ojos, casi dorado. Él tomó su copa e hice igual con la mía.

—Salud, Lucyna —dijo, elevando el cáliz hacia mí—. Por una amistad sin secretos.

—Salud —repliqué, observando la curvatura de sus labios. Cuán feliz me hacían sus palabras.

Tras ingerir algunos tragos, sentí el efecto relajante del alcohol. A pesar de la claridad derivada de las velas y la pequeña lámpara, aquella habitación seguía siendo muy oscura. Sin embargo, su atmósfera hacía que me sintiese sumamente a gusto.

—Puede hablar sin temor a ser escuchada —dijo él—. Estos viejos muros son gruesos.

—¿No tiene alguno de sus parientes el don de escuchar a través de las paredes? —inquirí.

—No —rio—. Pero no sería extraño, ¿verdad?

—Nada me extrañaría menos —repuse, riendo un poco a mi vez—. ¿Puedo mencionar cualquier tema, entonces?

—Así es —respondió—. Aquí estamos a salvo.

Bebí más de mi copa hasta ingerir la totalidad de su contenido mientras él me observaba con detenimiento.

—Traeré la botella —dijo, terminando su jerez—. Veo que ambos necesitamos mucho más licor.

Para cuando llenó de nuevo nuestras copas, el fuego había empezado a arder con más fuerza en el hogar. Antes de sentarse por segunda vez, Baltasar se deshizo de su abrigo, dejándolo en el extremo del sofá. Constaté que de nuevo vestía solo prendas negras, aunque distintas a las que llevaba puestas la noche anterior: largas botas negras con lazos delanteros que ascendían casi hasta sus rodillas, pantalones de paño negro algo más holgados en la porción de los muslos, camisa negra de lino de corte impecable y un grueso cinturón de cuero negro ceñido sobre esta última. El estilo de su atuendo era reminiscente de aquel de un uniforme militar de fineza extravagante. Todas sus ropas, aunque sobrias, eran sin lugar a dudas lujosas. Dada

su estatura, lucía más que imponente.

—¿Qué piensa, Lucyna? —inquirió con seriedad, ladeando la cabeza.

—Parece que fuese usted a liderar el ejército de las sombras —murmuré.

Él rio, enseñándome sus dientes blancos.

—Qué más quisiera yo —respondió—. He intentado entablar contacto con alguna inteligencia inmaterial importante sin mayor éxito.

—¿De veras? ¿Con qué fin? —inquirí en tanto él volvía a ocupar su lugar junto a mí.

—Busco respuestas, por supuesto —dijo, frunciendo el ceño—. Quizás aún no haya encontrado el medio apropiado. O tal vez el amo de las tinieblas se halle muy ocupado para escuchar mis evocaciones.

No supe si hablaba en broma.

—¿Cree usted en la existencia del diablo? —pregunté, sorprendida.

—No puedo negar que siento gran afinidad hacia lo que representa, aunque no en el sentido que le da el cristianismo. Aun así, en mi búsqueda a través de lo oculto, solo he encontrado silencio —respondió, haciendo una pausa y mirándome con atención—. ¿Cree usted en el diablo?

—No —dije—. Definitivamente no. Sin embargo, tengo gran interés en saber qué representa para usted. ¿Cree que sea una entidad viviente?

—Quizás —dijo con voz ronca, su mirada fija en la lámpara verde clara.

Pensé que, si él fuera el diablo, abrazaría la tentación sin dudarlo un instante. Él tomó un estuche de plata labrada que se hallaba sobre la mesa y extrajo de él un cigarrillo que encendió, enseñándome su perfil. El humo aromático brotó de sus labios como una cascada ascendente en tanto él cerraba los párpados con expresión de solaz.

—¿Ha fumado alguna vez, Lucyna? —terminó de exhalar, echando la cabeza hacia atrás.

—No, jamás —admití, prendada de aquella imagen. Fumar no era considerado propio de las mujeres de mi época y por ello nadie me

había ofrecido su pipa o un cigarrillo.

—¿Le gustaría hacerlo? —preguntó, volviéndose hacia mí. Su expresión tenía un dejo pícaro.

—Sí —dije anhelante.

—No me decepciona —respondió, entrecerrando los ojos y sonriendo de medio lado—. Está dispuesta a romper las reglas. Los pequeños placeres mundanos son esenciales para sobrellevar la existencia. La primera vez puede ser algo fuerte —me advirtió, mirándome por debajo de las cejas—. Por ende, para empezar…quizás sea mejor que usted inhale a propósito el humo que yo exhale. ¿Está lista?

Asentí escuchando el eco de mis propios latidos, atenta a lo que él haría a continuación. Él tomó una larga aspiración del cigarrillo y se inclinó hacia mí para poner su rostro a un palmo del mío, sus ojos profundos centelleando. Su proximidad hizo que mi pulso galopase: percibía la tibieza de su cuerpo y estaba tan cerca de él que habría podido besarlo. No había nada que deseara más. Él dejó entonces que el humo espeso escapara con lentitud a través de su boca para que yo lo recibiese. Lucía como el más cautivador de los demonios dándome la bienvenida al infierno. Entreabrí mis labios para inhalar sin dejar de mirarlo, sintiendo que me llenaba de él a la vez que aspiraba el humo. La esencia del tabaco causó que experimentase un peculiar cosquilleo en la garganta y en el pecho.

Me complace adentrarme en usted.

—Intente retener el humo unos instantes —dijo.

Así lo hice. No quería dejarlo ir puesto que provenía de él.

—¿Qué tal? —inquirió, recobrando su posición inicial mientras yo exhalaba.

—Interesante —dije, aclarándome la garganta y tosiendo un poco, consciente de que la sangre había ascendido a mi rostro por culpa de mis propios pensamientos y no por el tabaco.

Él rio por lo bajo y me extendió el cigarrillo.

—Sujételo así, entre el dedo de en medio y el índice —dijo.

El roce de su mano hizo que me estremeciese. Me llevé el cigarrillo

a los labios e inhalé de modo superficial para evitar un acceso de tos.

—Eso es —dijo él, sonriendo con descaro—. Ahora llévelo a sus pulmones y espere un poco antes de exhalar. Libere el humo lentamente.

Expulsé con suavidad el blanco vapor por entre los labios.

Qué bella se ve, lo escuché pensar.

Sentí que todo mi cuerpo se encendía al mirarlo de nuevo.

—Estoy bastante segura de que jamás habría fumado de no haber sido por usted —dije, regresándole el cigarrillo con una sonrisa—. Gracias.

—No puedo esperar a compartirle más cosas —respondió, contemplándome con un aire algo siniestro en tanto tomaba el cigarrillo de entre mis dedos.

—Me siento como la discípula de Lucifer —dije a modo de broma, aun si en parte afirmaba la verdad.

—¿Lucifer, eh? —inquirió, arqueando una ceja—. Sabe lo que el nombre significa, ¿verdad?

—Sí. Portador de la luz, como lo indica el origen de las palabras que componen su nombre —dije, complacida—. Del latín *lux*, que es luz, y *ferre*, que es portar. La etimología es un asunto fascinante para mí.

—Qué bello es que le interesen estos pequeños detalles. No se asemeja a… quienes me rodean. Ahora bien, Lucyna, ¿no le parecería algo irónico que un vampiro que no tolera el sol fuese el portador de la luz?

Aspiró el cigarrillo y me lo extendió de nuevo.

—En absoluto —dije—. El sol no es la única fuente de luz existente. También está el fuego. ¿Y qué hay de la llama del conocimiento? Quizás aquella sea la verdadera luz del espíritu humano. Esa luz que el diablo metafórico del Génesis quiso conceder a Adán y a Eva para que fuesen como dioses.

Él me observó en silencio. Tomé una pequeña bocanada de humo y la retuve un par de segundos en mi pecho.

—Llama del conocimiento o luz que surge de la oscuridad —susurró —. Lucifer, quien porta la luz, se refiere originalmente al llamado *lucero de la mañana*. En griego, su nombre es *Phōsphoros*. En latín,

Venus.

—¿Lucifer es un apelativo de Venus? —tosí, atragantándome con el humo.

—Venus *es* Lucifer. No hay más Lucifer que Venus –dijo él, enseñándome su blanca dentadura—. Verá usted, Venus es el más brillante de los cuerpos celestiales después del Sol y la Luna. Su luz es más potente en el mes de diciembre, a partir del cual los días se hacen más largos, y solo es visible durante un breve lapso de tiempo tras el atardecer o antes del amanecer. Por ello se decía que Venus traía la luz. Venus, el planeta esplendente, fue así llamado *portador de la luz*, o Lucifer, porque daba la impresión de traer la mañana y anunciar el fin del invierno.

—Pero entonces, ¿por qué llamamos así al ángel caído? —pregunté, confundida.

—Que al diablo se le haya atribuido ese nombre en particular se debió a una tergiversación de ciertas escrituras hebraicas que se tienen por sagradas —agregó con un mohín de fastidio casi imperceptible—. Un error de interpretación muy posterior al tiempo de su creación, ya que aquellas escrituras pretendían ilustrar, por medio de la lírica, la caída del esplendoroso monarca de Babilonia, comparándolo con Venus: *¡Cómo caíste del cielo, oh, Lucifer, hijo de la mañana!* —citó—. Tras el surgimiento del cristianismo y la subsiguiente difusión del mito que describía al diablo como un ángel caído, se decidió asumir que aquel autor bíblico hablaba de Satanás. Pero ocurre que, en el texto, el vocablo *cielo* se refería al firmamento, no a un paraíso cristiano completamente ajeno a las creencias del pueblo israelí al cual el autor pertenecía. Aquella noción era aún inexistente en su época.

—De modo que, gracias a un error del cristianismo, hoy en día el diablo es llamado *portador de la luz*, es decir, Lucifer —dije, divertida.

—Así es —confirmó él con expresión triunfal—. Creí que esta pequeña historia le agradaría.

—No se equivocó —afirmé, alegre y halagada—. Por cierto, en cuanto a la visibilidad de Venus en el firmamento antes del amanecer y después del atardecer…

—¿Sí? —inquirió, arqueando las cejas.

—Si bien se dice que Venus trae la mañana, también podría decirse que el ocaso trae a Lucifer… como a los vampiros que no toleran la luz del sol —comenté, sosteniendo el cigarrillo entre mis dedos y mirando sus labios—. Y eso es aún mejor.

—¿Por qué? —preguntó, sus ojos más amarillos que de costumbre.

—Porque, al igual que a Lucifer, el cuerpo celeste, lo veré a usted tras el crepúsculo —respondí.

Cuánto quisiera que permaneciese conmigo durante la noche, pensé.

Las campanadas de la medianoche sonaron en esos instantes durante los cuales podría haber jurado que la tez de mi interlocutor adquiría un matiz cobrizo. Lucía acalorado, y pensé que poco importaba si había sido capaz de escuchar mis pensamientos. Era la verdad, y aunque no me atrevía a decirlo, deseaba que él lo supiera.

—Ahora puedo beber sangre humana hasta el amanecer —dijo, recordándome aquella extraña regla a la que estaba sujeto. En vez de sentir miedo, se me antojó que sus palabras tenían una carga sensual indescriptible en aquellas circunstancias.

Los golpes en la puerta me sobresaltaron.

—Gracias, señora Kowalski —dijo él con voz fuerte—. Haga el favor de depositar la bandeja junto a la puerta fuera de la habitación. Puede retirarse a dormir.

Había olvidado que nos llevarían alimentos. Por unos segundos me había embargado el terror al creer que los parientes de Baltasar nos habían descubierto.

—Buenas noches, señor Domány-Nádasdy —escuché al ama de llaves replicar al otro lado de la puerta.

Mi patrón se puso de pie. En vez de dirigirse a la entrada del recinto, caminó hacia el otro lado de la habitación, el cual estaba sumido en tinieblas. Allí lo escuché remover las llaves y, acto seguido, dar la vuelta a una de ellas en una cerradura, tras de lo cual abrió una puerta. Escuché sus pasos adentrarse en la habitación adyacente, cuyo oscuro interior se tornó luminoso momentos después gracias al resplandor emitido por varias velas que mi patrón encendió.

—Venga, Lucyna —me llamó desde allí—. Quiero que permanezca oculta en esta habitación mientras tomo la bandeja. Es preciso que me

alimente cuanto antes y estoy seguro de que a usted le vendrá bien comer algo después de haber vivido eventos tan estremecedores. Vamos a cenar a medianoche, como debe ser.

Presentí la urgencia en su voz y por ello caí en la cuenta de que era muy posible que beber sangre, en este caso mi sangre, fuese una tentación para él ahora que había llegado la hora determinada. Me encaminé hacia él temblando aunque sabía que su intención era consumir los alimentos que la señora Kowalski había llevado. Al cruzarse mis ojos con los suyos, advertí en ellos el ansia y la sed que lo embargaban. Por primera vez lucía como un verdadero depredador. Instintivamente, me hice a un lado para permitirle pasar, pero no antes de que él me dirigiese una mirada feroz que me produjo pavor visceral. La necesidad inmediata de consumir sangre causaba que su naturaleza implacable se manifestase, y así supe cuán imposible resultaba que sintiese compasión o remordimiento al hallarse bajo su influjo.

Observé mi entorno mientras él salía de la estancia: esta era más pequeña que la anterior y solo contaba con la puerta por medio de la cual yo recién había entrado, lo que significaba que nadie podía acceder a ella por medio del corredor. Contaba con un juego de comedor que consistía en una mesa cuadrada de ébano tallado con motivos orientales y dos asientos compañeros tapizados de tela roja con brocados de color oro, un lecho suntuoso con cortinas y mantas borgoña, un armario de madera y una altísima biblioteca llena de libros que ocupaba la totalidad de uno de los muros. Antes de que pudiese asomarme a la estancia adyacente, Baltasar había retornado con la bandeja y ya la depositaba sobre la mesa.

—Por favor —dijo gesticulando hacia uno de los asientos del comedor para que yo lo ocupase en tanto él se acomodaba en el otro.

Me di prisa; era evidente cuán apremiante era el momento para él. Retiró las cubiertas de las fuentes y, sin esperar, tomó un trozo de pan que devoró cerrando los ojos. Noté que su rostro se cubría de transpiración mientras masticaba, y no supe si sufría o experimentaba alivio. Aquello era muy distinto a la tranquilidad con que había parecido disfrutar sus alimentos la noche anterior durante la cena que

habíamos compartido. No bien hubo terminado de tragar, sirvió en dos cuencos de plata el estofado de res que nos habían enviado y me extendió uno. Había dos cucharas en la bandeja, así que tomé una de ellas y procuré concentrarme en comer para no incomodarlo observándolo. Aun si las emociones de semejante noche me habían hecho creer que lo último que necesitaba era alimentarme, me sentí revivir al tragar el primer bocado. El estofado estaba delicioso. Mi estómago rugió y mi apetito se incrementó conforme degustaba aquel sabor fuerte y sustancioso.

—¿Vino?

Cuando elevé mi rostro hacia él, su ansiedad parecía haberse disipado. Estaba sonriendo.

—Por favor —repliqué.

Él procedió a llenar las dos copas de plata con el vino que contenía una gran jarra, también de plata.

—Este está mezclado con agua —dijo—. Algo más ligero y dulce que el que bebimos ayer.

—¿Se encuentra usted bien? —le pregunté. Aun si parecía estarlo, quería que me lo asegurase.

—De maravilla —dijo con naturalidad.

Usted está aquí, pensó.

—¿Es este su dormitorio? —inquirí curiosa—. Creí que tanto usted como sus parientes tenían sus habitaciones en el ala este.

—Reservo estas dos estancias en el ala norte solo para mí con el fin de poder vigilar la entrada al castillo mientras me entretengo leyendo. Sin embargo, mis aposentos como tales se encuentran en el ala este, bajo tierra. ¿Nota usted que esta habitación carece de ventanas?

Asentí.

—Es por si me veo obligado a dormir aquí. No puedo arriesgarme a que alguna cortina a medio abrir permita que se filtre la luz diurna por alguna nefasta casualidad. Por lo mismo, mis habitaciones en el ala este son subterráneas, así como las de Aurel. Este castillo es tan grande bajo tierra como lo es sobre ella. Hay dormitorios, salas de baño, bodegas, calabozos…

—¿Calabozos? —tartamudeé.

—Sí, calabozos —dijo él—. También tenemos un mausoleo subterráneo. En él yacen los miembros de nuestra familia que fallecieron de forma definitiva. Mis padres, mis abuelos, mi hermana y su esposo…

Un escalofrío me recorrió.

—Espere, es la segunda vez que lo escucho decir algo similar —afirmé—. Para que especifique usted que existe una muerte definitiva, debe haber una muerte temporal, ¿no es así?

Él rio, y su expresión se me antojó diabólica.

—No se le escapan las minucias —dijo con suma gravedad—. Mis familiares y yo podemos morir por causas naturales o accidentales como cualquier otro ser humano, además de las causas infrecuentes derivadas de nuestra condición, como la exposición a la luz solar. Sin embargo, a menos que una estaca atraviese nuestro corazón y nuestra cabeza sea seccionada después de haber muerto… nos levantaremos de la tumba para alimentarnos de sangre humana cada noche.

—¡Horror! Es decir que hay vampiros vivientes, como usted, y hay vampiros muertos… —conjeturé, tragando en seco—. ¿Son estos últimos iguales a aquellos de las leyendas y el folclor?

—Básicamente —respondió él—. Los vampiros del segundo tipo han experimentado una especie de restauración maldita después de haber muerto, a partir de lo cual incursionan en un tipo de vampirismo que conlleva muchas limitaciones. Ningún vampiro viviente quiere llegar a ese estado. Para empezar, un vampiro muerto tiene que descansar en su tumba o sobre tierra de cementerio, al menos de forma periódica. Por otra parte, no puede habitar entre los vivos con la libertad que lo hacemos nosotros, en especial porque otros saben que pereció, pero también porque suele perder ciertas cualidades que caracterizan a un ser vivo. Cuando la víctima de un vampiro fallece a causa del desangramiento, esta se levanta de la tumba transformada en un vampiro muerto, y así sucesivamente. Créame, no deseamos llamar la atención de esa forma, así como tampoco necesitamos competencia. El número de vampiros aumentaría de modo desmedido en corto tiempo; habría sospechas constantes y persecuciones. Por esta razón, es imprescindible dominar el arte de alimentarse de otros, lo cual toma

tiempo. De ocurrir un accidente alimenticio, debemos procurar que la razón de la defunción parezca otra con el fin de no alertar a los parientes del difunto o al médico que revise su cadáver, y en lo posible proceder a decapitarlo y atravesar su corazón con una estaca una vez pasado el funeral. Es un asunto que presenta muchas dificultades.

—¡Accidente alimenticio! —exclamé a mi pesar. Lo cierto es que el tema me había puesto los pelos de punta, así como su tranquila actitud al respecto de matar.

—No pretendo restarles humanidad a mis víctimas aun si no toda vida humana me parece preciosa y mucho menos un milagro, como suele ser la visión de tantas gentes religiosas… esto es, claro, cuando no desean dar muerte a los enemigos de su causa —rio—. Supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro para admitir que la inmensa mayoría de los seres vivientes me parece prescindible, y no por ser lo que soy.

Asentí en silencio, bebiendo un trago de vino. En medio de todo, apreciaba su sinceridad.

—Supongo que al menos no se ve obligado a cargar con el peso del remordimiento tras haber… consumido la totalidad de la sangre de otras personas —dije.

—Lucyna, que sea un asesino no significa que esté desprovisto de conciencia. Desearía no haber tomado ciertas vidas porque creo que aquellas personas tenían un valor relativo. Infortunadamente, en esos momentos fui incapaz de contener mi instinto y me es imposible enmendar lo que hice. Cuando la sed de sangre, entonces tan extraña para mí, me tomaba por sorpresa, no lograba pensar con claridad ni detenerme. Elegía a la víctima solitaria más cercana y no podía cesar de beber hasta haberme saciado. No crecí experimentando esta necesidad, y por ende me sentía enloquecer cada vez que despertaba dentro de mí.

—Hice mal en asumir que aquellos incidentes no le pesaran —dije.

—No tenía usted cómo adivinarlo… a menos que hubiese leído mis pensamientos —sonrió—. Además, como le contaba, no toda vida humana tiene valor para mí. Con el tiempo me torné hábil para

escoger mis víctimas de antemano, calculando dentro de mis posibilidades que su muerte no fuese una pérdida deplorable. Después aprendí a detenerme para no causar un daño excesivo a ninguna víctima con el fin de no dejar rastros.

—Pérdida lamentable… ¿desde qué perspectiva? —inquirí, frunciendo el ceño—. Hasta las gentes insufribles suelen tener amistades y familiares que las aprecian, por incomprensible que sea. ¿En qué basa usted el valor de una persona?

—De ningún modo cometería el error de afirmar que el valor humano es asunto universal u objetivo. Jamás he hecho una elección con base en el carácter moral de la víctima en cuestión, en su productividad o en su utilidad social. Es, por el contrario, un asunto estrictamente personal. Al pasearme por entre las gentes, escucho sus conversaciones y observo sus ademanes. Cuando una persona me desagrada con vehemencia, sé que hallé a mi próxima víctima. La sigo entonces sin ser notado y más adelante me presento en su morada con el cochero, haciéndome anunciar por medio de mi tarjeta con el fin de ser invitado a pasar, lo cual suele ser fácil dados mis títulos y mi obvia riqueza: las gentes creen que ser visitadas por un miembro de la aristocracia es un gran honor —rio, meneando la cabeza. Constaté que Baltasar Domány-Nádasdy era perverso a su modo, como cabía esperar —. Esto garantiza que pueda yo retornar de forma subrepticia cuantas veces sea necesario: los vampiros Domány-Nádasdy no podemos franquear umbrales íntimos sin ser invitados a entrar previamente pero, después de esto, somos libres de regresar a nuestro antojo.

—Y por esto sabe que sus parientes no entrarán a mi habitación, a menos que yo los invite de manera expresa —murmuré.

—Exactamente —dijo—. Estamos sujetos a reglas inamovibles.

—¿Aun dentro de su propio hogar? —inquirí.

—Sí. Una vez establecido que el espacio será habitado por alguien más, el umbral se cierra para nosotros.

—Eso me tranquiliza en cierta medida —dije—. Por favor, prosiga. ¿Qué hace usted tras haber sido invitado a pasar?

—Como regla general, no bien haber entrado, me excuso con algún pretexto: suelo afirmar que me equivoqué de residencia y me marcho

de inmediato. Pero, más adelante, para cuando mi sed de sangre ha aumentado tanto que presiento que los alimentos corrientes no me bastarán, ya me he asegurado de encontrarme en proximidad de la vivienda de la víctima electa para atacarla sin obstáculos durante sus horas de sueño. Funciona de maravilla.

—Muy astuto… —comenté.

—Manipulador —dijo él.

—Sin duda —repliqué, preguntándome cómo estaría manipulándome a mí.

—En resumen, para responder a su pregunta inicial, la existencia de quien me resulta agradable de manera espontánea tiene valor para mí, y quien, por el motivo que sea, se me antoja irritante u odioso, es buena fuente de alimento.

—Vaya —dije—. Es más sencillo de lo que esperaba. Aprecio su honestidad.

—¿De veras? —preguntó él.

—Sí —confirmé—. No busca usted solazarse por medio de la mentira, diciéndose que al fin y al cabo está impartiendo alguna forma de justicia al alimentarse solo de gentes cuyo proceder juzga reprochable. No ha intentado convencerse a usted mismo de que es una especie de ángel vengador que daña únicamente al malo y protege al bueno.

—En eso tiene toda la razón —rio—. No busco expiar mis culpas trastocando los motivos por los cuales hago lo que hago. No deseo justificarme imaginando que soy benevolente a mi modo. Estoy al tanto de que mi comportamiento en este aspecto es caprichoso. Mentiría si dijese que no hallo cierta satisfacción en ello. Aunque deteste verme obligado a beber sangre, al menos las víctimas que elijo hoy en día me desagradan profundamente.

—¿Les inflige dolor? —inquirí.

—No. Domino sus mentes de modo que no despierten ni sufran durante el ataque —dijo—. A duras penas si sienten un ligero pinchazo en ocasiones.

—¿Tienen todos los vampiros la facultad de inducir el sueño en sus víctimas? —pregunté, llena de un miedo súbito.

—Sí. Un sopor irresistible se adueña por completo de la persona, casi paralizándola. Los vampiros también poseemos el don de menguar la sensibilidad al dolor de nuestras víctimas mientras dura el ataque —explicó.

—¿Y si quisieran infligir dolor adrede? —pregunté, evocando la imagen de Magdolna.

—Muchos lo hacen cuando su víctima se halla sola y no tienen miramientos en matarla —dijo—. En esos casos se manifiestan ante ella y se alimentan sin usar algo distinto a su fuerza.

Imaginé el dolor de una dentellada en el cuello y sentí verdadero terror.

—¿Es decir que, al reducir el sufrimiento de sus víctimas, están siendo misericordiosos?

—¡No realmente! —rio de buena gana—. Como le expliqué, no queremos ser descubiertos. Los gritos de la víctima pondrían a otros sobre aviso. Por otra parte, luchar con quien se halla en estado de vigilia no es conveniente y puede resultar en un incómodo e inútil derramamiento de sangre. ¡Imagine usted tener que limpiar el delator líquido bermellón para ocultar las consecuencias del ataque! —continuó riendo.

—¡Realmente lo encuentra gracioso! —dije con un hilo de voz.

—Sí —dijo, muy serio de repente—. Lo es. Al menos para un vampiro.

Temblé sin musitar palabra.

—No espero que comparta enteramente mi sentido del humor —prosiguió, sonriendo—. Al menos no aún… En todo caso, es mejor para todos que la víctima esté dormida. Para empezar, el vampiro suele ser más fuerte que la persona común en las horas de la noche, por lo cual tiene más posibilidades de dominar. Permitir que la víctima luche es darle falsas esperanzas, pero también es postergar una necesidad. Algunos vampiros disfrutan jugar con su comida. Yo no.

—Pero… se puede luchar contra un vampiro, ¿no es así? Quiero decir, no es absolutamente imposible vencerlo, ¿verdad?

—Cierto—replicó—. Algunas personas han logrado resistir un

ataque y huir para ponerse a salvo. Otras incluso han logrado herir al vampiro atacante. Por suerte, nadie suele creerles a los testigos de nuestra existencia que se atreven a narrar sus experiencias. Pero estos tampoco son riesgos que un vampiro desee correr.

—¿No lo encuentra… cobarde? —me atreví a preguntar.

—¡Por supuesto! Es uno de los motivos por los cuales me ha sido tan difícil aceptar mi necesidad. En mi caso, dados mi vigor y mi entrenamiento, sería casi imposible que una víctima potencial lograra vencerme aun encontrándose armada. No hay manera de que no me aproveche yo de la debilidad ajena en este asunto, Lucyna. No podría ser honorable ni justo, aunque lo deseara. Por lo tanto, me abstengo de causar dolor adrede como cualquier vampiro sensato, aunque la persona en cuestión me resulte desagradable. Y procuro no atormentarme por algo contra lo cual sería inútil intentar rebelarme.

—Supongo que mi razonamiento sería igual al suyo, de estar en su posición —pensé en voz alta.

—Estoy convencido de ello —afirmó, tomando una honda inhalación—. ¿Qué le parece lo que le he contado hasta ahora? ¿Lo encuentra interesante a pesar del inherente horror de mi proceder?

—¿Bromea acaso? ¡Es fascinante! —respondí—. Lo más increíble con lo que me haya topado en la vida. Quizás, si la proximidad de sus parientes no me aterrase, podría apreciarlo como es debido.

—Se lo agradezco —replicó.

—¿Podría darme ejemplos de personas que le hayan desagradado lo bastante como para alimentarse de ellas? —pedí.

—¿Desea evitar algún comportamiento para sentirse a salvo de mí? —inquirió. Lucía preocupado.

—Quiero conocerlo mejor, saber qué le enfurece de forma espontánea —expliqué para no tener que admitir que, en parte, había adivinado el motivo de mi pregunta.

—Está bien —dijo—. Debo decir que su curiosidad me halaga.

—Mi curiosidad en lo que a usted respecta es infinita, señor —la verdad brotó de mis labios con candidez.

—Baltasar.

—Me tomará tiempo llamarlo por su nombre aunque estemos a

solas. Comprenda que es demasiado pronto. Además, imagine cuán espantoso sería que lo abordase con semejante osadía ante otros por error.

—Es solo un nombre y usted no cree en la superioridad de la nobleza.

—Espere, ¿cómo lo sabe?

—Lo adiviné —respondió, desviando la mirada. De nuevo se me antojó que me ocultaba algo importante.

—Creo que no me está diciendo toda la verdad, señor. ¿No brindamos por una amistad sincera hace solo un rato?

—Soy sincero con usted, Lucyna. Tal vez necesito que realmente me considere su igual para poder hablar con mayor soltura.

—No somos iguales y nunca lo seremos. Para empezar, soy su subordinada.

—Es solo una excusa para tenerla cerca. Creí haber sido claro.

—Usted es un vampiro. Y yo no. ¿Cómo podríamos ser iguales jamás? —reí por lo bajo ante aquel disparate.

—Sabe que me refiero a que no me considero su superior.

—Y aun así, mientras me encuentre aquí, estaré sujeta a sus órdenes, señor —enfaticé esta última palabra.

Él suspiró.

—Bien, lo haremos como usted lo desee, señorita Pawlak —replicó, llenando nuestras copas de nuevo.

—Perfecto —dije. Prefería la formalidad a una informalidad forzada con él—. ¿Podría responder mi pregunta, por favor?

—Me fastidian las gentes que hablan en exceso. En especial aquellas que interrumpen a sus interlocutores. Sin embargo, este es solo un pequeño ejemplo. Prefiero mostrarle algo que usted pueda observar cuando nos hallemos con otras personas. Realmente es un asunto caprichoso.

—Está bien —dije, resignada, pero la inquietud en cuanto a sus intenciones conmigo había resurgido en mi interior—. Señor… necesito que me explique en mayor detalle por qué me trajo aquí.

—¿Tan difícil le resulta creer que necesito compañía?

—Un poco. Para serle sincera, usted me da la impresión de ser una

de esas personas que se bastan a sí mismas.

—Eso no es del todo falso. Sin embargo, temo que explicar en profundidad por qué me empeño en retenerla a usted no es precisamente fácil —dijo.

—Entonces será tanto mejor empezar ahora, así terminará de aclarármelo más pronto —insistí.

Él lució circunspecto unos minutos, durante los cuales no lo escuché pensar, y cabe decir que lo intenté. Me dije que probablemente había logrado bloquear mi intromisión de algún modo.

—La necesito —dijo al fin.

—¿Para qué? —inquirí con desconfianza.

—Para hallar respuestas. Hace años que buscaba a alguien como usted. Alguien capaz de escuchar mis pensamientos. Alguien de quien pudiese intuir tantas cosas importantes en la distancia. Aún me resulta difícil creer que la encontré. Y prácticamente por azar, gracias a que respondió usted al clasificado.

Lo miré con abierta sospecha.

—Sus explicaciones son vagas. ¿Qué respuestas busca exactamente? ¿Por qué cree que yo podría ayudarle a encontrarlas? ¿Qué intuyó acerca de mí cuando tuvo aquella visión que se le antojó tan convincente?

—El libro, ¿recuerda? *La dama pálida*. El tema de la historia. Sabía que eso haría más fácil que usted adivinase lo que soy.

—Le da vueltas al asunto —lo confronté—. Vamos por partes, señor Domány-Nádasdy. ¿Por qué esperaba que yo adivinase lo que es? No me diga de nuevo que para compartir su secreto con alguien. Sé que hay algo más. ¿Por qué yo específicamente?

Él rio con fuerza.

—¿Por qué tiene tanta prisa? —inquirió, sin dejar de reír—. ¡No me permite siquiera ser el anfitrión que se merece por unos instantes! No pretendo ocultarle nada adrede, pero tampoco juzgo prudente abrumarla con una infinidad de conceptos extraños en una sola noche.

Lo miré con irritación y sin musitar palabra. No había respondido a una sola de mis preguntas.

—Sabe que busco respuestas acerca de mi familia y la maldición

que llevo a cuestas.

—Sí —me pareció que ahora íbamos por buen camino. Hacia la verdad.

—Le conté que he intentado en vano entablar contacto con alguna inteligencia inmaterial.

—Así es —respondí, empezando a hacerme una idea de la procedencia de su interés en mí, aunque no fuese versada en aquellos temas.

—Y también ha podido corroborar que usted y yo compartimos una afinidad mental y una forma de comunicación por medio del pensamiento que se sale de toda norma.

—Eso es cierto —tragué en seco.

—Pues bien, esto último me hace pensar que quizás, en unión con usted, podría lograr que algún espíritu me preste atención.

—¿El diablo? —pregunté a punto de echarme a reír.

—Sé que se le antoja gracioso porque no cree en su existencia. Pero, por qué no. ¡Sería maravilloso! Aunque no pensaba necesariamente en el diablo. Cualquier espíritu me vendría bien.

—¿Y cómo lograríamos algo semejante cuando yo ni siquiera creo en los fantasmas?

—Eso es irrelevante. No necesito su fe, señorita Pawlak, y menos aún que sea usted supersticiosa. Al contrario. Necesito la potestad de su mente unida a la mía.

—Estoy pensando intensamente en el diablo ahora mismo y aún no ha hecho su aparición —protesté a modo de broma.

Él sonrió. No parecía enfadado en absoluto.

—No de esa forma. Hay… métodos.

—¿Qué métodos? —inquirí, entrecerrando los ojos.

—¿Ha escuchado hablar del espiritismo?

—No —repliqué, sintiéndome algo mareada de repente. Ya tenía bastante con aceptar la posibilidad de la existencia de los vampiros y me parecía estar atrapada en un sueño que también era una pesadilla. Encauzar mi pensamiento hacia los espíritus de inmediato era demasiado.

—La escuché pensar —dijo—. Que conste que se lo advertí. Son

muchas nociones fantasiosas para una persona escéptica en una sola noche. Nociones que usted había descartado por completo, si no me equivoco.

—No se equivoca —dije.

—Bien, esos son los motivos por los que la hice venir y por los que me empeño en retenerla aquí —dijo—. Lo cual no significa que no necesite su compañía y su amistad —agregó con voz áspera.

Casi con desesperación, lo escuché pensar.

Mi enfado se disipó en un instante. Le creía de nuevo.

—¿Así que quiere llevar a cabo una especie de experimento conmigo? —pregunté.

—Sí —respondió—. No se negará, ¿verdad?

—No —reí—. No creo tener el corazón para negarle a nadie algo tan insignificante.

Quise morderme la lengua en cuanto hablé. Sin duda no era insignificante para él. De hecho, parecía como si toda su vida dependiera de ello.

—Comprendo a lo que se refiere —dijo—. Pero quizás, si tenemos éxito, pueda demostrarle que no es insignificante en absoluto.

—¿Y si no?

—Estaré decepcionado, por supuesto. Pero viviré —sonrió—. Quizás varios cientos de años. De todos modos, pasaré tiempo con usted, y eso hará que valga la pena.

De nuevo sentí aquel deseo por él y apreté los puños bajo la mesa. Me pregunté si él sería capaz de sentir algo similar. Si su instinto alimenticio había sido truncado de tal modo, quizás su facultad de desear a alguien se hubiese visto afectada. No sabía si me atrevería a preguntárselo, pero sin duda quería saciar mi curiosidad en ese aspecto en algún momento.

—Debo llevarla a su habitación ahora —dijo, poniéndose de pie. Ya no sonreía. Era más una orden que una sugerencia, y me apresuré en levantarme a mi vez.

Sin perder tiempo, se dirigió a la puerta y se volvió hacia mí.

—Vamos —dijo.

Lo seguí hasta haber cruzado la habitación contigua y lo observé

abrir la puerta con una de las llaves que llevaba consigo. Solo entonces tomó mi mano y caminó con paso veloz a través del oscuro corredor, obligándome a seguir su ritmo. Se detuvo frente a la ranura iluminada de la puerta de mi habitación. La abrió en silencio y solo cuando empujó la pesada madera pude verlo de nuevo. Él inhaló por los labios entreabiertos.

—Su llave —exhaló, extendiéndomela—. No olvide echar el cerrojo y poner la tranca.

Asentí. No esperaba aquella abrupta despedida. Entré a mi habitación y me di la vuelta para mirarlo otra vez.

—Enviaré a la señora Kowalski para que la acompañe al aula de clases mañana. Me comunicaré con usted cuanto antes —dijo—. Buenas noches, señorita Pawlak.

—Buenas noches, señor Domány-Nádasdy —respondí, y cerré la puerta sin que él se hubiese movido de su lugar. Después de eso, puse la tranca y permanecí mirando la madera largo rato.

Gracias, creí escucharlo pensar a través de la puerta casi un minuto después.

19
La bella durmiente

Cuando desperté, tardé unos minutos en recordar cómo me había quedado dormida. La noche anterior me había tendido sobre el lecho, absolutamente exhausta y abrumada. Ni siquiera me había puesto el camisón de dormir. Simplemente había despertado horas después con las ropas que llevaba puestas la noche anterior: las mismas que usaría aquel día. Me dije que sería inútil desvestirme para darme un baño de esponja puesto que la señora Kowalski no tardaría en pasar por mí. Me lavé el rostro y me peiné a toda prisa, recogiendo mis cabellos en una coleta en la parte posterior de mi cabeza. Me parecía haber imaginado todos los sucesos de la noche anterior. ¿Realmente había escuchado aquella confesión de parte de mi patrón? La luz de la madrugada que se colaba por la ínfima apertura entre las cortinas me obligó a evocar nuestra fuga a la capilla y nuestra conversación posterior desde una perspectiva más racional. Baltasar Domány-Nádasdy se llamaba a sí mismo vampiro a causa de su condición hereditaria. Aunque no estaba muerto, bebía sangre humana y aseguraba estar sujeto a extrañas leyes. Decía poseer habilidades y debilidades que lo distinguían del ser humano común. Según él, me había elegido como depositaria de su secreto más peligroso porque sabía que yo podría adivinar el término que le estaba prohibido confesar en primera instancia: *vampiro*. Deseaba que yo permaneciera en el castillo porque esperaba que yo pudiese ayudarle a comunicarse con algún espíritu capaz de darle las respuestas que buscaba. Había confesado que mató una gran cantidad de personas en el pasado para alimentarse de ellas. En suma, era un asesino, prácticamente un caníbal, y muy posiblemente un lunático que se había convencido a sí mismo de necesitar la sangre de otros para subsistir. ¡Por favor! ¿A dónde me había metido? ¡De todos los castillos del mundo, llegar precisamente a aquel! Si un hombre común y poco agraciado me hubiese confiado una historia semejante en la

aldea de mis padres, habría huido gritando. Y era muy probable que él lo supiera. Yo era débil ante su atractivo y, tal vez, muy a mi pesar, ante el poderío que representaba. No pude menos que sentir una gran decepción de mí misma y poner en tela de juicio mi propia sensatez. Tal vez había imaginado cada palabra que mi patrón me había dirigido en su mente porque era lo que quería escuchar de su parte. Lloré, desconsolada. Si algo había comprobado en el transcurso de la velada previa, esto era que Baltasar Domány-Nádasdy se asemejaba mucho a su cruel antepasada, la condesa Báthory, en su fascinación por la sangre ajena y el deseo de practicar las artes negras. Y ahora me encontraba trabajando para esta familia de criminales homicidas de la nobleza, gentes que podían hacer lo que quisieran sin sufrir ninguna consecuencia gracias a su inmensa riqueza. Ahogué un gemido doloroso ocultando mi rostro en mis manos. La opción menos grave de todas era que mi patrón lo hubiese inventado todo. Una broma cruel, sin más. ¡No tenía sentido! ¿Quién inventaría algo así y con qué fin?

Me precipité a mi cofre y busqué la nota que él había insertado entre las páginas del texto *Fantasmas de los vivos*, pues aquella era lo más parecido que poseía a una prueba material de nuestra comunicación mental. La frase que yo habría jurado escuchar previamente, escrita por él, estaba allí:

¿Me teme, Lucyna?

La sujeté con dedos temblorosos y procedí a echarla al fuego llena de indignación. ¡Por supuesto que le temía! Tras haber escuchado su recuento de la noche anterior, la nota había perdido su significado inicial. ¡No garantizaba que yo pudiese escuchar sus pensamientos ni que lo hubiese hecho en ningún momento! Tan solo demostraba que él sabía que yo tenía amplios motivos para temerle. Que yo hubiese intuido dicha realidad correctamente con cierta antelación no constituía evidencia alguna de telepatía. ¿Cuán necia podía ser? Para empeorar las cosas, le había adjudicado a mi patrón muchos otros pensamientos que él se había complacido en confirmar solo para convencerme de que nos unía un lazo que trascendía lo natural. ¡Me había manipulado! ¿Qué clase de juego enfermizo se empeñaba en

jugar conmigo? ¿Habría hecho lo mismo su antepasada Báthory con los huéspedes de su castillo? Repasé nuestras conversaciones en silencio, pues las recordaba bien: no había en ellas nada capaz de contradecir mi nueva teoría. ¡Nada! Lloré de nuevo, aún más aterrada. ¿Quería Baltasar Domány-Nádasdy llevarme al límite del miedo solo para comprobar que mi deseo por él era suficiente para retenerme en aquel castillo del horror? ¿Era acaso su motivación una vanidad infinita? Después de todo, estaba acostumbrado a seducir al mundo entero con su sola presencia.

—¡Señorita Pawlak, vengo a acompañarla al comedor!

La voz de la señora Kowalski resonó en el corredor.

—¡Gracias! ¡No me tardo! —exclamé.

Sumergí el rostro en la palangana de agua helada y me sequé con rapidez. Era preciso que nadie notase que había estado llorando. Tras salir, di los buenos días a la señora Kowalski, quien no dio muestras de notar mi estado anímico. Cerré la puerta con llave y suspiré. Al atravesar el corredor, el ama de llaves me hizo entrega de una nueva carta de parte de mi patrón, la cual extrajo de su bolsillo.

—Léala a solas —dijo—. Así lo indicó el señor Domány-Nádasdy.

Asentí sin agregar un comentario. Llevaba conmigo el cuaderno de Vladislav, dentro del cual inserté el sobre.

—¿Sabe? El señor la aprecia a usted mucho —dijo, y mi corazón dio un vuelco—. No es usualmente demostrativo pero, en su caso…

—¿Sí? —inquirí, sintiendo que mi sangre se helaba.

—¿Puedo ser franca con usted? —preguntó, deteniéndose de repente y mirándome de frente.

—Por favor —pedí, tragando en seco y observándola a mi vez.

Ella miró a lado y lado, como para asegurarse de que estuviésemos solas.

—Decir esto podría traerme serios problemas —procedió, y noté que estaba realmente nerviosa.

—Entonces será mejor que no lo haga —repliqué con cuidado, temiendo por ella y mirándola a los ojos.

—Tiene miedo, ¿verdad? —me preguntó. Lucía concernida por primera vez desde mi llegada.

—Sí —dije—. Mucho.

—Bien… tiene razón en tenerlo —suspiró, bajando la mirada.

—¿A qué se refiere?

—Creo que se ha enamorado de usted —murmuró con la seriedad digna de un funeral.

—¿Quién? —pregunté saltando hacia atrás, mi voz apenas audible.

—El señor Baltasar —musitó ella.

—¿Qué la ha llevado pensar un disparate semejante? —susurré a la defensiva—. Acabo de llegar al castillo. Mi trabajo es educar a los niños. Conozco mi lugar, señora Kowalski.

—Mire, señorita Pawlak, usted me agrada —dijo ella, y me pareció genuinamente vulnerable—. Tal vez su juventud le impida ver lo que para una persona madura es completamente obvio. La naturaleza de un sentimiento jamás ha dependido del tiempo que se pase en compañía de alguien. Surge, simplemente, y existe por sí mismo, sin importar quién lo inspire. Con esto no quiero decir que usted sea indigna de amor. Ni siquiera del amor de un gran señor como nuestro patrón. Mi punto es otro. He trabajado con esta familia toda mi vida y solo ahora veo en los ojos del señor Baltasar una luz que siempre estuvo ausente. Una luz que solo se enciende cuando pronuncia su nombre.

—No puede ser… —dije con un hilo de voz, llevándome los dedos a los labios—. ¿Por qué me dice esto, señora Kowalski? —pregunté, sintiendo que las lágrimas se asomaban a mis ojos.

—Porque aprecio al señor Baltasar. Con todas las extrañas circunstancias que ha debido afrontar esta familia, he podido conocerlo, y es un hombre justo. Y a usted… a usted la conozco poco, pero soy hábil para juzgar el carácter humano. Se nota que no es una persona frívola. La soledad en este castillo es abrumadora. La soledad del señor Baltasar es real.

—El señor tiene una prometida, señora Kowalski —dije, enderezando mi espalda.

—¡Precisamente! —dijo ella en baja voz—. Por ello me he atrevido a revelarle a usted mis impresiones. No creo que a la señora Magdolna le haga gracia descubrir lo que está ocurriéndole a su prometido.

Su frase me heló la sangre. ¿Me estaba amenazando con decírselo a Magdolna, acaso?

—Y yo no creo que al señor Baltasar le haga gracia descubrir que usted especula al respecto de sus sentimientos —contesté, enojada y aterrada en igual medida.

—¡Me malinterpreta usted por completo! —dijo ella—. ¡Jamás osaría comentarle algo así a la señora! ¡Mi lealtad le pertenece enteramente al señor Baltasar!

Era ella quien se defendía ahora.

—Eso me alegra —repliqué, tomando una inhalación profunda e intentando serenarme con el fin de comprender a mi interlocutora y de no juzgarla erróneamente—. Aun así, señora Kowalski, sus declaraciones me confunden y no logro discernir su intención. Sabe que solo nuestro patrón conoce sus propios sentimientos, y creo que usted se equivoca.

—Sé que no me equivoco —dijo con voz temblorosa—. Pero sé que, esté errada o no, la señora Magdolna terminará por concluir lo mismo que yo, y por ello he creído prudente decírselo a usted, aunque pueda ser interpretado como una intromisión de mi parte.

—Señora Kowalski, aunque usted tuviese razón, lo cual me parece imposible… no tengo la capacidad de modificar la actitud o las reacciones de nuestro patrón hacia mí y nunca la tendré.

—Eso lo sé —respondió ella, circunspecta.

—¿Qué sugiere que haga, entonces? —inquirí.

—Márchese mientras pueda hacerlo —susurró.

—¿A qué se refiere con eso? ¿Hay alguien que no haya podido marcharse de este lugar?

—Hay cosas que no estoy dispuesta a decir mientras me encuentre al servicio de la familia, señorita Pawlak —dijo, y una lágrima rodó por su mejilla. La secó con su mano sin perder tiempo—. Por mi propio bienestar, es imperativo que no lo haga. Sin embargo, sé que nadie la juzgará por marcharse tan pronto. En cambio, si se queda…

No terminó su frase.

—¿Sí? —inquirí, temblando.

—Mire, yo no tengo nada que ganar al decirle esto. Su partida no

me beneficiaría en absoluto. Por el contrario: el señor aumentó mi salario con el fin de que la acompañe a usted de un lugar a otro. Es muy poco trabajo a cambio de la suma adicional que recibiré. Su permanencia aquí me conviene. Le estoy aconsejando que parta antes de que sea demasiado tarde porque lo considero mi deber moral. No sé qué pueda ocurrir si usted decide permanecer en el castillo, pero no creo que sea nada bueno. Prométame al menos que no echará en saco roto mis palabras.

A su modo, aunque defendía a Baltasar Domány-Nádasdy y rehusaba entrar en detalles, la señora Kowalski había expresado en voz alta mis propios temores al respecto de los celos de Magdolna.

—Pensaré con seriedad en lo que me ha dicho —le aseguré, haciendo lo posible por no echarme a llorar allí mismo. No osaba confesarle que ahora le temía a nuestro patrón tanto como a su prometida—. Gracias, señora Kowalski.

Ella asintió con gesto grave y triste.

—Vamos —dijo—. Los señoritos y la aya ya deben estar en el comedor.

Ellos estaban en proceso de ocupar sus puestos cuando los alcancé. Temí que los niños notasen mi desazón y me esforcé en mostrarme jovial al darles los buenos días, pero fracasé en mi intento.

—Se nota que pasó mala noche, señorita Pawlak —dijo Elzbieta con semblante preocupado—. Espero que se encuentre mejor en el transcurso del día de hoy.

—Gracias, señorita —fue todo lo que me atreví a decir.

—Estoy seguro de que el desayuno le sentará bien —dijo Vladislav. Lucía asustado y aquello me inquietó más.

—Sin duda, señorito —dije con suavidad—. Gracias.

Esa mañana me esperaba un cuenco tibio de *kasza*: semillas de alforfón cocido con abundante mantequilla que empezaba a derretirse. Me habían servido también queso ahumado, pan relleno de crema dulce, dos huevos duros con sal y pimienta y una taza de té. Tenía hambre y por ende comí sin hablar, evadiendo las miradas de mis pupilos mientras me preguntaba cómo proceder. Debía leer cuanto antes la carta de mi patrón, pero no podía hacerlo frente a mis

pupilos. Estaba convencida de que sus palabras no lograrían tranquilizarme ya. Sabía demasiado acerca de él y todo era terrible. El cielo casi negro más allá del ventanal contrastaba con las copas nevadas de los pinos. No parecía que hubiese amanecido aún.

—Tío Baltasar se mostró muy complacido con nosotros ayer —dijo Elzbieta, rompiendo el silencio—. Estuvimos hablando largo rato con él después del atardecer. Nunca nos había dado un trato tan amable. Sabemos que se debe al reporte que usted le envió al respecto de nuestro comportamiento. Gracias, señorita Pawlak.

—Fue un placer —respondí, obligándome a sonreír—. Solo dije la verdad.

—Nos escuchó con atención —dijo Vladislav—. Ya no tiene nada que temer.

¡Ojalá fuese cierto!, pensé para mis adentros. Tenía todo que temer, en especial de parte de mi patrón.

—Eso espero, señorito. Agradezco su intercesión en mi favor —dije, sabiendo que ellos notaban mi malestar.

La aya nos acompañó hasta la habitación donde los niños tomaban sus lecciones y, tras encender la lámpara, se marchó con aire jovial. Ella sí que no sospechaba nada. En cuanto cerró la puerta, los niños se precipitaron hacia mí.

—¡No nos deje, señorita Pawlak! —dijo Vladislav.

—Por favor —pidió Elzbieta.

—Niños… —suspiré, sofocando un lamento. No quería mentirles.

—¿Qué ocurrió anoche? —preguntó Elzbieta—. Tío Baltasar dijo que hablaría con usted. Esperábamos hallarla sosegada hoy, pero veo que su conversación no hizo sino agravar las circunstancias. ¿Qué le dijo?

—Dijo que me protegería de su prometida —respondí con cuidado. Aquellos dos eran muy perceptivos.

—Aún huele a él —dijo Elzbieta—. Conserva el rastro de su aroma.

—Su sentido del olfato es infalible, señorita —dije—. Eso se debe a que su tío me envió una nota que debo leer a solas.

Busqué el sobre dentro del cuaderno y se lo enseñé a la niña, quien sonrió. Entregué a Vladislav su cuaderno, diciendo:

—Excelente trabajo, señorito.

—Gracias pero… lo que nos interesa es que no abandone su plaza en el castillo —respondió él, depositando el cuaderno sobre la mesa.

—Tengo demasiado miedo aún —admití.

—¿Cómo podría alguien temer algo estando bajo la protección de un hombre tan poderoso como nuestro tío? —inquirió el niño, atónito.

—A menos que… —murmuró la niña. Su hermano se volvió hacia ella, observándola con atención.

—¿A menos que qué? —la instó a hablar el niño.

—¡A menos que le tema a él! —dijo ella.

Él asintió con lentitud y entonces dijo en un susurro:

—Y si le teme a él, eso significa que…

—Sí —Elzbieta confirmó que comprendía lo que su hermano decía sin necesidad de que él fuese explícito.

Ambos me miraron con expresión inquisitiva. Elzbieta ladeó la cabeza y Vladislav frunció el ceño.

—¿Le hizo daño nuestro tío? —preguntó el niño con cautela.

—No —dije, enfática—. Por el contrario. Su tío ha sido más que amable conmigo.

—En ese caso… usted lo adivinó todo —sentenció la niña de repente, sin dejar de mirarme.

Sentí que me paralizaba. ¿Serían los niños partícipes de la locura de su tío?

—¿Adivinar qué? —tartamudeé, sudando frío.

Los niños se miraron entre sí.

—No podemos decirlo, señorita Pawlak —replicó el niño muy despacio.

—¿Qué se los impide? —pregunté, sintiendo que mi corazón se saldría de mi pecho.

—Nuestra naturaleza misma —dijo Elzbieta—. Nos es imposible formular ciertas confesiones… y yo creo que usted sabe exactamente de qué hablo.

Así que su tío no solo los había hecho cómplices de sus asesinatos, sino que los había convencido de que estaban destinados a seguir sus pasos. ¡Por ello coleccionaba todo lo que se relacionase con sus

ancestros criminales! Había hallado en su pasado familiar la justificación perfecta para matar y beber sangre, haciendo pasar aquellos actos por un mal hereditario ineludible. ¡Era un monstruo! Mi sangre hervía. A pesar de lo anterior, no podía traicionar su confianza mientras estuviese en el castillo. Me mataría.

—¿Pueden al menos darme alguna pista? —imploré—. Todos los temas que rodean a su familia son tan delicados…

—No. Nuestros parientes nos encerrarían en el calabozo durante el resto de nuestras vidas si hablásemos al respecto. No podemos arriesgarnos siquiera a insinuarlo, so pena de que se enteren —dijo Elzbieta.

¡De modo que habían amenazado a aquellas criaturas indefensas con privarlas de su libertad si se atrevían a hablar!

—¿Todos sus parientes o solo su tío Baltasar? —pregunté.

—Todos y cada uno de ellos… creo —dijo Vladislav—. Al menos Magdolna y Baltasar.

Sentí que mis fuerzas menguaban y tuve que apoyarme en la mesa, tambaleándome.

—Solo hemos logrado asustarla más —se quejó la niña.

—¿Y si la señorita Pawlak nos jurase no decir nada? Podríamos darle algunas pautas… quizás esté imaginando algo peor de lo que creemos —dijo Vladislav a su hermana—. Faltar a su palabra sería peor para ella que para nosotros.

—¿Y qué ganaríamos con algo así? —exclamó la niña poniendo los ojos en blanco—. ¡Se trata de que no nos pase nada a ninguno de los aquí presentes!

—Yo confío en ella —dijo el niño.

—Yo también, pero no confío en que no puedan obligarla a confesar lo que sabe, ¿comprendes?

—Señoritos, creo que nos hallamos en la misma posición —me atreví a hablar—. Por motivos ajenos a nuestra voluntad, ninguno de los tres puede abordar ciertos temas sin arriesgarse demasiado. No quiero ponerlos en peligro presionándolos a hablar de más.

—Pero cree saber de lo que hablamos, ¿verdad? —inquirió Vladislav.

—Me es imposible responder a su pregunta, señorito. Sepa que no es porque desee ocultarles algo adrede —dije con infinita tristeza. ¡Pobres chiquillos!

—Le creo, señorita Pawlak —dijo el niño.

—Yo también —suspiró la niña—. ¡Esto es terrible!

—No queremos perderla —dijo el niño.

—Tampoco quiero perderlos a ustedes —dije, y ya no pude detener el llanto.

Entonces los niños me abrazaron. Y, conmocionada, descubrí que también lloraban. Quise huir y llevarlos conmigo donde esas gentes inescrupulosas que se empeñaban en moldearlos a su imagen y semejanza no pudiesen hallarlos, esas gentes tan poderosas que usaban como inspiración a sus antepasados más siniestros. Al cabo de unos minutos, Vladislav extrajo un pañuelo inmaculado de su bolsillo y se lo ofreció a su hermana.

—Gracias —musitó ella, secándose las lágrimas.

—Creo que debería leer la nota que su tío me envió —dije.

Ambos asintieron.

—Pensaba hablar al respecto de *La bella durmiente* con ustedes hoy —agregué—. ¿Quieren leer el texto con atención mientras me ocupo de la carta?

—¿Cuál de los tres? —preguntó Vladislav, ahora usando el pañuelo para secar sus ojos.

—¿Hay tres versiones?

—Me parece que hay más —dijo Elzbieta, aún llorosa—. Pero aquí tenemos las más conocidas. Está la de Giambattista Basile, que es del siglo XVII; una posterior de Charles Perrault, de finales del mismo siglo, y una de los hermanos Grimm de comienzos de este siglo.

—¿Tienen una copia de la primera que puedan leer? —inquirí.

—Sí. Tío Baltasar comisionó una traducción excelente al polaco solo para nuestra familia porque el cuento fue escrito en dialecto napolitano y aún no es posible encontrar una traducción digna en francés, según dijo. Se encuentra en un compendio llamado *El cuento de los cuentos, o el entretenimiento de los pequeños*. De hecho, el cuento tiene otro nombre, pero sin duda es el mismo, con pequeñas

diferencias. Se llama *Sol, Luna y Talía*.

—Maravilloso —dije—. Pueden leer esa versión en la habitación contigua mientras yo permanezco en esta leyendo la nota de su tío.

Los niños me obedecieron y yo me senté junto al fuego, de cara a la puerta de entrada de la estancia con el fin de vigilarla, aunque estuviese cerrada. Abrí el sobre con cuidado, deshaciendo el sello con mis uñas. ¿Qué querría decirme aquel horrible criminal esa mañana? Leí:

Señorita Pawlak:

Sé que ya nada será igual para usted hoy. Sé que querrá partir. Y yo no se lo impediré. Solo le pido que me acompañe esta noche con el fin de realizar el experimento del cual le hablé. Prepararé su viaje de modo que pueda marcharse al inicio de la próxima semana. Pasaré a buscarla a las once de la noche.

Suyo,

Baltasar Bátor Domány-Nádasdy.

Había estado conteniendo la respiración. ¿De verdad me sería tan fácil marcharme? Quise dar las gracias a algo o a alguien. Exhalé con dificultad, llevándome la nota al pecho. Pronto sería libre. Podría regresar a mi hogar e intentar olvidar a esa familia tan fascinante como aterradora. No contaba con borrarlos de mi memoria, pero sí con hallarme a una distancia suficiente como para recordarlos con cierto pragmatismo y sin miedo. La nota de mi patrón me había dado esperanzas. Solo tendría que trabajar unos días más y sobrevivir ese tiempo. Participaría en el experimento propuesto por mi patrón, claro que sí. Eso le demostraría de una vez que mi capacidad de ayudarlo a contactar alguna entidad desencarnada era nula, y esto muy seguramente haría que él perdiese el interés en mí. Al menos esperaba que así fuese. Eché la nota al fuego y fui a reunirme con los niños, que apenas empezaban a leer aquella versión original de *La bella durmiente*. Vladislav leía en voz alta y su hermana miraba las líneas del texto que ambos estaban compartiendo. Me senté frente a ellos sin interrumpirlos y presté atención: ¡sin duda aquel cuento había sido

modificado con el fin de ocultar ciertos detalles considerados escandalosos más adelante! Aunque las características excepcionales de la narración hacían posible comprobar que se trataba del mismo cuento, descubrí con horror que en el original la princesa era ultrajada por un rey mientras dormía aquel sueño profundo producido por la pinchadura en su dedo. A raíz del ultraje del rey, la princesa quedaba encinta, y nueve meses después daba a luz a dos hijos, Sol y Luna, mientras permanecía dormida. La niña Luna, intentando amamantarse por sus propios medios, había succionado el dedo de su madre, extrayendo la espina causante del sueño prolongado y haciendo que la princesa despertase al fin. Al retornar al lugar donde había dejado dormida a la princesa, el rey la hallaba despierta y en compañía de sus dos hijos. Cuando Vladislav leyó el aparte del cuento en el cual el rey y la princesa procedían a enamorarse, no pude ocultar mi ira para con el autor. Me parecía obvio que el rey había hecho algo terrible al aprovecharse de aquella princesa durante su sueño, pero que ella se enamorase de él me resultaba estúpido, sencillamente impensable.

—Hay ciertas criaturas que, como el rey, se aprovechan del sueño de los incautos, señorita Pawlak. Aunque no son ultrajes de la misma índole, siguen siendo ultrajes —dijo Elzbieta.

Debí enrojecer visiblemente porque Vladislav dijo:

—Se nota que sabe a qué se refiere Elzbieta. Podría confirmarlo ahora sin peligro alguno, si le parece apropiado.

Los miré por turnos, temblando.

—Vampiros —dije en un murmullo.

—Así es —dijo la niña—. Los vampiros, sin embargo, no pueden evitar hacer lo que hacen. No son tan despreciables como el rey de este cuento.

—Los vampiros no existen, señoritos —me obligué a decir, aunque no creía poder convencerlos de lo contrario. Los niños habían sido criados pensando que su condición médica los convertiría en asesinos tarde o temprano.

Elzbieta lucía decepcionada y Vladislav parecía confundido.

—Pero entonces… —dijo la niña—. ¿No adivinó usted ayer nada relacionado con este tema?

Suspiré.

—Sí que lo hice. Es solo que… no creo que ese descubrimiento tenga una base real —confesé.

—Ah, eso está muy bien. Realmente es lo de menos, ya que usted es una mujer inteligente y le sería difícil creer algo sin pruebas. No se preocupe, le aseguro que las pruebas no le faltarán —dijo la niña.

Su frase me puso la piel de gallina. Vladislav rio un poco.

—¿Preferiría no tener pruebas e ignorar la verdad? —preguntó, divertido.

—No lo sé, señorito. Supongo que tener pruebas suele ser mejor cuando dichas pruebas sustentan una realidad irrefutable.

—¡Bien dicho! —exclamó Elzbieta con una sonrisa—. La verdad no es para los cobardes.

Tragué en seco, sabiéndome cobarde a pesar de lo que acababa de afirmar. No sabía qué era peor, si creer que mi patrón era un asesino despiadado y un orate, o descubrir que él tenía una disculpa para todo su proceder porque algo tan espantoso como el vampirismo real existía.

—Algunas verdades son más duras que otras —dijo el niño—. No esperamos que acoja la nuestra con entusiasmo… por mi parte, solo espero que la acepte como es. Una vez tenga pruebas, por supuesto.

Me limité a asentir sin mirarlos a los ojos. No quería ser indulgente con aquella fantasía malsana, pero sabía que contrariarlos no serviría de nada. Terminamos de leer el cuento, cuyo desenlace resultó ser aún peor que su postulado, y pedí a los niños escribir ensayos breves al respecto. Tras de eso, comimos en paz, aunque la aya dijo sentirse algo enferma y tosió varias veces, por lo cual prefirió no tomar el acostumbrado paseo con los niños. Yo tampoco deseaba deambular por allí por temor a Magdolna, pero la señora Kowalski se presentó en el comedor para verificar que todo estuviese en orden. Al enterarse de que la aya se sentía mal, la señora Kowalski se ofreció a reemplazarla durante el paseo. Puesto que ella tenía las llaves de todo el castillo, los niños dijeron querer visitar las tumbas de sus padres, por lo cual nos encaminamos hacia el extremo opuesto del corredor que comunicaba con el comedor, en dirección al ala este.

—Iremos al mausoleo subterráneo —dijo Elzbieta, y creí percibir un brillo particular en sus ojos—. Allí se encuentran las tumbas de papá y mamá, así como las de nuestros abuelos y bisabuelos.

—Es bellísimo —dijo Vladislav—. Sé que le encantará. Solo personas especiales tienen permitida la entrada al mausoleo familiar. Usted será nuestra invitada de honor hoy.

—Me halagan, señoritos —dije enternecida. No creía merecer que hiciesen semejante excepción conmigo pero, a pesar de mí, me intrigaba aquel lugar que Baltasar Domány-Nádasdy había mencionado la noche previa.

—Gran parte del mausoleo se encuentra bajo el jardín central, pero sus confines alcanzan las murallas exteriores del ala norte —dijo Elzbieta—. Es vasto y muy oscuro; me alegra que haya traído su lámpara. No querrá dejar de apreciar los detalles.

Al alcanzar el arco apuntalado al final del corredor, la señora Kowalski abrió una puerta y luego otra más. Tras de eso, descendimos dos tramos de peldaños y llegamos a un arco enrejado. La señora Kowalski le quitó el cerrojo al candado y levantó la pesada reja con esfuerzo, dejándonos pasar antes de cerrarla de nuevo. El aire no abundaba allí abajo pero al menos la ausencia de viento hacía el frío más tolerable. Nos hallamos en un pasadizo de mármol pulido al final del cual había aun otra puerta, esta de fina madera tallada con una extraña cerradura que yo no había visto jamás. La señora Kowalski se dio la vuelta y entonces Elzbieta explicó:

—Esta es una puerta székely. Solo los miembros de la familia conocemos la combinación con la que puede abrirse esta cerradura. Le pido que se dé la vuelta como lo hizo la señora Kowalski, señorita Pawlak.

Le hice caso a la niña, y ella y su hermano procedieron a abrir la puerta a nuestras espaldas.

—Ya está —anunció Vladislav—. Bienvenida a la morada de nuestros ancestros, señorita Pawlak.

—Los esperaré aquí, guardando la entrada —dijo la señora Kowalski.

Me giré hacia mis pupilos lentamente, surcando el umbral hacia el

espacio subterráneo que se desplegaba ante nosotros, una bóveda de mármol que había sido labrado en toda superficie reconocible. El suelo era de piedra gris con vetas blancas y negras, así como las columnas dóricas que se erguían en pares equidistantes aproximadamente cada dos metros. Los techos entre las columnas eran abovedados, siendo estos de mármol negro con finas vetas blancas.

—Espere a que vea el resto —dijo Elzbieta con expresión orgullosa, notando mi admiración—, sígame.

Así lo hice, y al llegar al final del pasillo, el resplandor de mi linterna me permitió divisar una habitación de paredes laminadas de plata bruñida con motivos de flores, hojas y frutos exóticos de apariencia oriental. En su centro se apreciaban dos largas urnas de cristal rectangulares ubicadas dentro de lo que parecía ser una jaula de hierro forjado de apenas medio metro de altura. Me dije que debían ser las tumbas de dos de los miembros de la familia Domány-Nádasdy.

—Papá y mamá —susurró Vladislav, confirmando mis pensamientos y acercándose a los féretros con Elzbieta.

—Venga, señorita Pawlak —dijo la niña—. ¿Verdad que mamá es hermosa?

Confundida, me acerqué con prudencia a mis pupilos, pero nada podría haberme preparado para lo que iba a encontrar. Lancé un grito y dejé caer mi linterna, dando un salto atrás: los cuerpos de los padres de los niños no se habían descompuesto. No solo eran perfectamente visibles a través del cristal inmaculado de las urnas, sino que parecían dormir dentro de ellas, acomodados en mullidos colchones de terciopelo borgoña y cojines de seda negra.

—¿Cómo puede ser? —chillé con un hilo de voz, cubriéndome el rostro con las manos.

Elzbieta rio por lo bajo.

—Vamos, señorita Pawlak, ¿dónde está su pragmatismo? —preguntó con suavidad—. ¿No sabe que hay cadáveres que no se degradan como los demás? Mucho se habla de los santos incorruptibles cuyos cuerpos son exhibidos dentro de las iglesias para incrementar el fervor religioso del populacho e incentivar las peregrinaciones, pero lo cierto es que este fenómeno no es

exclusivamente cristiano. Los miembros de nuestra familia parecen compartir dicha propiedad. Venga acá. No tema.

Vladislav tiró de la manga de mi vestido en tanto me extendía la linterna que yo había dejado caer.

—Creo que no debería perderse de contemplar a esta Bella Durmiente de la vida real: mi madre —susurró.

Así la lámpara con mano temblorosa y lo miré a los ojos. Parecía querer decirme algo sin pronunciar las palabras.

—Todos nuestros parientes difuntos han conservado su belleza a pesar de dormir el sueño de la muerte —dijo Elzbieta, observando las urnas con una sonrisa melancólica.

Tragando en seco, me atreví a dar algunos pasos hacia aquellos ataúdes perspicuos de nuevo. Habría podido jurar que tanto el hombre como la mujer que reposaban ante mí estaban vivos a pesar de su perfecta quietud. Ella tenía cabellos rojos como los de Elzbieta, los cuales se esparcían en bucles sobre los almohadones y a sus costados. Él, por su parte, tenía cabellos castaños rojizos rizados que caían sobre sus hombros. Lucían tan jóvenes, frescos y hermosos que esperaba que abriesen sus párpados en cualquier momento para mirarme. Embelesada, me arrodillé ante la madre de los niños para verla mejor. Solo entonces empecé a discernir los detalles más macabros de aquella escena: en primer lugar, sus labios entreabiertos dejaban escapar pétalos de flores de colores que ya se habían marchitado. Por otra parte, su cabeza estaba separada de su cuerpo. Aunque la delgada gasa dorada que cubría su garganta ocultaba la herida propia de la decapitación, la tela se había adherido a la hendidura entre el cuello y el torso, revelando su forma. Tal era el caso del cadáver de su esposo también, aunque la tela destinada a disimular el bárbaro tratamiento que Baltasar le había dado era de color azul zafiro. En tercer lugar, el corto extremo de una vara de hierro surgía de la porción superior del pecho de cada uno de los difuntos a la altura del corazón. Parecía que dichas varillas hubiesen sido enterradas en sus cajas torácicas hasta perforar el suelo. Además de esto, las manos de uno y otro habían sido atadas con cadenas, como si alguien temiese que pudiesen liberarse de repente a pesar de estar muertos.

Enmudecí, anonadada.

—Polonia está llena de tumbas similares, aunque no lo crea —dijo Elzbieta, su mirada diciente—. No me refiero al lujo, por supuesto, sino a los métodos de aseguramiento. En ciertos casos, deben tomarse medidas estrictas.

Sabía a lo que se refería, pero una cosa era leer al respecto de tales métodos en los libros de vampiros, y otra considerar la posibilidad de que fuesen empleados con frecuencia en la vida real por individuos comunes. Recordé que mi patrón me había dicho que había muchos vampiros, y, a pesar de mí, me pregunté si sería cierto.

Las inscripciones al pie de los ataúdes de cristal de los padres de los niños leían, respectivamente:

Petronÿa Domány-Nádasdy (n. 1864~)

Laurentius Domány-Nádasy (n. 1866~)

Sentí un aguijonazo en medio del pecho deseando que Baltasar Domány-Nádasdy no fuese lo que aquella mañana yo había decidido que era, y me pareció que las fuerzas me faltaban al recordar su rostro masculino y su voz.

—¿Qué ocurrió con las quemaduras de sus señores padres? —inquirí aclarándome la garganta y poniéndome de pie al fin—. Lucen… inmaculados. Nadie creería que ardieron en llamas.

—Su perfección natural les fue restablecida cuando tío Baltasar los decapitó —dijo Elzbieta.

—Pero ustedes no los vieron antes de que eso ocurriese…

—No, pero sabemos que tío Baltasar no nos miente al respecto —dijo Vladislav—. Además, Imre, Magdolna, el cochero y la señora Kowalski son testigos.

Suspiré. Si Petronÿa y Laurentius Domány-Nádasdy no se habían descompuesto, quizás también era posible que sus quemaduras hubiesen sanado con el paso del tiempo. Una especie de milagro biológico que, con suerte, tal vez algún médico podría explicar en el futuro.

—¿Por qué no llevan estas inscripciones la fecha de defunción? —

pregunté.

Elzbieta ladeó la cabeza dirigiéndome una sonrisa socarrona.

—Porque, a pesar de todas las medidas que han sido tomadas con el fin de que mis padres permanezcan en un estado de descanso inquebrantable, cuando se trata de los miembros de nuestra familia, nunca se sabe si la muerte realmente será permanente.

—Según dicen nuestros tíos, nuestras dos abuelas se levantaron de sus tumbas tras haber muerto la primera vez y fue casi catastrófico —dijo Vladislav, alejándose tanto que lo perdí de vista—. Venga, le enseñaré cómo reposan ahora.

Una curiosidad mórbida se había adueñado de mí, y me dirigí con presteza hacia el lugar de donde su voz provenía. En la siguiente habitación abierta, más grande aún que la anterior, se hallaban cuatro tumbas similares a las de los niños, estas dispuestas en hilera. Antes de acercarme lo bastante como para ver a través de los cristales que reflejaban la luz de mi lámpara bajo el enrejado de hierro, leí los nombres inscritos en las placas al pie de cada urna, de izquierda a derecha:

Abélia Nádasdy (n. 1845 ~)
Klára Nádasdy (n. 1847 ~)

Adorján Domány (n. 1840 ~)
Gergely Domány (n. 1843 ~)

Noté que las abuelas de los niños, hermanas entre sí, habían sido ubicadas la una junto a la otra y no con sus maridos. Los cuerpos de sus maridos, también hermanos entre sí, habían sido situados juntos a su vez, estando el féretro del hermano Domány mayor a la izquierda del Domány menor. De la unión de aquellos dos hermanos Domány y aquellas dos hermanas Nádasdy había surgido el apellido compuesto que ahora llevaban mi patrón, sus hermanos, sus primos y mis pupilos.

—Nuestras abuelas eran, además de hermanas, amigas inseparables —dijo Vladislav—. Las unía en especial su amor por las artes negras.

—Procure no gritar cuando se incline sobre ellas para observar mejor, señorita Pawlak —dijo Elzbieta—. Recuerde sus propias

palabras al respecto del decoro en presencia de los difuntos.

Asentí en silencio, dando un par de pasos hacia las urnas de las mujeres. Bien había hecho en advertirme la niña, porque tuve que hacer un gran esfuerzo para ahogar un chillido. Aunque sus cuerpos tampoco se habían descompuesto, las medidas que se habían tomado con ellas eran aún más drásticas que aquellas implementadas en el caso de los padres de los niños: sus cabezas, de abundantes cabellos rojos entremezclados con gruesos mechones blancos, habían sido seccionadas para ser acomodadas entre sus piernas. Sus manos y pies, también seccionados, se hallaban cerca de las extremidades correspondientes, pero los cortes aún eran visibles. Además de las varas de hierro que atravesaban sus corazones, otras más delgadas traspasaban sus frentes, anclando sus cabezas al suelo. Lo más tétrico de todo eran sus bocas: estas permanecían abiertas, sus lenguas repletas de clavos de hierro. Los colmillos protuberantes, mucho más largos y filosos que los de los niños y los de mi patrón, se asomaban por debajo de sus labios superiores, llegando casi a rozar sus labios inferiores. Mi corazón dio un vuelco y me llevé la mano libre al pecho, temblando. Aquellos no eran los caninos de los seres humanos normales. Eran los de una fiera, semejantes acaso a los de los lobos o a los de las serpientes. Recordé a la sazón la descripción de los dientes del personaje principal de *Varney, el vampiro* y miré a los niños, llena del terror más intenso que hubiese experimentado hasta la fecha.

—¡Es cierto! —gemí con un hilo de voz en tanto mis ojos se llenaban de lágrimas—. ¡Sus colmillos! ¡Todo es cierto! ¿Cómo puede ser?

—Según tío Baltasar, el mismo profesor Adam Mickiewicz decía que la especie a la que pertenece nuestra familia es un fenómeno humano y natural, por más que dicho fenómeno sea extraordinario e inadecuado para ser explicado por la mente racional —dijo Elzbieta.

El trabajo del profesor Mickiewicz, patriota idolatrado por mis padres que también había sido llamado el poeta polaco más grande de todos los tiempos, estaba repleto de alusiones a los vampiros, algunas directas y otras más sutiles, pero yo no lo había estudiado tanto como hubiese deseado porque Mickiewicz había sido censurado en Polonia

tras su exilio en el territorio que hacía parte del Imperio ruso. Aunque mis padres atesoraban parte de su extensa obra en casa, yo jamás me había topado con la afirmación que mi pupila acababa de citar.

—Mickiewicz sostuvo una larga correspondencia con nuestro bisabuelo Ambrus Nádasdy —dijo Vladislav—. Tío Baltasar la tiene en su totalidad. Adora el trabajo de Mickiewicz… por obvias razones. Si usted no se marcha, en algún momento se la enseñará.

Los niños hablaban en tono casual en tanto la cabeza me daba vueltas y mi visión se nublaba.

—¿Qué harán sus parientes si saben que me trajeron aquí? —dije, mis mejillas cubiertas de lágrimas de miedo—. ¡Deducirán que lo he comprendido todo!

—Nosotros no hemos pronunciado la palabra prohibida con ese fin, así que puede estar tranquila por Elzbieta y por mí —dijo Vladislav—. En cuanto a usted, la gente no es tan astuta, señorita Pawlak. Los colmillos, incluso unos tan largos como los de nuestras abuelas, no bastarían para que un visitante común adivinase en qué consiste exactamente nuestra condición. No es un atributo conocido de nuestra especie. De hecho, quienes creen en nuestra existencia asumen que todos somos monstruos grotescos, muertos a medio descomponer que solo dejan sus tumbas de noche para alimentarse de los vivos. Nadie tiene por qué enterarse de que usted sabe lo que ahora sabe si finge con la debida propiedad.

—Lo que Vladislav dice es cierto. Nuestros tíos han traído a algunos huéspedes selectos a esta cripta —comentó Elzbieta—. Todos ellos ricos y ávidos de excentricidades, nunca satisfechos con la normalidad. Ninguno ha sospechado nada. A lo sumo han encontrado fascinante que los colmillos de nuestras abuelas hayan crecido tanto con el tiempo, tal y como suelen hacerlo las uñas y los cabellos de tantos difuntos. Al menos eso han deducido todos cuantos han contemplado sus cuerpos. Nadie ha adivinado que los colmillos ya hacían parte intrínseca de su anatomía antes de morir. Y usted debe simular que llegó a la misma conclusión si alguno de nuestros parientes la aborda para hablar al respecto del tema.

Deposité la lámpara en el suelo y me llevé las manos a la cabeza,

oprimiéndome las sienes y mirando hacia la negra bóveda del techo. Era real. No estaba soñando. Los vampiros existían y me hallaba entre ellos.

—Qué guapas son nuestras abuelas, ¿verdad, señorita Pawlak? —preguntó Elzbieta como si allí no estuviese ocurriendo nada fuera de lo habitual.

—Dale unos minutos, Elzbieta, ¿no ves que aún no logra asimilar estas revelaciones? —murmuró Vladislav.

—Tienes razón. Escuche, señorita Pawlak, lo cierto es que soy bastante insensible —dijo Elzbieta, encogiéndose de hombros—. Es solo que mis abuelas se parecen tanto a mí… no puedo dejar de sentir orgullo al mirarlas.

—¿Se atrevería a mirar a nuestros abuelos, señorita Pawlak? —dijo el niño—. La vista es más tolerable para quien no goza con las crueldades.

Por supuesto que tenía que hacerlo. Tomé mi luz de nuevo y caminé hacia el extremo de las urnas de los abuelos Domány solo para encontrarme con que ambos tenían los ojos abiertos de par en par. Di un respingo, pero Elzbieta me sujetó.

—No pueden verla —susurró.

Sus rostros lucían bastante jóvenes, así como los de sus difuntas esposas, y cabe decir que sus largos cabellos, oscuros y sedosos como los de Baltasar, ni siquiera habían encanecido. Sus ojos eran azules como los de Vladislav y Magdolna. Ambos cadáveres llevaban las varas de hierro reglamentarias enterradas en el corazón, y sus manos estaban encadenadas como las de los padres de los niños, pero aparte de aquellos detalles la visión no era barbárica en exceso.

—Antes de ser trasladado aquí, el abuelo Gergely, padre de Imre, de Magdolna y de nuestro padre, había sido enterrado en otro lugar de cara a la tierra —dijo Vladislav—. Eso se hace con el fin de que una criatura maligna muerda el polvo y no a quien se acerque a su tumba. También habían atravesado la parte posterior de su cráneo con una hoz de modo que, si llegaba a revivir, no pudiese levantar la cabeza para incorporarse. Pero papá consideró que aquel tratamiento era injusto para con su padre y lo acomodó como usted lo ve ahora.

Después de todo, ninguno de los dos abuelos Domány ha intentado levantarse de su lecho mortal.

—¿Cuál de las dos abuelas es la madre de su tío Baltasar? —pregunté, mirando hacia las urnas de las mujeres Nádasdy.

—Klára —dijo Elzbieta.

Sus facciones precisas se asemejaban a las de su hermoso hijo. Me estremecí por dentro.

—No se pierda de leer el bonito poema que está esculpido en la piedra que corona las urnas de los abuelos Domány, señorita Pawlak —dijo el niño, haciendo un gesto para que me acercase.

Así lo hice:

Oh, tú, el más bello y el más sabio de los Ángeles,
Dios traicionado por el destino y privado de alabanzas,
¡Oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!
Oh, príncipe del exilio a quien se le hizo el mal,
Y quien, vencido, te levantas más fuerte,
¡Oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Reconocí de inmediato el pasaje del renombrado poema de Baudelaire *Las letanías de Satán*. Al leerlo en el pasado, siempre lo había interpretado en el contexto de una humanidad doliente que solo podía ser comprendida por el ángel caído. En aquel momento, empero, se me antojaba que se refería a los vampiros que descansaban ante mí, las más bellas y sabias de las criaturas que, aun tras ser derrotadas, se levantaban una y otra vez, siempre más fuertes. Pero también lo entendía como si fuese una oración de aquellas criaturas implorando compasión a la única deidad capaz de ampararlas, pues su miseria era tanto más larga que la del ser humano común. Aquella parecía ser la verdadera maldición de la vida eterna. Sentí una pesadumbre infinita. El aire de la cripta no me bastaba ya para respirar cómodamente.

—Regresemos —dijo Elzbieta como si pudiese adivinar mi necesidad de salir de aquel lugar—. Creo que hemos cumplido nuestro propósito. En otra ocasión podrá visitar las tumbas de nuestros bisabuelos… y las de todos los demás.

20
Vampyr inmortal

En Polonia, el vampiro, o *wampir*, era también comúnmente llamado *upiór*. En la región extendida se lo conocía por varios otros nombres, entre ellos *wąpierz* y *strzygoń* (o *strigoi*). Este último apelativo parecía ser menos específico en cuanto al vampirismo y más amplio en cuanto a las habilidades mágicas de la criatura en cuestión, que bien podía ser un brujo capaz de adoptar la forma de distintos animales, un espíritu de la naturaleza o un demonio vengativo que atormentaba a los vivos, bebiese su sangre o no. En el territorio de los pueblos eslavos, la línea que separaba al vampiro del *strzygoń* era casi inexistente, y para las gentes más supersticiosas, ambos solían ser intercambiables. Cuando en Polonia se hablaba de un vampiro o *upiór*, aun así, se sobreentendía que la criatura era, en términos generales, el fantasma de algún muerto, y el énfasis no estaba puesto en sus colmillos sino en su corazón: se creía que, en ocasiones, una persona nacía con dos corazones, y, además de esto, con dos almas. Por esta razón, dicha persona corría el riesgo de levantarse de la tumba tras su muerte ya que, aunque uno de sus corazones hubiese dejado de latir, el otro bien podía seguir funcionando, animado por aquella segunda alma que rehusaba reunirse con Dios.

De esta creencia había surgido la práctica de traspasar el corazón del supuesto *upiór* con una vara de hierro o una estaca de madera. Al menos esto me había dicho mi padre, y a mí me había parecido que la explicación para una medida tan descabellada tenía sentido en medio del absurdo, al menos para quienes no conocían el escepticismo.

No pude dejar de preguntarme si los miembros de la familia de mi patrón, él incluido, tendrían una anomalía biológica semejante. En cuanto a las almas, que alguien se levantase de su tumba tras haber muerto me obligaba a considerar su existencia con mayor seriedad. Esto me hacía temer, en parte, el experimento que llevaría a cabo con

mi patrón, aunque gran parte de mí descartaba de antemano la posibilidad de que nuestro intento fuese exitoso. Mis latidos se aceleraron. Ahora que le creía, no podía dejar de pensar en él. Y si su condición, como había dicho el profesor Mickiewicz, era en realidad un asunto humano y natural pero vastamente incomprendido, yo no tenía derecho a juzgarlo. Por el contrario, solo podía admirarlo y desearlo. Tragué en seco. Le diría que mi temor en cuanto a él se había disipado en el transcurso del día. Sabía que debía partir, pero no podía hacerlo sin asegurarle que lo comprendía.

La lección de la tarde pasó pronto y la señora Kowalski me acompañó a mi habitación, donde me hallaba a la sazón. Me sentía sucia tras haber estado en el mausoleo, por lo cual calenté agua y me lavé con esmero, perfumando mis cabellos y mis ropas tras haberme vestido de nuevo. Hubiese querido tener aun cuando fuera un vestido elegante y hermoso, pero tendría que conformarme con mi sencillo vestido negro. Me peiné recogiendo mis cabellos de modo parcial en la coronilla, dejando que algunos mechones enmarcaran mi rostro y que los demás cayesen sobre mi espalda. Sabía que lucía guapa y eso me agradaba. Quería que Baltasar Domány-Nádasdy me encontrase bella, más aún tras nuestra abrupta despedida de la noche anterior. Aunque estuviese decidida a marcharme, prefería hacerlo pensando que él compartía, aunque fuese de un modo ínfimo, la atracción que él me suscitaba.

Cuando la señora Kowalski se presentó con mi cena, me preguntó si había pensado en las palabras que me había dirigido cuando estábamos a solas en la mañana.

—Sí —dije—. Estoy de acuerdo con usted. Pienso que lo mejor para todos será que parta, pero no porque yo crea que el señor Baltasar está enamorado de mí ni cosa por el estilo. De hecho, él mismo dijo que haría los arreglos para mi partida.

—¡Oh! —dijo ella, circunspecta—. Qué extraño.

—Como bien lo dijo usted, nuestro patrón es honorable. Se anticipó a mi deseo de dejar el castillo y me lo ha puesto fácil. Partiré la semana que viene.

—No imaginé que él estuviese dispuesto a separarse de usted tan

pronto —dijo con expresión dubitativa.

—Es justamente en esto que se equivoca usted, señora Kowalski —dije—. Nuestro patrón aprecia mi compañía por motivos… intelectuales. Pero su apego por mí no es tan fuerte como para sobrepasar su inclinación natural hacia la justicia.

—O tal vez esté obrando de modo altruista porque sus sentimientos son más intensos de lo que sospeché —replicó—. No es propio de ningún señor pensar en la servidumbre antes que en sí mismo.

No quise ahondar en aquel tema pues me ponía aún más nerviosa.

—Por lo que sea, pronto partiré. Puede estar tranquila.

—Admiro su sensatez y su determinación —dijo ella—. Lamentaré verla partir. No solo por la buena relación que ha entablado con los niños sino por la alegría del señor Baltasar. Me habría gustado que las cosas fuesen distintas.

Y a mí me habría gustado que no hubiera depredadores potenciales tanto en el ala este del castillo como bajo el suelo sobre el que caminábamos, pero no había nada que ella ni yo pudiésemos hacer para cambiarlo. Porque estaba convencida de que la señora Kowalski tenía que haber adivinado hacía mucho que no trabajaba para una familia corriente, por noble que fuese. Ella también tenía que saber que los Domány-Nádasdy y sus ancestros eran vampiros. Supiera cuanto supiese, parecía haber aceptado la condición de nuestros patrones con mayor practicidad que yo. Aun así, no podía comentarlo con ella.

—También yo. Me habría gustado conservar mi empleo si las circunstancias fuesen otras —dije—. Sin embargo, no lo son. Aún no se lo he dicho a los niños. Le pido que no lo comente con ellos ni con la aya.

—¡Por supuesto que no! —exclamó—. No haría nada que pudiese perjudicar al señor Baltasar.

Le agradecí por los alimentos y cené. Después de eso, esperé con gran inquietud a que llegase la hora de reunirme con el *upiór* más guapo del mundo entero, asomándome por la ranura de las cortinas a intervalos. El cielo estaba despejado y las estrellas brillaban sobre el castillo. Las cortinas de las habitaciones del ala este permanecían

cerradas. ¿Estaría Magdolna observando el ala oeste en la que yo me encontraba del mismo modo? ¿Me habría olvidado ya?

Baltasar Domány-Nádasdy llamó a mi puerta mientras el reloj daba las once de la noche. Su exactitud era notoria.

—Señorita Pawlak, soy yo, Baltasar —dijo, y abrí de inmediato para encontrarme con él, que vestía de negro de pies a cabeza de nuevo.

—Señor Domány-Nádasdy —dije con una leve reverencia, cerrando mis párpados un instante para mirarlo de nuevo.

Me pareció que absorbía la totalidad de mi imagen al contemplarme en silencio, tal y como yo lo hacía con él. No había nada abiertamente sobrenatural en su apariencia. Solo su atractivo era sobrehumano, me dije, y me pareció que una sonrisa implícita se dibujaba en sus labios.

—Venga acá —dijo, extendiéndome su mano.

La tomé deseando echarme en sus brazos y besarlo con ímpetu, arrastrándolo al interior de mi habitación, pero solo le di mi llave, que llevaba en la otra mano, para que él le echara cerrojo a la puerta. Lo hizo sin soltarme, atrayéndome hacia su flanco en la oscuridad. Dejé que mis dedos tocaran los cabellos que caían sobre su espalda mientras inhalaba su aroma. Fruncí el ceño, apretando los labios, luchando contra las placenteras sensaciones físicas que su proximidad desataba en mí. Me apartó de repente, sujetando mis brazos.

—Qué bella es, Lucyna —murmuró con voz ronca. Me estaba observando en medio de las tinieblas.

—Desearía verlo también —dije, dirigiendo el rostro hacia su voz.

—En unos instantes —replicó tomando mi mano de nuevo y guiándome a través del pasillo hacia el ala sur.

Pronto nos hallamos en la habitación en la que habíamos conversado la noche anterior. Las velas estaban encendidas y el hogar ardía. Noté que había dispuesto varios almohadones gruesos sobre la alfombra frente a la chimenea. Él cerró la puerta con llave y me enseñó aquel acogedor espacio junto al fuego con un movimiento de sus dedos.

—Por favor —dijo, indicando que me sentase allí sin necesidad de decirlo—. Traeré licor y los implementos para nuestro experimento.

Las cortinas estaban abiertas de par en par. Me acomodé sobre la

alfombra mullida, doblando las rodillas bajo mi falda, observándolo moverse hacia el mueble donde guardaba el licor. Sus ropas, como de costumbre, eran distintas, bellas y lujosas. Tras depositar una pequeña bandeja de plata con dos copas y una gran botella de cristal verde oscuro junto a mí, se quitó la chaqueta, que llevaba abierta, dejándola sobre el sofá. Su camisa negra y sus pantalones permitían que adivinase los contornos de su musculatura. Cerré los ojos un instante, tomando una inhalación. ¿Cómo podría hacer un esfuerzo sincero por concentrarme en su experimento estando ante él? Él tomó un libro de cubierta roja de la mesita y procedió a tomar asiento a su vez sobre la alfombra frente a mí.

—Este es uno de los tantos cuadernos personales en los que he recopilado información valiosa al respecto del ocultismo y el espiritismo. Contiene varios poderosos rituales de invocación que he puesto en práctica sin éxito, quizás porque siempre los he llevado a cabo en soledad —afirmó, enseñándomelo.

La ilustración de la cubierta enseñaba un híbrido de animal y humano cuya cabeza era la de una cabra y cuyo torso era aquel de una mujer desnuda. Los dedos corazón e índice de su mano derecha apuntaban hacia una blanca luna menguante ubicada en la porción superior del dibujo. El brazo derecho flexionado a su costado llevaba la inscripción *Solve* (“disuelve”, o “separa”, en latín) en el antebrazo, mientras que el brazo opuesto se extendía a su costado izquierdo con la inscripción *Coagula* (“coagula” o “une”, en latín), los dedos índice y corazón de la mano correspondiente apuntando hacia una luna creciente de color negro ubicada en la porción inferior del dibujo. La efigie estaba sentada sobre un montículo redondeado semejante a la mitad superior de un globo planetario, con las piernas entrecruzadas a la altura de los tobillos, sus pezuñas caprinas escapando de una manta que cubría sus piernas y órganos reproductivos. La cabeza de la cabra ostentaba en su frente una estrella de cinco puntas, una sola de ellas apuntando hacia arriba. Sobre esta punta superior de la estrella, del vértice de la cabeza, surgía una antorcha que se elevaba por entre los largos cuernos de la criatura. Su llama ardiente dominaba la porción superior central del dibujo. Aquella cabra humana estaba dotada de

enormes alas de plumas negras que se extendían a medias a sus espaldas. De su bajo vientre emergía una especie de báculo vertical de cabeza redonda similar a un caduceo, en medio del cual dos serpientes se entrecruzaban para besar la esfera a cada uno de sus lados.

—Se parece a la figura del diablo utilizada en las cartas viejas del tarot —susurré como para mí—. La vecina de mi tía tiene una baraja.

—Eso es cierto. Posee usted el poder de observación de una verdadera artista. La popular ilustración de aquella carta del tarot temprano surgió de esta imagen, precisamente. Esta es la Cabra Sabática o baphomet. Es una réplica de la que fue esbozada por el difunto Éliphas Lévi, el mayor ocultista de nuestro siglo. Intenté dibujarla con toda la exactitud de la que fui capaz.

—¿Usted mismo la pintó?

—Sí —dijo él.

—¿Qué significa? —inquirí, ladeando la cabeza.

Él me miró con aparente gratitud.

—Piensa como yo. Cuán fácil es hablar con usted. Me agrada que haya intuido que es una imagen simbólica. Este dibujo es muy especial, pues representa lo absoluto, el equilibrio perfecto. Es mitad animal y mitad humana, mitad hombre y mitad mujer. Sus dos manos conforman el símbolo del ocultismo. Una mano apunta hacia la luna blanca de Chesed, luna del amor, y la otra hacia la luna negra de Gevurah, esfera que corresponde al juicio y al elemento del fuego. En conjunto, lo anterior representa la perfecta armonía de la compasión con justicia. La llama de la inteligencia que brilla entre sus cuernos es la luz mágica del equilibrio universal, el alma que se eleva sobre la materia. Tiene cabeza de cabra porque solo el ser encarnado sufre por sus actos, representa el horror del pecado en contraste con la elevación del alma. La vara que surge de su entrepierna es la vida eterna.

—No creo en el pecado —comenté—. Lo demás es fascinante.

—Es solo una expresión. El pecado en términos ocultistas, separado de una religión, vendría siendo el acto innoble que degrada a quien lo realiza.

—Suena decididamente católico.

Él rio de buena gana.

—Bueno, Éliphas Lévi fue un seminarista católico antes de dedicarse de lleno al ocultismo. Tal vez no haya logrado desprenderse del todo de las nociones que adquirió a lo largo de su crianza y formación como sacerdote, y es probable que no haya querido hacerlo, ya que, aunque había renunciado a la ordenación sacerdotal en su juventud y posteriormente había sido censurado por la policía y la Iglesia, dejó la logia francmasónica a la que perteneció más adelante porque los masones rehusaban tolerar el catolicismo. A pesar de su tolerancia para con aquello que yo no tolero en lo personal, insisto en que fue un hombre brillante. Un socialista y genio revolucionario que apoyaba la emancipación de la mujer.

—¿Está intentando que me sea simpático? Porque lo está logrando —repliqué con una sonrisa.

—Quizás —dijo él—. A mí también me simpatiza. Por encima de todo, aprecio la fineza de su intelecto y su dedicación al estudio de lo oculto. Tanto así que no me molestan sus constantes alusiones a vertientes místicas hebraicas que más adelante influyeron el judeocristianismo. Quizás en el caso de Lévi me sean indiferentes porque él las usa en un estado más puro, separándolas del judaísmo y del cristianismo como tales. En todo caso, Lévi, cuyo nombre real era Alphonse Louis Constant, tenía una vasta comprensión de la mitología universal, que supo emplear para explicar símbolos que escapan del entendimiento del hombre común. Y aunque rechazó de modo fulminante el espiritismo y la creencia en la reencarnación, asuntos que a mí tanto me atraen, lo admiro profundamente.

—Quizás el imparcial sea usted, entonces —sugerí.

—No cuando se trata de usted —replicó, elevando el mentón sin dejar de observarme.

Lucho contra mí mismo, Lucyna, lo escuché pensar.

—Yo también —dije, desafiante.

—¿También lucha contra usted misma? —inquirió, confirmando que en realidad lo había escuchado pensar.

—Así es —dije, tomando aire por entre mis labios entreabiertos.

—Ojalá se rindiera —dijo, sus labios curvándose ligeramente en las

comisuras, los hoyuelos de sus mejillas acentuándose bajo sus pómulos altos. Sus ojos se iluminaron como la noche anterior en la capilla.

—No puedo hacerlo —suspiré.

Aún, lo escuché pensar.

—Está bien —dijo, abriendo el cuaderno en una página que ya estaba marcada con la cinta que tenía a modo de separador—. Procedamos.

Escanció el licor dorado en ambas copas entonces y me extendió una.

—Por el equilibrio perfecto entre dos —dijo mirándome con fijeza.

La imagen de nuestros cuerpos desnudos se dibujó en mi mente y sacudí la cabeza para despejar el pensamiento.

—Salud —dije elevando mi copa, satisfecha de ser mi propia dueña.

Ambos bebimos largamente el coñac hasta que nuestras copas quedaron vacías.

—Ahora procederé a tomarla de las manos y a recitar la invocación —anunció—. Si funciona, una fuente de inteligencia inmaterial se manifestará ante nosotros de algún modo. Por ningún motivo —prosiguió, su semblante en extremo serio— procure liberarse de mí. Por asustada que esté. Esto podría causar que el espíritu se quedase atrapado en el plano terrenal sin poder regresar al plano espiritual al que pertenece, y podría ser en extremo peligroso para nosotros. Es necesario que nuestras manos permanezcan unidas hasta que concluya el ritual. Yo la soltaré cuando sea así.

Asentí.

—¿Qué debo hacer yo? —pregunté.

—Prestarme su voluntad para que podamos entablar contacto con la entidad, concentrándose en mis palabras. Solo debe estar de acuerdo con lo que digo para sus adentros en tanto repite mis frases.

—Está bien —dije.

Él se acercó más a mí, adoptando una posición cómoda y depositando el cuaderno sobre su regazo. Tras tomar tres hondas inhalaciones e indicarme que lo imitase, me tomó de las manos, entrecruzando sus dedos con los míos. Temblé al sentir su tacto, pero hice un esfuerzo por concentrarme en sus palabras, según me había

pedido. Él empezó a leer en latín, pausando al terminar cada frase para que yo la repitiese:

Henos aquí a los dos, hombre y mujer, unidos en mente e intención.
Oh, puerta oculta que separas el mundo de la materia de aquel del espíritu, ábrete.

De repente, la luz de todas las velas de la habitación se extinguió, como si una violenta corriente de aire hubiese recorrido cada uno de sus muros. Solo que no había viento en esa estancia tibia y cerrada. Tragué en seco sin soltarlo y sin musitar, contenta de que las llamas de la chimenea aún ardiesen, aunque con menos intensidad. La expresión de los ojos de Baltasar era una de maravilla y triunfo. Prosiguió:

Permite que pase la entidad capaz de comunicarse con nosotros,
con el fin de iluminar nuestro entendimiento nublado.

Escuché cómo la puerta de la habitación contigua se abría lentamente, solo para cerrarse con fuerza, haciendo que temblasen los muros y que yo saltase en mi lugar. Ahogué un gemido, atónita. Baltasar prosiguió y yo repetí, haciendo lo posible por no balbucir:

Oh, alma visitante, te honramos y agradecemos.

Danos una señal de que te encuentras con nosotros.

La campanilla por medio de la cual Baltasar llamaba a la servidumbre cayó al suelo junto al sofá en medio de la oscuridad.

—¡Dinos tu nombre, espíritu! —dijo él en polaco, y yo no repetí, pues caí en la cuenta de que ya no recitaba.

Me pareció escuchar pasos más allá de la mesa y el rumor que produce la tela de un vestido amplio, pero no veía nada.

—¿Quién eres? —inquirió Baltasar, mirando hacia dicho lugar.

Una risa baja y femenina llegó a mis oídos desde allí, produciéndome escalofríos.

Soy tu hermana, murmuró una voz apenas audible.

—¡Petronȳa! —susurró él.

Sí, dijo la voz.

—¡Me has devuelto la esperanza! —su voz se quebró.

Vine porque vuestra invocación conjunta me compelió a hacerlo, dijo la voz, y algunas velas se encendieron por un segundo, volviendo a apagarse de inmediato.

—Es obligación pagar a los muertos sus favores. ¿Qué deseas a cambio de tu ayuda, hermana mía? —inquirió él.

Quiero que vengues mi muerte, anunció ella.

—¡Así será! —respondió él—. ¡Habla, Petronȳa, te lo ruego!

—Cuando nuestra madre aún vivía, me contó en secreto que nuestra antepasada, la condesa Erzsébet Báthory vivió hasta que tú cumpliste los quince años y yo los veinte. Erzsébet se había levantado de la tumba gracias a un pacto con Satanás, transformada en un vampyr *inmortal*, dijo Petronȳa. *Erzsébet encontró a nuestra madre y a nuestra tía Abélia, y las instruyó brevemente. Solo había un modo de destruirla. Su plan de vivir para siempre falló porque una de sus víctimas la envió al infierno en cuerpo y alma hace apenas nueve años. Yo jamás la conocí, e ignoro si nuestro hermano Aurel o nuestros primos Imre y Magdolna lo hicieron. El punto es que algunos de nuestros ancestros desarrollaron una invulnerabilidad casi absoluta. Por lo mismo, no se les podía dar muerte del modo tradicional, es decir, atravesando sus corazones con estacas y seccionando sus cabezas.*

—Prosigue, por favor —replicó Baltasar.

—Cuando llegué al reino de los muertos, me fue revelado que nuestro ancestro Domán vivió hasta hace poco también. A diferencia de Erzsébet, él nunca se acercó a nuestra pequeña familia. Él fue el vampyr *primordial. El no-muerto originario. Vivió casi diez siglos y el último nombre que adoptó fue Hywel Halstead de Halkett. Una de sus víctimas logró enviarlo al infierno hace solo cuatro años.*

—Eso es sumamente interesante pero no me es exactamente útil, Petronȳa. ¡Tiene que haber algo más! ¡Algo específico! —exclamó él con tono de súplica.

—Los diarios de nuestra madre están ocultos en los muros de su antigua habitación. Hallarás en ellos información de tu interés. Con el fin de esclarecer mi muerte, convoca a los señores de los castillos vecinos. Indaga

entre ellos.

—¡Haré lo que dices! —repuso él, sus ojos dorados iluminando su rostro—. ¿Algo más, Petronỹa?

Esperamos largo rato una respuesta.

—¿Petronỹa? —insistió Baltasar.

Una a una, las velas que se habían extinguido se encendieron solas y su luz suave volvió a iluminar la habitación de modo parcial.

—Se ha ido —susurró él, cerrando los ojos—. Debemos concluir el ritual. Leeré de nuevo. Repita cada frase que yo pronuncie como lo hicimos al comienzo, por favor —pidió.

Yo asentí con el corazón en vilo. Aún no comprendía la totalidad de lo que había escuchado, pero sabía que no era nada bueno. Él leyó de su cuaderno:

Oh, llama del espíritu, ambos te agradecemos como uno solo.
Oh, puerta divisoria, ciérrate de nuevo para que el equilibrio perfecto entre los mundos sea restablecido.
Juntos nos despedimos.
Adiós.

Solo entonces sus dedos liberaron los míos y cerró el cuaderno para elevar sus ojos hacia mí.

—Funcionó —dijo, su voz algo quebradiza—. ¡Funcionó!

Tomé aire para replicar y al fin dije, mi corazón golpeando mi pecho:

—Tal parece.

—Gracias, Lucyna. No tengo cómo compensarla por tanto.

—Señor... no ha sido nada.

—¿Bromea acaso? —dijo casi riendo—. ¡Mi hermana estuvo aquí gracias a que usted accedió a participar en la invocación! ¡Y me dijo cosas que necesitaba escuchar! ¡Se lo debo todo a usted!

—Solo repetí sus palabras —insistí.

—¿Cree ahora que hay algo más allá de nuestra realidad inmediata?

Suspiré.

—Solo en parte, a pesar de lo que acaba de ocurrir en esta habitación. Temo que ambos lo hayamos imaginado todo, como en

una especie de sueño compartido. O que usted haya imaginado esa voz y esas palabras, causando que yo las escuchara. Tendrá que perdonarme.

—¡Es usted en exceso escéptica!

—Al menos creo que nos une un fuerte lazo mental, señor —dije a modo de disculpa, temiendo que lograse convencerme tan pronto de confiar plenamente en lo que mis sentidos acababan de experimentar —. Y también creo en usted. Creo con sinceridad que es un vampiro, y que anoche me habló con la verdad.

—La admiro. Me gusta que le tome tiempo acostumbrarse a nuevas realidades… aunque eso me perjudique a mí. Gracias por el voto de confianza —dijo, poniéndose de pie y dando unos pasos hacia el sofá para quitarse la chalina negra que llevaba alrededor del cuello—. Cuando desperté, supe que querría irse tras de lo ocurrido ayer en la noche. Jamás debí esperar algo distinto, dada su naturaleza. Y es por esto que he tomado la determinación de resignarme a su partida. No puedo decir que no la comprenda a la perfección. Ha sido usted más que generosa al acceder a complacerme esta noche. Se ha convertido en la depositaria de mis mayores secretos aunque nunca lo quiso así. Más aún tras haber escuchado lo que dijo mi hermana.

Se llevó las manos al rostro estando de espaldas a mí. Daba la impresión de estar sufriendo y sentí que mis ojos se humedecían.

—Sé que no quiere involucrarse más con esta familia —murmuró—. Solo alguien a quien no le importe vivir o alguien demasiado ambicioso querría lo contrario. Pero usted no es ninguna de las dos cosas —dijo, dándose la vuelta para encararme.

—No… no lo soy —dije, poniéndome de pie a mi vez y alisando mis faldas en un gesto nervioso.

Por ello me es preciso olvidarlo en la distancia, en un lugar donde pueda dejar de sentir este deseo que me abruma y que me pone en peligro, pensé, presa de la angustia.

Él se acercó a mí para tomar la bandeja con nuestras copas y llevarla a la mesa, donde volvió a llenarlas. El reloj dio la medianoche. Él me extendió una copa sin inmutarse.

—¿No… necesita alimentarse? —pregunté.

—No de sangre. Además, cené poco antes de ir a su habitación —dijo, bebiendo un trago de su copa—. Me encuentro saciado.

Bebí de mi copa también, y no me detuve hasta consumir todo su contenido. Lo necesitaba.

—¿Qué hará usted con la información que obtuvo esta noche? —inquirí.

—Convocaré a los vecinos para que vengan a pasar una velada en el castillo el sábado en la noche —dijo él—. Dispuse todo hoy para que usted pueda partir el lunes a primera hora, pero quiero que nos acompañe durante la cena que planeo.

—¿Estará su… prima Magdolna allí? —pregunté.

—Sí, pero yo también, así que nada le ocurrirá. Toda la familia estará presente. Invitaré al tutor de música de modo que toque algo para nosotros. Elzbieta y Vladislav no toman lecciones durante el fin de semana, así que tendrá el día libre para leer.

—Gracias, señor.

—Baltasar —dijo, terminando su copa y tomando la mía de entre mis manos para depositarlas ambas sobre la mesa.

Sonreí a modo de respuesta.

—¿Cree usted que sea cierto que su antepasada Báthory se levantó de la tumba para seguir viviendo hasta hace tan poco? —le pregunté.

—No tengo motivos para dudar de ello. Después de todo, mi propia madre se levantó de entre los muertos una vez.

—Su hermana no dijo que la condesa hubiese muerto, exactamente —repuse pensativa—. Dijo que una de sus víctimas la envió al infierno en cuerpo y alma. Tal vez ella viva allí. Por algo debió afirmar que era un *vampyr* inmortal.

—Cierto —dijo él con una media sonrisa—. Es usted astuta. Además, según uno de los grandes precursores del espiritismo, Emanuel Swedenborg, hay varios cielos y varios infiernos.

—De ser cierto, sus restos podrían estar en cualquiera de esos infiernos. Interesante concepto, en todo caso —dije, frunciendo el ceño.

—Lo es. Swedenborg decía que los espíritus eran mediadores entre Dios y los humanos.

—Así como en el cristianismo y en el judaísmo se cree que son los ángeles —comenté.

—Exactamente así —dijo él.

—¿Se atrevería usted a leer los diarios de su madre como lo sugirió su hermana? —inquirí—. Un diario es algo tan… personal.

—Quizás encuentre en ellos las respuestas que busco —suspiró él—. ¿Cree ahora que sí se trataba de mi hermana o al menos de un espíritu desencarnado, o continúa creyendo que yo la llevé a escuchar cosas en las que yo ni siquiera había pensado?

—Me inclino a pensar que se trata de la primera opción —dije sinceramente—. Y eso me atemoriza aún más.

—No osaría afirmar que no tiene motivos para temer —dijo—. Sin embargo… querría que pudiese obrar con base en lo que desea y no con base en lo que teme —me pareció que me bebía con la mirada—. Quisiera que no hubiésemos nacido en posiciones tan distintas. Que el modo de acercarme a usted hubiese podido ser uno diferente a convertirla en la institutriz de mis sobrinos. Que usted no sintiese que la avasallo con el poder que deriva de una fortuna como la de mi familia. Que no se sintiese amenazada por mi fuerza, la cual jamás emplearía en su contra. A pesar de las ventajas que obtuve por medio de mi nacimiento, Lucyna, yo creo que somos iguales en valor intrínseco e inteligencia.

—¿No se siente orgulloso de sus títulos nobiliarios y su riqueza? —inquirí, extrañada.

—¡No! —dijo—. ¿Acaso los obtuve por mis propios méritos? El nacimiento es un asunto aleatorio. Usted misma les dijo algo similar a mis sobrinos, por lo cual sé que concordamos en esto. Somos muy afines, usted y yo. Aunque, a mi modo, crea en el destino en un sentido amplio, es decir, creo que nuestros actos y devenir dependen en gran parte de una infinidad de circunstancias a priori, no creo en la predestinación. No estoy nada orgulloso de mis títulos ni de mi riqueza.

Sentí gran admiración por él. Era inaudito que un noble no estuviese convencido de merecer su posición terrenal como si aquella hubiese dependido de un designio divino.

—Lo felicito —dije, emocionada en mi fuero interno—. Pero… ¿no cree usted tampoco en la hegemonía masculina?

Él rio de buena gana, sirviendo dos copas más y brindándome una.

—Jamás he pensado que la fuerza bruta sea una demostración de supremacía en modo alguno. Por algo se le llama *bruta* —sonrió, arqueando una ceja—. Es un atributo animal, bestial, en contraste con lo humano, que conlleva la reflexión acerca de los impulsos. Lo único que distingue al hombre de la mujer es su capacidad de someter y dañar por medio de dicha fuerza o de designios sociales y religiosos utilizados para manipularla… y creo que ya le expresé que considero que abusar de la fuerza es cobardía, aun cuando de ello depende mi supervivencia dada mi maldición. En cuanto al sentido espiritual, no creo en el palabrerío religioso que busca ensalzar o demonizar a uno u otro sexo, siempre con el fin ulterior de subyugar a la mujer. Por eso aprecio el legado filosófico de Éliphas Lévi, quien abogó por la igualdad de derechos de la mujer y quien, en su acepción mística de los sexos, dijo: *solo a través de la aceptación de la mujer puede el hombre alcanzar la verdadera iluminación*. Hasta que esto no ocurra, la aceptación jamás será mutua, pues la mujer sentirá resentimiento hacia el hombre, aunque solo sea para sus adentros o aunque no sea consciente de ello. Lo cierto es que, en el ocultismo, lo masculino y lo femenino, el hombre y la mujer, tienen el mismo poder y la misma importancia. Y esta es la ideología con la cual mi mente y mi corazón resuenan. Pero, como ya le dije también, juzgo a cada persona de manera individual. Poco me importa que sea hombre o mujer —sonrió.

Pero me alegra que usted sea mujer, lo escuché pensar.

—Pues a mí me alegra conocer a un hombre que no teme perder el control de la mujer —le sonreí a mi vez, bebiendo de mi copa.

—No solo no temo perderlo, no deseo tener ningún control sobre usted o el resto de las mujeres del mundo. Pocas cosas odio más que la falta de libertad, tanto en lo personal como en lo universal. Y por esto me pesa de tal modo nuestra situación, una en la que usted no puede elegir su proceder con plena autonomía dada la desigualdad de poder material que hay entre los dos, además de mi posición de empleador.

Esto sin contar el miedo que usted siente, por supuesto.

También yo quisiera que todo fuese distinto, le dije con el pensamiento.

—Solo podemos jugar con los naipes que el azar nos repartió, señorita Pawlak —dijo inclinando la cabeza hacia la izquierda sin dejar de mirarme, y los bucles de sus cabellos castaños rozaron sus hombros.

—Quizás el porvenir nos depare una mano mejor —repliqué, cayendo en la cuenta de que conservaba la esperanza de volver a verlo algún día en el futuro aunque partiese. Y entonces comprendí cuán ingenua era aquella idea en su estúpido optimismo.

—No hay nada mejor que haberla conocido a usted. La fortuna ya fue lo bastante generosa conmigo.

Pensé que haber estado en una posición que me permitiese convertirme en su amante con plena libertad habría estado mucho mejor, y de nuevo me invadió aquel calor salvaje que nublaba mi razón.

Él exhaló por entre los labios observándome con feroz intensidad, pero solo murmuró:

—Es hora de que la acompañe a su habitación.

Yo asentí con lentitud, conjeturando a la sazón que aquellas despedidas abruptas pretendían evitar que yo tomase una decisión precipitada de la que pudiese arrepentirme más adelante: Baltasar Domány-Nádasdy me deseaba tanto como yo a él.

21
Solve et coagula

Tras salir de la estancia, me tomó de la mano y me guio hacia mis aposentos procurando que hubiese una distancia prudencial entre ambos, pero aquello no sirvió de nada: mis dedos ardían al tocar su piel y mis otros sentidos no hicieron más que aguzarse. Percibía su respiración, anhelando sentirla sobre mí. Su perfume tenue llenaba mi pecho, llevándome a imaginarlo desnudo y tibio, cubierto de transpiración. Mi pulso se aceleraba con cada paso que dábamos, y para cuando se inclinó sobre mí para abrir el cerrojo de mi habitación, mi resistencia se había desvanecido. No bien empujó la puerta para dejarme pasar y el débil fulgor proveniente del hogar iluminó el espacio que ocupábamos en la penumbra del pasillo, me alcé sobre las puntas de los pies para ceñirme contra su cuerpo, enredando mis dedos en sus cabellos y atrayendo su rostro hacia el mío.

—Lucyna —murmuró como si estuviese gratamente sorprendido, el ámbar de sus ojos encendiéndose bajo sus párpados, su boca muy cerca de la mía.

Inhalé su aliento dulce y deslicé mis manos por su pecho y sus flancos, abarcando su talle con mis brazos para sujetarme a él con más fuerza aún.

—Baltasar —pronuncié su nombre al fin sin dejar de mirarlo.

Él aproximó entonces su rostro a mi oído para preguntar:

—¿Está segura de lo que hace?

Mis labios rozaron el contorno de su mejilla, y la aspereza de la barba que empezaba a brotar causó que una sensación desconocida me recorriese, extendiéndose hasta el centro mi vientre.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —repliqué, y hundí mi rostro en su cuello para inhalar el aroma masculino que se desprendía de su piel y de sus cabellos.

—Juega con fuego —dijo con voz ronca, apartándome un segundo

para mirarme, y sus labios entreabiertos se curvaron en una sonrisa fugaz antes de cerrarse sobre los míos. Me besó con la misma avidez que yo albergaba dentro y que ahora le expresaba sin reservas, besándolo como si fuese la única luz capaz de sacarme de las tinieblas de la existencia.

Él me tomó de la base de la nuca, hundiendo su mano en mis cabellos, y con su mano libre presionó la unión entre mi espalda y mi cintura, atrayéndome aún más hacia él. Me obligó a retroceder con un solo movimiento para aprisionarme contra el muro de piedra adyacente al marco de la puerta, que permanecía abierta. Metí mis manos dentro de su camisa para acariciar su abdomen sin apenas darme cuenta de lo que hacía, obrando solo de modo instintivo. Lo escuché gruñir, pero aquel era sin duda un gruñido de satisfacción que solo me instó a proseguir, deleitándome en ello. Detuve mis manos en las hendiduras de sus caderas, volviendo a besarlo con aún más ímpetu y siendo correspondida con mayor voracidad.

—Realmente creo que no sabe lo que hace —rugió.

En aquel punto, yo no quería hablar, pero hice un esfuerzo por responder:

—Sé lo que hago y lo que deseo que usted haga.

En retrospectiva, no sabía lo que hacía pues nunca lo había hecho antes, pero todo indicaba que se me daba bien. Sabía, a grandes rasgos, el desenlace que me esperaba, y estaba segura de necesitar experimentarlo con él. Él tiró de las presillas de mi vestido con el fin de desprenderlas de los botones, pero se excedió en afán y rasgó la costura lateral de la tela que se extendía desde lo alto de mi cuello hasta mi hombro, dejando la piel de mi clavícula y de mi escote al descubierto. Procedió entonces a besar mi cuello con tal ansia que me arrancó un suspiro audible. Sentí sus dientes tocar mi piel y me estremecí de pies a cabeza. Él volvió a besarme en la boca, jadeante.

Intenté entonces arrastrarlo al interior de mi habitación sin lograr más que diese un paso en dirección a la entrada de esta. Él se detuvo bruscamente en el umbral, exhalando con evidente frustración.

—¡No puede despedirse ahora! —protesté incrédula.

—¡No quiero hacerlo! —dijo, sus ojos casi amarillos—. Debe

invitarme a pasar.

—Pase, se lo ruego —susurré desde el interior, tras de lo cual él se adentró en la estancia, cerrando la puerta antes de girarse hacia mí de nuevo.

Mi habitación estaba más iluminada que el corredor, y la lumbre que terminaba de devorar el último leño dentro de la chimenea me bastaba para discernirlo con nitidez. Baltasar se abalanzó sobre mí, besándome de nuevo y luchando con el corpiño de mi vestido para terminar de liberarme de la prenda mientras yo hacía otro tanto con sus ropas. Gemí al contacto de su piel caliente y tersa contra la mía cuando me tomó en sus brazos para depositarme sobre el lecho.

Lo que ocurrió a partir de aquel momento transformó de modo irrevocable todo lo que yo había imaginado al respecto de la sensualidad hasta la fecha. La luz incandescente del hogar se filtraba a través las cortinas del lecho umbrío como un rojo ocaso, delineando el sinuoso movimiento de la silueta de Baltasar sobre la mía. Aquel abrazo ígneo había abierto una compuerta mística que ambos cruzamos a voluntad para fundirnos como dos metales aliados, nuestra respiración hecha una. El aire se había tornado denso como si estuviese cargado de incienso, y me sentí morir cuando, sus ojos en los míos, me arrastró consigo en su lento vaivén. Me pareció que descendíamos hacia un abismo secreto en lo profundo de la Tierra, una región del averno en cuyo negro firmamento permanecimos suspendidos, esplendiendo como un solo sol, nuestros pulsos unidos en la percusión ancestral de la sangre en tanto las llamas de nuestro interior consumían nuestros cuerpos terrenales. Aquella era la razón por la cual los ángeles caían, pensé, contemplando el rostro deífico de Baltasar, su expresión oscilando entre el asombro y la dicha, antes de cerrar mis párpados con fuerza para exhalar hacia el infinito, aferrándome a él. Aquel espacio atemporal borraba y reconstruía todas mis nociones de placer, asemejándose más a la gloria que no se extingue aunque se perezca en ella. Recibí gustosa el fuego de sus labios solo para volver a adentrarme en las sombras de la noche eterna con él, el sonido de su voz reclamándome con anhelo, su sonrisa convirtiéndose al fin en un grito silencioso de abandono

absoluto. Solo después me dejé caer rendida a su costado, mis cabellos derramándose como serpientes sobre su pecho, su hombro y la cama.

* * *

Me tardé unos minutos en reparar en que sus ojos entreabiertos iluminaban el espacio que ocupábamos. Me había quedado dormida y ahora despertaba aún junto a él.

—Gracias —murmuró, acunándome con su brazo derecho, sus dedos deslizándose desde mi hombro hasta la mano que yo había puesto sobre su torso—. No había imaginado que sería así.

Baltasar sonreía con los labios cerrados.

—Tampoco yo —confesé, cayendo en la cuenta de que no había sentido aprensión o incertidumbre, como había creído que podría ser el caso al anhelar aquel evento con anterioridad—. Espere, ¿qué había imaginado usted?

—Tantas cosas —dijo por lo bajo—. Todo palidece en comparación con lo que acabo de vivir con usted.

Una emoción intensa se asentó en mi pecho y tomé aire con lentitud, cerrando los ojos.

—¿Dónde estuvimos? —pregunté en un susurro.

—Estuvimos aquí… pero sé a lo que se refiere —suspiró—. Estuvimos también en otro lugar. Es un fenómeno al que recientemente se le ha dado el nombre de proyección astral. El lugar que visitamos es el mismo al que desciendo cuando duermo o cuando me encuentro en un estado de conciencia profundo. Nunca había estado allí con otra persona.

—¿Disculpe? —dije, abriendo los ojos.

—He concluido que es un espacio similar al Tártaro que describían los antiguos griegos —dijo él, tragando en seco.

—No, no, no. No preguntaba eso, aunque es interesante. Ya volveremos al tema de la proyección astral —dije, incorporándome un poco para mirarlo directamente—. ¿Cómo es eso de que nunca había estado allí con otra persona?

—Yo no… —gesticuló con su mano entre él y yo.

—¿No… qué? —lo insté a proseguir, frunciendo el entrecejo.

—No me había permitido a mí mismo ceder ante… —arqueó una ceja, como si lo que intentaba decir fuese perfectamente evidente.

—No puede ser —balbucí al comprender el sentido de sus palabras, tiñéndome de bermellón—. ¿Nunca había tenido una amante?

—No —dijo, a la vez serio y desafiante—. ¿Qué relevancia tiene? ¿Preferiría que le dijese que he llevado una vida de desenfreno?

—¡En absoluto! —reí, anonadada—. Es solo que no imaginé que ambos fuésemos a vivir esto juntos por vez primera.

—¿Por qué? —sonrió en tanto sus músculos faciales se relajaban—. No habría sido menos importante para mí si mi pasado hubiese sido distinto, o si mis condiciones presentes fuesen otras. Tampoco me importaría que usted hubiese tenido una vasta lista de amantes previos. Nada habría alterado lo que siento ahora. Solo me importan las dos personas que están aquí en este momento. Usted y yo.

—¿Cómo sabe que no tengo una extensa lista de amantes? —pregunté, entornando los ojos.

—No lo sabía hasta hace unos segundos —rio por lo bajo, meneando la cabeza—. Usted acaba de decir, y la cito: *vivimos esto juntos por vez primera.*

—Vamos, estoy segura de que no podría fingir ser una gran conocedora de las artes amativas aunque me lo propusiera —bromeé.

—A mí me habría convencido de lo que quisiera —sonrió con expresión perversa, haciéndome sentir débil—. Por lo demás, me he pasado la vida adulta tratando de dominar mi sed de sangre. Hasta hace un par de años, no sentía que pudiese fiarme demasiado de mí mismo en compañía de víctimas potenciales.

—Comprendo —dije—. Es solo que Elzbieta mencionó el efecto que usted tiene en las mujeres y por ello asumí que… Creo que usted sabe a lo que me refiero. Lo natural habría sido que no se privase de dar rienda suelta a su instinto.

—Quizás. Sin embargo, lo que suponemos que es natural es y siempre será relativo. Dado el efecto que usted tiene en mí y que estoy convencido tiene en el resto de los hombres, yo podría decir lo mismo acerca de usted —replicó con un guiño—. Por otra parte, coleccionar

vivencias concupiscentes no ha sido una de mis ambiciones, quizás por mi gran interés en el ocultismo, pero también por el modo en que mis circunstancias han forjado mi carácter. Según lo que he aprendido y he podido observar en otros, el hedonismo indiscriminado degrada el cuerpo y la mente. Yo he tenido la suerte de favorecer los misterios del espíritu. Esto es lo natural en mí. Además, mi sed de sangre siempre eclipsó en gran medida cualquier atracción efímera que hubiese podido sentir por otras personas hasta que la conocí a usted.

—¿No quiso usted alimentarse de mí hace unos instantes? —pregunté, abrumada por la magnitud de su revelación, intentando centrarme en el aspecto menos impactante de esta.

—No —dijo, su mirada serena. Tomó un hondo respiro y prosiguió —: No quiero hacerlo ahora tampoco. Son dos apetitos totalmente distintos. Beber sangre es una necesidad corpórea que aborrezco y contra la cual he intentado rebelarme. Usted arde en mi alma y en cada átomo de mi ser.

Sentí que sus palabras me robaban el aliento.

—¿Qué hay de su prima? —pregunté, y de inmediato lamenté haberla mencionado tras oír una afirmación tan pura de su parte que, además, había causado que mi corazón batiese con tal ímpetu. Aun así, necesitaba escuchar su respuesta. Magdolna era su prometida. No solo era hermosa, sino que, dado que era una vampiresa, no era una víctima potencial. Y Baltasar iba a casarse con ella.

Él pareció estremecerse.

—Si algo me enseñó desde la adolescencia a evadir los avances de las damas que conocería más adelante en los bailes y demás veladas ofrecidas por la aristocracia, fue la insistencia de Magdolna. Pero, como ya le dije, creo que su propósito siempre ha sido dominarme. Estoy convencido de que su obstinación surgía del deseo de vencerme para satisfacer su propia vanidad. Esto es, cuando aún intentaba seducirme. Se tardó bastante en aceptar que no llegaría a ningún lugar conmigo y que mi voluntad es más fuerte que la suya, pero al fin se rindió. Por si fuera poco, me horroriza la idea de procrear con ella. No estoy dispuesto a darle un heredero.

—Oh… —dije, aterrada de súbito, pensando en la posibilidad de

concebir un hijo de Baltasar y tener que lidiar con las consecuencias de algo semejante. Sin duda Magdolna y sus parientes me matarían antes de permitir que diese a luz.

Él debió leer mis emociones porque dijo de inmediato:

—Descuide, todo parece indicar que los Domány-Nádasdy solo podemos procrear entre nosotros. Una gran fortuna, si me lo pregunta. No quisiera imponerles a mis hijos la maldición hereditaria de mi familia. Otro motivo por el cual jamás tendré descendencia. Aun antes de conocerla a usted, ya había decidido que no consumaría mi matrimonio con Magdolna, tanto por esa razón como porque no hay en ella un solo rasgo de carácter que yo no encuentre repelente.

Una oleada de alivio me recorrió. De nuevo, no pude sentir más que admiración por él, y lo contemplé sin ocultar todos los sentimientos que me suscitaba. Quizás para él no tuviera ninguna importancia que yo no hubiese compartido algo semejante con nadie en el pasado, y apreciaba su razonamiento al respecto, pero yo no podía evitar que aquella mutua exclusividad hiciese el momento aún más trascendente para mí.

—Nada cambiaría el hecho de que esta noche ha alterado mi vida, Lucyna —dijo entonces—. Toda mi voluntad la eligió a usted, y así volvería a elegirla mil veces.

—También yo lo elegí a usted con toda mi voluntad—admití tanto para él como para mí misma, experimentando una extraña sensación de libertad ante la verdad que encerraba mi propia afirmación.

—Le agradezco que haya obrado con base en lo que desea y no con base en lo que teme —respondió, clavando sus ojos en los míos—. Le pediría que lo hiciese de nuevo ahora mismo, pero… debo partir. Amanecerá pronto.

Dicho esto, empezó a besarme otra vez, poniendo todo su peso sobre mí. Respondí a su beso sintiendo que me derretía por dentro. Él me sujetó de las muñecas contra la cama y murmuró en mi oído:

—La veré esta noche.

—Más vale que anochezca pronto —murmuré, y él rio antes de besarme de nuevo.

Salió del lecho en un instante y se vistió en la oscuridad. Segundos

después, encendió mi lámpara de modo que la luz no fuese demasiado intensa, y se volvió hacia mí.

—Ponga el cerrojo a la puerta en cuanto yo salga —dijo en baja voz —. Y procure dormir un poco. Diré a Kowalski que venga a buscarla para comer con los niños a mediodía, de modo que tenga tiempo de descansar. Ellos pueden pasar la mañana leyendo o montando a caballo.

—Gracias —le sonreí.

Él salió de mi habitación tras devolverme la sonrisa, y yo me envolví en las mantas para echarle llave a la puerta y acomodar la tranca en su lugar. Sin la presencia de Baltasar, la temperatura de la estancia había descendido en un abrir y cerrar de ojos, y tuve que alimentar el fuego muriente para calentarme.

Jamás había sentido tal elación. Volví a tenderme en el lecho y me cubrí entera con las mantas. Estaban impregnadas del aroma de Baltasar, noté, y exhalé en un suspiro, sonriendo. El reloj dio las seis. Todas las sensaciones de la noche anterior estaban grabadas en mi cuerpo, y mi mente no cesaba de recrear cada instante vivido desde que me había atrevido a franquear la distancia que me separaba de Baltasar. Evoqué el tacto de sus manos cálidas recorriéndome en tanto sus labios me cubrían de besos infinitos, y tuve que suprimir un grito de pura emoción. Nunca, nada ni nadie, habría podido prepararme para algo tan sublime. Y luego, escuchar de él todas aquellas cosas que tampoco habría imaginado jamás… ¡Por Venus! Estaba enamorada de él. Enamorada con locura. Él me lo había advertido a su modo. *Juega con fuego*. Me lo había dicho sonriendo. Sin embargo, no creía que él hubiese podido prever lo que me ocurriría. Había sido absolutamente inevitable. Cuando el cansancio me venció, me quedé dormida recordando la expresión de su rostro al verme desnuda, tal y como yo lo había deseado.

22
Lágrimas de sangre

La señora Kowalski llamó a la puerta de mi habitación a eso de las once de la mañana. Desperté aturdida. No solo no me había vestido sino que tampoco me había lavado ni peinado.

—Traigo algo para usted —dijo a través de la madera—. Lo dejaré aquí y regresaré a buscarla a mediodía.

—¡Está bien! —respondí—. ¡Gracias!

Me arrastré hacia la entrada aún envuelta en las mantas, pues no había llegado a calarme el camisón de dormir en ningún momento. Por todos los dioses de la lujuria, no podía creer que la noche anterior hubiese sido real. Al abrir la puerta, me encontré con una gran caja tapizada de seda verde. La tomé y cerré la puerta de nuevo, poniendo la tranca otra vez. No podía correr riesgos.

Llevé la caja, que era bastante pesada, a mi escritorio, y allí la abrí. Lo primero que hallé en su interior fue un sobre con el sello de Baltasar. Me apresuré a extraer la nota que contenía y leí, mi corazón golpeando mi pecho:

Lucyna:

No puedo dejar de pensar en usted. Diría que lamento haber arruinado su vestido, pero sería una mentira. Aun así, supongo que no tiene usted otra prenda invernal que vestir, pues no la he visto ponerse otra cosa. Por ello, le he enviado dos trajes apropiados para la estación. Fueron comprados por Petronỹa pero ella nunca llegó a usarlos. Elzbieta me ayudó a encontrarlos. Le dije que usted rompió su vestido en un pequeño percance durante nuestro coloquio nocturno (el mejor coloquio de mi vida). La señora Kowalski se encargará de reparar la prenda. Mientras tanto, le ruego que no se sienta mal por hacer uso de las que contiene la caja. Petronỹa tenía más vestidos que la emperatriz consorte de Rusia.

La veré esta noche a las diez.
Suyo,

Baltasar.

¡Mi vestido! Lo había olvidado por completo. Aún estaba sobre la alfombra, tal y como había caído al suelo cuando Baltasar me lo había quitado, casi arrancándolo de mí, así como yo había hecho con sus ropas. Sonreí evocando aquellas imágenes. Efectivamente, la costura lateral del cuello de mi vestido estaba destrozada y la tela se había roto. Me sería imposible arreglarlo solo con aguja e hilo. Mi vestido blanco de verano, por otra parte, no era una prenda apropiada para el frío. Agradecí que Baltasar se hubiese anticipado a mi dificultad y, tras echar su nota al fuego, tomé el primer vestido de la caja. La prenda negra era tan lujosa como las que Baltasar vestía en la cotidianeidad. La sostuve contra mi cuerpo, mirándome en el espejo. Las medidas parecían ser apropiadas para mí. Aquel era un traje sobrio, adecuado para cumplir mis funciones de institutriz en el castillo, pero también en extremo elegante dados su diseño y su calidad. Aun si se asemejaba un poco al vestido que Baltasar había roto, siendo también de mangas largas y de corpiño ajustado, las aplicaciones de encaje de los puños y el cuello eran de una fineza sin par, y las faldas tenían varios vuelos de seda y tul sobre la capa inferior de suave lana negra. El segundo vestido era de una tonalidad amarilla oscura, con brocados ocres y dorados en la totalidad de su extensión. Llevaba una nota entre los pliegues que abrí y leí:

Para la velada de mañana. Lucirá preciosa, señorita Pawlak. Y yo no pasaré vergüenza con una institutriz mal vestida.

Elzbieta.

Reí sacudiendo la cabeza. Libre de mí abochornar a la pequeña señorita Domány-Nádasdy. Aquel también era un vestido hermoso y sobrio en su corte y confección a pesar del color vibrante de la gruesa tela de hilo. No era ostentoso en absoluto, y me dije que no daría la impresión de querer aparentar ser una señora de la aristocracia con él,

pero estaría vestida de acuerdo con la ocasión. En suma, la niña había elegido con gran tino. Me lavé de prisa y me peiné recogiendo mis cabellos en la coronilla, dejando que un par de mechones cayeran de lo alto de mi frente para enmarcar mi rostro. El vestido negro me sentaba de maravilla. Tenía un cinto de seda negra ajustable cuyos extremos até a mis espaldas, enfatizando la estrechez de mi talle. Aunque era un poco largo para mí, el problema desapareció en cuanto me calcé las botas. Nunca me había sentido tan bien vestida. Me pregunté si Rózsa habría sentido lo mismo al ponerse los costosos vestidos que aquel amante de identidad desconocida le había proporcionado, y por un instante el terror me paralizó. ¿La habrían asesinado por sostener una relación reprochable con otro de los señores del castillo, tal y como yo lo estaba haciendo a la sazón con Baltasar? ¿Estábamos Baltasar y yo siguiendo el mismo patrón que Rózsa y alguno de sus parientes Domány-Nádasdy, un camino que había llevado a mi predecesora directo a la muerte?

La señora Kowalski llegó para llevarme al comedor justo a mediodía.

—¡Vaya! —dijo—. Qué bien le sienta el traje. ¿O es acaso la expresión de su rostro? Casi podría decir que luce… feliz —agregó, entrecerrando los ojos.

—Buenos días, señora Kowalski —dije, intentando no permitirle adivinar el motivo de mi alegría.

—Dígame que no ha cambiado de parecer en cuanto a su partida —me dijo en un susurro.

Suspiré.

—No lo sé, señora Kowalski… debo discutirlo de nuevo con nuestro patrón esta noche.

—Ay —se lamentó, mirándome de soslayo—. Veo que permitió que el señor la disuadiera. No parece estar segura ya.

—El señor no ha intentado hacerme cambiar de parecer —respondí, y era la verdad: Baltasar y yo no habíamos hablado al respecto de mi partida la noche previa—. Nos ocupamos de ciertos asuntos que nada tienen que ver con ese tema —agregué, sintiendo que el rubor ascendía a mis mejillas a mi pesar—. Como usted, también creo que

corro peligro aquí.

—¿Qué la detiene, entonces?

Él, pensé para mis adentros.

—Nunca encontraré una plaza de trabajo como esta —respondí, encogiéndome de hombros—. Es difícil renunciar a algo tan bueno —tragué en seco, pensando de nuevo en él—. Además, el señor me ha ofrecido su protección y por ello no temo como antes.

Ella meneó la cabeza con obvia angustia.

—La señora Magdolna leerá tanto en los ojos del señor como en los suyos lo que ocurre entre ustedes. Y, por inocente que esto sea —agregó, mirándome de arriba abajo—, o que ustedes pretendan hacerles creer a los demás que es… no habrá diferencia alguna para ella.

—Ella no lo ama, señora Kowalski.

Mi interlocutora soltó una risa aguda.

—¿Que no lo ama? ¿Quién le dijo semejante disparate?

—El señor Baltasar —dije, aterrada y ofuscada a la vez.

—¡Que él no la ame a ella no significa que ella no lo ame a él! —susurró gesticulando con ambas manos y mirando hacia el techo, como si estuviera orando—. De hecho… puede que él tenga razón. Quizás no pueda llamársele amor a ese sentimiento que raya en la perturbación. Tal vez, precisamente, esa sea la razón de que él se haya fijado en usted. ¿Sabe cuántas veces he tenido que mentirle a la señora Magdolna desde que usted llegó para que no se entere de sus cenas y entrevistas con el señor? ¡Siempre exige saberlo todo de él! Y, desde su arribo al castillo, también quiere saberlo todo de usted.

—Creí que él era libre de hacer como le placiera —balbucí, sintiendo vértigo.

—¡Por supuesto que lo es! —replicó ella, poniendo los ojos en blanco—. ¡Es el señor de este castillo! ¡Pero eso no significa que ella no vaya a obrar de forma impulsiva con base en las claras preferencias del señor! Mire, Lucyna —dijo, tragando en seco—: no se lo diré más, porque no quiero importunarla a usted y, sobre todo, porque no quiero contrariar a nuestro patrón. Apoyaré su elección de quedarse si usted lo decide así. Pero, se lo ruego, sea cuidadosa. Mucho más

prudente de lo que ha sido hasta ahora.

—Gracias, señora Kowalski —tragué en seco, tomando su mano en la mía y mirándola a los ojos—. No crea que no temo, o que prefiero ignorar sus advertencias.

—No crea usted que carezco de la capacidad de entenderla —dijo, y sus ojos se humedecieron—. ¡Es solo que no quiero verla muerta como a Rózsa!

—Señora Kowalski… no creo poder apartarme del señor Baltasar —tartamudeé, bajando la mirada.

Ella guardó silencio unos instantes.

—Era solo cuestión de tiempo —murmuró al fin—. No se marchó lo bastante pronto, señorita Pawlak.

Asentí.

—Vamos —dije—. Los señoritos nos aguardan.

Caminamos en silencio la una junto a la otra. No había esperado tener una aliada en la señora Kowalski. Aun así, me encontré gratamente sorprendida ante su candidez y comprensión. Cuando llegamos al comedor, las cortinas estaban desplegadas y observé el cielo plomizo más allá de los árboles. Los niños y la aya no estaban por ningún lado. Miré a la señora Kowalski.

—La señora Agoston continúa enferma. Yo misma traje a los niños aquí… no comprendo a dónde pueden haber ido. Estaban ansiosos por verla a usted —dijo la señora Kowalski.

Tuve un mal presentimiento.

—Magdolna —dije en un susurro.

—¡Señoritos! —exclamó la señora Kowalski con voz agitada—. ¿Dónde se han escondido?

—¡Elzbieta! ¡Vladislav! —llamé, asomándome al corredor de nuevo.

Solo se escuchaba el soplido del viento en el exterior.

—¡Venga, acompáñeme! —dijo la señora Kowalski, saliendo de la habitación.

Ascendimos los peldaños hasta la sala de clases a toda prisa, llamándolos. No estaban allí ni tampoco en la biblioteca. Me asomé por la ventana pero el jardín exterior estaba desierto. Entonces escuché sus gritos de auxilio. Estaban llorando.

—¿Los escucha? —pregunté a la señora Kowalski.

—¡No! —exclamó—. ¿Los escucha usted, acaso?

—¡Sí! —respondí.

—Pero, ¿cómo? —me miró como si yo estuviese imaginando cosas —. ¡No escucho nada! ¡Y no estoy sorda! ¿De dónde proviene el sonido?

—De la tercera planta —dije—. ¡Vamos!

Ella me siguió a mí conforme yo seguía el sonido de las voces de los niños, cada vez más cercano. Yo aún no había ascendido a la tercera planta del ala norte, pero las escaleras eran bastante similares a las del ala oeste donde se hallaba mi habitación.

—¿Qué hay acá arriba? —inquirí, mi respiración exacerbada.

—Las habitaciones de los niños pero… Lucyna… no se supone que usted pase de este punto —dijo, poniéndose en mi camino.

—No me importa lo que se supone que yo haga o no, los señoritos necesitan de nuestra ayuda —repliqué, pasando por su lado y corriendo a lo largo del corredor hasta alcanzar una pequeña puerta desde detrás de la cual provenían los gritos.

—¿Vladislav? ¿Elzbieta? —grité, intentando abrir la portezuela.

—¡Señorita Pawlak, sáquenos de aquí! —lloró la voz de Vladislav, golpeando la madera desde el otro lado conforme el volumen de los chillidos de Elzbieta se incrementaba.

—¡El cerrojo está echado! —grité—. ¡Señora Kowalski, ayúdeme!

Ella llegó corriendo hasta donde yo me hallaba.

—Esta puerta tiene un pestillo exterior, ¡no se supone que jamás se le eche llave al cerrojo! —dijo, hurgando con sus manos en el interior de sus bolsillos y extrayendo su enorme juego de llaves.

—¡Dese prisa! —le espeté, sujetando mi lámpara ante ella para que pudiese hallar la llave correspondiente.

Ella la insertó en el cerrojo con mano temblorosa y, al girarla, me dijo:

—¡Dese la vuelta, se lo suplico!

—¡No! —dije, terminando de girar la llave yo misma y abriendo la puerta sin perder tiempo.

Vladislav y Elzbieta se precipitaron al exterior, tropezando conmigo

y casi haciéndome caer en su impulso. El niño corrió hacia un extremo del pasillo y la niña hacia el otro. No cesaban de llorar y temblar.

—¿Qué demonios les ocurrió? —pregunté, mirando a diestra y siniestra.

—¡Cierre la puerta, por favor! —exclamó Elzbieta, ya a varios metros de distancia de mí.

—¿Pero qué hay ahí dentro? —pregunté en tanto me acercaba de nuevo a la oscura estancia con el corazón en vilo.

—¡No! —intentó detenerme la señora Kowalski, pero mi linterna ya arrojaba su luz sobre los muros de la habitación, que no tenía ventanas y era diminuta, de apenas dos metros de largo por uno de ancho.

Permanecí boquiabierta escrutándola: la totalidad de las paredes estaba recubierta de íconos católicos. Cruces, crucifijos de todos los tamaños, efigies de la Virgen y Jesús Niño, miniaturas al óleo de santos… se habría dicho que era una celda secreta dentro de una iglesia estilo rococó.

—¿Pero… qué es este lugar? —pregunté con ojos exorbitados, cerrando la puerta y asegurándola en su lugar con el pestillo exterior para que los niños se calmaran—. ¡Creí que las imágenes religiosas estaban prohibidas en el castillo!

—¡Es el cuarto de torturas! —lloró Vladislav, corriendo hacia mí y echándose en mis brazos.

—El cuarto de… —balbuceé, sin comprender.

La señora Kowalski lucía tan pálida como una estatua de cera.

—¿Alguien quiere explicarme qué ocurre aquí? —pedí, guiando a Vladislav hacia donde su hermana nos aguardaba llorando contra un rincón con el rostro oculto entre las manos.

Cuando nos acercamos lo bastante a Elzbieta, ella se dio la vuelta para encararnos. Lancé un grito tan agudo que estuve segura de haber despertado a Baltasar: sangre manaba de los ojos de la niña, recorriendo sus mejillas y goteando sobre el suelo. En ese instante, Vladislav elevó el rostro para mirarme también, enseñándome ojos ensangrentados iguales a los de su hermana. Lo solté con horror, retrocediendo de un salto hasta quedar pegada al muro contrario, sin

parar de chillar.

—¡Silencio, por favor! —sollozó la niña, precipitándose hacia mí para cubrirme los labios con sus manos—. ¡Alguien podría venir!

—¡Pronto, vamos a mi habitación! —dijo Vladislav, y abrió la puerta que estaba junto a mí.

La señora Kowalski y Elzbieta me obligaron a entrar a empellones y Vladislav cerró la puerta tras de nosotros.

—¡Le suplico que no grite más! ¡Lo último que necesitamos es llamar la atención de nuestros tíos! —susurró Vladislav, tomando una tela blanca de su cómoda y hundiéndola en una palangana de porcelana llena de agua para ofrecérsela a su hermana, quien empezó a limpiar la sangre de su rostro.

La señora Kowalski me obligó a sentarme en la cama, tras de lo cual me quitó la lámpara de la mano y la depositó sobre el escritorio. Yo no paraba de temblar, pero hice un esfuerzo descomunal por dominar mis chillidos de horror.

—Necesito una aclaración de inmediato —susurré con voz trémula.

Vladislav procedió a lavarse el rostro con el agua restante y, una vez se hubo secado, se sentó en el diván ante mí. Parecía que hubiese llorado, pero no lágrimas de sangre. Cuando Elzbieta terminó de limpiarse, tampoco daba muestras de haber experimentado lo que yo había visto hacía apenas unos minutos.

—Este es el efecto que la exposición a las imágenes religiosas tiene sobre nosotros. No se supone que nadie se entere. Solo los miembros de nuestra familia, la señora Kowalski y nuestra aya lo saben —dijo el niño en baja voz. Y, girándose hacia el ama de llaves, agregó—: No les dirá a nuestros parientes que la señorita Pawlak lo descubrió por error, ¿verdad, señora Kowalski?

—¡Por supuesto que no! —susurró ella—. ¿Pero quién los encerró allí, y durante tanto tiempo como para que sangraran? ¡El señor Baltasar nunca los ha castigado durante más de un par de minutos!

—¡Magdolna! —chilló por lo bajo Elzbieta, crispando los puños—. ¡Nos engañó!

—¿Cómo? —inquirí aterrada y a la vez sintiendo un odio infinito hacia la prometida de Baltasar.

—¡Se hizo pasar por usted! —dijo la niña—. Imitó su voz de modo que Vladislav y yo creyésemos que usted se encontraba dentro del cuarto de castigos, pidiendo nuestra ayuda. Ella había dejado la puerta entreabierta. Cuando nos aproximamos y nos atrevimos a abrir la puerta creyendo que así la socorreríamos a usted, ella nos empujó por la espalda y cerró la puerta tras de nosotros. ¡Había estado oculta en el arco de la habitación contigua todo el tiempo pero no la escuchamos acercarse hasta que fue demasiado tarde!

—¿Por qué hizo algo así? —inquirí, llenándome de un tipo de ira que no había experimentado hasta entonces.

—Antes de alejarse riendo, dijo: *Así aprenderán a no apegarse demasiado a su institutriz* —murmuró Vladislav con expresión colérica.

La señora Kowalski me dirigió una mirada significativa antes de preguntarles a los niños:

—¿Qué creen que quiso decirles con esas palabras?

—Es obvio que no aprueba la presencia de la señorita Pawlak en el castillo porque a nosotros nos gusta su compañía —dijo Elzbieta por entre los dientes.

—Pues a mí me parece una amenaza un poco más clara, señorita Domány-Nádasdy —replicó la señora Kowalski.

—Por supuesto que lo es —dije, temblando—. Hasta ahora, su manera de dejarme saber que lamentaré permanecer aquí ha sido bastante transparente. Supongo que quiere dejarme saber que está dispuesta a lastimar a su propia familia con tal de verme partir.

—Me preocupa que se haya hecho con una copia de la llave de esa habitación. Solo el señor Baltasar y yo tenemos una —dijo la señora Kowalski—. Me pregunto qué otras llaves habrá obtenido sin el permiso del señor Baltasar.

—¿Qué les habría ocurrido si yo no los hubiera escuchado? —inquirí.

—No lo sabemos —dijo Vladislav—. Mis ojos jamás habían sangrado hasta hoy. Estar en presencia de esas imágenes nos produce dolor aunque cerremos los párpados con todas nuestras fuerzas, pero nunca habíamos estado encerrados allí durante un tiempo tan prolongado. A lo sumo, habíamos llorado lágrimas acuosas, como el

resto de la gente.

—¿Cómo supieron dónde estábamos? —preguntó Elzbieta, frunciendo el ceño.

—Escuché sus gritos desde la estancia de clases —dije.

—Eso es imposible —replicó Vladislav—. Los muros de este castillo son tan gruesos que es difícil escuchar sonidos provenientes de otra planta, en especial aquellos que proceden de una habitación cerrada.

—Tiene razón, señorito —dijo la señora Kowalski—. Yo estaba con la señorita Pawlak y no los escuché.

—Pero yo sí que los escuché —insistí—. Si no lo hubiese hecho, no los habríamos hallado tan pronto.

—Nos escuchó con su mente —murmuró Elzbieta de repente—. ¡Como nuestro tío Baltasar!

—¿Puede usted escuchar los pensamientos ajenos a distancia, señorita Pawlak? —inquirió Vladislav maravillado.

—No lo sé… —mentí, pues no quería revelar aquello ante la señora Kowalski—. Quizás mi oído se haya afinado en el silencio de esta edificación.

—No parece demasiado sorprendida al respecto del efecto de las imágenes religiosas en nuestros patrones, Lucyna —dijo la señora Kowalski con tono de sospecha.

—¿Qué dice? ¡Por poco me muero! —le respondí—. Aun así, al menos ahora comprendo por qué los íconos cristianos están prohibidos en el castillo.

—¿Y aun así está decidida a permanecer aquí? —me preguntó, clavando sus ojos en los míos.

Miré a mis tres acompañantes y dije con voz trémula de ira:

—Ahora más que nunca.

Elzbieta y Vladislav corrieron a abrazarme, tomando asiento a cada uno de mis lados. La señora Kowalski miró hacia el suelo y noté que un par de lágrimas recorrían su rostro.

—Señora Kowalski, usted sabe mejor que nadie que Magdolna no nos hará menos daño a la larga si la señorita Pawlak se marcha. Para empezar, quiere que permanezcamos ignorantes y solitarios. Por ello estoy segura de que no fue ella quien mató a la estúpida de Rózsa,

quien ni siquiera estaba dispuesta a enseñarnos algo que valiese la pena —dijo Elzbieta.

—Además… si la señorita Pawlak no nos teme más ahora que sabe lo que son capaces de hacernos los íconos religiosos, esto significa que es la persona indicada para instruirnos, así como usted es la persona indicada para custodiar los espacios que ocupamos de modo que nos encontremos a salvo, señora Kowalski —dijo Vladislav—. Usted tampoco huyó.

—La señora Magdolna jamás ha amenazado mi vida, señoritos, ni tampoco les ha hecho daño adrede a ustedes con el fin de ahuyentarme a mí —respondió la señora Kowalski.

—Cierto—dijo Vladislav—. Nos ha lastimado por capricho, porque nos odia, que es tanto peor, y seguirá haciéndolo sin importar que la señorita Pawlak permanezca aquí o no.

—Este ultraje no hecho más que demostrarme que Vladislav y yo necesitamos desesperadamente la presencia de la señorita Pawlak en el castillo —dijo Elzbieta, cuyo vestido verde pálido ostentaba grandes manchones de sangre a medio secar—. Su intercesión fue más que oportuna. Por otra parte, que Magdolna quiera obligarla a partir con tanto ahínco me hace pensar que hay más detrás de todo esto.

—¿A qué se refiere, señorita? —inquirí, conteniendo la respiración.

—Señorita Pawlak —dijo ella, dirigiéndome una sonrisa maliciosa —, aparte del claro favoritismo de mi tío Baltasar hacia usted que tanto nos conviene a Vladislav y a mí, algo acerca de su permanencia en este lugar está llevando a Magdolna a experimentar una sensación de urgencia. Quizás sus celos hayan alcanzado nuevas proporciones pero… quizás haya algo aún más grave.

—Tal vez Magdolna te espiaba mientras tomabas los vestidos de mamá para enviárselos a la señorita Pawlak, Elzbieta —dijo Vladislav, cuya chalina color lavanda y cuya camisa blanca también estaban ensangrentadas—. Como sea, agradezco que desee quedarse entre nosotros a pesar de todo. Y que nos haya rescatado hoy. Ahora… me siento realmente enfermo tras haber pasado un rato tan largo en el cuarto de torturas. Si me lo permiten, me lavaré y me tenderé a dormir hasta que caiga el sol.

—Yo haré igual —dijo Elzbieta, poniéndose de pie—. Haga el favor de enviarnos los alimentos a nuestras respectivas habitaciones de inmediato, señora Kowalski.

—Como ordene, señorita —dijo ella, poniéndose de pie a su vez. La imité y tomé mi lámpara.

Salimos de la habitación de Vladislav entonces, dejándolo a solas. Tras caminar un tramo ante nosotras, Elzbieta abrió la puerta de la habitación adyacente a la de Vladislav.

—Acompañe a la señorita Pawlak a comer y dar un paseo antes de dejarla a salvo en sus aposentos, señora Kowalski —dijo Elzbieta—. Y diga a mi tío que debo hablar con él en cuanto despierte.

—Así lo haré, señorita Domány-Nádasdy —respondió el ama de llaves con una corta reverencia.

—Creo que prescindiré del paseo —dije—. No me siento precisamente a salvo.

—Como desee —dijo Elzbieta, asintiendo—. Es solo que no quiero que el exceso de aislamiento termine por afectar sus nervios, señorita Pawlak.

—¿Más? —reí.

—Sí. Muchísimo más —dijo mi pupila arqueando una ceja.

—Gracias por pensar en mí —dije, sonriéndole.

Ella sonrió poniendo los ojos en blanco y cerró la puerta de su habitación. Era mucho más de lo que habría esperado de ella.

23
Bel-Ami

Una vez me encontré a solas con la señora Kowalski en la segunda planta, le pregunté en voz baja:

—¿Le han explicado a usted la razón por la cual los objetos religiosos les causan tal daño?

Ella me miró con aire de quien cree que su interlocutora finge ignorancia.

—Vamos, Lucyna, usted es polaca y creció en el campo. No me diga que no ha deducido por cuenta propia lo que ocurre aquí —susurró.

Suspiré.

—No me refería a eso, señora Kowalski, aunque… no le mentiré: lo deduje con dificultad.

—¿A qué se refiere si no a *eso*?

—Tiene que haber una razón más profunda. Quizás una explicación médica o…

Ella rio con fuerza entonces, tomándome del brazo para hacerme descender hacia el comedor con ella.

—Es usted como los amigos de los señores —dijo—. No acepta la verdad aunque la tenga ante sus ojos. Ha de ser el resultado del exceso de educación.

Sonaba como mi padre, quien me había acusado de lo mismo en otro contexto.

—Se equivoca —dije—. Quizás mi problema sea que acepto la verdad con demasiada facilidad. Tal vez por mi educación.

—Pues a mí jamás han tenido que explicarme nada los señores —dijo, haciendo sonar la campanilla de plata que reposaba sobre la mesa del comedor—. Quizás tal haya sido mi salvación.

—Se lo preguntaré a Balt… al señor Domány-Nádasdy más tarde —dije, temblando al caer en la cuenta del error que acababa de cometer.

Ella tomó asiento frente a mí en el puesto que solía ocupar la señora

Agoston en la mesa. Me miraba con reproche.

—Tenga mucho más cuidado, Lucyna —dijo, tragando en seco—. ¡Me pone usted los nervios de punta!

—Perdone —dije, mirándola por debajo de las cejas.

—¡No soy yo quien la debe perdonar! —susurró, agitando las manos.

Una criada baja y menuda a la cual no había yo conocido se presentó en el comedor en ese instante.

—¿Llamó usted, señora Kowalski? —inquirió en polaco.

—Sí, Edna. Haga el favor de servirnos la comida aquí a mí y a la señorita Pawlak, y envíe a los señoritos sus alimentos a sus habitaciones.

—Por supuesto —dijo Edna echándome un vistazo fugaz, y volvió a desaparecer por el corredor.

—La señora Magdolna tiene ojos y oídos en todas partes —dijo la señora Kowalski en un susurro—. Edna, por ejemplo, le cuenta todo cuanto ve y escucha.

Asentí.

—Apenas si las he visto a usted y a la señora Agoston en los días pasados —dije en voz baja.

—Eso no significa que la servidumbre no pueda verla a usted. O la misma señora Magdolna, de hecho.

Tragué en seco.

—Comprendo —dije, bajando la mirada.

Minutos después, Edna trajo nuestra comida.

—Cierre las puertas al salir —le ordenó la señora Kowalski.

Edna no respondió nada pero pareció obedecerle a regañadientes.

—¿Lo ve? —dijo entonces la señora Kowalski, segura de que ya nadie más podía escucharnos—. Está claro que tiene instrucciones de vigilarla a usted.

—¿Con quién cree que estaba involucrada Rózsa, señora Kowalski? —le pregunté en tanto destapaba las fuentes de alimentos.

—Sé que no estaba involucrada con el señor Baltasar —replicó ella desviando la mirada—. Él ni siquiera se encontraba en el castillo mientras ella desempeñó sus labores de institutriz.

—Eso lo sé —respondí—. Pero usted debe tener una idea de quién era su amante.

—No estoy dispuesta a hablar al respecto, señorita Pawlak. Compréndame usted a mí.

—La comprendo. Pero creo que debería hablar de ello con nuestro patrón.

—Ya le he dicho a él cuanto sé. Si él juzga apropiado que usted se entere de lo que le reporté, él se lo compartirá directamente.

—Está bien —dije, esbozando una pequeña sonrisa—. Aprecio su discreción.

La señora Kowalski tiró entonces de mis fuentes de alimentos, acercándolos a ella antes de que yo tomase el primer bocado.

—Yo comeré los alimentos que le estaban destinados a usted, y usted los que me estaban destinados a mí —dijo.

La miré con horror.

—¡Ni hablar! —dije—. Si cree que alguien puede haberlos envenenado, ninguna de las dos los comerá.

—He estado supervisando la preparación de los alimentos desde que la señora Magdolna insiste en preguntar por usted —confesó—. Y se los llevo yo personalmente.

—¿El señor Baltasar le pidió que lo hiciera? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Así es —sentenció—. Pero hoy no tuve ocasión de hacerlo por lo ocurrido con los niños, y porque la señora Agoston se halla mal de salud.

—Pues no seré yo quien permita que usted sea envenenada a causa de mí —afirmé—. Para serle sincera, he perdido el apetito.

—Gracias —dijo. Lucía conmovida.

—¡Señora Kowalski! —repliqué, desconcertada—. ¿Cómo puede siquiera agradecer un gesto tan simple de humanidad? ¿Ha pasado tanto tiempo sirviendo a la nobleza que se olvidó de usted misma?

—Quizás —dijo, su mirada perdiéndose en el bosque que se mecía más allá del ventanal—. Lo cierto es que nunca he tenido demasiadas razones para vivir. Este empleo ha logrado mantener mi interés en la existencia. Tal vez por lo extraño que es.

—Creo haberme sentido igual que usted antes de venir aquí —dije —. Y es otro motivo por el cual no deseo regresar a mi hogar.

—Supongo que los señores saben elegir su personal —dijo ella con un suspiro, arqueando las cejas—. En todo caso… gracias por no aceptar mi oferta de trueque. De haber estado en su lugar, Rózsa la habría aceptado encantada.

—Qué horror —musité.

—Vamos, entonces. Le subiré otra bandeja de alimentos en un rato y yo comeré en mi habitación. El señor Baltasar se enfadará si se entera de que usted no comió por protegerme.

—Lo dudo mucho, pero es mi responsabilidad —dije, poniéndome de pie—. Vamos.

Caminamos sin cruzar palabra hasta llegar a mi habitación y volví a cerrar la puerta con tranca al entrar. Elzbieta tenía razón, odiaba sentirme aislada y vigilada. Me asomé por la apertura de la cortina y escruté el jardín interior. Para mi sorpresa, discerní las figuras del maestro de música y el Domány-Nádasdy pelirrojo a quien había conocido brevemente en la biblioteca. Paseaban tomados del brazo como dos grandes amigos, desplazándose a paso cadencioso por el sendero en dirección al ala oeste en la que yo me hallaba. Imre Domány-Nádasdy llevaba un sombrero de copa gris oscuro adornado con una gruesa cinta plateada y un penacho de plumas cerúleas, guantes grises y anteojos redondos de cristales azules a la moda (a los que, por cierto, muchos de mis contemporáneos les atribuían poderes místicos). Sus cabellos color vino acariciaban los contornos de su rostro esculpido, descendiendo por sus hombros como una enredadera. Sujetaba en su mano enguantada una enorme sombrilla a juego con su traje gris perla, la cual les proporcionaba sombra adicional a él y a su interlocutor esa nublada tarde invernal. El señor Ivanov, cuyo nombre de pila se me escapaba, lo observaba comprensiblemente arrobado. Lucía a la vez tímido y fascinado con el aristócrata que lo acompañaba, tal y como yo esperaba no lucir en presencia de Baltasar. El rumor de sus risas llegó hasta mí, pero me era imposible escuchar su conversación en la distancia. Intenté concentrarme en sus voces: dado que había logrado oír en mi mente los gritos de los niños

pidiendo ayuda aquel día, se me ocurrió que quizás podría utilizar aquel don para fisgonear un poco pero fue inútil. Todo parecía indicar que no lograría escuchar lo que no me atañía. Imre Domány-Nádasdy acercó sus labios al oído del guapo maestro en un momento determinado para decirle un secreto, y el joven rubio sonrió con tal turbación que quise sacudirlo para que no fuese tan obvio: lucía como un canario enamorado del hermoso gato rojo que jugaba con él. Supe a la sazón que atestiguaba un candente coqueteo vespertino y no una simple escena de amistad entre dos. Sonreí con la complicidad que ninguno de aquellos apuestos hombres había solicitado de mi parte, entendiendo sinceramente al señor Ivanov. ¿Quién, en su sano juicio, podría resistirse al encanto de un Domány-Nádasdy? Si bien en nuestro siglo los romances conocidos entre dos hombres o entre dos mujeres eran escasos y siempre motivo de escándalo, aquella visión solo me resultaba encantadora. Sospechaba, aun así, que ninguno de los dos querría dar aquel secreto a conocer e iba a apartarme de la ventana con el fin de no invadir más su intimidad cuando atisbé una silueta entre los árboles a pocos metros de ellos.

Agucé la vista con el corazón en vilo hasta que la figura indistinta se movió un poco. ¡Edna! La menuda informante de Magdolna seguía a los dos hombres de cerca, ocultándose para no ser descubierta. ¿Con qué fin querría Magdolna escudriñar los asuntos de su hermano? Imre Domány-Nádasdy se había girado hacia el maestro de música ahora y se aproximaba a él con una desenvoltura que resultaba exquisitamente tentadora. Estuve segura de que iba a besarlo… y Edna sin duda se lo reportaría a Magdolna. Siguiendo un impulso, golpeé el cristal de mi ventana con mi puño dos veces por encima de la cortina para llamar la atención de los hombres sin exponerme. Imre se detuvo justo a tiempo, elevando la mirada directamente hacia mí. Los músculos tensos de sus mejillas indicaban que estaba furioso.

¡Por Cupido! ¿Qué había hecho? ¡No necesitaba que aun otro Domány-Nádasdy me detestara, con su hermana Magdolna me bastaba! Sentí que el calor ascendía a mi rostro y mis sienes se cubrían de transpiración. Aunque Imre no pudiera verme, sabía de sobra que yo estaba allí. ¡Acababa de interrumpir el glorioso momento de

conquista de uno de mis patrones vampiros! Me pareció verlo respirar con odio infernal en tanto deslizaba sus anteojos hacia el puente de su nariz con un gesto tan preciso como elegante para clavar sus iracundos ojos amarillos en mi ventana. El impacto de su furia fue tal que me obligó a apartar mi rostro del cristal. Pero entonces, como por obra de algún milagro luciferino, Imre se dio la vuelta con brusquedad sobre los talones y permaneció en perfecta quietud de cara a los arbustos mientras el señor Ivanov lo miraba desconcertado.

Antes de que yo pudiese parpadear, Imre se desplazó hacia la enramada y alcanzó a Edna, arrastrándola consigo de los brazos hasta el sendero, donde procedió a abofetearla una sola vez, pero con tal fuerza que la sangre brotó de su boca y nariz de forma simultánea. El maestro de música se había cruzado de brazos, observándolo todo con un mohín de satisfacción que me puso los pelos de punta. Sentí lástima por Edna, pero era demasiado tarde: Imre Domány-Nádasdy la aferró de la muñeca y sin perder un segundo la obligó a caminar tras de él en dirección al ala este. Antes de desaparecer entre los árboles, el vampiro de cabellos rojos miró por encima de su hombro hacia donde yo me encontraba, deteniéndose un instante para arquear una ceja perfecta en tanto esbozaba una media sonrisa que me paralizó. El señor Ivanov no parecía haberse dado por enterado de mi intervención, pues nunca miró hacia mi ventana y se marchó caminando tan pronto como sus piernas se lo permitían tras Imre y Edna.

Quise llorar. ¿Por qué no había dejado que las circunstancias siguiesen su curso? Ahora Magdolna muy seguramente castigaría a Edna por haber sido descubierta. Lo haría con esa crueldad que Elzbieta y Vladislav habían descrito en detalle. Eso, si Imre Domány-Nádasdy no la castigaba él mismo. Aunque Baltasar me hubiese dicho que sus parientes habían acordado no hacer daño a la servidumbre desde que él estaba a cargo, Edna había cometido una grave transgresión. Acababa de ver la primera fase del castigo por parte de Imre, quien, además, admiraba fervientemente a su antepasada, la condesa Báthory, reputada por torturar a sus siervos. Peor aún, no solo me había puesto en evidencia ante él, sino que había

interrumpido un momento idílico que solo les concernía a él y al señor Ivanov. Por más que intentase explicar mi intención, lo había hecho rabiar, y ahora él sabía que yo conocía su secreto. Me senté ante el escritorio y hundí el rostro en las manos. Quizás Baltasar pudiese protegerme de su primo pero, para esto, yo tendría que contárselo todo, lo cual empeoraría mi situación con Imre. ¿O tal vez pudiese omitir el motivo por el cual había interrumpido a los dos hombres? No quería mentirle a Baltasar pero tampoco deseaba convertirme en una delatora.

La señora Kowalski llamó a mi puerta minutos después. Traía mis alimentos. Al entrar, me dijo que había visto a los niños y que estos aún se encontraban mal. Quise contarle lo que acababa de suceder con Imre y Edna, pero no podía hacerlo, a menos que estuviese dispuesta a exponer a Imre, por lo cual me limité a preguntarle si había visto a Magdolna o a Baltasar.

—El señor Baltasar debe estar durmiendo ahora —dijo—. En cuanto a ella, no la he visto el día de hoy. Debe hallarse en sus aposentos. ¿Se encuentra bien? Parece estar muy nerviosa.

—Venga —le dije, invitándola a sentarse en mi cama, que alguien más había tendido mientras yo estaba fuera con ella y los niños—. Vi algo en el jardín… pero no puedo decírselo a nadie, so pena de vulnerar la intimidad de uno de nuestros patrones.

Ella sonrió.

—La felicito por su prudencia —dijo—. Imagino que se refiere al señor Imre.

Asentí.

—Supongo que lo vio en compañía del señor Lev, el maestro de música. Se han hecho muy amigos.

—Así es —admití, tragando en seco—. Pero ocurre que… me percaté de que Edna los seguía.

—¡Ah! —dijo—. No me sorprende. La señora Magdolna y el señor Imre siempre han rivalizado. Son dos de esos hermanos que sostienen una guerra constante, no sé si me explico.

—Comprendo —suspiré, agobiada—. Ocurre que… cuando avisté a Edna, golpeé el cristal para poner sobre aviso a los dos hombres.

—¡Lucyna! —susurró, llevándose los dedos a los labios—. ¿Por qué hizo algo así? ¡Los sirvientes de este castillo debemos hacer como si fuésemos ciegos y sordos!

—No debí hacerlo, lo sé —lloré—. Obré por instinto, como una necia. El caso es que ahora el señor Imre sabe que yo también los observaba, y lucía encolerizado. Aparte de esto, no quiero imaginar el castigo que Edna recibirá a causa de mí.

—Tampoco yo quiero imaginarlo —dijo, consternada—. Aunque, teniendo en cuenta que el señor Baltasar está a cargo del castillo, es posible que Edna solo sea obligada a marcharse. Me preocupa más usted, para serle franca. Recién se enteró del efecto que las imágenes religiosas tienen en nuestros empleadores, y aquello solo porque me desobedeció deliberadamente. Ahora esto. ¡Debe ser más prudente!

—Tiene razón en gran parte, pero no podía dejar de socorrer a mis pupilos. Esto es diferente. Dígame, señora Kowalski, ¿qué puedo hacer? No quiero decírselo a… al señor Baltasar —dije, corrigiéndome antes de usar su nombre sin anteponerle el apelativo de respeto que le correspondía—. Temo indisponer aún más al señor Imre.

—Debo llevarle la merienda al señor Imre en un rato —dijo ella—. Veré cómo está de humor y se lo contaré a usted. Es todo lo que se me ocurre por el momento.

—Gracias —dije.

—De todos modos… no sufra demasiado. El señor Baltasar y los niños están de su lado —agregó ella.

Se marchó con una sonrisa solidaria, dejándome un poco menos intranquila. Comí con gusto a pesar de todo, pues estaba muerta de hambre para entonces. Aún faltaban largas horas antes de que pudiese ver a Baltasar, y decidí ocupar mi tiempo escribiendo en el diario que me había regalado. Expresé mis sentimientos y las situaciones específicas más relevantes que había yo vivido hasta ese día en el castillo, pero lo hice omitiendo los nombres de todos quienes lo habitaban por precaución. Al final me sentí mejor. Empecé entonces a dibujar con tinta algunas imágenes de la edificación que me acogía, y reconocí con entusiasmo que mis bocetos eran bellos. A pesar de mi práctica limitada, me pareció que mi trazo natural era artístico y que

las proporciones eran justas. Habría querido intentar dibujar a Baltasar, pero no me atrevía. Dibujé, en cambio, a mis pupilos, el uno junto al otro. Me dije que, si alguien llegase a ver aquel retrato veloz, los reconocería, y mi corazón latió con alegría. ¡Cuánto hubiese querido convertirme en aprendiz de algún artista! *Quizás en otra vida*, reí para mis adentros, pues no creía en la idea de la reencarnación.

24
El elixir de la vida

Los golpes de la señora Kowalski en mi puerta se me antojaron violentos.

—¡Lucyna! —murmuró—. ¡Venga conmigo de inmediato! El señor Imre quiere verla.

Creí que me desmayaría ante tal noticia. Tomé mi luz y me levanté de prisa de la silla, casi trastabillando al alcanzar la puerta. La señora Kowalski tenía las mejillas rojas.

—¡Vamos! —me dijo—. ¡No lo haga esperar!

—¿Qué le dijo? —inquirí temblando mientras le echaba llave a mi puerta.

—Dijo que llevase a la institutriz de los niños ante él sin perder tiempo.

—¡Horror! —susurré—. ¿Se encuentra con el señor Ivanov?

—No, está solo. La aguarda en el salón del ala sur donde toma el té todas las tardes.

Caminé junto a ella con respiración exacerbada. No había nada que yo pudiese hacer por calmar mis propios nervios.

—¿Luce enojado? —le pregunté.

—Es difícil saberlo.

Gemí por lo bajo, queriendo echarme a lloriquear.

—¿Qué hay de Edna? —inquirí.

—No sé dónde pueda estar. No la he visto desde que nos llevó la comida al comedor —replicó ella.

La señora Kowalski me condujo por los corredores hasta la segunda planta del ala sur. Baltasar y yo habíamos cenado juntos por primera vez en la planta superior de aquella ala en el comedor que tenía vista al jardín de la fuente, y nos habíamos reunido ya en varias ocasiones en el salón con biblioteca que se hallaba en la esquina de esta, desde donde se podía observar el exterior del castillo. El ama de llaves llamó

a una de las puertas, que eran de cristal y hierro, y de cuya parte posterior pendían cortinas de color rosa pálido, por lo cual no podía yo observar el interior de la estancia.

—Adelante.

La voz de Imre Domány-Nádasdy llegó a mis oídos como un ronroneo. La señora Kowalski apretó los labios y abrió la puerta con suavidad, indicándome que pasara, haciendo un ademán con su cabeza. Di un paso adelante, observando mi entorno. El apuesto pelirrojo se hallaba reclinado sobre un largo diván de color oro pálido con tejidos de filigrana rosa, sus cabellos derramándose sobre el acolchado sostén lateral del mueble. Parecía una obra de arte. Se había quitado el sombrero de copa, que ahora reposaba sobre una baja mesa de marfil junto a él, y aún llevaba puestos los lentes azules para el sol. No movió su cabeza, sino que continuó observando el cielorraso blanco y dorado, como si estuviese embebido en los intrincados motivos orientales de sus rebordes. Aquella era una habitación encantadora con vista al patio interior. Las gruesas cortinas doradas estaban a medio abrir, pero un velo rosa suave se extendía sobre ellas y sobre la ventana, dándole una luz rosa a toda la habitación.

—Déjenos a solas, Kowalski, y regrese por ella en media hora —dijo Imre Domány-Nádasdy, aún sin moverse.

—Como ordene, señor —replicó ella, retirándose y cerrando la puerta de cristal a mis espaldas.

Permanecí petrificada en mi lugar, la mirada clavada en la alfombra persa de colores magentas y ocres que cubría la totalidad del suelo. Pasaron varios minutos de absoluto silencio en los que sentí que densas gotas de sudor se deslizaban por mi nuca mientras mi pulso golpeaba mis sienes como un martillo.

—¿Le apetece beber algo? —inquirió de repente Imre Domány-Nádasdy, sentándose con lento garbo para encararme y procediendo a retirarse los anteojos, que puso junto a la bandeja de plata con servicio de té que estaba entre los dos sobre otra mesa, esta de cremoso mármol con delicadas vetas ambarinas, más larga y ancha que la anterior.

—Señor, yo… —balbucí, pero él me interrumpió chasqueando la

lengua varias veces y agitando la mano con el brazo extendido hacia mí.

—¡Silencio, Paulina, no se atreva a disculparse! ¡Cuánto odio las disculpas! ¡Son tan indignas! —exclamó, mirándome por debajo de las cejas. De nuevo me llamaba por un nombre que no era el mío, como durante nuestra entrevista anterior—. Siéntese y sírvase una taza de té —agregó, apuntando hacia la gran silla azul celeste y dorada junto a la que yo me hallaba, su mano arqueada hacia abajo y su índice elevado. La gracia felina de sus movimientos era un embrujo en sí misma, pensé, aturdida.

Le obedecí dejando mi linterna sobre la alfombra, y me serví una humeante taza de té con mano temblorosa ante su mirada atenta mientras él sofocaba una cruel risotada.

—¿Qué demonios estaba pensando, niña? —inquirió, arqueando una sola ceja—. ¿Creyó, acaso, estar salvándome de las lenguas malintencionadas de quienes me rodean? ¡Le garantizo que en esta familia no hay nadie más malintencionado que yo! —rio abiertamente, echando la cabeza hacia atrás y enseñándome aquella dentadura blanca y simétrica a la que los colmillos de los Domány-Nádasdy conferían aún más belleza—. Bueno, admito que quizás no sea yo el más malvado de todos, pero eso no me quita lo viperino. Vamos, contésteme, tengo curiosidad —ordenó con expresión seria, haciendo ondear sus dedos tensos y recogiéndolos contra la palma de su mano en un ademán veloz.

—En parte, sí, señor… eso pretendía hacer —respondí, mirándolo a los ojos y tragando en seco—. Pero sin el matiz moralista.

Él soltó una carcajada.

—¿Le he dicho que es una pena que sea una vil sirvienta, Paulina? ¡Qué desperdicio! Usted debió nacer rica.

Sentí un aguijonazo de orgullo que me hizo reaccionar. Aquel hombre era muy peligroso.

—Nací en el lugar que me corresponde, señor —le sonreí con los labios cerrados sin dejar de mirar sus hermosos ojos amarillos.

—Prosiga —dijo, cruzándose de brazos e inclinando la cabeza ligeramente hacia su izquierda con el mentón elevado, su expresión

ahora inescrutable.

—Actué en un impulso para llamar su atención. Supongo que sentí… rabia, o algo similar a la rabia cuando caí en la cuenta de que Edna lo seguía oculta entre los árboles.

—¿Le es antipática ella? —inquirió, revolviendo su taza de té con la cucharilla de plata.

—No particularmente —dije—. No hemos cruzado palabra.

—Pero se enteró de que lleva y trae rumores en el castillo, ¿no es así? —preguntó, clavando sus iris en los míos.

—Sí —dije, enderezándome en la silla.

—¿Y…? —me espetó para que hablara, barriendo el aire hacia su pecho con la mano—. Sé que hay algo más, Pavlova, y quiero escucharlo de usted —entrecerró los ojos.

—Y se me ocurrió que… tal vez… a usted no le gustaría saberse observado —tartamudeé.

—¡Qué derroche de generosidad! —exclamó, poniendo los ojos en blanco—. ¡Ni usted misma se lo cree!

—Así como yo tampoco querría saberme observada —dije entonces, comprendiendo de repente el verdadero motivo de mi impetuosa intervención: no quería que nadie me viese en una situación comprometedora con Baltasar.

Me miró con aire de sorpresa y, poco a poco, una sonrisa se esbozó en su rostro.

—*Ecco* —dijo en italiano—. He allí la verdadera respuesta. Lo hizo porque se vio reflejada en mí. Me complace que no finja ser una simplona buenecilla en mi presencia. Se lo agradecería, incluso… pero detesto dar las gracias. ¡Son tan innecesarias! Además, soy su superior. Nunca le daré las gracias —rio, bebiendo un sorbo de su té—. Le diré, en vez, tres cosas. La primera, que me agradan las personas con secretos. Son más interesantes. La segunda, que siempre he hecho lo que me place y no temo que alguien pueda enterarse de mis andanzas, sean cuales sean. Por el contrario. Lo que hago a cielo abierto, lo hago a sabiendas de que todos ustedes, plebeyos o nobles, podrían verlo. No tendría reparos en deshacerme de testigos molestos posteriormente, si tal fuera el caso... No es una amenaza, por si se lo pregunta. Es,

simplemente, un hecho. Y usted, por supuesto, habrá notado que no tengo un pelo de tonto. Por ende, puede concluir con tranquilidad que soy consciente de todos mis actos y no haría nada que pudiese perjudicarme. ¡No necesito su protección, niña! No necesito que nadie me proteja o encubra. En tercer lugar, hizo bien en advertirme que Edna nos seguía. No por lo que Edna habría podido ver, lo cual, le garantizo, Paulina, le habría encantado a usted. Su carácter tiene un componente sensual bastante obvio para mí, y si, como dice, su visión del mundo está desprovista de nefastos sesgos de índole religiosa, bienvenida sea. Hizo bien, pues, porque estoy harto de los juegos de mi hermana Magdolna, y estoy harto de su espía. No había logrado sorprenderla aún con las manos en la masa, por lo cual no había tenido la excusa que necesitaba para lastimarla sin incumplir mi pacto con Baltasar. Porque, no sé si ya se lo explicaron, acordamos no agredir a la servidumbre sin motivo, pero la justa retaliación es otra cosa. Por lo tanto, no se pesque usted un castigo de parte de ninguno de nosotros. Tómelo como una advertencia amigable. Nunca ose interrumpirme de nuevo —finalizó con expresión colérica, haciéndome temblar.

—Jamás lo interrumpiré de nuevo, señor —musité, tragando en seco.

—Bien, ya que eso está claro —dijo él, ahora con mirada indiferente —, cuénteme qué impresión le merecen los sacerdotes.

—¿Los… curas cristianos, señor? —pregunté, sorprendida.

—Sí, sí, estamos en Polonia, no en la antigua Mesopotamia —me miró con desdén—. Claro que me refiero a los curas cristianos. Católicos u ortodoxos, da igual.

Su sonrisa era maliciosa.

Puesto que creía que los intermediarios entre el hombre y la deidad de su elección eran absolutamente innecesarios, respondí:

—Creo que están de más, señor.

—¿Le parece que sobran?

—Sí —asentí, mirándolo a los ojos.

—Oh… ¡lo cree de verdad! —replicó, con ojos muy abiertos—. ¡Esto es fantástico! —rio—. Le dije que no buscara hacerse tomar cariño,

Paulina.

—No era mi intención, señ…

—¡Silencio, insensata! —replicó con aire ofendido—. ¡Esa siempre debería ser su intención, aunque yo desprecie la finalidad! ¿Dónde está su *savoir-faire*? Pero, por supuesto, no se le pueden pedir peras al olmo, ¿verdad?

—Tiene usted toda la razón —me apresuré a decir, queriendo agregar *majestad* al final. Aquel hombre era la viva representación de la monarquía, que deseaba lisonjas solo para rechazar a quien las formulaba, encantador y terrorífico a la vez.

—Sin embargo, el olmo tiene su propia gracia —sonrió—. Es fuerte, capaz de proveer una sombra que aprecio… y tiene propiedades medicinales. Descuide, no pretendo hacerme un té con el líquido vital que corre por sus venas —agregó, clavando sus ojos en los míos y haciendo que desease huir de la habitación a toda velocidad—. ¿Y bien? ¿Quiere saber por qué le pregunté lo que piensa acerca de los curas?

—Me haría usted un gran honor, señor —respondí, temblando.

—Es así como mido la perspicacia de una persona —dijo, pero creí leer en el tono de su voz que había algo más. Algo maléfico que a él se le antojaba divertido—. Le parecerá increíble, pero no la encuentro perfectamente insípida a pesar de su cargo de institutriz. ¡Las institutrices suelen ser tan horriblemente acartonadas! Y, cuando son jóvenes y medianamente guapas, son siempre unas mosquitas muertas. En cambio, veo en usted… potencial. Me teme, eso es obvio, y por lo mismo no se atreve a expresarse con mayor naturalidad. Hace bien en temerme. Témame más, para que no vuelva a equivocarse conmigo. Pero, en el futuro, haga un esfuerzo por revelarse para que yo sepa quién se esconde tras esa armoniosa fachada… y sobre todo para que no me aburra. Sin excederse, claro está, no sea que me enfade. Sea cauta pero original. Ahora parta. Deseo estar a solas —sentenció, gesticulando hacia la puerta con la palma de la mano hacia abajo y mirando hacia la ventana.

25
La bella señora

La señora Kowalski aún no venía por mí. No supe qué era peor, si permanecer en aquella habitación otro segundo o salir al pasillo y toparme con Magdolna. Me levanté de la silla tomando la lámpara que había dejado junto a la alfombra y procedí a abrir la puerta de cristal.

—Con su permiso, señor —me despedí con una breve reverencia y sin mirarlo.

Él no respondió. Salí de la estancia y cerré la puerta tras de mí con delicadeza, dando unos pasos en dirección al lugar desde donde había venido. Entonces me detuve. Podía aguardar a la señora Kowalski allí o dirigirme sola a mi habitación, ambas terribles opciones. En el silencio del pasillo solo escuchaba los latidos de mi propio corazón. No había probado el té que Imre Domány-Nádasdy me había obligado a servirme. La bebida tenía un color rosa como la habitación en la que me había entrevistado. Me dije que, de haber querido envenenarme, me habría presionado a beberla. Hallarme desprotegida en aquel momento solo me demostraba que Baltasar no podía prever lo que pudiese ocurrirme siempre, y menos si yo misma me metía en apuros, como era el caso. ¡Cuánto hubiese querido tener fe en algo para orar y así resignarme al capricho de la voluntad divina como mis padres! ¡Al menos de tal modo se podía alcanzar cierta paz provisional! Caí en la cuenta de que estaba respirando tan fuerte que cualquiera podría oírme desde el extremo del pasillo. Tenía que volver. Me dije que debía, al menos, salir al jardín.

Entonces escuché pasos que ascendían por las escaleras. No eran las pisadas fuertes de unas botas masculinas sino pasos ligeros y pausados. La servidumbre se desplazaba con diligencia por el castillo, por lo cual concluí que debía tratarse de Magdolna o de Elzbieta, pero Elzbieta se encontraba descansando en sus aposentos. Un suave gemido de fatiga llegó hasta mis oídos y, sin perder tiempo, me oculté

tras un arco cercano. Extinguí mi luz para disminuir las probabilidades de ser descubierta y aguardé en la oscuridad con el corazón desbocado en tanto el murmullo de aquella voz se aproximaba entonando una extraña melodía:

Te veo, niño, entre las sombras.
Lloras buscando a tu padre.
¿Dónde se ha ido tu madre?
Se la ha llevado la bella señora
y ya nunca volverá.

La temperatura de mi cuerpo descendió en segundos y un manto acuoso cubrió mis ojos. Contuve la respiración y me abracé a mí misma para controlar el movimiento involuntario de mis músculos. El muro del arco a duras penas si bastaba para encubrirme, y, dada la completa oscuridad en la que me hallaba, no tenía modo de saber si las amplias faldas del vestido que llevaba puesto sobresalían de algún modo. Las sujeté contra mí de prisa justo antes de que los pasos se detuviesen frente al arco. Tenía que exhalar. Dejé salir el aire por la nariz con tanta lentitud como pude, sintiendo que mi abdomen se contraía hasta casi tocar las vértebras de mi espalda. La mano en la que aferraba la linterna temblaba tanto que bien podría haber estado tocando las castañuelas. El metal de la manija rechinó. Fue un sonido casi imperceptible, pero un sonido al fin y al cabo.

—¿Quién anda ahí? —susurró la voz femenina.

No tuve dudas de que era Magdolna. Cerré los párpados con fuerza por instinto a pesar de no poder ver más allá de mis narices, presa del terror. En ese instante, escuché que la puerta de cristal se abría, y la voz de Imre Domány-Nádasdy retumbó en el pasillo:

—¡Hermanita querida! ¿Qué haces aquí? —su tono era sarcástico.

Oculta entre las sombras, guardé silencio con el fin de no ser descubierta por Imre y su hermana Magdolna.

—Venía a… conversar contigo —replicó Magdolna, el sonido de su voz avanzando hacia la entrada de la habitación.

Al parecer, ninguno de los dos se había percatado de mi presencia. Solo entonces me atreví a tomar aire de nuevo y agucé el oído,

trémula.

—Ya hablamos como era debido, Magdolna. ¡Estoy harto! Venías a husmear personalmente ahora que descubrí a tu espía, ¿no es así? —dijo Imre.

—No, hermanito querido. Deseo pedirte que reconsideres tu posición. No pidas a Baltasar que expulse a Edna del castillo… sabe demasiadas cosas.

—Eso me importa menos de lo que imaginas, querida. Además, debiste tenerlo en cuenta antes de pedirle favores tan irritantes. Sabes que no soy misericordioso. Alguien debe pagar. Será ella o serás tú. Elige.

—Pídeme algo que pueda darte y olvida el asunto —percibí la desesperación en la voz de Magdolna.

—Qué extraño —escuché ronronear a Imre—. Estás intercediendo a favor de una doncella. ¿Qué te traes entre manos?

—¡Nada! —musitó ella—. No es fácil encontrar servidumbre digna en estos parajes. Baltasar se enfadará conmigo por haber puesto a Edna en esa posición… y ya sabes que las cosas no están marchando bien entre nosotros.

—Oh, Magdolna querida —rio él—, ¿y de quién es la culpa?

—Es culpa de Baltasar. Del mundo que lo ha absorbido. Y de…

—¿Sí? —inquirió la voz de Imre.

Aguardé con pavor a que Magdolna mencionase mi nombre, pero solo dijo:

—De las responsabilidades que ahora pesan sobre sus hombros.

—Claro que no, tontita —replicó Imre. Por el tono de su voz, su gesto debía ser displicente—. La culpa es tuya porque no sabes medir tus excesos. Te has hecho tomar fastidio. Yo mismo no quiero verte y soy tu hermano. No quiero imaginar lo que sentiría si tuviese que casarme contigo.

Soltó una carcajada cuyo eco repercutió en el muro en el que me apoyaba.

—¡Cállate! —replicó ella, ahora con voz mucho más gruesa.

—No estás en posición de pedirme nada y no te debo ninguna consideración —dijo él.

—Por… favor —insistió su hermana, suavizando su tono.

—¡Vaya, Magdolna! No esperaba escuchar esas palabras de ti. Cuán indigno de tu parte —replicó él—. Se nota que tuviste que hacer un gran esfuerzo. Solo por eso pensaré en algo que pueda querer de ti y te lo pediré.

—Puedo dejar de entrometerme en tus asuntos —ofreció ella.

—Ambos sabemos que eres perfectamente incapaz de algo semejante, querida. Retorna por donde viniste y déjame pensar a solas. Quizás se me ocurra algo antes de que Baltasar despierte y me vea obligado a pedirle que se deshaga de esa gárgola espantosa que te asiste.

—Te odio —murmuró ella, su voz alejándose.

—Y yo a ti, querida. ¡No lo olvides! —replicó él.

Segundos después, escuché que la puerta de cristal se cerraba de nuevo. Mi corpiño estaba empapado de transpiración para cuando el canto de Magdolna desapareció escaleras abajo. De haber sido descubierta por aquellos hermanos vampiros, me habría visto envuelta en una pesadilla bastante peor que la que ya estaba viviendo. Por lo pronto, parecía que Imre había vuelto a encerrarse en la habitación rosa, pues no escuchaba ya ningún movimiento en el corredor. Esperé minutos que parecieron horas escondida en el pasillo accesorio en el cual me había refugiado hasta que la luz de una linterna iluminó de modo gradual la piedra de los muros y del suelo en tanto un andar de paso firme se aproximaba. Cuando la señora Kowalski pasó frente al arco sin notarme, la llamé en un murmullo.

—¡Por favor, Lucyna! —masculló ella—. ¡Por poco me mata del susto!

—¡Baje la voz, señora Kowalski! —supliqué—. El señor Imre me indicó que dejase la habitación hace un buen rato ya y temí retornar sola a mis aposentos.

—¿Por qué extinguió su luz? —inquirió en voz baja conforme nos alejábamos.

—¡Porque Magdolna vino a ver al señor Imre justo cuando él me hizo salir! ¡Tuve la suerte de ocultarme a tiempo! —le expliqué.

Cuando descendimos por las escaleras, ya no había rastro de la

prometida de Baltasar. Le conté a la señora Kowalski que Imre me había reprendido, tal y como cabía esperar, y ella asintió, satisfecha.

—Me alegra, salió bien librada —afirmó.

—Y que lo diga —repliqué—. Cada segundo que continúo con vida en este castillo es, más que un triunfo, un milagro.

—Sus palabras, no las mías —comentó ella por lo bajo, concordando conmigo—. El señor Baltasar debe estar por despertar.

Mi corazón batió ante la mención de su nombre. ¿Por qué temía Magdolna que Imre le contase a Baltasar que había sorprendido a Edna siguiéndolo por orden suya? No parecía importarle que los niños le contasen que ella misma los había encerrado tanto tiempo en el cuarto de castigos, lo que era tanto peor. Se me ocurrió que Magdolna necesitaba a Edna por motivos que no había mencionado, y además deseaba evitar que Baltasar hablase con Edna a como diese lugar. Por lo mismo, yo tenía que decírselo todo a Baltasar, pero no osaba hacerlo por medio de una carta. Quizás pudiese lograr que me viese antes de la hora prevista, en cuanto el sol se pusiera. Le pedí a la señora Kowalski que se lo sugiriese cuando me dejó en mi habitación. Me apresuré a encender mi lámpara de nuevo. No había tenido tiempo de guardar mi diario en el baúl y me alegró no haber escrito en él nada que pudiese incriminarme de modo puntual. Solo al abrir el cofre de nuevo, caí en la cuenta de que aún tenía uno de los libros que Imre Domány-Nádasdy buscaba la mañana en que lo conocí, aquel compendio detallado de los crímenes de su antepasada Erzsébet Báthory. Aun si me mortificaba no haberlo devuelto a su lugar, y tanto más después de mi bochornoso incidente con el vampiro pelirrojo esa tarde, me dije que debía al menos hojearlo aunque me causara horror pensar en los actos que los descendientes de la condesa estaban en capacidad de replicar.

Me acomodé en el lecho con la lámpara cerca y abrí el manuscrito. En efecto, se trataba de una transcripción de los testimonios de los sirvientes de la condesa durante el juicio de la última. Me costaba trabajo comprender el vocabulario de la traducción, pero los actos de violencia estaban bastante claros. Aun así, no había nada allí que mencionase que la cruel señora hubiera tomado baños de sangre, ni

tampoco que la hubiese consumido. Por ende, conjeturé que esos detalles habían salido a la luz por medio de la tradición oral tras su muerte. Pensé de inmediato en lo que el espíritu de la difunta hermana de Baltasar le había comunicado a él durante nuestra sesión de espiritismo la noche anterior: su antepasada se había levantado de la tumba transformada en una vampiresa. El fantasma de Petronÿa Domány-Nádasdy había afirmado que la condesa había logrado aquella transmutación por medio de un pacto con Satanás, en el cual yo aún no creía. Sin embargo, Imre y Magdolna me hacían pensar que el mal podía heredarse por medio de la sangre, y no me costaba aceptar que, en su familia, el origen de dicho mal era el carácter de su antepasada, tan bien ilustrado en los actos descritos en aquel manuscrito.

26
Trae el crucifijo

Cuando la señora Kowalski regresó con una nota de parte de Baltasar, le pedí que retornase el manuscrito a la biblioteca por mí y volví a quedarme a solas. Rasgué el sobre sin perder tiempo con ayuda del cortapapeles y leí, impaciente:

Lucyna:

Le ruego me perdone. No podré verla antes de la hora acordada. Debo encargarme de cierto asunto fuera del castillo con urgencia, por lo cual tampoco regresaré a tiempo para nuestra cita, sino después de la medianoche. Por favor, no desespere. Cualquier asunto que requiera mi atención será solucionado en cuanto me reúna con usted.

Suyo,

Baltasar.

Mío. Suspiré, sintiendo que aquella simple palabra me seducía a pesar de la inquietud que me embargaba. ¿Qué tendría que hacer Baltasar fuera del castillo? Hubiese querido acompañarlo para no estar sola. Temía que Magdolna pusiera en marcha lo que fuese que estaba tramando antes de su retorno y fuese demasiado tarde para entonces. Avancé con lentitud hacia la chimenea y eché la nota al fuego. Me di la vuelta, y solo a la sazón me percaté de que un papelillo reposaba al pie de mi cama. No recordaba haberlo visto antes. Pensé que probablemente había resbalado del interior del libro acerca de los crímenes de la condesa al abrirlo tendida en el lecho. Curiosa, lo recogí del suelo para observarlo. Aunque estaba doblado de forma descuidada, noté que se trataba de una nota escrita. La abrí y leí:

Rózsa:

Venga a verme esta noche en el lugar de siempre y traiga el crucifijo.

Si no se presenta allí a la hora acordada, habrá consecuencias.

Mis latidos se detuvieron por un instante. ¿Crucifijo? La nota estaba escrita en polaco y no estaba firmada. Dado que la servidumbre tenía prohibido portar íconos religiosos en el castillo, supuse que no la había escrito un Domány-Nádasdy, pero no podía estar segura de ello. La carta era básicamente una amenaza. Tenía que enseñársela a Baltasar cuanto antes, quizás le daría una pista necesaria para resolver la muerte de Rózsa. ¿Para qué querría el autor o la autora de la nota un crucifijo? ¿Para defenderse de los miembros de la familia que ahora me empleaba a mí? Rózsa debía haber insertado la nota de prisa dentro de aquel manuscrito empastado para no ser sorprendida leyéndola. La caligrafía era bastante pulida. Baltasar podría decirme si reconocía al autor por esta última. Guardé la nota en mi bolsillo y me asomé por la ranura de la cortina. El jardín estaba desierto. Atisbé en la distancia la estatua del ángel caído comisionada por Imre. Pensé en el diablo, preguntándome si un concepto abstracto como aquel podría conferir deseos a quien le dedicase su vida o a quien le ofreciese un sacrificio lo bastante sangriento. Me estremecí recordando los cuerpos de los difuntos parientes de Baltasar que reposaban en la bóveda bajo tierra. Su madre, versada en las artes negras, lucía especialmente siniestra. ¡No querría yo topármela en alguna de sus resurrecciones!

Me dije que había una extraña relación entre el rito católico, en el cual los fieles consumían la sangre del redentor, y la necesidad de beber sangre de los vampiros unida a su intolerancia a la iconografía cristiana. Los vampiros se hacían inmortales gracias a su régimen alimenticio antes de resucitar para seguir bebiendo la sangre de los mortales. Según el Evangelio, Cristo había prometido la resurrección a quienes bebiesen su sangre y comiesen su carne. Así pues, con el fin de vivir para siempre, los cristianos bebían sangre como los vampiros, o al menos estaban convencidos de hacerlo por medio de la transubstanciación del vino consagrado, la cual consideraban infalible. Yo misma debía admitir que, viniese de donde viniese, la promesa de la inmortalidad era tentadora. Aun así, no sabía qué me repelía más, si el cristianismo o el vampirismo. Aunque en el cristianismo el adepto consumía la sangre de una deidad inmortal, el acto no dejaba de ser

macabro y, de ser literal, equiparable a las exigencias del vampirismo. Anhelaba con todas mis fuerzas llegar al fondo de aquel asunto. Necesitaba descifrar el enigma de las similitudes entre el vampirismo y el cristianismo con el fin de comprender por qué se hallaban contrapuestos y por qué eran los íconos cristianos capaces de dañar a los vampiros, o al menos a los miembros de la familia que me acogía. Necesitaba saber si eran justamente las peculiares semejanzas con el cristianismo las que les permitía a los vampiros resucitar. ¿Era el consumo de sangre la fórmula para la resurrección y la vida eterna, sin importar la filosofía que respaldase este hecho? ¿Sería Satanás una especie de deidad vampírica secreta? ¿Se les exigiría a los vampiros consumir la sangre del diablo, aunque fuese de forma simbólica, a través de un rito especial y similar al católico? ¿Habría sido así aun cuando fuese para la condesa Báthory durante su supuesto pacto con Satanás, o quizás para Domán, aquel ancestro menos conocido de los Domány-Nádasdy cuya hija bebía sangre por instinto desde la infancia? La difunta hermana de Baltasar había dicho que Domán era el *vampyr* originario, pero tal parecía que la condesa había llegado al vampirismo por sus propios medios.

Por otra parte, yo nunca había escuchado que los vampiros tuviesen que ser invitados a entrar a un inmueble o a una habitación por vez primera para poder pasar y posteriormente atacar a sus moradores, por lo cual sospechaba que los Domány-Nádasdy debían haber heredado aquella regla de uno de sus dos ancestros vampiros, fuese la condesa o Domán. Sin embargo, se me antojaba que la idea de que el ser humano debía invitar al mal a morar en su corazón, que era la misma noción religiosa de que el pecado debía ser cometido a conciencia, bien podía estar relacionada con este hecho. De cierto modo, la víctima debía ser partícipe del ataque si este ocurría en su espacio íntimo, ya se tratase de su hogar o, en el caso de los sirvientes que habitábamos en el castillo, de nuestros aposentos. Y los vampiros poseían los atributos necesarios para suscitar la tentación que les facilitaba dicha invitación, tal y como el diablo en la mitología: eran seductores, bellos, inteligentes, poderosos y encantadores. Al menos los Domány-Nádasdy lo eran. Yo misma había caído en una tentación

similar desde que había conocido a Baltasar y no me arrepentía en absoluto. Por el contrario, ansiaba retornar a ese abismo de oscuridad y fuego entre sus brazos, aunque esto perturbase más mis emociones. Haber saciado mi anhelo inicial solo había hecho que mi deseo cobrase más fuerza, amplificándose en mi interior como el incendio cuyas llamas consumen todo a su paso. Esto se debía en parte a que la realidad de aquel suceso había superado mis limitadas expectativas humanas, por supuesto, pero había otra parte, una mucho más poderosa, que simplemente no podía explicar. Era como si, al invitarlo a entrar a mi habitación, le hubiese abierto las compuertas de mi alma, adentrándome a la vez en la suya. Y ese aspecto oculto de Baltasar no solo no había aplacado mis intenciones preliminares, sino que había despertado en mí un tipo de sed que no sabía que albergaba en mi interior. Había creado, en cuestión de una noche, una necesidad superior a todas las otras. Necesidad de él. Quería ser suya reiteradamente en un sentido inmaterial, y de un modo que rebasaba las capacidades de mi intelecto.

27
La traición del confesor

La señora Kowalski llamó a mi puerta, interrumpiendo mis pensamientos.

—Los señoritos desean invitarla a cenar en las habitaciones de Vladislav —dijo—. Quieren hablar con usted.

Agradecí su ofrecimiento. Puesto que no podría ver a Baltasar hasta mucho después, aquel encierro era demasiado angustiante para mí. Tras ponerme el abrigo, tomé mi luz y salí de la habitación.

—Me alegra que los señoritos se encuentren mejor —le dije a la señora Kowalski—. ¿Sabe si pudieron hablar con el señor Baltasar?

—Así es —replicó—. Ya se lo contarán todo ellos mismos.

Por suerte, no nos topamos con nadie en nuestro trayecto. En esta ocasión, pude observar mejor la habitación de Vladislav. Estaba decorada en tonos azules oscuros, grises y plateados. Parecía, por poco, la habitación de un rey. Era enorme, y contaba con su propio comedor de cuatro puestos, dos de los cuales ya ocupaban mis pupilos con sus fuentes repletas de carne cruda. Dos lámparas y varias velas habían sido encendidas, y la chimenea ardía. La señora Kowalski partió, y tomé asiento frente a las fuentes cubiertas que me correspondían.

—Gracias por su invitación, señoritos —dije, sonriéndoles.

—Es lo menos que podemos hacer por usted después de que nos rescató hoy —dijo Vladislav—. Tenemos algunos regalos para usted también.

—¡Oh, no debieron molestarse! —dije, conmovida y avergonzada.

—Por favor, señorita Pawlak, no aceptar regalos con tranquilidad es de plebeyos —dijo Elzbieta.

—Bien, ocurre que soy una plebeya —reí.

—Cierto —rio ella—. El caso es que los merece. No se diga más.

—Cuéntenme lo que hablaron con su tío Baltasar, por favor —pedí,

destapando las fuentes de mis alimentos para hallar verdaderos manjares. Había carne de venado en salsa dulce, patatas con crema y cebollín, espárragos y pan fresco.

—Se lo contamos todo y está muy enfadado con Magdolna por su desobediencia —dijo Vladislav—. No puedo esperar a escucharlos discutir. Por desgracia, tío Baltasar tuvo que salir a… —el niño enrojeció.

Lo miré inquisitiva.

—Vamos, señorita Pawlak, deje que tío Baltasar se lo diga él mismo si lo considera prudente —intervino Elzbieta.

Comprendí entonces que había tenido que ausentarse con el fin de alimentarse de sangre y sentí un tirón en mi espinazo. ¿Quién sería su víctima aquella noche? ¿A dónde habría ido? Aún era algo temprano para hallar gentes profundamente dormidas. Haber pensado en aquellos asuntos de manera abstracta había sido tanto menos perturbador que concebirlos de un modo tan directo mientras ocurrían. No deseaba imaginarlo irrumpiendo en la habitación de una persona incauta, y menos aún hincando sus colmillos en sus carnes. Era un acto tan íntimo que, por un lado, casi tuve celos. Por el otro, sentí rabia en nombre de la víctima. ¿Cómo podría reconciliarme con aquellos sentimientos? Me repetí que no era culpa de Baltasar sino de sus terribles ancestros vampiros e intenté concentrarme solo en el exquisito sabor de los alimentos. Estaban tan buenos que, a pesar de mis angustiantes pensamientos, los devoré en su totalidad en cuestión de minutos en tanto los chicos consumían su carne cruda.

—Tío Baltasar la aprecia sinceramente, señorita Pawlak —dijo Vladislav—. No lo juzgue por lo que escapa de su control.

—No lo juzgo, señoritos —suspiré, sabiendo que sería tonto negar que pensaba en eso—. Las circunstancias que envuelven a su familia son… desconcertantes. Eso es todo.

—Ya se habituará —dijo Elzbieta, limpiándose los labios sangrientos con la bella servilleta azul que hacía juego con la habitación de su hermano—. En cuestión de un mes, ya nada la perturbará.

—Si es que sobrevivo —sonreí.

—Claro que sobrevivirá. Tiene que hacerlo, la necesitamos aquí —

replicó ella.

—Rózsa no sobrevivió —dije, recordando la nota que había hallado.

—Rózsa no merecía vivir —dijo Elzbieta, sus ojos relampagueando con ira.

Ya no creía que los chicos hubiesen propiciado su muerte, pero era imperativo indagar más.

—¿Los amenazó en algún momento a ustedes, quizás con algún objeto religioso? —inquirí.

—¡Jamás directamente! —rio Vladislav—. En ese caso supongo que sí la habríamos matado nosotros mismos.

Elzbieta rio también.

—Pero, ¿estaba ella al tanto del efecto que los íconos cristianos tienen en ustedes? —insistí.

—Claro, pedía a tío Aurel que nos encerrase en el cuarto de castigos cuando nos quejábamos de sus lecciones tediosas, alegando que intentaba educarnos y que nosotros no se lo permitíamos. Nada más lejos de la verdad —dijo Elzbieta.

—¿Y su tío Aurel la complacía? —pregunté.

—Nunca lo hizo —replicó el niño.

Aún no había conocido a Aurel Domány-Nádasdy, pero era posible que se hubiese involucrado con la institutriz aunque no tuviese interés en corregir a sus sobrinos. Imre se había expresado en tan malos términos de las institutrices en general, en especial de las que eran jóvenes, que no creía que él hubiese sido amante de Rózsa en el pasado, aunque no tuviese inconveniente en seducir al señor Ivanov. Por otra parte, Magdolna había encerrado a los niños en el cuarto de castigos, lo cual demostraba que no dudaba en herir a los suyos con artilugios religiosos si se encolerizaba. Magdolna podría haberle pedido a Rózsa que tomase un crucifijo del cuarto de castigos tras darle la llave, aunque, de ser así, no se me ocurría contra quién podría querer usarlo.

—¿Por qué lo pregunta, señorita Pawlak? —preguntó Vladislav.

—Porque saber que la persona que ocupaba mi cargo murió me inquieta sobremanera —dije, sin revelarles que había hallado la nota.

—Yo creo que fue un accidente —dijo Elzbieta—. Solo Vladislav y

yo nos beneficiamos de su muerte.

Yo no estaba tan segura de eso, pero me abstuve de decirlo.

—¿Era Rózsa devota? —pregunté.

—¿Cristiana? —inquirió Elzbieta, elevando una sola ceja.

Asentí.

—Como suelen serlo las gentes, supongo —respondió ella, encogiéndose de hombros—. En ocasiones usaba expresiones religiosas, pero en la práctica era todo hipocresía. Lo usual.

—Señoritos, ¿saben ustedes por qué los íconos religiosos los hieren de tal modo?

Me miraron como si pusieran en duda mi inteligencia.

—Por nuestra condición de familia… obviamente —dijo Elzbieta.

—Eso lo sé, vamos —reí—. Me refiero al origen de la reacción. Supuse que debían haberla heredado de uno de sus ancestros más notorios.

—Qué alivio —rio a su vez Vladislav, meneando la cabeza—. Creí que había vuelto a tomar el camino de la incredulidad en cuanto a lo que ocurre con nuestra familia. Para responder a su pregunta, tenemos algunas teorías que podrían explicar nuestra reacción a estos objetos. En primera instancia, tío Imre mencionó alguna vez que su madre, es decir, nuestra abuela, le dijo que había comprendido la razón de la susceptibilidad tras la visita de una parienta muy versada en la vida de nuestra antecesora Báthory.

Deduje de inmediato que, si lo que el fantasma de Petronȳa le había dicho a Baltasar era cierto, esa *parienta* que había visitado a la abuela de los niños podía haber sido la misma Erzsébet Báthory, esto tras haberse levantado de la tumba convertida en un *vampyr* inmortal.

—Fascinante —dije, destapando la fuente que contenía una tarta de avellanas y crema—. ¿Y qué le reportó esta… parienta a su abuela, señoritos?

—Dijo que, a comienzos del siglo XVII, el Reino de Hungría traicionó a la condesa Báthory con el fin de no pagarle la exorbitante deuda que había adquirido con ella —afirmó Elzbieta—. Verá, señorita Pawlak, la familia Báthory tenía entonces más dinero que el mismo Reino de Hungría, el cual sostenía una guerra continua con el Imperio otomano,

de credo islámico. Aunque Erzsébet había sido criada dentro del protestantismo calvinista, ella le había hecho préstamo tras préstamo al muy católico Reino de Hungría para financiar la anhelada derrota del enemigo, siempre leal y solidaria con la causa en contra de los turcos. Pues bien, según parece, cuando empezó a rumorearse entre la aristocracia húngara que nuestra excelentísima antecesora cometía actos de extrema crueldad para con sus huéspedes y sus sirvientes, al Palatino le fue sugerida una triquiñuela por medio de la cual se convino a espaldas de Erzsébet que, tras ser acusada formalmente y ser declarada culpable, se le perdonaría la vida a cambio de que el Reino no tuviese que devolverle la suma de dinero que le debía. Así, el Reino de Hungría podría abstenerse de saldar su deuda y lucir misericordioso a la vez. Todo tan… católico.

Mientras la escuchaba, tomé un trozo de tarta que se deshizo en mi boca. Estaba estupenda.

—Prosiga, por favor —pedí, sumamente interesada en la historia.

—El veredicto del juicio, pues, ya estaba establecido —dijo la niña —. En pocas palabras, acordaron robar aquella inmensa porción de la fortuna de la condesa a cambio de no sentenciarla a muerte. De haber sido incluida en la deliberación preliminar, Erzsébet habría rechazado el perdón para exigir que el Reino de Hungría retornase el dinero que solo a ella y a sus descendientes les correspondía. Siendo orgullosa como lo era, habría preferido morir a ser perdonada, pues no le temía a la muerte. Aun así, la decisión ya estaba tomada. Cuando Erzsébet se enteró de aquella estratagema, maldijo por su ingratitud al Reino de Hungría, y así también a la Iglesia católica por secundar al Reino en la determinación que la afectaba. Según lo que la visitante le dijo a nuestra abuela, para ese momento, Erzsébet ya era una experta hechicera. Sin embargo, el catolicismo nunca la había indispuesto hasta que el Reino se volvió en su contra. Al parecer, Erzsébet consideraba que la religión era un recurso de suma utilidad para dominar al vulgo, y puesto que esta ya hacía parte de la tradición de la nobleza húngara desde los tiempos del rey Esteban, luego canonizado por haber sido el primero en adoptar el cristianismo, la aceptaba como símbolo de poderío espiritual, cuya alianza indisoluble

con la clase dominante garantizaba la subyugación de los siervos.

—Y no se equivocaba en absoluto —comenté, habiendo engullido otro bocado de postre sin perderme ningún detalle—. La religión ha logrado que el pueblo se resigne a sus circunstancias y acepte toda suerte de injusticias. Nada más conveniente para los regentes.

28
Estacas

—Es una lástima que nuestra familia ya no pueda hacer uso del cristianismo para amedrentar a la servidumbre —se quejó Vladislav—. Me habría encantado formular amenazas citando los castigos perversos e insensatos enumerados en el libro execrable.

Reí en voz baja.

—¿Se refiere a… al libro que se lee en voz alta en las parroquias cristianas? ¿Las Escrituras? —inquirí, evitando pronunciar el nombre.

—La Biblia —dijo él, sonriendo y encogiéndose de hombros—. Puede mencionarla ante nosotros. También puede mencionar a Dios. Son solo palabras.

Exhalé aliviada. Era algo menos de lo que cuidarme.

—¿Cómo sabe lo que la Biblia dice? —le pregunté—. Asumo que su proximidad le hace mal.

—Así es —replicó él—. Tío Imre tiene muchos libros que hablan al respecto de la Biblia. Es uno de sus temas favoritos y nosotros prestamos atención a las conversaciones que sostienen nuestros parientes. En cuanto a la Biblia, es el objeto en sí lo que podría lastimarnos, no su contenido, pues por suerte no creemos en él. Los cuentos de hadas son bastante más realistas y menos tediosos. Aun así, me divierte saber que la Biblia contiene pasajes en los que se presiona a la gente a beber sangre y a consumir carne humana. Sé que se supone que la carne y la sangre provienen de un dios muerto y resucitado, pero da igual: en ese aspecto, se asemeja a las conversiones vampíricas.

—Sin duda hay muchas similitudes entre el cristianismo y el vampirismo —dije—. Hoy cavilaba al respecto del tema.

—Cierto. Por ejemplo, el vampiro viviente puede transformar al humano común en otro vampiro viviente… que al fin y al cabo viene siendo algo así como un semidiós —dijo Elzbieta con gesto vanidoso

—. Puede que tengamos ciertas desventajas en comparación con el humano común, pero también poseemos innegables poderes e inteligencia superior.

—¿Y cómo puede el vampiro viviente llevar dicha transformación a cabo? —pregunté intrigada.

—Es justo a lo que me refería al comparar el canibalismo bíblico y las conversiones vampíricas —habló Vladislav—. El vampiro viviente puede transformar al mortal común en un vampiro viviente brindándole algo de su sangre, la cual el mortal debe consumir.

—¡Increíble! —exclamé anonadada—. ¡Es exactamente igual al principio de la comunión católica!

—Hay una diferencia importante —dijo Elzbieta—. El cristianismo exige a sus fieles morir para alcanzar la inmortalidad, aunque estos hayan consumido la sangre de su deidad desde la infancia. En el método de conversión vampírica que acabamos de mencionar, el humano ordinario no tiene que morir para adquirir los poderes de un vampiro viviente.

Punto para los vampiros, pensé.

—Pero tiene que alimentarse de sangre humana a partir de la conversión, ¿verdad? —inquirí.

—Claro —dijo Vladislav.

El vino es preferible. Punto para el cristianismo, pensé, tomando un sorbo del vino que me habían servido.

—Volviendo a la historia —dijo Elzbieta—, la condesa maldijo al Reino de Hungría y a la Iglesia católica en cuanto el primo de su esposo, un hombre de gran poder político, la puso al tanto de las maquinaciones del Palatino, quien al parecer había sido respaldado por varias figuras prominentes del clero católico de la época. Aquel pariente Nádasdy había viajado día y noche para advertirle a Erzsébet lo que el Reino de Hungría se traía entre manos, pero ella no quiso huir. Esa misma noche le entregó su alma a Satanás en un ritual sangriento sin precedentes. Por desgracia, al día siguiente, el Palatino y sus hombres se presentaron en el castillo con el fin de realizar la inspección del lugar, durante la cual se dice que hallaron a una muchacha prisionera junto a un gran baño subterráneo lleno de

sangre. Que hubiesen encontrado también a Erzsébet blasfemando a viva voz desde la más alta torre no hizo más que justificar sus acusaciones preliminares contra ella.

—Qué lástima que el Palatino no haya sufrido una muerte espantosa por su traición —dijo Vladislav con gesto cruel—. Debería haber sido empalado con una estaca, tal y como se dice que el esposo de Erzsébet, el conde Ferenc Nádasdy, empalaba a los enemigos otomanos que apresaba en batalla. ¿Sabía que esa práctica de nuestro magnífico ancestro también era empleada por un vaivoda de Valaquia llamado Vlad Ţepeş un poco más de un siglo atrás? Me nombraron Vladislav en honor al último pues fue un guerrero valeroso que además era pariente lejano de los Báthory.

—Había escuchado que Vlad Ţepeş era un príncipe sanguinario a quien todos temían específicamente por dichas tácticas —respondí. No me gustaba evocar imágenes tan atroces, pero sin duda recordaba que los niños habían mencionado aquel inquietante dato del conde Nádasdy—. No sospechaba que el famoso vaivoda de Valaquia también fuese pariente suyo, aunque no puedo decir que me sorprenda.

—Lo es —replicó el niño, sonriendo de oreja a oreja—. Y es un gran honor, si me lo pregunta. Ahora, debo aclarar que el príncipe Vlad era sanguinario como todo guerrero medieval. Tenía que serlo si quería ganar, y él lo deseaba más que nada en el mundo. Como yo.

Sacudí la cabeza para despejar mis pensamientos.

—Por supuesto —susurré.

—Nuestro antepasado Ferenc Nádasdy probablemente tomó la idea de Vlad Ţepeş, quien, como usted debe saber, era más conocido como Vlad *el Empalador*—continuó Vladislav con cara de dicha—. El conde Nádasdy hizo la pesadilla realidad de nuevo, usando aquellas largas estacas para empalar a sus peores enemigos. Supo hallar inspiración en un héroe admirado. ¡Un genio!

—Y… los corazones de los vampiros deben ser atravesados con estacas para que no puedan levantarse de sus tumbas —comenté, pensativa.

—Bravo, señorita Pawlak —dijo Elzbieta con una sonrisa maliciosa

—. Al fin halló la relación entre ambos asuntos. Como puede ver, los Domány-Nádasdy somos susceptibles a ciertas cosas a causa de los actos y las características de nuestros ancestros, como si estos se hubieran vuelto en contra de nosotros. No en balde hablamos de una maldición familiar. Quizás sean múltiples maldiciones. No puede decirse que nuestros antepasados hayan sido bondadosos, al menos no según los estándares de virtud del presente. Sin embargo… alcanzaron la notoriedad. Y esa es otra forma de hacerse inmortal.

Concluyó su frase irguiéndose en la silla y elevando el mentón ligeramente. ¿Qué podían hacer aquellos niños sino convencerse a sí mismos de que tenían motivos para estar orgullosos de su procedencia y de que la maldición que pesaba sobre ellos valía la pena a su modo? Eso me entristeció, pero procuré no revelarles mis emociones.

—¿Así que creen que los íconos cristianos los hieren porque la condesa Báthory le entregó su alma al demonio? ¿O porque maldijo a la Iglesia católica? —pregunté, frunciendo el entrecejo.

—Tío Imre cree que, más que el acto en sí, lo que pesa sobre nosotros son los sentimientos que acompañaban a Erzsébet en esos momentos: una ira sin par derivada de la traición, un asco profundo hacia la falsedad de la Iglesia que da la espalda a sus aliados en la guerra cuando percibe un lucro mayor en otro lugar —dijo Elzbieta—. Porque, aunque fuese de un modo indirecto Erzsébet había beneficiado a la Iglesia católica.

—¿Qué hay de su ancestro Domán? —inquirí—. ¿Creen haber heredado alguna susceptibilidad de él?

—Puesto que él siempre fue pagano, creemos que la repulsión que sentimos hacia los íconos cristianos también proviene de él. Tal vez por ello el rechazo está tan acentuado en nosotros. Lo heredamos por partida doble —dijo Vladislav.

—Tiene sentido —comenté—. ¿Le dijo a su abuela aquella visitante algo más acerca de la condesa?

—Supongo que le contó muchas cosas que nuestra abuela no le narró a Imre pero, aparte de lo que ya le dijimos a usted, mencionó que Erzsébet, a diferencia de Domán, siempre se preocupó por su descendencia —replicó el niño.

—Antes de que lo olvide, señorita Pawlak —dijo Elzbieta—: sus regalos.

La niña se levantó de la mesa para tomar una caja tapizada de tul y encajes color lila que puso ante mí.

—Ábrala —pidió Vladislav.

La caja contenía un broche para el cabello adornado con flores de seda negra y perlas negras.

—Lucirá hermoso en sus cabellos rojizos —dijo Elzbieta—. Lo había comprado para mí, pero tengo tantos que no sé qué hacer con ellos. Permítame —agregó, ubicándose tras de mí y sujetando el broche a mi peinado.

—Es perfecto para usted —dijo Vladislav.

—Acerté como de costumbre —dijo Elzbieta, satisfecha.

—Gracias, señorita Domány-Nádasdy —dije. Que Elzbieta fuese capaz de desprenderse de algo que le pertenecía era una muestra de humanidad que la diferenciaba de Magdolna y de su antepasada Báthory, por lo cual el regalo me hacía aún más feliz.

Vladislav extrajo una cajita tapizada de tela satinada color plata del bolsillo interior de su chaqueta y me la extendió.

—De mi parte —dijo.

Al abrirla, hallé un cordón de seda negra semitranslúcida del cual pendía una joya circular del color de los ojos de Baltasar. Era una preciosidad.

—Qué hermosa —dije, atónita.

—Es cristal de Murano —repuso el niño—. Cuando la vi, me hizo pensar en el sol del atardecer que no podremos ver al crecer. La compré en Venecia. Quiero que usted la tenga porque espero que pueda acompañarnos allá algún día.

—¡Salud! —dijo la niña, elevando su copa—. ¡Por contemplar un atardecer en Venecia con la señorita Pawlak!

—Gracias —repliqué, sonriéndoles a ambos y ajustando el cordón en torno a mi cuello a modo de gargantilla—. Son los regalos más bonitos que he recibido. Y los aprecio aún más porque han venido de ustedes, los mejores pupilos que he tenido en toda mi vida.

Los niños se veían sinceramente contentos. Supe que los tres nos

hallábamos confortados por la amistad que habíamos entablado en medio de tan extrañas circunstancias, una amistad que en aquel punto trascendía en gran medida el sencillo pacto de respeto forjado hacía apenas unos días.

29
Aposentos subterráneos

La señora Kowalski regresó por mí indicando que Baltasar había retornado al castillo y me vería en breve. El tiempo había pasado pronto en compañía de mis pupilos. Tras agradecerles, me despedí de ellos y partí con el ama de llaves. Sentía nervios de ver a Baltasar de nuevo tras los sucesos de la noche previa. Creí que nos dirigiríamos a mi habitación pero, en vez de ello, el ama de llaves tomó un tramo de escaleras por el cual yo nunca había descendido.

—Espere… ¿nos dirigimos al ala este? —inquirí con ojos exorbitados.

—Así es —dijo ella—. El señor Baltasar la recibirá en sus aposentos.

—¡No! —dije, deteniéndome—. ¡Magdolna u otro de sus parientes podría verme!

—Todos han salido —dijo ella, continuando el descenso—. Solo el señor Baltasar está aquí. Además, los aposentos de los señores tienen entradas independientes, cada una en su nivel correspondiente. Las del señor Baltasar y el señor Aurel se hallan bajo tierra.

Aquella era una gran noticia. Que el hermano y los primos de Baltasar no estuviesen en el castillo me proporcionaba una paz única. Tras haber pasado la primera planta, recorrimos un pasillo estrecho sin puertas y descendimos al primer nivel subterráneo pasando bajo un arco enrejado que la señora Kowalski abrió con dos llaves distintas, el cual desembocaba en un corredor amplio y abovedado cuyo final yo no podía ver a causa de la enorme oscuridad. Finalmente, llegamos a una gran puerta doble de madera oscura cuyo marco consistía en dos columnas de mármol gris a lado y lado, y un arco apuntalado de piedra en la parte superior. La cerradura de hierro era grande y tenía una gruesa manija de plata.

La señora Kowalski tiró de ella y, abriendo la puerta, me dijo:

—Pase. El señor la espera.

Estaba muy oscuro ahí dentro también, pero avancé por la entrada iluminando el entorno inmediato con mi linterna. La señora Kowalski cerró la puerta tras de mí.

—¿Hola? —llamé con prudencia, examinando los muros de la habitación en la que me hallaba, una especie de antesala en cuyo extremo difuso creí discernir otra puerta. Una pintura al óleo de tonos rojizos, naranjas y negros con el motivo de un paisaje montañoso al atardecer adornaba la pared a mi derecha. Era una verdadera maravilla.

—Lucyna —la voz profunda de Baltasar llegó hasta mí desde la habitación siguiente. El eco era notorio allá abajo—. Adelante, por favor.

Mi corazón batió con frenesí. Caminé sobre la larga alfombra color vino que se extendía desde la entrada hasta la habitación de la cual provenía su voz, procurando recobrar la calma. Al dar unos pasos, descubrí que la entrada era una apertura arqueada muy alta tras de la cual pendían cortinas negras con bordados borgoña y plateados que ocultaban el interior de la estancia. La hice a un lado con dedos trémulos para pasar y entonces lo divisé: estaba de pie, inclinado sobre una gran mesa de ébano en cuyo extremo ardía un candelabro de plata con velas negras. Múltiples libros abiertos de varios tamaños ocupaban el espacio restante de la superficie de la mesa.

—Las velas son para usted —dijo, mirándome a los ojos y sonriendo —. Hallé el diario de mi madre esta tarde —agregó, apuntando el cuaderno posicionado ante él—. ¡No creería cuánta información útil comprende! Venga, acérquese.

—Debemos hablar de Magdolna —dije, avanzando hacia la mesa y situándome frente a él—. Es urgente.

—Por supuesto —respondió, su tono cálido—. Mis sobrinos me contaron que los rescató. Gracias.

—Hay más —dije, tragando en seco.

Él me dirigió una mirada preocupada.

—¿A qué se refiere?

Puesto que a su primo Imre no le importaba que todo el mundo se enterase de lo que yo había atestiguado en la tarde, al menos según lo

que él mismo me había dicho, le narré a Baltasar lo que había ocurrido a raíz de mi intervención justo cuando su primo pelirrojo se acercaba al señor Ivanov en el jardín: mi entrevista con Imre en el salón rosa, la conversación entre él y Magdolna, que había escuchado oculta en aquel pasillo del ala sur, y mis sospechas al respecto de las motivaciones de Magdolna para conservar a Edna a su servicio.

—Qué extraño —dijo él, frunciendo el ceño y frotándose la barbilla con los dedos—. Estoy seguro de que tiene razón. Para empezar, a Magdolna nunca le ha importado enfurecerme… quizás porque yo no podía limitar sus privilegios ya que no estaba a cargo del castillo hasta hace poco. Eso cambiará a partir de esta noche.

—Me odiará aún más —temblé.

—No la mencionaré a usted, por supuesto, pero debo asegurarme de que Magdolna afronte consecuencias de su desobediencia. Esto es entre ella y yo.

—Está bien —asentí, como si tuviese algún voto en aquel asunto—. En cuanto a lo otro… creo que Edna sabe algo de lo cual Magdolna no quiere que usted se entere. Tuve la impresión de que Magdolna desea impedir que usted hable con Edna. Dudo mucho que le interese proteger la posición de su doncella en el castillo o evitarle algún castigo.

—Habla como si la conociera —dijo él por lo bajo—. Bien pensado, Lucyna. Dada la situación, considero que debería hablar con Edna ahora mismo. ¿Le importaría esperarme aquí? Estará tan segura como en su propia habitación.

—Me alegra que tome en serio mis sospechas —respondí satisfecha —. Gracias.

—Imposible no hacerlo —replicó, tomando mi mano en la suya y besándola en tanto me miraba con ojos relampagueantes. Me estremecí—. No me tardaré —agregó, alejándose en un instante—. Lea cuanto desee. Dejé una copa de jerez para usted junto al lecho. Siéntase en casa —finalizó dejando la estancia.

Segundos después, escuché la llave girar en la pesada puerta. Aunque en parte me aterrase la idea de estar encerrada en aquella habitación subterránea, me solazaba pensar que solo él podría entrar.

Por otra parte, me encontraba a solas en sus aposentos. Era libre de observarlo todo sin ocultar mi ávida curiosidad. Puesto que no podía contar con que Baltasar no retornase sobre sus pasos de repente, decidí que me pasearía por allí sin husmear demasiado. Así pues, me aproximé al enorme lecho cuyos cortinajes negros estaban desplegados. Era suntuoso, de cabecera y patas recubiertas de plata repujada. Como parecía ser la regla en todo lo que le pertenecía a Baltasar, el edredón y los densos almohadones eran negros. Aunque el lecho no estaba tendido, por lo cual deduje que la señora Kowalski no había tenido tiempo de arreglarlo como era debido al despertar Baltasar, allí se respiraba un aire de limpieza y pulcritud, tal y como ella me lo había descrito al llegar yo al castillo. Una alfombra de tonos negros y borgoña se extendía junto al lecho, sosteniendo una mesa de hierro forjado sobre cuya superficie de mármol negro hallé la copa de jerez prometida. Los tonos de la decoración hacían que fuese tanto más difícil apreciar los detalles a simple vista en la penumbra.

La habitación estaba tibia. Se estaba a gusto allí dentro. Pronto ubiqué la fuente de calor, una estufa de hierro situada en uno de los costados de la estancia, cuya chimenea de piedra recorría el muro de arriba abajo, desapareciendo al tocar el techo. La puertecilla de metal de la estufa permanecía cerrada, conservando el fuego y el carbón en su interior, pero infundiendo de tibieza los extensos aposentos. Era un sistema de calefacción eficiente, sin duda posterior a la construcción inicial del castillo. Al dar algunos pasos, me topé con una prenda negra sobre el suelo de piedra. La recogí y descubrí que se trataba de una larguísima bata de increíble suavidad. Supuse entonces que Baltasar se había vestido de prisa antes de partir a alimentarse, e intenté descartar todo pensamiento asociado con aquella necesidad suya, pero fue inútil: lo imaginé hincando sus dientes en el cuello delicado de una mujer hermosa que, arrobada con su apostura, lo hubiese invitado a su hogar, presa de un anhelo similar al mío. Sentí que la sangre ascendía a mi rostro. Solo considerar una posibilidad semejante me llenaba de una rabia posesiva que no tenía derecho a sentir y que, sin embargo, era ineludible. Hundí el rostro en la tela de la prenda e inhalé aquel aroma capaz de trastornar a todo aquel que

conociese a su dueño. Hacía menos de un día había dicho ser mío… pero no lo era. Tenía un mundo propio plagado de oscuros secretos que me perturbaban tanto como la promesa matrimonial que había formulado en su infancia. Lo quisiera o no, estaba ligado a otras personas, ya fuese de forma transitoria o vitalicia. Por más que Baltasar despreciara a sus víctimas o a su prometida, no podría dejar de hacerse uno con las primeras por medio de la sangre, y con esta última por medio de una alianza indisoluble. No lo quería tan cerca de nadie que no fuese yo, y no había nada que pudiese hacer para detenerlo. El hecho de que él tampoco pudiese hacer nada al respecto no representaba ningún consuelo para mí. Deseaba que fuese mío de un modo objetivo y racional, no solo de modo figurativo o en sentimiento. De repente se me antojó que el aspecto lírico del amor y del deseo, toda palabra hecha arte que surgía de los labios de los amantes, era perfectamente inútil y frustrante. ¡Cuántos poemas insípidos acerca de la libertad de amar se habían escrito para convencer al corazón enamorado de que solo el amor importaba! Lo cierto era que todo lazo adicional debilitaba esa unidad ilusoria hecha de llamas y bruma que necesitaba de las tinieblas y el sigilo para existir. Y aunque fuese necio pensar en el futuro cuando apenas la noche previa lo había besado por vez primera, ese futuro siempre se dibujaba de algún modo en el presente, indicando cómo serían los tiempos venideros. Cuando Baltasar se casara con Magdolna, el poder de ella aumentaría, haciendo mi permanencia en el castillo insostenible. Tragué en seco, obligándome a encarar la realidad. No podría vivir ocultándome de la esposa de un hombre que despertaba en mí emociones tan violentas. Yo misma había precipitado las consecuencias de mi deseo por él, comprobando que era correspondido, y esto lo hacía todo tanto peor. Ahora solo tenía aquel presente efímero y peligroso, tanto para mi vida como para mi corazón.

El guardarropa de Baltasar se encontraba en una habitación adyacente cuyo umbral era tan solo un arco apuntado sin puerta. Observé sus contenidos desde la entrada: no había allí una sola prenda que no fuese negra. Abrigos, chaquetas, camisas, sombreros y botas,

de tantos estilos que no habría podido contar, habían sido acomodados con perfección en las estanterías de madera oscura, ocupando la totalidad de los muros a lo largo y a lo ancho del recinto. Todo era de una fineza obvia. Curiosamente, no había visto un solo espejo en el área de mi recorrido. Eso se me antojó extraño, y recordé el regalo que Baltasar le había hecho a Rózsa. Había algo allí que él no me había explicado aún, lo sabía, y decidí presionarlo para que lo hiciese a su regreso.

Seguí paseándome por los aposentos y encontré anaqueles repletos de libros de títulos raros, otra mesa con cómodas sillas tapizadas de terciopelo negro, un diván tapizado de seda color borgoña con bordados negros, alfombras persas de tonalidades negras, ocres y rojizas, y varias pinturas asombrosas de gran tamaño con motivos de paisajes nocturnos ominosos, pero ningún espejo. Asumí que una de las estancias adicionales sería su biblioteca personal pero, al abrir la puerta, me topé con una gran sala de baño que contaba con una bañera de mármol gris tallado con motivos de enredaderas. Un peine de plata, un cepillo de igual material y los utensilios para el afeitado estaban dispuestos sobre otra superficie marmórea pero no había allí un espejo tampoco, ni siquiera uno pequeño de mano. Fruncí el ceño, más por la ausencia del objeto cotidiano que por la habilidad que requería acicalarse sin hacer uso de uno de ellos. Solo encontré una puerta cerrada con llave distinta a la de la entrada principal, y me pregunté si sería una vía de escape o el acceso a otro pasillo. No intenté forcejear con la cerradura para echar un vistazo, aunque estuve tentada de hacerlo. Al final, me dirigí hacia el lecho de nuevo y tomé la copa de jerez que me esperaba en la mesita adyacente para llevarla conmigo a la gran mesa de ébano donde Baltasar había dejado todos aquellos libros abiertos.

Acerqué una silla cercana para sentarme a leer el diario de su madre y puse mi lámpara frente al libro en un pequeño espacio entre los demás, pues las velas que Baltasar había encendido no me bastaban para la lectura. Solo ver la caligrafía de Klára Nádasdy me dio escalofríos. Era puntiaguda, de largas aristas y letras diminutas, y estaba muy inclinada hacia la izquierda. Por desgracia, el texto estaba

redactado en húngaro y me era imposible comprender lo que decía. Irritada conmigo misma, di vuelta a las páginas en busca del nombre de Baltasar hasta que lo encontré. Los músculos de mi abdomen se contrajeron con fuerza cuando divisé el nombre de Magdolna en el mismo párrafo que el suyo. Sentí náuseas y algo parecido a un dolor en el alma, aunque no tenía la capacidad de contextualizar lo que allí decía. Marqué la página con la cinta de hilo rojo adherida a la cubierta para enseñarle aquel pasaje a Baltasar y me levanté para inspeccionar los otros textos. Uno de ellos parecía ser un diario también, y estaba igualmente escrito en húngaro, por lo que supuse que también le había pertenecido a Klára Nádasdy. La caligrafía era similar. Ese cuaderno estaba lleno de lo que parecían ser fórmulas, símbolos alquímicos y formas geométricas, en vez de párrafos de texto sólido, por lo cual conjeturé que la autora debía haber descrito en él sus ritos de hechicería para no olvidarlos. Tuve ganas de llorar: aquellos dos cuadernos constituían para mí un compendio de horribles premoniciones en las que terminaría perdiendo a Baltasar para siempre.

Bebí un sorbo de mi jerez y exhalé mirando hacia el cielorraso de piedra, que había sido esculpido en relieve en su totalidad, aunque la oscuridad no me permitía discernir las formas. Los hermosos aposentos de Baltasar parecían ser una extensión suya de principio a fin, y agradecía que me hubiese permitido adentrarme en ellos a pesar de todo.

30
El diario de Klára Nádasdy

—Lucyna.

Su voz me sobresaltó. No lo había escuchado entrar, pero cuando dio otro paso hacia la mesa distinguí su silueta y luego su rostro. Lucía exaltado y contrariado.

—¿Qué ocurrió? —inquirí poniéndome de pie—. ¿Habló con Edna?

—¡No! —dijo furioso—. Su habitación está vacía. La busqué en vano en todas las áreas de la edificación donde podría estar. Las otras doncellas dicen no haberla visto.

Tuve un terrible presentimiento.

—Magdolna la asesinó para que no hablase con usted —susurré.

El silencio inicial de Baltasar pareció confirmar que pensaba lo mismo, pero me contradijo.

—Acordamos no hacer daño inmerecido a la servidumbre. Por otra parte, es imposible que Edna haya partido de noche y a pie con este clima —dijo al fin—. Además, nadie puede salir del castillo sin que uno de nosotros abra la reja principal que activa el puente levadizo. Sé que Magdolna no la llevó consigo porque yo mismo la vi partir con Aurel e Imre en el coche.

—¿Está seguro de que no se encuentra en los aposentos de Magdolna? —inquirí con un nudo en la garganta.

Él asintió.

—Seguro. Una de sus doncellas respondió a mi llamado desde el interior y me dijo no haber visto a Edna desde las horas de la tarde —respondió.

—¿Y… qué hay de los calabozos? —inquirí con terror.

Él sacudió la cabeza con un gesto veloz.

—Los revisé también. Nada.

—De haberla matado alguien, ¿qué habría hecho con el cuerpo? —pregunté, mi sangre haciéndose hielo en mis venas.

—Dejarlo tirado en medio del bosque que rodea el castillo, supongo —dijo apretándose las sienes con las yemas de los dedos y cerrando los ojos—. Es demasiado extenso como para no tardarme horas recorriéndolo.

—¡Tiene que hablar con su prima ahora mismo! —rogué.

—Es imposible —dijo él, su bello semblante angustiado—. Ella y los demás volverán al amanecer. He pedido a toda la servidumbre que busque a Edna, y nadie ha dado muestras de creer que ella podría estar en apuros. Tal vez solo se esté ocultando de mí y sea muy diestra. Como sea, prefiero no asumir lo peor. Es solo que me altera no poder hablar con ella antes de que llegue Magdolna.

Tuve que resignarme a aquellos sucesos por el momento. Entonces volví a pensar en su boda con Magdolna y me atreví a preguntar:

—Baltasar, ¿qué ocurre cuando uno de ustedes deja de cumplir una promesa?

—Nuestro corazón humano estalla y morimos, tras de lo cual nos transformamos en vampiros muertos —suspiró.

—¿Cómo lo sabe? ¿Tiene pruebas de ello? —inquirí, sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Así murió mi padre —dijo él, inclinando la cabeza.

Avancé hacia él y tomé sus manos para apretarlas entre las mías.

—Mi padre le prometió a una viuda de la nobleza emparentada con los Nádasdy que recuperaría una de sus propiedades —prosiguió—. Era una cuestión de honor, pues la habían despojado de esta de la forma más vil. Sin embargo, su intento de negociación con el Reino de Hungría falló y terminó por amenazar al primer ministro, quien entonces juró que ya nadie le vendería la propiedad a un Domány-Nádasdy. Mi padre murió en ese preciso instante —dijo, su voz entrecortada—. En cuanto fue trasladado a la cripta de este castillo, yo mismo tuve que seccionar su cabeza y empalarlo con la vara de hierro que aún atraviesa su corazón, pues nadie más quiso hacerlo.

—¡Lo siento tanto! —dije en un murmullo.

—Soy yo quien lo siente —respondió con voz baja y profunda—. Ya quisiera incumplir mi promesa matrimonial y… —exhaló con fuerza —. Pero eso no importa ahora. Solo sé que la tengo a usted, y eso me

basta para sobrellevar lo demás.

—No pude comprender nada de lo que su madre escribió en el diario —dije—. Está redactado en húngaro.

—Perdone, no debí asumir que también dominaba esa lengua —respondió sonriéndome afectuosamente.

—Hallé su nombre en él —dije con miedo—. Marqué la página. Venga, cuénteme qué dice —pedí tirando de su brazo con suavidad.

Baltasar clavó sus ojos dorados en la página indicada y, poco a poco, su gesto preocupado se tornó en uno de horror.

—No —dijo—. ¡No lo haré!

—¿Hacer qué?

Su semblante había enrojecido. Tomó el diario en sus manos y, sin decir palabra, se dirigió a la estufa de hierro. Acto seguido, abrió la puertecilla por medio de la manija de madera. Parecía querer arrojar el cuaderno en su interior.

—¿Qué es lo que no va a hacer? —insistí, corriendo a ponerme a su lado.

Él rugió al cabo de los segundos, cayendo de rodillas y llorando ante la hoguera con el diario entre las manos.

—Baltasar —rogué—. Dígame lo que rehúsa hacer.

Él permaneció callado un minuto y al final dijo en un susurro:

—Darle un hijo a Magdolna. No engendraré descendencia maldita, Lucyna. Prefiero morir. Lo tengo claro.

Sus palabras retumbaron en mi interior con todo el peso de la maldición ancestral que él llevaba en la sangre. Guardadas las proporciones, que Baltasar tuviese que compartir su cuerpo con Magdolna carecía de importancia ante la posibilidad de concebir un hijo maldito. Pero yo, en mi egoísmo, prefería que trajese al mundo un sinfín de vampiros con Magdolna a que dejase de vivir.

—No voy a hacerlo —dijo de cara al fuego, sus lágrimas deslizándose por su rostro ahora sereno—. Este diario dice claramente que se lo prometí a mi madre, de modo que romperé mi juramento. Ahora sé cómo moriré. Habría deseado vivir una larga vida solo para pasar momentos junto a usted, pero no deseo vivir una vida en la que mi voluntad le pertenece a una maldición. Si he de ser sincero, estoy

harto de tanto horror. No puedo más.

Estaba claro que, si Baltasar no podía sentir que era el dueño de su propia vida, no tenía nada. Acababa de atestiguar su rendición tras haberse enfrentado a la amargura de una existencia como la suya día a día a lo largo de su vida. Él mismo lo había dicho: estaba harto. El tono que había empleado expresaba que aquella era su verdad absoluta, una verdad que regía sobre todas las demás. Por lo mismo, lloré en silencio de pie junto a él, contemplando las llamas.

Pasado un largo rato, Baltasar se puso de pie y volvió a cerrar la puertecilla de hierro del artefacto. Me miró con tal tristeza que solo pude llorar. Él acarició el contorno de mi rostro brevemente y se dio la vuelta.

—Tiene que haber un modo de romper la maldición —murmuré mientras él se dirigía al fondo de la habitación.

Lo miré retornar con un gran recipiente de jerez y una copa vacía que había tomado de un mueble ancho y bajo. Llenó mi copa de nuevo y me la extendió, sirviéndose después licor en la otra. Bebió todo su jerez en segundos y volvió a llenar su copa sin pestañear.

—He buscado el modo de deshacerla durante años —dijo, bebiendo otro trago de licor de su copa y depositando la botella junto a mi lámpara en la mesa—. Esta noche me siento derrotado. Pero, Lucyna, lo cierto es que todos debemos morir en algún momento. Hasta los vampiros, a menos que nos transformemos en *vampyr* inmortales como mi antepasada —agregó—. Ya he vivido lo bastante para sentir algo superior a la necesidad de beber sangre. Gracias por venir a este lugar y permitirme descubrir que mi naturaleza no es enteramente malvada.

—¡No hay nada malvado en usted! —clamé, sintiendo que mi corazón se partía en mil pedazos. Baltasar era la víctima de un destino infausto, y lo que hubiese hecho en consecuencia escapaba en gran parte a su voluntad—. ¡Nada! ¿Me escucha?

—No pretendamos que soy bueno, Lucyna —pidió, cerrando los ojos con fuerza—. Esta noche me alimenté de un pobre pastor que a duras penas si tiene con qué comer, solo porque no quería ir demasiado lejos para regresar pronto y verla a usted.

—¿Lo mató? —pregunté, y de inmediato lo lamenté, pues mi

intención era consolarlo en cuanto me dijese que no, en vez de hacerlo sentir más culpable si, en efecto, lo había matado.

Él negó con la cabeza.

—Podría haberlo hecho —dijo, luciendo más hermoso que nunca—. Mi sed era casi dolorosa esta noche, y me parecía que no me saciaba. Me detuve con mucho esfuerzo. Ese hombre estará enfermo al menos dos semanas y a causa de mí no podrá trabajar.

—Podría compensarlo con dinero —sugerí.

Él me dirigió una mirada extraña.

—¿Me creería si le dijera que ya lo hice? —inquirió—. Dejé un saco lleno de monedas de plata en el umbral de su habitación. Su esposa lo encontrará en la mañana. Es bello que piense como yo en ciertos aspectos, Lucyna. Sin embargo, ambos sabemos que robar la salud de otra criatura no es una deuda que pueda saldarse con dinero. Al menos no desde un punto de vista moral.

—No hay nada malvado en usted —reiteré, sintiéndome enamorada con locura y aun así eligiendo no decírselo para no nublar sus pensamientos con mis emociones.

Aunque la segunda promesa que él le había hecho a su madre y su declaración subsiguiente le restaban importancia a todo lo demás, extraje la nota dirigida a Rózsa del bolsillo de mi vestido para enseñársela.

—Mire usted lo que hallé hoy —balbucí extendiéndosela.

—¿Dónde estaba? —inquirió atónito al leerla.

—Según mi deducción, dentro de un libro al respecto de su antepasada Báthory que tomé prestado de la biblioteca adyacente al salón de estudios. Hallé la nota en el suelo de mi habitación justo después de entregar el tomo a la señora Kowalski para que lo retornase a su lugar. ¿Reconoce la caligrafía de la nota?

—No. Podría ser la de cualquier persona —replicó—. ¡Así que Rózsa se había hecho con un crucifijo! Me pregunto si lo tomó del cuarto de castigos y, de ser así, si fue ella quien se apoderó de la llave antes de que lo hiciese Magdolna.

—¿Para qué lo querría?

—Un crucifijo es especialmente capaz de lastimarnos a Aurel y a mí.

Bastante menos así a Magdolna, a Imre y a los niños —explicó Baltasar.

—El efecto que el encierro en el cuarto de castigos tuvo en sus sobrinos hoy fue aterrador —dije—. No quiero imaginar lo que podría hacerle a usted.

—Yo tampoco —dijo él—. A medida que pasa el tiempo y me alimento de sangre, mis susceptibilidades aumentan.

—Parece que su hermano Aurel y usted llevan la condición familiar con mayor dificultad. ¿Hay algo capaz de herir de ese modo a Magdolna e Imre?

—Un vampiro más poderoso que ellos —dijo.

Me quedé pensativa unos instantes.

—¿Quién surtió el cuarto de castigos y cómo? —le pregunté.

—Nuestros abuelos, por medio de un sirviente de confianza que compraba y hacía bendecir los crucifijos. Fue su último recurso cuando intentaban disciplinar a nuestros padres —dijo él—. Imagine pretender amedrentar a unos niños vampiros por medio de los métodos tradicionales.

31
Espejos

—Baltasar… debe decirme con qué fin le dio el espejo a Rózsa. Noté que no hay ninguno en sus habitaciones.

Él me miró con expresión de sorpresa.

—Es usted aún más observadora de lo que esperaba —dijo al cabo de unos segundos—. Está bien. Se lo explicaré. Sabe cuán vanidosa era mi antepasada Erzsébet Báthory, ¿verdad?

—Eso dicen sus parientes y algunos de los textos que he leído —respondí.

—Bien, tal y como la madrastra de Blancanieves, personaje inspirado en ella, Erzsébet tenía una inmensa afinidad con los espejos. Tanto amaba contemplarse en ellos que parece que aún lo hace a través de quienes llevamos su sangre. Cuando nos miramos a los ojos en un espejo por primera vez, no vemos nuestra propia imagen sino aquella de la condesa. Y, a menudo, el cristal se rompe por sí solo.

—¡Cuán pavoroso! —comenté—. ¡Es casi como si fuese un castigo generacional por el apego que su antepasada sentía hacia su propia belleza!

—Así es —dijo él, circunspecto—. En todo caso, puede usted comprender que me haya cansado de tener espejos rotos en mi habitación. Prefiero evitarlos en lo posible, no sea que termine viéndome en uno de ellos en un momento de descuido. No solo no es placentero toparme de frente con la viva imagen de mi antepasada Báthory en vez de la mía, sino que el sonido del cristal resquebrajándose y los fragmentos que caen al suelo son muy molestos. Ayer logré evadir el espejo que está en su habitación porque ya sabía que estaba allí… y porque estaba concentrado en usted —dijo.

—Pero, entonces, ¿por qué le dio uno a Rózsa?

Él apretó los labios y suspiró.

—Porque Rózsa siempre me inspiró desconfianza. Verá, quien la contrató fue Aurel, y cuando la conocí me dio la impresión de que se traía algo entre manos. Algo me decía que ya conocía nuestra maldición y que se había postulado como institutriz para lograr un propósito distinto a emplearse y ahorrar algo de dinero.

—¿Qué cree que deseaba? —inquirí.

—En un principio, temí que quisiera hacernos daño de un modo irreparable, lo cual parece confirmar la mención del crucifijo en esta nota. Pero después, al observar mejor a Rózsa, se me ocurrió que tal vez querría ser transformada en un vampiro viviente como nosotros.

Tomé la nota de entre sus dedos para observarla de nuevo. Aún me era imposible deducir el verdadero sentido de aquellas palabras.

—¿Y entonces para qué el espejo? —inquirí echándome la nota al bolsillo de nuevo sin que Baltasar lo notase. Algo me decía que quizás me sería útil tenerla a mano en caso de hallar nueva información. Puesto que nunca sabía con certeza cuándo podría ver a Baltasar, era mejor que la conservase yo. Después de todo, yo la había encontrado.

Baltasar se tardó un minuto en responder.

—En teoría… en caso de que Rózsa hubiese sido transformada en un vampiro viviente por uno de mis parientes, el espejo se habría roto al verse ella a los ojos en él —dijo Baltasar, bajando la voz de repente—. Basta consumir una sola gota de sangre de uno de nosotros para convertirse en un vampiro viviente. Casi nadie sabe esto.

—Me lo cuenta con miedo —murmuré mirándolo a los ojos y recordando que los niños me lo habían contado con tranquilidad hacía apenas un rato, aunque en menor detalle.

—¡Por supuesto! —susurró—. Deseo evitar que se sienta tentada a transformarse en un monstruo como yo en un instante de debilidad. Hay aspectos de la maldición que resultan muy atractivos para quien no la vive, como la idea de envejecer luciendo radiante y sin defectos visibles.

—No suena nada mal —bromeé, arqueando una ceja—. Además, está la gran ventaja de no tener que comprar alimentos y por ende no estar obligado a trabajar para sobrevivir.

Él rio por lo bajo.

—Cazar es trabajo arduo. Además, un vampiro sin dinero es en extremo vulnerable —dijo—. Mucho más que el ser humano corriente. Adecuar una edificación para ocultarse cómodamente de la luz solar requiere recursos. También así contratar sirvientes que sean de ayuda en situaciones peligrosas u horarios inconvenientes, o conservar un vestuario bello para atraer víctimas potenciales y conseguir una invitación a su morada. Gracias a nuestra riqueza, los Domány-Nádasdy podemos desplazarnos en coche para alimentarnos de víctimas que no habitan en el vecindario, lo cual disipa sospechas y también nos permite huir a tiempo para no ser descubiertos. En fin. Como dice Imre, ser un vampiro pobre es de lo peor que le puede pasar a alguien. Y tiene razón.

—Vamos, tranquilícese, no necesito que me convenza —le dije riendo un poco a mi pesar—. Pero, cuénteme, ¿en qué estado encontró el espejo de Rózsa?

—Se hallaba intacto. Aunque esto no garantiza por sí solo que ella no haya sido transformada en un vampiro viviente como nosotros, el caso es que Rózsa murió.

—¿Cómo sabe que no fingió su propia muerte?

—El médico la revisó. Su corazón no latía. Y, por otra parte, su cadáver hedía. Los vampiros vivientes no despiden un mal olor. Ya la habríamos visto deambulando en las noches, de haber sido convertida. Rózsa está muerta, Lucyna, pero yo creo que su fallecimiento no fue accidental. Menos aún después de leer esta nota.

—¿Qué uso podrían haberle dado a un crucifijo Rózsa y su cómplice, quienquiera que fuese, en este castillo?

—Supongo que podrían haberlo utilizado contra mis parientes o contra mí para obligarnos a hacer algo inconveniente para nosotros, o para hacernos sangrar y así consumir nuestra sangre. Rózsa debía estar aun cuando fuese enterada a medias de nuestra condición, por lo cual no es imposible que hubiese sabido cómo podría transformarse en un vampiro viviente. Y yo sospecho que llegó aquí con ese conocimiento.

—Usted acaba de mencionar algo crucial: los vampiros necesitan de aliados mortales corrientes para su protección, personas capaces de

exponerse a la luz solar sin sufrir daños. Estas mismas personas podrían manipular objetos religiosos sin problema para cumplir los designios de un vampiro.

—No veo para qué querría dañarnos otro vampiro —dijo él, paseándose frente a mí con los ojos clavados en el suelo.

—¿Y si se tratase de un miembro de su familia? —inquirí.

—Imposible —dijo él—. Todos prometimos no asesinar a nuestros parientes. Siempre y cuando estos aún sean vampiros vivientes, claro está. Por eso podemos convivir en relativa tranquilidad.

—Pero… si lo hiciesen a través de otra persona no estarían incumpliendo su juramento —dije.

Él se detuvo, dirigiéndome una mirada que no supe interpretar.

—Tiene razón —murmuró virándose hacia la izquierda.

—Suerte que no echó el diario de su madre a la hoguera —repliqué —. Es menester que lo lea usted con cuidado. Quizás halle una nueva pista.

—Lo haré —dijo él, terminando su copa de jerez y depositando el recipiente vacío junto a la botella. Hice igual con mi copa—. Fui impulsivo al querer quemarlo… como si las llamas pudiesen anular mi promesa.

—¡Es apenas entendible! —exclamé, y entonces dije, sin poder contenerme más, aferrándome a él—. ¡No quiero que muera! ¡Prefiero que se case con Magdolna y…!

—Lucyna —dijo—. No tenemos más que el presente.

—Usted debería contar con la eternidad —lloré.

—Solo he conocido un tipo de eternidad. La descubrí anoche, con usted.

Sus palabras hicieron que sintiese un dolor violento en lo profundo del pecho.

32
O Fortuna

—No quiero rendirme —dije—. ¡No quiero que usted se rinda tampoco!

Sabía que me extralimitaba y que no me correspondía decirle qué hacer, pero mi miedo a perderlo para siempre era más fuerte que yo. La idea de tener que apartarme de él a causa de su inminente matrimonio ya era espantosa, pero no era nada comparada con la posibilidad de que él muriese. Necesitaba saberlo vivo aunque no pudiese verlo.

—Es fácil para usted decirlo —replicó por lo bajo—. No prometió engendrar una criatura destinada a sufrir mil tormentos.

—¿No es ese el destino de todo aquel que nace? —pregunté. Sabía que estaba siendo manipuladora, y me pesaba llegar a ese extremo con Baltasar. Sin embargo, me urgía que cambiase de parecer.

—¡Precisamente! —replicó él, lejos de caer en mi trampa—. La existencia es dolor, pero de algún modo incomprensible algunas gentes logran infundirse un loco optimismo al respecto de la primera. Muchos buscan, incluso, procrear adrede, condenando a seres pensantes y sintientes a existir sin que estos puedan dar su consentimiento, convenciéndose de que jugar a ser deidades creadoras es asunto meritorio. Otros lo consideran su deber gracias a la influencia de tantas religiones esclavistas. Yo no comparto los delirios de grandeza de los primeros ni la subyugación espiritual de los segundos, Lucyna, y lo que tengo de malvado, no lo tengo de cruel. No le impondría la carga de la vida a una criatura. Matar es un asunto menos terrible.

—¡Vaya! —dije con un hilo de voz, comprendiendo que me sería muy difícil hacerlo cambiar de opinión—. Su posición al respecto de la existencia es... inusual.

Lo era, realmente, pero eso no significaba que aquella no fuese su

verdad personal.

—Por singular que sea lo que afirmo, no deja de ser cierto. Y usted lo sabe, aunque no esté acostumbrada a escucharlo —agregó, mirándome de soslayo—. Es solo que las gentes temen hablar con sinceridad al respecto de la vida y la muerte. Qué digo, hablar. Sus escrúpulos no les permiten siquiera pensar en ello en soledad. Y yo espero más de usted. Quiere que reconsidere mi decisión con base en la norma humana, ¿verdad? Discutamos esa norma, entonces.

Mis intenciones no se le escapaban. Me había descubierto sin esfuerzo alguno. *Diablos*, pensé.

—La escucho —me azuzó, arqueando una ceja—. Convénzame.

Tomé un hondo respiro, intentando hacer a un lado mi azoramiento.

—Para la mayoría de las gentes la procreación es inevitable —tragué en seco, esperando no estar cometiendo un error—. Así lo aceptan y continúan viviendo sus vidas. Usted… podría hacer lo mismo.

—¿Inevitable? —rio.

—¿Qué propone usted? —inquirí desconcertada—. ¿El celibato generalizado?

—No necesariamente —replicó él, llevándose la mano a la frente y sacudiendo la cabeza, como si yo hubiese dicho algo a la vez cómico e insensato—. Pero, ya que lo menciona, hablemos del celibato. Siempre y cuando no venga ligado a absurdas ideas de castidad religiosa y se entienda su propósito práctico, el celibato está muy bien, y debería ser una opción mucho más habitual. Ya le dije que mi interés en el mundo del espíritu ha sobrepasado, por mucho, aquel de las experiencias mundanas. Por lo mismo, antes de que usted viniese a este lugar, eso que usted llama celibato, que no es otra cosa que encauzar la voluntad personal hacia otros asuntos, fue relativamente fácil para mí, en especial porque sabía que rendirme ante la biología no aliviaría mi soledad. ¿No fue acaso fácil para usted dedicarse a otros asuntos antes de conocerme? —inquirió con obvio interés.

— Sí, lo fue —confesé, bajando la mirada—. Sin embargo, desde que cené con usted por primera vez, dejó de serlo. Y, después de anoche, sentí que se despertaba en mí algo similar a una verdadera

necesidad de usted.

—El deseo no justifica la procreación. Para empezar, el deseo rara vez es compartido. Yo, por ejemplo, no deseo a Magdolna, y que se me quiera obligar a procrear con ella no solo es injusto. Es abominable. Eso, sin mencionar que nadie debería esperar que su deseo sea correspondido, ni mucho menos pretender que la persona deseada ceda ante el capricho de su pasión, por mucha urgencia que sienta, tildándola de necesidad.

—Pero… yo sí lo necesito a usted —objeté.

—No, Lucyna, no se engañe a usted misma. Usted me desea al punto de creer que le soy necesario. Perdone que le diga esto, pero quizás Magdolna me desee tanto o más que usted.

—¿Disculpe? —pregunté un poco ofendida—. Nadie lo desea más que yo —mascullé las últimas palabras con algo de vergüenza.

—Se equivoca, pero ese no es el punto siquiera —dijo—. ¿Debería pertenecerle por obligación a quien más me desee? Si el deseo pudiera medirse, ¿debería ceder ante las exigencias de la persona cuyo deseo superase al de las demás, sin importar quién fuese? Escuche: la avidez sensual de Magdolna es incomparable. ¿Significa ello que me necesita? Porque, permítame informarle, ella ha intentado usar ese argumento incontables veces para persuadirme de compartir su lecho, aun sabiendo que sería en contra de mi voluntad.

—Cielos —murmuré, abochornada—. No lo veo a usted como un medio para satisfacer un capricho, ni cosa parecida. Antes que nada, me es imprescindible que usted me desee en igual medida.

—¿Así que estamos de acuerdo en que la reciprocidad es fundamental incluso para dar ese primer paso? —inquirió—. ¿Y acepta usted que el deseo del individuo, en sí, no justifica ninguna acción que involucre a otra persona?

—Sí y sí —dije, compungida, pero a la vez dichosa de que Baltasar pensara como lo hacía—. Y sin asomo de duda.

—No lo sé, Lucyna... Necesito saber que usted no cree que cualquier mujer debería poder exigirme que me convierta en su amante con base en la atracción que siente por mí —dijo con gesto enigmático—. Pero, además, necesito saber que usted no excusa que miles de mujeres sean

ultrajadas todos los días para saciar la lujuria de los hombres… y no solo porque pueda ser pernicioso para la reputación de las damas en cuestión. ¿Verdad que no condona el proceder de esos hombres bajo ninguna circunstancia?

—¡Por supuesto que no! —exclamé—. ¿Qué clase de persona cree que soy?

—¿Está segura? —inquirió él, su semblante pétreo.

—¡Sí! —insistí, desesperada. Me aterraba que Baltasar pudiese pensar mal de mí.

—Pues me alegra, porque ambas cosas son lo mismo en esencia —sentenció—. Esto es importante para mí. No podría respetarla si no conviniésemos en un asunto tan básico.

—¡Nadie tiene la responsabilidad de aliviar el deseo ajeno! —dije al borde del llanto.

—¿Aunque la Biblia diga que la mujer no debe negarse a su marido, ni el marido a su mujer? —inquirió mirándome por debajo de las cejas.

—¡Lo que diga la Biblia me tiene sin cuidado! —gemí—. Vamos, Baltasar, usted lo sabe.

—El deseo no excusa ningún acto que pueda afectar a alguien distinto a quien lo siente —prosiguió sin conmoverse.

—¡Ninguno! —confirmé.

—Incluido cualquier ultraje y, muy especialmente, la procreación.

—Oh —murmuré, y estoy segura de que debí lucir como un cachorro sorprendido hurtando comida porque Baltasar rio.

Quise darme un pellizco. Al pretender convencerlo de aceptar el destino que su madre le había impuesto, solo había logrado reforzar su posición.

—La procreación, falsamente considerada un asunto de dos, es responsable de la vida entera de una tercera persona —dijo. Lucía satisfecho.

—Pero… al crecer, esa persona se hace responsable de sus decisiones —mascullé, queriendo argüir algo que creía cierto tras una derrota tan garrafal.

—Así es. Pero los padres de esa persona provocaron su existencia y,

por ende, también tienen una responsabilidad moral sobre todos sus actos, su alegría y sus desdichas, su bienestar o su desventura, hasta el día en que la persona muera. Por supuesto, a muchos padres los tiene sin cuidado el sufrimiento de sus hijos y solo quieren que estos últimos les obedezcan. Por lo mismo, no tienen objeción en engendrarlos, y la idea de ser los primeros causantes de su infelicidad no les molesta en absoluto. De hecho, ni siquiera contemplan dicha posibilidad.

Sabía que tenía razón. No tenía sentido objetar al respecto de ese punto.

—Estoy de acuerdo con usted en mi mente y en mi corazón. Créame, por favor —le supliqué.

Él me miró a los ojos y al cabo de unos instantes dijo:

—Le creo.

Me llevé las manos al pecho, exhalando con fuerza.

—¡Gracias! —dije.

—No hay de qué —replicó—. Sé que dice la verdad. Escuche, Lucyna: me alegra ser dueño de mis pensamientos. Hay cosas que no puedo controlar, como mi necesidad de beber sangre. Por desgracia, esa sí es una necesidad real, puesto que mi supervivencia depende de ello. Sin embargo, puedo admitir que les hago daño a mis víctimas al saciar mi sed. Y, ya que puedo evitar dañar a los demás con el resto de mis actos, así lo hago.

—Es irónico que la mejor persona que conozco sea un vampiro —suspiré.

—Qué locuras dice —replicó—. Yo no soy bueno. Es, simplemente, cuestión de suerte que no sea cruel. Pero, como le decía, volviendo al tema del celibato… puesto que todo acto del cual no dependa la supervivencia puede ser evitado, el celibato como práctica, con el fin de evitar la concepción, no es un recurso disparatado, por más propensa a la sensualidad que sea una persona. Y cabe aclarar que el celibato es, en muchos casos, una preferencia espontánea del individuo. De cualquier modo, desde mi perspectiva, es tanto más digno y menos descabellado que la idea de obligar a alguien a vivir. Por otra parte, ¿por qué querría yo imitar a esa multitud irreflexiva que no hace más que propagar su propio horror?¡Lo que sea con tal de

evitar la peor de las consecuencias de la concupiscencia!

—¿Crear una vida le parece peor que la sífilis? —pregunté atónita.

—Dejemos una cosa en claro: como bien dice Imre, a los vampiros nos es muy conveniente que los humanos se reproduzcan como los astros del cielo y las arenas junto a la orilla del mar, tal y como Jehová se lo prometió a Moisés en la Biblia. ¡Más abundancia de alimento para nosotros! Además, entre más numerosas sean las gentes, la sociedad le da menos valor al individuo. Tanto la vida como la muerte de este último pierden importancia ante la magnitud de las masas. Por lo tanto, si una persona muere a causa de nuestro ataque en un lugar muy poblado, su defunción es menos notoria. En cambio, cuando las poblaciones eran más pequeñas, cada ser humano era más único. A nosotros no nos favorece que nuestros alimentos sean especiales y dignos de atención sino fáciles de conseguir y fáciles de olvidar. Así que, cuando le digo que me opongo a la procreación, no le expreso mi preferencia como depredador, sino que le ofrezco mi opinión franca al respecto de la existencia humana, sin excepción.

—Pero, ¿qué habría ocurrido entonces si usted y yo pudiésemos engendrar descendencia? ¿Habría dejado de entrar a mi habitación?

—Por Lucifer, ¿me considera usted un ser carente de todo autodominio? —inquirió—. Porque, déjeme decirle, en el caso de que usted y yo pudiésemos procrear, dejar de entrar a su habitación no habría sido necesario. Usted y yo habríamos podido, simplemente, limitarnos a evitar el acto específico capaz de dejarla a usted encinta —añadió, observándome con fijeza—. El celibato estricto no es la única opción. Está al tanto de cómo ocurre la fecundación, ¿no? Los descubrimientos puntuales se llevaron a cabo en el siglo XVII, hace bastante ya.

Fui consciente de tornarme roja como una remolacha en cuestión de segundos.

—¡Por supuesto que sé cómo se produce la fecundación! Crecí en el campo entre animales y mis padres son gentes instruidas —repliqué, un poco indignada—. Por otra parte, los detalles de esos descubrimientos tardaron casi dos siglos en esclarecerse —alegué, deseando defenderme de aquella acusación de ignorancia rampante—.

¡Es conocimiento relativamente reciente! Y no es información que se divulgue en la cotidianeidad. ¡Menos aún a las mujeres! Yo tuve suerte porque mis padres, a pesar de ser cristianos, no creen que la ingenuidad beneficie a su progenie, y jamás pensaron que la inocencia haría de mí una mujer más valiosa. Si no lo supiera, no sería mi culpa.

Él rio con fuerza, enseñándome sus dientes blancos.

—Vamos, no se enoje —dijo—. Mi punto es que, quien posea ese conocimiento básico, siempre tendrá opciones distintas a la más drástica contención. Más aún dos personas que no están sujetas a los pormenores del catecismo católico, el cual prohíbe cualquier caricia placentera incluso entre aquellos unidos en santo matrimonio. Es… pecado mortal —pronunció estas dos últimas palabras con un tono voluptuoso, haciéndome evocar la imagen de nuestros cuerpos desnudos—. Hay muchos grados de abstinencia en el ámbito de la pasión, y los amantes pueden escoger los que se ajusten a sus preferencias. En todo caso, para responder a la pregunta que dio pie a esta perorata de mi parte: sí, desde una perspectiva moral, la procreación me parece peor que la sífilis. Pero esta es una observación subjetiva.

—¿Habla usted en serio? —reí incrédula.

—Por supuesto. Desde una perspectiva biológica, es objetivamente peor: no tengo que recordarle cuántas mujeres mueren durante el alumbramiento a pesar de los supuestos avances de la medicina. La mujer tiene que estar dispuesta a morir por dar a luz, lo cual jamás cambiará porque la naturaleza, dígase lo que se diga de ella, no es justa. Eso, sin tener en cuenta que casi toda familia tiene un hijo que ha nacido muerto o que muere poco después de nacer. Por fortuna, no es nada de lo que usted y yo debamos preocuparnos, ya que nuestra alianza no puede derivar en la concepción de una criatura inocente. Pero debe saber que, en el caso contrario, yo no querría ser responsable de la muerte de la mujer que… —dijo, y me pareció que sus ojos adquirían un matiz rojizo que no supe interpretar—. No querría acarrear su muerte durante el parto a causa de la concepción.

Yo hubiese deseado que él terminase la frase que había dejado inconclusa.

—Entonces, ¿habría entrado a mi habitación, aunque pudiese procrear conmigo? —insistí.

—Sí y mil veces sí —dijo—. Pero, le repito, no me habría unido a usted plenamente como lo hice… aunque lo habría anhelado tanto como todo lo demás.

Ahora yo estaba a punto de rendirme y echarme en sus brazos para replicar la noche anterior. Sin embargo, estaba claro que su voluntad era mucho más fuerte que la mía, y solo por ello me contuve, concentrándome en el asunto de importancia inmediata.

—Antes de proseguir, quiero darle gracias por no querer matarme de modo indirecto por medio de ese alumbramiento que jamás ocurrirá—le dije—. Es generoso de su parte considerar las consecuencias eventuales de un embarazo para mí, por más que este sea imposible entre ambos. Jamás he escuchado que ningún hombre pronuncie palabras semejantes, aunque, llegado el momento de dar a luz, muchos teman perder a la madre de su hijo.

—No es algo que a los hombres les preocupe demasiado, créame —dijo, arqueando ambas cejas—. Al menos no lo suficiente para evitar engendrar descendencia, en primer lugar, ni para dejar de exigirles herederos a las mujeres que toman como esposas. Los hombres suelen tomar decisiones desde la más completa comodidad cuando no tienen que padecer las consecuencias de sus actos.

—Cierto, pero… todos tenemos momentos de debilidad —dije—. Usted, por ejemplo, tras haber sido tan reflexivo a lo largo de su vida, se dejó vencer por el deseo en el instante en que menos lo esperaba.

—Ah, pero sí que lo esperaba —sonrió él con una media sonrisa.

—Ese no es mi punto —objeté, sintiendo que el calor ascendía a mi rostro—. Mi punto es que siempre hay un riesgo, incluso para los hombres. ¿Cómo pudo estar seguro usted de que yo no le transmitiría una enfermedad derivada de la lujuria? En ocasiones, la vida debe ser, simplemente, vivida, ¿no lo cree?

—¿Contraer una enfermedad de usted? —me miró con ojos como platos—. ¡Por favor! —rompió a reír—. Aunque las apariencias son muy engañosas, ocurre que los vampiros podemos oler las enfermedades en la sangre ajena. Dicho esto, los vampiros vivientes

no enfermamos, así que la posibilidad de perder mi salud no es algo que me haya robado un solo instante de paz. Ayer le conté que mis motivos para no haberme convertido en un vampiro Casanova han sido muy distintos al miedo de engendrar una vida, ya que los Domány-Nádasdy solo podemos procrear entre nosotros. Pero tampoco he temido adquirir una enfermedad de Venus, o venérea, ese supuesto castigo por hacer mal uso de la sensualidad. Quien se arriesgó a contraer una enfermedad por medio de mí fue usted. Es mucho más impulsiva que yo —concluyó, mirando hacia un lado en tanto sonreía de un modo casi imperceptible.

—Por Afrodita —balbucí—. ¡Es cierto! ¡Cuán estúpida soy! —exclamé horrorizada, llevándome las manos a la cabeza.

—Es algo tarde para que se mortifique —dijo—. Mírelo de este modo: al menos acertó en la elección de un amante sano. Pero dígame si, de haberse equivocado, no se habría arrepentido.

—Claro que lo habría lamentado —tuve que admitir a regañadientes —. Más que nada por los síntomas de las mencionadas enfermedades. No querría quedar ciega, ni enloquecer, ni…

Preferí callarme para no hundirme más.

—Ya ve cómo no es asunto que deba ser tomado a la ligera —dijo, su tono afable pero serio.

33
Samsāra

Baltasar rehusaba mentir o adornar sus palabras para darme gusto, y eso hacía que apreciase su compañía aún más. Me agradaba que no se guardase de abordar temas vagamente licenciosos conmigo a pesar de ser yo una mujer. No me asumía incapaz de reflexionar al respecto de nada, por incómodo que fuese. Él abrió una cajita de plata y extrajo de ella un cigarrillo, ofreciéndomelo tras encenderlo. Lo recibí, sujetándolo entre mis dedos e inhalando con suavidad mientras Baltasar encendía otro para él. Lo observé exhalar poco a poco el humo blanquecino, su mirada fija en los grabados del techo.

—La deseo, Lucyna —dijo sin mirarme—. Más que a nada en el mundo, desde el primer instante en que la vi. No cambiaría lo que viví ayer junto con usted, y eso debería bastar. No tiene sentido pensar en situaciones hipotéticas que no pueden alterar nuestras decisiones ni lo que somos en lo profundo.

Sentí que un nudo se formaba en mi garganta. Baltasar comprendía que quisiera disuadirlo, pero también necesitaba que yo lo comprendiese. Quería decirme con dulzura que perdía mi tiempo, pues su decisión estaba tomada. Y por ello, al menos de momento, yo también decidí dejarlo ser.

—Está bien —murmuré.

Ambos guardamos silencio unos minutos, fumando nuestros cigarrillos.

—¿Desprecia usted, entonces, a todos los padres y a todas las madres del mundo? —pregunté, cabizbaja. Ahora, sobre todo, deseaba conocerlo como era, sin sesgos.

—No a quienes procrean de forma accidental, por ignorancia o en contra de su voluntad —afirmó—. Solo a quienes lo hacen adrede para engendrar pequeños esclavos, para cumplir un deber religioso o social, o por vanidad. ¡Imagine suponerse un vehículo de la voluntad divina

para traer almas al mundo! Pero la humanidad ya se inventará nuevas excusas para seguir transmitiendo este sufrimiento generación tras generación, no lo dude. Hasta los ateos procrearán de forma intencional solo por experimentarse a sí mismos como padres. Quizás lo llamen curiosidad científica, o tal vez, como los ingleses, clamen hallar un beneficio filosófico derivado de la crianza de su prole. Pamplinas. Todos necesitan hallar nuevos pasatiempos.

Tuve que reír ante su última afirmación.

—¿Qué hay del amor entre padres e hijos? Amo a mis padres… y sé que ellos me aman a mí —dije con cautela, echándolos de menos e intentando reconciliar mis sentimientos de amor filial con las ideas de Baltasar.

—Y, sin embargo, la obligaron a vivir, y ahora usted tendrá que afrontar sus muertes y la suya propia además de todas las dolencias características de la vida. No digo que lo hayan hecho adrede, pero debieron pensarlo mejor. No se sienta obligada a defender los actos de sus padres ante mí. Mi opinión acerca de ellos no va a cambiar, y no tiene nada que ver con que los considere bondadosos o malvados. Hay gente mucho más malvada que ellos que no está dispuesta a engendrar descendencia: yo, por ejemplo. Sé que usted los ama, y no dudo que ellos la aman a usted, pero si la hubieran amado más, no la habrían engendrado.

—Pues a mí me alegra estar viva porque lo conocí a usted —susurré apesadumbrada.

—Y a mí me alegra que usted exista —dijo él—. Más de lo que puede imaginar. No me malentienda, sus padres me hicieron un favor. Uno que yo pretendo aprovechar mientras continúe con vida. Les estoy agradecido por la maravillosa consecuencia de su irreflexión. Pero lo cierto es que podríamos no habernos conocido jamás. Muchos no tienen nuestra suerte y nunca experimentan un instante de verdadera felicidad. ¿Vale la vida, realmente, la pena que conlleva?

—Quizás en algunos casos —dije—. Yo, al menos, no he sufrido al punto de llegar a lamentar mi propia existencia.

—Usted es lúcida, saludable y bella por azar, pero podría no serlo. Los resultados de cada concepción son aleatorios. Además, a

diferencia de tantos, usted no se ha visto obligada a pasar hambre, frío y dolor. Su vida de por sí es una rareza. Los pequeños placeres de la existencia del ser humano común son ínfimos si los comparamos con su esfuerzo constante por sobrevivir, su miedo, su angustia, su desazón, su hastío y sus tristezas.

—No es que sea incapaz de compadecer a los demás —me defendí, sintiéndome un poco culpable por la tranquilidad y las ventajas que había tenido hasta el momento—. Especialmente por los que viven en la miseria.

—Nuestra compasión no soluciona nada —dijo con voz cavernosa—. El cristianismo glorifica el sufrimiento. Lo llama virtud para alentar a las gentes a crear más vidas miserables. ¿Enfermedad? Santidad a la vista. ¿Pobreza? Gran favorita del Señor. Se exhorta al cristiano a ayudar al prójimo, pero son demasiados prójimos por ayudar. Se espera que el cristiano atenúe con pequeñas dádivas el desastre colosal causado por la propia religión.

—Eso sí que puedo verlo con claridad —dije.

—¿Y entonces, por qué se empeña en defender algo tan espantoso como el sufrimiento incesante de la humanidad?

—Tal vez porque lo veo más como una lucha —dije.

—Una lucha se puede ganar —rio—. La vida no, pues siempre termina en la muerte. Quizás su propia juventud la haga sentir inmortal, pero usted también morirá, Lucyna.

—Lo sé —murmuré—. Tal vez el hecho de contemplar mi propia muerte como un asunto tan lejano me permita olvidar que algún día tendré que despedirme de mí misma. Sé que será un momento doloroso.

—En el oriente, el ciclo constante de la muerte y el renacimiento es llamado Samsāra, y se reconoce que su esencia es el dolor —dijo él—. Por esto, el budismo profesa que dicho ciclo debe ser interrumpido, y el objetivo de sus adeptos es escapar de él. El problema es que creen que pueden lograrlo alcanzando la iluminación, en vez de ponerle fin al ciclo de una buena vez cesando de crear nuevas vidas. Admiten mucho, pero se les escapa lo obvio. Como a usted —dijo, sonriendo ampliamente y mirándome por debajo de las cejas.

—Este tema me hace sentir miedo —dije, hundiendo el rostro en las manos.

—Mi finalidad no es antagonizar con usted —dijo—. Tampoco pretendo demostrarle que está errada, ni mucho menos. Ni siquiera deseo convencerla. Es usted quien me quiere convencer a mí.

—Lo sé, lo sé —dije, elevando la mirada hacia él—. ¿Podría brindarme otra copa de jerez?

Él llenó ambas copas y me extendió la mía.

—Salud —dijo con aire sereno—. Por las bellas coincidencias.

—Salud —repliqué—. Por estar vivos, aunque sea por el momento.

Me senté de nuevo en la silla que estaba junto a la mesa, bebiendo varios sorbos de mi copa. Solo entonces empezaba a sentir el efecto relajante del licor.

—¿Cree usted que pensaría igual acerca de la procreación si una maldición no pesara sobre su familia? —le pregunté, dejando mi cigarrillo encendido sobre el cenicero de cristal rojizo a mi derecha.

—Estoy seguro de ello —respondió él, tomando una bocanada de humo y sosteniéndola en su pecho unos instantes antes de liberarla—. En primer lugar, el deseo de propagar un linaje, cualquiera que sea, se me antoja ridículo. Por otra parte, creer que tendríamos la capacidad de garantizar el bienestar de nuestros hijos es quimérico. Por grandes riquezas que yo posea, y aunque mi descendencia hipotética carezca de la posibilidad de enfermar, en contraposición a esa horrible certeza que tienen todos quienes no son vampiros, las fuentes potenciales de desdicha para el ser sintiente son infinitas. Mire a Elzbieta y Vladislav, huérfanos a tan corta edad. Algo que ocurre con frecuencia en las familias de los mortales corrientes. Solo ese riesgo me bastaría para no querer procrear.

Me dije que Baltasar era profundamente altruista pero también individualista de un modo que yo solo atinaba a calificar de brillante. En su caso, no había contradicción entre una cosa y la otra.

—Es cierto que ni siquiera los reyes más poderosos pueden asegurar que sus herederos no enfrentarán durezas o dolencias irreversibles —musité.

—¿Sabe? Antes de volver aquí para encargarme del castillo, visité

Inglaterra con el fin de hacerme con la obra de Myers acerca de la telepatía. Noté entonces que las damas de ese país habían empezado a afirmar por doquier, sin ninguna vergüenza, que su progenie es su razón de vivir… cosa que no hacían cuando fui con mi padre durante mi infancia —dijo él, bebiendo un trago de su copa—. Parece ser una nueva moda de la burguesía inglesa que temo alcance cada confín de Europa en breve.

—No me extraña que expresiones como esa se popularicen en tierras protestantes —dije—. Ha de ser parte del legado de esa corriente del cristianismo y su idealización de la mujer como un ser puro, cáliz de castidad, docilidad y ternura infinitas.

—Claro que sí —dijo él, frunciendo el ceño mientras sus ojos relampagueaban—. Y pensar que, en las Américas, hace un siglo, Mary Wollstonecraft, autora de *Vindicación de los derechos de la mujer*, ya ridiculizaba la noción de que las mujeres son sumisas y recatadas por naturaleza. Debió ser encantadora, la señora Wollstonecraft. Mientras tanto, las señoras protestantes de Europa no hacen más que fingir por medio de sus actitudes y su discurso para acoplarse a esa perniciosa imagen de mansedumbre. ¡No las soporto! Y por eso fueron algunas de mis víctimas más frecuentes cuando me hallaba en Inglaterra —agregó en voz baja, encogiéndose de hombros—. En todo caso, lo que más me fastidia de ese tipo de mujer es que, al referirse a sus hijos como su razón de vivir, admite tácitamente que ama tan poco su propia existencia que necesita usar a sus descendientes como distracción, y ahora estos tendrán que cargar con la maldición de la vida por su culpa. No solo mi familia está maldita, Lucyna: todas las familias lo están.

—Bueno, no todo el mundo ve la existencia como usted, Baltasar —dije.

—Esas personas son cándidas a morir —replicó él.

—El poeta Thomas Gray escribió que, donde la ignorancia es felicidad, es una locura ser sabio —dije, recordando la transcripción que había leído en un cuaderno de mi madre que me gustaba mucho —. Es apenas natural que las gentes busquen conservar cierto grado de inocencia al respecto de la existencia.

—Personalmente, prefiero lidiar con la infelicidad del conocimiento.

—También yo —contesté—. Pero, al encontrarse vivas, las gentes necesitan convencerse de que todo es mejor de lo que es para poder seguir adelante. Es apenas comprensible.

—Por supuesto. ¿Qué más podrían hacer, excepto quejarse de su suerte día y noche? A pesar de eso, los sufrimientos ineludibles de la vida siguen estando allí, en especial la muerte y la enfermedad. No comprendo que, sabiendo esto, quieran poner a otros en la misma situación adrede. Ahora bien, también hay hambrunas y guerras. La frase formulada por unos y otros suele ser: *así es la vida*. ¿Qué clase de consuelo es ese?

—Las guerras y el hambre son evitables —dije.

Él sacudió la cabeza y dijo:

—No mientras la tierra les pertenezca solo a unos cuantos.

—Muchos se esfuerzan por combatir las enfermedades —apunté—. Ha habido grandes avances en este campo de las ciencias.

—Un loable afán de corregir las consecuencias de su propia existencia. Los médicos me enternecen —dijo—. Aun con la mitigación de las enfermedades, estas nunca dejarán de existir. Y, por longeva que sea una persona, la muerte siempre estará allí. Lo cierto es que pocos padres consideran el bienestar a largo plazo de sus hijos. Mucho menos antes de tenerlos y amarlos.

—Los padres que aman a sus hijos siempre esperan que estos tengan vidas más fáciles que las suyas —dije abatida, pensando en los míos. Siempre habían sido buenos conmigo y con mi hermano.

—Sin duda —dijo él—. Mire, no culpo a las damas que han sido forzadas por sus maridos a engendrar una criatura, que son la mayoría, ni a las que se han visto obligadas a llevar en sus vientres la simiente de algún malhechor, a su vez tan numerosas… pero sí que culpo a las que anhelan obtener el beneplácito de la sociedad por medio de su fecundidad. Y más aún a los hombres que ven en su descendencia, numerosa o no, el reflejo de su hombría. Qué poca cosa son. Su legado es la consecuencia de un instante de alivio biológico. Eso es lo que quiso mi madre para mí. Pero, puesto que puedo hacer algo al respecto, mi maldición termina conmigo.

Lucía deshecho.

—Yo no puedo pensar en nada más terrible que su muerte, Baltasar —admití—. ¡Nada!

—Pero para mí sería más terrible causarle este mal a otra criatura. No podría vivir con mi decisión. Cada segundo sería un tormento.

—¿Prefiere morir aun sabiendo que, si muere, yo sufriré cada día al recordarlo? —en mi egoísmo, quería que me compadeciese más a mí que a su descendencia hipotética. E incluso más que a sí mismo.

—La verdad, sí —suspiró—. Lo siento, Lucyna.

Asentí, apretando los labios para no echarme a llorar.

—Desearía que las cosas fuesen distintas —dije.

—También yo —dijo él—. Pero no deseo tener que dejar de ser quien soy solo para salvar mi vida. Entiéndame, por favor. Ceder ante mi promesa sería perder mi alma.

Su voz temblaba, y lo miré para decirle, sintiendo el ardor de las lágrimas en mis ojos:

—La verdad es que, a mi modo, lo entiendo.

34
Trigo y sangre

—Gracias por escucharme —dijo Baltasar, cerrando los ojos—. Recordará usted que le dije, aun antes de conocer la segunda promesa que le hice a mi madre, que no estaba dispuesto a engendrar una vida con Magdolna.

—Sí —suspiré—. Lo recuerdo. Pero entonces usted no sabía que su supervivencia dependería de ello.

—Da igual. No llegué a esa decisión en un solo día. Así como las gentes procrean sin tener en cuenta todo lo que hemos discutido, también antaño yo creí que tendría que hacerlo en algún momento a pesar de mi maldición. Lo que me disuadió, antes que nada, no fue descubrir que no amaba a mi prima, ni tampoco nuestra maldición familiar.

—¿Qué lo hizo cambiar de opinión, entonces? —inquirí, frunciendo el ceño.

—Comprender que, a lo largo de mi vida, había estado bajo el influjo del pensamiento religioso que ha encadenado a la humanidad desde que el sacerdocio precristiano fue instaurado —dijo.

—¿El sacerdocio precristiano? —inquirí, confundida.

—Sí —dijo él—. Sé que suena extraño pero ninguno de nosotros está exento de sus secuelas. Puesto que su aparición truncó la historia de la humanidad, siendo una consecuencia directa del asentamiento de los pueblos agricultores, la mentalidad derivada de aquellos cultos aún está fuertemente arraigada en todo ser pensante.

—¿Cómo es posible? —carraspeé—. Ni siquiera estamos expuestos a esos cultos desaparecidos.

—Sí que lo estamos —sonrió con tristeza—. Casi todas las religiones de las cuales tenemos conocimiento están basadas en esos primeros cultos agricultores, tanto las monoteístas como las politeístas. Aunque, en un sentido psíquico, esos primeros cultos buscaban destruir la

individualidad espiritual para someter a una población determinada, su propósito en la práctica era alentar la propagación del número de siervos útiles, ya fuesen los hijos de una familia o los súbditos de un imperio, los cuales a su vez eran forzados a trabajar en la siembra y la cosecha de cereales. Esos primeros cultos agricultores forjaron todas las estructuras religiosas y políticas en lo por venir, emergiendo en tanto las tribus de cazadores desaparecían y trayendo como consecuencia la extinción de las prácticas mágicas arcaicas de los humanos nómadas que no giraban en torno a la reproducción de la especie.

—¿Cómo sabe todo esto? —le pregunté, poniéndome de pie. Era evidente que estaba convencido de lo que decía, pero yo jamás había escuchado algo así.

—Mi padre me lo contó a mí, a él mi abuelo, y así en orden inverso, remontándonos a mis ancestros nómadas, los vampiros descendientes de Domán —explicó—. Mi familia ha preservado conocimientos que los arqueólogos, naturalistas, geólogos y biólogos de nuestra época aún pugnan por descubrir, dado que la religión arrasó con cuanto se topaba en nombre de la mal llamada civilización.

Terminé mi copa de jerez en dos grandes tragos.

—Todo esto es profundamente perturbador. Por favor, cuénteme más —pedí, deseosa de entenderlo.

—Con gusto —dijo—. Desde que esas primeras religiones sacerdotales fueron instituidas, todo cambió: los sacerdotes diseñaron e impusieron las reglas de la espiritualidad, que dejó de ser personal y empírica para devenir en las muchas formas de adoración grupal, estructurada y jerárquica que conocemos ahora, siendo todas bastante similares entre sí en sus bases. A causa de la formación de las sociedades agricultoras primitivas y los cultos nacidos de estas, los sacerdotes se convirtieron en los intermediarios entre el hombre y la divinidad. De modo paulatino, el hombre perdió su autonomía psíquica, es decir, la autonomía de todo lo relacionado con su alma.

—Eso es terrible —dije, empezando a captar el sentido de sus palabras—. El concepto de un mediador obligatorio entre el hombre y la divinidad siempre me ha molestado.

—No en balde anhelaba conocerla a usted con todo mi ser —respondió. Sus ojos brillaban en la penumbra—. En mi opinión, esa pérdida de autonomía espiritual es lo peor que le ha sucedido a la humanidad. Y yo rehúso perder la mía. Por lo mismo, también me niego a ceder ante la presión reproductiva que la humanidad heredó de los cultos agricultores. Esto fue, en suma, lo que me llevó a tomar la decisión de no procrear. Pero hay más.

—¿Más? —pregunté.

—Infortunadamente —dijo—. Verá usted: en un principio, los sacerdotes de estas civilizaciones agricultoras originarias le exigían al jefe o rey de la población que se sacrificase para que su sangre nutriese la tierra. Más adelante, hartos de ser inmolados en cruentas ceremonias públicas, los astutos reyes se aliaron con los sacerdotes, exigiendo el sacrificio de selectos súbditos a cambio del propio, y dando así pie a la nefasta alianza entre el poder político y el poder religioso que conocemos en el presente. Con el tiempo, se inmolaron animales en vez de personas, a cambio de favores de parte de la divinidad, pero el principio continuó siendo el mismo. El primer chivo expiatorio fue un rey.

—¿Nutrir la tierra con sangre humana? Qué locura —susurré.

—Por sus componentes, la sangre es fuente de grandes propiedades nutritivas, Lucyna. Si lo sabré yo —murmuró—. No es necesaria para producir buenas cosechas, sobra decirlo, pero no es incomprensible que esta idea se les ocurriese. Especialmente en un sentido simbólico, con la intención de aplacar a una deidad iracunda o de complacer a una veleidosa. La sangre representa la vida misma. Y la sangre del rey de un pueblo era, e incluso aún es, considerada la más valiosa. Mucho se habla de la sangre noble todavía, y sospecho que se le dará un valor imaginario sin importar el paso de los siglos. Pero no es de mejor calidad. La he probado y, aquí entre usted y yo, nunca he querido enviar mis felicitaciones al chef.

Tosí en tanto exhalaba el humo de mi cigarrillo. Apreciaba que no perdiese su sentido del humor aun en medio de aquellas circunstancias.

—Cuénteme algo —pedí—. ¿Cómo se atrevieron esos primeros

sacerdotes a proponer el sacrificio de los reyes sin poner en riesgo sus propias vidas?

—El sacrificio se presentaba como un acto de generosidad y valentía. Se realizaba en pro de la vida del pueblo. Era un honor. Quizás esos primeros sacerdotes terminaron creyendo en sus propias invenciones al ver que, aparentemente, daban resultado. En segunda instancia, a su modo, los sacerdotes tenían más poder que el mismo rey, pues, cuando la vida humana comenzó a girar en torno a la agricultura y estos cultos grupales se establecieron, la superstición empezó a regirlo todo: cada asunto práctico de la comunidad, por pequeño que fuese, se relacionaba con la voluntad divina. La palabra del sacerdote manifestaba dicha voluntad.

—En ese aspecto, el mundo no ha cambiado demasiado —dije pensativa—. El papa tiene más poder que los monarcas católicos, y su influencia es más peligrosa porque se supone que su palabra es la palabra de Dios, sin importar lo que afirme.

—Sin duda. Quien asegura ser la voz de la divinidad tiene licencia para decir las cosas más descabelladas sin ser cuestionado —dijo él.

—Esa idea me hace temblar —susurré.

—A mí también, pero solo como concepto —replicó él—. Las consecuencias del discurso sacerdotal no suelen aplicarse a los ricos, a menos que estén directamente involucrados con las decisiones políticas de un lugar determinado, y yo no lo estoy. A los pobres, en cambio, sí que los afecta lo que el sumo poder religioso manifieste en nombre de la divinidad. Además, deben dar un porcentaje de lo poco que poseen a los sacerdotes, que a cambio les exigen seguir produciendo más hijos, sus futuros adeptos, los nuevos esclavos del mundo. Un círculo de miseria sin fin, pero solo para el pueblo, claro está. Esa es la idea del sacerdocio.

—Jamás pensé que la historia de los cereales fuese tan espantosa —dije.

Baltasar rio mientras extinguía el cabo de su cigarrillo en el cenicero.

—Lo es —dijo—. Me alegra que también lo vea así. Proseguiré con mi explicación, para que comprenda usted la magnitud de mi

renuencia.

—Por favor —pedí.

—A pesar de la bien establecida coalición entre el poder político y el poder religioso, la idea del sacrificio del rey supremo prevaleció en el mundo del mito. Toda religión que hable de muerte y resurrección es, en lo profundo, una metáfora de lo que ocurre con la semilla: esta debe penetrar la tierra para germinar, brotando de la tierra en forma de alimento para el pueblo. Un pueblo en perpetuo estado de reproducción, y por ello siempre hambriento —concluyó con amargura.

—Espere un momento, déjeme pensar en eso —pedí, sobrecogida por las implicaciones de lo que acababa de sugerir—. Así como la semilla es enterrada para resurgir transformada en comida, el rey de la sociedad agricultora primitiva era inmolado para que su sangre nutriese la tierra. En teoría, este resurgía transformado en la cosecha destinada a proporcionarle la subsistencia a su pueblo.

—Así es —dijo Baltasar—. Del mismo modo, se supone que el mesías cristiano fue inmolado, sacrificándose voluntariamente por la salvación de su pueblo, y descendiendo a lo profundo de la tierra para resucitar como fuente de alimento espiritual. En esto reside el gran misterio de una de las más poderosas religiones basadas en la agricultura. En el cristianismo, el mismo mesías exige al pueblo que, después de su muerte, consuma su carne y su sangre… que no son otros que el pan hecho de trigo y el vino salido de la vid. Nada más y nada menos que productos de la agricultura. Una idea que, por cierto, puede haber sido tomada a su vez del culto a Perséfone, deidad cuyo descenso a la tierra y resurgimiento de esta durante la primavera, o resurrección, simbolizan ese mismo ciclo del grano comestible.

—Por Dios —balbucí—. Perdón, no quise decir justamente eso. Es solo una expresión de asombro. He estado en la oscuridad toda mi vida. Figurativamente, claro. No como los vampiros.

—Usted mucho menos que otros —aseguró—. Yo también estuve engañado durante mucho tiempo. Pero, con base en lo que aprendí de mi padre, y gracias a lo que estudié por mi cuenta más adelante acerca de los orígenes de las religiones, ya no lo estoy. No pienso obrar en

perfecta alineación con los preceptos agricultores del cristianismo o de los cultos que lo precedieron. ¡Soy un vampiro, por favor! Por suerte usted no es devota de un culto agricultor.

—Por suerte —repetí, sirviéndome otra copa de jerez y llenando la suya también—. Ahora quisiera deshacerme de los residuos de todas esas nociones que permanecen ocultas en mi mente sin que yo lo sepa.

—La entiendo. Como le conté, no fue una tarea fácil para mí. He tenido, aun así, una ventaja sobre otras personas: puesto que sé que la religión basada en la agricultura es el núcleo del pensamiento colectivista y yo anhelo la autonomía psíquica con todo mi ser, la primera me inspiró un gran desprecio desde el principio —dijo.

—Además, es un vampiro. Y los vampiros son, en esencia, cazadores, no agricultores —apunté.

—Las religiones agricultoras no deberían afectarnos por ser lo que somos. Por desgracia, nada está más lejos de la verdad: los vampiros vivientes, como mis ancestros, siempre quisieron dejar al menos un par de herederos. No lograron escapar de los designios implícitos de la agricultura —dijo, meneando la cabeza—, ni siquiera mi amada hermana Petronÿa dejó de engendrar descendencia, y eso que los frutos de la tierra cultivada no pueden hacer mucho por nosotros más allá de nutrir a nuestras víctimas hasta cierto grado. Quizás estemos absorbiendo la contaminación espiritual del reino vegetal por medio de la sangre de otros, insistiendo en procrear a pesar de nuestra maldición familiar, como unos lunáticos bajo los efectos de los cereales.

—¡Qué cosas dice usted!

—Cree que desvarío, ¿verdad? —inquirió, entornando la mirada.

—Creo que necesita darle una explicación satisfactoria al horror que ha experimentado a lo largo de su vida —admití.

—No se equivoca —dijo—. Y parte de esa explicación es el simple hecho de que sufrimos porque existimos.

—¿Preferiría usted no haber nacido? —pregunté.

—Cuando usted llegó al castillo, me alegró realmente haber nacido. En este momento, teniendo en cuenta que recién descubro que prometí engendrar un hijo con Magdolna, no podría decidir.

Perdóneme.

—No hay nada que perdonar —le aseguré—. Discúlpeme usted que le haga una pregunta tan atroz pero… ¿no ha pensado antes en ponerle fin a su propia vida?

Prenuncié las palabras con delicadeza, esperando no atribularlo más.

—Lo he considerado solo como un ejercicio teórico —dijo—. Mi instinto vital es fuerte. Y, para serle franco, tampoco deseo experimentar el dolor de la muerte. Preferir no haber nacido para no experimentar un gran dolor es muy distinto a anhelar morir. La primera opción elimina toda posibilidad de sufrimiento, así como los que se les acarrearían a los seres amados con la propia muerte.

—Cierto —dije—. No era mi intención equiparar lo primero con lo segundo.

—Lo sé —replicó—, fui yo quien hizo la comparación. Son asuntos que todos deberíamos considerar, al menos desde un punto de vista filosófico.

Asentí, pensando que yo nunca lo había hecho antes.

—¿Y si pudiese morir sin experimentar ningún dolor? —inquirí—. ¿Le parecería menos terrible la idea de su propia muerte?

—Solo un poco menos —dijo—. Es demasiado tarde para mí. Me he apegado sobremanera a mí mismo, tanto a mi cuerpo como a mi mente. A la sensación de ser. Buscar la propia muerte, aun cuando esta fuese indolora, es lo más difícil que cualquier ser vivo puede hacer.

—Y, sin embargo, usted prefiere morir a concebir un hijo con su prima —dije.

—Con cualquier persona, incluida usted —me corrigió—. Perdóneme de nuevo. Sí, Lucyna, así lo elijo.

Mis ojos se nublaron, llenándose de lágrimas. Me puse de pie y lo abracé sin decir palabra.

—Gracias por aceptar mi decisión —dijo en voz baja, abrazándome a su vez y apoyando su barbilla en mi cabeza.

No la aceptaba en mi corazón. Era tan solo que no podía obligarlo a casarse con Magdolna, y menos aún a dejarla encinta. Él me apartó un

tanto para observarme.

—¿Qué hay de usted, Lucyna? Supongo que no ha caído en la trampa protestante de creer que la maternidad la ennoblecería, pero ¿ha logrado la torpe obstinación de la raza humana convencerla de que su función principal como exponente viva de esta es propagar la especie?

Sus preguntas me tomaron por sorpresa.

—Yo… simplemente no lo había considerado en profundidad —admití al cabo de unos segundos con timidez.

—Oh —dijo, pero su expresión no era de reproche—. Bueno, aún está a tiempo.

—Supongo que lo estoy —balbuceé.

—La mejor alternativa social para la mujer que no desea casarse y criar hijos es tomar los hábitos —afirmó, su expresión impenetrable—. El equivalente del sacerdocio en el caso de los hombres. Aunque, a diferencia de los curas, las monjas no gocen de ningún tipo de poder.

—¿Está insinuando que debería hacerme monja? —pregunté escandalizada.

—¡No! —exclamó él, soltando una carcajada—. ¡Vaya ocurrencia!

—¿Por qué menciona a las monjas, entonces? —pregunté.

—Porque el clero no desea procrear, o al menos no desea criar a los hijos que engendra en secreto. Mientras tanto, la soltería de quienes rehúsan hacerse sacerdotes o monjas es mal vista por el resto del mundo. Aun así, las gentes valientes prefieren esa soltería desprestigiada, a la vida eclesiástica cuando se les permite elegir. Dígame, por favor: ¿qué deseaba hacer antes de conocerme? ¿Qué hará cuando yo no esté?

Su última pregunta hizo que experimentase un malestar repentino en todo el cuerpo. Respiré con lentitud.

—Deseaba ahorrar para construir una pequeña cabaña junto a la de mis padres —dije, mi voz entrecortada—. En mi mente, estaba sola en el futuro. Supongo que pensaba continuar ejerciendo mis funciones de institutriz con otros pupilos.

Él volvió a abrazarme con más fuerza aún.

—¿Qué hay de sus intereses? ¿Qué pensaba hacer para entretenerse

cuando tuviese su pequeña vivienda? —preguntó.

—Iba a reunir dinero para comprar pinturas y lienzos —dije esforzándome por no sollozar en tanto escuchaba sus latidos—. Me habría gustado ser aprendiz de algún artista.

—Oh, Lucyna. ¿No deseaba encontrar un marido sereno y formar una familia con él?

—No puedo decir que lo haya querido de modo consciente —respondí entre lágrimas—. Cuando era apenas una niña, creía que era una consecuencia ineludible de la vida. Pero luego… hallé que tenía otras opciones.

—¿Está segura? —preguntó.

Elevé el rostro para mirarlo. Se veía conmovido.

—Tan segura como puedo estarlo —respondí sin ocultarle mi tristeza—. ¿Por qué me pregunta estas cosas, Baltasar?

—Supongo que deseaba comprobar una vez más cuán afines somos, Lucyna. Esto me permitirá morir con una sonrisa en los labios. Soy suyo y usted siempre será solo mía.

35
Solución de cobardes

Mientras él hablaba y cavilaba, me encontré deseando intensamente que Magdolna muriese.

Sin Magdolna, Baltasar no estaría obligado a cumplir su promesa matrimonial ni tampoco aquella de producir un heredero con ella. El mío era un anhelo de cobardes, por supuesto. Otorgarle una justificación moral a la muerte del enemigo malvado por conveniencia personal era muy fácil, casi pueril. Sin embargo, así como para Baltasar algunas vidas carecían por completo de valor, en aquellos momentos se me antojaba que la vida de Magdolna era perjudicial en términos objetivos y universales, en especial porque, de forma indirecta, amenazaba la existencia de Baltasar, y de forma directa, amenazaba la mía y la de cualquier persona que tuviera algo que ella envidiase. Cierto, yo podía partir y así verme libre de peligro, pero eso no cambiaría las consecuencias para Baltasar. Que él prefiriese morir a procrear con ella no era una elección libre en lo que me concernía. Era la única alternativa que él tenía si no quería ir en contra de su propio espíritu y de todos sus parámetros éticos. La disyuntiva era, pues, obvia: o vivía Magdolna, o lo hacía Baltasar. Él parecía no haber siquiera contemplado la primera opción, quizás porque él y sus parientes habían prometido no dañarse unos a otros. Que una muerte fuese una solución tan simple a tantos problemas me maravillaba. Cierto, el mal no dejaría de existir, y aquel no era un razonamiento que debiese emplearse para resolver situaciones incómodas en la cotidianeidad, pero la muerte de Magdolna, en teoría, salvaría al menos una vida que yo quería preservar con todas mis fuerzas.

¿No es mejor que muera ella a que muera él?, pensaba una y otra vez.

Yo le temía a Magdolna terriblemente y no me imaginaba capaz de intentar hacerle daño, ni de afrontar las consecuencias de un acto

semejante, en especial porque ella aún no me había hecho nada. Aún siendo la palabra clave. ¿Cómo lograr que ella misma propiciase su propia muerte? En general, las personas malignas estaban dotadas de un excepcional deseo de autopreservación y solían correr muy pocos riesgos innecesarios.

Cansados tras aquella intensa conversación, Baltasar y yo nos habíamos tendido en su gran lecho, y él se había quedado dormido leyendo el diario de su madre. Aquella noche, Baltasar y yo no nos habíamos besado con pasión ni nos habíamos refugiado el uno en brazos del otro. Nos habíamos acompañado ocupando aquel espacio compartido, vestidos de pies a cabeza, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Transcurrida una hora, desperté a Baltasar para que me llevase de regreso a mi habitación antes de que sus parientes retornasen.

—Ha sido un día terrible —dijo a modo de despedida ante mi puerta abierta—. El que viene será mejor. Procure descansar.

—Usted también —le dije y procedí a cerrar la puerta con llave.

Encendí la chimenea y me puse el camisón de dormir, después de lo cual me metí bajo las cobijas para calentarme. Aquello de sentirme tan enamorada de Baltasar era un asunto muy problemático, pues ahora la idea de su existencia se me había convertido en una necesidad, estuviese conmigo o no. Me quedé dormida, como ya era costumbre, sintiendo una mezcla de miedo y anticipación. Desperté en medio de una horrible pesadilla: dos lobos, un macho y una hembra, devoraban viva a una hermosa muchacha.

Me senté en el lecho y me froté los ojos. El sueño había sido tan vívido, tan real, que debía contárselo a Baltasar. Me incorporé y se lo describí en una nota para entregársela a la señora Kowalski cuando viniese con mi desayuno, aunque aún no amanecía. Puesto que no tenía que dar clases a los niños esa mañana, volví a meterme en la cama y procuré dormir un poco más.

Los golpes de la señora Kowalski en mi puerta me despertaron.

—Traigo esta nota del señor Baltasar para usted —dijo tras depositar la bandeja con mi desayuno en el escritorio.

Le entregué a mi vez la que le había escrito a él.

—¿Alguna noticia de Edna? —inquirí nerviosa.

—Nada —dijo—. La señora Magdolna está muy enfadada… o al menos finge estarlo.

—Espero que nada malo le haya acaecido por mi culpa —musité.

—Procure aceptar lo peor de antemano pero no se atribuya responsabilidades que no le corresponden. La señora Magdolna no conoce la lealtad hacia sus sirvientes —sentenció ella.

Asentí. Tenía una terrible sensación.

—¿A qué hora debo estar lista para la llegada de los comensales esta noche? —pregunté.

—El señor los citó a las siete. Sin embargo, mencionó que quizás usted desearía leer para entretenerse durante el día. Le traeré varios libros en un rato.

Le agradecí. En cuanto salió de mi habitación, leí la nota que me había enviado Baltasar:

Lucyna:

Gracias por brindarme compañía anoche. Siento haberme quedado dormido durante su visita. Las emociones me abrumaban. He enviado un grupo de hombres en busca de Edna. Espero tener noticias pronto. Continúo leyendo el diario de mi madre. Todo esto es desolador… estoy por llegar al final del cuaderno y no hay mención alguna del modo de deshacer las promesas que le hice. Solo espero que la cena de esta noche me brinde alguna pista valiosa al respecto de la muerte de Petronỹa.

Por favor, cuídese mientras el sol se pone. La veré esta noche.

Suyo,

Baltasar.

Eché la carta al fuego, temerosa de que alguien más pudiese leerla.

Me lavé y me vestí con el traje negro de nuevo, y desayuné mientras esperaba a la señora Kowalski, quien llegó trayendo varios libros para mí.

—Hay mucho que hacer para recibir a los invitados —dijo—. No puedo quedarme a conversar.

—Lo comprendo perfectamente —respondí—. ¿Dio usted mi nota a Baltasar?

—Así es, pero no lo he visto de nuevo tras de eso. Supongo que estará durmiendo ya.

Satisfecha, me acomodé ante el escritorio para inspeccionar los libros una vez ella partió llevándose la bandeja con las fuentes vacías de mi desayuno. No pude concentrarme en absoluto en las lecturas, quizás porque no las había elegido yo misma y no eran de mi interés. Estaba, sin embargo, tan cansada por la falta de sueño de los días anteriores que me quedé dormida sobre los libros hasta que la señora Kowalski regresó con la comida del mediodía. No me había llevado una respuesta de parte de Baltasar, por lo que asumí que no debía haber despertado aún.

—La señora Magdolna está eligiendo su vestido para esta noche con gran esmero —comentó el ama de llaves—. Tiene a cinco doncellas enseñándole prendas y tocados distintos, y a otras tres preparando su baño y peinando sus cabellos.

—No me cuesta ningún trabajo imaginarlo —respondí fastidiada.

—Dice que hará un anuncio importante esta noche —replicó ella—. Quién sabe qué estará tramando ahora.

Temblé. No podía ser nada bueno, pero debía intentar conservar la calma. Cuando la señora Kowalski partió de nuevo, comí a pesar de la ansiedad que sus palabras me habían producido. Había adelgazado aunque mis comidas eran más abundantes que las que solía tomar en casa. Lo notaba en mi rostro y en lo holgadas que sentía mis prendas de uso interior. Después de devorar los alimentos, me probé el vestido que Elzbieta había elegido para mí y tuve mucho miedo, pues no solo era verdaderamente hermoso sino que le había pertenecido a Petronỹa. Este me sentaba aún mejor que el fino traje negro, aunque también me quedaba algo grande. Parte de mí deseaba no asistir a la cena para no encarar a Magdolna pero mi necesidad de enterarme de lo que ocurriese era superior a mis temores, y permanecer en mi habitación durante todo el día era una afrenta a mi cordura. Tendría que lidiar con los celos de Magdolna lo mejor que pudiera, buscando refugio en la proximidad de mis pupilos. Recogí mis cabellos en mi

coronilla y até en torno a mi cuello la cinta negra con el adorno de cristal de Murano que me había obsequiado Vladislav. Por suerte, el vestido era grueso y tibio: no requería que llevase puesto un abrigo por encima. Luego, me paseé por la habitación con la esperanza de que el tiempo pasara más rápido. Alrededor de las seis de la tarde empezó a nevar con suavidad y la señora Kowalski vino a buscarme con mis pupilos unos veinte minutos después de las siete, cuando ya desesperaba.

—¡Qué guapa, señorita Pawlak! —dijo Vladislav, sus ojos azules abiertos de par en par.

—Gracias, señorito —respondí sonriendo—. Ustedes lucen espléndidos.

Elzbieta llevaba puesto un vestido color naranja de muchas capas de tul, y su hermano un traje marrón con flores de hilo color turquesa.

—Lo sabemos —dijo Elzbieta guiñándome un ojo—. ¿Está preparada para esta gran noche? Recuerde que mi hermano y yo debemos adoptar otras actitudes ante Magdolna, así que no se asuste.

—Gracias por la aclaración —le dije riendo por lo bajo—. Escuché que Magdolna piensa hacer un anuncio importante esta noche.

—Así es, señorita Pawlak —replicó mi pupila.

—¿Alguna idea de cuál pueda ser el asunto? —inquirí.

—Ninguna —dijo la niña—. Pero tratándose de Magdolna, no creo que sea nada bueno.

—Yo tampoco —murmuró Vladislav—. Estoy muy inquieto.

—Todos lo estamos —dijo la señora Kowalski.

En cuanto cerré la puerta y avancé junto a ellos por el corredor en dirección al ala sur, la sensación de encierro que me había agobiado a lo largo del día se disipó, siendo reemplazada por un nerviosismo desmesurado. Según me explicaron mis acompañantes, el gran salón, en el cual yo no había estado aún, estaba situado frente a la habitación rosa donde Imre tomaba el té, y encaraba el exterior del castillo.

Cuando arribamos al ala sur, el rumor de las conversaciones y la música se escuchaban desde los pasillos desiertos. Minutos después, la señora Kowalski abrió de par en par las pesadas puertas de madera del

gran salón para dejarnos pasar: al fondo, y ante nosotros, divisé a través de los largos ventanales el camino cubierto de blanca nieve que se extendía desde el final del puente levadizo hasta la entrada del castillo, los pinos del bosque bordeándolo bajo las estrellas. El señor Ivanov se encontraba a nuestra derecha, sentado ante un precioso clavicordio que parecía hecho de hueso. Tocaba una melodía alegre que, dadas las circunstancias, se me antojó insoportable. Busqué a Baltasar, recorriendo el salón fugazmente con la mirada: no estaba allí y su prometida tampoco, pero reconocí en la distancia los cabellos rojos y la figura de Imre Domány-Nádasdy, quien parecía estar enseñando un objeto decorativo a dos de sus invitados. Varios sirvientes dispensaban licores y ofrecían tentempiés en bandejas de plata a los comensales, que charlaban y reían animadamente en distintas ubicaciones del salón, unos de pie y otros sentados en pequeños grupos. Los caballeros vestían trajes negros con camisas blancas y chalinas blancas o negras, y las damas llevaban vestidos de diversos colores con pequeños sombreros ornamentados a juego según lo dictaba la moda. Dos candelabros de bronce y algunas pequeñas lámparas de aceite, a cuál más bella, iluminaban con su luz amarilla la enorme estancia, haciéndola lucir acogedora a pesar de su tamaño, sus paredes de piedra y predominante penumbra. Había gran variedad de sofás y poltronas tapizados de seda gris oscura con diseños color crema, sillas otomanas tapizadas de terciopelo negro con ornamentos dorados, mesitas de madera rojiza barnizada y otras pintadas de dorado con sus respectivos asientos, cuyos cojines estaban tapizados de terciopelo rojo. Una alfombra persa de tonos grises, negros, ocres y rojos cubría la totalidad del suelo. Dos invitados, un hombre y una mujer de cabellos entrecanos, se hallaban sentados en un sofá adornado con cojines florales a juego contiguo a la chimenea de alabastro esculpido. Deposité mi linterna junto al muro del corredor antes de ingresar a la estancia tras mis pupilos. Al verlos, el señor Ivanov dejó de tocar el clavicordio.

—Los señoritos Elzbieta y Vladislav Domány-Nádasdy —los anunció la señora Kowalski en alta voz mientras que yo me rezagaba un poco y los invitados se tornaban para saludarlos con inclinaciones de cabeza

y algunas sonrisas.

Los niños observaron su entorno con posturas imperiales durante algunos instantes en perfecta quietud, tras de lo cual avanzaron, y el maestro de música prosiguió con la ejecución de la pieza musical en tanto los invitados retomaban sus conversaciones respectivas. Agradecí para mis adentros que la señora Kowalski no me hubiese anunciado, dejando así en claro, de modo tácito, que mi presencia allí no tenía ninguna relevancia.

—Quédese cerca de nosotros en todo momento —me dijo Elzbieta en voz baja mirando hacia atrás un instante.

Seguí a los niños a través de la estancia en dirección a la esquina izquierda del fondo de la habitación, entre la chimenea y el ventanal, donde dos sofás de tela negra con flores grises y rojas nos esperaban.

—Esta es la mejor ubicación del salón —dijo Vladislav con una sonrisa pícara, instalándose junto a su hermana en uno de los dos sofás mientras que yo ocupaba el que estaba junto al ventanal—. Se puede ver quién entra y quién sale sin llamar demasiado la atención.

—Qué buen estratega es usted, señorito —le respondí, guiñándole un ojo.

En efecto, podía observar la totalidad de la habitación desde donde me hallaba sin darle la espalda a nadie, y me alegró que mis pupilos no me hubiesen puesto en una posición de vulnerabilidad por error. Por suerte, aún eran demasiado niños para estar obligados a conversar con los comensales, y por lo mismo se esperaba que permaneciesen tranquilos con su acompañante en la periferia. Me froté las manos deseando ocultar el hecho de que temblaban por sí solas.

—¿Quién decoró este castillo, señoritos? —les pregunté, admirando la gran pintura al óleo con marco dorado que presidía el salón sobre el blanco alabastro de la chimenea. En ella, una hermosa mujer de expresión cruel y cabellos del color del vino tinto posaba de pie junto a un hombre fuerte y apuesto de cabellos negros y ojos semejantes a los de Baltasar.

—Nuestras bisabuelas lo decoraron y nuestras abuelas lo redecoraron —dijo Elzbieta, un brillo orgulloso en sus ojos—. Nadie podría decir que no sabían lo que hacían.

—¿Quiénes son las personas retratadas en la pintura? —inquirí. La obra era de un realismo estremecedor. Me pareció que los ojos de la mujer me miraban.

—¿No lo adivina, señorita Pawlak? —replicó Vladislav—. Son nuestros antepasados Erzsébet Báthory y su esposo, el conde Ferenc Nádasdy.

—Dicen que ninguno de los retratos que los representan les hizo justicia, excepto este, que la familia siempre conservó —dijo Elzbieta.

—Se parece usted mucho a la condesa Báthory, señorita —le dije a mi pupila.

—Gracias —sonrió ella enseñándome sus pequeños colmillos—. Estoy segura de que seré su viva imagen cuando crezca.

Pensé que Elzbieta aún tenía una expresión menos mordaz, pero no lo dije. De algún modo supersticioso, temía hablar de más ante aquel retrato que parecía vivo.

—¡Más invitados! —dijo Vladislav, mirando a través del ventanal—. Deben ser los últimos, pues hay al menos una docena de ellos aquí.

Un fino coche tirado por caballos avanzó por el camino nevado. Lo perdí de vista conforme llegó al edificio y supuse que algunos sirvientes del castillo aún debían estar esperándolos para recibirlos. El señor Ivanov seguía tocando aquella melodía interminable. Mis pupilos se pusieron de pie para asomarse por los ventanales y así observar a los invitados descender de su coche. Yo opté por no moverme de mi lugar, so pena de toparme con algún miembro de la familia Domány-Nádasdy.

Cuando las puertas de madera se abrieron de nuevo, mi espina dorsal se tensó. Esperaba ver a los recién llegados, pero quien entró a la habitación fue un hombre con los rasgos de los Domány-Nádasdy, y además tan guapo como Baltasar, por lo que asumí que solo podía ser su hermano Aurel. Aunque quise bajar la mirada pronto, este último ya había clavado sus ojos de zafiro en los míos.

—El señor Aurel Domány-Nádasdy —lo anunció la señora Kowalski en cuanto el señor Ivanov dejó de tocar el clavicordio por segunda vez.

No pude dejar de mirarlo mientras él observaba a los invitados.

Vestía de negro al igual que los caballeros que visitaban el castillo aquella noche, pero su chalina era de colores plata y azul rey. Sus cabellos negros y ondulados caían sobre sus hombros, si bien llevaba algunos mechones recogidos en la parte posterior de su cabeza. Se asemejaba más a un príncipe húngaro de algún perverso relato de fantasía que a una persona de carne y hueso, maligno y hermoso a la vez. Si bien yo sabía que era algo mayor que Baltasar e Imre, las edades de los tres hombres Domány-Nádasdy eran indiscernibles entre sí: aunque los tres lucían jóvenes, también compartían un marcado aire de madurez, una cierta dureza en los rostros y una evidente inteligencia en las miradas que sobrepasaba en gran medida la que se percibía en el ser humano habitual.

—Bienvenidos a nuestro hogar —dijo Aurel Domány-Nádasdy, dirigiendo a sus comensales una mirada glacial mientras que Lev Ivanov permanecía quieto ante el clavicordio, la mirada clavada en las teclas.

Se me había hecho un nudo en la garganta, pero me dije que me sentiría mejor una vez Baltasar estuviese allí también.

—Institutriz. Murciélagos —dijo una voz masculina junto a mí.

Era Imre Domány-Nádasdy, a quien no había sentido acercarse por estar absorta en la observación de su primo Aurel. Me puse de pie de inmediato para saludarlo inclinando la cabeza:

—Señor Domány-Nádasdy.

—Tranquilícese, Pavlova —dijo él, arqueando las cejas—. Si hubiese querido castigarla por su torpe exabrupto de ayer, ya lo habría hecho. Cuando una persona me es simpática, no le guardo rencor demasiado tiempo.

—Gracias, señor —le sonreí.

—Bello vestido —comentó—. Ha logrado sofisticarse. Un alivio visual.

—Me alegra no espantarlo, señor —me atreví a decir, y él rio.

Su aprobación me producía un extraño entusiasmo. Tuve que admitir para mis adentros que, vampirismo aparte, lo habría descrito como una de las personas más encantadoras que había conocido en mi vida. Noté que su chaqueta negra había sido brocada con delicadas

flores de hilo dorado y rojo cereza, un trabajo manual exquisito. Llevaba los cabellos sueltos partidos en el medio, y un gran anillo de rubí contrastaba con la piel nívea de su mano derecha. ¡Cuánto habría querido pintar un retrato en colores de aquel vampiro pelirrojo! Él miró a sus sobrinos con apatía y se giró bruscamente hacia el maestro de música cuando este apenas volvía a tocar:

—¡Basta ya, Lev! —le ordenó desde donde estaba, ante todos los visitantes—. ¡Qué pieza musical más horrenda ha elegido usted para dar inicio a la velada! ¡Me tortura, y estoy seguro de que también tortura a mis invitados!

Algunos de los comensales rieron e hicieron comentarios apenas audibles entre ellos. Aunque el señor Ivanov se había detenido en seco al escuchar a Imre, creí detectar un gesto de ira en su rostro.

—¿Qué le gustaría al señor que interpretase? —replicó en tanto fingía poner sus partituras en orden.

—Algo bello y sombrío. Algo pausado, preferiblemente en re menor —replicó Imre sin inmutarse—. Algo que no contradiga la atmósfera de esta noche perfecta.

—Es, en verdad, una noche perfecta —comentó Aurel Domány-Nádasdy dirigiéndome una mirada fugaz. Sentí miedo.

Imre se dirigió hacia donde se encontraba su primo Aurel, y, segundos después, una pareja se adentró en la habitación. El hombre era alto, delgado, de tez muy pálida y espesas barbas negras. Vestía de negro como mis patrones pero, en vez de chalina, llevaba una gruesa cinta negra alrededor del cuello alto de la camisa blanca. Su acompañante, de quien deduje que debía su esposa, también era alta y en exceso delgada. Llevaba los cabellos rubios recogidos en un tocado sobrio, iba vestida de negro al igual que su marido y llevaba un sombrerito a juego.

—Los señores Jakub y Stanislawa Cetner —los anunció la señora Kowalski.

El maestro de música dio inicio a una nueva pieza con las características que Imre Domány-Nádasdy había especificado, y mis pupilos, que aún se hallaban de pie ante el ventanal, volvieron a ocupar sus puestos iniciales en el sofá.

Aurel e Imre Domány-Nádasdy besaron la mano de la señora Cetner, quien no pareció inmutarse ante la apostura de sus anfitriones. Por el contrario, tanto ella como su esposo los observaban con desconfianza.

—¿Crees que los Cetner sospechen lo que somos? —le preguntó Vladislav a Elzbieta.

—No lo sé, hermano, pero me atemorizan —dijo ella.

Recibí la copa de licor y el tentempié de hojaldre relleno de queso, nueces y jamón, que la señora Kowalski me ofreció cuando nuestros patrones no miraban, y engullí el tentempié de prisa, guardándome de ensuciar mi vestido. Los niños, por su parte, recibieron una bandeja especial con rollitos de carne cruda, y un sirviente les llevó copas de plata llenas de aguasangre. A la sazón, el recién llegado señor Cetner se giró hacia mis pupilos, deteniéndose para verlos comer. ¿Sospechaba aquel invitado algo al respecto de la condición de los Domány-Nádasdy? Me dije que era imposible que discerniese a esa distancia que los tentempiés de los niños estaban crudos o en qué consistían sus bebidas, y sin embargo, le susurró algo al oído a su esposa, quien asintió sin mirar hacia nosotros. Minutos después, observé que ambos saludaban sobriamente a los otros invitados, por lo cual olvidé aquel episodio y fijé la vista en las puertas de madera que pronto debían dejar pasar, ora a Magdolna, ora a Baltasar, sin por ello dejar de seguir los movimientos de Aurel Domány-Nádasdy con el rabillo del ojo. Este, por suerte, no parecía tener ningún interés en acercarse a mí o a sus sobrinos, y rogué que no cambiase de parecer.

Cada minuto que tardaba Baltasar era un suplicio, y empecé a preguntarme si Magdolna le habría hecho algo. Cuando las puertas de madera se abrieron y el señor Ivanov dejó de tocar, sentí que toda mi sangre descendía hacia mis pies: Baltasar apareció ante nosotros tomado del brazo de Magdolna, quien sonreía como si acabase de ser coronada emperatriz del mundo.

36
Luz del día

—El señor Baltasar Domány-Nádasdy y… su prometida, la señora Magdolna Domány-Nádasdy —dijo el ama de llaves, cuya voz se quebró al pronunciar el nombre de esta última.

La cabeza me daba vueltas. Creí que me desmayaría al verlos juntos, tanto que tuve que asir el borde del sofá que me sostenía para mantenerme erguida aunque estuviese sentada. ¿Qué demonios significaba aquello? Lo miré suplicante, buscando aun cuando fuese una ínfima señal de que aquella era una equivocación o una pantomima, pero sus ojos no solo no se detuvieron en los míos sino que eludieron por completo la esquina del salón en la que me encontraba. Magdolna, por su parte, lucía triunfal: había elevado el mentón y miraba a un vacío imaginario a sus pies sin dejar de sonreír, sabiéndose admirada. Llevaba un vestido rojo granate de amplísimas faldas de tul que acentuaba la blancura de su piel y la negrura de sus cabellos. Era una Blancanieves diabólica, tan bella como la princesa del cuento y tan aviesa como su madrastra, la reina hechicera.

La espantosa conmoción que me suscitó aquella visión de Baltasar en compañía de Magdolna causó que un velo acuoso cubriese mis ojos: no pude hacer más que observarlos desde las sombras, petrificada. Ambos se detuvieron y Baltasar se dirigió a sus invitados mientras Magdolna lo contemplaba con orgullo.

—Bienvenidos al castillo Báthory en Świętokrzyskie —dijo Baltasar, su semblante serio, su mirada fija en la nieve que empezaba a caer más allá del ventanal. Fui consciente de escuchar un suspiro colectivo de parte de las damas que se encontraban en el salón. Estaba tan guapo que también a mí me robó el aliento, haciendo que el dolor en mi pecho se acrecentase—. Gracias por aceptar nuestra invitación.

Magdolna apartó sus iris azules de Baltasar para clavarlos en una escultura mediana de bronce que se erguía sobre un pilar de mármol junto a la entrada, a su derecha: la obra representaba a Adán y a Eva,

los cuales estaban desprovistos de las características hojas de parra que encubrían su desnudez en otros trabajos artísticos. Ambos mordían una manzana dorada al mismo tiempo y sostenían sobre sus hombros a la serpiente, que los unía en un dulce abrazo en forma de corazón. De repente, Magdolna volvió sus ojos hacia los míos y creí que me sonreía como si pudiera ver en mi interior. Quise gritar pero rehuí su mirada tan pronto como pude, diciéndome que era imposible que Baltasar le hubiese contado lo que había ocurrido entre nosotros. Además, verlo junto a ella ya era lo bastante horrible como para entregarme al miedo que ella me infundía.

Ambos avanzaron hacia el interior del salón y el señor Ivanov siguió tocando la pieza melancólica que había empezado a interpretar a petición de Imre hacía unos minutos.

—¡Por Lucifer! —siseó Elzbieta, saltando del sofá adyacente para tomar asiento junto a mí y sujetar mi brazo—. ¿Se encuentra bien?

Bajé la mirada, negando con la cabeza en tanto un par de lagrimones densos rodaban por mis mejillas.

—¡Domine sus emociones, señorita Pawlak! —murmuró Vladislav, poniéndose de pie frente a mí y ocultándome a la vista de los invitados. Lo miré atónita: aquel niño me hablaba con autoridad, como si fuese un hombre mayor que yo—. No sé por qué mi tío decidió presentarse así en sociedad, en compañía de… *ella* —susurró esta última palabra, mirando hacia atrás un segundo—. Nunca lo había hecho. Solo sé que, por su propio bien, usted tiene que fingir despreocupación.

Asentí, tragando en seco.

—Vladislav tiene razón —dijo Elzbieta, interrumpiéndose para reír de modo forzado, como si estuviésemos conversando de algún tema trivial—. Aun cuando sea por preservar su dignidad —añadió por entre los dientes.

Volví a asentir, forzándome a sonreír también para que mi llanto fuese interpretado como lágrimas de risa en caso de haber sido avistado por alguien. Me limpié los bordes de los ojos con cuidado, haciendo un esfuerzo por centrar mi atención en los rostros de mis pupilos.

—¡Ya ve cómo cualquiera puede caer a un charco, señorita Pawlak! —dijo Vladislav en voz alta para ser escuchado por quien estuviese en nuestra proximidad—. ¡Es una historia muy divertida!

—¡Muy, muy divertida! ¡Las ropas de Vladislav estaban tan sucias tras aquel incidente! —respondió Elzbieta, y entonces supe, sin necesidad de inspeccionar nuestro entorno, que Magdolna se acercaba a nosotros.

Aun así, en esos momentos, Baltasar y la razón de su conducta me importaban más que su pavorosa prometida. O al menos eso creía hasta que sentí la quemazón de la mirada de Magdolna sobre mi rostro. Me atreví a mirarla de reojo. Estaba lo bastante cerca, conversando con uno de los invitados sin apartar la vista de mí.

—Disculpe —escuché que le decía a su interlocutor, tras de lo cual se dirigió hacia donde los niños y yo nos hallábamos.

Tragué en seco, mirando por turnos a mis pupilos.

—Por suerte tienen ustedes tantas ropas hermosas que pueden ensuciarlas jugando sin mayores consecuencias —dije, siguiendo la conversación ficticia que ellos habían iniciado.

—Sobrinos amados —dijo Magdolna, uniéndose a nuestro pequeño grupo—. No esperaba que trajesen con ustedes a su institutriz.

—Ah… sí —dijo Elzbieta—. La señora Agoston aún se encuentra indispuesta.

—Qué curioso —replicó Magdolna, uniendo sus manos frente a su pecho y escudriñándome—. Jamás imaginé que una pobre institutriz pudiese costearse un vestido de tal fineza. ¿De dónde lo sacó, señorita Pawlak?

Pronunció mi apelativo con dulzura y lentitud. Un sudor frío cubrió mi frente.

—Yo la obligué a ponérselo —se apresuró a decir Elzbieta—. Era de mi madre y, por ende, ahora es mío. No quise pasar vergüenza con una institutriz mal vestida.

—Gran error, sobrina —repuso Magdolna—. Los invitados podrían creer que es otra de las señoras de este castillo. Un traje debe dejar claro cuál es la posición de una persona dentro de un núcleo social. Esta es una afrenta a nuestro rango.

—Perdone, señora —empecé a decir cabizbaja, pero ella simplemente tiró con violencia del pendiente que me había obsequiado Vladislav, arrancándolo de la cinta que yo llevaba atada alrededor del cuello.

—¡Eh! —dijo Vladislav, furioso—. ¡Devuélveselo, Magdolna! ¡Es suyo! ¡Yo se lo obsequié!

Elzbieta miró a su hermanito con terror. Mi pupilo no debía haber admitido algo así frente a Magdolna.

—Así que te has encariñado con una sirvienta, Vladislav —dijo Magdolna, cerrando su puño en torno al pendiente—. Eres débil —agregó, helándome la sangre—. ¿No has oído a tu tío Imre decir que no se deben dar perlas a los cerdos? —rio con expresión cáustica—. Me quedaré con este pendiente para que tú aprendas una importante lección de vida, sobrino. Sin embargo, la culpa es de tu institutriz: la servidumbre jamás debe tomar lo que les corresponde a los señores.

Me lanzó una mirada oblicua al decir la frase conclusiva, mientras que yo sentía que el suelo se abría bajo mis pies, tras de lo cual ella se dio media vuelta para hacer las rondas del salón. Me llevé los dedos a la garganta, intentando aliviar el dolor que el tirón de la cinta me había producido. ¿Qué había querido decir exactamente con sus últimas palabras? ¿Se refería al pendiente o a Baltasar?

—Yo diría que salimos bien librados —dijo Vladislav.

—¿Te parece? —dijo Elzbieta exasperada—. Ahora, por tu culpa, *ella* sabe que apreciamos a la señorita Pawlak.

—*Ella* ya lo intuía —dijo el niño—. Por algo nos encerró en el cuarto de castigos. Estoy harto de temerle.

—Yo también —dijo la niña—. ¡Pero tenemos que ser mucho más prudentes, Vladislav!

—Perdón, Elzbieta. Perdón, señorita Pawlak —dijo Vladislav apesadumbrado.

—No se preocupe, señorito. No es su culpa —dije, aunque estaba aterrada.

—Nunca pidas perdón, Vladislav. Es de cristianos y de plebeyos —lo amonestó su hermana—. Recuerda que tío Imre nos lo dijo en varias ocasiones.

—Lo olvidé por un instante —dijo él, sacudiendo la cabeza. Se lo veía abochornado—. No sé qué me pasa.

Quise reír. Su tío Imre también me había reprendido a mí al pedirle yo disculpas por mi imprudencia la tarde anterior. Habría profundizado en el tema con mis pupilos en otras circunstancias, pero las costumbres de su familia y mis propias conjeturas morales acerca del perdón y la humildad podían esperar. Busqué a Baltasar con la mirada y lo hallé conversando con los Cetner al otro lado del salón. Quizás hacía bien en ignorarme para despejar las sospechas de Magdolna, pero yo aún no lograba comprender por qué se había presentado allí con ella. Magdolna fue a su encuentro y empezó a acariciar su brazo mientras él hablaba con sus invitados. Se lo veía cómodo con las caricias de su prometida, y sentí rabia de verdad.

—Lucyna —dijo la señora Kowalski, llamando mi atención—. Venga conmigo. Tengo una nota para usted. Se la envía el señor.

¡Una nota de Baltasar en esos momentos! No sabía si reír o echarme a llorar.

—¿Y bien? ¡Salga del salón y léala en el corredor! —dijo Elzbieta—. ¡Dese prisa! La señora Kowalski vigilará la entrada.

Me puse de pie sin perder tiempo y seguí al ama de llaves, quien abrió las puertas de madera para mí.

—¿Cuándo le entregó a usted la nota nuestro patrón, señora Kowalski? —le pregunté, llena de recelo hacia Baltasar.

—Hace unos minutos, mientras la señora Magdolna hablaba con usted y con los niños —replicó ella en un murmullo—. Sin duda la escribió en sus aposentos y ya la traía consigo al llegar al salón.

Dicho esto, la señora Kowalski me entregó el papel con sumo sigilo y retornó al salón, cerrando las puertas a sus espaldas. Una vez a solas, abrí la nota con el corazón en vilo. Las antorchas que habían sido encendidas en el pasillo me permitieron leer con claridad:

Lucyna:

Le resultará extraño que me presente con Magdolna en el agasajo, y más aún del modo en que voy a hacerlo. Quizás, incluso, llegue a pensar que la he engañado a usted. No es así.

Cuando, hace apenas un rato, confronté a Magdolna acerca de lo que les hizo a mis sobrinos ayer, se entregó a un frenesí tan absurdo que temí saboteara la velada por mi culpa, y lamenté haber reñido con ella justo antes del arribo de los comensales. La observé atónito mientras ella se daba a romper los más finos jarrones y piezas de colección de nuestros padres en el ala este, repitiendo que había echado a perder su buen humor al tratarla como a una niña y no como a mi prometida. Furioso, consideré encerrarla en alguna habitación y lidiar con las consecuencias después, pero nunca he hecho algo semejante y aquello podría haberme acarreado graves problemas posteriores con Aurel, con Imre y con la misma Magdolna, pues se supone que todos los adultos de la familia deliberemos juntos antes de imponer un castigo a otro pariente adulto. Sin embargo, para mi sorpresa, una vez Magdolna se hubo desahogado, no solo adoptó una actitud conciliadora sino que se ofreció a dejar a los niños en paz hasta el día de nuestra boda, a cambio de que me presente oficialmente con ella como su prometido ante nuestros invitados dentro de unos instantes. Me pareció extravagante e innecesario, pero al fin y al cabo conveniente: a ella le complace ostentarme como su posesión, y yo prescindiré de una preocupación en lo referente a mis sobrinos durante un tiempo indefinido.

Tras haber leído el diario de mi madre, creo que lo mejor que puedo hacer es apaciguar a mi prima por ahora para así vivir el tiempo que me resta en relativa serenidad. Perdóneme, Lucyna. No estaba preparado para recibir una noticia tan aciaga en cuanto a mi propio devenir, y apenas estoy sopesando todas las implicaciones que el incumplimiento de mi promesa conllevará. Espero que pueda comprenderme.

No tuve el tiempo de enviarle esta nota a sus aposentos antes de las siete y usted ya debe estar en el gran salón con mis sobrinos. Por lo tanto, sin duda se llevará una sorpresa desagradable al verme llegar del brazo de Magdolna. Le ruego reciba sin rencor esta breve explicación de mi proceder y procure hacer caso omiso de mi prima en lo posible mientras ambas se encuentren en la misma habitación. Ya podremos hablar a solas una vez concluya la cena.

Suyo, como usted mía,

Baltasar.

La indignación y el dolor que había sentido dieron paso a un sentimiento de vergüenza de mí misma a causa de mi reacción apresurada. Lamentaba que los niños se hubiesen dado cuenta de que había llorado de celos y decepción por algo tan simple y que tenía tan fácil explicación. Por otra parte, me preocupaba que Magdolna fuese capaz de intimidar y manipular a Baltasar con métodos tan infantiles como una rabieta intempestiva aunque no pudiese desconocer la importancia que aquella velada tenía para él, dado que había convocado a los vecinos porque así se lo había recomendado su difunta hermana Petronÿa.

Oculté la nota en el bolsillo de mis faldas. Tendría que releerla varias veces hasta recobrar la confianza en Baltasar: una cosa era tener presente su compromiso, y otra muy distinta verlo con su prometida. Apenas empezaba a comprender las dimensiones de mis sentimientos y las malas sorpresas que podían traerme. Con esto en la mente, me di prisa en retornar al salón para no despertar sospechas.

Di un par de golpecitos en la puerta, que la señora Kowalski abrió sin perder tiempo, pero en cuanto di un paso al frente, Aurel Domány-Nádasdy se interpuso en mi camino. Ahogué una exclamación. ¿Había estado esperándome, acaso?

—Ahora entiendo por qué Baltasar está tan interesado en usted —dijo con seriedad, forzándome a mirarlo directamente.

Por hermosa que fuese su fisionomía, aquel hombre solo me infundía terror, y no solo por su condición de vampiro.

—Señor Domány-Nádasdy —dije a modo de respuesta—. Es un honor trabajar para su familia.

—¿De veras lo cree así? —inquirió frunciendo el ceño—. Será bueno llegar a conocerla mejor. Me gustaría hablar con usted a solas una de estas noches para hacerle una serie de preguntas, y quizás ciertas recomendaciones.

Para entonces, yo ya sabía que Aurel Domány-Nádasdy había negligido la educación de Elzbieta y Vladislav tras contratar a Rózsa,

pues no se había molestado en verificar que la última hiciese su trabajo en ningún momento. Por ello, no podía imaginar qué clase de reunión querría tener conmigo.

—Como usted ordene, señor —contesté a pesar de mí. De haber estado en otra posición, le habría dicho que no lo vería a solas ni en sueños.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió sin apartar sus ojos de los míos.

—Lucyna Pawlak, señor —respondí.

—¿Lucyna? —preguntó—. ¿De veras?

—Así es, señor —afirmé, intentando ocultar mi inquietud.

—Luce asustada —comentó—. Dígame, ¿no conoce usted el significado de su nombre?

—Sí, señor... sé que significa *luz del día* —mascullé mirando dentro de sus ojos azules oscuros, aterrada por el comentario inicial y desconcertada por la pregunta subsiguiente.

—¿Y esto no la ha llevado a ninguna conjetura interesante? —preguntó él—. Al menos ve la ironía de la situación, ¿no? —entonces añadió en baja voz—: No es extraño que Baltasar se obstine en lo que no puede tener.

—¿A qué se refiere, señor? —balbucí sobresaltada.

—Oh, solo bromeo. Como ya debe saberlo usted, puesto que es asunto de conocimiento común en este castillo, resulta que, a causa de nuestro mal hereditario, los Domány-Nádasdy adultos debemos procurar no exponernos a la luz del día. No debe ser más que una absurda coincidencia, supongo. Con permiso… Lucyna —dijo, y se alejó sin mirarme de nuevo.

37
La cena

Mi corazón dio un vuelco. Solo entonces me topé con la mirada de Baltasar, quien me observaba desde el otro lado de la habitación. Lucía molesto. No había escuchado uno solo de sus pensamientos en aquel recinto y me pregunté si se debía a que había tantas personas allí. Aurel Domány-Nádasdy fue a reunirse con otros de los invitados y yo me dirigí a donde Vladislav y Elzbieta me aguardaban hablando en voz baja entre ellos.

—¿Y bien? —inquirió Elzbieta, agitando sus manos—. ¿Por qué llegó aquí tío Baltasar con Magdolna? ¿Se lo explicó en la nota?

Asentí, deseando ocultar mi enfado con Baltasar.

—Ella le aseguró que los dejaría a ustedes tranquilos si él la complacía presentándose junto con ella esta noche como su prometido —susurré.

—¡Cuán generoso de parte de tío Baltasar! —dijo Vladislav con aire de sorpresa.

Rogué que así fuera.

—La palabra de Magdolna no tiene valor, a menos que llegue acompañada de un juramento —dijo Elzbieta—. Sé que seguirá atormentándonos aunque lo haga con mayor sutileza. En fin. Imagino que esta pequeña reunión es lo más cercano a una celebración de compromiso que Magdolna podrá aspirar a tener. Me pregunto si con eso pretendía dejarles en claro a las señoras de los castillos vecinos que Baltasar le pertenece solo a ella —agregó, pensativa—. Hay varias mujeres guapas aquí, y Magdolna se enfurece cuando alguna dama agraciada coquetea con él, lo cual ocurre cada vez que salimos o tenemos compañía.

—Eso es cierto —dijo su hermano menor.

—Sin embargo… no deja de ser una extraña petición, por más que provenga de Magdolna —prosiguió mi pupila con semblante

dubitativo—. Aunque nos advirtió que esta noche haría un anuncio, hay algo en todo esto que me preocupa sobremanera.

—¿Notaste el modo en que tío Aurel ha estado mirando a la señorita Pawlak? —le preguntó Vladislav a Elzbieta—. Espero que eso no le traiga problemas.

—Tío Aurel debe sospechar algo —contestó Elzbieta—. El asunto es que tío Baltasar no se ha molestado en ocultar su interés por la señorita Pawlak… y fue demasiado.

Suspiré angustiada.

—Cuánto me habría gustado dedicarme a instruirlos en otro lugar, lejos de tantos peligros —dije.

—No diga tonterías, señorita Pawlak. Estoy segura de que su vida era muy aburrida antes de venir aquí —replicó Elzbieta.

—El aburrimiento es un lujo que he venido a apreciar algo tarde —afirmé intentando sonreír.

Vladislav me miró muy serio y dijo:

—Usted no estaría sufriendo de este modo si no fuese por tío Baltasar.

De no haber sido por él, habría huido, pensé, pero no dije nada.

—Vladislav tiene razón. Si yo fuese caritativa, le aconsejaría que procurase olvidarlo, puesto que está comprometido con Magdolna —dijo Elzbieta—. Es solo que me satisface enormemente que tío Baltasar la prefiera a usted: Magdolna no solo tendrá que casarse con un hombre que no la ama sino que, además, está encantado con nuestra institutriz. ¡Es maravilloso!

Soltó una carcajada grave a la cual su hermanito se unió, aplaudiendo.

—No es maravilloso, señoritos, ¡es terrible! —dije—. Los celos de su prima ponen mi vida en peligro.

—Al menos ahora está viviendo de verdad, señorita Pawlak —comentó Elzbieta con una sonrisa astuta.

Me atreví a mirar a Baltasar, quien a la sazón escuchaba hablar a una de sus invitadas con la mirada clavada en la alfombra. Magdolna, entre tanto, intentaba sujetarlo del talle. De repente, Baltasar me miró, y pude escucharlo con la mente:

No dejo de pensar en usted. Recuerde que es mía como yo soy suyo.

Sentí el calor ascender por mi cuerpo. Yo tampoco dejaba de pensar en él. ¿Cómo podía resignarme a perderlo? Aunque hubiese logrado comprender su razonamiento al respecto de la procreación, Baltasar pedía demasiado de mi parte. No podía apoyarlo en su plan de perecer por incumplir una promesa. ¡No me importaba que se casara con Magdolna ni que tuviera mil hijos con ella! Además, y esto era quizás más importante que todo lo demás, yo sabía que él tampoco quería morir.

No incumpla su promesa, por favor, le rogué con el pensamiento.

Lo vi cerrar los párpados un instante. Me había escuchado. Aún podía lograr hacerlo cambiar de parecer. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de convencerlo.

—La cena está lista —anunció entonces la señora Kowalski—. Pueden pasar al comedor.

Tras estas palabras, abrió la puerta de hierro con cristales rojos empotrada en el muro derecho del gran salón, revelando así el fastuoso comedor adyacente.

Los comensales avanzaron con curiosidad hacia la estancia, de donde provenía el aroma de los más exquisitos platillos. Conforme entraban, un sirviente de talante pomposo los ubicaba en sus respectivos puestos, y yo me pregunté si Baltasar lo habría planeado todo de antemano o si se lo habría delegado a la señora Kowalski. Aquella noche descubrí que los Domány-Nádasdy tenían más sirvientes de los que yo había supuesto inicialmente, lo cual explicaba que todo el lugar estuviese siempre en perfectas condiciones.

Las paredes del comedor estaban pintadas de amarillo pálido, y un gran candelabro de cristal que pendía del techo iluminaba la larguísima mesa que se extendía casi de un extremo al otro de la habitación, pudiendo así acomodar a numerosos comensales. Me rezagué con mis pupilos hasta que fue nuestro turno de tomar asiento. Para mi gran alivio, fui ubicada junto a ellos y a una distancia prudente de Magdolna, quien no podría observarme a lo largo de la cena sin ponerse en evidencia, pues había varios invitados entre las dos. Baltasar ocupó la cabecera de la mesa junto a Magdolna, y Aurel

ocupó la otra cabecera, más cerca de mí. Imre, por su parte, tomó asiento junto a Aurel, quedando frente a Elzbieta.

Tanto la vajilla como la cristalería eran hermosas y su delicado trabajo se apreciaba aún mejor sobre los manteles blancos y dorados. Las enormes fuentes de plata que contenían los diversos alimentos estaban posicionadas a lo largo de la mesa, en cuyo centro, bajo el candelabro de cristal, se apreciaba una torrecita de plata con los postres, que se veían deliciosos. Por la gran cantidad de cubiertos ante mí, adiviné que esta sería una cena de múltiples cursos, quizás ocho. Puesto que los niños, Aurel, Imre y yo ocupábamos uno de los extremos de la mesa, me dije que los pequeños podrían limitarse a comer carne cruda sin que los invitados lo notasen, y en cuanto las fuentes de plata fueron destapadas por los sirvientes, descubrí que uno de los recipientes frente a nosotros había sido discretamente preparado para ellos. Aurel e Imre, por el contrario, empezaron a degustar los espárragos del primer plato al igual que sus invitados y yo, mientras que mis pupilos simplemente los hacían a un lado tras moverlos un poco con el tenedor. Claramente, Elzbieta y Vladislav sabían cómo disimular sus requerimientos alimenticios. No lograba ver el plato de Magdolna con claridad desde donde me hallaba, así que no supe si ella podía consumir alimentos cotidianos, pero preferí preguntárselo más tarde a Baltasar en vez de estirar el cuello mirando hacia mi izquierda para saciar mi curiosidad.

—A decir verdad, no esperaba tal lujo en un paraje tan remoto, a pesar de la magnificencia exterior de este castillo —escuché que mi vecina, una mujer rubicunda de cabellos color avellana, le murmuraba a su compañero de mesa, un hombre de mostachos grises—. No recuerdo haber sido convidada a una cena tan espléndida en la ciudad.

—Yo tampoco —replicó con jovialidad su interlocutor.

—Nos alegra que hayan podido acompañarnos en esta ocasión —dijo Baltasar elevando su copa, y todos guardaron silencio entonces—. Creo que es hora de estrechar los lazos entre castillos vecinos.

—Esperamos, asimismo, tener el gusto de visitarlos en sus respectivos hogares… si ustedes desean extendernos la bienvenida,

por supuesto —agregó Imre, dirigiendo por turnos sus ojos a los comensales, quienes, uno a uno, asintieron, incluidos los Cetner. Solo estos últimos lucían circunspectos, aunque no exactamente alarmados: si acaso sospechaban algo de mis patrones, jamás habían escuchado hablar del truco implementado por los vampiros para hacerse invitar a los hogares de sus víctimas. Los otros asistentes, sin excepción, recibieron con deleite el prospecto de una visita de los nobles Domány-Nádasdy. Suspiré con pesar, comprendiendo que todos habían caído en la trampa. Ahora mis patrones podrían entrar a sus moradas cuando quisieran y alimentarse de ellos hasta la saciedad. Noté que Aurel me miraba con expresión inquisitiva, y de inmediato me forcé a sonreír, diciéndole a Vladislav por lo bajo que quizás podría conocer los caballitos de sus vecinos, sintiéndome culpable hasta los huesos por mi silenciosa complicidad.

Baltasar, por su parte, no daba indicios de oponerse a lo que su primo Imre acababa de lograr. Por el contrario, sonreía con los labios cerrados y aire de satisfacción. Tenía altos estándares morales para ciertas cosas, y nulos para otras… como presentarse allí con Magdolna. Había preferido herir mis sentimientos a arriesgar el éxito de la velada. Podía comprenderlo, pero no sabía si deseaba perdonarlo. A la sazón noté que el señor Ivanov, que estaba sentado entre dos parejas de invitados, tenía una expresión torva. Aquel hombre, a pesar de estar en una posición similar a la mía en el castillo, cada día me gustaba menos. Aurel Domány-Nádasdy debió detectar mi disgusto porque me preguntó en voz baja ante Elzbieta y Vladislav:

—¿Qué opinión le merece el maestro de música, señorita Pawlak?

Sentí que me coloreaba de rosa, sabiéndome descubierta.

—A duras penas si lo conozco, señor —respondí tras aclararme la garganta—. Toca muy bien el clavicordio, sin duda.

—No le pregunté si lo conoce bien, ni si lo considera un músico hábil. Pregunté qué opinión le merece —sentenció. En aquel momento me pareció que su mirada no ocultaba nada: me observaba a mí, sin máscaras. Sacudí la cabeza, cerrando los ojos un instante para evitar caer en algún hechizo vampírico.

—Me da la impresión de que es falso y arrogante —dije, mirándolo a los ojos de nuevo. No comprendía por qué había reciprocado su sinceridad con una afirmación tan poco diplomática. Quise morderme la lengua pero era demasiado tarde. Era como si él hubiese logrado extraer las palabras de mi corazón sin esfuerzo alguno.

—También a mí —replicó con voz ronca, dirigiéndole una mirada breve al señor Ivanov y procediendo a brindar con los invitados que se hallaban junto a Imre.

El vino empezó a reconfortarme conforme consumíamos los distintos platos, más delicados y aún más deliciosos que los cotidianos, y observé que los comensales, incluso los señores Cetner, hablaban más fuerte y con más soltura. Baltasar conversaba tranquilo con sus compañeros de mesa, entre quienes se hallaba Magdolna, cuya risa aguda resonaba por todo el recinto. Imre, por su parte, hacía comentarios sarcásticos velados que al parecer solo sus sobrinos y yo comprendíamos. Aurel guardaba silencio, masticando sus alimentos lentamente, asintiendo o negando con la cabeza cuando alguno de los invitados le preguntaba algo, o respondiendo con laconismo a sus interjecciones. De repente, cuando se servía el cuarto plato, un espeso y aromático estofado de conejo que estaba delicioso, Aurel comentó en voz alta:

—Hace un par de años, mi hermana Petronȳa y mi primo Laurentius, padres de estos dos niños que hoy nos acompañan, fueron atacados en el extremo de nuestros bosques que colinda con la propiedad de los señores Cetner. Como resultado, ambos perecieron.

Aunque algunos invitados dejaron escapar exclamaciones de sorpresa y otros murmuraron por lo bajo cuánto lo sentían, pronto se hizo un silencio abrumador.

—Qué extraño —dijo con un hilo de voz la mujer que estaba sentada junto a mí, quien ya estaba medio ebria—. Hace un poco más de dos años, los Cetner acababan de perder a su única hija, si no estoy mal. Era una joven mujer. Dejó a un hijo huérfano. Fue una tragedia... tanto así que llegó a nuestros oídos a través de la servidumbre, que se reúne en el poblado los domingos para asistir a misa.

—Ah, ¿sí? —inquirió Aurel, cuyas cejas negras se unieron,

dirigiéndose a los Cetner—. ¿Qué le ocurrió a su hija, señores?

—Aún no… no lo sabemos bien —respondió la rubia señora Cetner sin elevar la mirada de su plato.

—¡Una bestia salvaje ingresó a nuestra propiedad durante la noche y la agredió mientras dormía! —prorrumpió su esposo con expresión iracunda—. ¡Nuestra bella hija amaneció desangrada en su lecho!

—Por la magnitud del ataque, sospechamos que fueron dos… bestias hambrientas —murmuró la rubia, cuya voz se tornó llorosa—. Fuera lo que fuese, intentó consumirla viva. Tenía marcas de mordeduras por todo el cuerpo y... su rostro había sido devorado casi en su totalidad.

La mujer que se hallaba junto a la señora Cetner posó su mano en el hombro de esta última, en un gesto solidario.

—¿Qué clase de bestia haría algo así? —preguntó el hombre de mostachos grises, temblando.

—Lobos —dijo entonces Magdolna desde el otro extremo de la mesa —. Por la gravedad del ataque que describe, debieron ser dos lobos. ¡Pobre mujer indefensa!

Baltasar pareció no inmutarse ante la respuesta de su prima. ¡Dos lobos! ¡Como en mi pesadilla! Yo se la había contado a Baltasar en la nota que le había enviado esa mañana. ¿Cómo podía no reaccionar y no revelar ninguna emoción por medio de sus gestos?

—Lobos —susurró Imre, poniendo los ojos en blanco.

Aurel, entre tanto, parecía estar conteniendo una gran furia. Miraba al frente mientras empuñaba sus cubiertos con tal fuerza que sus nudillos se tornaron blancos. Al final dejó los cubiertos sobre la mesa y se enderezó en su asiento, cerrando los párpados un instante.

—Disculpen —dijo el hombre de cabellos blancos y contextura gruesa sentado junto a Baltasar, aclarándose la garganta. Este era, sin duda, el mayor de los visitantes—. Tal comportamiento no es propio de los lobos. Aunque me tilden de supersticioso, diré que nuestros campesinos saben exactamente qué criatura haría algo así.

—¿De qué criatura habla, señor Nowak? —inquirió Imre con expresión juguetona.

—¡*Vampyr*! —exclamó el señor Nowak—. ¡Estas tierras están

infestadas!

—No pretenderá que creamos en ese tipo de fábulas —dijo Aurel, sus ojos azules relampagueando—. Somos gentes civilizadas.

—Los vampiros existen, y todos ustedes harían bien en creerlo —respondió el señor Nowak, apuntando con su índice a todos los comensales—. De hecho, tengo en mi poder un libro escrito por un anciano sacerdote suizo, de nombre Anastasio, experto cazador de vampiros. Me complacería enseñárselo a usted, tal y como se lo enseñé al señor Cetner tras la muerte de su hija. ¡Es muy convincente!

—No necesito ver su libro para saber que mi hermana y mi cuñado no fueron atacados por ningún vampiro, señor Nowak —sentenció Aurel con semblante enfadado.

Él sí que era muy convincente.

—Yo, en cambio, estaría muy interesado en ver ese libro —intervino Baltasar.

—Será un gran placer y un honor enseñárselo a usted, puesto que su hermano Aurel es tan escéptico —repuso el hombre de cabellos blancos, asintiendo con firmeza.

—Espere mi visita pronto —le contestó Baltasar con gesto amable.

—¿Cuántas gentes habrán sido asesinadas en estas tierras tras ser confundidas con espectros infernales? —intervino Aurel—. Quizá, incluso, en venganza, siendo culpadas del ataque cometido por otra… criatura —agregó, y creí que miraba a Magdolna a través de la mesa.

Noté que el señor Cetner lucía incómodo.

—¡Tiene razón, señor Domány-Nádasdy! —dijo mi vecina de mesa, dirigiéndose a Aurel—. Debemos ser prudentes y confiar en Dios.

Aurel rio por lo bajo, tras de lo cual bebió con generosidad de su copa.

—Mi hermana y su esposo fueron emboscados antes del amanecer mientras cazaban —afirmó, depositando su copa vacía frente a su plato—. He esperado largo tiempo para hacer justicia. Me es preciso esclarecer quiénes estuvieron detrás de sus muertes.

—Tenemos un problema de bandoleros en las montañas —dijo el hombre de bigotes grises—. ¡Debemos hacer algo al respecto!

—Motivo de más para establecer una comunicación frecuente entre

los castillos —repuso Baltasar, cuya mirada continuaba evadiéndome por completo—. Debemos prevenir estas situaciones en el futuro.

Su actitud conciliadora me resultaba intolerable aquella noche.

—¡De acuerdo! —dijo la dama sentada junto a mí, y todos elevaron sus copas, incluido el señor Cetner.

Para entonces, yo estaba bastante segura de que tanto Aurel Domány-Nádasdy como yo habíamos resuelto el misterio de la muerte de los padres de los niños, cada uno por cuenta propia.

38
Tradición familiar

Servidos los postres, la tensión se había disipado y los invitados habían vuelto a reír con las chanzas típicas de las gentes acaudaladas.

—Ahora que nos hemos puesto de acuerdo al respecto de algo tan esencial como nuestra seguridad —dijo Magdolna, de repente—, deseo hacer un anuncio importante ante nuestros vecinos.

Mi corazón se detuvo. Todos los comensales se giraron hacia ella, expectantes. Vladislav tomó mis dedos por debajo del mantel y los apretó con fuerza dentro de su manecita fría.

—Como saben, Baltasar y yo estamos comprometidos. Resulta, queridos vecinos, que nuestros padres nos prometieron en matrimonio cuando aún éramos niños, siguiendo la tradición familiar —prosiguió ella—. Pues bien, aunque los Domány-Nádasdy nos preciamos de honrar a cabalidad la memoria de nuestros ancestros, Baltasar y yo nos hemos visto obligados a postergar indefinidamente la fecha de nuestros esponsales por motivos ajenos a nuestra voluntad, entre ellos una serie de lutos familiares.

Los invitados asintieron con expresiones comprensivas mientras que Baltasar la contemplaba.

—Sin embargo —continuó su monólogo Magdolna—, por fortuna para nosotros, el tiempo de espera ha concluido al fin: tras haber creído todos estos años que nuestros padres no habían estipulado una fecha límite para nuestra boda, encontré, ¡oh, dicha!, el libro familiar en el cual la inscribieron. Es como si nuestros padres hubieran sabido de antemano cuál sería la temporada ideal para una ocasión tan solemne, pues el momento se avecina. ¡Siempre he sentido que nos observan desde el más allá! Y aún podemos cumplir su voluntad al dedillo, como debe ser. ¿No es hermoso?

—¿Qué día debemos casarnos a más tardar, Magdolna? —inquirió Baltasar con lentitud, su semblante inexpresivo.

El pánico se apoderó de mí.

—El sexto día de febrero del año en curso, Baltasar querido. ¡Tenemos un mes para hacerlo! ¡Salud!

—¡Salud! —respondieron los invitados al unísono, elevando sus copas, felices de tener un motivo de celebración para entregarse por completo a la ebriedad.

Fui incapaz de unirme a aquel espantoso brindis. ¡Un mes a más tardar!

—Nos habría gustado invitarlos a nuestra boda —añadió Magdolna, dirigiéndose a los comensales—. Pero esto no será posible, ya que nuestros padres decidieron que nos casemos en una ceremonia privada en Venecia, tal y como ha sido la costumbre en nuestra familia hace varias generaciones. Es obvio que eligieron el seis de febrero de este año como fecha límite para nuestra boda pues se trata de la víspera del inicio de la Cuaresma, también conocida como *Mardi Gras*, tras de la cual el carnaval concluye. Nadie debe casarse en Cuaresma, por supuesto. Es de pésimo gusto celebrar en épocas de recogimiento. Nuestra familia ya había planeado viajar a Venecia como todos los años en temporada de carnaval, y partiremos pronto. Tenemos un bello *palazzo* allá. Pero les aseguro que los convidaremos a una reunión de primavera en este castillo en cuanto retornemos de nuestro viaje de bodas.

—Señores —dijo Imre, poniéndose de pie con languidez—, los invito a pasar al salón a beber oporto.

Los hombres lo siguieron y las damas permanecieron en el comedor. Baltasar pasó ante mí sin mirarme, conversando con el invitado de cabellos blancos que había prometido enseñarle el libro escrito por el sacerdote cazador de vampiros. Yo no podía con tanto. Aunque creía que Baltasar debía cumplir su promesa para preservar su vida, no había imaginado que dispusiéramos de tan poco tiempo, y de nuevo sentí que las lágrimas amenazaban con cubrir mi rostro. Aprovechando que algunas de las damas se habían puesto de pie para acercarse a hablar con la futura novia, me excusé diciéndoles a los niños que regresaría sola a mi habitación ya que la señora Kowalski estaría ocupada hasta que los invitados partieran.

—Es peligroso. A tío Baltasar no le agradará la idea —dijo Vladislav.

—Su tío Baltasar es dueño de sus actos y yo de los míos —dije luchando para contener mis emociones—. Además, su prometida está aquí.

—Parta de inmediato —dijo Elzbieta consternada—. Hágalo antes de que alguien note cómo se ha descompuesto.

Dejé la estancia tan pronto como pude, esperando ser ignorada tanto por los hombres Domány-Nádasdy como por sus invitados. Por suerte, nadie me abordó. Así pues, atravesé el gran salón y me escurrí por entre las puertas de madera. Había dejado mi linterna en el pasillo, cerca de la entrada, y volví a encenderla aunque las antorchas iluminaban aquel tramo del corredor. En cuanto me hube alejado lo bastante, le di rienda suelta a mi llanto y sollocé calladamente, lamentándome de mi suerte. Parte de mí deseaba seguir viendo a Baltasar, y otra quería ponerle fin a aquel descabellado amorío que yo misma había iniciado. ¿O lo había iniciado él? ¿Qué más daba que me enviara bellas cartas si no era capaz de dirigirme una mirada cuando más lo necesitaba yo? Lo que debía hacer en aquel momento, sin importar lo que determinase después de hablar con Baltasar, era preservar mi dignidad, tal y como me lo había aconsejado Elzbieta. Caminé por los pasillos escuchando el eco de mis propios pasos entre los muros empedrados. No miré hacia atrás hasta llegar a las escaleras y alcanzar la primera planta, tras de lo cual continué mi camino en dirección al ala oeste. En cuanto hallé un intersticio resguardado a mi izquierda, me detuve con el fin de recuperar el aliento. Al principio, creí que mi respiración se había tornado carrasposa. Aun así, segundos después, me percaté de que escuchaba un lamento débil proveniente del otro lado del muro. Con el corazón desbocado, agucé el oído y percibí el quejido de nuevo: aquella era, sin duda, una voz humana. Aterrada, me desplacé a lo largo del intersticio buscando algún relieve que pudiese indicar que allí había una entrada. La oscuridad era tal que la luz de mi lámpara no bastaba, por lo cual continué palpando la piedra conforme avanzaba. Por unos instantes reinó el más absoluto silencio y creí haber imaginado aquella voz, pero, de repente, otro

gemido alcanzó mis oídos. Mis lágrimas de tristeza se convirtieron en lágrimas de miedo: ¿qué hacer? No podía, simplemente, seguir de largo y hacer caso omiso de lo que acababa de escuchar. Jamás podría olvidar algo así, y tampoco podría perdonarme no hacer nada al respecto. Deposité mi linterna en el suelo y acaricié la piedra del muro con los dedos hasta que, finalmente, me topé con un segundo intersticio más profundo y sentí la fría suavidad del hierro: había hallado una puerta oculta. Tomé mi linterna otra vez, acercándola a la puerta con el fin de ver su cerradura. Para mi sorpresa, solo un grueso pasador la mantenía cerrada. Lo moví con fuerza para deslizarlo sobre su propio eje, liberándolo así de la hendidura en el muro y empujando la puerta hacia delante con la mano que sujetaba la linterna. Vislumbré, ante mí, un túnel corto que derivaba en escalones descendentes. Me dije que aquel debía ser uno de muchos pasadizos ocultos en el castillo, y me obligué a pisar los primeros peldaños empedrados. Fui consciente de cuán estrepitosa resultaba mi respiración exacerbada pero no podía controlarla. Por si fuera poco, había dejado la puerta ajustada tras de mí, y solo podía rogar que nadie la asegurase a mis espaldas mientras yo me hallaba ahí dentro.

—¿Hola? —llamé quedamente para no ser escuchada desde el exterior.

El mismo quejido desgarrador me contestó antes de que pudiese apoyar el pie en el escalón sucesivo, y por poco pierdo el equilibrio: estuve a punto de rodar gradas abajo pero logré estabilizarme y continuar descendiendo hasta hallarme en una estrecha galería aún más oscura que el tramo de peldaños recién recorrido.

—¿Quién está ahí? ¡Responda, por favor! —susurré llena de angustia.

—¡Auxilio! ¡Ayúdeme! —exclamó una voz masculina desde la negrura del fondo de la galería

Corrí con premura hacia el lugar de donde la respuesta había procedido, solo para chocar contra una puerta enrejada y caer hacia atrás debido al impacto. Mi linterna rodó sobre el suelo inclinado, deteniéndose junto a la reja e iluminando una pequeña celda en cuyo interior se erguía, a duras penas, un hombre encorvado de ropas

raídas. Este se aferraba a los barrotes de la puerta y, tanto por su contextura como por la túnica que llevaba puesta, daba la impresión de estar muy débil y maltrecho.

—¿Quién es usted? —gemí, sobrepasando el dolor que me habían producido el choque y la caída para ponerme de pie—. ¿Quién lo encerró aquí?

Sacudí con ímpetu la puerta de la celda, que no cedió. Mientras su figura borrosa cobraba nitidez ante mis ojos húmedos, yo comprendía el despropósito de mi segunda pregunta: aquel hombre era, claramente, un prisionero de los Domány-Nádasdy.

—¡Soy un sacerdote, hija, sácame de aquí! —clamó él, zarandeando la reja con violencia, causando que los extremos inferiores de las varillas de hierro rechinasen contra el suelo.

¡Un sacerdote! Los Domány-Nádasdy odiaban la religión, y sin duda también a los clérigos que la promovían. Aquel pobre hombre de facciones distorsionadas e insondables ojos oscuros que se perdían en sus cuencos debía estar pagando la rencilla generacional que los descendientes de Erzsébet Báthory sostenían con el clero. Tomando mi lámpara de nuevo, la elevé para inspeccionar la cerradura de la celda y observé que dos pesadas cadenas con sus respectivos candados la aseguraban.

—¡Lo intentaré! —repliqué, tirando de las cadenas con todas mis fuerzas y golpeando ambos candados con la base de metal de mi lámpara.

—¡Date prisa! —clamó él—. ¡Quizás regrese pronto para alimentarse de mí y nos mate a los dos si nos descubre!

—¿Quién? —chillé, extrayendo de mi bolsillo la llave de mi habitación para introducirla en la cerradura de uno de los candados y moverla en todas las direcciones con la esperanza de que cediera, lo cual fue fútil.

—¡Esa criatura infernal! ¡*Vampyr*! —gritó él.

—¿Cuál de todos ellos? —gimoteé en tanto intentaba abrir el otro candado del mismo modo, sin éxito alguno.

—Yo —dijo una voz profunda tras de mí, y en ese instante creí que perdería el sentido.

39
Barba Azul

—Ha descubierto mi secreto —murmuró—. ¿Nunca leyó, acaso, el cuento de *Barba Azul*? ¿Cómo se le ocurrió que husmear en un castillo como este sería buena idea?

Sus ojos dorados brillaban en la penumbra. Imre Domány-Nádasdy me observaba, en aquella ocasión, con la absoluta tranquilidad del asesino experto que se sabe victorioso. Yo había enmudecido, apoyando la espalda contra la reja que me separaba del sacerdote. Estaba temblando tanto que el vampiro pelirrojo rompió a reír meneando la cabeza. Su perfecta hermosura, irónicamente, lo hacía más terrorífico.

—Le dije que me era simpática. ¿Por qué tenía que arruinarlo todo? Podría haberla castigado sin consecuencias tras su intromisión de ayer y no quise hacerlo… pero esta es una falta imperdonable —susurró con voz ronca—. Hay un sinfín de errores que dejo pasar en la cotidianeidad, pues sé que la servidumbre es, y siempre será, defectuosa. Sin embargo, los Domány-Nádasdy pagamos la desobediencia con la muerte. Usted sabía que no debía ir a ningún lugar sin autorización explícita, y contravino esa orden deliberadamente. Es casi como si quisiera morir.

—No quiero morir —balbucí.

—¡Rece, entonces! —vociferó, avanzando hacia mí y tirando con ira de mis cabellos para forzarme a echar la cabeza hacia atrás. Sus colmillos afilados habían crecido varios centímetros, su piel se había hecho translúcida y sus ojos amarillos habían adquirido un tono rojizo, como si se hubiesen teñido de sangre—. ¡Pídale a Dios que la salve!

—¡No! —grité aterrada.

Él se detuvo a un milímetro de mi piel, respirando en mi cuello. Su aliento tibio me puso los pelos de punta y lloré anticipando su

punzante dentellada.

—¿No qué? —inquirió.

—Ella es joven y lozana, señor —balbuceó el sacerdote tras de mí—. Tómela como alimento ahora. No escuche su súplica.

¡Maldito sacerdote! Deseé con el alma nunca haber descendido a ese lugar con el fin de socorrerlo. ¡Todo por mi desatinado altruismo! ¡No podía creer que iba a morir por un cura!

—¡Tú cállate, homúnculo! —le dijo Imre al sacerdote—. ¡Tu turno llegará! ¿No qué, Pavlova?

—No voy a rezar —lloriqueé con inmenso dolor moral, encarando la inminencia de mi propia muerte. La perspectiva de despedirme de mí misma para siempre me pesaba más que cualquier horrible situación que hubiese concebido en mi imaginación hasta la fecha, más que la posibilidad de ser torturada, incluso, y más que la tristeza que con seguridad experimentaría mi familia al saberme muerta. Aunque hubiese creído escuchar la voz de la difunta Petronÿa en compañía de Baltasar, nada me garantizaba que habría un más allá para mí, ni que preservaría mi conciencia individual al marchitarse mi cuerpo. No había entablado un lazo afectivo con ninguna deidad en vida, y asimismo me sentía incapaz de implorar a ninguna de estas a la hora de mi muerte. Acepté que mi casa espiritual estaba vacía: el escepticismo continuaba siendo mi verdadero Dios—. Si voy a morir, voy hacerlo con honestidad.

—¿Cómo dice? —preguntó el vampiro, soltando mis cabellos y apartándose un poco para mirarme desde su altura formidable.

—Señor… yo ya había descubierto su secreto —dije entre lágrimas, mi respiración entrecortada. ¡No podía creer que me estuviese dando la oportunidad de explicarme! Aun así, sabía perfectamente que cualquier palabra que pronunciase podría convertirse en mi epitafio. Era tarde para arrepentirme de haber seguido el impulso compasivo que hacía parte de mi naturaleza. Sabía que pedirle perdón a Imre Domány-Nádasdy por un rasgo de carácter que él juzgaba débil sería una pérdida de tiempo—. Si bien no sabía que tuviese usted a este hombre encerrado aquí… yo ya sabía… ya había deducido… lo que usted y sus parientes son. Y, aunque les temo con todo mi ser, jamás

se lo habría contado a nadie. Si bien soy impulsiva, no soy una delatora —musité en tanto el llanto cubría mis mejillas. Decir esto acerca de mí misma me suscitaba una nostalgia desconsoladora. Me gustaba ser quien era: yo me conocía, me apreciaba y me respetaba. Descubrir en ese momento que me amaba a mí misma de un modo desmesurado, y pensar que dejaría de existir, me partía el alma—. Tampoco partí del castillo cuando lo descubrí, aunque su hermano Baltasar me aseguró que sería libre de marcharme cuando así lo quisiera.

—Baltasar es un idiota —masculló Imre con una risita sofocada—. Pero, dígame, ¿cómo descubrió nuestro secreto? ¿Quién se lo dijo?

—Nadie tuvo que decírmelo —afirmé, y no era del todo falso: Baltasar había confirmado mis sospechas, que era distinto—. Leo muchos libros de vampiros… y, al fin y al cabo, soy una campesina polaca. Fue fácil, en realidad.

Imre soltó una carcajada que retumbó por todo el recinto.

—De modo que la campesina polaca rehúsa rezar antes de morir —dijo con lentitud—. Usted me había compartido la opinión que le merecen los sacerdotes pero… ¿de veras se atreve a rechazar al cordero de Dios?

En ese instante, como si un rayo me hubiese iluminado por dentro, recordé la pesadilla que había tenido de camino al castillo, habiéndome quedado dormida en el coche tras detenernos el cochero y yo a comer en la posada: en dicho sueño, se me ofrecía un plato de carne cruda bañada en sangre que yo rechazaba enfáticamente, afirmando no ser devota del cordero. Decidí entonces repetir las palabras textuales que había pronunciado en el curso de la pesadilla, y le dije a Imre con el corazón a punto de estallar:

—El cordero no es para mí.

Imre se echó hacia atrás, replegando los brazos sobre su torso en un gesto de pasmo absoluto. Lucía trastornado.

—¡Esas palabras! —susurró, mirándome con los ojos abiertos de par en par—. Son como un bálsamo para mi corazón.

Lo miré en silencio, temiendo que estuviese jugando conmigo.

—Por una parte, me agrada que mis víctimas sean predecibles. En

ese aspecto, usted me ha desilusionado —prosiguió, y yo solté una imprecación para mis adentros, esperando lo peor—. Por otra parte, me aburro tanto cada día. Usted me ha sorprendido. Dígalo de nuevo.

—El cordero no es para mí —repetí, tragando en seco.

—Es como magia —dijo con un hilo de voz—. ¡La perdono, Pavlova!

—¿De veras, señor? —gimoteé, temblando.

—¡Sí! —exclamó—. ¡La perdono! ¿No se da cuenta de lo que acaba de hacer ante mí? ¡Ha renegado de su fe de bautismo!¡Adoro la apostasía manifiesta!

—¡El cordero no es para mí! —interrumpió el cura repitiendo mis palabras, y la expresión de Imre volvió a adquirir el salvajismo primordial del asesino nato.

—¡A ti no te perdono, viceversa fementido! —rugió en respuesta a la declaración del sacerdote, alcanzando la celda de una zancada. El cura saltó hacia atrás, y yo me viré hacia él a tiempo para verlo caer sobre el pobre lecho de paja a sus espaldas—. ¿Sabe por qué conservo a este bocadillo eclesiástico aquí, Paulina? Además de la comodidad que representa para mí beber una infusión caliente cada tarde invernal, claro: es solo cuestión de drenar su brazo encadenado a los barrotes a la hora adecuada para que su sangre no pierda la frescura. Después de esto, mi viejo *valet de chambre* prepara mi bebida favorita, que tomo con leche y azúcar en el salón rosa. En fin, le contaré cómo llegó a este castillo. Conoce el pasaje del Evangelio en que el cordero sacrificial dice: *si tu mano te hace caer, córtatela, más te vale entrar manco en la vida que ir con las dos manos al infierno, al fuego que no se apaga*, ¿verdad?

Yo asentí, mirándolo con ojos como platos. Aún no salía de mi conmoción, y el sonido de mis palpitaciones golpeaba mis oídos.

—Acontece que, en cierta ocasión, mis sobrinos y yo tomábamos un paseo citadino en Cracovia a la hora del crepúsculo —dijo él con semblante melancólico—. Era un atardecer precioso hasta que este monigote decidió recitar a cielo abierto el mencionado pasaje bíblico en la plaza por la que caminábamos. Truncó mi disposición plácida en un instante con su perorata, su prosopopeya y su ridícula sotana.

Como comprenderá usted, quería hacerlo pagar, pero temía que fuese una labor difícil dados el lugar en que nos hallábamos y su ocupación. Aun así, al advertir que él estaba desprovisto de crucifijos, me llené de regocijo y me animé a aproximarme. Cuando me disponía a murmurar alguna que otra blasfemia entre la muchedumbre para provocarlo de modo que perdiese la concentración, noté que él se pasaba la lengua por los labios resecos una y otra vez al mirar a Vladislav, que a la sazón tenía cinco años recién cumplidos y se había colado frente al cura con el fin de darle un pisotón. Aunque, cabe decir, disfruto detectar la lujuria en un sinfín de circunstancias, su expresión me repugnó. ¡Todos los curas son iguales! Y si no todos, la mayoría —agregó, mirando a su prisionero—. Siendo incapaces de seducir, por su rotunda carencia de magnetismo y sensualidad, se complacen en forzar a los párvulos a tocar sus cuerpos inmundos. Viendo que una oportunidad sin precedentes se me presentaba, pues, decidí tenderle una trampa al cura que había arruinado mi buen humor con su discurso público y su sola presencia: no bien la multitud empezó a dispersarse, le pedí a Vladislav que caminase por un callejón aledaño a la plaza mientras que Elzbieta y yo lo vigilábamos a una corta distancia, ocultos en las sombras. Tal y como lo anticipaba yo, este adefesio clerical siguió a Vladislav con aire libidinoso e intentó abrazarlo, creyendo no ser visto. Sobra decir que no logró su cometido porque, antes de que pudiese siquiera hablarle a mi sobrino con voz trémula de deseo, yo ya lo había arrastrado al interior de nuestro coche, el cual nos esperaba en el mismo callejón. Después de eso, pude traerlo aquí sin inconvenientes. ¡Cuánto rogó en el nombre de su mesías! ¡Cuánto lloró a lo largo del camino, y más aún al ver esta celda en la que pasará el resto de su vida! —se interrumpió, riendo—. Fue la primera lección de cacería que les di a mis sobrinos. Lucían dichosos de saber que me habían sido útiles, lo cual, confieso, aún me enternece. Porque, Pavlova, a pesar de que a menudo me resultan insoportables, también pueden ser encantadores y los amo como amé a su padre, mi hermano Laurentius.

—También yo aprecio a sus sobrinos, señor —murmuré.

—Lo sé —dijo—. Lo advertí esta noche. Es rápida para sentir afecto,

Paulina. Tenga cuidado… y no lo digo por los niños. En fin. Decidí buscarla a usted, precisamente, porque me extrañó que partiera sin mis sobrinos y antes que los invitados. Me llevé un gran disgusto al encontrarla aquí. Creí que tendría que matarla como a Rózsa.

40
Asesino

—¿Tú mataste a Rózsa? —inquirió la voz de Baltasar desde la oscuridad de las escaleras al otro lado de la galería.

Me volví hacia él, esperando a que se aproximara. Su primo había estado a punto de desangrarme hacía unos minutos. Si antes estaba enojada con Baltasar, ahora estaba furiosa. Lo peor es que no podía sacárselo en cara porque yo misma había desobedecido una de las pocas órdenes que me había dado, aquella de no transgredir los límites de ciertos espacios.

—Baltasar —dijo Imre, cuyo rostro y colmillos habían recuperado su apariencia habitual—. Escuchar conversaciones ajenas es de pésima educación. Además, he solicitado en reiteradas ocasiones que toda la familia se abstenga de ingresar a los pocos espacios que reservo para mi uso personal, ¿de verdad es mucho pedir?

—La puerta estaba abierta y escuché sus voces. No intentes cambiar de tema. ¿Cómo que mataste a Rózsa? —preguntó Baltasar acercándose a nosotros. Pude observarlo gracias a la luz que despedía mi linterna: lucía estupefacto.

—¡Pues escuchaste bien! Maté a Rózsa. Y no me arrepiento —respondió Imre con gesto dignificado.

—¡Por supuesto que no te arrepientes! Como si tal sentimiento fuese posible en nuestra familia —dijo Baltasar, posando sus ojos dorados sobre mí y preguntándome—: ¿Se encuentra bien, señorita Pawlak?

—¡De maravilla! —le respondí con voz temblorosa de rabia—. Nunca he estado mejor.

Él asintió con gravedad y dirigió su mirada hacia Imre de nuevo.

—¿Qué demonios estabas pensando? —le dijo—. ¡Matar a una institutriz! ¿Por qué lo hiciste?

—En primer lugar, en aquel entonces aún no habíamos pactado no dañar a la servidumbre —dijo Imre, dando un respingo—. En segundo

lugar, tuve motivos de sobra. Y ni siquiera me alimenté de ella.

—Eso lo sé —masculló Baltasar.

—Bueno —replicó Imre—. Eso te demuestra que la maté con ira, como se le da muerte a quien merece morir, y no por gula o porque no sepa alimentarme de forma civilizada como la imprudente de Magdolna. También cubrí mis rastros con maestría, evitando así cualquier problema con la gendarmería regional y, por ende, un escándalo familiar. Ya podrás agradecérmelo.

—Maldita sea, Imre, explícame de una vez por qué la mataste —pidió Baltasar, masajeándose las sienes con las yemas de los dedos.

—El ajuar de Rózsa empezó a tornarse fino de un día para el otro, por lo cual sospeché que tenía un amante en el castillo —explicó Imre.

—¿Y qué con eso? —chasqueó Baltasar.

—¡No me interrumpas! —respondió Imre, irritado—. ¡Cuida tu tono conmigo, Baltasar! Ahora tendré que esperar a que se me pase el enojo —dijo, tomando un respiro profundo y contando hasta seis en voz baja —. Ya está. Como decía, se me ocurrió que Rózsa tenía un amante en el castillo, y me dije que debía tratarse de Aurel, pues otro sirviente difícilmente podría procurarle ese tipo de lujos. Aquello suscitó mi curiosidad, naturalmente, en especial porque Aurel suele elegir como amantes a mujeres encantadoras, o al menos agradables, y además suele preferir a las que ya están casadas para evitarse líos innecesarios. En suma, se me antojaba comiquísimo descubrirlo galanteando a una mujer tan repelente y burda como aquella institutriz, que además corría el riesgo de enamorarse de él, y entonces decidí seguirla en mis ratos de ocio, los cuales, ¡gracias, oh, riqueza hereditaria!, son infinitos. Jamás se me pasó por la cabeza que descubriría algo peor de lo que imaginaba. Te sugeriría que te sentaras para escucharlo pero no tengo sillas aquí. ¿Estás listo?

—Por Prometeo, Imre, solo habla —respondió Baltasar. Lucía más sosegado que al inicio.

—Esa rubiecilla apocada había estado saqueando poco a poco el armario de tu difunta madre —dijo Imre.

—¿Cómo dices? —preguntó Baltasar, claramente confundido.

—Así como lo escuchas —repuso su primo—. No solo había hurtado

los exquisitos vestidos de tu madre, los cuales, por cierto, le correspondían en herencia a Elzbieta, sino que los había modificado con el fin de que nadie los reconociese. ¿Puedes creerlo? ¡Se creía modista! Lo hacía todo con tan pésimo gusto, claro, que el resultado era invariablemente grotesco aunque las telas fueran hermosas. ¿Observaste el esperpento con el que fue enterrada? Ese vestido fue confeccionado a partir de varios de los más suntuosos trajes de mi bienamada tía Klára. ¡Rózsa era el Víctor Frankenstein de la costura! —gimió colérico el vampiro pelirrojo—. Y yo soy capaz de obviar muchas faltas, Baltasar, incluso podría dejar pasar un pequeño robo subrepticio de parte de la servidumbre, pero jamás, óyeme bien, ¡jamás!, podré perdonar a quien transforma algo bello en pura fealdad. Menos cuando se trata de algo que le pertenece a nuestra familia.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —inquirió Baltasar—. Los demás te habrían comprendido.

—Lo dudo. A Aurel ya le parecía bastante haber hecho el esfuerzo de conseguir una institutriz para los niños. Seguramente habría preferido perdonarla a tener que buscar otra. Además, yo ansiaba matarla y fui feliz haciéndolo. No quería convertirlo en un asunto grupal, qué fastidio. Me deshice de Rózsa y gracias a ello tú regresaste a hacerte cargo de los asuntos prácticos de la familia. Todo resultó como debía ser.

—Pero entonces… ¿no había tal amante? —preguntó Baltasar.

—Oh, sí que lo había. Rózsa sostenía un romance tórrido con el maestro de música, el señor Ivanov, cuyas atenciones, por cierto, Magdolna y yo nos hemos disputado desde entonces para matar el tiempo. Ya nos conoces. Pequeñas rivalidades entre hermanos —dijo, encogiéndose de hombros—. Creo que voy ganando. Ivanov parece preferirme a mí.

¡El maestro de música! ¡Ahora tenía sentido que Magdolna hubiese enviado a Edna a seguir a Imre cuando este se paseaba por el jardín con el guapo rubio! Me pregunté si Magdolna estaría involucrada con el instructor de un modo tan pasional como yo lo estaba con su prometido. Elevé el rostro hacia Baltasar para evaluar su reacción: a

diferencia de mí, no parecía turbado por aquella revelación en particular. Solo hundió el rostro en la mano en tanto meneaba la cabeza, y dijo:

—Así que ahogaste a la institutriz.

—No, tontito, solo la empujé al foso cuando retornaba para encontrarse con el señor Ivanov tras dar un paseo en soledad —rio Imre—. Tampoco ameritaba tanto esfuerzo de mi parte.

Baltasar frunció el ceño.

—La señorita Pawlak, aquí presente, halló una nota dirigida a Rózsa que se encontraba dentro de uno de los libros de la biblioteca de la sala de estudios —le dijo a Imre—. En ella, el autor le pedía a Rózsa que llevase un crucifijo a un lugar que no fue especificado. La nota no estaba firmada. ¿Sabes algo al respecto de eso?

Aunque estuviese indignada con Baltasar, lo cierto es que yo también quería esclarecer el misterio del crucifijo y, si algún vampiro de aquella familia decidía matarme en el futuro cercano, al menos saciar mi curiosidad.

—¿Un crucifijo suelto por ahí? —exclamó Imre—. ¡Qué horror! No, no sabía nada de eso. Si Rózsa llevaba un crucifijo con ella la noche en que murió, aquel debió hundirse en el foso mientras ella luchaba por sacar la cabeza del agua. ¿No es gracioso que, en su afán de sobrevivir, asiera con tal empeño ese espejo que siempre tenía a la mano? ¡Nunca lo soltó! Pobre, se hallaba tan lejos del borde… supongo que solo quería aferrarse a algo firme. Cuando la sorprendí por la espalda, se contemplaba en ese espejillo con deleite, como si fuera bonita. Las circunstancias se me presentaron y obré con espontaneidad. Creo que fue el destino.

—¿Entonces nunca la viste apoderarse de un crucifijo? —preguntó Baltasar.

—Claro que no —aseguró su primo—. De haber sido así, habría confesado desde un comienzo que la maté yo. Todos me habrían considerado un héroe. Que conste que lo soy, ¿eh? Héroe involuntario, pero héroe al fin y al cabo.

—Sin duda —dijo Baltasar con gesto sarcástico—. Volviendo a la nota, ¿podrías reconocer la caligrafía del maestro de música?

—No, cómo crees. No me escribo notitas con mis pasatiempos. Pero apuesto a que Elzbieta y Vladislav podrían decirte si Lev Ivanov es el autor, ya que es su maestro y seguramente conocen su letra. Y, en ese caso…

—Tendremos que matarlo —dijo Baltasar con un suspiro.

Lo miré espantada.

—No necesariamente —respondió Imre con una sonrisa malévola—. Yo podría surtir una segunda despensa. Esta es un poco pequeña para acoger otro tentempié. Ahora, primo querido… debemos discutir lo que haremos al respecto de esta institutriz —mi corazón se detuvo: el peligro no había pasado—. Aunque le perdoné la vida, sabe demasiado puesto que decidió husmear por cuenta propia en un área restringida del castillo y, además de esto, debo informarte, conoce nuestro secreto.

—No hay nada que ustedes deban hacer conmigo, señor —me atreví a intervenir para evitar que Baltasar hablase de más, pues a pesar de todo no quería que Imre descubriese que él me había confiado por iniciativa propia que era un vampiro—. Usted tiene razón. Infringí las reglas en mi afán de socorrer a un extraño que parecía necesitar ayuda sin antes comprender la totalidad de la situación. Me dejé llevar de un infortunado instinto humano que en aquel momento no me empeñé en sofocar: esa propensión a la misericordia que, para mi desdicha, resultó ser contraproducente para mí. Sin embargo, también puedo afirmar, tras haber escuchado su recuento, que este sacerdote merece su suerte. Por otra parte, como le decía hace unos instantes, ya había adivinado su secreto de familia antes de esta noche, y había decidido no contárselo a nadie jamás.

Imre me contempló con detenimiento.

—Le creo, Pavlova —dijo—. Pero usted también debe comprender que no podemos permitir que ningún sirviente que sepa tanto de nosotros se marche jamás. Sería correr un riesgo absurdo. Aunque algunos de nuestros más antiguos y leales sirvientes estén al tanto de… aquello en lo que consiste nuestra condición, estos saben de sobra que jamás podrán partir, ni tampoco ponerse al servicio de otra familia. Y usted aún es muy joven y muy guapa para desear quedarse

en este castillo durante el resto de su vida. Intentará huir.

Una horrible realidad se dibujó ante mí: había perdido mi libertad para siempre. Esperé a que Baltasar intercediese en mi favor pero no dijo nada. ¡Nada! ¿Y si él elegía morir a procrear con Magdolna, qué? ¿Pensaba dejarme allí, instruyendo a sus sobrinos en compañía de aquellos vampiros hasta que ya no les fuera útil? Sentí ganas de echarme a llorar, pero tenía que ser astuta.

—No quiero partir ni tampoco ponerme al servicio de otras gentes, señor. No existe en el mundo nadie más fascinante que ustedes —dije con la intención de lisonjear a Imre, aunque lo cierto es que habría dado lo que fuera por jamás haber puesto un pie en ese lugar—. Sin embargo, me gustaría ver a mi familia en ocasiones. ¿Sería eso posible?

—Claro que podrá ver a su familia en ciertas fechas especiales, como se lo expliqué a su llegada, señorita Pawlak —sentenció Baltasar —. El cochero la llevará y la esperará para traerla de regreso. De ese modo, Imre estará tranquilo. Por lo demás, mis sobrinos la necesitan. Concuerdo con usted en que no es imperativo tomar medidas adicionales. Confío en que haya aprendido la lección y se atenga a nuestras órdenes en adelante.

De haber podido, lo habría abofeteado. ¡Estaba confirmando que era una prisionera! Y no porque él quisiera conservarme a su lado, oh, no, sino porque sus sobrinos me necesitaban.

—¿Y cuando sus sobrinos ya no requieran una institutriz? —pregunté mirándolo con incredulidad.

—¡Tantas cosas pueden pasar en los siguientes once años! —dijo Baltasar—. Vladislav, al menos, tendrá que ser instruido a lo largo de ese tiempo. Y, francamente, me parece mejor que tengan una institutriz que sepa desde ahora lo que son. Es mucho más práctico. ¿No lo crees, Imre?

—Supongo que tienes razón —repuso su primo—. Bien, ya que este asunto ha sido resuelto de modo satisfactorio, volveré al gran salón. Vamos, salgan de mi alacena y no vuelvan a entrar —nos espetó.

—Disculpen —dijo el cura desde la celda—. Han pasado muchas horas desde que comí por última vez.

—Ay, cierto —dijo Imre—. Mi viejo *valet de chambre* ha estado más ocupado que de costumbre hoy. Espera tus sobras otro tanto, mendigo de Dios.

—Gracias, señor —masculló su prisionero, y un escalofrío recorrió mi espalda: tal era la verdad oculta del castillo que sería mi hogar hasta que muriese.

Salí de aquel pasadizo antes que Baltasar e Imre pero me detuve un tanto para esperar al primero de ellos.

—Adiós, Pavlova —dijo Imre, alejándose por el corredor—. Que no se repita lo de hoy.

—No se repetirá, señor —respondí, intentando sonar calmada.

En cuanto estuvimos solos, Baltasar me dijo por lo bajo:

—¿Por qué hizo algo tan peligroso? ¡Tuve que salir corriendo del salón cuando noté su ausencia, habría podido pasarle cualquier cosa! ¡Le garanticé que la protegería, Lucyna, pero para que pueda hacerlo, usted debe cuidarse también! No poseo el don de la ubicuidad, ni tampoco soy omnisciente. ¡Jamás debe entrar donde no ha sido invitada!¡Haga de cuenta que es un vampiro!

—¡Sentí que no tenía alternativa! —me defendí—. Escuché un lamento persistente, ¡podría haberse tratado de Edna! ¿Estaba usted al tanto de… esto?

—¿Se refiere al cura? —inquirió.

Asentí, inspeccionando su rostro.

—Sí —afirmó él mirando al suelo.

—Tenemos que hablar largo y tendido —susurré temblando.

—Así es —dijo él—. Iré a su habitación cuando los demás hayan partido. Magdolna aún está en el gran salón con los invitados. Usted puede marcharse tranquila ahora. No entre a ninguna estancia que no sea la suya.

—Está bien —accedí por entre los dientes, pero solo porque era imprescindible. Quería gritarle y culparlo de todo.

41
Prisionera

A partir del momento en que había llegado al castillo, todas mis decisiones habían sido perjudiciales para mí. En primer lugar, no me había marchado a tiempo. Había desoído mi propia intuición, y todo por el discurso de Baltasar. Al fin y al cabo, que él me hubiese asegurado que sería libre de partir cuando así lo deseara me había proporcionado la tranquilidad necesaria para quedarme. ¡Cuán ingenua había sido! Ahora sospechaba que, de haber anunciado mi partida, él habría hallado otro modo de manipularme con el fin de lograr que me quedase por voluntad propia. En segundo lugar, le había contado a Baltasar que había adivinado el secreto de su familia. En retrospectiva, la noche en que me había llevado a la capilla se me antojaba distinta. Ya no creía que me hubiese sacado del castillo por mi seguridad ni para entablar una amistad más profunda conmigo, sino para quebrantar mi espíritu al exponerme a un elemento inesperado tras otro en absoluta soledad, y así obtener una confesión de mi parte. Pero, aunque él hubiese empleado tácticas de terror y aislamiento para presionarme a hablar, yo tendría que haberme abstenido de verbalizar aquella palabra prohibida, *vampiro*, o al menos haberle pedido que me hiciera olvidar la conversación que habíamos sostenido, según él mismo me lo había ofrecido (si es que era cierto que podía hacer algo semejante). En tercer lugar, había demostrado que tenía la capacidad de suscitar el interés académico de Elzbieta y Vladislav sin buscar suprimir sus tendencias a la vanidad y a la crueldad. Es más, me había servido de estas últimas. Ese era el más amargo de mis triunfos, pues hacía que los Domány-Nádasdy me percibiesen como recursiva y adaptable, la institutriz idónea para los niños, lo que reforzaba su decisión de retenerme. En cuarto lugar, había alertado a Imre acerca de Edna, lo cual lo había indispuesto conmigo demasiado pronto. En quinto lugar, había intentado rescatar

a su prisionero personal, un sacerdote mezquino, ni más ni menos. Que Imre Domány-Nádasdy me hubiese perdonado incrementaba mi deuda con él, una deuda que no tenía validez moral pues, después de todo, yo solo estaba encubriendo a una familia de asesinos y torturadores. En suma, les había proporcionado a los Domány-Nádasdy excusas convenientes para declararse mis captores sin vergüenza alguna y, para colmo, insinuar que debía estarles agradecida por esto. Era como si mis mejores intenciones se hubiesen vuelto contra mí para demostrarme que el mal siempre triunfa al final. Un cuento de hadas a la inversa. ¿No era esa la definición de tragedia? No pude dejar de preguntarme si tal sería la influencia de aquel castillo maldito sobre cada suceso que transcurría dentro de sus muros o si, por el contrario, estaba yo aprendiendo una lección universal. ¿Era ese el verdadero significado de la existencia humana?

Desde ambas perspectivas, lamenté haberme involucrado con Baltasar más que cualquier otra cosa que hubiese hecho en mi vida. Sentía detestarlo. Me había defraudado de manera repentina. No debía extrañarme, pues así solían llegar las traiciones y las desilusiones, pero eso no hacía que me doliera menos. Aquel día me había revelado nuevas facetas de su carácter, que yo había asumido conocer demasiado pronto. Había creído estar enamorada de él con base en lo poco que él había elegido mostrarme, permitiendo que mi imaginación llenara los vacíos. ¿Era real, entonces, mi amor por él? No podía serlo. Mi pasión había sido genuina, al menos eso creía, pero ya no hallaba ni el amor ni el deseo hacia él: por guapo que fuese, había destruido los sentimientos que me había inspirado inicialmente. Quizás estos últimos hubiesen sido consecuencia de la novedad unida al anhelo de experimentar el mundo por primera vez, pero quien se hallaba en realidad sola en aquel entorno era yo, lo cual había hecho aquella semblanza de amistad tan necesaria para mí. Él había aparentado ser la única presencia firme y consecuente en un lugar caótico, una manifestación de Apolo en medio de una bacanal sangrienta. Era apenas natural que me hubiese aferrado a él como mi ancla a la cordura. Pero me había equivocado: nadie había puesto mi sensatez en juego como él. Aunque les hubiese dado descanso eterno a

algunos de sus parientes, y aunque quisiera evitarle a su futura progenie la maldición de su familia, estaba claro que solo extendía su misericordia a quienes llevaban su sangre, favoreciendo exclusivamente a los que eran como él, es decir, a los vampiros, la casta superior. Mi devenir no le importaba más allá de lo que yo pudiese hacer por Elzbieta y Vladislav. Ya se había valido de mí para contactar a su hermana muerta. Por si fuera poco, había dicho que me pagaría un salario semanal y yo aún no había recibido mi paga. A causa del resentimiento que me colmaba tras haberlo visto ingresar al gran salón con Magdolna, podía interpretar como vil todo lo que hubiese venido de él, y por ello pensé que quizás debía aun cuando fuese intentar no juzgarlo con tal dureza. Pero, casi de inmediato, concluí que semejante tarea me sería imposible y, más importante aún, no quería apelar a la ecuanimidad. Estaba harta de forzarme a pensar lo mejor de él, de darle el beneficio de la duda y de permitir que la compasión por él terminase por persuadirme.

Caminé hacia mi habitación con los ojos llenos de lágrimas. La sangre me hervía. Al ascender los últimos peldaños que conducían al corredor donde se hallaban mis aposentos, noté que la llama de mi lámpara había disminuido considerablemente. Concluí que el aceite se había consumido casi en su totalidad y, por ende, la luz podía extinguirse en cualquier momento. Aunque quería darme prisa, debía avanzar con prudencia dada la gran oscuridad, pues aún no conocía bien los relieves del suelo. Me consolé al alcanzar el primer tramo del corredor y entorné los ojos con el fin de distinguir las divisiones entre los grandes bloques de piedra. Tras dar una veintena de pasos, creí escuchar un suspiro. Me detuve abruptamente. ¿Qué hacer? ¿Correr hacia el extremo del corredor de nuevo o procurar llegar a mi habitación? ¡A duras penas si vislumbraba mi entorno inmediato!

—¿Hay alguien ahí? —balbucí.

No obtuve respuesta. El sonido de mi propia respiración se había tornado tan fuerte que no me habría permitido escuchar el de otra persona. Di un par de pasos al frente, sujetando la linterna con el brazo extendido. No detecté ningún movimiento ante mí, por lo que me di la vuelta con lentitud. Nada. Armándome de valor, me viré

hacia el norte de nuevo. Estaba tan aterrada que me costaba trabajo mover las piernas. Poco a poco, me desplacé por el tramo siguiente del corredor hasta que atisbé el borde de la puerta de mi habitación y aceleré el paso. Metí mi mano en mi bolsillo para buscar mi llave: ¡estaba allí! ¡Me parecía increíble no haberla perdido al ser sorprendida por Imre cuando intentaba rescatar al cura! Cubierta de transpiración, la inserté en la cerradura de mi puerta. Por desgracia, estaba temblando demasiado y la llave resbaló de entre mis dedos, cayendo al suelo y rebotando con el peculiar sonido del metal al golpear una superficie dura. Me incliné entonces para buscarla, forzando la vista con la esperanza de hallarla pronto. ¿Dónde estaba? ¡No podía haber caído lejos! Tuve que dejar mi lámpara y ponerme a gatas.

—¿Buscas esto?

Mi corazón se detuvo. Giré la cabeza hacia atrás con lentitud y vislumbré unas faldas de color granate. Magdolna se hallaba de pie tras de mí, y no había allí nadie aparte de nosotras dos. ¡Baltasar me había dicho que su prometida aún estaba en el gran salón!

—Señora… —empecé a decir, poniéndome de pie para darme la vuelta hacia ella.

La luz de mi lámpara parpadeó intensamente y al fin se estabilizó conforme la encaraba, despidiendo una luz débil y rojiza. Magdolna sonreía sujetando la que parecía ser la llave de mi habitación entre los dedos, mientras que su otra mano permanecía oculta a sus espaldas. El vello de todo mi cuerpo se erizó.

—Toma tu llave. ¿No la quieres? —preguntó.

Le extendí mi mano trémula, en cuyo cuenco ella depositó la llave, fijando sus ojos en los míos.

—Gracias —susurré.

—¿Reconoces esto? —dijo, enseñándome lo que llevaba en la otra mano. Se trataba de un libro con cubierta de cuero.

Negué con la cabeza, observándolo con nerviosismo.

—No, señora —repliqué con un hilo de voz.

—Qué extraño. Es tu diario íntimo.

Creí que tendría un infarto. ¿Cómo se había hecho con él si yo

nunca la había invitado a mi habitación?

—Oh… no, señora, no lo es —tartamudeé sintiendo que la sangre ascendía a mi rostro. ¿Era acaso deleite lo que leía en su mirada?

—Ah, pero sí que lo es. Se encontraba en tu habitación. Sé que Baltasar te lo obsequió. Lo leí con gran interés. No me mires así, pareces un cervatillo asustado. Eso solo despierta la cazadora que hay en mí.

Enmudecí conforme su sonrisa se ensanchaba. ¡Magdolna había leído mi diario! Me sentí tan mareada que me tambaleé.

—No habíamos tenido la oportunidad de hablar a solas, querida —prosiguió—. Me moría por decirte que descubrí tu secreto —sus ojos azules se llenaron de una extraña luz—. Desde la primera vez que Baltasar mencionó tu nombre, temí que ocurriese lo que ocurrió. Y quise evitarlo, tanto por tu bien como por el mío. ¡Que no se diga que no lo intenté! Sin embargo, eres tan escurridiza que lograste en cuestión de unos días lo que yo no he logrado con arte y esmero a lo largo de los años. ¿Cómo lo hiciste? ¿Te valiste de algún rito mágico? ¿Sedujiste su intelecto para adueñarte de su cuerpo?

No sabía si abrazar sus rodillas suplicando su perdón o gritarle que su prometido se había aprovechado de mi ingenuidad. Sin embargo, puesto que no recordaba los detalles de lo que había escrito cuando intentaba desahogarme en aquel diario, tenía la ínfima esperanza de poder negar algo, lo que fuese, o al menos de suavizarlo, en vez de admitir todas mis culpas de una vez.

—Solo escribí mis ensoñaciones, señora —me atreví a musitar al fin con voz entrecortada—. Sé que fue un gran atrevimiento de mi parte inspirarme en su familia pero… verá usted, tengo una mente en exceso fantasiosa. Es prácticamente un trastorno de índole médica. Nada de lo que escribí en ese diario es real, tan solo el producto de mi imaginación desbordada.

Magdolna frunció sus labrios carnosos e inclinó la cabeza hacia un lado para mirarme con detenimiento.

—¡Vaya! —murmuró al cabo de unos segundos—. ¡Eres diestra para la improvisación y la mentira! Es un talento que admiro. Aun así, dada la relación que elegiste entablar con mi prometido a pesar de las

sutiles advertencias que tuve la delicadeza de hacerte, he llegado a la conclusión de que solo hay un modo de que tú y yo podamos convivir en este castillo.

—Si usted me permitiera partir, señora, lo haría de inmediato y nunca miraría hacia atrás —sentencié.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, causando que el rostro de Magdolna se distorsionase ante mí, pero lo cierto es que lucía igualmente pavorosa de cualquier modo.

—Ay —suspiró—. Eres convincente. Es una lástima que hace unos minutos le hayas dicho a mi hermano Imre que no quieres marcharte.

¿Se lo había contado Imre tan pronto? ¿Nos había escuchado Magdolna hablar en aquel sótano donde el cura estaba prisionero? ¿Qué más había oído? ¿Mi última conversación con Baltasar? Empecé a sollozar, presa del pánico.

—¡Mentí, señora! —exclamé, suplicante—. ¡Daría lo que fuera por dejar este lugar!

—Silencio —dijo ella, y pude ver la sevicia en su mirada—. Es imposible determinar cuándo mientes y cuándo dices la verdad. Por ende, no tengo más que una opción.

Sentí que me hundía en un lago de sangre.

—¿Qué opción es esa, señora? —balbucí.

Magdolna dio un paso al frente y extendió una mano hacia mí, haciéndome saltar en mi lugar. Ella soltó una risita.

—¿Te has mirado en el espejo? —susurró, acariciando la piel de mi rostro con sus largas uñas—. Escúchame con atención y aprende. Si bien ninguna señora quiere que su marido, presente o futuro, conserve una amante bajo su mismo techo, ninguna de ellas consentiría que dicha amante luciera como tú. No existe en el mundo una mujer tan loca o tan ingenua. Quiero que recuerdes estas palabras en los años por venir. Por suerte para ti y para mí, yo poseo el don de curar la belleza excesiva. Porque, Lucyna, la belleza que adorna a la persona incorrecta puede ser una enfermedad. En tu caso, me atrevería a decir que es una maldición… pero tú me has proporcionado la excusa que necesitaba para corregir esta incómoda situación.

Dicho esto, arrojó el diario a mis pies y echó los hombros hacia

atrás, enseñándome sus colmillos alargados. Proferí un alarido y, puesto que no tenía otro modo de defenderme, me incliné velozmente para asir mi linterna, pero Magdolna fue más rápida que yo y me empujó hacia atrás con una fuerza descomunal. La parte posterior de mi cabeza chocó contra la puerta de la habitación y mi visión se oscureció. Si bien quise golpearla con el armazón de metal de la linterna para apartarla de mí, fallé en el primer intento, lo cual ella aprovechó para aprisionar mi garganta con una sola de sus manos y sujetarme contra la puerta. Su vigor era superior al de cualquier hombre que yo hubiese conocido: por más que manoteé con furia para zafarme de su empuñadura, y aunque con mucho esfuerzo logré golpear el margen de su rostro con la lámpara, esto no la desanimó. Por el contrario, dio la impresión de alentarla y robustecerla. Se limitó a arrebatarme el objeto con una facilidad desconsoladora y a dejarlo caer junto a ella con expresión lastimera. La luz brilló entonces con mayor potencia, permitiéndome observar la maldad pura que revelaba cada uno de sus pequeños gestos.

—Es una pena que no pueda beber tu sangre directamente de la vena —susurró, acercándose a mi oído—. No debo arriesgarme a que se me acuse de glotonería cuando mis actos no tienen ninguna relación con mi apetito. Tendré que moderarme. Por ello, una vez haga lo que debo hacer, me conformaré con degustar solo el precioso líquido que brote de tu faz. Te advierto, eso sí, que en ocasiones pierdo el control con solo probarlo… y, cuando eso me ocurre, suelo arrancar uno que otro mordisco de las mejillas, en especial cuando la muchacha es muy bonita.

Sus dedos se cernieron en torno a mi cuello como si fuesen gargantillas de hierro, haciéndome jadear y, segundos después, cortando mi respiración casi por completo. Me sacudí con violencia, intentando gritar en vano.

—Primero, modificaré tu rostro con este utensilio que le perteneció a mi antepasada Báthory. Míralo bien —dijo sin aflojar su agarre, y a continuación extrajo de la porción superior de su peinado un objeto metálico de doble filo curvo. Su mango ornamentado despedía el brillo de un centenar de pequeños rubíes—. ¿No es una creación

maravillosa? —inquirió, sujetándolo ante mí—. ¡Cuántos rostros suaves como la crema fresca fueron surcados por esta discreta joya, mi herencia favorita, en los tiempos de Erzsébet! Otros tantos han tenido el mismo destino en mis tiempos, claro está. Después de pasar por mi mano experta, no hay muchacha cuyo aspecto sea reconocible. Piénsalo: ¡es casi como empezar una nueva vida! Cabe decir que, aunque creo ser tan selectiva como lo fue la condesa, aspiro a superarla en números. Es una ambición personal. Pero, puesto que yo soy algo más sensible que ella, te haré un favor, muchacha: para que no te apenes al contemplar tu nueva apariencia, y así conserves intacto el recuerdo de lo que una vez fuiste, te quitaré el flagelo de la vista al finalizar mi obra. Agradecerás vivir en la penumbra y jamás tener que verte de nuevo a la luz del día que llevas por nombre… Lucyna —agregó, acercando las puntas de aquella monstruosa combinación de peineta y daga a mi ojo.

Cerré los párpados con tal ímpetu que vi chispas mientras profería puntapiés, los cuales, aunque alcanzaban sus flancos, solo la hacían reír. Sentí el frío del metal contra la piel de mi mejilla, y, en determinado momento, golpeé el aire con el pie antes de caer con todo mi peso contra el suelo. Me replegué sobre mí misma por instinto, cubriéndome el rostro con ambos brazos y tosiendo desaforadamente conforme mi garganta se ensanchaba y el aire llenaba mis pulmones de nuevo. ¡Me había liberado! Rodé hacia un lado para emprender la huida antes de que Magdolna se apoderase de mí de nuevo pero, en mi aturdimiento y debilidad, volví a caer al suelo, esta vez de rodillas. Solo entonces escuché la voz que gritaba a mis espaldas y miré hacia atrás: alguien retenía a Magdolna en tanto ella daba coces, agitándose con brío.

—¡Suéltame! —chilló ella—. ¡Nadie puede quitarme lo que es mío! ¡La venganza es justa!

—¡Ella es *mi* amante! —dijo la voz masculina de quien la sujetaba —. ¡Eres tú quien no puede interferir en mis asuntos privados!

¡Baltasar! ¡No solo había intervenido sino que estaba admitiendo ante Magdolna cuál era la naturaleza de nuestra relación! ¡Era lo más valiente que lo había visto hacer hasta ese momento, y lo había hecho

por mí! Me quedé inmóvil con la vista fija en el lugar donde alcanzaba a percibir el movimiento de las dos siluetas.

—¿Cómo que es tu amante? —vociferó Magdolna—. ¡Es la amante de Baltasar! ¡Edna los vio en este mismo pasillo! ¡Esta mosca muerta lo besó y lo invitó a pasar a su habitación! ¡Y él solo salió cuando el alba amenazaba con despuntar!

Sacudí la cabeza y me froté los ojos, después de lo cual parpadeé varias veces. El estrangulamiento tenía que haber alterado mis facultades mentales porque no estaba entendiendo nada.

—Era yo —vociferó él—. Edna me vio a mí. ¿O acaso crees que esa torpe criatura no pudo confundirme con mi propio hermano en las sombras?

¿Quién demonios era ese, si no Baltasar? Lo escudriñé con atención, y solo entonces lo reconocí porque llevaba los cabellos oscuros mucho más cortos que Baltasar. ¡Aurel! ¿Por qué decía lo que estaba diciendo? De haber tenido las fuerzas suficientes, habría salido corriendo antes de verme envuelta en el juego de esos dos, pero solo atiné a deslizarme en dirección al marco de la puerta de mi habitación.

—¡Demuéstramelo! —gritó ella—. ¡Abre su habitación ahora mismo y entra, si es que puedes!

—Muy bien… —dijo Aurel, soltando la cintura de su prima y aferrándola de la muñeca en un abrir y cerrar de ojos. Nunca había yo visto movimientos más veloces. Si ella era rápida, él lo era aún más—. Vamos por esa llave.

Dicho aquello, avanzó hacia la puerta y se inclinó junto a mí para tomar la llave del suelo, donde yo la había dejado caer al atacarme Magdolna. Antes de erguirse de nuevo, clavó sus ojos en los míos con expresión diciente, y entonces se enderezó para insertar la llave en la cerradura.

—Vamos, Lucyna —dijo, haciendo girar la llave y empujando la puerta—. Entre a su habitación para que Magdolna no pueda atacarla de nuevo. ¡Está sangrando!

No tuvo que decírmelo dos veces: crucé el umbral a gatas como si el mismísimo Satanás estuviese persiguiéndome para pincharme con su

tridente, y surqué la alfombra hasta casi alcanzar el escritorio. Me obligué a rodar sobre la cadera para encararlos de nuevo, apoyando mi espalda contra una de las gruesas patas de la silla. Comprobé que Aurel y Magdolna permanecían al otro lado del umbral. Al tratar de izarme, comprendí que mis piernas aún rehusaban sostener mi peso, y dejé escapar un lamento.

—Ve tras ella, pues —le dijo Magdolna a Aurel, mirándolo con ira —. Si ya te invitó a pasar una vez, nada te detendrá.

Aurel me dirigió una mirada impaciente. ¿Qué quería que hiciese? Lo observé angustiada, sin atinar a comprender lo que esperaba de mí. Al cabo de unos segundos, él resopló poniendo los ojos en blanco.

—No tengo nada que demostrarte, Magdolna —dijo, mirándome de soslayo. Creí detectar un dejo de decepción en sus ojos—. Tendrás que creer en mi palabra.

—¡Cómo! —exclamó ella, volviéndose hacia él—. ¡Esa no era parte del trato! ¡Me tendiste una trampa!

En ese momento, quise pellizcarme por mi falta de sagacidad y me apresuré a decir:

—Nada lo detiene, puesto que es mi amante y tiene permiso de pasar.

Aunque me dije que el temblor de mi voz había puesto en evidencia la mentira que acababa de formular, Aurel lucía aliviado. Caminó directamente hacia donde yo me hallaba y, acto seguido, me tendió la mano para ayudarme a ponerme de pie y servirme de apoyo, de modo que pudiese sentarme en la silla. Después de esto, me extendió el pañuelo que llevaba en el chaleco y me dijo en un susurro que lo sujetara con fuerza contra mi mejilla.

—¿Lo ves? —dijo Aurel, dándose la vuelta hacia Magdolna y cruzándose de brazos—. Yo soy su amante, no Baltasar. De hecho… si te ocuparas menos de las féminas de su entorno y te enfocaras en él, pienso que podrías seducirlo antes de la boda. Sin embargo, Magdolna, te he dicho una y mil veces que el único motivo del rechazo de Baltasar es el cumplimiento correcto de la tradición familiar. Aunque ninguno de nosotros acepte la validez moral del documento que expedirá el pastor calvinista con el fin de garantizar la

sucesión legal de los bienes de nuestros padres, es obvio que a Baltasar le importa sobremanera el verdadero rito matrimonial de los descendientes de los Báthory y los Domány, aquel que se lleva a cabo en privado. Conoces la relevancia que tiene para Baltasar el ocultismo. ¿Crees que se atrevería a engendrar descendencia mal dotada al dejarse llevar por la lujuria antes de tiempo? Mucho le ha costado resistirse a tu hermosura.

—Pero… Edna lo vio —masculló ella. Sus facciones se habían suavizado. Lucía confundida.

—Tus doncellas solo te dicen lo que tú quieres escuchar —repuso él —. Lo cual es, por supuesto, todo lo que tú previamente les has dicho que sospechas. Y, si no lo hacen, las castigas. ¿Cómo puedes esperar que te narren sucesos fidedignos? ¡Las has llevado a todas al límite! ¡La desgraciada de Edna ya perdió la cordura! ¡Y tú también! Ahora vete. Mañana discutiré un castigo apropiado para ti con Imre y Baltasar. Y, Magdolna: como te atrevas a volver a tocar a esta mujer que hace tolerables mis noches, te mataré. No me importa si muero en consecuencia.

Magdolna zapateó con furia y, crispando los puños, se viró para marcharse. Escuché sus pasos alejarse por el corredor hasta que el sonido desapareció, y solo entonces osé mirar a Aurel, quien aún estaba de pie junto a mí.

—Le dije que quería discutir ciertos asuntos con usted —dijo.

Lo vi salir de la habitación para regresar con mi lámpara y el diario. Tomó la llave del cerrojo y, después de cerrarla puerta por dentro, la aseguró con la tranca.

—Supongo que esto es suyo —dijo enseñándome el cuaderno.

Solté el pañuelo de inmediato y arranqué el cuaderno de sus manos, sintiéndome enrojecer. Sin embargo, ahora que lo observaba con detenimiento, no terminaba de reconocer esa cubierta de cuero. Siguiendo un impulso, lo abrí con la intención de verificar que se tratase de mi diario, solo para encontrarme con que la primera página estaba vacía. También la siguiente y la subsiguiente. No había una sola línea escrita en su interior.

—Este no es mi diario —balbucí.

—¿Está segura? —inquirió.

—Bastante segura —dije.

—¡Ah! —dijo Aurel—. En ese caso, Magdolna la engañó. Probablemente se valió de otro cuaderno para hacerle creer que había leído su diario. No me extrañaría de ella.

Solté una exclamación muda. Me precipité a mi cofre y, tras hurgar en el bolsillo de mi vestido, extraje la llave capaz de abrirlo: vacié su contenido depositándolo en el lecho y así descubrí que, en efecto, mi verdadero diario reposaba en el fondo del pequeño baúl, intacto. Lo abrí para confirmar que fuese el cuaderno correcto: allí estaban las líneas escritas por mí. Incrédula, exhalé con lentitud. Magdolna jamás se había apoderado de mi diario. Tan solo había fingido hacerlo para forzarme a confesar lo que Edna había visto.

Miré a Aurel anonadada.

—Creo que tiene usted toda la razón —le dije.

—Suerte que no confesó nada —dijo él con voz ronca.

—¿Qué lo movió a socorrerme? —inquirí—. ¿Qué más le da que otra prisionera de su familia sea desfigurada por su prima?

—Veo que mis parientes no le han causado la mejor impresión —suspiró.

—No —dije, y de inmediato me cubrí los labios con la mano. Otra vez había hablado de más ante él sin quererlo.

—Sabe lo que somos, ¿verdad? —preguntó él, mirándome a los ojos —. Vio la transformación de Magdolna hace unos segundos. Debe haber conjeturado qué tipo de criatura se oculta en nuestro interior.

—Sí —dije sin poder evitarlo—. Sé que son vampiros.

—Bien. Era solo cuestión de tiempo que lo descubriera.

—Estoy segura de ello —dije—. No es que usted y los suyos se esmeren en esconderlo. ¡Perdone, señor, no sé qué me pasa! Estoy intentando apelar al tacto y fracasando en grande.

—Descuide —dijo—. Supongo que ya se habrá dado cuenta de que cada uno de los miembros de mi familia posee ciertas habilidades especiales. Una de las mías es conseguir sin ningún esfuerzo que el ser humano corriente me diga la verdad.

—Oh… —dije mirando al suelo. Estaba muy avergonzada.

—Por desgracia, no tengo ningún poder sobre los que son como yo —dijo él—. Nunca puedo contar con su sinceridad. Y por eso suelo preferir a los que son como usted. Eso, entre otras cosas, me movió a ayudarla.

—¿No cree usted que la compasión es un rasgo débil? —murmuré con ojos humedecidos.

—Puede serlo, cuando se siente compasión por quien es incapaz de retribuirla —dijo, y me pareció que su frase le sentaba a la perfección a Baltasar—. De todos modos, aprecio la compasión bien encauzada, y su caso la ameritaba, por decir poco. El proceder de mi prima hacia las mujeres de su entorno me horroriza. En este punto de mi vida no sé si, cuando intervengo para frustrar sus planes, lo hago por misericordia para con su víctima, por franca ira hacia Magdolna, o una combinación de las dos.

—Gracias de igual modo —dije, parpadeando y dejando que las lágrimas se deslizaran por mi rostro.

Él se inclinó para tomar su pañuelo de la alfombra y volvió a extendérmelo.

—No fue nada. Recuerde cubrir su herida por ahora, por favor. Procure detener el sangrado —dijo aún muy serio, y entonces noté que fijaba su atención en mi lecho. Seguí su mirada. Estaba estudiando los contenidos del baúl que yo había depositado sobre el tendido—. Ese libro… ¿es acaso *La dama pálida* de Alejandro Dumas? —dijo señalando el ejemplar que había llevado conmigo al castillo, el cual reposaba cerca del borde de la cama.

—Así es —contesté, extrañada de que le causara curiosidad.

—Es mi libro favorito —murmuró él.

Mi corazón se detuvo.

—¿Disculpe? —tartamudeé.

—*La dama pálida* es mi libro favorito —repitió él—. ¿Esto le causa desazón?

—Sí —respondí—. Porque su hermano Baltasar me dijo que era su obra literaria favorita en el mundo… y, de algún modo, me desconcierta que también sea la favorita de usted.

Vi el rostro de Aurel palidecer en tanto sus ojos adquirían un matiz

azul oscuro como el cielo de la medianoche. Lucía perturbado.

—¿Que… Baltasar le dijo qué? —dijo con tono cavernoso, dando un paso hacia mí—. No responda… no diga nada. Solo déjeme pensar en esto unos instantes.

Asentí en silencio, mirándolo con terror. ¿Qué significaba aquello? Aurel cerró sus párpados y apretó los puños durante unos segundos que me parecieron horas. Cuando abrió los ojos de nuevo, volví a sentir que me mostraba quién era.

—Pocas cosas tienen un valor infinito para mí —dijo—. Son cosas sin importancia, realmente, pero son mías. Ciertos lugares. Una melodía. Cuando algo me gusta de verdad, lo guardo en mi corazón. Esa novela es una de esas cosas. Y puedo decirle… no, puedo jurarle, que ese libro no es, y nunca ha sido, el libro favorito de Baltasar.

42
Dos lobos

—*La dama pálida es mi libro favorito* —*susurré, temblando.*

—Eso sí se lo creo. En realidad, lo sé, dado el don que poseo —respondió. Aún lucía preocupado.

—¿Por qué me mentiría su hermano al respecto de algo así? —pregunté, presa de la angustia.

—¿Es irrelevante el amor compartido por una creación? —inquirió él.

—Sí —dije—. Para mí lo es. Al menos a gran escala.

—Quizás lo sea para usted —dijo él—. Pero para mí no. Menos aún cuando la obra es de una rareza relativa. Tal vez a mí me importe más, dado que mi entusiasmo por las cosas del mundo es tan limitado. Y es eso, justamente, lo que me atribula. Mi hermano podría haber recurrido a un sinfín de bagatelas para hacerle sentir que comparte un lazo único con usted… pero, para ello, se adueñó de algo que sabe que *yo* amo. Probablemente quiso sacar provecho de la coincidencia.

Sus palabras me helaron la sangre.

—Pero… Baltasar y yo estamos unidos por un lazo real —dije—. Tenemos algo que los ocultistas llaman telepatía.

Aurel abrió los labios para hablar pero no dijo nada. Su expresión de sorpresa era genuina, sin lugar a dudas.

—¿Le importa si me siento? —preguntó, señalando la silla.

—Por favor —dije, sentándome a mi vez sobre el lecho.

Él giró la silla hacia mí para encararme.

—Ese don suyo para escuchar los pensamientos de otras personas… ¿tiene la certeza de poseerlo? Quiero decir, ¿mi hermano no la llevó a creer que es así?

—No lo sé —dije.

—Bien, hagamos el experimento —replicó—. Voy a pensar en algo con fuerza, y usted me dirá qué es.

—Excelente idea —dije.

Aurel clavó sus ojos en los míos.

Usted es la prisionera de Baltasar, me pareció escucharlo pensar, y entonces me puse a llorar. Me obligué a pronunciar en voz alta sus palabras, después de lo cual hundí el rostro en las manos. Solo a la sazón sentí que un dolor intenso atravesaba mi mejilla derecha y di un salto. Las emociones me habían abrumado de tal modo que mis sensaciones corporales habían pasado a un segundo plano.

—¡Lucyna! —dijo Aurel, poniéndose de pie en tanto yo me dirigía al espejo y me deshacía del pañuelo para observarme en el cristal.

Empecé a gritar: el doble filo de la joya de Magdolna había surcado casi la totalidad del lado derecho de mi rostro, dejando dos líneas paralelas profundas desde la comisura de mi boca hasta mi sien, arrancando tanto la piel como el músculo facial subyacente. Mis lágrimas rodaban, apilándose en aquellas dos heridas, causándome una quemazón espantosa.

—¡Mi rostro! —vociferé, viendo mi reflejo en la superficie vítrea, la silueta de Aurel tras de mí—. ¡Maldigo el día en que vine aquí!

Caí de rodillas sobre la alfombra y un sonido primitivo brotó de mis labios. Jamás había yo experimentado un dolor moral semejante. El cristianismo subrayaba a través de parábolas que el cuerpo era algo superficial y transitorio, que no debíamos apegarnos a él, que lo que contaba era el alma, o la suma de los actos y las virtudes de cada individuo, pero yo jamás había resonado con aquella religión y sabía que jamás lo haría. Sentía que había sido despojada de una parte intrínseca de mi identidad. Una de cuya trascendencia, hasta entonces, no me había hecho consciente a plenitud. No hallaría consuelo en ninguna filosofía aunque me lo propusiese con toda mi voluntad. La pérdida gradual de la vitalidad y la lozanía de los mortales no tenía nada que ver con aquella transgresión cargada de odio y violencia que ahora llevaría sobre mí, esa marca indeleble del horror, el recordatorio permanente de la lección que aquel ser monstruoso había querido enseñarme: ninguna mujer que ella considerase demasiado hermosa podía existir en su proximidad mientras ella viviese.

—Escúcheme —dijo Aurel, hincándose ante mí y tomándome de las muñecas para apartar mis manos de mi rostro—. Sus heridas no han

cicatrizado aún. No es demasiado tarde para intentar algo.

—¡Nunca seré igual! —lloré, sabiendo que sería imposible que mi piel sanase por completo dada la profundidad de los surcos—. ¡Nunca seré yo, tal y como solía conocerme! ¿Me comprende?

—¡Sí, por supuesto que comprendo su pena! Me refiero a que aún puedo ayudarla a sanar —dijo él.

—¿Cómo? —sollocé sin entender a qué se refería—. ¿Piensa suturarme usted mismo?

—No —murmuró él, negando con la cabeza—. Solo cierre los ojos.

Me entregué al llanto más hondo de mi vida. Instantes después, sentí el roce de sus labios sobre mi mejilla y lancé un alarido, echándome hacia atrás con brusquedad.

—¿Qué hace? —grité, pegándome a la cómoda—. ¿Intenta beber mi sangre directamente de mi rostro, tal y como su prima dijo que lo haría?

—¡No! —exclamó él y noté que hacía un esfuerzo por dominar sus emociones—. ¡Necesito humedecer sus heridas con mi saliva! ¡Quédese quieta!

—¿No beberá mi sangre?

—¡Claro que lo haré! ¡Es inevitable, está sangrando! —replicó. Su piel translúcida se había coloreado de rosa—. Sin embargo, esa no es mi intención. Mire: ya cené, no tengo hambre y definitivamente no necesito alimentarme de usted. ¡La rescaté de las garras de mi prima hace minutos! ¿Cree que necesito disputarme una presa con ella?

—No —dije hipando—. ¡Es solo que todo lo que tiene que ver con ustedes me produce terror! ¡Haga lo que tenga que hacer para ayudarme, por favor! —lloriqueé.

—Bien —dijo él tomando un respiro—. Deje que le explique la razón de lo que pretendo hacer. Algunos vampiros tenemos la capacidad de sanar las heridas recientes. Nuestra saliva tiene propiedades cicatrizantes, y por ello nuestras víctimas no ostentan la señal de nuestra mordedura tras un ataque. Yo soy uno de esos vampiros. Por otra parte, sus heridas no lucen nada bien, y, debo decirle, he intentado en vano sanar a otras víctimas de Magdolna cuyas cicatrices ya empezaban a formarse. Por ello, no quiero darle

falsas esperanzas.

La desolación se apoderó de mí.

—Inténtelo de todos modos, se lo ruego —musité.

—¿No me culpará por ingerir su sangre?

—¡No! —exclamé. Goterones de sangre lacrimosa caían sobre mis faldas—. ¡Solo hágalo, le juro que no le reprocharé nada!

—Cierre los ojos, por favor —pidió—. Lo digo en serio. Me sentiré más cómodo si no me observa.

—Por supuesto —murmuré obedeciéndole.

Cuando volví a sentir su boca tibia sobre la piel de mi mejilla, hice un esfuerzo por no saltar de nuevo. Temía experimentar la horripilante sensación de la succión de aquel vampiro, pero no fue así. Conforme deslizaba sus labios a lo largo de las hendiduras que me había dejado Magdolna, sentí un ligero cosquilleo parecido al escozor producido por la ortiga, el cual fue sucedido por algo que solo podría describir como una tirantez inusual en la fibra de mi cutis.

—Ya está —dijo—. Puede abrir los ojos. Ahora solo nos resta esperar. ¿Tiene gasa en esta habitación?

Asentí con la vista clavada en el suelo. Toda mujer en edad fértil llevaba gasa o pequeños trapos lavables consigo adonde fuese, pero era natural que los hombres no tuviesen presentes aquellos detalles. Cuando me atreví a mirar a Aurel, él se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Sus ojos parecían brillar más. Había probado la sangre de mi rostro y no parecía estar asqueado.

—Gracias —le dije, tomando su mano libre entre las mías en un impulso.

Noté que él se tensaba y lo solté de inmediato.

—Ni lo mencione —replicó poniéndose de pie—. El tiempo dirá si merezco su agradecimiento o no.

Lo imité, irguiéndome a mi vez, de espaldas al espejo. No tenía el valor de verme de nuevo. Aurel, aun así, observaba su propio reflejo en tanto terminaba de limpiarse los labios y la barbilla.

—¿Los cristales de los espejos no se rompen al reflejarlo a usted? —le pregunté, sorprendida.

Él fijó sus ojos en los míos, frunciendo el ceño.

—¿Tan espantoso le parezco? —inquirió.

—¡No! —dije—. Es solo que su hermano me dijo que…

Sus pupilas decrecieron de tamaño en un instante.

—¿Qué más le dijo Baltasar? —inquirió con voz gélida.

—Que los espejos se rompen cuando un miembro de su familia se mira a los ojos en él.

—Ah… ¿sí? —dijo él con expresión sombría—. Pues a mí no me pasa. No suelo entrar a las habitaciones de mis parientes, pero no creo que Imre tenga que privarse de verse en el espejo, ni tampoco mis sobrinos. Estoy seguro de que Magdolna debe tener al menos un espejo en cada muro de sus aposentos.

Me sentí temblar de pies a cabeza.

—Entonces… ¿es algo que solo le ocurre a Baltasar? —inquirí.

—No sabía que él tuviera ese problema. ¿De verdad le dijo que era un mal de todos los Domány-Nádasdy?

—Eso creo —respondí—. Fue lo que entendí, al menos. Él no tiene ningún espejo en sus habitaciones. Dice que la condesa amaba tanto contemplarse en ellos que aún lo hace a través de quienes llevan su sangre y que, cuando él se ve a los ojos en un espejo por primera vez, no ve su propia imagen sino la de la condesa.

—No lo comprendo, a pesar de la obvia conexión entre Erzsébet y los espejos por aquello de la vanidad. Aunque, quizás, de ser cierto que el cristal se rompe al reflejar la mirada de Baltasar… tal haya sido el resultado de alguno de sus experimentos ocultistas —dijo, como pensando en voz alta—. Baltasar intentó entablar contacto con el espíritu de la condesa durante algún tiempo.

—¿Baltasar deseaba comunicarse con el espíritu de la condesa? —pregunté sobresaltada—. ¿Con qué fin?

—No lo sé, nunca he querido perder mi tiempo con la brujería ni con el espiritismo —dijo Aurel—. Sin embargo, según Baltasar lo mencionó alguna vez, está convencido de que los ancestros de quienes deriva nuestra condición podrían revelarle ciertos secretos importantes u otorgarle dones. Siempre estuvo obstinado con Erzsébet. Siempre ha querido hacerse más poderoso.

Me parecía que me hablaba de una persona diferente. Baltasar

nunca me había mencionado nada al respecto de desear incrementar sus poderes. Por el contrario, me había dado la impresión de lamentar el vampirismo al que estaba sujeto. Fuera de esto, no creía recordar que él se hubiese expresado acerca de su antepasada Báthory en buenos términos.

—Usted dijo querer discutir de ciertos asuntos conmigo —dije, buscando pensar en algo distinto a lo que le había ocurrido a mi apariencia para no seguir llorando por ello, al menos hasta que supiese si Aurel me había ayudado a sanar o no—. ¿De qué se trata, señor?

—En cuanto la vi… —empezó a decir, y noté que sus pupilas negras se expandían casi hasta cubrir el azul profundo de sus iris.

—¿Sí? —inquirí con un hilo de voz.

Él guardó silencio unos instantes.

—Supe que estaba en gran peligro, dado el historial de mi prima con las mujeres y el entusiasmo que Baltasar había demostrado por usted —afirmó al fin, tragando en seco—. Además, ya estaba al tanto de que Edna la vigilaba por orden de Magdolna. Por eso, cuando noté que mi prima había abandonado el gran salón, empecé a buscarla como un loco por el castillo. Lamento no haber llegado a tiempo para impedir que mi prima la hiriera. Me alegra, aun así, haber evitado que tocara sus ojos.

—Hizo más de lo que cualquier otra persona habría podido hacer por mí —dije, apretando los labios para no prorrumpir en llanto al pensar en mi rostro—. Pero hay algo aparte de eso, ¿verdad? —balbucí—. Usted quería hablar conmigo por otras razones, además de intuir que su prima podría querer herirme.

—Sí —confirmó, su voz limpia y bella—. El interés de Baltasar en usted se me antojó inusual desde el primer momento. Desde que leyó su respuesta solicitando la plaza de institutriz, empezó a comportarse de modo extraño. Quiero saber por qué, exactamente, le interesaba a él traerla a usted aquí.

—Él dijo que quería que yo lo ayudara a comunicarse con los espíritus. Tal parece que supo que le sería útil para este propósito —respondí.

—Puede que eso sea cierto si presintió sus dotes antes de traerla aquí. Debo decirle que su don es excepcionalmente acertado, señorita Pawlak. Repitió las palabras que yo pensaba con exactitud. Y lamento que esta sea su realidad. Pero, dígame, ¿lo ayudó a entablar contacto con el más allá?

—Sí. Realizamos juntos una invocación durante la cual se manifestó el espíritu de su difunta hermana Petronȳa.

—¿Petronȳa acudió? ¡Eso es asombroso! ¿Y qué le dijo?

—Preferiría no revelárselo, señor… no quiero traicionar la confianza de su hermano.

Él frunció el ceño.

—Mi hermano, quien sin duda le garantizó su protección. ¿Me equivoco?

—No se equivoca —mascullé.

—Pues valiente amante tiene usted, señorita Pawlak —dijo él—. Baltasar no solo suele doblegarse ante los caprichos de Magdolna, sino que jamás ha impedido que la envidia de ella se acreciente al punto de causar catástrofes. Ya ve lo que le ocurrió a usted esta noche.

—Es verdad —lloré—. Fui una estúpida al creer que sería capaz de protegerme.

—Sí —dijo él, causando que yo sollozara con aún más desconsuelo —. No es la primera vez que algo semejante le ha pasado a una mujer a causa de los comentarios de Baltasar.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Usted estuvo presente durante la cena. Puede adivinar lo que le acaeció realmente a la difunta señora del castillo vecino, la hija de los Cetner.

—Magdolna le arrancó el rostro a pedazos y la desangró, ¿verdad? —dije, aguardando una confirmación de su parte.

—Sí —dijo él—. Pero no solo eso: tal es el proceder habitual de Magdolna cuando Baltasar ha expresado ante ella que otra mujer es hermosa.

—¿Cómo dice? —pregunté sintiendo que el aire me faltaba—. ¿Por qué haría Baltasar algo así, conociendo a su prima?

—Escuche el trasfondo de la historia de la hija de los Cetner, y

saque usted sus propias conclusiones, ¿le parece?

—Por supuesto —dije instándolo a hablar.

—Muy bien —dijo él, tomando una inhalación—. Cierta noche en que Magdolna, Baltasar y yo nos hallábamos en el poblado vecino, vimos a la joven señora Cetner bajar de su coche. Era una mujer elegante. Tenía un donaire especial y movimientos delicados semejantes a los suyos —agregó con un gesto cargado de aflicción—. Magdolna le preguntó de inmediato a Baltasar si la encontraba bella. Aunque le clavé una mirada significativa a Baltasar con el fin de que guardara silencio, él hizo caso omiso de mi petición tácita y le respondió a Magdolna con una sonrisa perversa que hallaba sumamente hermosa a aquella dama. Cuando, más tarde, le pregunté a solas por qué lo había hecho, él se encogió de hombros y afirmó que solo había dicho la verdad, agregando que aquello debería haberme agradado, ya que tanto aprecio la sinceridad. Pues resulta que, hasta hoy, yo no sabía que esa joven señora hubiese muerto. La noticia no me sentó nada bien. Pude conjeturar, por los detalles que nos fueron revelados durante la cena, que Magdolna asesinó a aquella dama. Por supuesto, recordé de inmediato la noche en el poblado, y supe por qué lo hizo. Una vez más, las palabras de Baltasar tienen consecuencias fatídicas. El caso de la señora Cetner es uno de muchos.

—¡Qué horror! —mascullé.

—Sí, es terrible —murmuró—. Baltasar y Magdolna tienen una relación enfermiza. Muchas mujeres han muerto o han sido desfiguradas a causa de la imprudencia de Baltasar. A veces pienso que lo hace por azuzar los celos de Magdolna. Otras veces creo que lo hace por provocarla. Es como si lo disfrutara. De algún modo, hacen una pareja perfecta en un sentido macabro. Ellos dos me hacen pensar en la pareja que conformaron mi antepasada Báthory y su esposo, el conde Nádasdy. Se dice que este último fue quien instruyó a Erzsébet en el refinamiento de las tácticas de tortura. Mi madre y mi tía vislumbraron los adultos en los que se convertirían Baltasar y Magdolna cuando estos aún eran niños, y por ello los prometieron en matrimonio.

—No puedo creerlo —susurré.

—Pues debería —replicó él—. Las madres conocen a sus hijos. Mi hermano y mi prima son como dos lobos. Él, el poderoso líder de la manada, y ella, la loba rabiosa que daña a quien percibe como su competencia. Mi pregunta es por qué insiste usted en confiar en alguien que la ha defraudado de semejante forma, por quien ahora lleva la marca de Magdolna.

—¡No confío en Baltasar en estos momentos! —me defendí—. Hoy he estado furiosa con él. Por cierto, dijo que vendría a verme tras la cena.

—No creo que vaya a presentarse aquí en lo que resta de la noche —dijo él.

—Él notará la ausencia de Magdolna en el salón —alegué—. No debe tardar en venir.

—Le tiene mucha fe a su aprecio por usted, señorita Pawlak —dijo él—. Una vez los señores Cetner hayan partido, Baltasar e Imre irán tras ellos para matarlos en medio del camino, de modo que parezca que fueron asaltados por bandoleros. Mi hermano y mi primo son muy vengativos. Le garantizo que no los dejarán vivir.

—¿Matar a los Cetner? ¿Por qué harían algo así? —pregunté con los pelos de punta.

—Es obvio que los Cetner son los responsables directos de las muertes de mi hermana Petronȳa y su esposo. Puesto que los Cetner ya sospechaban que dos vampiros habían matado a su hija, les tendieron aquella trampa a mis parientes, atándolos a dos estacas para que los matara la luz del sol.

—Yo deduje lo mismo durante la cena… pero la verdadera culpable de todo es Magdolna. Es injusto que Baltasar e Imre maten a los padres de esa pobre mujer.

—Injusto o no, una guerra silenciosa entre los vampiros y los señores de los castillos vecinos ha comenzado... una que, por supuesto, ganarán los vampiros de mi familia. Por otra parte, usted misma debe admitir que fue injusto que los Cetner asumieran que mi hermana y mi cuñado asesinaron a su hija. Cierto, quizás sus sirvientes los avistaron cazando en las inmediaciones de su propiedad durante la noche y dieron la voz de alerta, pero esa no es prueba suficiente. Para

empeorar las cosas, Petronȳa y Laurentius solían alimentarse de bandoleros que acampaban en el bosque y ni siquiera los mataban. Sé que los Cetner siguen sospechando de toda la familia, pero en aquel entonces, a causa de la información contenida en el libro escrito por ese sacerdote cazavampiros suizo, decidieron obrar llenos de ira, dolor y terror, sin considerar las consecuencias de sus actos. Fueron impulsivos en su juicio y por ello hoy están muertos dos vampiros inocentes.

—No creo que *inocente* sea la palabra más adecuada para referirse a ningún vampiro —dije.

—Tiene razón —dijo él sonriendo—. ¿Ve por qué disfruto la franqueza del mortal común? Mire, yo quería descubrir quién estaba detrás de las muertes de Petronȳa y su esposo, y debo decir que concuerdo con usted: la verdadera culpable es Magdolna. Pero tras de ella se encuentra la figura de Baltasar. ¿Sabe? Es casi como si él le diera órdenes tácitas que luego niega a conveniencia. Baltasar tiene cierta responsabilidad moral en lo que le ocurrió a nuestra hermana. Y, puesto que él no estuvo aquí para protegerla a usted y yo sí, creo que usted debería contarme lo que el espíritu de Petronȳa le dijo a Baltasar. Si no lo hace, temo que puedo obligarla a hacerlo con el don que me caracteriza… pero no quiero.

Suspiré, resignada.

—Está bien —dije—. Me parece que se lo debo.

—Gracias —dijo él.

—El espíritu de Petronȳa le pidió a Baltasar que convocara a los señores vecinos con el fin de esclarecer su muerte.

—Así que la idea fue de Petronȳa. Ahora comprendo por qué el súbito deseo de Baltasar de encontrar a los autores de la emboscada entre los vecinos acaudalados y no entre las gentes del campo. La idea me gustó, claro, pero es diciente que viniese de mi hermana. Estoy seguro de que le agradaría ser vengada. ¿Qué más dijo?

—Dijo que su ancestro Domán vivió alrededor de diez siglos. Dijo que había adoptado otro nombre y que él fue el *vampyr* primordial. El no-muerto originario. Usó esos términos.

—Vaya, ¡cuán longevo! Curioso dato… aunque aún no entiendo por

qué esto tendría especial relevancia para Baltasar —comentó Aurel, pasándose la mano por la barbilla—. ¿Qué hay de Erzsébet? ¿La mencionó?

—Oh, sí. Dijo que su antepasada Báthory se levantó de la tumba transformada en un *vampyr* inmortal gracias a un pacto con Satanás. Dijo que ella vivió hasta hace relativamente poco… nueve años, si no estoy mal. Y también mencionó que, antes de esto, contactó a su madre y a su tía para instruirlas.

—¡Por el averno! ¿De veras? —inquirió él.

—Tal y como se lo digo —respondí.

—Es increíble que mi madre y mi tía Abélia se guardasen algo semejante. Es posible que la condesa les haya confiado ciertos secretos de gran poder, tal vez asuntos relacionados con las artes negras. Petronÿa sabía que Baltasar quería contactar el espíritu de Erzsébet. Supongo que por eso se lo mencionó. ¿No dijo mi hermana nada más?

—Sí… le dijo a su hermano dónde encontrar los diarios de su difunta madre —afirmé.

—¡Eso es! —dijo Aurel con expresión victoriosa—. Los rituales secretos de mi madre deben estar inscritos en su diario. Quizás Petronÿa guio a Baltasar a esos diarios, de modo que él pueda replicarlos con exactitud.

—¿Para hacerse más poderoso? —pregunté a mi pesar.

—¿Para qué, si no? —dijo él extrañado—. Tiene usted una visión sesgada de mi hermano. Lo cree bueno. Es preocupante.

Me estremecí. Todo aquello contradecía lo que yo había pensado de Baltasar.

—Pero… él pareció trastornarse al leer el diario de su madre, pues no sabía hasta entonces que tendría que procrear con Magdolna —dije.

Aurel me miró como si estuviera loca, tras de lo cual dejó escapar una risa sofocada.

—Baltasar siempre ha sabido que engendrará descendencia con Magdolna —dijo, su expresión casi enternecida—. No la acusaré de ingenuidad, ya que los vampiros podemos ser muy persuasivos y somos, por naturaleza, hábiles manipuladores. Sin embargo, en este

punto, me encantaría saber cómo logró convencerla de algo tan absurdo.

—¡Ah, señor! Este tema en realidad me causa incomodidad —dije.

—Eso no tiene que decírmelo, lo sé. Ahora, por favor, sacie mi curiosidad.

—No, señor, no quiero hacerlo por voluntad propia.

Él tomó un respiro y dijo, mirándome a los ojos:

—Lucyna, le ordeno que me cuente la verdad.

Aunque no lo quería así, abrí los labios y procedí a contarle la conversación al respecto de la procreación que había sostenido con Baltasar la noche anterior. Aurel, entre tanto, lucía cada vez más desconcertado. Cuando concluí, su semblante parecía haberse convertido en blanca piedra. Me observaba por debajo de las cejas aunque parecía no estar mirándome exactamente a mí. Deduje que estaba pensando en Baltasar.

—Dígame qué opina de lo que acabo de contarle, se lo suplico —murmuré. La intensidad de mis propios latidos me sacudía.

Él hizo crujir sus nudillos antes de hablar.

—Bien… creo que todo fue una pantomima de Baltasar —dijo.

—¿Qué lo hace pensar eso, señor? —pregunté, sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas.

—En primer lugar, según usted misma acaba de afirmar, usted no habla húngaro. Así pues, no pudo verificar que mi madre hubiese escrito nada de esa índole en su diario. ¡Con razón Baltasar la dejó a solas con esos dos cuadernos! A usted no le consta que ese juramento de procreación estuviese especificado allí. Le repito que siempre fue un hecho que Baltasar tendría que procurar la descendencia de la familia con Magdolna. Mi madre no se habría molestado en exigirle un juramento que lo garantizase. En segundo lugar, y esto es lo peor de todo…

—¿Sí? —inquirí con un hilo de voz.

—Todo lo que le dijo Baltasar acerca de la procreación corresponde a mi visión personal del asunto. Es una copia casi textual de las conversaciones que he sostenido con él al respecto, solo que mi perspectiva nunca ha sido pesimista, dado que prolongar la línea

familiar no depende de mí. Es un alivio no tener que preocuparme por algo así.

—Pero… puede que él haya terminado por pensar como usted, ¿no?

—Me costaría creerlo —dijo—. Siempre hemos tenido visiones opuestas del tema. Yo he sentido pena por la humanidad desde que tengo uso de razón, y más adelante me encontré justificado en la visión del escritor Gustave Flaubert, quien aseguraba sentir horror ante la posibilidad de transmitir a alguien la desgracia de la existencia, rechazando por ello la procreación. Fue gracias a las afirmaciones de Flaubert que empecé a sostener conversaciones acerca de la multiplicación de los mortales corrientes con Imre y Baltasar. Les he expresado cuánta lástima me produce el ciclo de dolor al que está sujeta la raza humana. Baltasar, en cambio, ha sido más dado a la autocompasión a pesar de que lo tiene todo… o casi todo. Las pequeñas cosas que no puede hacer como vampiro lo frustran enormemente. Sin embargo, él siempre ha estado orgulloso del papel que se le otorgó y de la misión que le fue encargada, tanto así que se ha resistido a los intentos de seducción de Magdolna porque quiere que su descendencia sea engendrada con perfección tras el rito de bodas familiar, el cual él se toma muy en serio.

—¿No cree posible que él le haya mentido a usted a lo largo de su vida? —le pregunté—. Usted mismo dijo que le es difícil saber cuándo los miembros de su familia le son sinceros.

—Los Domány-Nádasdy nos hemos ocultado muchas cosas a través de los años, pero nunca las suficientes como para que no nos conozcamos los unos a los otros en absoluto. A pesar de todos nuestros secretos, yo conozco a mi hermano… y mi hermano me conoce a mí. Lo cual ahora me causa gran desasosiego, pues veo que ha tomado prestadas mis preferencias y algunos particulares de mi forma de pensar.

—Pero, ¿qué querría lograr con ello? —pregunté.

—Se me ocurre que, al menos al comienzo, deseaba ganarse su confianza para que usted lo ayudara con las invocaciones. ¿Y qué mejor forma de lograrlo que enamorarla despertando su piedad por él? Al fin y al cabo, el amor se compone de partes iguales de

admiración y compasión. No se sienta mal. Muchas mujeres se han enamorado de Baltasar.

—¿Cómo no voy a sentirme mal? —le dije—. ¡Soy una idiota como todas las demás!

Él sonrió, pero lucía algo triste.

—Al menos es graciosa, Lucyna —dijo.

—¿Para qué cree que inventó que no está dispuesto a tener hijos? ¿Y por qué lo haría justo en ese momento decisivo, ante el diario de su madre? Ya habíamos realizado la invocación.

—Lo ignoro. Quizás para que usted lo compadeciese aún más creyéndolo en una posición capaz de afligirlo al punto de preferir la muerte. Tal vez él hubiese planeado aquella reacción de antemano. Él había tenido tiempo de leer esos diarios antes de que usted llegara a su habitación.

—Pero… le digo que él lloraba. Lo hacía con tal naturalidad que aún le creo.

—Ay —dijo Aurel—. Llorar adrede era el juego favorito de Baltasar cuando era niño. Es un truco ideal para atraer víctimas. Mi hermano es un actor magnífico. Es tan diestro en todo… lo cual hace que me inquiete tanto más que haya buscado parecerse a mí para congraciarse con usted. Sin embargo, parte del arte de la manipulación consiste en saber qué elementos de un carácter suscitarán la simpatía de la víctima. El manipulador los toma prestados de sus conocidos porque es más fácil que crear un personaje nuevo de la nada. Imagino que Baltasar intuyó que usted se conmovería con los rasgos que usurpó de mi personalidad. Al menos eso espero, porque, de no ser así, lo que usted me ha contado esta noche me angustiaría mucho más. En fin… por lo que veo, dio resultado.

—Señor… estoy aterrada —le dije, llorando de nuevo.

—Lo sé —dijo él—. No es para menos.

Unos golpes en la puerta nos interrumpieron.

—¡Es Baltasar! —murmuré, mirando a Aurel.

Él negó con la cabeza.

—Lucyna —dijo la voz de la señora Kowalski desde el corredor—. Traigo una nota para usted.

—Dígale que la deslice por debajo de la puerta —susurró Aurel en mi oído.

Así lo hice, dándole las gracias y las buenas noches al ama de llaves. Segundos después, una nota con el sello de Baltasar surcó el umbral de mi habitación.

—¿Lo ve? —dijo Aurel—. Vaya, lea la nota que mi hermano le envía.

Corrí a la puerta y rasgué el sobre en un parpadeo. Leí:

Lucyna:

Me será imposible reunirme con usted esta noche. Debo ausentarme del castillo por un asunto urgente. Por favor, perdóneme. Sé que le he fallado últimamente, pero ha sido por razones de fuerza mayor. Sé que necesitamos hablar. La veré mañana cuando se ponga el sol y aclararé todas sus dudas.

Suyo,

Baltasar.

—¿Y bien? —inquirió Aurel—. Incumplirá su cita con usted, ¿verdad?

Asentí conforme la ira se asentaba en mi pecho.

—Se lo dije —afirmó Aurel—. Los Cetner están por enfrentar una muerte dolorosa.

—¡Señor, le suplico que me ayude a escapar de este lugar! —dije, corriendo hacia él y abrazando sus rodillas.

—Qué situación más espantosa… póngase de pie, por favor —dijo, extendiéndome una mano.

Al erguirme frente a él, noté que había palidecido.

—Señor —insistí con mirada suplicante.

Él me miró largamente y dijo:

—Sí. Lo haré. Y lo haría sin condiciones, tal y como ayudé a escapar a Edna… pero, en esta ocasión, quiero dos cosas a cambio.

43
Clarividencia

No podía creer que hubiese aceptado. Quería besar sus manos y cubrirlas de lágrimas, pero me contuve.

—Lo que pueda hacer por usted, lo haré —dije.

—Gracias —dijo él—. Antes que nada, me es imprescindible que me ayude a descubrir por qué me ha involucrado Baltasar de ese modo en sus planes con usted. Dada su actuación, no me sorprendería que le pidiera a usted ayuda con aquello que quiere de verdad dentro de poco. Parece que hubiese estado preparando el terreno para algo excepcional. Quiero que usted me lo reporte en cuanto averigüe de qué se trata.

—Sí —dije—. ¿Qué más puedo hacer por usted?

—Se lo diré en un momento. Antes, quiero volver al tema de los espejos.

—Por supuesto —accedí.

—Hay algo al respecto que me contraría… en especial eso de que Erzsébet se contempla en el espejo a través de los ojos de sus descendientes. Quizás sea cierto que lo hace a través de los ojos de Baltasar. Pero no puedo creer que esto le disguste a él, quien siempre ha buscado el favor del espíritu de nuestra antepasada. Mamá solía hablar mucho de algo llamado magia de espejos o *catoptromancia*, y debe habérsela enseñado a Baltasar, su alumno más dedicado. Esta magia consiste en usar superficies capaces de reflejar imágenes… espejos, agua o cristales, con fines adivinatorios. Quizás Baltasar sea más parecido a Erzsébet de lo que sus parientes sospechamos.

—Eso sería espeluznante —murmuré.

—Todo es bastante tétrico ya —dijo él—. No me parece que eso sea necesariamente alarmante, quizás porque estoy acostumbrado a la devoción que algunos de mis parientes le manifiestan a Erzsébet. Aun así, necesito más información al respecto de sus conversaciones con

Baltasar para esclarecer mis pensamientos. ¿Cómo llegaron a hablar de ese tema?

Hice un esfuerzo por recordar.

—Hablábamos de Rózsa —dije.

—¿La institutriz anterior? —inquirió él.

—Sí —dije—. Baltasar le había obsequiado a ella un espejo a su llegada.

—¿Un espejo? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Su hermano le había obsequiado a ella un espejo, así como me regaló un diario a mí.

—¿Baltasar le obsequió a usted el diario que está en esta habitación?

—¡Sí! —dije—. ¿No escuchó usted la conversación que sostuve con su prima antes de que ella me atacara?

—No toda —dijo él. Lucía agitado—. A duras penas si escuché las excusas que usted le dio acerca de los contenidos del diario cuando ascendía corriendo por las escaleras, antes de alcanzar el corredor. Esto es muy extraño. Baltasar tiene dotes de clarividencia que van más allá del contacto sensorial habitual. Puede conocer cosas de los demás por medio de los regalos que les hace. Es posible que él haya intuido en la distancia lo que usted ha escrito en ese diario, así como es posible que pudiese presentir asuntos relacionados con Rózsa a través del espejo que le obsequió.

Creí que me desmayaría.

—¿Para qué? —chillé, aterrada.

—Probablemente quería algo de ella, tal y como ahora quiere algo de usted. ¿Por qué hablaban acerca del espejo que le obsequió a Rózsa? ¿Qué la puso a usted sobre aviso?

—Déjeme pensar —dije, presa de la angustia—. Había notado la ausencia de espejos en los aposentos de él… y recordé que los niños habían mencionado que Baltasar le había hecho ese regalo a Rózsa. Era un tema recurrente.

—Tiene usted toda la razón —respondió él—. Es una importante observación. Baltasar estuvo de viaje mientras Rózsa vivía aquí. Me pregunto exactamente con qué fin querría estar al tanto de lo que ella

hacía. Nunca he creído que la educación de nuestros sobrinos le importe tanto como dice.

—Él mencionó que sospechaba de Rózsa. Creía que quizás ella tenía malas intenciones para con su familia.

—Eso no tiene lógica… de ser cierto, habría dicho algo tras conocerla, antes de partir. No habría consentido que ella permaneciese en el castillo. ¡Tiene que haber algo más! —dijo por entre los dientes, paseándose por la habitación—. ¿Puede pensar usted en algún otro detalle relacionado con Rózsa que haya conversado con Baltasar?

—¡Sí! —exclamé, recordando lo más importante de todo—. Hallé una nota anónima dirigida a Rózsa en un libro. En ella, alguien le decía que llevase un crucifijo a un lugar indefinido. Esto me inquietó, y se lo conté a su hermano.

—¡Dígame que aún conserva la nota! —dijo con voz trémula.

¿Qué demonios había hecho yo con aquel trozo de papel? Me precipité a mi armario y tomé de su interior el vestido negro que había usado el día anterior. Temblando, revisé sus bolsillos.

—Aquí está —dije, sujetando la nota entre los dedos: la había encontrado.

—¿Me permite? —pidió él con expresión ansiosa.

Se la extendí, y él la tomó de mi mano. Lo miré con el corazón en vilo mientras él la leía.

—¿Qué piensa al respecto? —pregunté.

Él elevó la mirada del papel y me observó con lo que parecía ser pánico contenido.

—Lucyna… esta nota fue escrita por Baltasar.

Mis latidos se detuvieron unos segundos.

—Imposible —dije con una risilla nerviosa. Pero entonces me dije que, de hecho, era enteramente posible. Yo no estaba lo bastante familiarizada con la caligrafía de Baltasar y me había habituado a echar todas sus notas al fuego por precaución. Aun así, tampoco tenía la certeza de que no fuese Aurel quien me estaba mintiendo.

—Duda de mí —dijo—. Es apenas natural. Compare usted misma la caligrafía con aquella de la nota que acaba de recibir de parte de Baltasar. Conozco perfectamente la letra de mi hermano.

Le hice caso. Tomé una nota en cada mano para verlas con detenimiento. La cabeza me daba vueltas. Aunque la nota que estaba dirigida a Rózsa parecía haber sido escrita con afán, puesto que la escritura era menos pulida, ciertas letras en ambos documentos poseían características idénticas, esos pequeños trazos raros e inconfundibles que conforman la caligrafía única de una persona. Sostuve la nota dirigida a Rózsa contra mi nariz e inhalé con fuerza. Tenía el aroma de Baltasar. Un sudor frío cubrió mi frente.

—Ambas notas fueron escritas por el mismo autor —concluí, dejándolas caer sobre la alfombra.

A duras penas si sentía mis propias manos, se me habían puesto heladas: Baltasar me había mentido todo el tiempo.

—Eche al fuego ambas notas de inmediato —dijo Aurel—. No debe correr el riesgo de que Baltasar presienta a través de ellas más de lo que conviene.

Le obedecí, y procedí a frotarme las manos velozmente cerca de las llamas, intentando serenar mi respiración.

—Señor… —dije con voz quebradiza—. ¿Qué cree usted que signifique todo esto? Baltasar le preguntó hace poco a Imre ante mí si sería capaz de reconocer la caligrafía del maestro de música cuando hablábamos de esta nota.

—Pero ni él ni usted le enseñaron la nota a Imre, ¿verdad?

—No —dije—. La nota estaba en esta habitación, dentro del bolsillo del vestido de donde usted me vio sacarla.

—Cuán astuto de parte de Baltasar interrogar a Imre al respecto de la nota ante usted —susurró—. Excelente maniobra para desviar su atención hacia el mequetrefe que les da lecciones de música a mis sobrinos… en quien, por cierto, no confío en absoluto.

—Su primo Imre mencionó que el señor Ivanov tenía un amorío con Rózsa cuando ella vivía —dije—. Quizás él también estuviese implicado en el asunto.

—Si Baltasar estaba usando a Rózsa, tal vez también estuviese utilizando al maestro de música para su propósito. Además… tuvo que haber escrito esa nota mientras todos lo creíamos ausente —agregó, haciéndome temblar.

—¿Para qué querría usar el crucifijo Baltasar? —le pregunté.

—Asumiendo lo mejor de él, quizás alguno de sus rituales ocultos requiriese la profanación de un ícono religioso —murmuró—. Pero no comprendo por qué nos ocultó a los demás su presencia aquí. Además, podría haberle pedido a cualquier sirviente que lo asistiera con el uso de un crucifijo sin pasar trabajos adicionales para escondernos sus motivos… esto es, si los últimos no nos afectaran. Y por lo mismo, creo que lo hacen. Es la mentira lo que me preocupa.

—A mí también —dije desconsolada.

—Lucyna, creo que es menester vendar su herida —dijo, interrumpiendo el hilo de la conversación.

—Está bien —dije.

—Puedo ayudarla si aún le resulta demasiado doloroso observarse —dijo.

—Se lo agradezco —murmuré.

Tomé la gasa limpia de mi armario y se la entregué, evitando todo el tiempo mirarme en el espejo. Aurel me pidió que me sentase en el lecho y cubrió la herida aún húmeda con un trozo de gasa que se adhirió a mi piel.

—Quizás deba anudar un pedazo largo de tela alrededor de su rostro para que este sujete la gasa en su lugar —dijo.

—Ya tengo un vestido roto del cual podemos tomarlo —dije, poniéndome de pie y entregándole el vestido que Baltasar había arruinado.

Aurel me miró con pesar al recibirlo de mis manos. Observó la porción rasgada del cuello del vestido y dijo:

—Baltasar, ¿verdad?

Asentí. Él rasgó un largo jirón de las faldas y procedió a atarlo en torno a mi rostro.

—Ya está —dijo—. Podrá verse en el espejo sin sufrir hasta que sea momento de cambiar el vendaje. Entonces sabremos si mi truco empieza a surtir algún efecto.

—¿Qué es la segunda cosa que quiere de mí a cambio de ayudarme a escapar, señor? —dije, temerosa de que cambiase de parecer.

Él tomó aire y dijo:

—Quiero que cene conmigo todas las noches hasta que la ayude a huir una vez lleguemos a Venecia.

—¿Disculpe? —balbucí confundida.

—Será más fácil ayudarla a escapar allá. Huir de este castillo en este tiempo es casi un suicidio. Para serle franco, dudo que Edna sobreviva —afirmó con un dejo de preocupación.

—Agradezco su intención de proteger mi vida, señor, pero… ¿por qué quiere pasar tiempo conmigo? —insistí, recordando con amargura las explicaciones de Baltasar en conversaciones similares.

—La encuentro encantadora —dijo, mirándome a los ojos.

—¿Desea hacerme sentir mejor acerca de lo que Magdolna le hizo a mi rostro? —musité.

—No—sentenció él—. Escuche, sé que no desea nada distinto a marcharse de inmediato, y la entiendo. Sin embargo, me niego a ayudarla antes de que las circunstancias sean propicias. Toda la atención recaería sobre mí dada mi intervención en el pasillo hace unos momentos. Además, Magdolna cree que usted es mi amante. Debemos pasar tiempo juntos hasta que podamos ejecutar nuestro plan sin mayores riesgos. Dado lo que sé de usted, presiento que su compañía me será grata. Dígame si desea proceder.

—Claro que sí —dije, y entonces quise asegurarme de que Aurel cumpliría su palabra—. ¡Júreme que me ayudará a escapar una vez lleguemos a Venecia, señor! Por mi tranquilidad. Se lo ruego.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Hace bien en desconfiar de un Domány-Nádasdy —dijo—. Le juro que la ayudaré a escapar una vez lo disponga todo para dicho propósito en Venecia si usted jura que pasará algunas horas conmigo cada noche hasta entonces. Esto mientras me ayuda a descubrir lo que trama Baltasar.

—Lo juro —dije.

—Bien —respondió él, y sentí la esperanza renacer en mi interior—. Yo hablaré con Baltasar al respecto de nuestro acuerdo de cenar juntos. Diremos que estamos guardando las apariencias ante Magdolna. Después de todo, la estoy protegiendo a usted al encubrir su *liaison* con él. Él no se atreverá a desafiarme una vez sepa lo que

ocurrió. Por cierto… ¿piensa usted ponerle fin a lo que inició con él?

—Eso creo… —dije—. No, no lo creo. Lo sé. Lo que sentía por él ha muerto esta noche.

Sus ojos estaban fijos en los míos. Me pareció que se estremecía.

—Dice la verdad —murmuró muy serio—. En ese caso, debe darle a Baltasar la noticia con prudencia. No le diga que sus sentimientos por él han cambiado. Es menester que él le revele lo que quiere de usted. Dígale, simplemente, que no puede proceder tras el daño que Magdolna le infligió.

—Esa no es una mentira —dije.

—Lo sé —respondió él, cerrando los párpados con fuerza durante un instante—. No escriba nada en su diario. Esté atenta a lo que él pueda decirle al respecto.

—¿No debería echar el diario al fuego? —inquirí.

—Eso podría ponerlo sobre aviso. Solo déjelo en el fondo de su cofre y no escriba nada en él.

—Un momento… ¿cómo supo Magdolna que Baltasar me había obsequiado un diario? —dije cayendo en la cuenta de que Magdolna lo había afirmado con plena seguridad.

—Quizás lo haya descubierto por medio de Edna. O quizás Baltasar mismo se lo haya mencionado adrede para ponerla celosa. Ya le dije que tienen una relación extraña.

—Temo ver a Baltasar a solas después de descubrir que me ha mentido —le dije—. También temo que lea mis pensamientos.

—Usted le es necesaria para algo —dijo él—. No le hará daño hasta no ver realizado su propósito. Aun así…

—¿Sí? —inquirí, sintiendo que me faltaba el aliento.

—Le compartiré lo que yo hago para que él no pueda leer mis pensamientos cuando deseo absoluta reserva en algún asunto. Quizás le sirva a usted también.

—¡Por favor! —pedí.

—Cuando hable con él, imagine que su mente es un campo inmerso en densa niebla blanca detrás de la cual están sus ideas verdaderas.

—¿Cree que funcione? —pregunté.

—Sí. Si usted tiene la habilidad de leer los pensamientos ajenos,

debe tener la capacidad de proteger los propios. Por algo le dio Baltasar ese diario: necesita cerciorarse de que lo que ve en usted es genuino.

—Aurel… júreme que me dirá siempre la verdad —le pedí, dando un par de pasos hacia él—. Si lo hace, podré confiar en usted y sentirme más tranquila cuando intente averiguar lo que desea Baltasar.

—Juro que le he dicho la verdad todo el tiempo, y juro que seguiré diciéndole la verdad —dijo sin dudar—. No tengo motivos para mentirle, Lucyna. Además, usted ha sido sincera conmigo y a mí me gusta pagar verdad con verdad. Es lo único valioso que podemos ofrecernos los unos a los otros en esta experiencia compartida llamada existencia.

—¡Gracias! —dije con ojos llorosos.

—Igualmente —dijo—. Siento que se haya visto enredada en esta situación. Debe estar aterrada.

—Sí —dije—. Todo el tiempo. No tengo paz desde que llegué aquí. Nunca he sufrido tanto en mi vida.

—La vigilaré cuando vaya a encontrarse con Baltasar. Estaré más tranquilo. También pasaré las noches en la habitación contigua a esta por si usted requiere mi ayuda.

—¿De veras? —inquirí.

Él asintió.

—Tiene las ventanas tapiadas por dentro —dijo—. Estaré a salvo de la luz solar.

—Señor… ¿por qué no quería Magdolna que Edna hablase con Baltasar? —le pregunté.

—Según lo que Edna me dijo a regañadientes antes de que la ayudara a partir, Magdolna le ordenó que la vigilase a usted por celos. Por supuesto, Magdolna no deseaba que Baltasar se enterase de eso. Ahora pienso que Magdolna buscó evitarlo a toda costa porque había planeado confrontarla a usted esta noche y no quería que Baltasar le impidiese hacer lo que le hizo. Sin embargo, Edna decidió arriesgarse a huir por otro motivo: no quería admitir ante Baltasar que, por seguirla a usted, había terminado por inmiscuirse en sus asuntos. Edna

huyó por miedo a Baltasar, no a Magdolna.

—¿Y cómo huyó Edna? —inquirí.

—La oculté para que pudiese deslizarse fuera del castillo una vez fuese abierta la reja para que pasaran los invitados —dijo él—. Llevó consigo dinero, agua y víveres, y también pesadas ropas de invierno pero… lo cierto es que es muy arriesgado intentar llegar al poblado a pie con este clima. Ha vuelto a nevar y los lobos hambrientos abundan. Sé que me lo pregunta porque quiere saber si usted podría lograrlo también. Recuerde que me dio su palabra de ayudarme, así como yo le di la mía a usted. Es solo por un tiempo breve, Lucyna. No le pido más.

—Lo sé… lo cierto es que la estadía en el castillo se me ha hecho eterna —confesé sin desearlo.

—No lo dudo. Sin embargo, toda la familia partirá a Venecia en doce días. Y, puesto que se supone que usted es mi amante, podré distraerla un poco.

—¿Iremos a Venecia en doce días? —inquirí, pasmada.

—Sí —dijo—. Aunque el carnaval fue prohibido, la gente lo celebra a su modo. Hay fiestas privadas en los palacios… y muchos vampiros.

—Solo saber que partiremos pronto me hace sentir mejor —dije.

—Eso me alegra —replicó él—. Debe estar harta de estar encerrada en esta habitación.

—¡Sí! —repliqué—. Me he sentido prisionera desde mi llegada.

—Bueno, es que lo ha sido. Como le dije con el pensamiento, usted es la prisionera de Baltasar.

—Pensar que yo misma me lo busqué —dije, no sin vergüenza.

—Se juzga usted con demasiada dureza —replicó él.

—Aurel… yo seduje a su hermano —dije mirándolo a los ojos.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Baltasar la engañó desde un comienzo. Además, tiene los poderes mentales característicos de un vampiro —respondió él.

—Puede ser, pero… yo di el primer paso —dije—. Él no hizo más que ceder.

—¿Así como ha cedido ante cada una de sus amantes? Por favor —rio por lo bajo.

Me sentí palidecer. ¿Amantes? ¿Qué amantes? Aurel me miró extrañado.

—¿Se encuentra bien? —inquirió—. ¿La ofendí, acaso?

—No. Es solo que… Baltasar dijo no haber tenido amantes antes de mí.

Aurel entrecerró los ojos.

—¿Habla usted en serio? —inquirió—. No puede ser. ¡Habla en serio!

Me cubrí los ojos con las manos esperando oírlo reír, pero no lo hizo.

—Escuche, Lucyna, no sé para qué inventó algo así Baltasar, pero simplemente no es cierto. Si bien, por sus prácticas ocultistas, Baltasar cree en algo que llama *pureza sexual*, ha tenido amantes selectas en los círculos espiritistas de Europa. He conocido a algunas de ellas. Le gustan las mujeres que tienen dones manifiestos en ese aspecto espiritual. Dice poder nutrirse de su *prana*.

—¿Su qué? —pregunté aterrada.

—*Prana*. Es un término sánscrito. A los ocultistas europeos les gusta tomar prestados conceptos orientales para dar una impresión de mayor autenticidad. Ese es usado para denominar la fuerza vital. ¿No se ha sentido usted decaer tras haber iniciado su romance con él?

—¡Ahora que lo dice usted, sí! ¡Sí que lo he sentido! —exclamé furiosa—. Me siento muy débil y estoy más delgada a pesar de que me alimento en abundancia. ¡Maldito ladrón!

—Bueno, todo vampiro es en esencia un ladrón… y en eso me incluyo —dijo, encogiéndose de hombros—. Aunque yo me limito a tomar la sangre de los demás. Eso del *prana* es cosa de Baltasar, y solo puede hacerlo en situaciones íntimas.

—¿Para qué demonios hacerme creer que nunca había tenido otra amante? —dije, agitando las manos—. ¡Qué cosa más ridícula! ¡Como si para mí hiciese alguna diferencia!

Aurel miró hacia un lado mientras exhalaba.

—No lo sé… se me antoja que Baltasar ha querido hacerle creer que el lazo que lo une a usted es tan atípico que es casi sacro. Si bien es cierto que él se ha resistido a Magdolna, esto también se debe a sus

creencias ocultistas. Según estas, la primera unión entre dos vampiros que van a procrear debe ser perfecta y solo debe darse al reunir ciertas condiciones muy puntuales, tras un ritual digno de la ocasión. Tal es el verdadero matrimonio vampírico… cosa que a mí me ha tenido sin cuidado ya que desprecio el ocultismo, y, por suerte, mi madre no me eligió para garantizar su descendencia. En todo caso, tanto Baltasar como Magdolna son y han sido libres de tomar amantes. Personalmente, dudo que Baltasar haya tenido grandes remilgos en unirse a una muchacha con semejantes dotes para el mundo del espíritu como usted. Debe tener el *prana* ideal.

—Podría matarlo —mascullé iracunda.

—Al menos no se robó todas sus habilidades… nuestro ancestro Domán hurtaba los talentos de sus víctimas al alimentarse de su sangre.

—¿Qué? ¡Necesito dibujar algo con urgencia! —exclamé.

—¿Para qué? —preguntó Aurel.

—¡Para saber si aún tengo esa habilidad! ¡Es el único talento que tengo!

—Dudo que sea su único talento, es obvio que es usted muy inteligente —replicó.

—¡Papel y pluma! —grité, dirigiéndome al escritorio. No me importaba que Baltasar me los hubiese obsequiado.

Aunque el pulso me temblaba, dibujé en el papel el rostro de Imre Domány-Nádasdy lo mejor que pude, con Aurel mirando por encima de mi hombro.

—Vaya —murmuró Aurel—. Es en efecto talentosa. Es un buen retrato de Imre. Estoy seguro de que le complacería tenerlo.

Me dejé caer sobre la silla aún trepidando. Baltasar no se había adueñado de mi moderado talento artístico, ese que ansiaba desarrollar.

—Lamento haberla asustado de semejante forma —dijo Aurel.

—Lo único que he deseado con pasión en toda mi vida es pintar —dije, sintiendo que mi corazón se deshacía en mis palabras.

—Oh… —dijo Aurel—. Cuán bello de su parte. Bien, todo parece indicar que ninguno de los miembros de nuestra familia heredó la

proclividad al hurto de talentos de Domán. Diría que, dadas las espantosas posibilidades, tuvo usted suerte.

—Tal vez porque solo pasé una noche en compañía de su hermano —dije—. Bueno, dos. Pero solo una de aquellas…

—Al desnudo —dijo Aurel, terminando la frase por mí.

—Sí —dije. La ventaja de conversar con un vampiro como él era que no había mucho que pudiese abochornarme admitir, fuese moral o socialmente.

—No soy virgen —dijo Aurel entonces, sonriendo con los labios cerrados—. Por si se pregunta usted si Baltasar también usurpó ese detalle de mi historia personal.

Reí por lo bajo, y a la sazón sí que me sonrojé. No necesitaba la aclaración, pero había resultado cómica.

—No imaginaba que lo fuese —dije, meneando la cabeza—. Nunca he tenido una mente puritana. Le juro que no atino a comprender por qué su hermano creyó que semejante mentira me resultaría halagadora de algún modo.

—Todos anhelamos algo especial aunque no lo creamos posible. Todos deseamos vivir algo que trascienda la norma, y Baltasar conoce la naturaleza humana. Aunque usted crea que su declaración no la afectó en ese momento, debe haber reforzado en su corazón la sensación de que él era único. La idea de una exclusividad compartida es capaz de despertar sentimientos sublimes en el ser más racional.

—Quizás haya logrado engañarme… pero al menos no soy lo bastante tonta como para querer a nadie de manera incondicional —dije—. Él lo deshizo todo en un instante.

—Cometió el error de sentirse seguro de su devoción por él. Quizás cuente con seguir alimentándose de su *prana* a lo largo de los años, incluso después de su boda —dijo—. No le sentará bien la noticia de haber perdido su fuente de aire espiritual.

—Pues espero que eso lo haga rabiar —dije por entre los dientes.

—La entiendo. Ahora que sé que Baltasar se ha adueñado de ciertos aspectos de mi personalidad para alentar su simpatía por él, no puedo negarle que me alegrará quitarle algo que considera suyo. Primero por algún tiempo… y luego, para siempre.

Se refería a mí, claro está. Y aunque me habría encantado vengarme de Baltasar de algún modo mejor planeado, lo único que deseaba era recuperar mi libertad. Tuve que preguntarme si Baltasar había correspondido mi pasión con sinceridad en algún momento, o si solo se había dejado llevar por la ambición de adueñarse de mi fuerza vital. Lo cierto era que se había valido de los rasgos de carácter del hombre que estaba ante mí para enamorarme, aunque trastocándolos hasta formar un cuadro digno de piedad.

—Quiero intentar hacerme con los diarios de mi madre —dijo Aurel, sacándome de mis reflexiones—. Voy a tratar de entrar a la habitación de Baltasar.

—No puede ser —objeté—. ¿No es un riesgo demasiado grande?

—Por supuesto, pero al menos él no se encuentra en el castillo ahora. No puede adivinar que usted me habló acerca de los diarios de mi madre. Tal vez tome nuevas precauciones en cuanto se entere de que usted pasará sus noches conmigo.

—¿Cuándo lo veré de nuevo? —inquirí.

—Vendré a verla en cuanto sepa algo. Cierre su habitación con llave cuando yo salga.

—¿Cómo sabré que se trata de usted cuando regrese?

—Le diré mi nombre —rio.

—Sí pero... ¿y si alguien quisiera hacerse pasar por usted?

—Tiene razón —dijo.

—¡Lléveme con usted! —pedí temiendo quedarme sola.

44
Amor

Contrariamente a lo que había esperado, Aurel accedió de buena gana.

—Sí —dijo—. No seré yo quien la condene al encierro entre estos cuatro muros. Le enseñaré mi habitación también. Si nos topamos con alguien al regreso, haremos como que venimos de allá. Después de todo, mis aposentos están situados bajo los de Baltasar.

—¡Gracias por no dejarme sola aquí! —dije.

—Ni lo mencione. Es una idea excelente. Traiga su abrigo —agregó —. Los pasillos están muy fríos hoy. Y no olvide su lámpara.

Dejamos mi habitación en cuanto me hube abrigado. Aurel me ofreció su brazo.

—Como dos que se aman de verdad —dijo sonriéndome de medio lado.

Su gesto me dio tranquilidad. Caminamos por los pasillos con rapidez pero sin afán hasta alcanzar el ala este.

—Por aquí —dijo, guiándome por un corredor amplio, tras de lo cual descendimos hasta alcanzar otro corredor—. Este es el acceso principal a mi habitación.

Para mi sorpresa, en cuanto llegamos a la gran puerta de madera oscura, la abrió sin usar ninguna llave, moviendo solo el picaporte de hierro forjado. Había dejado su habitación abierta, como quien no tiene nada que ocultar.

—Adelante —dijo, invitándome a pasar antes que él.

Sus aposentos estaban iluminados por lamparitas de diáfanos cristales azules que despedían luces cálidas, dando como resultado una iluminación verde pálida muy acogedora. Aurel entró a la habitación tras de mí y aseguró la puerta a nuestras espaldas con una pesada tranca de hierro. Los muros del recibidor estaban tapizados de papel de colgadura azul francés con elegantes acentos de filigrana color oro.

Más allá, en la habitación como tal, las cortinas de terciopelo ocre con grandes brocados de flores azules del lecho permanecían entreabiertas. Cuando Aurel se detuvo cerca de mí, percibí de modo consciente su perfume por primera vez. Era sutil pero glorioso. ¿Cómo podían oler tan bien los vampiros? Aurel olía a pinos, hiedra y azahar, o al menos eso me pareció, y sentí un hormigueo placentero en la superficie de mi piel al inhalarlo por segunda vez. Lo miré fascinada mientras se alejaba en dirección a la biblioteca que ocupaba la totalidad de uno de los muros.

—He aquí mi libro favorito —dijo, tomando del estante superior un ejemplar, el cual me extendió. Su título leía en francés *Los mil y un fantasmas, tomo II*—. Es una primera edición. Las varias partes que componen *La dama pálida* se encuentran comprendidas en este libro de historias fantásticas de Dumas.

Lo recibí de sus manos con gran curiosidad. La cubierta era sencilla. Mi ejemplar no incluía otras historias del autor.

—¿Desea beber algo? Póngase cómoda, por favor —dijo enseñándome una poltrona junto al fuego encendido con gesto amable.

—Sí, gracias —pedí llevando conmigo aquel compendio de historias al mullido mueble y dejándome caer en él, casi dichosa de no estar en mi habitación—. Cualquier bebida embriagante capaz de calmar mis nervios.

Él sonrió y tomó una licorera de cristal para llenar dos copas.

—Es *krupnik* —dijo, depositando mi copa en una mesita de mármol amarillo junto a mí—. A ambos nos sentará bien.

Bebí varios tragos del dulce licor tradicional polaco, saboreando la miel, las hierbas y los clavos de olor empleados en su preparación. Aurel tomó asiento en una silla recubierta de seda azul frente a mí y me contempló en silencio unos segundos. Aún se me antojaba que era un príncipe salido de un sueño lóbrego, su oscura mirada bella como la noche. De repente, quise cerciorarme de que lo que Baltasar me había dicho acerca de los juramentos era cierto. Necesitaba saber si podía confiar en las promesas de Aurel.

—Disculpe… ¿qué ocurriría si incumpliese usted los juramentos que

me hizo hace un rato? —le pregunté nerviosa.

—Mi corazón estallaría y moriría —dijo él como si aquello fuese lo más natural, reiterando la explicación que me había dado su hermano —. Me convertiría en un vampiro muerto. Es una de las pocas reglas morales de índole sobrenatural a las que los Domány-Nádasdy estamos sujetos. Esa y la de no poder adentrarnos en espacios ajenos sin permiso de quienes los ocupan.

—¿Podrá entonces entrar a la habitación de Baltasar? —inquirí temerosa de que él quisiera que lo hiciese yo sola.

—Sí, ya lo he hecho antes con su permiso, cuando éramos muy jóvenes aún. Y, una vez el permiso se otorga, no se puede retirar. Iremos en cuanto terminemos nuestras bebidas.

—Bien —dije bebiendo lo que restaba de la mía—. Cuanto antes, mejor. ¡No quiero ser sorprendida por él!

—Yo tampoco. Pero descuide: todas las habitaciones del ala este están unidas por un pasadizo interior que desemboca en una salida secreta que podemos usar para huir en caso de necesidad. Casi nadie lo usa. Usted y yo lo haremos esta noche. Aún tengo un juego de llaves que corresponden a cada puerta del castillo. Esperemos que Baltasar no haya asegurado esa puerta por dentro.

—Creo que preferiría no entrar a sus aposentos de nuevo —musité.

—Aún tenemos tiempo de revisarlos antes de que él emprenda el retorno. No partió hace mucho. ¿Vamos? —dijo él.

—Sí —dije, poniéndome de pie—. Ahora o nunca.

—Sígame —dijo, terminando su copa y depositándola junto a la mía en la mesita de mármol.

Después de esto, tomó un enorme juego de llaves del cajón de una cómoda de madera de apariencia antigua y nos adentramos en una segunda cámara al fondo de la estancia principal, la cual estaba menos iluminada. Aurel abrió una puerta empotrada en uno de sus muros laterales, y entonces nos hallamos en el pasadizo interior. Él tomó mi mano para guiarme en la penumbra. Apreté su mano con fuerza llena de temor, y él asintió, correspondiendo mi gesto. Dimos varios giros dentro de aquel pasillo estrecho durante algunos minutos hasta detenernos ante otra puerta.

—Aquí estamos —susurró, soltándome para buscar la llave adecuada entre todas las que tenía.

—¿Cómo podrá reconocerla? —murmuré—. Debe haber unas cien llaves ahí.

—Las puertas de acceso a este pasadizo tienen llaves más pequeñas que las demás —masculló, tomando una entre sus dedos e insertándola en la cerradura.

Sentía mis latidos en la garganta. La llave no fue capaz de abrir la cerradura. Aurel tomó una segunda llave que tampoco funcionó en tanto yo empezaba a temblar de frío y de miedo.

—Esta es —dijo, dándole la vuelta a una tercera llave en la cerradura, la cual resonó, cediendo.

Aurel depositó entonces el inmenso juego de llaves en el suelo sin apenas hacer ruido y puso su dedo índice sobre sus labios para indicarme que guardara silencio. Empujó la puerta unos milímetros para asomarse por la pequeña ranura, y luego la empujó más para pasar al interior, precediéndome. Los aposentos de Baltasar eran mucho más oscuros que los de Aurel, y no reconocí la cámara en la que nos encontramos al entrar. Los muros de piedra estaban desnudos, excepto uno, sobre el cual divisé lo que parecía ser una tela negra a medio extender. Esta cubría algún tipo de cuadro u objeto de gran tamaño.

—Vamos a buscar esos diarios —dijo Aurel en mi oído.

—Espere —respondí, deteniéndolo—. Quiero ver lo que su hermano oculta tras esta tela.

Dicho esto, me aproximé a esta para elevar con sumo cuidado la esquina de su borde inferior, dejando así al descubierto los calados de un marco dorado.

—Debe ser una pintura —dijo Aurel—. Qué extraño que la esconda.

Cuando quise elevar la tela un poco más, esta se deslizó para caer en su totalidad a mis pies, y tanto Aurel como yo retrocedimos con premura: nos hallábamos ante un espejo.

—¿Pero qué demonios…? —balbuceó Aurel.

Aunque nos reflejaba, la superficie de aquel espejo era en extremo oscura y daba la impresión de ser líquida. Extendí los dedos hacia el

cristal para palparlo.

—¡Cuidado! —dijo Aurel, pero era demasiado tarde: el cristal se movió como el agua de un lago quieto al ser tocada, las ondas circulares replicándose desde el centro hasta la periferia.

—¿Qué he hecho? —inquirí angustiada—. ¡Pronto, ayúdeme a cubrir el espejo de nuevo! —le pedí a Aurel, quien se inclinó para tomar la tela del suelo.

Justo entonces, mi reflejo se desvaneció hasta desaparecer por completo. El terror me paralizó. Cuando Aurel se irguió de nuevo, noté que el cristal también había dejado de reflejarlo a él. Ambos enmudecimos. Poco a poco, la superficie ondulante se iluminó con luz propia, como si un cerillo hubiese sido encendido en su interior. Un rumor grave surgió del otro lado del cristal, intensificándose hasta convertirse en una voz que era a la vez masculina y femenina, la cual creí escuchar dentro de mi cabeza y no con mis oídos físicos.

—Habéis contemplado el abismo, y ahora el abismo os contempla a vosotros —dijo como un arrullo cuyo eco me puso los pelos de punta —. Os esperábamos.

—¿Quién eres? —preguntó Aurel en un susurro.

—Somos umbral de visiones certeras y fuente de verdad. Somos las arenas del tiempo. Somos la sombra del mundo —replicó aquella voz dual, y me pareció que otras voces fantasmagóricas procedentes del interior del cristal musitaban palabras y frases a destiempo, las cuales no atiné a comprender. Mi corazón se detuvo por un instante. La voz principal prosiguió—: Le pertenecimos a la condesa sangrienta antes de su muerte y transformación, y desde entonces hemos sido llevados de castillo en castillo por sus herederos. Hoy le pertenecemos a quien, gracias a su habilidad para la catoptromancia, reavivó nuestro poder latente tras siglos de olvido. Solo él logró hacerlo en perfecta imitación de la condesa, su antepasada, puesto que posee un alma muy similar a la suya —afirmó, y el rostro de Baltasar se dibujó en el cristal con intermitencia durante un par de segundos, maléfico como nunca antes lo había visto. Sofoqué un grito y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué planea Baltasar? —gemí.

—Nos está vedado daros esa respuesta. Los muertos que hablan a través de nosotros no pueden decírselo a nadie —afirmó el espejo, y a la sazón creí escuchar un hondo gemido colectivo conformado por varios centenares de voces, el cual me estremeció desde lo profundo de los huesos. Era casi como un canto fúnebre—. Sin embargo, puesto que ambos habéis comparecido ante nosotros, os debemos dos revelaciones y dos consejos.

—Te escuchamos, sombra —murmuró Aurel, aproximándose más al cristal.

—Primera revelación —dijo aquella voz andrógina como salida de una pesadilla—: por la gran malignidad contenida dentro del corazón de Baltasar, somos el único espejo capaz de reflejar su mirada sin que el cristal se rompa. No habíamos tenido ante nosotros a un ser tan maligno desde los tiempos de Erzsébet. Nuestro dueño es, sin duda, su más meritorio heredero.

Me pegué al flanco de Aurel por instinto. Quería salir corriendo de allí pero no me atrevía a moverme.

—Segunda revelación —prosiguió el espejo—: somos el medio a través del cual Baltasar os observa a vosotros, y por esto ya os conocíamos a los dos. Los demás espejos nos hacen las veces de ventanas, sin importar dónde estén situados.

—Qué horror —musité.

—Escúchanos, muchacha: Baltasar te vio a través de nosotros cuando leías ese libro que tanto amas —se interrumpió de modo abrupto, y escuché un clamor espeluznante similar al anterior, una verdadera oda al terror—. Perdonad. Aquí termina nuestra revelación. Los muertos no pueden infringir las reglas a las que están sujetos. Sin embargo, deseamos advertiros: ambos debéis proceder con cuidado. Ahora os daremos nuestros consejos.

—Los necesitamos con desesperación —dijo Aurel.

—Primer consejo —dijo la voz doble detrás del cristal—: no os tardéis demasiado en estos aposentos. Dado vuestro nulo conocimiento de las artes negras, no entenderéis lo que Baltasar halló en el diario de Klára Nádasdy. Buscad, mejor, los diarios corrientes de Klára Nádasdy, esos que no están cargados de fórmulas mágicas y que

a Baltasar no le interesan. Están en el lugar más evidente: el cajón de la cómoda de la habitación que ella ocupó mientras vivía.

—Gracias —dije deseosa de salir de allí—. ¿Cuál es el segundo consejo?

—¡Destruidnos ahora! —replicó el espejo con un rugido ensordecedor, haciéndome saltar hacia atrás—. ¡Liberad a los muertos a quienes Baltasar compele a manifestar verdades ocultas y a formar visiones claras! Hacedlo para que así él no pueda veros más en este cristal. Le será imposible encantar en poco tiempo un nuevo espejo del modo en que nosotros fuimos preparados y embrujados por la condesa. Han sido siglos de agonía contenidos en nuestro interior. Poseemos un tipo de poder que no se puede obtener de la noche a la mañana: el poder que deriva del dolor.

—¿Pero no les importa ser destruidos? —lloré de miedo—. ¿Y no descubrirá Baltasar que lo hicimos nosotros?

—Temo destruirte, espejo —intervino Aurel—. Hacerlo podría acarrearnos graves repercusiones. Por otra parte, ¿no se adherirán los muertos a nosotros una vez liberados?

Lo miré de reojo, inquieta. Yo nunca habría pensado en algo así. La posibilidad era pavorosa.

—Anhelamos ser destruidos —dijo el espejo—. Hacedlo como un acto de piedad hacia estos muertos a quienes Baltasar nutre con la fuerza vital excelsa que usurpa de sus amantes. Tú les brindaste a estos espíritus hambrientos algo más de tu exquisita fuerza vital al tocar nuestra superficie, muchacha, y los despertaste sin esfuerzo alguno pues ya te habían saboreado. Si vosotros no nos destruís ahora, las ánimas permanecerán en estado de esclavitud, anhelando la esencia de los vivos, obligadas a servir a Baltasar y a su descendencia. Sois nuestra única esperanza. Los muertos no os harán daño si los liberáis. Por el contrario, tendréis su agradecimiento. En cuanto a nuestro dueño, Baltasar… no podrá saber si al fin logramos destruirnos desde dentro, o si lo hizo un ser encarnado desde fuera. Pero, puesto que esta noche no nos ha visitado, aún ignora por completo vuestra alianza y lo que habéis descubierto juntos. Si no hacéis lo que os decimos, lo sabrá todo a su regreso. Destruirnos

también os conviene a vosotros. Más de lo que imagináis.

—Tu voluntad será realizada —sentenció Aurel.

—Aguarda, espejo —dije—. Puesto que vamos a destruirte, ¿crees que podrías otorgarnos una respuesta más?

El silencio reinó durante algunos segundos.

—Concedido —replicó la voz conjunta.

—¿Para qué observa Baltasar a Aurel? —pregunté temblando.

—Antaño, la condesa deseaba ser la más bella de todas. Hoy, Baltasar anhela ser el más amado de todos —respondió el espejo.

—¿Amado por quién? ¿Con que fin? —insistí nauseada.

—Es todo lo que podemos deciros al respecto —replicó el espejo, y dicho esto, vociferó en un lamento—: ¡Destruidnos ahora mismo, el tiempo se agota!

Aurel salió de la cámara y regresó con el juego de llaves, tras de lo cual procedió a golpear el espejo con fuerza descomunal. Los fragmentos cayeron al suelo al mismo tiempo, causando un gran estruendo. Al fijar mi atención en ellos, noté que se habían convertido en negra arena tornasolada. Aurel tomó la sábana y la acomodó sobre el marco, como estaba antes.

—¡Huyamos de aquí! —dijo, tomando mi mano y sacándome de la habitación de Baltasar. Después de eso, cerró la puerta con llave y me obligó a correr a su ritmo por el pasillo hasta que volvimos a sus aposentos.

Una vez cerró su propia puerta con llave, reclinó su espalda contra la madera y exhaló, cerrando los ojos en tanto sujetaba el pesado juego de llaves contra su pecho.

—¡Por todos los cristales del mundo! —dije casi sin aliento, mirándolo con los ojos abiertos de par en par—. ¿Puede creer lo que acabamos de vivir?

—Haga el favor de pellizcarme, Lucyna —dijo, y advertí que él también temblaba—. Debo comprobar que este mal sueño en el que estamos atrapados es nuestra realidad conjunta.

—No voy a pellizcarlo —dije.

Él rio con fuerza, y entonces noté que sus mejillas ostentaban hoyuelos profundos. Su dentadura era algo menos perfecta que la de

Baltasar pero, cosa rara, más bonita.

—Venga —dijo, encaminándose a la cámara principal de nuevo—. Volvamos a sentarnos para hablar de esto con calma.

Me dejé caer en la misma poltrona junto a la cual aún reposaba mi copa vacía, y vi con agrado que él tomaba la licorera para llenarla de nuevo. Una vez hubo llenado la suya también, tomó asiento frente a mí y bebió de un solo trago la mitad del líquido.

—Estuvimos ante un espejo muy similar a aquel descrito en el cuento de *Blancanieves* —murmuré, observando mi reflejo en el licor que mi copa contenía—. Su primo Imre me dijo que tanto la historia de Blancanieves como la de su antepasada Erzsébet Báthory fueron publicadas en el inicio por la misma casa editorial, y en el mismo año. Después de lo que acabamos de vivir, no creo que sea ninguna coincidencia. En el cuento de *Blancanieves*, el espejo era utilizado por la reina hechicera para saber si era la mujer más bella de sus dominios —añadí, elevando la mirada hacia él—. Aunque el recuento acerca de su antepasada Báthory no menciona un espejo mágico, sí que enfatiza todo cuanto ella estuvo dispuesta a hacer para satisfacer su vanidad. ¡Pues resulta que un espejo como el de *Blancanieves* ha estado en su familia desde los días de la condesa! Alguien tuvo que documentar algunos de los secretos mágicos más protegidos de su parienta en su siglo, y los autores del cuento de *Blancanieves* obtuvieron aquella información de algún modo a comienzos de nuestro siglo. Estoy convencida de que la reina malvada de *Blancanieves* y Erzsébet Báthory son el mismo personaje.

Él me miró con seriedad. Se lo veía estremecido.

—Es una conclusión maravillosa —dijo—. La felicito. Por desgracia, todo parece indicar que Baltasar se asemeja a ambas mujeres por igual, tanto a la Erzsébet real como a la ficticia.

—Dígame, Aurel, ¿escuchó usted también la voz del espejo? —inquirí, necesitando de repente una respuesta de su parte para no dejarme llevar por pánico—. ¿He perdido los vestigios de cordura que me quedaban? Un espejo nos habló, ¿verdad?

—No lo sé… —replicó con lentitud—. Me pareció escucharlo con mi mente y no con mis oídos, cosa que no me había ocurrido jamás. Estoy

dudando de mis propias impresiones sensoriales.

—Y yo de las mías —respondí—, aunque tuve una sensación igual a la suya, lo cual me hace creer que tal vez no lo imaginé todo.

—Tendremos que repetirnos el uno al otro todo cuanto escuchamos o creímos escuchar —prosiguió él—. Pero, teniendo en cuenta el historial de mi familia con las artes negras, creo que nada de lo que vivimos en la habitación de Baltasar fue producto de nuestra imaginación.

—Es un plan sensato —dije—. Empezaré yo.

Procedí entonces a relatarle mi experiencia en tanto él asentía. Aurel pronunciaba las frases del espejo conmigo mientras yo las recitaba, palideciendo al comprobar que no había sesgos personales en aquella vivencia compartida. Al final concluimos que, en efecto, ambos habíamos escuchado exactamente las mismas palabras provenientes del cristal, y también habíamos visto en él las mismas imágenes. Nos miramos en silencio durante un instante que se me antojó eterno, uno de esos momentos inolvidables en que dos se saben en verdad comprendidos y en los cuales empieza a gestarse una amistad.

—Aunque sienta confiar en mí ahora, no debe avergonzarse si duda de mí en los días venideros —dijo él entonces—. Aún no me conoce.

—Gracias —dije.

—No hay de qué —respondió con la insinuación de una sonrisa, terminando su copa.

A la sazón, un alarido iracundo procedente de otro lugar llegó a mis oídos. Me pareció que era la voz de Baltasar.

—Mi hermano debe haber descubierto lo que le hice a su espejo —dijo Aurel, tragando en seco.

—Más vale que procure convencerse a usted mismo de que nunca estuvo allí —respondí aterrorizada—. Debe aparentar inocencia absoluta.

Él asintió.

—Hablemos en voz baja —dijo, y yo asentí a mi vez.

—¿Sabía usted que Baltasar utilizaba el *prana* robado para nutrir a los muertos? —inquirí en un susurro, sintiendo la náusea retornar.

—No —dijo él—. Pero tiene sentido que le diese un uso en la brujería. Después de todo, él necesita la sangre para sobrevivir, no así el *prana*. Se me ocurre que Baltasar debe haber comprobado cuán poderosa es su mente durante la invocación, Lucyna. Esto puede haberlo decidido a robar su *prana*. Vio la oportunidad perfecta y la tomó.

—¡Lo odio! —dije, lamentando haber pasado aquella noche con Baltasar.

Aurel me contempló por un largo rato.

—Lucyna… ¿por qué le preguntó usted al espejo acerca de mí? ¿No le habría sido más útil saber con qué fin la ha estado observando Baltasar a usted?

—Supongo que me perturba más que Baltasar sienta la necesidad de observar a su propio hermano a través de un cristal mágico. A fin de cuentas, cuando tuve la oportunidad de hacerle esa pregunta al espejo, yo ya sabía que Baltasar había utilizado mi *prana* para alimentar a los muertos y que se había valido de mi intención para contactar a su hermana. Ya era consciente de que todo aquello es, o fue, de suma importancia para él. Por ende, no me extraña demasiado que quisiera vigilarme desde antes de mi llegada al castillo. Quizás me equivoque, pero he dado por sentado que su interés primordial en mí reside en lo que él llama *percepción extrasensorial*. A usted, en cambio, Baltasar siempre ha podido preguntarle lo que quiera cuando así lo desee. Han compartido este castillo a lo largo de sus vidas. ¿Por qué habría de valerse de un proceder tan clandestino para con su propio hermano?

—Gracias por pensar en mí en un momento tan decisivo —replicó él, y tuve la impresión de que estaba incómodo—. Eso me hace sentir… culpable.

—¿Por qué? —objeté—. Usted me arrancó a Magdolna de encima. Tenerlo en cuenta a usted es lo mínimo que puedo hacer.

—Su situación en este lugar es infinitamente peor que la mía. Por eso —respondió. Lucía apesadumbrado.

—Quizás —dije enterneciéndome, y quise evadir aquella emoción: no deseaba llorar de nuevo por mí misma al sentir la compasión de Aurel hacia mí—. Pero eso no significa que yo no pueda ayudarlo a

usted.

—Lo aprecio más de lo que puedo expresar —dijo él, su semblante sepulcral.

—¿Cómo interpreta usted la respuesta que nos dio el espejo? —inquirí haciendo un esfuerzo por retornar al tema principal: necesitaba distraer mis sentimientos con pensamientos cuanto antes.

—Sus palabras fueron crípticas —replicó él, tomando una inhalación y sosteniéndola en su pecho—. Afirmó que Baltasar desea ser el más amado de todos. Pero ocurre que todo el mundo desea ser amado, y Baltasar siempre ha sido competitivo. Eso no explica en absoluto con qué fin me ha estado observando a escondidas. Me es imperativo pensar en esto con calma para descifrar el mensaje del espejo. Aun así, también debemos descubrir cuál ha sido la verdadera finalidad de Baltasar en lo que la concierne a usted —agregó, apretando la mandíbula—. La sesión de espiritismo no me satisface de manera plena como motivo, y tampoco su necesidad de *prana* fresco para nutrir a los muertos. Debe haber algo más.

—Esa posibilidad me aterra más que nada —susurré, temiendo que Baltasar pudiese escucharme a través de las paredes—. Y ya que lo menciona usted, hay otro detalle que me inquieta: ¿por qué querría Baltasar contactar a otras ánimas por medio de una sesión de espiritismo conmigo teniendo una fuente de conocimiento como el espejo? ¿No podría este haberle revelado lo mismo que le dijo su hermana Petronȳa?

—Quizás no —murmuró Aurel—. Tal vez los muertos que liberamos no estuviesen en capacidad de revelarle a Baltasar ciertos secretos de mi madre, que era una hechicera tan hábil y reservada. Por otra parte, imagino que mi hermana Petronȳa nunca estuvo entre los muertos que se hallaban sujetos al cristal encantado. Tras su defunción, su espíritu pudo haber adquirido conocimientos de nuestra familia que el espejo nunca poseyó. Pero nada, absolutamente nada, garantiza que un muerto o muchos de ellos sean omnisapientes. Cada uno de ellos debe tener ciertos fragmentos de información —se detuvo unos segundos y, tras mirar a lado y lado, agregó—: Escuche, si Baltasar llega a llamar a la puerta, no pienso contestar. Solo guarde silencio hasta que yo se lo

indique, ¿entendido?

—¡Por supuesto! —repliqué—. ¿Pero no podrá él entrar aquí así como usted entró a su habitación?

Aurel negó con la cabeza.

—Nunca he invitado a ninguno de mis parientes a entrar a mi habitación —dijo—. Los conozco desde que nacieron. Por lo mismo, no confío en ellos.

—¿Por qué continúa viviendo en el mismo castillo que ellos, Aurel? —me atreví a preguntar sabiéndome entrometida.

—Por desidia —rio él—. También, en cierto modo, por necesidad y por costumbre. Es más seguro cazar en grupo que en soledad.

—¿Cree que Baltasar irá a buscarme a mi habitación ahora que descubrió lo que le ocurrió a su espejo? —pregunté con terror.

—Lo dudo —replicó él—. Le dijo en su última nota que la vería mañana. Aun así, dado el cambio de circunstancias que hemos tenido, lo mejor será que usted pase la noche aquí. No me atrevo a retornarla a su habitación mientras Baltasar esté despierto. ¿Está usted de acuerdo?

Sentí alivio al imaginar que no tendría que pasar otra noche sola en aquella habitación.

—Claro que sí —respondí llena de agradecimiento.

—Dormiré en la habitación contigua a la suya a partir de mañana, como se lo sugerí más temprano —dijo él.

Cuando terminé mi copa, sentí que el cansancio se expandía por todos mis músculos.

—¿Desea tenderse en el lecho? —inquirió Aurel.

—No, señor, prefiero hacerlo aquí mismo, si no es molestia —respondí.

—Adelante —dijo él poniéndose de pie—. Yo permaneceré despierto algunas horas más. Pienso revisar mi biblioteca en busca de alguna pista.

Asentí en tanto mis párpados se cerraban. Segundos después, estaba profundamente dormida.

45
Gnosticismo

Cuando desperté, advertí que Aurel me había cubierto con las pesadas mantas que antes se extendían sobre su lecho. Me hallaba cómoda y tibia en la poltrona. Aurel estaba sentado frente a mí, leyendo. Aún sumida en el torpor del sueño que no se desvanecía del todo, me llevé una mano a la mejilla y estuve a punto de gritar al palpar el jirón de tela que continuaba atado en torno a mi rostro, sujetando el vendaje en su lugar y recordándome lo que Magdolna me había hecho. Rompí a llorar. Aurel apartó los ojos de la lectura de inmediato y me miró, pasando de la calma a la consternación en un segundo. Antes de que yo pudiese balbucir una sílaba, él ya se había hincado ante el sofá junto a mí.

—Pobrecilla —dijo, tomando mi mano en la suya y apretando mis dedos—. No permita que el desconsuelo la embargue, aún debemos esperar muchas horas para saber en qué estado se encuentran sus heridas.

Noté que le había costado pronunciar aquellas últimas palabras. La preocupación que denotaba su expresión hizo que un llanto aún más hondo brotase de mi pecho, y solo atiné a cubrirme el rostro con las manos en un intento fútil de ocultarle el dolor que desgarraba mi alma. Aurel me rodeó con su brazo para atraerme hacia él y no pude más que sofocar mis sollozos contra su hombro, aferrándolo a mi vez. Lloré hasta sentir que dejaría de respirar, hasta sentir que moriría, y entonces maldije a Baltasar para mis adentros, pensando que era el único causante de mi pena.

—Solo la verdad puede atenuar el sufrimiento —murmuró Aurel sin soltarme—, y su realidad presente es en extremo cruel. Quizás mi verdad no le sirva de consuelo, pero es la única que puedo brindarle.

Me aparté de él un tanto para mirarlo a través de las lágrimas que, adheridas a mis pestañas, aún nublaban mi visión.

—¿Cuál es su verdad? —inquirí con voz trémula.

—Nada ni nadie podrá alterar el espacio que, a partir de hoy, usted ocupará en mi mente. Nada cambiará el aprecio que he llegado a sentir por su compañía en estos momentos de tribulación, la visión de usted que ha tomado forma en mi interior. Esta noche, mi destino ha cambiado para siempre junto a usted. No está sola, Lucyna.

Más que sus palabras, su tono me brindó un extraño sosiego. Estaba embebido de una sinceridad que alcanzaba mi corazón más allá de las emociones y del horror de aquel castillo. Tragué en seco apartando la mirada de él, demasiado consciente de su cercanía de repente.

—Gracias por compartir su verdad conmigo —murmuré.

Él asintió una sola vez y se puso de pie para volver a tomar asiento en la silla que ocupaba cuando yo había despertado.

—Cuente con ella —dijo él, su gesto amable—. No tema llorar ante mí, por favor. La existencia ya es lo bastante angustiosa en sus mejores momentos como para que tengamos que demostrar fortaleza en los peores.

Me enjugué las lágrimas con el dorso de la mano.

—No es usted como sus parientes —dije sin poder evitarlo. Lo cierto es que, a pesar de ser un vampiro, Aurel estaba desprovisto de la frialdad esencial que caracterizaba a los Domány-Nádasdy. Y entonces comprendí que no era un asunto de vampirismo: la riqueza y el poder no habían logrado deshumanizarlo, y por ello permanecía distante, prefiriendo no involucrarse en lo que concernía a su familia.

—Gracias —murmuró él—. Mentiría si le dijese que no me halaga. Mis padres solían decir lo mismo, ¿sabe?

—¿De veras? —pregunté—. ¿Lo decían ellos como una crítica?

—No —afirmó él—. Lo decían como un hecho. Mis padres me amaban. Mi madre me comprendía a su modo. Creo que, en parte, lamentaba haberme legado el vampirismo dado mi carácter y me daba la razón cuando le parecía que la tenía. No pretendía ser equitativa en situaciones injustas solo para aplacar los celos de Baltasar, lo cual siempre agradeceré. Mi padre, por su parte, no hacía ningún esfuerzo por ocultar su favoritismo hacia mí aunque este fuese inmerecido. Sospecho que esto exacerbó el deseo preexistente de Baltasar de

superarme en todo. Es difícil competir con un primogénito que no tiene ningún interés en ser el mejor. Yo, simplemente, amaba a mis padres y eso les bastaba.

—¡Ah! —dije, recordando las palabras del espejo—. Tal vez es por esto que Baltasar aún desea ser el más amado de todos.

—Lo dudo —dijo Aurel—. Para empezar, mis padres están muertos. Además, no es que no amasen a Baltasar tanto como a mí. Mi padre era, sin duda, más afín a mí, así como mi madre lo era a Baltasar.

—Eso no significa que Baltasar no creyese ser menos amado que usted —dije—. Sobre todo si su padre exhibía sin miramientos su preferencia hacia usted, su hijo mayor.

—Eso requeriría que hubiese al menos cierto sentimentalismo en Baltasar, y puedo garantizarle que tal no es el caso. Desear vencer en todo a quien se considera un rival no es producto de un desamor percibido. Es una propensión innata. De hecho, suele ocurrir que los niños más caprichosos, esos a quienes sus padres se esmeran en complacer en todo, se afianzan más en dicha inclinación. En mi opinión, es una enfermedad del alma.

Volví a sentir náuseas evocando las innumerables mentiras de Baltasar y su capacidad de fingir.

—¿Vino su hermano por aquí? —pregunté, pensando en los últimos sucesos vividos antes de que el cansancio me venciera, haciendo las mantas a un lado y acomodándome en la poltrona para encarar mejor a Aurel.

Él negó con la cabeza.

—Debe haberse quedado dormido a pesar de la terrible sorpresa que lo esperaba —afirmó—. Después de todo, fue tras los vecinos con Imre. Imagino que agotó sus energías en buena parte aunque se haya alimentado de ellos. Matar no es una labor fácil, siempre es debilitante una vez llevado a cabo el acto. Por mi parte, me ausenté durante algunos instantes de esta habitación. No se preocupe, fui veloz y la dejé encerrada por precaución. Quise revisar la biblioteca de Baltasar en el ala norte, de la cual por suerte aún conservo una llave. Tomé este libro de ella —dijo, sosteniendo en sus manos el gran libro que reposaba en el brazo del sillón que ocupaba y enseñándome la

cubierta, que era negra con detalles plateados. Creí reconocer el ejemplar que Baltasar leía cuando llegué al castillo y mi corazón dio un vuelco en mi pecho—. Supuse que era importante para él porque estaba separado de los demás.

—¿Prefirió revisar la biblioteca de Baltasar, a buscar los otros diarios de su madre? —pregunté, sacudiendo la cabeza.

—No precisamente. También revisé la antigua habitación de mi madre y encontré los diarios que mencionó el espejo, esos que no le interesan a Baltasar —dijo él suspirando—. Aún no empiezo su lectura. Mi desazón es profunda, Lucyna. Descubrir que mi hermano me ha estado vigilando, entre tantas otras cosas perturbadoras, ha conseguido alterarme más que ningún suceso anterior. Verá usted, aunque siempre haya procurado conservar una cierta distancia de Baltasar en justa medida, a modo de sana prevención, no esperaba algo semejante.

—Lo siento —dije, leyendo el dolor en su expresión.

—Estaré bien —dijo él, mirando hacia la chimenea tras de mí—. En todo caso, sentí la necesidad de buscar respuestas entre las pertenencias de Baltasar, no solo en lo que mi madre dejó escrito. No soy dado al ocultismo, pero eso no significa que no sea intuitivo a mi modo… y algo me decía que debía explorar las verdaderas intenciones de mi hermano desde la perspectiva de la brujería, a pesar de lo aconsejado por aquella voz proveniente del espejo.

—¿Y halló usted algo? —inquirí, mis latidos golpeando mi pecho.

—Abrí el libro en las páginas entre las que Baltasar había insertado el marcador —dijo, tocando la delgada cinta de hilo rojo cosida al lomo del libro—. Es un ritual incompleto.

—¿Un ritual para qué? —balbucí.

—Para obtener la redención del Dios Supremo —dijo Aurel.

Consideré sus palabras unos instantes.

—Bien… pero Baltasar no es cristiano, ¿verdad? —dije.

—Por supuesto que no —dijo Aurel, sonriendo un poco a pesar de que lucía consternado. Noté que su mano temblaba sobre la página señalada—. Es solo que no se trata de una redención de índole cristiana.

—Ah… ¿no? —dije—. Aquello del Dios Supremo me resulta muy confuso, entonces.

—Es apenas comprensible —respondió Aurel—. Yo asumí lo mismo que usted en un principio. Pero resulta que se trata del Dios Supremo de un antiguo culto desaparecido.

Los vellos de todo el cuerpo se me pusieron de punta.

—¿Y… qué exige el ritual que haga quien busca esa redención?

Aurel cerró el pesado libro con ambas manos, haciéndome saltar en mi lugar.

—Este es un ritual fratricida —respondió.

Mi corazón se detuvo. Noté que las pupilas de Aurel se habían contraído. Pensé que, de estar en su lugar, no podría soportar algo semejante.

—¿Está usted bien? —inquirí, aunque sabía que era una pregunta ridícula. Por supuesto que no estaba bien.

—No —dijo, cerrando los párpados brevemente mientras exhalaba —. Pero aún hay mucho por averiguar. La introducción de este libro, que es una especie de grimorio, explica que muchos de los rituales y conjuros comprendidos en él están basados en las enseñanzas ocultas de los cainitas.

Lo miré perpleja. Nunca había oído mencionar a los cainitas.

—¿Dice algo al respecto de ellos? —inquirí.

—Sí —replicó asintiendo—. Se supone que los cainitas constituyeron una secta gnóstica en el siglo II que veneraba a Caín, el personaje bíblico. Lo consideraban la primera víctima del dios del Antiguo Testamento, a quien se referían como *El Demiurgo*.

—Perdone usted, ¿qué es un *demiurgo*? —intervine.

—Una especie de entidad menor responsable de crear y mantener el universo físico —explicó él—. La palabra *demiurgo* significaba *artesano* en sus inicios.

—Habla de Jehová, ¿verdad? —pregunté.

—El mismísimo —replicó Aurel—. La introducción explica que los cainitas creían que el dios judeocristiano era una deidad hostil cuyos planes debían truncar. Y aunque lo reconocían como deidad creadora, lo diferenciaban del Dios Supremo, ausente en la Biblia, a quien

reverenciaban. Los cainitas sostenían que Caín, el hijo homicida de Adán y Eva, procedía del Dios Supremo y no de El Demiurgo, y de este modo justificaban que le hubiese dado muerte a su hermano Abel, al cual consideraban inferior.

—En pocas palabras, los cainitas pensaban que Jehová era malo, y que Caín era bueno —dije.

—Algo así, aunque no sé si sus distinciones morales fuesen tan exactas. A partir de lo poco que he podido leer al respecto mientras usted dormía, he conjeturado que los cainitas dieron su propia interpretación a ciertas fábulas bíblicas. Ellos identificaban al dios judeocristiano como el malvado verdugo de ciertos pueblos e individuos que procedían del Dios Supremo. Y, ya que les atribuían un origen superior a dichos pueblos e individuos, los cainitas simpatizaban con ellos, creyéndolos poseedores de la verdad. Por ejemplo, afirmaban que Sodoma y Gomorra habían sido victimizadas por El Demiurgo celoso, al igual que Caín, Esaú y Coré ben Izhar, personaje bíblico que se supone que inició una rebelión contra Moisés y Aarón, sumos sacerdotes monoteístas de la época.

—No puedo decir que no comprenda la perspectiva cainita en cierto grado —murmuré—. Las amenazas y los castigos de Jehová siempre me parecieron arbitrarios e insensatos. Moisés y Aarón, por su parte, se me antojaban tramposos y mezquinos.

—Estoy de acuerdo con usted en eso —dijo Aurel, frunciendo el ceño—. Es solo que yo no creo en la veracidad de la Biblia. Para mí no es más que un compendio de ficciones narrativas. Además, justificar el homicidio a sangre fría en pro del seguimiento de un supuesto plan espiritual es de gentes nimias y dadas al autoengaño. Todo creyente obcecado incurre en la misma falta, y he aquí que los cainitas no eran la excepción.

—Buen punto —dije—. Aun así, la idea de un Dios Supremo distinto a Jehová me agrada.

—Sería interesante —dijo él suspirando—. No sé si sería bueno o malo, pero sin duda es un concepto más atrayente que el del monoteísmo bíblico.

—Cierto —dije—. Prosiga, por favor. Su descubrimiento de este

grimorio parece ser importante.

—También lo creo así—dijo Aurel apretando los labios—. Bien, de acuerdo con la Biblia, Caín asesinó a su hermano Abel porque el dios del Antiguo Testamento daba muestras de favorecer las ofrendas de sacrificios animales del segundo en tanto despreciaba las suyas, que eran frutos de la tierra. Ahora, los cainitas creían que Abel, el de las ofrendas de origen animal, procedía de lo que denominaban el *principio débil*, tal y como todas las demás criaturas derivadas de El Demiurgo, y por esto merecía ser asesinado. De acuerdo con este libro —añadió, golpeteando la cubierta con las yemas de los dedos—, la redención de los cainitas residía en deshacer con eficacia el trabajo del dios creador judeocristiano.

—¿Cree usted que Baltasar sea un cainita moderno? —inquirí.

—Quizás —dijo Aurel—. Pero, lo sea o no, lo que me importa en este momento es su interés en este ritual fratricida. El practicante de hechicería puede llevar a cabo un ritual sin por ello adherirse por completo a un culto o sistema de creencias.

—Comprendo su preocupación, pero… si Baltasar lo matara a usted, incumpliría su juramento familiar, y, de tal modo, él mismo moriría —murmuré—. No tiene sentido que quiera asesinarlo.

—A menos que el resultado del ritual sea más importante para él que su propia vida terrenal. Sé que Baltasar me considera más débil que él... y, a mi modo, lo soy, si es que la compasión que siento por los demás es debilidad. Sin embargo, no temo demasiado por mí mismo, pues no carezco de vigor. Soy más poderoso que cualquier mortal. También soy un vampiro. A Baltasar no le sería nada fácil matarme si tal fuera su intención. Necesitaría al menos uno o dos ayudantes.

—¡El crucifijo! —dije de repente—. ¡Quizás Baltasar quería que Rózsa lo obtuviera justo para eso!

Su mirada se iluminó.

—¡Tiene usted razón! —exclamó, su semblante pálido—. De acuerdo con la doctrina de los cainitas, Judas alcanzó la redención al traicionar al mesías cristiano, facilitando así su crucifixión. Siguiendo la misma lógica, si Baltasar orquestase el homicidio de su propio

hermano, aunque él no fuese el perpetrador directo, podría alcanzar la redención anhelada, sea lo que sea que dicha redención signifique. Quizás Baltasar planea que otra persona me dé muerte para obtener la redención sin faltar a su palabra, y así no tener que morir.

—¡El maestro de música! —balbucí—. Rózsa habría podido amedrentarlo a usted con el crucifijo, y de tal modo el señor Ivanov habría podido completar la obra para Baltasar.

Lo vi temblar ante mí.

—Tristemente, no es imposible que esto se le haya ocurrido a mi hermano —susurró—. De ser así, aún debe estar esperando el momento oportuno para actuar. Quién sabe qué frustró sus planes hasta ahora.

—La muerte de Rózsa —dije con un escalofrío—. Imre la mató una noche en que ella debía acudir a una cita.

—¿Imre mató a la institutriz anterior? —preguntó Aurel con ojos abiertos de par en par.

—Sí. Iba a contárselo cuando hablamos acerca de ella en mi habitación, pero el curso de nuestra conversación cambió y entonces olvidé mencionarlo. Imre empujó a Rózsa al foso porque la halló robando —dije sin adentrarme en detalles—. Pero la verdadera relevancia de dicho evento a la luz de esta conversación es que… tal vez la muerte de Rózsa le haya salvado la vida a usted. Ahora se me ocurre que quizás esa fuese la noche designada para llevar a cabo el plan de Baltasar. Y si no lo era, el asesinato de Rózsa debe haber complicado las cosas para él y el señor Ivanov.

—¡Oh, Imre! —dijo Aurel elevando el rostro hacia el cielorraso y cerrando los puños con fuerza—. Quizás, de ser el caso, deba estarle agradecido a mi primo por su impulsividad. Recuerdo que, la noche en que se dedujo que Rózsa murió, yo había partido a cazar solo, pues los demás habían salido sin mí la velada anterior. Fue una excepción para mí, pues prefiero cazar en compañía. Tal vez Rózsa aguardaba mi arribo con el maestro de música para emboscarme con el crucifijo, pero Imre se interpuso al asesinarla.

—Según Imre, Rózsa llevaba en la mano el espejo que Baltasar le obsequió a su llegada cuando se paseaba cerca del foso —dije a toda

velocidad—. Se me ocurre que Baltasar habría deseado verificar el cumplimiento de su plan a través del cristal. El espejo que destruimos esta noche dijo que los otros cristales le servían como ventanas para observar a los demás.

—Oh, por Erzsébet… —dijo Aurel con voz entrecortada—. Claro que sí. Baltasar debe haberle obsequiado el espejo a Rózsa desde el inicio con esa intención.

—Aguarde, Aurel, quizás me equivoque. Si mi teoría es cierta, ¿cómo es posible que Baltasar no haya visto a Imre a través de ese espejo cuando este último asesinó a Rózsa? Imre dijo que, en el momento en que la empujó, Rózsa se contemplaba en el cristal.

—Imre es un atacante veloz —dijo Aurel—. Además, su mayor talento es ocultarse entre las sombras. Yo mismo he dejado de discernirlo en muchas ocasiones comparables. Baltasar no tendría por qué haberlo visto aunque siguiese los pasos de Rózsa desde su habitación, de pie ante el espejo encantado de mi antepasada la condesa.

—Entonces mi teoría puede ser perfectamente cierta —dije.

—Estoy convencido de que, más que hilar una teoría, ha descubierto usted la verdad.

—No puedo creer que esté a punto de decir esto pero… si es así, me alegra que la institutriz anterior haya muerto —tragué en seco—. No sé qué habría hecho sin usted, Aurel.

—Tampoco sé qué habría hecho yo sin usted en circunstancias tan aciagas —dijo él—. Y agradezco estar vivo.

Le sonreí, sintiendo que algo semejante al afecto llenaba mi pecho.

—Supongo que, ahora que Rózsa ya no vive, corre usted menos peligro —dije—. Al menos eso espero.

—Yo también lo espero —dijo Aurel—. El maestro de música no podría hacer mucho contra mí si él mismo tuviera que portar el crucifijo. Sin duda él y Baltasar requerirían la ayuda de una tercera persona para darme muerte.

—Aurel —dije, sintiendo la sangre descender por mis venas—. Esa debe ser la verdadera razón por la que Baltasar me hizo venir al castillo.

—¿Qué razón? —inquirió él frunciendo el ceño.

—Convencerme de… convencerme de ayudarlo a darle muerte a… usted.

Un silencio helado reinó entre los dos durante varios segundos.

—Qué probabilidad más horrífica —dijo Aurel por lo bajo mirándome con fijeza.

—Aun así, el ritual está incompleto —afirmé—. Por suerte.

—El ritual está incompleto en este libro —respondió Aurel—. Puede que Baltasar haya encontrado la parte faltante en otro lugar. Por ejemplo, en…

—¡El diario de su difunta madre! —exclamé, sintiendo que mis ojos se humedecían.

—Exacto —replicó él, su tono grave como el trueno—. De allí el proceder de Baltasar desde que se hizo con esos diarios.

Recordé que Baltasar había hecho semblanza de querer incinerar el cuaderno y sentí ira. ¡Cuántas lágrimas había derramado ante mí!

—¡Yo misma ayudé a que él hallara esos diarios! —me lamenté—. ¡De no haber realizado con él esa invocación, su hermana Petronȳa nunca le habría dicho dónde encontrarlos! ¡Y ahora es posible que Baltasar tenga el modo de finalizar ese horrendo ritual fratricida por mi culpa!

—¡No es su culpa, Lucyna! —exclamó Aurel furioso—. ¡Comprenda que Baltasar la manipuló! Ni siquiera nos consta que no haya enamorado a Rózsa antes de usted para que lo asistiera en su plan. En lo que me concierne, usted es una víctima de Baltasar. Su proceder no me ha afectado en nada.

—Aún no —balbucí llorando.

46
Permiso para pasar

Puesto que amanecería pronto, Aurel me llevó hasta mi habitación y prometió quedarse durmiendo en la estancia adyacente en tanto anochecía. Era domingo, por lo cual los niños no recibirían clases y la señora Kowalski llevaría mis comidas a mis aposentos.

Tras verme en el espejo, me desvestí llorando y me puse el camisón de dormir para tenderme en el lecho hasta que el ama de llaves se presentase con mi desayuno. Aunque saber que Aurel estaría cerca me confortaba, odiaba la soledad y el encierro de mi habitación. No podía escribir en el diario que Baltasar me había regalado ni tampoco tenía otros libros para leer. Aurel había dicho que devolvería el grimorio de los cainitas a su lugar después leerlo un poco más pues, de no retornarlo, Baltasar podría culpar a la señora Kowalski por su desaparición. Eso significaba que Baltasar aún tendría acceso a la primera parte del ritual, pero Aurel prefería no confrontar a su hermano hasta no indagar un poco más, so pena de incurrir en un mayor peligro si él y yo no habíamos adivinado aún los verdaderos planes de Baltasar.

Estaba desesperada por averiguar si la curación de Aurel había surtido algún tipo de efecto en mi rostro pero él había insistido en que no me descubriese las heridas hasta la noche, cuando llegase el momento de cambiar el vendaje, cosa que haría él mismo. Así pues, me dejé caer sobre el colchón y me quedé dormida sin dejar de sollozar.

La voz de la señora Kowalski me despertó alrededor de las siete de la mañana. Me di prisa en abrirle sin reparar en mi espantoso aspecto.

—¡Lucyna! —dijo, mirando el vendaje que llevaba atado alrededor del rostro—. ¿Qué extraña moda está usted implementando hoy?

—Ninguna moda —respondí, entristeciéndome hasta los huesos ante su suposición—. Pase, por favor. Le contaré lo que me acaeció.

Puesto que sabía que la señora Kowalski le profesaba una lealtad extrema a Baltasar, no podía permitir que mis palabras reflejasen los sentimientos de rencor y pavor que a la sazón él me inspiraba. Sin embargo, le conté lo que Magdolna me había hecho y también que Aurel había intervenido antes de que ella pudiese dejarme ciega.

—¡Ay, Lucyna! —exclamó, habiendo depositado la bandeja con mi desayuno sobre mi escritorio—. ¿El señor Baltasar no la protegió?

—No —murmuré, clavando la mirada en la alfombra—. Supongo que no pudo haber previsto los planes de su prometida.

—¡Debió haberlos previsto! —exclamó con voz trémula de indignación—. Usted confió en él. ¡Yo misma confío en él para mi supervivencia en este castillo! ¡Ahora no sé qué pensar!

Comprendí su razonamiento. Si algo así me había ocurrido a mí, la aparente favorita de Baltasar, cualquier cosa podía ocurrirle a ella.

—No lo culpo a él —dije a mi pesar, mintiéndole con descaro a mi interlocutora en caso de que decidiese reportarle nuestra conversación a Baltasar—. La culpa es de Magdolna. Por otra parte, usted no tiene un idilio con el prometido de ella. Magdolna carece de razones para hacerle daño.

—¡La señora Magdolna no necesita razones para dañar a alguien! ¡Está mal de la cabeza y mal del corazón! Por lo demás, usted no forzó al señor Baltasar a fijarse en usted —dijo—. ¡La decisión de entablar una relación con usted fue enteramente suya! Él la puso en peligro a sabiendas.

—Como sea, el daño está hecho —repliqué llorando.

—Permítame ver sus heridas —pidió ella con expresión apesadumbrada.

—No, señora Kowalski —dije dando un paso atrás—. No me atrevo a enseñárselas a nadie.

—¡Permita por lo menos que le traiga hierbas que pueden ayudar en la curación! —dijo.

—Claro que sí —respondí pues no deseaba contarle a nadie lo que Aurel había hecho por mí—. Se lo agradecería mucho.

—¿Piensa usted quedarse en el castillo a pesar de esto? —inquirió, sus ojos abiertos de par en par.

No podía, por supuesto, revelarle la promesa que le había hecho a Aurel ni mis planes de huir una vez estuviésemos en Venecia. Tampoco podía contarle que había descubierto al sacerdote prisionero de Imre, lo cual le había proporcionado a Baltasar la excusa perfecta para retenerme en contra de mi voluntad. Por lo anterior, le conté que Baltasar me había informado que no me permitiría partir, sin importar las circunstancias, hasta que la educación de los niños no estuviese completa.

—Eso solo indica que el señor se ha enamorado de usted —concluyó ella—. No hay otro motivo por el cual él le habría dicho algo semejante.

Yo hubiese querido reír con amargura, pero solo atiné a responder:

—Eso sería hermoso.

La señora Kowalski parecía creer que ella misma podría partir cuando así lo quisiera aunque lo sabía todo, o casi todo, al respecto de los Domány-Nádasdy. Se lo pregunté.

—¿Por qué querría partir? —contestó extrañada—. ¿A dónde iría? Ya no soy una jovencita. Además, me encargo de un lujoso castillo y recibo un salario estupendo.

—¿En qué lo invierte usted? —inquirí—. ¿Sale alguna vez?

—Lo ahorro todo para mi vejez, por supuesto —dijo ella, como si mi pregunta fuera insensata—. El señor Baltasar guarda todo mi dinero acumulado bajo llave. Así, si algún día ya no puedo trabajar más a causa de debilidad o enfermedad, o si la familia decide prescindir de mis servicios, cosa que espero que no ocurra, podré vivir de manera cómoda en mi pueblo natal.

Quise sacudirla pero me contuve. ¡Así que ella tampoco tenía acceso a su propio dinero!

—¿Hace cuánto que… los Domány-Nádasdy guardan su dinero? —pregunté sintiendo mis latidos en la garganta.

—Desde que empecé a trabajar aquí —dijo ella con seriedad—. Según mis cálculos, ya tengo una pequeña fortuna. Sería una locura intentar guardarla yo misma en mis aposentos. Mi dinero está seguro en las arcas de la familia.

Y nunca saldrá de allí, pensé con ira.

—¿Ha conocido usted algún empleado del castillo que se haya marchado llevándose sus ahorros? —indagué procurando que mi tono no revelase mis razonamientos.

—Sí, claro —dijo ella—. Algunos empleados que han renunciado se han marchado con su dinero. En mi opinión, ha sido una mala decisión de su parte. Ya ve usted lo bien que nos alimentan a todos. Las habitaciones de los demás trabajadores también son cómodas y bonitas. Quizás no tanto como la suya, que bien podría ser la de un huésped de los señores, pero no les falta nada esencial.

—Comprendo. Pero, ¿ha visto usted partir a estos empleados? —insistí sospechando lo peor con base en la última conversación sostenida con Imre: nadie que supiese lo bastante de los Domány-Nádasdy podía marcharse del castillo con vida.

—No, siempre estoy muy ocupada como para estar viendo por la ventana —replicó helándome la sangre—. Pero el señor Baltasar me lo ha contado, y antes de él me lo informaron sus señores padres.

—Claro —dije dándome la vuelta para que no notase que mis ojos se habían llenado de lágrimas de nuevo—. Bien, la felicito por haber logrado ahorrar con tanta sensatez.

—Usted hará bien en imitarme… aunque, si el señor Baltasar se ha encariñado con usted como lo creo, es posible que pueda usted vivir como una reina el resto de sus días. Solo espero que… sus heridas sanen —agregó en un susurro.

Me viré hacia ella para encararla de nuevo.

—¿Cree usted que el señor me despreciará por la marca que Magdolna me ha dejado? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Lucyna… —dijo ella con voz pausada, entrelazando sus dedos y rotando sus muñecas con nerviosismo—. Usted sabe que los hombres son frívolos. Una nunca puede saber cómo reaccionarán ante la súbita pérdida de la hermosura de una mujer.

Apreté los labios mirándola a los ojos. Yo deseaba que Baltasar perdiese el interés en mí, pues no me sentía capaz de tocarlo sabiendo lo que ahora sabía de él.

—Espero que nuestro señor sepa al menos tratarme con cortesía si no logro recuperar mi apariencia —dije.

—Eso no lo dudo —replicó ella sonriendo con los labios cerrados y dirigiéndome una mirada firme pero triste—. Bien, regresaré con las hierbas para su curación en un rato. ¿Hay algo más que pueda traerle?

—¡Sí! —dije aprovechando su oferta—. Los niños me enseñaron no hace mucho un libro al respecto de su ancestro Domán. Está en la biblioteca adyacente a la estancia de clases. El señor Baltasar me dio permiso de tomar prestado cualquier libro de esa biblioteca. Si usted pudiera pedirles a los niños que le indiquen cuál es y traérmelo, eso me ayudaría a distraer mis penas.

—Con todo gusto —replicó ella. Parecía estar más tranquila—. Admiro su pragmatismo, Lucyna.

—Gracias —dije tragando en seco.

Cerré la puerta con llave cuando ella salió y comí de prisa pero sin ganas. La comida, como siempre, estaba estupenda, y en eso tenía razón la señora Kowalski: los Domány-Nádasdy trataban a sus prisioneros, que también eran sus esclavos, como a huéspedes selectos. Me pregunté si Aurel sabría lo que ocurría con los empleados del castillo, y si alguien habría podido partir con vida y con su pago correspondiente cuando él se hallaba a cargo del castillo.

Transcurrida una hora, la señora Kowalski regresó a mi habitación. Al abrir la puerta, noté que lucía conmocionada.

—¡Hallaron el cuerpo de Edna! —chilló haciéndome a un lado y cerrando la puerta a sus espaldas.

Creí que me desmayaría, pues Aurel me había dicho que la había ayudado a huir cuando los huéspedes llegaban la velada anterior.

—¿Dónde? —grité—. ¿Está muerta?

—El cochero atisbó su cadáver cuando regresaba del poblado hace un rato. Lo trajo consigo para que los señores puedan examinarlo y darle sepultura —balbuceó aferrando el cesto que llevaba en las manos, en el cual observé que llevaba el libro que le había pedido y varios ramitos de hierbas secas—. ¡Fue devorada por lobos!

Me sentí palidecer. Quizás Baltasar se la hubiese topado la noche anterior cuando iba camino a emboscar a los vecinos y le hubiese dado muerte a ella también. Era posible, aún así, que Edna sí hubiese sido atacada por bestias hambrientas, tal y como Aurel me lo había

advertido.

—¡Pobre Edna! —lloré diciéndome que aquel era un recordatorio palpable de lo que me ocurriría si intentaba huir antes de tiempo.

—El cochero encontró también una pequeña valija en la que Edna cargaba unas pocas ropas, víveres y dinero en abundancia, que al parecer robó de la habitación de la señora Magdolna.

Aurel me había dicho que le había dado dinero a Edna antes de ayudarla a escapar, pero yo no podía decírselo a la señora Kowalski aunque quisiera limpiar el buen nombre de Edna.

—Eso no hace que la compadezca menos —sollocé—. ¡Qué cruel destino sufrió esa mujer por haber trabajado aquí!

—Solo un orate dejaría el castillo con semejante clima —repuso ella tajante—. Edna podría haber renunciado como una mujer cabal, y habría podido exigir su pago en vez de hurtar y huir como una criminal. Llevaba consigo muchísimo dinero, más del que le correspondía.

Pensé que Aurel debía haberle dado dinero en exceso para compensarla por sus sufrimientos, y sentí que me conmovía. Por lo pronto, ese suceso parecía indicar que Aurel no les robaba a los empleados de su familia. *El principio débil*, pensé, preguntándome si abstenerse de abusar de la inocencia y del trabajo de los demás sería considerado digno de seres inferiores en la doctrina de los cainitas.

—Edna tenía miedo de Magdolna —dije teniendo presente que Aurel me había contado que a quien le temía era a Baltasar—. Quizás pensó que fugarse era su única alternativa.

—Tonterías. No excuse usted la falta de honradez de la difunta, Lucyna —arguyó el ama de llaves—. Edna debió recurrir al señor Baltasar y contarle cuanto sabía.

—¿Tal y como yo he recurrido a él? —dije enojada—. Ya ve usted de cuánto me ha servido.

La señora Kowalski se sonrojó.

—Son casos distintos —dijo bajando la mirada—. En fin… es un día lúgubre en este lugar.

Asentí tomando un respiro para calmarme.

—Cierto —dije—. Gracias por las hierbas y el libro, señora

Kowalski.

—Oh, sí —dijo extendiéndome el cesto—. Haga una infusión caliente con las hierbas, déjela enfriar y póngala en sus heridas cuando vaya a cambiarse el vendaje. Los niños le envían saludos solidarios y dicen que esperan que pueda usted distraer su dolor con la lectura.

—¿Les contó usted lo que me acaeció? —inquirí.

—Sí —dijo ella—. Están iracundos con la señora Magdolna.

Mi pecho se llenó de tibieza al pensar en el apoyo de mis pupilos.

—¿El señor Baltasar lo sabe ya? —pregunté clavando mis ojos en ella.

—No —dijo la señora Kowalski—. Él duerme aún. Y, de todos modos… creo más prudente que se lo cuente usted misma.

—Dígales a mis pupilos que les agradezco y que los veré mañana, por favor —le pedí.

—Así lo haré —dijo ella tomando mi bandeja vacía del desayuno—. Regresaré con su merienda más tarde.

Abrí la puerta para que ella pudiese salir y, cuando la hube cerrado de nuevo, avivé las llamas de la chimenea para calentarme ante ella. ¡Edna había muerto! Apreté los puños, temblando. De repente, sentí ganas de vomitar. A duras penas si pude alcanzar el recipiente de porcelana antes de que todos los contenidos de mi desayuno saliesen despedidos de mi boca. Era consciente de haber enfermado de los nervios. Que mi cuerpo rechazase los alimentos era solo una pequeña manifestación física del infierno en el que estaban sumidos mi mente y mi corazón. Si Aurel no me ayudaba a escapar, o si nuestro plan salía mal, no creía poder sobrevivir una existencia prolongada como prisionera de Baltasar. Me enjuagué la boca con agua y me tendí en el lecho a llorar hasta que, desesperada, me dije que debía intentar hallar algo, lo que fuese, en aquel libro acerca de la rama Domány de la familia que me retenía. Me sequé los ojos con las yemas de los dedos y volví a sentarme ante las llamas, abriendo el libro más o menos en el lugar donde creía haberlo dejado. Por suerte para mí, buena parte de este había sido escrito en latín y no en húngaro. Cuando atisbé un encabezado que decía *Permiso para pasar*, decidí leer

ese pasaje específico, también redactado a mano.

Mis hermanas y yo creemos deber a Domán la imposibilidad de adentrarnos en un espacio al cual no se nos ha extendido una bienvenida explícita por parte de quien lo habita, leí.

Esto aun cuando se trate de un huésped a quien hemos acogido en nuestro propio hogar, asignándole un espacio específico dentro de este último. Es, por supuesto, inconveniente para nosotros, pero ello no significa que quienes estamos sujetos a esta regla no podamos valernos de recursos apropiados y socialmente aceptables para ser invitados a pasar. En ocasiones, basta con llamar a la puerta y escuchar un "Adelante" de parte de la víctima elegida. Si esto no funciona, siempre se puede decir: "Disculpe usted, ¿puedo pasar?", a lo cual la persona suele acceder sin objeciones.

Pero, ¿de dónde surgió exactamente esta extraña regla que se aplica a quienes descendemos de Domán, y por la cual debemos aguardar en el umbral, imposibilitados para dar un solo paso al frente, como si un campo invisible de fuerza superior nos detuviese? En uno de los múltiples viajes que he realizado en mi intento de recrear las rutas seguidas por nuestro común ancestro, me topé con una curiosa leyenda: según los habitantes de un pequeño poblado junto al río Dniéster en Moldavia, la región fue asolada a inicios del siglo XI por un espectro bebedor de sangre que tenía la facultad de transformarse en bruma. Puesto que tal es, justamente, el significado del nombre de nuestro ilustre ancestro (para aquellos de vosotros que aún no lo habéis deducido, me refiero a la palabra "bruma"), me dije que aquel espectro no debía ser otro que Domán. Pues bien, los aldeanos (cuya sangre resultó ser en extremo gustosa) me contaron que, cierta noche, la bruma rodeó una de las diminutas viviendas a eso de la medianoche, a lo que sus moradores escucharon una voz arrulladora, la cual les rogaba que abrieran la puerta. Seducidos por el poder de persuasión de aquella voz y movidos por la curiosidad, ellos le obedecieron, hallando que la bruma penetraba su pequeña cabaña por la puerta entreabierta, después de lo cual la bruma volvió a salir tal y como había entrado. Noches después, los moradores de la pequeña cabaña amanecieron desangrados en sus lechos con incisiones de

colmillos en sus cuellos, muñecas y tobillos. Los moldavos, más inteligentes que muchos por no obstinarse en atribuir a la naturaleza aquello que claramente tiene un origen demoníaco, dedujeron de inmediato que un espectro infernal se había transformado en bruma para hacerse invitar a aquel modesto hogar, y desde entonces los habitantes del pueblo le negaron el permiso de entrada a la voz que, suplicante, acudía a sus puertas.

Las personas con quienes conversé reportaron que uno de los aldeanos se atrevió a replicar, diciéndole a aquella voz que él no invitaría al mal a entrar a su hogar y exigiéndole que se marchase para siempre. La voz, al parecer, le contestó:

"Astuto eres, oh, mortal, pues has descubierto mi proceder: una vez se le concede aun el más simple de los permisos al mal, dicho permiso ya no puede serle revocado. El incauto establece, sin saberlo, un compromiso con el mal, y, de tal modo, el mal puede retornar cuantas veces lo desee. Yo soy el mal viviente, y tú me has rechazado".

Desde entonces, los habitantes de aquel poblado ya no invitan a sus hogares a las voces desencarnadas que llaman a sus puertas. Por desgracia para ellos y por suerte para nosotros, nunca comprendieron que quienes nos alimentamos de sangre también podemos ser, como ellos, criaturas de carne y hueso.

Gracias a lo anterior, he podido deducir que es el mal viviente que llevamos dentro, el cual heredamos de Domán, el que requiere obtener un permiso de parte de la víctima potencial para adentrarse en el único lugar capaz de propiciarle amparo: su hogar, o el espacio íntimo que habita en un hogar ajeno. Considero que esta pequeña regla no supone un obstáculo tan terrible que no pueda ser vencido con un poco de inspiración maligna. En lo personal, me he reconciliado con la idea de ser portador del mal vivo, y he aprendido, incluso, a regocijarme en él.

El poder está en el mal.

R. Domány, 1620

47
El mal viviente

Un escalofrío me recorrió al leer la última frase pues, a pesar de mi terco escepticismo en lo concerniente a ciertas doctrinas religiosas, mi creencia en el bien y en el mal se afianzaba cada día como resultado del terror al que estaba siendo sometida. En cuanto al título de aquel pasaje, la regla de los umbrales a la cual los Domány-Nádasdy debían atenerse parecía provenir específicamente de su ancestro Domán. Me pregunté si la condesa Báthory o aquellos de sus descendientes que, a diferencia de los Domány-Nádasdy, no llevaban la sangre de Domán podían cruzar umbrales sin permiso.

El autor de aquel aparte daba la impresión de enfatizar la cualidad *viviente* del mal que portaba como descendiente de Domán, y me dije que quizás esa fuese la mayor diferencia entre el vampirismo de este último y el de la condesa: tal vez Domán hubiese sido un vampiro viviente capaz de reproducirse y de transmitir el vampirismo a su descendencia. Por su parte, la condesa Báthory debía haber sido una vampiresa muerta, pues había tenido que morir para levantarse de la tumba transformada en una. Así pues, era muy posible que los Domány-Nádasdy hubiesen heredado su condición de vampiros vivientes de Domán. Era probable también que, además de lo que Baltasar ya me había explicado al respecto de los vampiros vivientes y los vampiros muertos, estos estuviesen sujetos a reglas distintas.

Según el espíritu de Petronȳa, Domán había sido el *no-muerto primordial*, el vampiro originario, mientras que la condesa Erzsébet se había transformado en vampiresa de modo independiente gracias a un pacto con Satanás, fuera lo que aquello fuese en realidad. Elzbieta se había referido al suceso como un *ritual sangriento sin precedentes*, y yo creía que la crueldad de los actos pesaba más que las entidades espirituales, imaginarias o no, asociadas con estos. En fin, todo parecía indicar que ciertas personas podían desarrollar el vampirismo por sus

propios medios, como lo habían hecho Domán o la condesa Báthory, sin necesidad de ser atacadas de forma sucesiva hasta morir o ingerir la sangre de un vampiro viviente. Aquello concordaba con la explicación que tanto las leyendas como la literatura daban a las transformaciones vampíricas espontáneas.

Dado que los Domány-Nádasdy descendían tanto de la condesa como de su esposo, el conde Ferenc Nádasdy, por lo cual llevaban el nombre de familia del conde, podía asumirse que provenían de algún hijo que el matrimonio había tenido en vida. Es decir, no provenían de una línea oculta de descendientes de Erzsébet tras su muerte y transformación en criatura sobrenatural. Por esto, se me ocurría que era principalmente Domán, y no la condesa Báthory, quien les había acarreado a los Domány-Nádasdy la maldición del vampirismo compulsivo, aunque la condesa les hubiese legado tantas otras características siniestras. Aun así, no estaba claro si la condesa ya consumía sangre humana de modo voluntario antes de engendrar descendencia con el conde Nádasdy, por lo cual era difícil saber si los Domány-Nádasdy también habían heredado esta predisposición alimenticia de ella, o si se la debían solo a su ancestro Domán.

Me apesadumbré por Aurel, cuyo comportamiento conmigo había sido tan distinto al del resto de sus parientes, e incluso al de Vladislav y Elzbieta, que a pesar de ser amables seguían siendo fríos a su modo. Quizás Aurel hubiese heredado rasgos de ancestros menos malvados que Erzsébet y Domán. Tal vez los Domány-Nádasdy tuviesen ancestros muy buenos, y por lo mismo menos renombrados que la infame condesa. O quizás cada persona, vampiro o no, forjase su propio carácter sin importar sus predisposiciones hereditarias. Era fácil culpar a Erzsébet y a Domán de la maldad de Baltasar y Magdolna, pero ¿no eran ellos acaso responsables de sus propios actos aunque no pudiesen elegir sus sentimientos?

Ser compasivo en el seno de una familia inmisericorde debía ser una tortura, me dije pensando en Aurel. Aunque mi situación en el castillo fuese infernal, al menos yo sabía que mi familia me quería bien y que mi hermano nunca querría matarme. Leí algunos encabezados adicionales del cuaderno, y me detuve en uno que decía *Luz del día.*

Recordando la primera conversación que había sostenido con Aurel, mis latidos resonaron en mi pecho.

De acuerdo con mis estudios alquímicos secretos en las catacumbas de Turín (de los cuales os he dejado amplia constancia escrita por separado, de modo que podáis consultarlos cuando así lo deseéis), cuando nuestro ancestro Domán entregó su corazón a las tinieblas con el fin de ser transformado en vida, su cuerpo permaneció en la Tierra, movido solo por el poder del mal. Su alma humana, a su vez, descendió a un lugar donde solo existe la desolación. La oscuridad de ese lugar es tal que el alma no puede volver a encontrar el regreso al cuerpo, quedando sumida en un proceso constante de "nigredo", ennegrecimiento o putrefacción. El cuerpo, mientras tanto, aunque intacto y en perfecto estado de salud gracias al consumo de sangre, no tolera la luz del día, representación palpable del esplendor que debería alcanzar el alma humana que le ha sido arrebatada.

Aunque mis méritos en el mal no puedan compararse con los de nuestro ancestro Domán, soy consciente de descender a ese lugar oscuro cuando duermo, y, entre más tiempo pasa mi alma allí, más aversa le es a mi cuerpo la luz del día. Como alquimista, sufro al pensar que mi alma no podrá tornarse en oro luminoso, pues su destino ha sido truncado por la oscuridad que me legó Domán. Sin embargo, mis poderes materiales se acrecientan conforme mi alma se degrada con cada acto maligno que realizo, y en esto hallo satisfacción. Se puede crecer en el mal tanto como en el bien, y ya que solo tenemos una opción, os digo: no luchéis contra vuestra naturaleza, como lo hice yo durante tantos años, para que no perdáis tiempo valioso. Procurad deleitaros en la crueldad para que así podáis franquear los más profundos umbrales del averno. Os aseguro que espíritus más inteligentes y malignos que nosotros os invitarán a pasar.

El poder está en la oscuridad.

N. Dómany, 1660

Yo podría haber jurado que había estado en aquel lugar oscuro en el que las almas se descomponían al unirme a Baltasar en ese

malaventurado abrazo carnal que ahora tanto lamentaba. Las implicaciones de dicha posibilidad eran terroríficas: quizás el alma de Baltasar moraba allí, separada de su cuerpo, y lo que era aún peor, mi alma se había unido a la suya. Rogué que aquel episodio hubiese sido transitorio y que mi alma no estuviese atrapada en aquel lugar como mi cuerpo lo estaba en el castillo. Nunca había pensado demasiado en las almas, ni siquiera sabía lo que eran o para qué servían, pero si existían, yo no quería perder la mía, y menos a causa de un momento de estúpida debilidad. Cuando recordé que yo había invitado al mal vivo a cruzar mi umbral por voluntad propia, tuve que vomitar de nuevo. ¿Qué demonios había hecho? Me vi obligada a admitir que había empezado a desarrollar un nuevo temor hacia el mal proveniente del reino del espíritu, además de los actos que pudiesen hacerme daño.

La señora Kowalski llamó a mi puerta cuando me enjuagaba la boca por segunda vez. Y aunque, tras abrirle, noté que los alimentos que me había llevado olían de maravilla, tuve que precipitarme al recipiente de porcelana para vomitar de nuevo.

—Ay, Lucyna, se encuentra usted realmente mal —dijo el ama de llaves extendiéndome una tela blanca y limpia para que me secase—. Créame que siento mucho lo que está usted pasando en estos momentos. Ya quisiera yo poder decir que es la primera vez que veo que la señora Magdolna la emprende contra el rostro de una hermosa mujer, pero lo cierto es que han sido demasiadas veces ya. Alguien tiene que ponerle un alto definitivo a este asunto.

Hablaba con desapego y sin convicción, como quien se queja de la situación de un pueblo lejano asolado por la guerra y la hambruna.

—¿No lo ha intentado nunca el señor Baltasar? Al menos el señor Aurel intervino anoche —dije con ojos húmedos desde la alfombra donde aún me hallaba arrodillada ante el recipiente lleno de comida sin digerir, procediendo a limpiarme los labios con la tela blanca.

Ella evadió mi mirada y respondió por lo bajo:

—Es el señor Aurel quien suele manifestarse en esas circunstancias.

¡Así que, a pesar de todo, la señora Kowalski prefería a Baltasar porque este estaba más interesado en los asuntos prácticos del castillo

que Aurel! Se lo dije a modo de pregunta.

—No me juzgue mal, Lucyna —masculló ella con expresión avergonzada—. Recibo mis órdenes del señor Baltasar. Él sabe qué hacer y qué no hacer. Gracias a las medidas de seguridad que adoptó desde la muerte de Rózsa, todos nos sentimos más tranquilos en el castillo.

Hubiese querido echarme a reír sin pudor alguno, como lo hacen quienes han perdido la cordura, pero no podía contarle que había descubierto que Baltasar quería matar a Aurel con la ayuda de Rózsa, ni que Imre había matado a la última.

—Los verdaderos monstruos que habitan este castillo son nuestros empleadores —repliqué hundiendo las manos en la palangana que contenía agua limpia—. Baltasar no ha hecho más que encerrarnos con el mal viviente.

La señora Kowalski dio un par de pasos hacia mí y dijo con voz temblorosa:

—Habla usted de forma extraña. ¿Me permite que toque su frente para saber si le ha subido la temperatura?

Asentí sin retirar mi vista de la suya.

—¡Está ardiendo de fiebre! —exclamó tras tocarme con el dorso de la mano—. ¡Haré que le preparen un brebaje medicinal de inmediato!

—Gracias —susurré, consciente de que mi actitud y apariencia eran las de una posesa.

—Le suplico que se meta en la cama —dijo ella.

La angustia en su voz era tal que accedí, arrastrándome a gatas hacia el lecho y trepando en él como pude. Mi rostro estaba tan caliente como si hubiese estado a un palmo de la chimenea durante horas. Además, no cesaba de transpirar y la cabeza me daba vueltas. La señora Kowalski me cubrió con las mantas y salió de mi habitación a toda prisa, cerrando la puerta con llave desde el exterior.

Me sumí en un delirio febril durante el cual la señora Kowalski me obligó a beber una cocción herbal que hizo que cayese dormida durante horas. Desperté cuando el reloj daba las seis de la tarde, débil y confusa. Había tenido pesadillas en las que Baltasar y Magdolna me perseguían para beber mi sangre hasta matarme. Era una muerte lenta

y dolorosa, acompañada de una sensación de impotencia que me causaba tanto sufrimiento como el ataque mismo. El terror que me infundía la crueldad que percibía de parte de ambos era lo peor, y aunque parte de mí era consciente de que soñaba, otra sabía que esa crueldad y por ende el peligro de padecerla en la vigilia eran reales.

Noté que la señora Kowalski había graduado la llama de mi linterna para que solo arrojase una luz suave que me permitiese distinguir mi entorno sin perturbar mi sueño. Había puesto la lámpara sobre la cómoda, junto al tocador. Se lo agradecí para mis adentros, pues sentía que los ojos me ardían. Temblando de frío, me puse de pie para avivar las llamas de la chimenea y me atreví a asomarme por la rendija de la cortina. Aun si temía ver a Magdolna en su ventana, no vislumbré ningún movimiento, excepto el de la nieve que caía sobre el jardín interior. Que Aurel le hubiese dicho a Magdolna que él era mi amante no garantizaba que ella le hubiese creído del todo, ni tampoco que por esto ella hubiese descartado que yo fuera la amante de Baltasar. Lágrimas de odio, ira y pavor rodaron por mis mejillas al evocar la noche previa, y me dirigí al espejo para acomodar el trozo de tela negra que debía sujetar el vendaje contra mi piel. Lucía deshecha: mis labios resecos estaban tan pálidos como el suelo del jardín nevado. Mis ojos vidriosos, cercados por cóncavas ojeras pardas, despedían el brillo enfermizo de la fiebre. Mis cabellos revueltos a medio recoger me daban una apariencia de desequilibrio mental preocupante. En aras de aferrarme a mi aspecto de antaño para no olvidar quién era antes de llegar a ese lugar, tomé mi cepillo y empecé a desenredar las guedejas enmarañadas una a una, aún inmersa en los recuerdos de mi pesadilla, los cuales se fundían con la penosa imagen que me devolvía el espejo. A duras penas si me reconocía. Se me antojaba que contemplaba a una extraña que había sido quebrantada por los padecimientos del tiempo y la miseria.

Absorta como lo estaba en tan aciagas cavilaciones, me tardé unos segundos en discernir la silueta femenina en movimiento que se dibujaba tras de mi reflejo en el cristal. Aquella no se hallaba dentro del espejo sino que parecía aproximarse a mí por la espalda, oculta entre las sombras de mi habitación. Dado mi reciente estado febril,

dudé de mis propias percepciones y cerré los ojos creyendo que la visión desaparecería, pero al abrirlos de nuevo advertí que la mujer se encontraba aún más cerca. Solo entonces divisé su rostro terrorífico y sus cabellos ondulados del color del vino tinto. Lancé un alarido y salté a un lado, presa del pánico. En ese instante, el cristal se rompió en varios fragmentos.

—Bella noche, Lucyna.

48
Erzsébet

Mi mano trémula dejó caer el cepillo al suelo. Helada hasta los huesos, me obligué a virarme hacia la voz familiar. Vislumbré entonces los inconfundibles ojos dorados, las facciones de ángel caído, las proporciones masculinas y los largos cabellos castaños de Baltasar. Escruté la penumbra alrededor: estábamos a solas.

Aunque la imagen que había visto brevemente en el cristal le correspondía con espeluznante exactitud a la dama de cabellos rojos cuyo retrato adornaba la chimenea del gran salón, mi único acompañante a la sazón era el vampiro que había conocido al llegar al castillo, la persona que yo más odiaba en el mundo, Baltasar Domány-Nádasdy. Comprendí con horror que era él quien procuraba darme alcance en la penumbra mientras yo me miraba en el espejo. No había allí ninguna mujer con nosotros, excepto la que quizás moraba en el interior de su cuerpo. Una que lo escuchaba, observaba y saboreaba todo a través de él. El mal viviente encarnado. La condesa sangrienta. Un chillido escapó de mis labios conforme retrocedía hacia la chimenea.

—¿Cómo entró aquí? —musité sin saber a quién me dirigía. ¿Me escuchaba Erzsébet o lo hacía Baltasar? ¿Lo hacían acaso los dos?

—La tranca no estaba puesta. Usted me invitó a pasar hace unas noches, ¿lo olvida? —dijo aquella criatura que hablaba y lucía como Baltasar, elevando las manos para enseñarme las palmas y dando un paso hacia mí con aire de preocupación—. ¡No fue mi intención asustarla! La señora Kowalski me dijo en cuanto desperté que una fiebre súbita le había sobrevenido. Vine de inmediato. Estaba tan preocupado por usted que olvidé llamar a la puerta —afirmó, tras de lo cual entrecerró los ojos—. ¿Por qué lleva un jirón de tela negra atado en torno a su rostro? ¿Es por la fiebre? —inquirió inclinando la cabeza hacia un lado.

—Magdolna me atacó —balbucí, más espantada por su presencia que por lo que su prometida me había hecho.

—Ay… no puede ser —replicó con voz ronca y lastimera, acercándose aún más. Creí que suprimía una sonrisa—. Déjeme ver qué le hizo mi prima.

—¡No! —dije retrocediendo hasta el rincón—. Usted es la última persona a quien yo… dejaría ver mi fealdad —agregué para justificar mi renuencia—. Me avergonzaría demasiado.

—Está bien, esperaré a que se calme —replicó dando un paso atrás —. Debe contármelo todo, Lucyna. ¿Dónde y cuándo la atacó Magdolna?

—Anoche, cuando regresaba aquí tras despedirme de usted —tartamudeé.

—Ah —arqueó ambas cejas, después de lo cual se dio la vuelta con lentitud. Me pegué al frío muro, preparándome para un ataque súbito —. Bien, Lucyna, no deseo que se sienta usted peor tras un suceso tan triste, pero… lo ocurrido es su culpa por haber tomado las decisiones equivocadas el día de ayer —aseveró virándose para encararme de nuevo. Sus ojos y su expresión seguían siendo los de Baltasar—. Dejó la fiesta sola y, no contenta con eso, irrumpió en el sótano de Imre sin su consentimiento. En fin, cosas evitables. ¡Y pensar que habría podido protegerla si usted tan solo me hubiera obedecido! Se lo advertí —finalizó, encogiéndose de hombros.

¡Él mismo me había dicho que podía regresar sola a mi habitación al salir conmigo del calabozo donde se hallaba el sacerdote! Habría querido gritárselo pero mi miedo era superior al dolor y a la ira asesina que sus palabras despertaban en mí. Si bien yo no le había especificado la gravedad del ataque de Magdolna, y quizás por esto él sentía que podía obrar con tal despreocupación al respecto, me daba igual: su actitud no tenía excusa. Recordando el consejo de Aurel, imaginé que una bruma espesa cubría mi mente: me hallaba en extremo vulnerable y debía impedir que Baltasar (o Erzsébet) leyese mis pensamientos. Le dije bajando la mirada:

—Supongo que tiene usted razón… señor.

—Lamento que le haya acaecido algo que pudo ser prevenido tan

fácilmente —replicó.

Estaba empecinado en convencerme de que yo había provocado el ataque de Magdolna, y yo no me atrevía a contradecirlo. Necesitaba sobrevivir a aquella entrevista sin revelarle cuánto habían cambiado mis sentimientos por él. Debía mostrarme maleable, sumisa, y ante todo crédula.

—El espejo… el espejo se rompió de repente —dije, señalando el cristal resquebrajado para explicar mi persistente nerviosismo.

—Oh, sí… no se preocupe por eso. Ya le había contado yo a usted que los cristales se rompen al reflejar a un Domány-Nádasdy. No tenía planeado mirarme en él, pero usted se hizo a un lado antes de que yo pudiese reaccionar con presteza. Haré que lo reemplacen cuanto antes.

—Descuide —murmuré. Él no parecía saber que yo había visto el reflejo de la condesa Báthory en vez del suyo. También daba la impresión de ignorar que yo había descubierto que los espejos solo se rompían ante él y no ante todos los miembros de su familia. ¿Jugaba conmigo? Me era imposible fingir tranquilidad cuando temblaba de semejante forma—. Deberá disculparme —farfullé—. Me sobresalté al sentir una presencia tras de mí y luego el cristal se hizo añicos... aún no me repongo del susto. Además, no me encuentro nada bien de salud. Me temo que he enfermado de los nervios.

—Eso es obvio—dijo evaluándome con la mirada—. Debo decir que me sorprende verla tan afectada. ¡Lucía usted tan bien anoche! Confiaba en que el lazo que nos une le proporcionaría las fuerzas suficientes para afrontar la adversidad transitoria con entereza. Le recuerdo que yo también me encuentro en una posición difícil, y, aun así, saber que puedo contar con usted me sostiene y me reconforta.

¿Cómo podía ser tan desvergonzado? ¡Su vanidad no tenía límites! Por si fuera poco, osaba comparar su dilema moral ficticio con mi tragedia personal. Aunque no se supiera descubierto, la noche anterior me había informado, sin más, que ya nunca podría marcharme de aquel lugar. ¿Esperaba acaso que se lo agradeciera con una sonrisa y un beso? Lo maldije para mis adentros, deseándole la peor de las suertes.

—Tal parece que somos distintos, después de todo —dije por entre

los dientes.

—Quizás lo seamos en ciertos aspectos —suspiró él. Se lo veía decepcionado—. Pero eso no tiene importancia. Usted es quien necesito que sea, y eso me basta.

Lo miré con fijeza. Sin duda había supuesto que yo no comprendería el verdadero significado de sus palabras, y por lo mismo se daba el lujo de ser sincero ante mí. Así que le bastaba con que le ayudase a completar su plan, aunque en el fondo lo contrariase que yo no estuviera enamorada, al punto de adoptar una actitud flemática ante todo lo que me había acaecido.

—Ese fenómeno de romper espejos… ¿solo les ocurre a los Domány-Nádasdy adultos? —pregunté, incapaz de reciprocar su última afirmación con una frase zalamera. Tenía que serenarme como fuese porque estaba a punto de perder los estribos—. Quiero decir… si la señorita Elzbieta me hiciese llamar a sus aposentos, yo vería algún espejo allí, ¿verdad?

—Claro —dijo dando un respingo—. Así es. Ya les llegará el día de romper espejos a Elzbieta y Vladislav. Aún son muy jóvenes. Y, ahora que lo pienso… es posible que mis otros parientes aún conserven espejos en sus aposentos, si es que han logrado dominar el arte de no mirarse directamente en ellos. Sin embargo, quiero que me prometa que no hablará al respecto con otra persona. Es un tema delicado para todos y no quiero que usted tenga que vivir las consecuencias de su propia imprudencia de nuevo.

Bien, no solo le había ayudado a perfeccionar su mentira inicial al respecto de los espejos, sino que ahora estaba mucho más alterada a causa de su última aseveración. ¡Aquel vampiro aborrecible volvía a recriminarme por lo que Magdolna me había hecho! Era casi como si quisiera azuzarme, quizás para ponerme a prueba, o quizás por el placer de verme enfurecida. ¿Quería, acaso, despertar mis celos al no reconocer la responsabilidad de Magdolna en el asunto?

—Se lo prometo —mascullé sintiendo la rabia aumentar en mi interior.

—Gracias —contestó con una sonrisa tensa—. A propósito, y solo entre los dos… ¿ha escuchado usted decir algo acerca de un espejo en

particular el día de hoy?

Un escalofrío me sacudió. Se refería, claro, al espejo que Aurel y yo habíamos roto. Negué con la cabeza, mirándolo con inocencia.

—¿No le ha comentado nada la señora Kowalski? —insistió—. ¿Los niños, tal vez?

—No he visto a sus sobrinos hoy. He estado realmente enferma. La señora Kowalski se ha limitado a cuidarme —dije.

—Por supuesto —dijo él con tono de fastidio.

—¿Por qué lo pregunta, señor? —inquirí porque era lo que habría hecho una persona desprevenida, aunque lo último que deseaba era ahondar en el asunto.

—Porque ayer, mientras me encontraba fuera, alguien destrozó uno que era una importante reliquia familiar —replicó. Interpreté la vena palpitante en su frente como una señal de furia contenida.

—¿Está usted seguro de no haberse visto en él por error? —sugerí tragando en seco.

—Eso no lo habría dañado —admitió, lo cual me sorprendió—. Era el único espejo en el que podía verme.

Había dicho la verdad en caso de ser descubierto. Era un mentiroso estelar y aprendía pronto. A pesar de que al comienzo había cometido el error de asumir que yo no comentaría nuestras conversaciones con nadie, ya empezaba a tomar ciertas precauciones. Eso era preocupante porque indicaba que su fe en mi discreción había menguado.

—Ay… qué pena me da —respondí en perfecta imitación de su falsa lástima por mí—. Cuán insólito que solo ese espejo pudiese reflejarlo —añadí de inmediato para aparentar ingenuidad—. Sin embargo, señor, le garantizo que no lo necesitará para hacerse más apuesto.

La lisonja debió sosegarlo porque los músculos de su rostro se relajaron.

—Cuán generosas son sus palabras, Lucyna. Más aún teniendo en cuenta el estado en que se encuentra —afirmó haciendo ademán de avanzar hacia mí. Salté en mi lugar—. Confío en que Magdolna solo haya logrado rasguñarla.

—¡Logró mucho más que eso! —exclamé permitiéndome al fin mostrarme defensiva para que él conservase la distancia—. ¡Ha

deformado mi rostro, y me habría dejado ciega de no haber sido por la oportuna intervención de su señor hermano!

—¿Qué dice usted? —replicó, y por un instante creí que estaba preocupado por mí, pero agregó—: ¿Aurel la socorrió?

—Sí —dije sintiendo mi sangre hervir al comprender que solo le importaba el protagonismo de Aurel—. Edna nos vio a usted y a mí besándonos en el corredor justo antes de que yo lo invitase a pasar a esta habitación, y se lo dijo a su prometida. Como resultado, Magdolna me atacó, pero Aurel me arrancó de sus garras. Después de eso, tuvo que garantizarle a Magdolna que se trataba de él, y no de usted, a quien Edna había visto compartir aquel instante de pasión conmigo. En suma, le dijo a Magdolna que él es mi amante para que ella me dejara en paz.

—¿Y Magdolna le creyó? —inquirió él mirándome por debajo de las cejas.

—Al menos se marchó —dije—. De no ser por Aurel, quizás yo no estaría viva hoy.

—Fue un… gesto amable de parte de mi hermano ayudarnos a guardar las apariencias ante Magdolna —dijo frunciendo el ceño—. Tendremos que proceder con cuidado en adelante.

—Este devaneo ha llegado a su fin, Baltasar —sentencié aterrada—. No pienso averiguar de qué más es capaz su prometida. Me basta de por vida con el daño que ya me causó. De hecho, mi única esperanza es que su hermano siga representando la pantomima que inició ayer para que Magdolna termine por creérsela enteramente.

Baltasar soltó una breve carcajada.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Pasearse por el castillo con Aurel como si fuesen un par de tórtolos? —inquirió con tono burlón.

—Si es preciso, sí —dije.

—Dudo que Aurel se preste para ese juego a largo plazo ahora que usted ya no es hermosa —afirmó con una sonrisa irónica.

Sentí que su última afirmación traspasaba mi corazón como una daga envenenada. Si bien era cierto que ya no era bella, él no tenía por qué decirlo en voz alta. Parecía querer herirme adrede. Miré dentro de sus ojos y hallé en ellos la crueldad que había visto en los de

la condesa Báthory en el espejo. Lágrimas de rabia afloraron a mis ojos. ¿Qué más daba que aquel vampiro pérfido ya no me hallara guapa? ¿Me importaba porque era su opinión, o porque era la verdad? Si bien nadie quería que su amante anterior lo encontrara (palabras más, palabras menos) repulsivo, afrontar su falta de tacto tras un evento tan infausto era mucho peor. Aún no me había habituado a mi nuevo aspecto y no estaba preparada para lidiar con críticas despiadadas, menos aún de parte de quien me había profesado su pasión hacía pocos días.

—Por el momento, su hermano se ha ofrecido a cenar conmigo todas las noches —me forcé a decir. Tenía que darle la noticia.

—¡Vaya! —dijo él—. ¡Aurel, el vampiro caritativo!

—Quizás lo haga porque me compadece, pero estoy segura de que también lo hace por usted, para ahorrarle líos con Magdolna —mentí.

—Bien, se lo agradeceré cuando lo vea —replicó—. No es que me agrade demasiado la idea de que pase tanto tiempo con mi hermano. Siento algo parecido a los celos al imaginarlo… pero quizás nos sea útil.

—¿Útil para qué? —inquirí. Se me puso la piel de gallina al evocar el ritual fratricida del grimorio cainita.

Él guardó silencio unos instantes.

—Para que usted y yo podamos estar juntos sin la constante amenaza de Magdolna, claro.

No podía creerlo. Yo acababa de ponerle fin a nuestro idilio, y había sido clara como el agua. Ora Baltasar se hacía el sordo porque rehusaba aceptar el rechazo de una mujer desfigurada, ora no estaba listo para revelarme su plan maestro.

—¿Cómo? —tosí irritada—. ¿Me desea a pesar de encontrarme fea?

—¿Lo pone usted en duda? ¿Por quién me toma? Oh, Lucyna, venga acá —dijo, y se abalanzó sobre mí.

Grité mientras él me envolvía en sus brazos, acunándome contra su pecho. Pasados unos segundos de intensa agonía en los que intenté apartarlo de mí en vano, caí en la cuenta de que, tal vez, realmente no deseaba matarme por el momento. Me estremecí de pies a cabeza, soportando su proximidad lo mejor que podía, conforme la náusea me

sacudía desde dentro.

—Tranquila, Lucyna —susurró en mi oído, y su aliento cálido me causó el más profundo rechazo visceral—. No voy a descubrir sus heridas en contra de su voluntad. ¿No sabe aún que no soy superficial como mis parientes? ¡Su apariencia no me importa! Podría convertirse en la mujer menos agraciada del mundo… para mí seguirá siendo la única compañía verdadera que he tenido, y la única que deseo tener.

¿Cómo podía alguien mentir de semejante forma? Sus lágrimas cayeron sobre mi coronilla, rodando por entre mis cabellos. ¡Lloraba! ¡Había llorado adrede para resultar convincente! Empecé a llorar de nuevo, esta vez de puro asco, pero dada la horripilante suavidad con que él acarició mi cabeza, supe que él creía que lloraba porque me había conmovido. No sabía si aquellos mimos forzados procedían de Baltasar o de la condesa sangrienta, lo cual solo causó que sollozara con más fuerza.

—Escúcheme —dijo—. No le pediré que vuelva a compartir su desnudez conmigo hasta que sus heridas no hayan cicatrizado. Sería insensato pretender recrear esa noche perfecta en que ambos descubrimos la pasión, cuando usted se encuentra tan alterada. Eso solo afectaría nuestra alquimia sexual.

¿Alquimia sexual? Me pregunté qué demonios significaría aquello. No podía ser nada bueno. Recordé que uno de los descendientes de Domán había dicho ser un alquimista en las páginas de aquel cuaderno escrito a varias manos, y decidí pedirle al monstruo que a la sazón me abrazaba que me aclarase el término, aunque solo me diese una mentira por respuesta.

—La alquimia sexual es un estado sacro en que dos seres impolutos comparten su pureza —susurró con tono sensual.

—Oh. Cuán… hermoso —dije sintiendo deseos de vomitar y concentrándome en imaginar el campo de niebla que debía prevenir que él leyese mi mente. Aquello no solo evocaba los preceptos de pureza del protestantismo que yo tanto deleznaba, sino que me recordaba que el *vampyr* que insistía en sujetarme contra su cuerpo había robado mi energía vital para alimentar a los muertos. Quizás en eso consistía la supuesta *alquimia sexual*.

—Lo es —replicó—. Y, en la ley del ocultismo, es algo único, compartido exclusivamente por dos. Sé que jamás podría alcanzar algo así con Magdolna.

Lo peor era no saber si quien había estado presente conmigo durante ese espantoso intercambio alquímico era Baltasar o Erzsébet Báthory. Gemí para no gritar, apretando los puños.

—¿Cómo podríamos compartir nuestras vidas en el futuro si usted se casará con Magdolna? —pregunté aprovechando el momento para zafarme de su abrazo. Tenía que aparentar que la posibilidad de unir mi vida a la suya era de mi interés. Necesitaba que me revelase sus planes.

Él me miró desde su altura, sujetándome de los hombros.

—He pensado que… si Magdolna muriese, yo sería libre. Podría entonces estar con usted —dijo con suavidad.

49
Una simple plebeya mortal

Yo solté una exclamación muda. ¿Pensaba deshacerse de Magdolna y no de Aurel?

—Pero Magdolna no va a morir —tartamudeé—. ¡Usted prometió no asesinar a ninguno de sus parientes!

—Así es —dijo él, y sus ojos dorados se encendieron—. Pero usted no está sujeta a esa promesa.

—¿Yo? —pregunté rodeándolo para salir del lugar en el que me había arrinconado y avanzando hacia la cómoda sin darle la espalda —. No pretenderá que yo asesine a Magdolna, ¿verdad?

—Oh, Lucyna —dijo él—. ¿No lo ve? ¡No sería un asesinato! Teniendo en cuenta lo que Magdolna le hizo y la amenaza que seguirá representando para usted… sería defensa propia.

—¡No lo creo! —dije anonadada—. Pero eso no importa: yo soy incapaz de matar.

—¿No mataría por mí? —inquirió con semblante consternado. Había enrojecido—. ¿Aunque esa fuese mi salvación?

Me detuve un instante. Si me negaba terminantemente a considerar sus palabras desde ese momento con absoluta convicción, él ya no me consideraría de utilidad. ¿Qué reparo podría tener en matarme?

—Debo pensar al respecto —murmuré—. Pero… me parece que debería resignarse a casarse y darle hijos a Magdolna. Dada su riqueza, a su progenie no le faltará nada y podrá sobrellevar el vampirismo con relativa facilidad.

—¿No comprende usted que no puedo ir en contra de mi propio sentido de la moral? ¡Prefiero morir a causarle el daño del vampirismo a mi descendencia! —exclamó—. Supongo que todo se reduce a usted, Lucyna: deberá elegir entre mi vida y la de Magdolna.

Su destreza para la manipulación no tenía límites. ¿Cómo había logrado darle tal vuelta a la situación que, de repente, su supuesta

salvación recaía sobre mí?

—Eso sería cierto si Magdolna estuviese a punto de matarlo y yo tuviese que intervenir pero la realidad es muy distinta. Usted no tendría por qué morir, Baltasar —objeté. Según Aurel, Baltasar no quería incumplir su promesa de engendrar descendencia con Magdolna. ¿De qué podría servirle que yo accediese a matarla? ¿Había cambiado de parecer? ¿Quería plantar la semilla del homicidio en mi mente?

—¡Solo usted puede ayudarme! —lloró cubriéndose el rostro con las manos.

Debía mostrarme, al menos, dubitativa. Bien me habría gustado creer que aquel vampiro hablaba movido por la locura, porque el miedo de afrontar tanta maldad paralizaba mi raciocinio.

—Tiene que haber otra solución —dije—. Debemos encontrarla.

Él me tasó con la mirada, apretando los labios.

—La hay —dijo al fin—. Pero si usted encuentra tan horrible la idea de darle muerte a una vampiresa vil como Magdolna, una mujer que ha llegado al punto de arruinar su rostro, no creo poder confiarle la alternativa.

Mi corazón latió con fuerza. Allí estaba su verdadero plan.

—¿De qué se trata, señor? —balbucí, rogando que me lo dijese.

—No sé si valga la pena siquiera mencionarlo —dijo—. Está claro que, a pesar de suponerse irreligiosa, carga usted con el yugo de la moralidad cristiana.

¡Ah! Así que buscaba tacharme de prejuiciosa, de modo que yo quisiera demostrarle que mi oposición al cristianismo era sincera, accediendo por ello a cometer un crimen. Cuán astuto de su parte. Por desgracia para él, yo me conocía lo bastante para saber que mis principios, que incluían el vivo deseo de no convertirme en homicida, no derivaban de una religión sino del respeto fundamental por la existencia de mis congéneres, el mismo que esperaba recibir de vuelta. Era un acuerdo sencillo al que se adhería toda persona sensata, aun cuando fuese por temor a las consecuencias, incluso mucho antes de que el judaísmo como tal existiese. Un convenio tácito que no dependía de los mandamientos estipulados en la Biblia sino de la más

simple lógica… y, por qué no, de la aversión a infligirle dolor al prójimo. Esa agradable característica humana de la cual carecían Baltasar y la condesa que moraba en su cuerpo.

—No creo que sea así, señor —me atreví a decir. Le había prometido a Aurel ayudarlo a descubrir las intenciones de Baltasar que lo involucraban, y a pesar del pánico que me embargaba, sentía que iba por buen camino—. Aunque… si tuviera usted razón, me gustaría que me ayudase a deshacerme de ese peso. Oírlo hablar la otra noche abrió mis ojos: comprendí que ser una víctima indeliberada de los efectos de las religiones agricultoras es permanecer en la esclavitud. ¿No me guiará usted a la libertad?

—Oh, Lucyna, me esperanza escucharla hablar así —murmuró—. Teniendo esto en cuenta, pensaré en revelarle esa opción. Es solo que yo mismo no estoy convencido de ser capaz de proceder.

—¿De veras? —inquirí dudando de la veracidad de su última aseveración—. ¿Por qué?

Él tomó aire y lo exhaló lentamente por la nariz.

—Porque es en extremo arriesgado —susurró—. Podría no funcionar.

—¿Qué podría pasar si ese plan fallara? —pregunté. Mis latidos retumbaban en mi pecho.

—Yo moriría definitivamente.

—¡Todo menos permitir que usted muera! —exclamé, y tuve tanta suerte que, mientras pronunciaba aquella frase, mis ojos se colmaron de lágrimas a causa del nerviosismo. Rogué que él creyese que el prospecto de su muerte me horrorizaba.

—¡Gracias, Lucyna! —dijo abriendo los ojos de par en par. Lucía, si cabe, feliz—. Era todo lo que deseaba escucharla decir. Ahora sé que soy tan importante para usted como lo es usted para mí.

—Mucho más —mentí bajando la mirada y permitiendo que el llanto fluyera—. Dígame en qué consiste ese posible curso de acción.

—Bien… yo tendría que alcanzar la redención —dijo.

—¿Redención? —pregunté simulando ignorar lo que había aprendido al respecto de los cainitas la noche anterior—. ¿No es ese un concepto cristiano?

—¡En absoluto! —dijo él visiblemente molesto—. La palabra *redención* viene de *redimir*, que significa *comprar de vuelta, comprar la libertad*, o incluso *pagar un rescate*. Aunque sí hablo de una redención espiritual, esta es de índole ocultista, no cristiana. Para obtener la liberación del vampirismo en cuerpo y alma, es preciso que pague un altísimo precio. Debo llevar a cabo un sacrificio.

La redención que describía no podía sonar más cristiana, pero, por supuesto, no se lo dije.

—¿Qué sacrificio? —pregunté. Necesitaba que confirmase mis sospechas.

—El sacrificio de un inocente —dijo.

—¿Qué inocente? —pregunté.

—Mi propio hermano. Aurel —sentenció con mirada intensa.

Él aguardó mi reacción pero, puesto que yo ya estaba al tanto de lo que él acababa de decir, pude permanecer casi impávida, dándole así una conveniente impresión de relativa frialdad.

—Lo escucho —dije elevando el mentón hacia él.

—Yo mismo tendría que llevar a cabo el mencionado sacrificio —dijo en baja voz—. Y usted sería mi ayudante.

¡Había obtenido la tan anhelada confesión! ¡Ahora Aurel tendría que cumplir su juramento de ayudarme a escapar a como diese lugar!

—No estoy muy segura de comprender este curso de acción —repliqué fingiendo que la premisa no me escandalizaba hasta la médula—. ¿Cómo impediría el sacrificio de Aurel que usted tuviese que procrear con Magdolna? Por otra parte, si usted mismo lo sacrificara… ¿no estaría incumpliendo su juramento de no asesinar a ninguno de sus parientes?

—Precisamente —dijo arqueando una ceja—. Moriría al incumplir mi juramento. Pero, puesto que habría alcanzado la redención por medio del sacrificio supremo… resucitaría conservando mi conciencia y voluntad a plenitud. Además de eso, la luz del día ya no me haría daño. ¡Me haría tan poderoso que podría vivir como un ser humano normal!

Tuve que obligarme a sonreír como si lo que él acababa de decir fuese música para mis oídos.

—¿Habla usted en serio? —fue todo lo que pude responder.

—¡Sí, Lucyna, sí! —rio con tono triunfal—. Dejaría de estar sujeto a toda regla y a todo juramento. Podría dejar de engendrar descendencia con Magdolna. Podría rehusar casarme con ella, o matarla con mis propias manos, y así vengarla a usted, sin sufrir ninguna consecuencia. Podría… podría casarme con usted. Y usted no tendría que matar a nadie. Solo tendría que asistirme en la realización del plan.

En ese instante, alguien llamó a la puerta.

—Señorita Pawlak —dijo la voz de la señora Kowalski desde el corredor—. Es hora de que tome usted su medicina.

Miré a Baltasar, y él asintió.

—Dígale que le abrirá en breve —dijo.

—¡Sí, señora Kowalski! —repliqué, dichosa de que nos hubiese interrumpido. Noté entonces que Baltasar había puesto la tranca al entrar. Era demasiado rápido y sigiloso—. ¡Le abriré en un instante!

—Puesto que usted cenará con Aurel esta noche, partiré ahora para que pueda usted acicalarse un poco —dijo Baltasar—. Pero, dígame, ¿qué le parece lo que acabo de decirle?

Tragué en seco, midiendo mis palabras.

—Suena como el más perfecto de los sueños. Un cuento de hadas, quizás —repliqué, entornando mis ojos húmedos al mirarlo—. ¡Oh, señor! Las posibilidades que usted ha mencionado son tan bellas que… cualquier acción, por dura de llevar a cabo que sea, las justificaría. ¡Convertirme en su esposa! ¡Yo, una simple plebeya mortal! ¿Qué más podría querer?

Encubrí la repulsión que sentía con mi llanto, que no cesaba de fluir. Él tomó mis manos para besarlas con efusividad, sus ojos clavados en mi rostro. ¡Me miraba con ternura!

—¡Gracias, Lucyna! —dijo—. Acaba de demostrarme que no me equivoqué al hacerla venir aquí. Es realmente la compañera que me estaba predestinada. Mi alma gemela.

¿Su *qué*? No pude evitar mirarlo extrañada.

—Mañana se lo explicaré todo —dijo dirigiéndose a la puerta—. Sobra decirle que procure mostrarse amable con Aurel.

Asentí, y él procedió a retirar la tranca, tras de lo cual abrió la puerta.

—¡Señor! —exclamó la señora Kowalski al verlo, enrojeciendo—. ¡Le ruego me disculpe, ignoraba que se encontraba usted aquí!

—Descuide, señora Kowalski —replicó él—. Ya me iba. Solo quería cerciorarme de que la salud de la señorita Pawlak estuviese mejorando gracias a sus cuidados. Veo que es así. Buenas noches.

Dicho esto, salió de la habitación y se giró para dirigirme una sonrisa encantadora antes de alejarse por el corredor. Yo permanecí en el mismo lugar mientras la señora Kowalski entraba para darme una cucharada del brebaje que llevaba en la mano.

—Gracias —dije engullendo la amarga sustancia.

—Con gusto —repuso ella—. Ya me enteré de que cenará usted con el señor Aurel de ahora en adelante. Es un excelente plan, si quiere conocer mi opinión. Eso calmará los ánimos de la señora Magdolna —dijo.

—Eso espero —dije estremeciéndome—. ¿Sabe usted a qué hora debo estar lista?

—Supongo que pronto —dijo ella—. El señor Aurel dio instrucciones precisas en cuanto a los alimentos y dijo que él mismo pasaría por usted. Yo que usted me daría prisa.

Partió llevándose la bebida medicinal. En cuanto salió, corrí a ponerle la tranca a la puerta. ¡Por todos los demonios de la historia! ¡La fiebre había causado que me quedase dormida sin asegurar la puerta desde dentro, y tal vez gracias a eso Baltasar se había colado en mi habitación sin esfuerzo alguno!

—Lucyna.

El susurro tras de mí hizo que saltase. A la sazón, detecté el movimiento en la parte posterior de mi habitación, y vi los ojos azules de Aurel, que emergía de detrás del lecho.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —chillé—. ¡Por poco me mata del susto!

—Me escurrí aquí en cuanto cayó el sol y me oculté en el lugar más oscuro y resguardado de la estancia. Usted aún dormía —dijo, avanzando hacia mí—. Temía que Baltasar llegase en cualquier

momento… y lo hizo.

—¡Ha debido decírmelo! —exclamé agitando las manos.

—Pensé en hacerlo pero luego me dije que, si la ponía sobre aviso, usted no obraría con la misma naturalidad. Baltasar habría podido descubrirnos. Estaba listo para intervenir. Sin embargo, era necesario que usted hablase sin saberse observada por una tercera persona. Por suerte, Baltasar no tiene el olfato de Elzbieta para detectar presencias.

—Es bueno saberlo. Por un momento creí que él había regresado —dije llevándome las manos al pecho y recostándome contra el muro adyacente a la puerta—. No creo poder lidiar con esa posibilidad cada segundo de cada noche.

—De acuerdo. Debo buscarle una nueva habitación. Lo justificaremos sacando a colación el ataque de Magdolna. Y entonces será imprescindible que no le dé usted permiso de entrar a Baltasar. Puede usar la misma excusa.

—Así lo haré —dije intentando calmar mi respiración—. Espero ser convincente.

—No dudo que lo será, ¡es usted muy hábil con las palabras! Por cierto, tengo que felicitarla por lo que logró esta noche.

—Lo escuchó todo, ¿verdad? Cumplí con mi parte del trato, y ahora usted tiene que cumplir su juramento de ayudarme a huir —dije sintiendo que me ruborizaba. No quería recordarle que tenía una deuda conmigo pero tampoco podía darme el lujo de permitir que la olvidase. Ante todo, él era un vampiro y un Domány-Nádasdy, y yo desconfiaba de todos en ese punto.

—Así es —replicó él—. Le agradezco que haya persistido hasta extraer la confesión de Baltasar. Sé que no fue fácil. Lo hizo con maestría.

—En otras circunstancias, diría que fue un placer —repliqué dirigiéndome a la silla del escritorio para tomar asiento. Me dejé caer sobre el cojín y exhalé audiblemente. Aún no me reponía del terror.

—¿Le parece bien si inspecciono sus heridas ahora? —inquirió Aurel.

Mi corazón latió con fuerza.

—Por favor —balbucí.

—Antes que nada, debo advertirle que lo que veremos esta noche será casi definitivo. Es decir, otra aplicación de mi saliva no alteraría el resultado. El tiempo hará lo suyo, como de costumbre, pero la profundidad de las cicatrices, o su relieve, no variará mucho. Solo su color, que tenderá a hacerse más pálido. ¿Está lista?

Asentí. Contuve el aire y cerré los ojos mientras él retiraba el jirón de tela negra y removía el vendaje de mi piel con cuidado, de pie ante mí.

Lo escuché suspirar, y abrí los párpados para escrutar su expresión, incapaz de ponerme de pie para contemplarme en el espejo roto aún. Aurel no hizo ningún gesto que revelase lo que pensaba. Me tomó del mentón y me hizo mover la cabeza de arriba abajo y de un lado al otro, aproximándose más.

—Bien —dijo al final, irguiéndose de nuevo—. El resultado no es tan bueno como esperaba que lo fuese, pero no es tan terrible como lo habría sido si usted no hubiese aceptado mi extraña sugerencia. Sé que requirió valentía de su parte. ¿Se siente preparada para verse en el espejo o desea que la cubra de nuevo? Las heridas cicatrizaron por completo, de modo que ya no necesita un vendaje.

—¿Puedo tocarme? —inquirí con un hilo de voz.

—Por supuesto —dijo él, dando un paso atrás para darme espacio.

Me llevé los dedos al rostro y palpé dos suaves líneas elevadas. Me detuve conteniendo el llanto aunque no sentí ningún dolor. Tenía que encarar el daño yo misma. Me obligué a incorporarme y avancé con paso lento hacia el espejo resquebrajado, que me devolvía mi imagen fragmentada en la penumbra. Antes de atreverme a observarme de cerca, ajusté con pulso trémulo la llama de la lámpara para que diese más luz. Armándome de voluntad, me volví hacia el cristal, sujetando la linterna a la altura de mi cabeza.

Divisé las cicatrices paralelas, de un color borgoña intenso, que surcaban la porción iluminada de mi rostro. Aunque no ostentaban ninguna rugosidad, y aunque con el tiempo adquiriesen un matiz menos oscuro, siempre saltarían a la vista por su grosor y elevación. Sentí mi pulso martillear en mi garganta. Temblando de pies a cabeza, me acomodé hasta quedar de medio perfil ante el espejo para

examinar la porción restante de mi mejilla. A la sazón, parpadeé varias veces. Debía comprobar que las sombras y las grietas del cristal no me engañaban. Me moví con lentitud, evaluándome milímetro a milímetro: no había señal alguna del ataque de Magdolna en el área de mi cutis que se extendía desde la comisura de mi boca hasta la parte intermedia de mi mejilla. Cierto, dos gruesas líneas rojas marcaban el espacio entre lo alto de mi pómulo y mi sien, casi hasta rozar la línea de mis cabellos, pero la piel restante lucía intacta, como si el filo doble de aquella arma infernal no la hubiese destrozado la noche anterior. Me tambaleé, abrumada por las emociones. Llorando, deposité la lámpara sobre la cómoda y me di la vuelta.

—Gracias —gemí corriendo hacia Aurel y abrazándolo con fuerza.

Noté que se tensaba pero rodeó mis hombros con su brazo durante un segundo, tras de lo cual se apartó, tomándome de las manos.

—¿Se encuentra usted bien? —inquirió frunciendo el ceño.

—Sí —sollocé—. ¡Jamás creí que vería un cambio tan drástico!

Leí el alivio en su rostro.

—¿A pesar de que un gran segmento de las cicatrices aún sea visible? —preguntó con expresión culpable.

—Usted borró buena parte de la huella del ataque de Magdolna. Eso es mucho —insistí—. Le prometo que me doy por bien servida. Después de todo, jamás debí involucrarme con el prometido de una vampiresa enamorada.

—Baltasar le mintió a usted. Probablemente la hipnotizó también —dijo él con expresión de reproche.

—Aun así —dije yo—. Jamás debí fijarme en alguien que había adquirido un compromiso previo, por más que ese compromiso pareciese no estar sustentado en sus sentimientos. Ante todo, jamás debí fijarme en uno de los señores de este castillo.

La mirada de Aurel se detuvo en mis ojos unos instantes.

—Pudo ser peor —dijo. ¿Había palidecido, o era solo mi impresión? —. Esperaré fuera de su habitación mientras usted se viste. La cena estará lista pronto.

50
Ella

Me lavé, vestí y peiné tan pronto como pude. No conseguiría ocultar la totalidad de las cicatrices con mis cabellos aunque los llevase sueltos, así que opté por hacerme una coleta en la parte posterior de la cabeza, dejándolas al descubierto. Sería mejor luchar contra la vergüenza y exhibirlas de una vez. No le había mentido a Aurel: considerando el aspecto que habría tenido hasta el día de mi muerte sin su intervención, el efecto de esta última me había devuelto el alma al cuerpo. Seguía llorando de puro alivio mientras me acicalaba, echándome uno que otro vistazo incrédulo en el espejo. Me sabía afortunada, tanto así que aquellas líneas rojas, considerablemente cortas y lisas en comparación con las que había observado la noche previa, eran casi una recompensa. Macabra, sin duda, pero al fin y al cabo una recompensa. Parecían haber sido pintadas con óleo carmín sobre el lienzo crudo de mi rostro para que la gente me señalara, como si el diablo me hubiese impuesto la marca del pecado del que había sido partícipe. Sin embargo, puesto que la piel de mi mejilla había recuperado su aspecto habitual, podría sonreír con alegría cuando fuese libre, si es que ese día llegaba. Aunque ya no tenía fiebre, aún estaba lejos de sentirme saludable. Sin embargo, nada se me antojaba más alentador que salir de esa habitación que ya consideraba una celda maldita.

Aurel me dirigió una sonrisa benevolente cuando salí envuelta en mi abrigo verde y, como la noche anterior, me ofreció su brazo.

—Siento hacerla dejar sus aposentos cuando se halla tan enferma, pero creo que cambiar de aires le hará bien.

—¿Cómo supo que enfermé? —inquirí mirándolo de reojo. Aunque me había lavado la cara con agua helada, era obvio que mis ojeras y palidez me delataban.

—La señora Kowalski me lo dijo cuando me la topé justo antes de

esconderme en su habitación —explicó—. Espero que los alimentos que elegí para la cena la ayuden a reponerse.

—Estoy segura de que así será. A pesar de todo, tengo algo de hambre —le dije agradeciendo que no hubiese mencionado mi terrible apariencia—. ¿Puede creerlo?

—Sí —rio y entonces dijo en un murmullo—: Aún le falta mucho *prana* por recuperar. Cuando lleguemos a la estancia en la que cenaremos, podremos hablar con tranquilidad.

Asentí un par de veces, aferrándome a su brazo con mayor ahínco. Aunque estuviera con él, temía ver a Baltasar o a Magdolna de nuevo. Noté que nos dirigíamos al ala sur, donde se encontraban el gran salón y la habitación rosa donde Imre tomaba el té de sangre sacerdotal. Aquella inmensa cárcel que los vampiros habían transformado en su morada les ofrecía, al menos, gran variedad de ambientes. Habiendo pasado el gran salón, avanzamos hasta la esquina de aquella ala de la edificación. Aurel empujó una puerta de madera oscura y me invitó a pasar a una habitación de proporciones moderadas en la que, como de costumbre, el fuego ya ardía en la chimenea. Los muros habían sido revestidos de papel de colgadura verde anís con diseños de filigrana dorados, y una gran lámpara de bronce arrojaba su luz cálida a través de una pantalla vítrea de tonalidad amarillo imperial. Era una estancia sumamente acogedora cuyo mobiliario consistía en una mesita de mármol ocre con dos sillas tapizadas de verde menta y un bello sofá de patas doradas recubierto de seda ambarina. Dos pequeñas copas de cristal y una botella de Żubrówka, la cual reconocí por la brizna de hierba de vainilla que flotaba en su interior, reposaban sobre la mesa.

Tras cerrar la puerta de nuevo, Aurel me ayudó a quitarme el abrigo y me ofreció una de las sillas, en la cual tomé asiento. Lo observé colgar mi abrigo de un gran perchero tallado que pendía del muro y dirigirse a las pesadas cortinas de terciopelo amarillo pálido que cubrían la ventana, las cuales abrió de par en par, revelando así un cielo nocturno poblado de nubes densas.

—Quise que cenáramos en el más pequeño de los comedores, pero nunca se sabe quién pueda esconderse en uno de sus rincones —dijo, inspeccionando la parte posterior del sofá.

Satisfecho, tomó asiento frente a mí y procedió a llenar nuestras copas. Noté que llevaba puestas las mismas ropas de la noche anterior y los cabellos sueltos sin ningún peinado.

—No tuve el tiempo de ir a cambiarme a mis aposentos —explicó sin mirarme, como si hubiese advertido el fugaz examen al que lo había sometido mientras él escanciaba el líquido verde translúcido en el cristal—. Deberá disculpar mi desaliño. No quise dejar de vigilar su habitación.

—Oh —dije, sorprendida—. Por favor, no tendría usted que disculparse conmigo por un motivo semejante.

Él elevó sus ojos hacia mí para extenderme una de las copas diciendo:

—A su salud, Lucyna. Gracias por haber logrado cosas tan importantes el día de hoy. Bébalo todo.

—Salud, señor —repliqué bebiendo de un trago el licor fuerte y dulzón, cuyo aroma floral era una caricia para los sentidos. Aurel hizo igual.

—Espero que este aperitivo termine de despertar su hambre —dijo dejando su copa sobre la mesa.

Reparé en la belleza de aquel rostro que guedejas serpenteantes de cabellos negros rebordeaban. La barba azabache había empezado a brotar de su tez nívea, sombreando sus mejillas y mentón. Tomé aire por entre los labios y cerré los párpados un instante. Si Baltasar era la manifestación más seductora del ángel caído, Aurel podría haber sido el líder de las huestes seráficas: su semblante parecía contener un tipo de fuerza capaz de vencerlo todo.

—¿Por qué es *La dama pálida* su historia favorita? —inquirí ávida de respuestas. Nunca se lo había preguntado a Baltasar, y ahora sabía que había sido un gran error de mi parte.

—Es una historia de amor verdadero que es a la vez un cuento de hadas y una tragedia. Habla de maldiciones y de vampiros, y transcurre en un castillo rodeado de bosques —dijo, curvando sus labios en una sonrisa—. ¿Cómo podría no amarla, Lucyna?

Di un respingo, sintiendo que su voz me conmovía.

—Podría serle indiferente —dije. Mis latidos habían adquirido una

intensidad particular.

—Imposible —rio él—. Aun así, considero que, cuando se trata de una obra tan preciosa, perfecta en su sencillez, cualquier explicación está de más —prosiguió sin retirar sus ojos de los míos—. El amor real, tanto en la vida como en el arte, es espontáneo e inevitable, dígase lo que se diga. Surge en un instante, sin importar las circunstancias, y lo cambia todo de repente. ¿No lo cree así?

Lo miré estupefacta, incapaz de responder. No sabía si hablaba de la historia de amor que narraba la obra o de su amor por la obra en sí, pero solo escucharlo pronunciar la palabra *amor* esa noche me hacía temblar.

—Lucyna —dijo mi nombre como invocándome desde una realidad paralela.

—No sé nada del amor —respondí, pensando en el error que había cometido al enamorarme de Baltasar.

—Eso cree usted —afirmó él llenando nuestras copas de nuevo—. Aun así, todos llevamos dentro un conocimiento pleno del amor aunque no lo hayamos vivido. Incluso desde la infancia.

—¿Se ha enamorado usted alguna vez? —osé preguntar. La más genuina curiosidad me embargaba.

—No creo poder llamarlo enamoramiento… pero hace muchos años, antes de que el vampirismo hereditario me convirtiese en lo que soy, llegué a experimentar en un instante una emoción que ahora reconozco como amor —replicó él, su mirada distante.

—¿Y qué ocurrió? —inquirí.

—Ella era una mortal —dijo mirándome de nuevo.

—¿Murió? —lo interrogué con un nudo en la garganta. Sabía que estaba siendo entrometida.

Él negó con la cabeza.

—Se lo contaré —dijo—. Siendo adolescente, cuando viajaba a Gdansk con mis padres y Baltasar, hicimos un alto en el camino boscoso que atravesábamos. Mi hermana Petronȳa se había quedado en el castillo con tía Abélia y los demás, así que, de los vampiros menores, solo estábamos Baltasar y yo. El sol aún no se ponía, por lo que mis padres tuvieron que permanecer otro tanto dentro del

carruaje, custodiados por el cochero. Permitieron, aun así, que mi hermano y yo nos paseáramos por el bosque, pues aún tolerábamos la luz del día y ellos no deseaban privarnos de la experiencia mientras pudiésemos vivirla. Baltasar se fue por un camino aledaño y desapareció de mi vista. Yo, entre tanto, caminé sin rumbo hasta que escuché el murmullo de las aguas cercanas. Decidí seguir ese rumor, adentrándome en el bosque hasta arribar a un claro surcado por un río cristalino. Entonces la divisé a… ella —afirmó tragando en seco.

—¿La mortal de quien me habló?

Él asintió.

—No se detenga, por favor —musité.

—Está bien —dijo él cerrando los ojos un instante, y me pareció que sufría intensamente—. Ella recogía flores a la vera del río, no muy lejos de quien supuse que era su madre, la cual dormitaba sobre el prado veraniego —prosiguió, su mirada perdida en un punto indefinido del horizonte, más allá del ventanal—. En cuanto la vi, una euforia inexplicable me embargó, como si reconociera a un ser querido a quien creía haber perdido para siempre —dijo mirándome de nuevo. Lucía desolado—. Ella iba descalza, con los pies sucios de tierra humedecida y los cabellos revueltos... y yo no pude hacer otra cosa que quedarme viéndola, oculto en la penumbra del bosque, sin comprender lo que le ocurría a mi corazón. Todo en ella me consumía: el ritmo de su andar y cada uno de sus movimientos… hasta el más pequeño de sus gestos hacía que mis latidos retumbasen en mi pecho. De repente, se volvió hacia donde yo me hallaba para escrutar la maleza, como si hubiese presentido que alguien la observaba. Sin embargo, no me vio, y se giró de nuevo con una sonrisa en los labios. Mientras ella se alejaba caminando por entre los juncos con el cándido abandono de un espíritu de la naturaleza, pensé que más me habría valido morir contemplando su mirada que regresar a mi vida habitual en el castillo. Yo era demasiado joven, así que la emoción que despertó en mí, aunque sobrecogedora, era inocente. Los ocultistas habrían dicho que era un caso de predestinación, un suceso único propiciado por la astrología natal… pero yo no creo en las afirmaciones de los ocultistas —sonrió con tristeza—. Resulta, pues,

que mientras yo contemplaba a aquella mortal iluminada por los últimos destellos del ocaso, sin atreverme a mostrarme ante ella aunque todo mi instinto vital gritase lo contrario, alguien me estudiaba sin perder detalle: mi hermano Baltasar.

—¡No! —murmuré.

—Sí —dijo él—. Gracias a esa intuición certera que poseía desde la infancia, leyó mi pensamiento. O tal vez solo interpretó con diabólica precisión las emociones que mi talante revelaba, pues yo mismo no les había dado un nombre en mi mente. No bien se supo descubierto por mí, Baltasar corrió hacia la criatura que, ignorando que dos hermanos malditos la acechaban, se inclinaba para tomar una brizna de hierba entre los dedos. En un abrir y cerrar de ojos, Baltasar se hizo con una enorme piedra que alzó sobre su cabeza, situándose tras de ella. Él nunca había hecho algo semejante, al menos no ante mí, pero su intención era clara. Por suerte, yo era más veloz y más fuerte que él, y antes de que pudiese cumplir su cometido, lo alcancé y lo arrastré conmigo a la enramada, donde le di una paliza que él retribuyó como mejor pudo.

—¿Y ella… la mortal… no los vio a ustedes? —le pregunté.

—Ella nunca se dio cuenta de que había estado a punto de morir. Jamás nos vio a mi hermano ni a mí, y tampoco nos escuchó, pues el fuerte viento vespertino encubrió nuestras voces.

—¿Y qué pasó después? —dije—. ¿Se marcharon?

—Al hallarnos enfrentados en una riña de tal violencia, mi madre, que había ido a buscarnos, nos obligó a regresar al coche de inmediato. Allí nos interrogó a uno y otro, tras de lo cual me dio la razón a mí. No le gustaba que mi hermano y yo nos peleáramos. Eso la hacía sufrir. Aun así, descubrir que su hijo menor había hecho el intento de matar por capricho, y no porque tuviese hambre, la contrarió sobremanera. Verá usted, Baltasar y yo aún no sentíamos el ansia de beber sangre humana… lo cual, cabe resaltar, jamás debe derivar en una defunción si el vampiro es cuidadoso. Desde entonces, mi madre nos prohibió acercarnos a los mortales comunes sin supervisión hasta que alcanzáramos la mayoría de edad y hubiésemos aprendido a alimentarnos de ellos con prudencia. También nos hizo

jurar que no mataríamos a ningún miembro de nuestra familia, pacto al cual se adhirieron nuestro padre Adorján, nuestra hermana Petronȳa, nuestra tía Abélia, nuestro tío Gergely y nuestros primos Imre, Magdolna y Laurentius. De todos nosotros, Baltasar y Magdolna fueron los únicos que se mostraron renuentes a dar su palabra. Esto, naturalmente, causó que los demás vampiros jóvenes desconfiásemos de ellos… pero el juramento debía bastarnos. Consciente de que Baltasar requeriría una guía constante conforme terminaba de crecer, mi madre procuró despertar su interés en la hechicería con el fin de tenerlo más cerca de ella y así vigilarlo y aconsejarlo.

—Vaya historia espeluznante —dije, estremeciéndome.

—Como todas las que tienen que ver con mi familia —dijo él—. Baltasar me odió más que antes por no permitirle salirse con la suya, y empezó a afirmar con frecuencia que mamá me favorecía por ser el mayor. Desde entonces, se ha complacido en destruir lo que amo cuando la ocasión se le presenta… motivo por el cual, el desapego fundamental que siento hacia la existencia solo ha incrementado con los años.

—¿Nunca amó usted a nadie más? —le pregunté temiendo escuchar algo aún peor.

—No a una mujer pero… sí que amé a otra criatura. Poco después de la adolescencia, tuve un perro que me seguía a todas partes. Lo había llamado Jenő. Era noble de verdad: si alguien lo lastimaba sin querer, él no emitía más que un gemido, tras de lo cual ponía las patas sobre el regazo de su agresor, bajando la cabeza con ojos enternecidos, como rogándole que no sintiese pena por él. ¡Cuánto amaba yo a ese animal! —murmuró clavando la mirada en la mesa, su semblante pétreo—. Era mi única compañía verdadera y reciprocaba mi cariño como si yo fuera la fuente de toda su alegría.

—¿Qué le pasó a Jenő? —inquirí helada.

—Baltasar y Magdolna dijeron… dijeron que dos lobos… —su voz se quebró.

Cuando me miró de nuevo, advertí que sus ojos se habían humedecido.

—Que todas las maldiciones de los tiempos caigan sobre ellos —dije

por entre los dientes.

—En fin… eso fue hace mucho tiempo ya —dijo él mirando hacia el exterior de nuevo—. La tumba de Jenő es la única que visito. Lo enterré en un lugar secreto del bosque para que nadie pudiese encontrar sus huesos. Pero le confieso que, de no haber jurado que no asesinaría a mis parientes, cuando encontré el cuerpo moribundo de Jenő, repleto de aquellas mordidas que para entonces ya conocía yo tan bien, pues mis hermanos, mis primos y yo ya empezábamos a cazar juntos… habría matado a Baltasar y a Magdolna.

—Pero… ¿se alimentaron del perro? —pregunté confundida y horrorizada.

—De ninguna manera —dijo él—. Toda su sangre tibia se había derramado en la tierra escarchada. Y, además, los vampiros no se sienten atraídos por la sangre de los cánidos, que incluyen a los perros, los lobos y los zorros. Lo hicieron por diversión. Pero, sobre todo, porque les molestaba ver que yo sentía tal afecto por un animal. Decían que era una debilidad despreciable, indigna de un Domány-Nádasdy.

Hundí el rostro en las manos unos segundos, movida por la tristeza que su relato me había producido. Era Aurel, no Baltasar, quien se encontraba solo en medio de sus parientes. Baltasar, por supuesto, se había adueñado de esa soledad, haciéndola pasar por propia para manipularme con el fin de que yo permaneciera en el castillo.

—¿En qué piensa? —inquirió Aurel, sus ojos color azul de Prusia en los míos.

Las palabras brotaron de mis labios antes de que yo pudiese siquiera medirlas. Se lo dije todo.

—Es cierto que estoy solo, pero la soledad no me molesta —suspiró una vez terminé de hablar—. No me malentienda, su compañía me agrada y tengo la intención de disfrutarla hasta que llegue el momento de ayudarle a partir… pero no la necesito del modo enfermizo con el que Baltasar la convenció de quedarse en un principio. Si bien él se valió de lo que quizás considera un componente trágico de mi personalidad para conmoverla… la realidad es que yo habría preferido una y mil veces que usted no viniera aquí —sentenció.

—¿De veras? —balbucí.

Él asintió. Aunque yo también hubiese preferido no pisar aquel castillo, su última frase era dura de aceptar: la noche previa, yo había creído que una amistad sincera empezaba a gestarse entre los dos. Creía haber dejado de ser solo una damisela en apuros, una víctima sobre la que volcaba la compasión que le inspiraban los mortales comunes, su obra de caridad del momento. Tuve que apartar mis ojos de los suyos para reflexionar. Quería que me estimara por ser quien era, no por lo que representaba dada mi vulnerabilidad. Y la razón por la cual quería que me estimara era, ni más ni menos, que *yo* lo estimaba *a él*.

—¿Aunque no se hubiera enterado de los planes de su hermano? —inquirí. No quería creer que nuestra alianza se basaba solo en un intercambio de favores, y ciertamente no pretendía insinuárselo con mi pregunta. Sin embargo, quería pensar que yo también le había sido de utilidad a él, retribuyendo en parte lo que él ya había hecho por mí y lo que haría en los días a venir. Algo en mi interior había cambiado de manera drástica en cuanto a la confianza que Aurel me inspiraba, y por ello no quería que fuese mi héroe personal sino mi igual… si es que algo así podía existir entre un hombre y una mujer, entre un vampiro y una mortal común, entre un noble mundano y una plebeya del campo.

—Sí —dijo enfáticamente—. No deseo morir a manos de mi hermano, pero tampoco le temo a la muerte. Los planes de Baltasar, por meticulosos que sean, siempre estarán sujetos a imprevistos. Falló antes y fallará de nuevo. Eso no me preocupa. Me hiere en lo profundo, aunque su maldad me sea tan conocida, que él pretenda sacrificarme a mí, carne de su carne y sangre de su sangre, para un fin tan absurdo, tan nimio.

—¿Resucitar con una invulnerabilidad casi absoluta le parece poco? —pregunté anonadada.

—Para serle franco, sí. Aunque Baltasar pudiese exponerse a la luz solar, dejar de cumplir promesas y adentrarse en una morada sin el permiso de quien la ocupa, seguiría siendo un estúpido vampiro. Es más: aunque consiguiera algo parecido a la inmortalidad, ninguna

vida es tan encantadora. Todo cambio de circunstancias conlleva nuevas reglas. Cada alteración de condiciones trae consigo nuevas pérdidas y ganancias. No hay vida perfecta. La existencia es un constante *quid pro quo*.

Vaya. Su visión de la vida era más peculiar de lo que yo había imaginado. Y, por fascinante que fuera… aquello me interesaba poco en comparación con la inquietud que experimentaba porque, en cuestión de una noche, Aurel había dejado de ser para mí tan solo un medio para permanecer viva y escapar.

—Entonces… todo le da igual —dije.

—No todo —dijo él entrecerrando los ojos.

—Mi presencia aquí le es indiferente —afirmé procurando ocultarle mi malestar.

—¿Indiferente? —rio—. Usted puede ser muchas cosas para mí, pero *indiferente* no es una de ellas. ¿De dónde sacó una idea semejante?

—De lo que usted dijo hace un rato —mascullé sintiendo que enrojecía de vergüenza.

Aurel frunció el ceño.

—¿La ofendí, acaso? —inquirió.

—No exactamente —dije azorada.

—Dígamelo todo de una vez, por favor —pidió.

—No quiero ser para usted tan solo una víctima a la que compadece, Aurel —dije clavando mis ojos en los suyos.

—No lo es —dijo él.

—Quiero ser su amiga —confesé.

Aurel dio un respingo, abriendo los ojos de par en par. Lo había tomado por sorpresa.

—Escuche, Lucyna… le dije que no necesito su compañía porque no la necesitaba antes de su llegada. Pero, en especial, lo dije porque espero poder prescindir del privilegio de esta una vez usted haya partido —explicó llenándome de dicha con cada palabra—. Cuando le juré que la ayudaría a huir, renuncié a la posibilidad de contar con su presencia en mi entorno. Ahora… yo jamás querría retener a nadie en este infierno en contra de su voluntad. ¡La entiendo perfectamente!

Por todo lo anterior, no quiero apegarme a usted. Espero que pueda comprenderme.

—Sí —dije mortificada y aliviada a la vez—. Pero… usted dijo que habría preferido que yo no viniera aquí.

—Así es —replicó—: si todo hubiese dependido de mí, yo habría elegido que usted no experimentara tanto dolor, aunque por ello yo no me hubiese enterado del plan de mi hermano, y aunque no hubiera tenido la ocasión de conocerla un poco mejor. ¿No siente usted lo mismo?

—No lo sé —respondí deseando no haber dicho nada en primer lugar—. Solo sé que, ahora que lo conozco, no habría preferido no conocerlo.

—Por los tronos vacíos de todos los dioses inexistentes… —dijo meneando la cabeza—. Yo no habría querido nada distinto a preservar esta amistad, pero no puedo dejar de tener en cuenta que, cuando usted haya escapado, ya no la veré jamás.

Sentí un dolor particular al escucharlo decir aquellas últimas palabras.

—¿No podríamos permanecer en contacto de algún modo? —pregunté tragando en seco.

—De ninguna manera —dijo Aurel—. Baltasar lo descubriría en algún momento e iría por usted. De hecho, si él llegara a enterarse de que usted me importa… la buscaría hasta el fin del mundo solo para traerme su cuerpo sin vida. Siento ser egoísta, pero solo estaré tranquilo si, tras verla partir, nunca vuelvo a saber de usted.

51
Almas gemelas

La voz de la señora Kowalski me sobresaltó. Traía nuestra cena y aguardaba en el corredor a que Aurel le diese la orden de pasar. Cuando dejó las fuentes de alimentos sobre la mesa, me miró de soslayo, y aunque no dijo nada, no pudo ocultar el espanto que mis cicatrices le causaron. Salió de la estancia a toda velocidad y, tras desearnos buen provecho con voz temblorosa, cerró la puerta a sus espaldas.

—Ya me acostumbraré —murmuré notando la preocupación de Aurel.

—Sé que es difícil experimentar paz cuando el mal se cierne en torno a usted, y más después de lo ocurrido con Magdolna, pero quiero creer que vendrán tiempos mejores —dijo él—. En lo que me concierne, deseo aprovechar el escaso tiempo que podré compartir con usted antes de que parta.

Tomé la botella de vino que la señora Kowalski nos había llevado y me puse de pie para servir nuestras copas. Por una parte, tenía ganas de llorar. Por otra parte, ahora que sabía que era una prisionera en aquel castillo maldito, sentía la necesidad de tomarme ciertas libertades mientras pudiese hacerlo. Aurel me dirigió una sonrisa y destapó las fuentes de plata.

Nos habían llevado *gulasz* de res en caldo de pimentón, zanahorias, setas, cebollas y paprika. Este iba acompañado de pan y tartas doradas de patatas con cebollín y crema agria. Al oler los alimentos, se me hizo agua la boca y volví a tomar asiento, elevando mi copa ante Aurel.

—A su salud —dije—. Deseo que sea feliz.

—Soy feliz a mi modo en este momento —respondió, y aunque su expresión dejaba entrever un remanente de tristeza, no parecía estar mintiendo.

—Aurel… hay ciertos términos que Baltasar mencionó cuando se adentró en mi habitación —afirmé antes de llevarme la primera cucharada a la boca—. Me llamó su *alma gemela*, y también habló de *alquimia sexual*. Yo jamás había escuchado esas expresiones, y me preguntaba si usted sabría qué diablos significan.

Aurel tosió, cubriéndose los labios con la servilleta.

—Disculpe —dijo—. Por poco me atraganto con el vino al recordarlo. ¡Cómo finge mi hermano! Para responder a su pregunta, sí conozco las expresiones. Le contaré lo que sé de ellas. Empecemos con la mención de las *almas gemelas*. Hace mucho que este concepto despertó mi interés, y por lo mismo me puse en la labor de investigarlo. De acuerdo con las fuentes que he consultado en múltiples bibliotecas privadas de toda Europa, el término como tal ya se usaba ordinariamente en el siglo XIV para designar a un amigo o compañero habitual, y en el siglo XVI había pasado a referirse a una de las dos personas que conforman una pareja matrimonial.

—Entiendo que alguien llame *compañía del alma* a quien despierta su afecto profundo, pero Baltasar parecía hablar de algo distinto —dije.

—Así es —replicó Aurel—. Los significados que acabo de mencionar son metafóricos, y Baltasar le dio al término un uso metafísico, que es el que nos interesa elucidar por lo mismo. Ocurre que hay una religión reciente llamada *teosofía*, fundada por la ocultista rusa Helena Blavatsky, que rescata el concepto platónico de los seres duales originarios, interpretándolo a su modo. Según los preceptos de esta religión, las almas solían estar compuestas de dos partes, una femenina y una masculina. Eran, pues, tanto duales como andróginas en un principio, y fueron posteriormente partidas en dos, a modo de castigo, por apartarse de dios.

—Disculpe, ¿qué dios? —lo interrumpí tras haber engullido un par de cucharadas de *gulasz*, que estaba estupendo.

—Buena pregunta —rio él—. Yo solía creer que, para explicar el asunto de las almas gemelas, los teósofos hablaban del dios de Platón, en el cual parece basarse la noción del dios cristiano, pero ahora no estoy tan seguro. Tras haber leído el grimorio de Baltasar, supongo

que bien podría tratarse del Dios Supremo de los cainitas, ya que la teosofía incorpora ideas de múltiples religiones, y Baltasar tiene la teosofía en buen concepto. En fin, da igual qué deidad sea para nuestro propósito, ¿no lo cree usted?

—Sin duda —sonreí—. Por cierto, he oído hablar de Dios con mayor frecuencia a causa del ocultismo de Baltasar que estando en compañía de mis padres católicos. Lo encuentro insólito.

—No ha visto nada aún —suspiró él—. La religiosidad del ocultista promedio supera, en gran medida, la del cristiano corriente, motivo por el cual me es tan difícil tolerar su compañía. Los ocultistas manifiestan su dogmatismo en cuanto se les presenta la oportunidad de exponer sus presuntos conocimientos del mundo del espíritu, sin importar el círculo místico al que pertenezcan. Su afectación en lo concerniente a lo sacro me hace pensar en los fariseos bíblicos, tan quisquillosos y apegados a la ley. No hay ninguna diferencia entre unos y otros, en mi opinión. Son realmente fastidiosos.

—Cada vez hallo más repelente la gazmoñería de Baltasar —murmuré—. Parece ir de la mano con la hipocresía.

—No se equivoca usted —afirmó.

—Continúe contándome lo que averiguó al respecto de las almas gemelas en un sentido metafísico, por favor —pedí.

—Muy bien —prosiguió—. De acuerdo con la teosofía, la separación de estas almas andróginas primordiales causó que hubiese mujeres y hombres como tales en la Tierra. Se supone que, desde entonces, unas y otros buscan con desesperación su mitad perdida, siendo infelices y reencarnando múltiples veces hasta que, habiéndose perfeccionado al fin, se hacen dignos de encontrar al poseedor o a la poseedora de la media alma que es su complemento original. Entonces pueden estar al fin completos y trascender juntos para volver a ser uno con su dios en el más allá.

—Curiosa teoría —dije, haciendo una pausa para beber un inmenso trago de vino—. Debo confesarle que, después de haber visto la imagen de la condesa sangrienta en el espejo cuando Baltasar se acercaba a mí por la espalda, no me parece enteramente descabellado que las almas de los dos se hayan unido.

—¿Que usted vio qué? —dijo él dejando a un lado su cubierto.

—¡No me diga que usted no la vio también! —exclamé.

—¡No! —respondió—. ¡Estaba oculto tras su lecho! ¡A duras penas si podía verlos a usted y a Baltasar al asomarme con cuidado!

Se lo conté todo mientras devorábamos el resto de la cena. Cuando hube terminado, Aurel dijo:

—Solo puedo especular al respecto, pero… si la conciencia de Erzsébet no fue destruida con su cuerpo y ahora hace parte de Baltasar, puede que esta terrible unión sea parte fundamental de la redención que Baltasar busca alcanzar. Quizás haber incorporado la conciencia de Erzsébet a la suya sea un paso preliminar para, más adelante, lograr hacerse uno con su Dios Supremo al morir.

—¿Significaría eso que Erzsébet y Baltasar son almas gemelas que al fin se reencontraron tras perfeccionarse en el mal? —susurré.

—Si lo que los ocultistas dicen fuese cierto, quizás —dijo él—. Mire, no pongo en duda que la brujería puede llegar a ser muy poderosa, pero las explicaciones de los ocultistas al respecto de lo sobrenatural nunca me han dejado satisfecho. Si es que es cierto que mi antepasada Báthory murió hace poco, su conciencia podría haberse adherido a Baltasar dadas las similitudes que comparten.

—Aurel —dije temblando—. ¿Cree usted que Erzsébet haya estado presente cuando Baltasar y yo…?

—¿Cuándo usted lo invitó a pasar a su habitación? —preguntó él, palideciendo.

Yo asentí por toda respuesta.

—Espero que no —replicó—. De ser así… Baltasar querrá volver a hacerla su amante, pues necesitaría de su *prana* para nutrir a la muerta que va con él a todas partes. Quizás ella se alimente por sí sola en esas ocasiones.

—¡Y yo que ya estaba horrorizada solo de imaginar que quizás la condesa compartió mi lecho! —chillé—. ¡No sé qué opción es peor!

—La combinación de ambas —dijo él—. Vamos… no se atormente por lo que fue o haya podido ser. El evento ya pasó. Aun sin Erzsébet, haber estado tan cerca de Baltasar ya es bastante malo.

—¡Lo sé! —dije—. ¡Por eso enfermé!

—Perdóneme por exacerbar su sufrimiento —dijo llevándose una mano al rostro—. Le juro que creo que, fuera de la pérdida temporal de *prana*, no hubo graves consecuencias para usted.

Lo miré fijamente con terror. Pasados unos segundos, puesto que seguía vivo ante mí, supe que no había hecho aquel juramento en vano.

—Procure no hacer juramentos a la ligera —susurré.

—Precisamente —dijo él.

—Pero… ¿y si mi alma se quedó atascada en ese lugar horrible donde moran las almas de los vampiros? —gemí.

—Entonces yo descenderé allí y la encontraré —dijo él—. Pero, de ser así, usted lo sabría, porque se vería en ese lugar cada noche en sueños. Le contaré algo: los vampiros no soñamos sino que, ora descendemos a ese lugar al dormir, ora ascendemos hacia la noche. El segundo suele ser mi caso, pero puedo llegar al inframundo con la mente si así lo deseo. Honestamente, no creo que sea un asunto de almas sino de… conciencia biológica.

—¿Conciencia biológica? —pregunté, frunciendo el entrecejo.

—La conciencia de una subespecie determinada —dijo él—. En mí teoría personal, los vampiros y los humanos perteneceríamos a la misma especie, y los vampiros conformaríamos una subespecie aún desconocida para la ciencia. No se lo menciono con el fin de arrastrarla a una diatriba darwiniana. Se lo comento porque prefiero alejarme del concepto religioso de las almas y buscar explicaciones un poco menos supersticiosas para conservar al menos un semblante de objetividad ante mí mismo. Ya soy vampiro. No quiero convertirme, además, en un loco.

—Comprendo —dije—. Yo habría querido preservar mi escepticismo, pero temo que es demasiado tarde para mí. En especial después de haber hablado con los muertos.

—Dado que no ha perdido la razón, yo diría que tiene usted una mente más que fuerte. Dígame, ¿ha soñado con el inframundo vampírico sin interrupción desde esa noche?

—He soñado con otros lugares desde entonces —respondí.

—Con mayor razón puede estar tranquila —concluyó.

—Gracias —gemí—. La idea de que mi alma permaneciese allí me perturbaba más que ninguna otra.

—No sé si las almas existan, Lucyna. Al menos no en un sentido religioso. Por ello hablo, en cambio, de conciencia. Ese componente de la mente que nos hace quienes somos como individuos y que quizás prevalezca después de la muerte. En cuanto a la noción de las almas gemelas, no me parece imposible que dos conciencias separadas logren reconocerse o entenderse tan bien que parezcan una sola. Y tampoco creo imposible que en ello consista el verdadero amor.

52
Egoísmo

Me entristeció pensar que, de algún modo, yo había creído que Baltasar era algo similar para mí, sin la connotación metafísica. Sin embargo, ahora que sabía que él había robado las posturas filosóficas y ciertos rasgos de carácter de Aurel, en especial su proclividad a la compasión, yo podría sesgar las ataduras falaces con las que había aprisionado mi corazón. También podría apreciar a Aurel con base en los mismos atributos, aunque el hecho de haberlos conocido por medio de alguien tan avieso como Baltasar me llenaba de una amargura de la cual sabía que sería difícil desprenderme.

—Como le conté, Baltasar tomó sus reflexiones y me las presentó como si fuesen las suyas propias —dije—. Pero yo quiero saber en qué difieren sus posturas de las que él me presentó. Deseo conocerlo a usted directamente, y no a través de un intermediario que no nos quiere bien a ninguno de los dos.

—Lo considero un honor —dijo él—. ¿Por dónde quiere comenzar?

—Podríamos empezar por el asunto de la procreación, si le parece bien —sugerí—. Me gustaría saber si usted juzga mal a todos los padres del mundo.

Pensaba, por supuesto, en mis propios padres. Si bien no creía que tuviese que estarles agradecida por mi concepción, dado que la consideraba una ocurrencia aleatoria y desprovista de cualquier significado especial, sí que agradecía el amor que me profesaban, y no les reprochaba nada. La posibilidad de que Aurel condenara para sus adentros a dos seres tan amados por mí me angustiaba. Pero, más allá de esto, me habría gustado creer que él apreciaba mi existencia.

—En absoluto —dijo Aurel—. Es obvio que con esa treta general Baltasar deseaba enfatizar su supuesta renuencia a engendrar nuevos vampiros para chantajearla a usted y así lograr su plena cooperación en el plan que ya había trazado. A diferencia de la tergiversación que

Baltasar hizo de mi entendimiento personal de la procreación en general, lo mío es un asunto de índole filosófica, no uno de juicios morales. Es, simplemente, lo que creo mejor para todos: evitar todo sufrimiento es mejor que buscar remediarlo a cada paso. Yo amaba a mis padres. Aún los amo. Para empezar, comprendo que, a pesar de los grandes avances científicos de nuestros días, aún es difícil evitar engendrar descendencia sin privarse de ciertos goces básicos que hacen la vida más tolerable.

—Se refiere usted a que es difícil luchar contra el instinto reproductivo —dije.

Él rio.

—No exactamente. Me refiero a que la humanidad aún no encuentra una forma eficaz de evitar la concepción, excepto la abstinencia. Yo sostengo que el instinto reproductivo no existe —dijo—. Existe el instinto sexual. Parece ser una simple distinción semántica y, sin embargo, es tan importante.

—Pero se dice que ese instinto existe solo con el fin de garantizar la procreación —objeté.

—La Iglesia lo asegura, por supuesto. Algunos filósofos, médicos y biólogos poco ortodoxos empiezan a especular al respecto, al menos en lo que concierne al ser humano, enfatizando la búsqueda del placer como un elemento esencial para la supervivencia del individuo —dijo él—. Mi punto es que, cuando el deseo sexual surge, se busca satisfacerlo, no engendrar una criatura. Aun si es muy probable que la necesidad de asegurar la reproducción de las distintas especies animales haya originado el instinto sexual, el anhelo de procrear es mental. Los otros animales no aspiran a tener descendientes cuando se aparean.

—Todo parece indicar que eso es verdad —dije—. Por cierto, veo que usted considera que tanto los vampiros como los mortales corrientes somos animales.

—Sí, y me fastidia en gran manera la separación del resto de la fauna de la Tierra. *El hombre se diferencia del animal*, se dice. Debería decirse, en cambio: *el hombre quiere diferenciarse de los demás animales a como dé lugar*. En fin —dijo—. La procreación intencional es

exclusivamente humana. Esto debería bastar para determinar de una vez que no proviene de un instinto animal sino de la razón. Sin embargo, los científicos no están exentos de querer justificar su propia subjetividad, así como sus aspiraciones o decisiones personales. Como vampiro que no tiene la opción ni el ansia de reproducirse, afirmo sin sesgos que la intención de procrear es un asunto volitivo y no biológico.

—Si fuese cierto que el instinto reproductivo, como tal, no existe… ¿Por qué piensa que una mayoría tan abrumadora de personas busca dejar una descendencia? Me cuesta creer que esto se deba solo a la influencia de las religiones agricultoras.

—Aunque la instauración de dichas religiones haya permeado incluso las mentes de los ateos más convencidos del presente, el deseo de procrear también puede surgir del anhelo de un cariño filial que se supone incondicional y garantizado, de la presión de cumplir con un deber familiar o social, como creo que fue el caso de mis padres, o del afán de dejar un legado viviente a pesar de saber que este morirá también... Las razones sobran, precisamente. La más popular sigue siendo la intención de usar a la prole para las faenas del campo o del hogar. Y, le repito, no juzgo la determinación de procrear desde una perspectiva moral, si bien cada una de las anteriores razones me parece insensata o injusta. No es algo contra lo cual yo esté dispuesto a luchar. Esas decisiones ajenas no repercuten en mi vida. Gracias a mi riqueza, puedo aislarme del bullicio y la suciedad de los lugares concurridos cuando así lo quiera. Por otra parte, las enfermedades contagiosas no me afectan, de modo que una población enferma y en extremo abundante no me dañaría. Tengo el privilegio de disfrutar de la soledad cuando me apetece, compro lo que quiero cuando quiero… y jamás me he visto obligado a competir con nadie para obtener mi sustento ni para descansar en un refugio seguro cada noche. Puedo darme el lujo de la indiferencia en gran medida. Sin embargo, creo compasivo interrumpir el ciclo de dolor que es la existencia animal dejando de crear nuevas vidas. Según lo que usted me reportó en detalle, Baltasar le compartió todos mis argumentos al respecto, incluido aquel de las religiones derivadas de la agricultura, así que no

la aburriré enumerándolos de nuevo. El punto es que no por ello tengo en mal concepto a los padres del mundo. De hecho, los compadezco… y a mi modo, los entiendo. Aunque todos deberíamos ser capaces de prever las desgracias de la vida individual o colectiva, es apenas humano hacer de cuenta que estas desgracias no recaerán sobre nosotros, para así sobrellevar el día a día con cierta esperanza.

—La negación del sufrimiento para soportar la vida —dije en baja voz.

Él asintió.

—Varios pensadores han afirmado que la religión es el opio del pueblo —continuó—. Yo creo que estamos bajo el influjo de un narcótico mucho más poderoso que la religión: el optimismo.

—El optimismo, ¿eh? —consideré la veracidad de la frase. Voltaire habría concurrido con él.

—Estoy convencido de ello —dijo él—. Más aún en lo que concierne a la procreación intencional.

—¿Y usted se considera un pesimista? —inquirí. La forma en que Aurel expresaba sus ideas me agradaba mucho más que la que había empleado Baltasar al parafrasearlo. Aurel era, además, infinitamente más cautivante, quizás porque era sincero.

—Quizás —dijo él—. O tal vez solo sea objetivo. De cualquier modo, una visión como la mía es irrelevante dados nuestro siglo y el hecho de que soy un vampiro. Además, puesto que no podría procrear con una mortal corriente aunque lo quisiera, he vivido mi vida sin jamás encontrarme en el dilema ético que ahora tratamos. En ese sentido soy muy afortunado.

—¿No se ha planteado usted qué haría si pudiera engendrar hijos con una mortal común? —pregunté estudiando su rostro.

—Recurriría a la abstinencia parcial, tal y como se la explicó Baltasar cuando le dijo que no se habría privado de pasar una noche con usted —respondió apartando sus ojos de los míos—. Hay formas de satisfacer el deseo mutuo sin incurrir en el riesgo de concebir a causa de este. Supongo que puede imaginarlas sin que yo tenga que proporcionarle detalles capaces de incomodarnos a los dos —añadió.

—Por supuesto —balbucí sintiéndome inexperta hasta la médula.

Nunca me había puesto en la tarea de pensar en los detalles a los que él aludía, al menos no en profundidad—. Y… ¿si usted fuera el prometido de Magdolna y tuviese que procrear con ella?

Vi el horror en su rostro.

—Entonces… me temo que lo haría —murmuró—. Si tuviese que elegir entre la pérdida de mi vida y procrear con mi prima, elegiría vivir.

—¿No se sentiría usted culpable? —insistí. Quería saber qué tan fuerte era su convicción.

—Claro que sí —afirmó—. Escogería mi propia supervivencia aunque la culpa me acompañase el resto de mis días. El apego que siento por mí mismo no me permitiría elegir la muerte si estuviese en esa posición. Una vez se es, es difícil elegir dejar de ser.

Me solazaba saber que, a pesar de todo, la existencia no le parecía tan pesada como Baltasar me había hecho creer que lo era para él.

—¿Qué opina de los suicidas? —dije con tono cuidadoso, pues la sola palabra despertaba mi superstición dados los recuentos del folclor acerca del vampirismo como castigo a quienes se quitaban la vida—. Aquellos que eligen dejar de ser, a pesar de que el cristianismo les asegura el infierno a lo largo de la eternidad.

Aurel suspiró.

—Supongo que su dolor, o bien el miedo a un futuro dolor inconmensurable, excede su amor por la existencia —replicó—. En dichos casos, no diría que dejar de ser es una elección libre o un ejercicio de la voluntad. Es el dolor el que elige la muerte de quien lo padece, porque el desesperado solo quiere liberarse de dicho sentimiento. Es, pues, una lucha entre un sufrimiento incesante y el deseo de vivir. El dolor es capaz de destruir toda esperanza, de arrasar con cualquier vestigio de optimismo.

—¿Se convierten en vampiros los suicidas como dicen las historias? —inquirí.

—No, a menos que haya bebido la sangre de un vampiro viviente antes de quitarse la vida —dijo él.

—¿Y… cree usted que los padres sean responsables del tipo de dolor que conduce al suicidio, así como de esta trágica consecuencia, por

haber engendrado esa vida en primer lugar?

—Es una pregunta difícil. Los padres no suelen imaginar que tal será el destino de sus hijos, pues su experiencia personal, o bien el efecto sedante del optimismo, les impide considerar estas posibilidades. Nadie quiere creer que la desgracia ajena podría ser la propia. Esto no solo ocurre con temas de vida o muerte, pobreza o enfermedad. Algunos padres logran convencerse, incluso, de que sus hijos serán más felices que ellos. Pobrecillos —apretó los labios—. Cuánto sufren los padres cuando aman a sus hijos. Sé que mi madre, por ejemplo, sufrió por mi tristeza más que yo mismo… y, además de esto, sufrió lo indecible al descubrir que había dado a luz un hijo tan envidioso como mi hermano.

—¿Pero, en su opinión, ese inmenso amor no la absuelve del acto de haberlos traído al mundo? —me atreví a preguntar.

—Lucyna… imagino que usted ama a sus padres como yo amo y siempre amaré a los míos, y que por ello le interesa tanto este tema.

—Sí. Pero me interesa más que todo porque quiero comprenderlo a usted —admití.

—Bien —respondió—. No creo en los dioses, ya sean estos bondadosos o malignos. Eso significa que no le atribuyo mi existencia a un plan divino ni a la voluntad de una deidad. Mis padres eran personas cultivadas e inteligentes. No puedo ignorar que me crearon porque así lo quisieron, o al menos porque no se molestaron en impedir mi concepción. Ellos son mis dioses creadores. Eso implica responsabilidad… pero no significa que los culpe. No me juzgo tan puro como para estar en posición de condenar o absolver a mi madre, a mi padre, ni a ninguna otra persona.

—No tiene usted la vanidad característica de los sacerdotes. Qué digo, los sacerdotes. La persona común suele creer que tiene la suficiente autoridad para juzgar con excesiva dureza a cualquiera de sus congéneres.

—Quizás por mi condición, nunca he dejado de comprenderlos —dijo.

—De modo que su compasión por los padres que aman a sus hijos pesa más que los principios en contra de la procreación que me ha

expresado —dije.

—Eso creo —respondió—. Aun así, por más que sienta el dolor de los padres, y muy especialmente el de los míos propios, no puedo dejar de comprender a esos hijos a quienes, por el motivo que sea, les fue impuesta una existencia tan penosa que solo la muerte pudo remediar. Yo he tenido suerte: el dolor que he experimentado en mi vida ha sido causado por otras personas y no por una enfermedad de mi cuerpo o mi mente, ni por circunstancias irreparables. Por esto, pienso yo, mis dolencias han sido transitorias y he logrado reponerme lo bastante como para querer seguir viviendo.

—Así que…usted procrearía con Magdolna para salvar su vida, aun en detrimento de su descendencia —quise verificar—. Es decir, no daría su vida para librar a sus hijos del dolor de la existencia. ¿No lo haría aunque alguno de sus hijos pudiese llegar a quitarse la vida un día?

—Llámelo egoísmo —contestó, encogiéndose de hombros—. No se equivocaría. Dada mi situación particular, me atrevería a correr ese riesgo. Mis hijos serían ricos y vampiros. El vampirismo es solo una molestia cuando debemos cazar u ocultarnos del sol pero, puesto que no tenemos por qué matar a nuestras presas, no lo considero una gran molestia. En cuanto a la riqueza, esta es capaz de soliviar gran cantidad de males. Sí, Lucyna: me elegiría a mí mismo si mi vida dependiera de engendrar una descendencia maldita con Magdolna. Aunque las vidas de mis descendientes fueran desdichadas y culminasen en una tragedia peor que la muerte común a la que la gente aspira. En dicho caso, tendría que procrear en defensa propia.

Tragué en seco. Tenía sentido.

—Así que, en suma, no daría su vida por nadie —dije.

—No daría mi vida por nadie —afirmó—. Al menos no adrede.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Podría haber muerto intentando defender a una de las víctimas de Baltasar o de Magdolna, por ejemplo. Mi proceder, en tales casos, ha sido impulsivo y no he medido las consecuencias. No daría mi vida por otra persona a propósito, pero algo semejante podría ocurrir por accidente. No soy heroico, Lucyna —sonrió—. Aborrezco los

sacrificios. Son una forma de chantaje moral a largo plazo.

—Me agrada que no incurra en fanatismos a pesar de sus ideales.

—Es todo un placer —sonrió.

—Espere… ahora que ha vuelto a mencionar que los vampiros no tienen por qué matar a sus víctimas, deseo hacerle una pregunta que quizás no sea fácil de responder.

—Adelante —dijo.

—¿Usted… ha matado a muchas personas? —inquirí.

—No he matado a nadie hasta ahora —dijo él mirándome a los ojos —. Nuestros padres nos enseñaron a alimentarnos con cuidado y, sobre todo, mesura. Solo el vampiro que buscar dañar a su presa lo hace.

—Oh… por Carmilla —dije furiosa—. Baltasar fingió sentirse culpable por todas las muertes que había causado.

—Bueno, es cierto que Baltasar ha matado a muchas de sus víctimas —afirmó él—. Pero jamás lo he visto lamentar una sola de esas muertes. Es incapaz de sentir remordimiento.

Llené nuestras copas de nuevo y lo observé beber con lentitud de la suya.

—Me alegra que haya podido usted recobrarse de lo que su hermano le ha hecho —dije—. También me alegra que no haya tenido que convertirse en asesino a causa del vampirismo… y, por último, me alegra que no tenga que engendrar descendencia por obligación.

Él rio.

—Usted tampoco tiene que hacerlo —dijo sonriendo.

—Lo sé —repliqué sonriéndole a mi vez.

—¿Cuál es su opinión de todo esto? —inquirió—. Se ha limitado a hacerme preguntas y aún no me ha dicho lo que piensa. Usted es realmente inteligente. Tengo gran interés en conocer su perspectiva del asunto.

Tomé aire hasta llenar mis pulmones y lo retuve allí unos segundos.

—Para serle franca, no me había planteado la cuestión reproductiva hasta que tuve esa larga conversación al respecto con Baltasar —dije —, pero… después de haberlo escuchado a usted, desprovisto de la encrucijada ficticia de su hermano, así como de su tono de trágica

urgencia… puedo decir con plena sinceridad que concuerdo con usted, por difíciles que sus planteamientos sean de aceptar. Aunque es bien sabido que toda mujer puede morir al dar a luz, o incluso antes… el embarazo y el alumbramiento no me causan tanto miedo como los años que los sucederían. No querría engendrar criaturas destinadas a luchar para sobrevivir cada día, a experimentar un sinfín de padecimientos y, después de todo eso, a morir. En mi opinión, es la muerte la que hace vanos todos nuestros padecimientos, pues no creo que la existencia después de la muerte pueda ser placentera, si es que la hay como la imaginan los creyentes. Esto a pesar de creer que en los días anteriores me he comunicado con los espíritus de los muertos. No parecen estar felices.

—Es la muerte la que hace vanos todos nuestros padecimientos —dijo él, repitiendo mis palabras—. Qué frase más bella. Es, además, una protesta contra el sufrimiento y contra la muerte misma.

—Gracias —le dije—. Me halaga.

—Así que, aunque sea en cierta medida, comparte mi egoísmo —dijo.

—Sí —respondí—. Yo no quiero, sobre todo, sufrir por esos hijos hipotéticos. En eso reside mi egoísmo: sé que al no procrear me protegería a mí misma de padecimientos aún mayores.

—Me sorprende gratamente —dijo él—. Y sé que me dice la verdad.

—Sin embargo —proseguí—, puesto que yo sí corro el riesgo de engendrar descendencia con otros mortales, a diferencia de usted, es posible que no vuelva a tomar otro amante en lo que me queda de vida… si es que sobrevivo.

Aurel rio de nuevo.

—Eso cree usted ahora, pero la atracción es una fuerza contra la cual, en ocasiones, no se quiere luchar —replicó.

—No es nada que no haya vivido ya —dije evocando con desasosiego la atracción que había sentido por Baltasar—. Fui incauta e ingenua pero creo haber aprendido una lección. No podría confiar en que un futuro amante respetara mi intención de adherirme a una abstinencia parcial para evitar la concepción. Menos aún si fuera mi esposo. Los hombres desean hacer gala de su virilidad por medio de

una descendencia numerosa.

—Imposible contradecirla —dijo—. Además, los hombres suelen aprovecharse de su fuerza para dominar a las mujeres, o bien valerse de tretas y aspavientos para convencerlas de hacer lo que ellos quieren cuando buscan su propio placer. No obstante, los hombres que no quieren procrear existen, y es posible que alguno sea capaz de respetarla a usted.

—Vaya —reí—. Cuán optimista de su parte.

Aurel soltó una carcajada limpia y sonora.

—No es optimismo en este caso —aseveró—. Lo digo porque los he conocido. No abundan, es cierto, pero existen.

—Agradezco sus buenos deseos, pero por ahora no puedo siquiera imaginar una situación en la que vuelva a sentir pasión por nadie —afirmé.

Aurel me miró con suma seriedad unos instantes y luego sonrió con los labios cerrados.

—Solo espero que logre, como yo, sobrepasar las vicisitudes que ha experimentado a causa de mis parientes —dijo—. Espero que llegue a sentirse, si cabe, feliz... o al menos en paz con su vida.

—También yo lo espero así —dije.

53
Alquimia sexual

—¿Desea que le cuente lo que sé al respecto de la alquimia sexual? —preguntó.

—Por favor —dije.

—Perfecto —sonrió, extendiéndome uno de los dos platos colmados de pequeños postres que la señora Kowalski nos había llevado—. El ocultista y espiritista americano Paschal Beverly Randolph propuso el concepto de una sexualidad sacra que puede ser usada a modo de plegaria entre marido y mujer para conseguir una meta.

—¿Cómo? —inquirí anonadada.

—La pareja matrimonial debe concordar en un propósito específico y pensar en este con intensidad mientras dura el acto sexual —replicó él, creyendo que yo preguntaba cómo llevar a cabo el ritual, cuando en realidad había querido decir: ¿disculpe?

—Aguarde, ¿tanto el marido como la mujer deben tener en la mente un propósito distinto a complacerse mutuamente durante la unión sexual? —pregunté rezagándome un poco en la comprensión de aquella noción tan extraña.

—Así es —dijo él—. Los planteamientos de Randolph sugieren que es la mujer quien debe ayudar al marido a obtener lo que desea, y no al revés. Por ejemplo, la esposa le ayudará al esposo a hacerse saludable, rico, poderoso o célebre… los anhelos habituales. Su intención, aun así, también podría ser derrotar a un enemigo o incluso causar la muerte de alguien. En teoría, puede usarse para la realización de cualquier deseo. Randolph dice que la mujer debe ser una de intachable pulcritud moral. El hombre, por su parte, no debe ser uno de apetitos sexuales desaforados. Randolph murió hace apenas una veintena de años pero, para entonces, su concepto de la magia sexual ya se había difundido con éxito, influyendo a muchos ocultistas de nuestro siglo, que implementan la práctica a su antojo. Esto

incluye, por supuesto, a Baltasar, quien la llama alquimia sexual. La verdad, no me extraña que se haya puesto de moda: imagine proponer un acto de magia placentero y capaz de hacer que cualquier anhelo se haga realidad.

—Pero qué idea más extravagante —dije—. La tal magia sexual debe requerir práctica y gran concentración. Por otra parte, si la meta beneficia solo al hombre, dudo que la mujer tenga un interés sincero en la consecución de esta.

—Se supone que lo que es conveniente para el marido lo es también para su mujer. Y, puesto que el hombre es visto como autoridad y guía espiritual, se espera que la mujer le entregue su voluntad. No digo que esto ocurra siempre, pero es lo más común. Suele ser la regla en el monoteísmo y en el politeísmo, en el cristianismo y en el ocultismo —dijo él—. La relación del hombre y la mujer suele ser una de maestro y adepta. Ahora, dentro del tema puntual que tratamos, los mismos ocultistas se han encargado de modificar el concepto de la magia sexual de modo que este no se limite a la unión matrimonial. Un ocultista reputado no tiene que esforzarse mucho para convencer a sus seguidoras de ayudarlo a obtener lo que quiere por medio de la magia sexual. Muchas de ellas se convierten en sus amantes porque quieren mostrarse meritorias desde un punto de vista espiritual. Llegan a ver su cooperación como un privilegio. Así pues, la seducción con la disculpa de lograr un fin ulterior es solo el principio de una larga esclavitud mental. La admiración excesiva puede llevar a una mujer a hacer las cosas más descabelladas por un hombre sin recibir nada a cambio, y a menudo con consecuencias catastróficas.

Me di por aludida: Baltasar me había deslumbrado y yo había caído en la trampa como la más ingenua de las adeptas.

—Yo no… me convertí en la amante de Baltasar porque quisiera hacerle un favor —me defendí.

—Lo sé —dijo Aurel—. Jamás he pensado que fuese el caso. No pretendía acusarla ni insinuar que usted tiene una voluntad débil.

—Lo cierto es que me siento estúpida por haber querido cooperar con Baltasar en cualquier instancia —admití—. Aun si en ningún momento me pidió que lo ayudase a realizar un anhelo por medio de

la magia sexual.

—Tiendo a creer que Baltasar simplemente utiliza la magia sexual para robar la fuerza vital ajena —dijo él.

—Llegué a la misma conclusión cuando él mencionó la alquimia sexual hace un rato en mi habitación —repliqué cabizbaja—. ¡Es solo que yo jamás accedí a cooperar con él en algo así!

—Claro que no —dijo Aurel—. De acuerdo con mis deducciones, la mente de Baltasar es tan poderosa que no necesita de la ayuda mental de su amante para tomar su fuerza vital. Quizás centrar su propia atención en dicho propósito durante esos momentos le baste para lograrlo. Sospecho que la cooperación de la mujer, en tales casos, puede limitarse a convertirse en su amante por voluntad propia, que es una especie de rendición… lo cual, dado el magnetismo de mi hermano, es cosa casi asegurada.

—Quisiera matarlo —murmuré.

—Puesto que algo así es muy difícil de lograr, le sugiero que coma todos sus alimentos para que reponga la energía que él le robó. También tendrá que descansar en un lugar tranquilo.

Asentí, dándole un mordisco a uno de los postres de hojaldre y miel.

—Randolph decía que, para obtener resultados, el experimento de la magia sexual debe realizarse durante cuarenta y nueve días consecutivos —prosiguió Aurel—. No creo que Baltasar necesite tanto tiempo para robar el *prana* de sus amantes. Por suerte, usted solo pasó una noche con él… y es evidente que él no tomó toda su fuerza vital. En todo caso, con base en lo que él mismo me explicó hace ya algunos años, lo más importante es que el interesado formule su deseo mentalmente durante el acto sexual.

—¡Es injusto! —exclamé—. ¡No quiero volver a nutrir a ningún hombre en lo que me queda de vida!

—El robo de *prana* por medio de la magia sexual es un tipo de vampirismo que, para ser sincero con usted, me asusta. Es posible que el ladrón drene el poder mental de la víctima, inutilizando así su capacidad de raciocinio y dejándola desprovista de voluntad. Podría, incluso, llevarla a perder la cordura. Desde esa perspectiva, es tan peligroso como la sustracción de sangre por parte de un vampiro

malintencionado o descuidado.

Temblé.

—Dígame que eso no me está ocurriendo a mí a causa de mi imprudencia —le supliqué.

—Le repito que no debe preocuparse más por lo que ya ocurrió entre usted y Baltasar, sino por el futuro. Como regla general, diría que es prudente no involucrarse con ocultistas… ni con vampiros —afirmó, sus ojos cerúleos relampagueando.

—No puedo pensar en nada peor que un vampiro ocultista —mascullé.

—En lo que concierne a la magia sexual, lo más interesante para mí es la inmensa importancia que el ocultismo le confiere al acto sexual reglamentado, es decir, el que es llevado a cabo bajo ciertas condiciones específicas, creyéndolo capaz de algo tan colosal como la realización de cualquier capricho.

—¿Cree que esto tenga algo de cierto?

—No —dijo él meneando la cabeza—. En algunas vertientes espirituales de Oriente se cree que los fluidos sexuales de la mujer tienen propiedades mágicas, las cuales el hombre puede absorber durante el acto sexual. Supongo que la idea de la magia sexual de Randolph surgió de esta premisa, la cual fusionó con los preceptos básicos de la oración, que es al fin y al cabo la formulación de un deseo. El ocultismo es una continua fusión de conceptos de muchas religiones, incluido el cristianismo. Y aunque no tengo dudas de que es posible robar la energía de otro individuo, yazca esta en su campo mental o físico, no creo que el acto sexual sea capaz de materializar un anhelo distinto al placer.

Supe que me teñía de carmín mientras saboreaba la dulzura del postre. La palabra placer, en la voz de Aurel, no solo estaba despojada de cualquier alusión a la pureza, a lo sacro o a lo metafísico, sino que sonaba sincera, directa y natural. De algún modo, eso lo hacía indeciblemente masculino para mí. Aparté el pensamiento tan pronto como pude y balbucí:

—Y, entonces… ¿por qué le causa tanto interés la importancia que el ocultismo le confiere a la sexualidad?

Aurel guardó silencio unos segundos.

—Porque, aunque deteste el ocultismo, creo que este tiene razón en darle al menos cierta importancia al momento en que dos amantes se unen —respondió.

Imaginé ser una de las damas casadas que Aurel solía tomar como amantes, según Imre había mencionado como un hecho trivial. ¿Quién querría resistirse a su encanto? ¡Cuánta suerte tenían esas damas! Si bien Aurel era inconmensurablemente guapo, era aún más atrayente. Me dije que la sexualidad no era un tema que pudiese tratarse con un vampiro como él sin que ello repercutiese de manera instantánea en la fantasía propia.

—¿Cree que este trasciende la biología? —me obligué a hablar para que él no sospechase que sus palabras habían desatado aquellos pensamientos en mi interior.

—Sí —dijo—. Creo que es una de las expresiones más poderosas de la fuerza vital del individuo, solo igualada por el momento en que alguien lucha por su vida, o bien se rinde ante la inminencia de la muerte. Creo que las mentes de los amantes pueden llegar a unirse si ambos se rinden por completo el uno ante el otro.

—¿Y qué cree que podría ocurrir durante la unión de dos conciencias? —inquirí interesada.

—Supongo que depende de la calidad de cada una de esas dos conciencias.

54
Despedida

En vez de llevarme de nuevo a mi habitación, Aurel me dirigió al exterior del castillo, después de lo cual ingresamos a una torre de piedra que se izaba entre el extremo derecho del ala sur y el extremo izquierdo del ala este. Cuando alcanzamos el nivel superior, Aurel abrió la puerta de una estancia pequeña cuyos muros estaban recubiertos de papel de colgadura de un color rosa intenso. Contaba con una cama grande, una mesa de madera con dos sillas compañeras, una cómoda y un tocador sobre el que pendía un espejo de marco dorado.

—Estos son los aposentos en los cuales se alojan mis huéspedes personales —dijo, encendiendo una lámpara—. Por todo lo que ya le narré, solo me he atrevido a traer al castillo a otros vampiros capaces de defenderse de mi hermano y mi prima, y solo cuando estos últimos se hallan de viaje. La buena noticia es que yo tengo la única llave, que ahora es suya —agregó, entregándomela—. Esta será su habitación mientras partimos a Venecia. Yo traeré sus efectos personales, dejando en la otra habitación todo lo que Baltasar le obsequió.

—¿No debo darle permiso explícito de estar aquí? —pregunté.

—Una vez salga, no podré volver a entrar, a menos que usted me dé su consentimiento —dijo él.

Me pregunté si sería prudente darle mi permiso de una vez. Si, por algún motivo, Baltasar o Magdolna lograban entrar a aquella habitación, yo necesitaría ayuda. Por lo mismo, sería mejor que Aurel pudiese pasar cuando fuera necesario.

—Tiene mi permiso de entrar a esta habitación mientras yo sea su ocupante —dije, no sin temor.

Él debió leerlo en mis gestos porque dijo:

—Hace bien en desconfiar de todos los vampiros del mundo.

Me pidió que pusiera la tranca al salir él, y así lo hice, tras de lo

cual noté que la chimenea no estaba encendida. El hecho de que nadie hubiese anticipado que yo ocuparía aquella estancia indicaba que Aurel no se lo había dicho a nadie aún. Sin embargo, pensé que tendría que decírselo a la señora Kowalski para que ella pudiese acompañarme a la sala de estudios y de regreso. Me puse en la tarea de encender la chimenea y me senté sobre el lecho a esperar a Aurel. Mis nuevos aposentos no encaraban el jardín interior sino la entrada del castillo, por lo cual Magdolna no podría verme desde su habitación si yo abría las cortinas. Aun así, creí sensato no incurrir en riesgos.

Aurel volvió con mi valija llena, mi ejemplar de *La dama pálida* y mi cortapapeles, es decir, con las pocas cosas con que yo había llegado al castillo.

—¿Le dirá a la señora Kowalski que esta es mi habitación ahora? —le pregunté.

—De ninguna manera —replicó él—. Aunque Baltasar y Magdolna terminen por averiguarlo, no pienso hacerlo fácil para ellos, y contárselo al ama de llaves sería igual a decírselo directamente a ambos. Yo mismo le traeré agua y alimentos antes del amanecer, y cenaré con usted cuando anochezca. No le importaría dormir durante el día y permanecer despierta durante la noche, ¿verdad?

—No, señor. De hecho, creo que sería prudente. Pero, mi empleo… debo instruir a los niños. Por esa razón, necesariamente tendré que exponerme a Magdolna en las horas del día.

Aurel me miró a los ojos y dijo:

—Lucyna, está usted despedida.

—Pero…

—No vuelva a llamarme señor —ordenó—. Usted es mi huésped a partir de este momento. Creo que se encontrará mucho más cómoda aquí. Esta habitación cuenta con su propio cuarto de baño, así que podrá calentar agua y sumergirse en la bañera cuando lo desee. Está tras esa puerta —añadió, señalándola.

—Oh —tartamudeé—. ¡Gracias! Disculpe… ¿qué haremos con Elzbieta y Vladislav?

—Nada —dijo—. Perdieron a su institutriz por culpa de Magdolna. Baltasar tendrá que buscarles una nueva. Si usted gusta, puede

asignarles algunos deberes y lecturas por escrito, y yo se los enviaré por medio del ama de llaves… pero prefiero que se abstenga de hacerlo porque su trabajo, como tal, terminó.

—¿Pero qué le diremos a Baltasar? —pregunté asustada—. ¡Me buscará y creerá que hui esta noche!

—Primero, les diré a todos que los niños no recibirán sus lecciones mañana porque usted aún necesita recuperarse. Más adelante, les diré que solo retomará sus labores una vez se haya recuperado lo suficiente tras pasar unos días felices conmigo en Venecia —respondió Aurel—. Para entonces, si todo sale como espero, usted habrá huido. Prefiero que no se encariñe más con mis sobrinos. Yo reuniré a mis parientes y les diré que usted se encuentra descansando tras el ataque de Magdolna, lo cual la abochornará a ella ante Imre y los niños. Les exigiré a todos que se abstengan de buscarla hasta que lleguemos a Venecia, enfatizando que usted es mi amante y que por ello no quiero que nadie la importune. Baltasar no se atreverá a objetar mis argumentos en público. Mediré sus reacciones con cuidado para que así usted y yo podamos planear nuestro siguiente paso.

—Yo debería al menos dirigirle una nota a Baltasar —dije—. Usted puede dejarla en mi antigua habitación. Temo que él crea que no estoy dispuesta a ayudarlo en su plan maestro.

—No —dijo Aurel—. Él podría percibir el cambio de sus sentimientos por él con solo tocar el papel.

—Lo olvidaba —suspiré.

—Es más fácil que usted le oculte sus pensamientos al hablar con él cara a cara cuando esto ocurra de nuevo. Esta es nuestra mejor opción, créame —dijo él. Al menos es la más segura para usted. Algo más, Lucyna…

—¿Sí? —inquirí.

Aurel puso sobre la mesa dos pequeñas varas de madera y una madeja de grueso hilo negro que sacó del bolsillo de su pantalón.

—Quiero que fabrique un crucifijo con esto —dijo.

Lo miré incrédula.

—¿Cómo puede ser? —exclamé—. ¿No le hará daño?

—Solo si, una vez ensamblado, usted lo sujeta contra mí. Me

quemaría la piel. Verá, invitar a un vampiro a una habitación lo hace casi inmune a los objetos de carácter religioso o sacramental que se encuentren en ella —explicó—. Por lo tanto, yo estaré bien, siempre y cuando usted no me agreda directamente con el crucifijo. Quiero que duerma con él y que lo tenga a mano en caso de que mis parientes encuentren el modo de engañarla para entrar.

—¡Espero que eso no ocurra! —exclamé sintiendo el terror recrudecerse en mi pecho. No podía soportar la idea de que una de esas dos criaturas maléficas me sorprendiese en esa nueva estancia.

—Tendrían que matarme a mí primero —respondió él, como si aquello pudiese tranquilizarme en vez de atormentarme más—. Yo dormiré en la habitación que se encuentra en la planta inferior de esta torre para guardar la entrada a esta.

—Aurel…

—¿Sí? —inquirió, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Quisiera haberlo conocido a usted en otro lugar y en otras circunstancias.

Creí verlo palidecer pero la luz de la lámpara se había hecho menos intensa justo entonces.

—Yo habría querido lo mismo —replicó.

Tuve que apartar mis ojos de los suyos, pues las emociones me abrumaban.

—¿Se encuentra bien? —inquirió Aurel.

Asentí.

—Debí hacerme con un crucifijo del cuarto de castigos cuando tuve la oportunidad —murmuré, cambiando el tema a propósito para no llorar.

Vi el horror en su rostro.

—Mis sobrinos lo habrían notado —sentenció—. Imre la habría hecho matar sin siquiera consultarlo con los demás. Por otra parte, si usted lo hubiese dejado en su habitación, la señora Kowalski lo habría hallado. ¿Cree que no tiene la orden expresa de requisar a diario cada una de las habitaciones que pone en orden? Siempre hay una decena de guardas listos para remover de la propiedad a cualquiera que porte un objeto capaz de dañarnos. Si el portador no es un empleado de la

familia, es posible que simplemente sea expulsado del castillo sin explicación para evitar problemas. Pero, cuando se trata un empleado que conoce la regla de no portar objetos sacros…

No terminó su frase.

—Es decir que no podré llevar a Venecia el crucifijo que fabricaré con estos implementos —mascullé.

—De ninguna manera —dijo él—. Puede tenerlo dentro de esta habitación mientras permanezca en ella, y deberá echarlo al fuego antes de que emprendamos el viaje. Sé que la tentación es grande pero le ruego que no se arriesgue a ser descubierta con un crucifijo.

Consideré la posibilidad de huir del castillo con el crucifijo en alto: los guardas me detendrían y los Domány-Nádasdy me castigarían con la muerte sin que Aurel pudiese evitarlo.

—¿Qué piensa? —preguntó Aurel—. Dígame la verdad. Este asunto requiere toda su sinceridad.

Me encontré revelándole aquella breve fantasía en contra de mi voluntad. Era inútil luchar contra aquel mandato de Aurel.

—Bien, al menos llegó a la conclusión correcta —comentó tras escucharme con preocupación—. Lucyna: no hay nada que usted ni yo podamos hacer para propiciar su huida antes de que lleguemos a Venecia. No nos detendremos en grandes centros urbanos en el camino, a lo sumo en un par de ciudades medianas, por lo cual, si usted intenta escapar, Baltasar le dará alcance en cuestión de minutos. Por el contrario, una vez en Venecia, contactaré a un amigo de mi entera confianza para que él me ayude a orquestar su fuga. Comprenda que, puesto que Baltasar la necesita a usted para llevar a cabo su plan, su vigilancia será estricta. Necesito que me reitere que no procurará huir por sus propios medios antes de que llegue el momento indicado. Por favor.

—Por supuesto —tragué en seco—. Tiene mi palabra.

—Gracias —dijo cerrando los párpados en tanto exhalaba—. Debo traer algunas de mis ropas de mis habitaciones para instalarme en esta torre en los días por venir.

No perdí tiempo en armar el crucifijo en cuanto Aurel salió. Jamás habría creído que un pequeño objeto de madera me brindaría algo de

tranquilidad, pero así era… al menos temporalmente. Por el contrario, evocar el rostro de Aurel me hacía temblar. Aun en medio del horror, y aunque aún no pudiese fiarme de él por completo dado que era un vampiro, tenía la impresión de estar experimentando lo mismo que a él le había ocurrido al contemplar a aquella muchacha que recogía flores tantos años atrás. ¿Tanto me había impresionado su recuento?

Suspiré angustiada, poniéndome de pie y caminando hacia el cuarto de baño con mi lámpara. Aunque este era pequeño, contaba con su propia torre sanitaria y una bañera amplia. Tenía una ventana diminuta en lo alto a través de la cual nadie podría verme. Me sería fácil mantenerlo limpio sin la ayuda de una doncella. No me atrevía a darme un baño a esa hora por miedo a enfermar, pero lo haría al día siguiente.

Para cuando Aurel regresó, ya tenía los nervios de punta. Se había tardado más de dos horas, por lo cual había alcanzado a imaginarlo muerto a manos de sus parientes.

—Perdone —dijo al entrar—. La reunión con los demás fue más larga de lo que suponía. Además, tuve que dar un largo rodeo para volver aquí sin ser seguido.

—¡Cuéntemelo todo! —dije con un hilo de voz.

—¿Podría poner el crucifijo bajo las almohadas? —pidió—. Verlo me causa gran incomodidad.

—Claro —dije ocultándolo en mi mano de inmediato y metiéndolo bajo los almohadones del lecho—. ¿Le ocurre lo mismo cuando pasa frente a una iglesia que ostenta una cruz?

—Sí. También cuando noto que alguien lleva un crucifijo a manera de adorno a cierta distancia —respondió.

—¿Cómo puede pasear por la ciudad? —inquirí.

—Me he acostumbrado a no mirar ninguna iglesia de un modo directo. Por otra parte, solo salgo de noche. Dichosamente, las gentes que se hallan en las calles tras la puesta del sol no suelen portar artilugios religiosos —dijo.

—¿Qué hay de los bailes y agasajos? —pregunté.

—Nunca asisto sin invitación —respondió sonriendo—. Por ende, si hay objetos sacros en el lugar, tienen muy poco poder sobre mí.

—¿Qué hay de aquellos portados por los otros comensales?

—Me producen cierto fastidio, pero no me hacen daño, a menos que alguien me toque con uno de ellos —explicó—. De todos modos, los crucifijos pasaron de moda entre los nobles y ricos hace mucho… y yo no suelo asistir a banquetes ofrecidos por obispos.

Por el tono con el que dijo esta última frase, supe que intentaba bromear un poco para disipar mi nerviosismo. Por desgracia, aquello era imposible en esos momentos. Aun así, agradecí su gesto con una pequeña sonrisa.

—Bien, cuénteme qué le dijeron sus parientes —pedí tomando asiento en la silla libre.

—Mis sobrinos e Imre ya se habían enterado de lo que Magdolna le hizo —respondió—. Debo decirle que no esperaba que Imre estuviese tan furioso al respecto. Es evidente que la aprecia a usted, porque para cuando yo llegué, él estaba insultando a Magdolna. Le decía las cosas más atroces en su estilo característico.

—Su primo Imre me agrada —murmuré.

—A mí también —dijo Aurel.

—¿Qué decía Magdolna? —inquirí, estremeciéndome.

—Procuraba defenderse, pero Imre a duras penas si la dejaba hablar. Magdolna decía que toda la confusión se debía a Edna, quien se había equivocado de hermano en la oscuridad —me contó.

—¿Y qué decía Imre al respecto de eso?

—Es curioso —respondió—. Me dio la impresión de saber que yo no soy su amante en realidad, pero en ningún momento desmintió nuestra charada sino que, por el contrario, afirmaba cosas extrañas al respecto.

—¿Qué cosas? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Dijo haber notado durante la cena que un lazo especial nos unía a usted y a mí —replicó—. Le reprochaba a su hermana estar tan inmersa en su propia envidia de la belleza ajena, y tan obstinada en acaparar a Baltasar que lo evidente le había pasado desapercibido.

Mi corazón latió con fuerza.

—Oh —dije intentando recordar las breves palabras que había compartido con Aurel durante la cena—. Los niños deben haberle

contado en privado a Imre lo poco que saben acerca de Baltasar y yo. Aprecio la buena intención de su primo… aunque solo quiera encubrir a Baltasar.

—Eso es lo más raro de todo —dijo Aurel—. Imre fulminaba a Baltasar con la mirada cada vez que este intentaba intervenir. Es como si supiese que Baltasar falló en protegerla a usted, y aquello lo encolerizase tanto como lo que Magdolna le hizo.

Escuchar eso me conmovió.

—Supongo que Imre también debe haberse dado cuenta de que Baltasar provoca los celos de Magdolna adrede —dije.

—Es probable —replicó él—. Pero había algo más en su actitud… no sabría definirlo. En todo caso, parecía estar sinceramente indignado. Asqueado, incluso.

—¿Y los niños? ¿Cómo tomaron la noticia de que no les daré clases mañana? —inquirí.

—No rechistaron siquiera —dijo Aurel—. Me sorprendió que, a pesar de la decepción que vi en sus miradas, se sobrepusieran a su egoísmo habitual por el bien de otra persona. Eso sí, se guardaron de admitir que disfrutan sus lecciones.

—Vladislav y Elzbieta sienten que tienen que fingir desinterés en cuanto a su educación frente a Magdolna —le expliqué—. También procuran ocultar su inteligencia ante ella.

—Hacen bien —dijo Aurel—. Me alegra que sepan protegerse.

—Sé que a usted no le interesa que sus sobrinos sean instruidos, pero… —empecé a decir.

—Lucyna, mis sobrinos no necesitan una institutriz —me interrumpió—. En su estado más rústico, son más hábiles e inteligentes que la gran mayoría de las gentes. Necesitan algo que ya jamás podrán recuperar. El amor de sus padres. No digo que sea malo que reciban lecciones. Es solo que la utilidad de estas últimas depende del respeto que reciban de parte de la institutriz, y de que esta se haga respetar… y eso no puede determinarse de antemano. Ellos aún lloran la pérdida de sus padres. Naturalmente, se rebelan contra toda nueva autoridad. Una vez sus corazones sanen, ellos mismos buscarán aprender, y, dadas sus facultades, bien podrán hacerlo solos, como lo

hicimos Petronỹa, Laurentius, Imre, Magdolna, Baltasar y yo. Tienen a su disposición una de las más ricas colecciones de textos de Europa y el mundo. Estarán bien, Lucyna.

—No lo creo —dije—. No mientras vivan con Magdolna y Baltasar.

—Se da cuenta de que usted no podría protegerlos de ellos aunque continuase siendo su institutriz, ¿verdad? —dijo, mirándome por debajo de las cejas—. Por mucho que sienta haber logrado con Elzbieta y Vladislav en tan poco tiempo, debe advertir sus propias limitaciones.

—Temo que, al huir yo, sientan que los abandoné —admití.

—Lo sé —dijo Aurel—. Esto va mucho más allá de su intención de civilizarlos. Aunque crea que su influencia podría ennoblecerlos, ellos son quienes son. Perdone que se lo diga, Lucyna, pero usted no ha hecho más que descubrir sus verdaderos caracteres, que siempre han estado ahí. Y lo seguirán estando, aunque tengan las peores institutrices.

Comprendí que me había atribuido a mí misma unas habilidades casi mágicas.

—Creí haber logrado un cambio en mis pupilos —dije.

—Ellos le han revelado quiénes son porque usted despertó su afecto y se hizo merecedora de su confianza —replicó Aurel—. Yo prefiero que se tarden un poco más en aprender latín y francés a que sufran cada vez que uno de mis parientes mate a la institutriz de turno, esto es, si es que esta demuestra ser buena con ellos… porque en ningún momento lamentaron la muerte de Rózsa. Lo que quiero decir, Lucyna, es que el bienestar de mis sobrinos no depende de usted. Deseo que parta sin sentir que abandonó a dos pobres huérfanos a su suerte. Hay otros niños que pueden beneficiarse mucho más de sus conocimientos que ellos.

Sentí que mis ojos se humedecían.

—Está bien —dije.

—Lamento que separarse de ellos la entristezca tanto —dijo él.

—Lo cierto es que son especiales —sollocé—. Y sé que no podré despedirme de ellos.

—Puede dejarles una carta de despedida conmigo —dijo—. Yo sé

que, puesto que la quieren, se regocijarán al descubrir que pudo huir.

—Eso espero —murmuré.

—Cuando haya escapado, es menester que no regrese usted a la dirección de Lublin donde la recogió el cochero —dijo él—. Ese será el primer lugar donde la busque Baltasar. Por lo mismo, encargaré a mi abogado que compre una bella propiedad en otra ciudad donde sus parientes puedan mudarse.

—Es la casa de mi tía Lena —dije—. Mis padres viven en el campo, muy lejos de ahí.

—¡Ah! —dijo circunspecto—. Muy bien… es importante que su tía se mude a otra propiedad. Mi abogado dispondrá de todo para que pueda hacerlo cuanto antes.

—Mi tía no querrá mudarse —dije asustada—. Toda su vida está en ese barrio.

—Si se queda allí, correrá peligro, y sus padres también. Baltasar podría averiguar dónde viven estos últimos a través de su tía —sentenció—. Entonces usted ya nunca podría regresar a casa. No se preocupe. Yo sabré ser convincente. Encontraré un aliciente lo bastante tentador como para que su tía acceda a dejar su hogar.

—¡Gracias! —dije, tocando sus manos en un impulso. Aunque Aurel las apartó con suavidad, no pude dejar de notar su incomodidad y me sentí estúpida. Por una parte, él me había dicho que no quería apegarse a mí. Pero, por otra parte, quizás no estaba habituado a ciertas expresiones espontáneas de afecto y estas en verdad le molestaban. Eso me entristeció, lo cual hizo que me sintiese aún más estúpida.

—Pude hablar a solas con Imre unos instantes —dijo—. Él estuvo de acuerdo con mi propuesta de dejarla descansar unos días. Después de todo, mis sobrinos jamás toman clases cuando se encuentran en Venecia y partiremos en breve. No le dije a nadie que la despedí, por supuesto. Acordamos no hacer daño a la servidumbre, y aunque Magdolna y Baltasar sean incapaces de cumplir con su parte del trato, no quiero darles excusas.

Sentí que un miedo helado trepaba por mis extremidades y avanzaba por mi torso hasta aprisionar mi garganta.

—¿No habló usted al respecto de las lecciones de los niños con Baltasar? —pregunté con voz trémula.

Aurel negó con la cabeza, sus cabellos negros rozando sus pómulos altos.

—Tan solo me agradeció ante los demás que hubiese evitado que los celos infundados de Magdolna le causaran un daño en realidad grave como la pérdida de la visión a *la institutriz*, pues necesita ser capaz de leer para seguir educando con propiedad a los niños —dijo—. Sentí tanta ira que no quise decirle nada. Probablemente pensaba ir a buscarla a su habitación al retirarse los demás a sus aposentos. Debe estar por descubrir que usted ya no se encuentra allí. Lo menos que podemos hacer es dejarlo sufrir esta noche.

—Aurel… debe decirme qué planea hacer al respecto de Baltasar cuando yo no esté.

—Aún no lo he decidido —respondió, poniéndose de pie—. Necesito pensarlo con cabeza fría. Que descanse, Lucyna.

55
Código de honor

Los días siguientes pasaron ante mí como un borrón pues volví a enfermar. Al caer la noche, Aurel me traía agua y alimentos, y yo a duras penas si me levantaba del lecho para usar la sala de baño. Soñaba con espejos, con Erzsébet Báthory, con Vladislav y Elzbieta. Tenía visiones en las que mis padres, mi tía Lena y mi hermano eran desangrados por Baltasar. Cuando recuperaba la lucidez, veía a Aurel sentado en una silla junto a mi lecho. Entonces pronunciaba su nombre y él elevaba sus ojos hacia mí. Me repetía que todo estaba preparado y que pronto partiríamos hacia Venecia. Yo volvía a quedarme dormida, y las voces de los muertos me decían que tuviese cuidado pues había perdido demasiado *prana* y gracias a ello la condesa podría dominar mi mente y voluntad. Tengo recuerdos vívidos de las lágrimas de angustia de Aurel al escucharme decir aquellas palabras, tras de lo cual me pidió que tomase el crucifijo y lo sujetase contra mi frente, pero aquello no sirvió de nada. Los muertos susurraban en mis oídos que Baltasar y la condesa habían llegado a dominar un vampirismo espiritual que no podía ser combatido como aquel que dependía de la sustracción de sangre. Veía entre sueños el fuego crepitar en el hogar y despertaba cubierta de sudor gritando el nombre de Aurel, quien entonces me decía que, mientras él estuviese junto a mí, nadie podría hacerme daño.

Once días después, la fiebre desapareció. Mis visiones cesaron y dejé de oír las voces de los muertos. Me incorporé en el lecho y miré alrededor: había agua y alimentos sobre la mesa, y también lo que parecía ser una nota sellada. Cuando me puse de pie, me sentía fuerte y firme, como si nunca hubiese enfermado. Me apresuré a tomar la nota, que estaba sellada con cera roja y las iniciales de Aurel.

Lucyna:

Pronto amanecerá. Usted parece dormir en paz y ya no tiene fiebre (¡al fin! ¡Casi quisiera agradecérselo a alguna deidad!). Iré a refugiarme en la estancia de la primera planta de esta torre. Esa no tiene ventanas, por lo cual allí no corro el riesgo de exponerme a la luz solar durante el día. En caso de que despierte usted, le dejaré esta carta para que esté al tanto de los últimos sucesos.

Mis parientes ya saben que usted se encuentra aquí. No sé si Baltasar me siguió, o si atisbó el humo que sale de la chimenea, pero era de esperarse. Anoche escuché que alguien intentaba abrir la puerta de acceso a la torre, y al asomarme por la ventana de las escaleras que encara el exterior, lo descubrí hurgando en la cerradura con una varilla de hierro. Por suerte, solo yo tengo las llaves capaces de abrir tanto la torre como las habitaciones que están dentro de ella, por lo cual le exigí desde la ventana que se marchara. Él dijo haber sabido hace varios días que usted se encuentra aquí y tener que hablar con usted a solas, a lo que le respondí que no hacía más que ponerla en peligro con Magdolna. Entonces Baltasar exclamó colérico:

—¡Es mi amante y solo a mí me corresponde decidir lo que se hace con ella!

Le reiteré que debía marcharse de inmediato, asegurándole que lo vería en el salón del ala este en breve, lo cual aceptó con visible disgusto. Cuando me presenté allí, toda la familia me esperaba.

En primer lugar, Baltasar dijo que la señora Kowalski había hallado sus aposentos vacíos y que, por lo mismo, todos creían que usted había huido en pleno invierno. Según Baltasar, esta posibilidad lo preocupaba dado lo ocurrido con Edna en los días anteriores… ¡como si yo no supiera que él mismo la mató! Imre, entre tanto, guardaba silencio, observándonos a todos por turnos. Cuando anuncié que yo mismo le asigné a usted una habitación de difícil acceso para protegerla de Magdolna, Baltasar se enfureció y dijo que, como encargado del castillo, solo él podía tomar esas decisiones. Imre le ordenó callar si no quería que el permiso de llevar el mando del castillo le fuese revocado de inmediato por su insolencia, dado que este me corresponde a mí por ser el mayor. Ante esta amenaza, Baltasar dijo:

—Aunque comprendo que la institutriz necesita cierta tranquilidad para reponerse de los eventos recientes, se me antoja absurdo que Aurel la trate como a un huésped de la nobleza y le impida impartirles lecciones a unos niños deseosos de aprender.

Cuando afirmó esto, Vladislav dijo:

—¡Yo odio estudiar!

—Yo solo quiero aprender a bailar el vals —afirmó Elzbieta—. Para eso necesito una maestra de baile, no una institutriz.

Les informé a mis sobrinos que usted volvió a enfermar, y, por lo tanto, no recibirán lecciones hasta que regresemos de Venecia. Magdolna fingió distraerse con la lectura de un libro, como si lo que dijesen los niños la tuviera sin cuidado. Baltasar sugirió que la señora Kowalski la cuidara a usted durante el día, pero yo rehusé su propuesta con vehemencia, a lo que Magdolna me dijo, alzando la vista de su lectura:

—Vaya, primito, actúas como si la quisieras de verdad. Casi has logrado convencerme de que la mosca muerta realmente es tu amante. Confío en que encuentres una distracción menos indigna de tu rango y apostura una vez lleguemos a Venecia. No puedo pensar en una vergüenza peor que verte prodigarle atenciones en público a una sirvienta cuya nueva apariencia solo la hace apta para trabajar en un burdel desvencijado… o en el circo.

Quise matarla allí mismo aunque eso causara mi propia muerte. Sin embargo, por el momento, mi mayor deseo es cumplir el juramento que le hice a usted, y para ello debo vivir hasta lograrlo. Con este propósito en la mente, me excusé y salí del salón, pero justo antes de que dejase el ala este, Baltasar me interceptó en el pasillo y pidió hablar conmigo en privado unos momentos. Una vez nos adentramos en la biblioteca común, Baltasar afirmó con una sonrisa falsa:

—Hermano querido, aunque agradezco que hayas mentido por mí con el fin de aplacar los celos de Magdolna, no puedes impedir que vea a mi amante.

Le dije entonces que podría verla cuando usted se repusiera lo bastante como para aceptar recibir su visita con plena lucidez y de modo voluntario, lo cual pareció calmar sus ánimos.

—¿Tan mal se encuentra? —inquirió con gesto de sorpresa, lo cual confirmé.

Sin perder tiempo, se dirigió al escritorio y redactó una nota que selló y me entregó.

—Para ella —dijo, y cuando la hube recibido, agregó—: Estoy seguro de que se repondrá en cuanto la lea.

Le respondí que, puesto que él ya la había puesto a usted en peligro con su negligencia y falta de tacto, yo me aseguraría de que Magdolna siguiese creyendo que usted es mi amante mientras usted viva con nuestra familia, a lo cual él replicó:

—Sigo encontrando tu altruismo para con la servidumbre francamente irrisorio. Solo por ahora, aceptaré tus determinaciones descabelladas al respecto de la institutriz, pero recuerda que ya la hice mía y por ello me pertenece a mí. Es el código de honor básico entre hombres, Aurel. Otra cosa… procura no encariñarte demasiado con ella. No quiero que sufras más adelante. Ya fue lo bastante lamentable verte llorar por ese pobre perro al que tanto amabas.

Dicho esto, dejó la biblioteca y cerró la puerta de un portazo. Cuando salí, él ya no estaba. Volví a la torre de inmediato. Por supuesto, no le entregaré a usted la nota de Baltasar. La leeré yo mismo y la echaré al fuego. Esta noche le reportaré los contenidos de esta.

Su servidor,

Aurel.

P.S.: Le pido perdón por haberle narrado en detalle las palabras de Magdolna. Sé que las dijo porque aún siente envidia de usted, y es muy probable que esto no cambie jamás. Sospecho que continuará haciendo ese tipo de comentarios cuando usted esté presente. Espero que usted pueda reunir las fuerzas suficientes para soportarlo cuando ocurra.

Dejé caer la nota sobre la mesa y dirigí la mirada al espejo que a la sazón me reflejaba. Ahora debía prepararme para la crueldad verbal de la vampiresa que ya me había hecho tanto daño. Noté entonces que

la puerta no tenía tranca, y corrí a ponérsela. Como Aurel se había llevado la llave para poder entrar y salir mientras yo estaba enferma, la tranca era mi única verdadera protección. Puesto que había sudado tanto a causa de la fiebre prolongada, calenté agua y llené la bañera. Había pastillas de jabón de lilas en el baño, y tomé una para enjabonarme con abundante espuma, tras de lo cual me sumergí en el agua caliente largo rato. Después de sentir que todos mis músculos se relajaban, me sequé con cuidado. Hallé una gruesa bata de seda colgada de un perchero junto a la bañera y, sin pensarlo, me enfundé en ella. Por su olor, supe que estaba limpia. Era de color verde oliva con brocados rojos y dorados, muy suave al tacto por dentro y por fuera. Sintiéndome renovada, bebí dos vasos de agua fresca y me senté a comer con apetito voraz, releyendo la nota de Aurel una y otra vez. Cuando hube terminado, me tendí en el lecho y volví a quedarme profundamente dormida.

El llamado de Aurel en la puerta me despertó poco después del crepúsculo: no podía entrar porque yo había puesto la tranca. Tomé el crucifijo y, sin soltarlo, abrí la puerta. Aurel cargaba un cesto, una jarra de plata y dos tazas vacías. Al ver lo que llevaba yo en la mano, cerró los ojos con gesto de dolor y dio un paso atrás. Me di prisa en guardar el crucifijo en el bolsillo de la bata y me hice a un lado para que él pudiera pasar.

—¡Ya lo oculté! —dije.

Aurel abrió los ojos y vi el alivio en su rostro.

—Me tomó por sorpresa, pero hizo bien —afirmó.

Por su aspecto, parecía haber descansado.

—Buenas noches —dijo pasando al interior para depositar los enseres sobre la mesa—. ¿Lista para desayunar?

Reí cayendo en la cuenta de que desayunar al ocaso era su costumbre vampírica.

—Me encantaría —respondí.

Él le echó llave a la puerta y puso la tranca, tras de lo cual se dio la vuelta para encararme. Llevaba puesta una camisa blanca, chaqueta negra, pantalones negros y botas de montar por encima de los últimos. Había recogido la totalidad de sus cabellos revueltos en la parte

posterior de su cabeza de una forma descuidada, como si lo hubiese hecho de afán. Pensé que era demasiado guapo para ser real. Conservar la objetividad con los miembros de su familia requería un esfuerzo constante de mi parte aunque fuese consciente de su potencial maligno, quizás porque los cuentos de hadas me habían llevado a creer desde la infancia que la belleza representaba bondad. Aun así, mi primera experiencia en el amor me había enseñado que esto no tenía nada de cierto, y que la hermosura no era más que un manto que encubría la negrura de los corazones, una distracción eficaz que les permitía a los seres más viles salirse con la suya. Debía tener cuidado.

—Excelente —dijo avanzando hacia la mesa y ofreciéndome una de las dos sillas—. ¿Cómo se siente?

—Como si no hubiera enfermado —respondí tomando asiento.

Percibí el exquisito perfume de su piel cuando se inclinó hacia delante para destapar el cesto que contenía panecillos calientes. El aroma de estos últimos alcanzó mi nariz de inmediato, opacando el de Aurel y haciendo que mi estómago rugiese.

—¿Se siente lo bastante fuerte como para emprender el viaje hoy? —inquirió sentándose a su vez y llenando las dos tazas vacías con el chocolate espumoso que contenía la jarra.

Lo miré anonadada.

—¿Hoy? —dije—. ¿Quiere decir, esta misma noche?

Él asintió.

—Esta noche no nevará. Eso nos permitirá avanzar más de prisa para llegar a nuestro refugio antes de que salga el sol.

—¿Cómo sabe que no nevará? —inquirí con ojos abiertos como platos.

—Es una habilidad que poseemos los vampiros —dijo engullendo uno de los panecillos—. Muchos campesinos la tienen también —rio.

—En este punto, no puedo decir que eso me extrañe —repliqué mordiendo un panecillo por la mitad. Estaba relleno de queso tibio y derretido—. Yo no tengo esa habilidad a pesar de haber crecido en el campo, pero la admiro.

—Cuando alcancemos el primer refugio, que es una de las

propiedades de mi familia en el valle, podremos descansar. Si partimos hoy, usted y yo compartiremos un coche con Imre y su *valet de chambre* —dijo.

—¿Cómo viajarán los demás? —pregunté inquieta.

—Los niños y la señora Agoston compartirán un coche con el maestro de música. Baltasar compartirá otro con Magdolna y una de sus doncellas. Contamos con tres coches en total. Si se asoma por la ventana, podrá verlos. Imre mandó llamar a los cocheros de reserva esta tarde. ¿Sí está dispuesta a viajar hoy? —insistió, y solo entonces caí en la cuenta de que no le había respondido.

—¡Sí, sin duda! —dije deseosa de dejar ese lugar para siempre—. Disculpe, ¿qué ocurriría si aún me hallara enferma?

—Yo no partiría… y, como resultado, nadie partiría —dijo—. Puesto que los viajes largos como este son peligrosos para nosotros, solemos viajar juntos y en caravana, a menos que hayamos llegado a un acuerdo previo de tomar viajes por separado, que no es el caso: siempre vamos todos a Venecia en esta época del año. Además, estoy seguro de que Baltasar no aceptaría que usted y nos rezagáramos. Simplemente postergaría el viaje.

—Debe ser exasperante no poder hacer nada sin su familia —murmuré—. Digo, por tratarse de su familia. Estar unido por fuerza y de por vida a un grupo de personas que no le agradan.

—Puedo hacer algunas cosas sin mi familia siempre y cuando las planee con antelación y se lo deje saber a los demás. Pero, Lucyna, debo decirle que Imre me es simpatiquísimo, y mis sobrinos me agradan cuando se muestran como son, es decir, con la inteligencia y precocidad que los caracteriza. Mis tíos me agradaban también, y amaba con intensidad a mis padres. Mi problema es con Magdolna y Baltasar.

—¿No le gustaría huir también? —me aventuré a decir—. ¿No volver a saber nada de estos últimos?

—Solía fantasear con ello todo el tiempo —dijo.

—¿Y qué ocurrió? —inquirí tras haber bebido varios tragos de chocolate caliente, que estaba delicioso.

—Cuando descubrí mi inmensa susceptibilidad a la luz solar,

comprendí que me sería imposible sobrevivir sin tener acceso a un refugio adecuado cada mañana —dijo—. Su construcción es compleja y dispendiosa.

—¿Qué hay de la criptas urbanas? —sugerí pensando en la abundancia de víctimas citadinas.

—Las criptas son visitadas durante el día —respondió.

—¿Y los sótanos abandonados? —propuse.

—¿Querría usted vivir en un sótano abandonado? —preguntó mirándome por debajo de las cejas, su expresión divertida.

—No —dije sonrojándome.

—Yo tampoco —afirmó con una sonrisa—. De todos modos, los sótanos no suelen ser lo bastante seguros para mí. Siempre hay alguna rendija que deja pasar un ínfimo haz de esa luz dorada capaz de matarme. Aun si lograra construir una pequeña fortaleza con mis propias manos, los empleos nocturnos no abundan, y si permaneciera en un solo lugar mucho tiempo, despertaría sospechas. Me es preciso vivir en un lugar remoto y resguardado.

—Pero usted es rico —dije—. Podría comprar tierras y ordenar la construcción de una morada apta para sus necesidades.

—¿Cómo no lo había pensado antes? —rio—. Vamos, Lucyna, ¿cree que, de ser posible, una solución tan obvia me habría pasado desapercibida?

—Perdone, no pretendía cuestionar sus decisiones —sonreí un poco avergonzada—. Es solo que quisiera saberlo libre de esos dos.

—Lo sé… y lo aprecio —respondió—. Perdóneme usted a mí. Mi padre decía que heredé el sarcasmo de los Domány, y es cierto. No es un rasgo del que esté orgulloso.

—Oh, no, descuide —dije—. Sé que estoy siendo bastante entrometida.

—No me molesta en absoluto —replicó con tono afable—. Deseo responder a sus interrogantes para que usted pueda estar tranquila al respecto de mi devenir cuando parta. Resulta que, pensando en la preservación de nuestro secreto de familia y la supervivencia grupal, nuestros abuelos lo dispusieron todo para que ningún miembro de la familia pueda independizarse de los demás sin perder su fortuna

individual. Cada uno puede hacer libre uso de su dinero siempre y cuando continúe viviendo en la propiedad familiar, pero intentar abandonar a la familia es considerada la más alta traición, y es castigada con el encierro definitivo en las mazmorras del castillo.

—Vaya amenaza espantosa —dije horrorizada—. Aun así… el mundo es grande. Apuesto que a sus parientes les sería muy difícil encontrarlo si usted les llevara ventaja.

—Ya quisiera yo que fuera así. Es fácil rastrear a un vampiro, y más cuando este es un miembro de la propia familia. La sangre llama a la sangre —dijo como si aquello fuese un hecho y no una metáfora—. Créame, lo he contemplado desde todos los ángulos. Con lo anterior en la mente, terminé por aceptar el hecho de que debo convivir con todos mis parientes. Supongo que la resignación termina por quebrantar el espíritu, porque hoy en día no aspiro a otra cosa que sobrellevar la existencia en calma relativa y disfrutar los placeres triviales de la vida hasta que llegue mi fin.

—Debe ser terrible estar atrapado en la riqueza —susurré sinceramente apesadumbrada por él.

Él rio.

—Pobre vampiro rico, ¿eh? —inquirió—. No hay nada que compadecer en mi caso, Lucyna. Sin duda no merezco más compasión que la persona común. Como le he dicho, el vampirismo no es más que una inconveniencia menor para mí en este punto y, por lo demás, agradezco tener la ventaja de la riqueza. Es la tradición la que me ata a mis parientes. Pero, mal que bien, al menos nos comprendemos los unos a los otros en ese aspecto.

—Siento que no pueda ser el único dueño de su vida —suspiré terminando mi chocolate.

—También yo. Sin embargo… nadie es dueño de su vida en realidad. Nuestro destino se escribe en el momento en que somos concebidos: nuestro rango social, nuestra historia familiar y nuestra biología han sido determinados antes de nuestro nacimiento. Vivimos para obedecerlos en tanto nos adaptamos a estrictas reglas sociales. En ese aspecto, el libre albedrío no es más que una ilusión. Por lo mismo, nuestra única esperanza es el azar.

—Como habernos conocido usted y yo —afirmé mirándolo a los ojos.

—Así es —dijo—. Solo espero que esta bella coincidencia sea fuente de bienaventuranza para usted.

Me sentí culpable por haber desconfiado de él en ciertas instancias, pues él no había hecho más que aliviar mis males y procurarme alternativas desde que lo había conocido. Me había amparado del modo en que no lo había hecho mi propio amante, desafiando a su familia, protegiéndome y sanándome. Me pregunté si lograría sobreponerme al pasado reciente y aceptar sin reparos la bondad que me ofrecía a pesar de su riqueza, su extraordinaria apostura y su vampirismo.

Habíamos terminado todos los panecillos que albergaba el cesto, así como el chocolate que contenía la jarra.

—Ahora que hemos desayunado, debo contarle lo que decía Baltasar en la nota que le envió —dijo Aurel.

—Adelante —dije tragando en seco.

—Bien, era una nota fría y breve. Dijo haber intentado verla a usted en vano, y que por ello tendrá que esperar a hablar con usted en Venecia. Agregó que lamenta que *el insensato de Aurel* insista en obrar de intermediario entre usted y él, y que no comprende por qué no ha obtenido respuesta de su parte cuando intenta comunicarse con usted por medio del pensamiento. Finalizó diciendo que, con algo de suerte, podrá verla a solas muy pronto.

—Tendré que decirle que perdí mis habilidades telepáticas —respondí—. Lo cierto es que no he escuchado uno solo de los mensajes mentales que dice haberme enviado. Quizás se deba a la fiebre… o a que no hay nada que quiera menos que escucharlo.

—Sospecho que esa es la verdadera razón —dijo él.

—O tal vez el robo de *prana* me haya despojado de ese don —dije.

—No lo creo. Usted pudo escucharme pensar a mí después del hecho —dijo Aurel—. ¿Quiere intentarlo de nuevo?

Asentí, y él clavó sus ojos azules oscuros en los míos.

Quisiera poder huir con usted, lo escuché pensar.

Repetí su frase en baja voz, sintiéndola como si fuese propia. Lo

cierto era que, más que huir, habría deseado hacerlo con él, por insensato que ese anhelo repentino fuera.

—¿Lo ve? —dijo poniéndose de pie—. No perdió su don. Le daré tiempo de cambiarse y abrigarse para partir. Ah… no olvide echar el crucifijo al fuego.

Salió de la habitación, dejándome a solas con las inexplicables emociones que me suscitaba.

Me puse el vestido negro que le había pertenecido a Petronÿa y me calé mi abrigo verde por encima. Peiné mis cabellos en una trenza suelta y gruesa, cerré mi pequeña valija de viaje y, por último, eché el crucifijo a la chimenea. No sabía si me había servido de algo pero apreciaba en profundidad aquel gesto generoso de Aurel. Cuando regresó por mí, llevaba un largo abrigo negro por encima de las ropas y una chalina negra en torno al cuello. Me cubrí la cabeza con la capucha del abrigo para evitar ser vista en detalle por los demás al salir y dejé la habitación. Aurel tomó mi valija en una mano y me ofreció su brazo para ayudarme a bajar los escalones sin tropezar.

—Nuestro destino nos espera —dijo, y sus palabras me hicieron estremecer.

56
Tres coches negros

El helado aire invernal traspasó mis ropas en cuanto salimos de la torre. Tres coches negros se alineaban, uno tras otro, sobre el camino que conducía a la entrada. Sus cocheros respectivos, enfundados en pulcras ropas de invierno, aguardaban de pie junto a las portezuelas de los vehículos con postura firme, como figuras de cera. Los caballos que tirarían de los coches eran grandes, fuertes y negros como la noche que se extendía sobre nosotros. Advertí que solo el primer coche, el cual reconocí, pues era el mismo que me había llevado al castillo, contaba con cortinas de tela. En vez de cortinas, los otros coches tenían las que parecían ser láminas de madera repujada, que permanecían cerradas tras los cristales de las ventanas.

Noté un movimiento procedente del interior del primer coche y vislumbré a Elzbieta, que había asomado el rostro a través de la rendija entre las cortinas. La saludé con la mano y ella hizo igual, gesticulando con los ojos muy abiertos y expresión de inquietud. Parecía tener algo que decirme. Eso, por supuesto, era imposible en aquel momento.

—Baltasar y Magdolna ocuparán el último coche —dijo Aurel—. Imre, usted y yo viajaremos en el coche del medio.

Asentí. La última vez que había visto a Imre, este me había perdonado la vida, si bien me había dejado en claro que jamás podría partir dado que conocía el secreto de su familia. No me sentía exactamente dichosa de reencontrarme con él. Sin embargo, era mejor que viajar con Magdolna o Baltasar. Por sufrir menos, habría preferido viajar con los niños, la señora Agoston y el maestro de música aunque así me privase de la compañía de Aurel, pero ya había demasiadas personas en ese coche destinado a transportar a aquellos que podían tolerar la luz solar sin inconvenientes. Por otra parte, solo Aurel me había brindado verdadera protección a la sazón. Tomé aire y permití

que me guiara hacia el coche del medio.

El cochero tomó la valija de su mano y abrió la portezuela con una inclinación de cabeza. Acepté la mano que el hombre me ofrecía y subí al coche, cuyo lujoso interior no se parecía a ninguno de los que yo hubiese visto antes. La lámpara sujeta a la armazón exterior del vehículo iluminaba a través de la apertura de la puerta los largos asientos opuestos, que, más que asientos, eran sofás mullidos de grandes dimensiones. Estos estaban tapizados de terciopelo negro, sus bordes superiores e inferiores brocados de hilo rojo y dorado. Había varias mantas color borgoña dobladas con cuidado al extremo de uno de ellos. Un cesto con largas copas de plata y botellas de licor reposaba sobre el espacio alfombrado entre los dos sofás, que era lo bastante amplio como para que un Domány-Nádasdy pudiese estirar las piernas hacia delante en su totalidad.

Tomé asiento en el extremo del sofá posterior y Aurel me siguió, ocupando el puesto junto a mí. Sin perder tiempo, me extendió dos de las mantas en tanto el cochero cerraba la portezuela. Las acomodé sobre mis piernas y regazo tiritando de frío.

—Imre y su *valet de chambre* no deben tardar en llegar —dijo Aurel, y deslizó hacia un lado la lámina corrediza que cubría el cristal de la ventana para dejar pasar la luz—. Aunque jamás salgo de día, estas sirven de protección adicional en caso de que no logre alcanzar un refugio a tiempo —agregó, refiriéndose a la lámina que hacía las veces de cortina.

—Supongo que, de encontrarse cerradas, también impiden que una víctima que se encuentra dentro del coche pueda pedir auxilio por medio de señas —dije—. Una solución práctica de doble uso.

Aurel rio.

—Empieza a pensar como un vampiro —dijo.

Un sirviente cargado de valijas salió por la entrada principal del ala sur seguido de Imre, que llevaba los cabellos rojos sueltos, anteojos de cristales ambarinos con grueso marco de plata, guantes negros, un abrigo largo negro y sombrero de copa. Mientras el cochero guardaba su equipaje en un carrito de dos ruedas sujeto a la parte posterior del vehículo por medio de varillas de hierro, Imre esperó con gesto

impaciente frente a la portezuela del coche. Al fin el cochero la abrió, e Imre pasó al interior resoplando.

—Aurel. Pavlova —dijo tomando asiento ante nosotros y quitándose el sombrero, que puso junto a él.

—Buenas noches, señor Domány-Nádasdy —le dije desde mi esquina sombreada.

—¿Quién es Pavlova? —inquirió Aurel confundido.

—La mujer que está sentada junto a ti —replicó Imre sin inmutarse.

Aurel me miró.

—Su nombre es Lucyna Pawlak —le dijo a Imre.

Yo habría preferido que la conversación no girase en torno a mí, y guardé silencio con la esperanza de que el tema se disipase pronto.

—Lucyna Pawlak, Paulina Pavlova… ¿qué más da? —dijo Imre—. No pretenderás que recuerde el nombre de cada institutriz que pasa por el castillo. Además, los nombres de bautizo traen mala suerte… y las personas interesantes no necesitan de un nombre para ser recordadas.

—Vamos, tú no tolerarías que nadie te impusiera un nombre que no es el tuyo —le dijo Aurel.

—Lo creas o no, no me importaría —replicó Imre—. Los nombres son *contra natura*: ¿quién nace nombrado? Mi presencia me precede y permanecerá mucho después de que mi nombre haya desaparecido. *Yo soy el que soy* —concluyó arqueando una ceja.

Con aquella última afirmación, Imre había hecho alusión a las palabras de Jehová en el libro del *Éxodo*, quien a la sazón estipulaba el modo en que debía ser llamado por el pueblo elegido. Me pregunté si aquel vampiro se deleitaba en dar nuevos usos a lo que era sagrado en el judeocristianismo precisamente porque, viniendo de sus labios, era una blasfemia. La enemistad ancestral de su familia con la religión lo hacía aún más transgresivo porque, en teoría, todo lo sacro debía herirlo. Él, sin embargo, se apropiaba de selectas expresiones, dándoles un conveniente significado propio. De todos los Domány-Nádasdy, parecía ser el que más detestaba el cristianismo en sí, y no solo los efectos que los íconos tenían en él.

El cochero cerró la puerta del coche y se dirigió a la parte frontal

del vehículo donde se hallaba su asiento elevado a la intemperie, justo detrás de los caballos. Al cabo de unos minutos, escuché que la reja del castillo se abría y, poco después, surcamos el foso sobre el puente levadizo. Experimenté una felicidad silenciosa que causó que mis ojos se llenasen de lágrimas y me dije que jamás regresaría a ese lugar con vida por mi propia voluntad. Prefería hacerme matar por el vampiro que estaba frente a mí antes que dar marcha atrás.

—¿No viene con nosotros tu *valet de chambre*? —le preguntó Aurel a su primo.

—Tendré que prescindir de él por el momento —suspiró Imre—. Necesito que permanezca en el castillo para que mis conservas no se estropeen durante mi ausencia.

—Deberías deshacerte de ese despojo de ser humano de una vez —murmuró Aurel mirando por la ventana.

—¡Jamás! —dijo Imre indignado—. Mi viejo *valet de chambre* puede tener un pie en la tumba pero me he encariñado con él. Hasta he memorizado su nombre: se llama Gastón. Pienso retenerlo a mi lado hasta que muera. Me las apañaré sin él en el camino y tomaré un *valet* provisional en Venecia. La servidumbre es un mal necesario.

—No hablaba de Gastón —dijo Aurel poniendo los ojos en blanco—. Hablo del cura que tienes encerrado en tu calabozo personal, ese a quien te refieres como *tu tentempié*, *tus provisiones*, *tus conservas*… Dale el descanso eterno que él y los suyos prometen a los fieles cristianos.

—¡Ah! —rio Imre echando la cabeza hacia atrás y enseñando sus bellos colmillos blancos solo para adoptar una postura seria casi de inmediato—. No.

—¿Por qué te empeñas en mantenerlo vivo? —dijo Aurel entrecerrando los ojos.

Aunque yo también despreciaba a los sacerdotes de la índole del prisionero de Imre, la frialdad de Aurel me sorprendió.

—Precisamente —dijo Imre en tanto el cochero daba inicio a la marcha y dejábamos atrás la fachada del ala sur del castillo—. Los hombres de Dios no merecen la clemencia de la muerte… y este la merece aún menos por haber intentado poner sus dedos sucios sobre Vladislav, ¿lo olvidas?

—No, no lo he olvidado. Sin embargo, creo recordar que, antes de que quisiera acercarse a Vladislav, su prédica pública te había indispuesto tanto como para tenderle una trampa —dijo Aurel.

—Así es —dijo Imre—. Nada suscita mi ira como el proselitismo. Mi atención es valiosa. No consiento que nadie intente acapararla para tan burdos fines.

—Imre… la venganza es un acto breve que se deja atrás de inmediato —respondió Aurel.

—Es obvio que nunca te has vengado de nadie, querido —dijo Imre deslizando sus anteojos hacia el puente de su nariz para mirar a Aurel por debajo de las cejas arqueadas—. La venganza más satisfactoria es la que se prolonga mientras aún se siente rencor… y yo soy muy rencoroso.

—Opino que deberías matarlo a nuestro regreso —replicó Aurel.

—Dice el vampiro que nunca ha matado a una de sus víctimas —respondió Imre con una sonrisa socarrona.

—Tal vez te sorprenda una de estas noches —le dijo Aurel.

—¿A quién quieres engañar? Tratándose de ti, no puedo albergar esperanzas vanas —dijo Imre haciendo un puchero—. Escucha, sé que la idea de la tortura te perturba más que la posibilidad de matar. Por esto, cuando al fin me decida a desangrar a mi prisionero, te invitaré al calabozo para que atestigües la gran conclusión de mi venganza. Le informaré que voy a matarlo, y mientras él llora por su vida con el terror característico de quien comprende que jamás creyó en el Cielo, recitaré mi discurso *pre mortem* favorito: *¡Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo! ¡Dichosos los convidados a esta cena!* Ninguno más apto para despedir a curas y creyentes por igual.

Imre había citado las frases que se pronunciaban durante la elevación de la hostia en la eucaristía. Me estremecí de pavor pensando en la escena que acababa de describir, agradeciendo para mis adentros haber echado el crucifijo al fuego. Si la irreligiosidad me había salvado de sus garras cuando había estado a punto de matarme, cualquier semblanza de acercamiento al cristianismo me llevaría a la muerte.

—La posibilidad de matar no me perturba —replicó Aurel—.

Simplemente no necesito hacerlo. Tampoco me perturba la idea de que ese cura aborrecible permanezca encerrado a lo largo de su vida. Por el contrario, me regocijo cuando alguien como él importuna a una persona como tú sin imaginar lo que le espera. Lo encuentro gratificante. ¡Son tan escasas las instancias de retribución instantánea en la vida! Y, cabe resaltar, las amo más por casuales que por justas.

—Qué palabras más hermosas —murmuró Imre quitándose los anteojos del todo, sus ojos amarillos visibles en la oscuridad del compartimiento—. Es tan temprano y ya me has hecho feliz. Pero, dime, ¿por qué sugieres que lo mate, entonces?

—Las razones sobran —dijo Aurel.

—Dame al menos un par —exigió Imre.

—Como quieras. Para empezar, está claro que conservarlo vivo supone molestias innecesarias para ti.

—Es válida. La acepto —repuso su primo—. Dame otra.

—Tener que quedarse atrás con el fin de alimentarlo debió ser una gran decepción para el pobre Gastón, que no ha salido del castillo desde el año pasado —replicó Aurel—. Lucía muy entusiasmado con el viaje. Espero que pueda acompañarnos a Venecia el año que viene.

—¡Pero mi té vespertino, Aurel! —protestó Imre—. ¿Sabes qué? Si tanto te molesta, mátalo tú mismo cuando volvamos.

—No. Creo firmemente que, para que un asesinato sea satisfactorio, debe ser personal —respondió Aurel—. Las cosas que me interesan en la vida son pocas, y matar a un hombre desvalido no es una de ellas. Temo que me haría sentir más vacío por dentro. No me malentiendas, sabes que detesto a los curas tanto como tú. Quizás más. Aun así, pasado tanto tiempo, el placer de saberlo cautivo ha desaparecido para mí. Ahora que ha sido privado del poder que tenía como vocero de la Iglesia, lo encuentro más digno de lástima que otra cosa. No odio a este cura más que a los otros. Tú lo trajiste aquí. Es tu responsabilidad, no la mía.

—Te lo obsequio —lo presionó Imre—. Ya que odias a todos los curas por igual, es tu oportunidad de sacrificar a un emisario del cristianismo en nombre de todos los demás.

—No, gracias —reiteró Aurel—. La idea de ejecutar a una persona

por lo que representa me es aversa. Lo encuentro tan… cristiano. No seré yo el vampiro que juegue a la Santa Inquisición. Libre de mí convertir al cura en bruja. Aunque, cabe decir, un cura no es más que un brujo de sotana dedicado a recitar sortilegios, repartir pócimas sangrientas, conjurar entidades sobrenaturales y pedirles favores a los muertos. No voy a matar a tu cura, Imre. No tengo nada que solucionar en el mundo. He desistido.

—Yo los mataría a todos si pudiera. ¡Si tan solo no vivieran rodeados de crucifijos! —dijo Imre.

—Perderías tu tiempo. Aunque lograras asesinar a todos los sacerdotes cristianos, otros brotarían de la nada —afirmó Aurel—. Mira nada más cuántos magos ocultistas surgieron tras la Revolución francesa.

—No son la misma cosa —protestó Imre.

—Sí que lo son —dijo Aurel.

—¡Claro que no! —dijo Imre—. Un mago ocultista podría llegar a ser medianamente interesante. Un sacerdote cristiano jamás.

—Pero si son idénticos, Imre, ¿cómo no lo ves? —insistió Aurel—. Faraones egipcios, brahmanes hindúes, lamas budistas, rabinos judíos, curas católicos, pastores protestantes o magos ceremoniales, da igual. A todos se les atribuyen poderes únicos y conocimientos secretos. Todos se presumen capaces de administrar la trascendencia ajena. Son los ujieres de las salas de la eternidad, y no dejarán de existir mientras la humanidad siga creyendo que su propio devenir espiritual requiere la intervención de una especie de fiscal. Si toda una denominación sacerdotal fuera erradicada, los mismos adeptos a la deriva se encargarían de que una nueva apareciera de inmediato. Es lo que ha ocurrido desde que el sacerdocio fue instituido. La libertad ha sido intolerable para la mayoría desde aquel entonces.

—Basta, por favor, me robas las pocas esperanzas que me quedan —dijo Imre—. No quiero desprenderme de mis aspiraciones, por fantasiosas que sean. Me gusta pensar en el fin del clero como una posibilidad. Un vampiro también necesita soñar.

—Lo siento —rio Aurel—, es imposible. Además, un mundo sin sacerdotes no te habría convenido, créeme.

—¿Cómo qué no me habría convenido? —inquirió Imre—. Un mundo sin curas me habría hecho feliz.

—Los sacerdotes nos proveen una plétora de alimentos —dijo Aurel.

—No tienes por qué ser cruel. Sabes que he logrado alimentarme de muy pocos curas en la vida y que lo considero una derrota personal —se lamentó Imre—. De ahí que esté tan apegado al que tengo en el calabozo.

—Hablo de la sangre en general —respondió Aurel.

—No te comprendo, querido, requiero más claridad de tu parte —contestó Imre—. Devuélveme la ligereza primordial.

—Eso trato de hacer —dijo Aurel—. Mira, no es ningún secreto que los sacerdotes desean procurarse la descendencia directa de sus seguidores para que esta les sea obediente desde la infancia.

—Lo sé —dijo Imre mirando a Aurel con recelo—. ¿Y qué con eso?

—Mientras la humanidad crea que la vida es un privilegio mágico que debe ser transmitido, siempre habrá un sacerdote alentándola a procrear. Tal es el *uróboros* de la miseria humana, un círculo perfecto de agricultura mental.

—¿Agricultura mental? —inquirió Imre con gesto de disgusto—. ¡Qué horror! El servilismo del populacho nunca deja de escandalizarme.

—Así la llamo yo, puesto que la semilla de la dependencia espiritual echó raíces en la mente del hombre desde que este se asentó para dedicarse a la agricultura —dijo Aurel, y sus metáforas agricultoras no me pasaron desapercibidas—. Personalmente, lo encuentro lamentable. Sé que estás al tanto de lo anterior, pues nuestros ancestros Domány nos legaron este conocimiento.

—Sí, sí —dijo Imre—. Lo recuerdo de una manera vaga. Es solo que no le he prestado mucha atención al tema porque la historia de la humanidad me aburre a morir. Es un largo recuento de tropiezos e infortunios salpicado de triunfos banales. Solo me interesa la historia de los vampiros, pues hemos sabido dominar a pesar de todo.

—Precisamente —dijo Aurel—. Por las razones que expuse, esta agricultura mental, o subordinación al sacerdocio, ha terminado por brindarnos alimento en abundancia a ti y a mí. No hay esclavo más

dócil que aquel que rehúsa aceptar que la verdadera libertad yace en su finitud, y por ende en la terminación de su línea sanguínea. Vamos, alégrate. Las religiones agricultoras, entre las que se encuentra el cristianismo, giran en torno a la fecundidad como valor supremo. Gracias a estas y a sus sacerdotes, hoy podemos elegir entre gran multitud de víctimas sin ir demasiado lejos. Nunca conoceremos la escasez de sangre. Quizás, incluso, en un par de siglos nos veamos obligados a matar a los mortales corrientes por falta de espacio… si tenemos la suerte de vivir tantos años.

Ya no tenía dudas de que Baltasar había plagiado las ideas de Aurel. No solo tenía evidencia de las mentiras de Baltasar, sino que era muy poco probable que dos personas compartieran un pensamiento tan peculiar.

—Gracias, Aurel —ronroneó Imre jugando con su copa—. Me has dado otro motivo para despreciar a la plebe, lo cual siempre es grato. Y aunque jamás dejaré de reservarles un tipo de odio especial a los sacerdotes cristianos, me consuela que ellos también me sean útiles. Después de todo, yo también necesito criados de fácil reemplazo y alimento fresco. Que la agricultura mental, como la llamas, se difunda como maleza por los siglos de los siglos, pues. Yo nací cazador y quiero seguir degustando esos sabrosos frutos de carne y hueso. *Fructificad y multiplicaos, procread abundantemente en la tierra* —finalizó, elevando su copa con una sonrisa siniestra—. ¡Que nazcan los niños!

—Dicho como todo un obispo —comentó Aurel.

—Las comparaciones son odiosas. Recuerda que yo nunca engordo —rio Imre, quien parecía haber recuperado su buen humor—. Escucha, aprecio tu esfuerzo de solazarme sin mentirme. Solo para complacerte, mataré al cura a nuestro regreso si durante el viaje encuentro uno más apetitoso para surtir mi despensa… sobre todo porque este ha ido perdiendo su sabor. ¿Crees que se deba a que no recibe luz solar?

—Sí —dijo Aurel.

Imre debió notar la inquietud de Aurel porque le preguntó:

—¿Pero?

—Lo que deseo en realidad es que no traigas más prisioneros al castillo —suspiró Aurel—. Nos pones en peligro. ¿Recuerdas lo que le ocurrió a nuestra antepasada Báthory?

—Sí —dijo Imre pensativo—. Bien, lo pensaré. Por lo pronto, te reitero la invitación a presenciar la defunción de mi actual rehén. Tal vez logre despertar el asesino que llevas dentro.

—Cuán generoso de tu parte —respondió Aurel—. Me basta y sobra con la descripción teatral que hiciste del evento. ¿Quién necesita de la ópera cuando te tiene a ti?

—Qué puedo decir —comentó Imre encogiéndose de hombros—. El mundo es mi tablado y yo me esmero en complacer a mi audiencia.

—Jamás decepcionas —contestó Aurel con una media sonrisa.

—¡Me honras! —dijo Imre—. ¿Sabes? Siempre que asisto a algún recital, me encuentro pensando que me gustaría incursionar en la actuación. La luz de las candilejas me haría lucir magnífico. Es una lástima que el vulgo se haya adueñado de la profesión.

Aurel soltó una carcajada.

—El vulgo no se ha adueñado de nada —dijo—. Si yo tuviese tu histrionismo, reclamaría los papeles más controversiales que el teatro tiene para ofrecer. De hecho, podrías poner en escena alguna obra olvidada, como esa que se le atribuye al conde de Rochester, *Sodoma o la quintaesencia del libertinaje*. Estoy seguro de que tu naturalidad sería loada.

—Adulador —dijo Imre entre risas—. ¿Verdad que mi primo es un encanto, Paulina? —añadió, girándose hacia mí.

Di un respingo y asentí un par de veces, mirando a Aurel de reojo y balbuciendo:

—Lo es, señor.

Más que por el curso de la conversación, estaba atónita pues, de algún modo, la gentileza de Aurel había causado que yo pasara por alto algunos rasgos de su carácter que ahora salían a flote, como el placer que derivaba del infortunio de quienes hacían enemigos aún más perversos que ellos, su ironía ligera y, más importante aún, la ausencia total de compasión por los sacerdotes.

Los caballos trotaron con mayor velocidad al llegar al descenso del

camino montañoso, y entonces Imre extrajo del cesto una botella de licor y un sacacorchos de plata.

—¡Qué empiece la fiesta! —exclamó con una sonrisa triunfal, destapando la botella en un par de segundos. El líquido burbujeante se derramó sobre su guante y goteó sobre la alfombra—. ¡Pronto, las copas!

Aurel tomó entre sus manos tres copas vacías y las sujetó unidas bajo la boca de la botella para que Imre las llenara de licor.

—Adiós, Świętokrzyskie —dijo Aurel extendiéndonos una copa a mí y otra a Imre—. ¡Salud, vosotros dos!

—¡Salud! —exclamó Imre, y yo me les uní en un murmullo poco después, rogando que ese adiós fuese permanente para mí.

Mis dos acompañantes lucían alegres y entusiasmados por lo que se avecinaba, y aunque yo aún no pudiese desprenderme de aquella familia maldita, bebí toda mi copa saboreando esos primeros instantes de libertad relativa: solo saberme fuera del castillo cambió mi estado anímico. Me sentí fuerte y optimista, como si empezara a recobrar parte de mi alma.

—Beba, Pavlova —dijo Imre llenando mi copa hasta el borde de nuevo—. Será un viaje largo, y tanto Aurel como yo necesitamos que usted sea una compañía grata.

—Procuraré serlo, señor —le dije con una pequeña sonrisa, bebiendo pronto. Aurel y él, mientras tanto, ya se servían la tercera copa.

—No procure serlo. Séalo —replicó Imre.

—No hay mejor vista que la del castillo en lo alto de la colina, haciéndose pequeño conforme el coche avanza —dijo Aurel, quien miraba hacia atrás por el cristal—. A pesar del peligro que dejarlo supone, alejarme de sus muros siempre me hace bien.

Tal vez por los comentarios religiosos de Imre, pensé en la mujer de Lot y no quise mirar atrás. Temía que el castillo me atrajese hacia él de nuevo. Aún no podía creer que hubiese obedecido su llamado en primer lugar, ¿qué tan malo podía ser mi tino? Ahora, sin embargo, no era tiempo de lamentarme sino de celebrar.

—Yo, en cambio, amo el castillo —dijo Imre—. Amo saberme el

señor de un lugar tan bello. Aun así, Venecia en épocas de carnaval es insuperable. En especial porque, puesto que su celebración pública aún está regulada, las fiestas privadas son más opulentas. La prohibición de lo dionisíaco solo sirve para exacerbarlo… gracias a Satanás.

—La prohibición de lo religioso tiene el mismo efecto —comentó Aurel y agregó con una sonrisa—: Cuán entrañable que aún creas en el demonio, por cierto.

—Lamento que hayas perdido tu fe, Aurel —contestó Imre.

—Nunca tuve fe —dijo Aurel.

—No me digas —replicó su primo llevándose la mano enguantada a los labios entreabiertos—. Me sorprende que tu madre no haya logrado inculcártela, era muy devota. En lo personal, aunque no sea yo un practicante diligente, creer en el diablo me brinda paz para afrontar lo que me gusta llamar *la noche a noche*, mi cotidianeidad, así como esperanza al contemplar la posibilidad de un más allá. ¿Cuál es su credo, Paulina?

Lo miré estupefacta.

—No tengo uno —tartamudeé.

—Sea más específica —pidió retorciendo un mechón de cabellos rojos entre sus dedos.

—Pues… yo… ya que me es imposible determinar con certeza qué es lo que hay antes o después de la vida, prefiero admitir mi ignorancia —respondí con timidez—. Solo sé que nada sé.

—¡Una criada agnóstica! —exclamó Imre—. ¡Qué original! ¿Quiere decir que, tras conocer a mi familia, aún no cree en el diablo? ¿Qué más pruebas necesita?

—Lucyna ya ha sufrido demasiado a causa de nosotros —le dijo Aurel—. No necesita, además, imaginar que el diablo la persigue.

—Tan solo bromeo, niña —afirmó Imre—. El diablo no tiene la culpa de los padecimientos que los vampiros le hayamos infligido. Somos criaturas autónomas.

—Somos mucho peores que una entidad infernal ilusoria —sentenció Aurel.

—El diablo existe, Aurel, solo invítalo a tu corazón —replicó Imre

con una risita—. Si tuvieras fe como una semilla de mostaza... En fin, un adorador del demonio que se precie de ser moderno no debe incurrir en fanatismos, así que no puedo menos que tolerar vuestras respectivas posiciones. Sobre todo porque no son cristianas.

Respiré aliviada.

—Gracias —replicó Aurel con tono burlón.

—Ya sé que vuestro romance no es más que una charada para distraer a Magdolna —dijo Imre cambiando de tema de repente y mirándonos a uno y otro con expresión felina—. Me alegra que tengamos este rato a solas para hablar al respecto.

—Nosotros… —empezó a decir Aurel.

—Déjame proseguir —lo interrumpió Imre—. Quiero deciros que apoyo vuestra estrategia, y que lo que hagáis en soledad es asunto vuestro, así que no necesito detalles. Confío en que esto haga que Magdolna olvide la indiscreción de Pavlova con Baltasar, y más ahora que comenzarán los preparativos de su boda. Por lo demás, hacéis una bella pareja, así que veros juntos no ofenderá el sentido de la armonía de nuestros comensales sino que, por el contrario, les proporcionará un delicioso tema al respecto del cual cotillear. Deberás comprarle vestidos lujosos a Pavlova cuando lleguemos a Venecia, Aurel, o de lo contrario las gentes no solo cuestionarán vuestro idilio sino que adquirirás la reputación de ser un hombre avaro, y no hay por qué despertar ese tipo de murmuraciones. Yo puedo acompañarla donde la modista ya que tú no puedes salir durante el día.

—Te lo agradezco —le dijo Aurel con expresión afectuosa.

—No tienes nada que agradecer, me dará gusto llevarla de compras con tu dinero —dijo Imre—. Cuento con que me obsequies una que otra cosa a mí también. Recuerda que un hombre tacaño no es un hombre.

—Será un placer. Mis arcas son tus arcas —rio Aurel.

—Muchísimas gracias, señores —dije.

—Paulina, una mujer nunca debe agradecer los regalos que le hace su amante —dijo Imre.

—Pero él no es mi… —empecé a decir.

—¡Silencio! —ordenó Imre—. No lo diga ni en broma, no sea que la

lengua la traicione más adelante. Diga, más bien: *Aurel es mi amante*. Y cuídese de llamarlo señor. Vamos, repítalo.

—Aurel es mi amante —dije tragando en seco.

—Dígalo de modo que parezca verdad —insistió Imre.

—Aurel es mi amante —dije irguiéndome en mi asiento y adoptando una postura vanidosa, pues el licor me ayudaba a seguirle el juego.

—¡Maravillosa! —dijo Imre—. Así quiero verla a partir de ahora: altiva, confiada, orgullosa de su papel. ¡Es la amante de Aurel Domány-Nádasdy!

Miré a Aurel de soslayo. Tuve la impresión de que estaba un poco azorado.

—Tendrás que empezar a llamar a Lucyna por su nombre si quieres ayudarnos —le dijo a Imre, quien volvió a llenar nuestras copas.

—Tonterías —replicó Imre—. Déjame ser libre. Quizás me refiera a ella, simplemente, como *la amante de Aurel*. Eso se prestará para situaciones divertidas, pues varias damas casadas podrían sentirse aludidas en momentos poco oportunos. ¡No puedo esperar! Por cierto, Aurel, supe que *madame* Lavigne enviudó recientemente. Tendrás que ponerle fin a ese coloquio sexual en cuanto lleguemos, pues debe estar aguardándote con la intención de que la hagas tu esposa.

—Ya le había puesto fin, Imre —replicó Aurel—. Esos… coloquios, como los llamas, jamás duran más de una temporada.

—Mejor aún. Entonces puedes tomar una nueva amante —le dijo Imre con un guiño.

Sentí una punzada de celos tan acerba que me sorprendí a mí misma. Me llevé la mano al pecho, procurando calmar aquel dolor que parecía físico. ¿Qué demonios me ocurría? ¡Aurel era mi amigo! ¿Por qué, si su pasado no me importaba, ahora me molestaba la posibilidad de que tomara una nueva amante? ¡No quería pensar en él intercambiando sonrisas y miradas con las señoras de Venecia! ¡No quería imaginarlo con otra mujer!

—¿Se encuentra bien, Pavlova? —inquirió Imre—. ¿Le molesta la idea del adulterio?

—¡En absoluto! —me apresuré a decir—. ¡Me encanta!

La pregunta me había tomado desprevenida. Aurel se giró hacia mí.

—¿Cómo dice? —preguntó atragantándose con el licor—. ¿Le encanta el adulterio?

¿Por qué había afirmado algo semejante y que además no era cierto?

—Quiero decir… sería incapaz de juzgar a quien se ha involucrado con una persona casada —mascullé sudando de los puros nervios—. La persona que adultera es quien toma la decisión de adulterar, al fin y al cabo.

—Es lo que siempre he pensado yo —dijo Aurel encogiéndose de hombros.

—Cómoda posición —intervino Imre dirigiéndose a mí—. Después de todo, ya sedujo al prometido de una vampiresa. No solo codició, sino que obtuvo al hombre de la prójima. Es bello cuando, gracias a una escapatoria filosófica, la culpa recae sobre otra persona, ¿verdad? Usted excusa la lujuria siempre y cuando esté ligada a su propia satisfacción.

—Quizás —balbucí. Había bebido demasiado y me costaba pensar —. No lo sé. Nunca he estado en posición de traicionar a alguien o ser traicionada. Por ende, no he considerado las implicaciones morales del adulterio en profundidad.

—Aurel sí que ha considerado las implicaciones morales del adulterio —dijo Imre—. Tanto así que le ha encontrado la justificación perfecta: solo tiene amoríos con mujeres casadas pues cree que eso impedirá que ellas se ilusionen con él más de la cuenta. No quiere romper sus corazones. ¡Es un vampiro benevolente!

—Eso no es cierto en absoluto —respondió Aurel—. Y no soy benevolente.

—Eres benevolente *para ser vampiro* —afirmó Imre—. Concédeme al menos eso. Sabes que te adoro, no pretendo ofenderte. De hecho, tus intentos fallidos de minimizar el sufrimiento ajeno me resultan conmovedores.

—¿Qué intentos fallidos? —inquirió Aurel entre extrañado y divertido.

—Hagas lo que hagas, tus amantes terminan por enamorarse de ti

—dijo Imre—. ¡Cuánto deben sufrir al saberse olvidadas! El camino que conduce al infierno está empedrado de buenas intenciones y el diablo te espera, sus alas de quiróptero abiertas de par en par. Será mejor que empieces a cultivar una buena relación con él.

—Jamás he pretendido proteger los sentimientos de mis amantes —rio Aurel.

—¡Ah! Esa frase es un bálsamo para esta alma nocturna que se rebela contra el altruismo. Explícame entonces tu proceder, te lo ruego —pidió Imre dejando caer la botella vacía sobre la alfombra.

—El compromiso matrimonial preexistente de las damas en cuestión exige que solo pueda verlas en secreto, lo cual me conviene —repuso Aurel.

—¿Por qué? —inquirió Imre frunciendo el ceño—. ¿No te parece que ya te ocultas demasiado a causa del vampirismo? Yo disfruto ostentar a mis conquistas y, sobre todo, que mis conquistas me ostenten a mí.

—La brevedad y clandestinidad de esos encuentros evita que Baltasar busque matar a dichas mujeres con el fin de quitarme algo que bien podría creer que amo. Y aunque ellas mismas pueden cuidar de sus tiernos corazones infieles, yo no estoy dispuesto a dejar una estela de amantes muertas a mi paso. Quiero poder vivir en paz. Mi proceder es, pues, puramente egoísta —concluyó—. ¿Satisfecho?

Su respuesta me heló la sangre. ¡Baltasar! Aurel tenía que planear cada paso con cuidado para no provocar su sevicia. No podía siquiera cortejar a quien su corazón eligiera. Especialmente no a quien su corazón eligiera, me dije de inmediato, recordando la historia de su primer y único amor.

—Oh, querido, por supuesto —replicó Imre con voz suave—. Debí adivinarlo antes… hice mal en juzgarte con premura. Creí que deseabas eludir toda expectativa de compromiso. Lo cierto es que nunca puedes ser lo bastante precavido en lo que respecta a Baltasar. Haces bien en ahorrarte problemas. Pero lo importante es que tú estés a gusto con la situación.

Aurel asintió.

—Funciona para mí —dijo.

—Bien, ambos tenéis historias parecidas —afirmó Imre inclinándose hacia nosotros—. En el amor y en el placer, habéis elegido permanecer en las sombras. Será interesante veros exhibir lo que os esmeráis en esconder —y entonces agregó mirándome a los ojos—: Es un alivio poder hablar con soltura ante usted, Pavlova. Debo decir que me alegra que conozca nuestro secreto. Lo encuentro liberador.

57
El refugio

Aunque aquella pareciese haber sido una conversación trivial para los dos vampiros, fue para mí un despertar dentro de un nuevo tipo de infierno. En primer lugar, el desprendimiento con que trataban aquellos temas ponía a prueba mi cordura, aterrándome aún más que los actos en sí. Sufría lo indecible pensando en sus criados muertos, en sus prisioneros torturados y en las víctimas por venir. Por más que Aurel no les diese muerte a estas últimas, no se inmutaba ante la perversidad de su primo y, por el motivo que fuese, lo alentaba a matar al sacerdote que se hallaba en el calabozo. Hicieran lo que hiciesen, los Domány-Nádasdy siempre dejarían ríos de sangre a su paso. Ahora que me había convertido en una especie de confidente de la familia, me parecía que esa sangre me manchaba de forma indirecta.

En segundo lugar, la amistad que sentía hacia Aurel se transformaba en atracción minuto a minuto con su cercanía, muy a pesar de esos rasgos de carácter vampíricos que él no se molestaba en ocultar ante mí. ¿Y por qué habría de ocultarlos cuando no buscaba engañarme con una fachada construida con base en mi sentido de la moralidad, como lo había hecho Baltasar? Peor aún, su indiferencia hacia el mundo hacía que yo apreciara más los gestos de humanidad que tenía para con las víctimas de Magdolna y Baltasar, entre las cuales me incluía. Ya fuese que obrase movido por la ira hacia su hermano y su prima, o por una piedad que les reservaba solo a los directamente perjudicados por los juegos de aquellos dos, no importaba. Pensar en los cuidados que me había prodigado mientras estaba enferma me maravillaba, me confundía y llenaba de una dulzura angustiante que me hacía estremecer hasta los huesos, pues sabía que, para entonces, él ya no esperaba nada de mí. La totalidad de Aurel envolvía mi mente, pues, con su luz y su sombra, y yo quería huir de aquel

sentimiento tanto como quería huir de su familia.

Antes de que amaneciera, nos detuvimos en el primer refugio, una enorme mansión de fachada blanca en el valle nevado. Vi a Baltasar y a Magdolna bajar del coche en la distancia, mi rostro oculto dentro de la capucha de mi abrigo. Agradecí que Aurel me obligase a entrar a la casa, tras de lo cual me guio a sus aposentos en la parte anterior de la primera planta, sin darle tiempo a nadie de interceptarme. Si Imre había visto mis cicatrices, había elegido no decir nada. Quizás no era tan malvado como su hermana, o quizás estuviese esperando un momento a solas conmigo para expresar cuán repulsivo hallaba mi aspecto ahora arruinado. Como fuese, aquel era el menor de mis problemas. Estaba por compartir un lecho con Aurel.

Así como en el castillo, un hogar encendido nos esperaba en su habitación, por lo cual deduje que los Domány-Nádasdy habían informado con antelación a los empleados de la mansión que visitarían la propiedad. Aquella era una estancia preciosa cuyos muros estaban recubiertos de papel de colgadura de estrechas franjas rojas y doradas. Aunque, al contemplar la fachada desde fuera, yo podría haber jurado que cada uno de los espacios de la mansión contaba con amplias ventanas a la francesa, aquella habitación que colindaba con el exterior no tenía ninguna. Se lo comenté a Aurel, quien a la sazón graduaba la llama de una lámpara de porcelana que se hallaba sobre el escritorio.

—Son ventanas falsas —explicó él, quitándose el abrigo y la chalina, los cuales dejó caer sobre una silla—. No hay una sola ventana real en toda la casa, por nuestra seguridad general. Esta habitación cuenta con una sala de baño *en suite*. Está tras esa puerta —dijo, señalándola —, y tiene todo lo que usted pueda necesitar. Yo debo atender un asunto urgente. Me tardaré a lo sumo un par de horas. Si tiene sueño, no dude en irse a dormir. Este es mi espacio personal y ninguno de mis parientes tiene permiso de entrar. Estará a salvo aquí. No le abra la puerta a nadie, sin importar lo que afirme.

Dicho esto, salió antes de que yo pudiese replicar y cerró la puerta a sus espaldas. Tras haberme refrescado en la sala de baño, me miré en el espejo. Mi palidez extrema acentuaba la negrura de mis ojos, y mi

trenza se había deshecho a medias por el movimiento del vehículo. Me acerqué al fuego para calentarme, frotándome los dedos mientras observaba el lecho preparado para Aurel, cuya cubierta había sido doblada parcialmente de modo que las almohadas quedaran al descubierto: no tenía postes de madera ni cortinas y no era tan grande como los del castillo. A duras penas si cabríamos en él sin tocarnos. Cuando la puerta se abrió, por poco pierdo el equilibrio: un sirviente de edad avanzada pasó sin llamar, dejando una bandeja con alimentos sobre la mesa y algunas prendas de vestir sobre el lecho.

—Las ropas son para usted —dijo—. Se las manda el señor Aurel. Pidió que le trajera también algo de comer —añadió dándose media vuelta y saliendo de la habitación.

¡Había olvidado que los mortales corrientes no tenían que obedecer las mismas reglas que los vampiros! Tuve que sentarme un rato en la cama para reponerme del susto. Al examinar las prendas, descubrí que Aurel me había enviado un camisón de dormir y una bata de seda. Agradecí su gesto para mis adentros y regresé a la sala de baño para cambiarme: mi equipaje aún se hallaba en el coche, y ahora que estaba en una habitación tibia me moría por quitarme el abrigo y el incómodo traje negro de Petronȳa. El camisón de dormir era blanco y de una suavidad extraordinaria. La bata era de color azul rey con flores color azul celeste. Me la puse por encima del camisón, ajustando su cinto en torno a mi cintura. Esa noche, por primera vez, no me molesté siquiera en destapar las fuentes que me habían llevado: estaba demasiado intranquila para comer. Puesto que la habitación contaba con una gruesa alfombra persa de pared a pared, me quité las botas y los calcetines para calentarme los pies junto al fuego. No bien pasada media hora, me tendí sobre el lecho a descansar sin atreverme a meterme bajo las cobijas.

—¡Señorita Pawlak!

La voz de Elzbieta al otro lado de la puerta me sobresaltó. Corrí hacia ella sin atreverme a abrirla aún.

—¡No puedo dejarla pasar sin consentimiento de su tío Aurel, señorita! —murmuré desde el interior de la habitación—. ¡Lo siento!

—Da igual, no podría pasar sin la autorización de él —replicó su

voz—. ¡Abra la puerta aunque sea unos centímetros!

Aunque me urgía saber qué quería decirme, no me atrevía a desobedecer la clara instrucción que Aurel me había dado.

—¿Qué demonios haces aquí?

La voz de Aurel resonó en el corredor. ¡Había regresado! Por lo demás, reparé en que sonaba furioso. Aguardé en vilo a que Elzbieta le respondiera pero, en vez de su voz, escuché la de Magdolna:

—Solo quería asegurarme de que la institutriz realmente estuviera aquí contigo y no con Baltasar —dijo—. Como sabes, él y yo aún no dormimos juntos.

—Lárgate —rugió la voz de Aurel—. Te advertí que te mataría si vuelves a tocarla, y lo haré de ser necesario. Será una muerte dolorosa, Magdolna. ¿Quieres perder la vida por una sospecha infundada?

—Nadie tiene por qué morir —respondió Magdolna—. Pero, Aurel… tu corazón corre más peligro en manos de esa sirvienta que bajo una estaca. Baltasar ya la hizo suya, y ella lo ama. Escucha mi consejo desinteresado: no permitas que tus emociones te enceguezcan.

Tras unos segundos de silencio, escuché que sus pasos delicados se alejaban. Poco después, la puerta se abrió y Aurel se adentró en la estancia. Puesto que yo apenas si había alcanzado a retroceder un poco y aún me hallaba lo bastante cerca de la puerta, nuestros ojos se encontraron.

—Pensé que se habría ido a dormir —me dijo con voz ronca. Aun si su tono era amable, fruncía el ceño y daba la impresión de estar verdaderamente alterado. Comprendí entonces que él no contaba con que yo lo hubiese oído todo.

—No —repliqué dando algunos pasos atrás mientras él aseguraba la puerta.

—¿Escuchó lo que acaba de ocurrir ahí fuera? —inquirió dándose la vuelta hacia mí.

Yo asentí. Aunque ahora tenía la impresión de haberme inmiscuido en una conversación ajena, no tenía sentido mentirle.

—Magdolna se hizo pasar por Elzbieta —dije, tragando en seco.

Aurel dio un paso hacia mí y se detuvo a muy corta distancia para

mirarme a los ojos.

—¿Ama a Baltasar, Lucyna? Le ordeno que me diga la verdad.

Su pregunta me tomó por sorpresa, así como que usara su poder de vampiro para forzarme a confesar mis sentimientos ocultos de repente.

—¡No! —exclamé sintiendo que la sangre ascendía a mi rostro—. ¡Lo odio con toda mi alma!

¡*Solo pienso en usted, y no puedo explicar cómo algo así puede estar ocurriéndome después de haber creído amar a su hermano!*, dije para mis adentros, agradeciendo que él no me hubiese compelido a proporcionarle esa información. Lágrimas de angustia afloraron a mis ojos y me las enjugué de prisa con las yemas de los dedos. Aunque aún fruncía el ceño, la expresión de Aurel se suavizó al oír mi respuesta.

—Bien —dijo—. Porque realmente estoy dispuesto a matar a mi prima si le hace algo a usted… y sería triste morir por una mujer que todavía ama a Baltasar a pesar de todo lo que él le ha hecho.

—¿De verdad necesitaba usar sus poderes para confirmarlo? —inquirí un poco indignada por el método que había empleado para obligarme a hablar—. ¿Cree que osaría engañarlo *a usted* al respecto de algo tan serio?

Aurel tomó un respiro hondo y, poco a poco, pareció recobrar la calma.

—Lucyna, le he dicho que hace bien en desconfiar de todos los vampiros, ¿verdad?

—Sí —dije mirándolo de lleno.

—Eso me incluye también. Desconfiar es tan natural para mí que no solo lo comprendo en los demás sino que lo aliento. Todo lo ocurrido entre usted y Baltasar es tan reciente que sería apenas natural que aún creyese estar enamorada de él. ¿Puede perdonarme por haber dudado de su palabra?

—No tengo nada que perdonarle —exhalé sosegándome a mi vez—. Ya ha hecho más por mí que ninguna otra persona en el mundo.

Solo entonces noté los goterones de sangre en su camisa blanca. Él tuvo que haber percibido el movimiento de mis ojos porque se giró para mirarse en el espejo de inmediato. Lo escuché maldecir por lo bajo, tras de lo cual procedió a deshacer los botones de su camisa con

increíble velocidad. Para cuando se dio la vuelta hacia mí, ya no la llevaba puesta. Observé la perfección de su torso desnudo haciendo un esfuerzo por conservar la compostura.

—No esperaba tener que salir a alimentarme esta noche —dijo evadiendo mi mirada—. Habría preferido evitar exponerla a las pruebas del vampirismo de mi familia.

—¿Esto… lo avergüenza? —pregunté mirando hacia el espejo para no poner en evidencia la turbación que su piel expuesta me causaba, con tan mala suerte que el reflejo del cristal me enseñó la musculatura de su espalda descubierta y sus hombros fuertes.

—Sí —dijo en una exhalación—. Desearía no ser un monstruo.

Si lo era, era el monstruo más bello que hubiese existido jamás.

—¿De quién se alimentó en tan corto tiempo? —seguí el curso de la conversación intentando apartar mis pensamientos de su hermosura.

—De la viuda que ocupa la mansión vecina —dijo aclarándose la garganta—. La sangre le sobra. Dudo que se sienta débil al despertar siquiera.

—¿Ya se había hecho invitar de ella antes? —inquirí volviendo los ojos a su rostro.

Él asintió mirándome por debajo de las negras pestañas espesas.

—Es una fuente de alimento conveniente para mí —dijo.

—¿Es una de sus amantes? —me atreví a preguntar imaginando que tal vez no solo se había alimentado de la viuda.

Aurel soltó una carcajada.

—¡Definitivamente no! —respondió girándose hacia la sala de baño, cuya puerta abrió—. Fui su comensal alguna vez. Da unos banquetes espléndidos —agregó adentrándose en la estancia adyacente—. Debo lavarme, aguarde.

Puesto que no cerró la puerta tras de sí, escuché la salpicadura del agua fresca durante varios minutos. Aurel emergió de la sala de baño con el rostro y los cabellos húmedos. Un fino hilo de agua se deslizaba por la hendidura vertical que surcaba de arriba abajo su pecho y abdomen. Sostenía en la mano una tela limpia con la que se secó. Si bien su comportamiento era impúdico, también era obvio que no se exhibía ante mí adrede.

—Esta es la razón por la cual solemos llevar ropas negras cuando sentimos que esa sed particular está por despertar en nuestro interior —prosiguió sacando otra prenda del armario y procediendo a ponérsela. Era una camisa de noche de color negro. Yo nunca había visto una antes, puesto que las prendas de dormir de la época eran comúnmente blancas—. La urgencia me tomó por sorpresa al llegar aquí. Supongo que se debe a que no pude salir a cazar ninguna de las noches anteriores mientras custodiaba la torre.

Mientras me cuidaba a mí, pensé.

—Gracias, Aurel —dije—. Perdóneme por causarle tantas incomodidades.

—No me ha incomodado usted en ningún momento —dijo él mirándome con fijeza. Las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba—. Por el contrario, ha sido un placer arrebatársela a Magdolna y Baltasar.

Al menos eso le brindaba cierta satisfacción. Si lo que Imre había dicho era cierto, aquella era su primera venganza. No me molestaba que esa fuese su motivación: lo entendía y me alegraba que pudiese darse ese gusto al ayudarme. Creía que verlo vestido de nuevo me haría sentir menos consciente de su atractivo, pero no fue así. Una vez percibido, no podía dejar de notarlo en todo momento. Elzbieta se equivocaba: Baltasar no era el más guapo de los hombres Domány-Nádasdy. Comparado con Aurel, carecía de un tipo de ímpetu que no atinaba yo a calificar, pues me era imposible saber si esto residía en su carácter o en sus movimientos. Tal vez fuese la esencia de Erzsébet la que hacía a Baltasar un poco más femíneo que Aurel e Imre, me dije, retorciéndome por dentro. En todo caso, Aurel había desplazado a Baltasar de mi mente, y yo me preguntaba qué habría ocurrido si, en vez de haber entablado amistad con Baltasar al llegar al castillo, hubiese conocido a Aurel. Probablemente nada, ya que Aurel parecía estar determinado a guardar las distancias entre él y yo. Sin embargo, estaba segura de que solo haber cruzado unas palabras con él habría prevenido que me fijara en su malicioso hermano.

—¿Por qué insiste usted en que Imre mate al sacerdote que tiene prisionero, Aurel? —le pregunté.

—No quiero que lo mate —dijo Aurel—. Quiero que lo libere.

Lo miré con ojos como platos.

—Pero usted se lo sugirió tantas veces… —murmuré.

—Lo sé —sonrió—. Busco persuadir a mi primo paso a paso. No conseguiré mi objetivo si le revelo mis verdaderas intenciones o mi razonamiento. Debo mostrarme impasible antes de sugerirle una alternativa al asesinato.

—¡Cómo! ¿No odia usted a los sacerdotes? —inquirí confundida.

—Sí —dijo él—. Desprecio su ocupación. Y el prisionero de Imre se destaca, además, por los actos que ha cometido a lo largo de su vida. Tuve ocasión de interrogarlo y extraer la verdad de él. Prefiero no describir lo que les ha hecho a un sinfín de víctimas indefensas. Lo mismo que planeaba hacerle a Vladislav. Ya puede usted imaginarlo.

Sacudí la cabeza. No quería pensar en algo tan sórdido.

—Pero entonces, ¿por qué quiere que Imre lo libere? —pregunté anonadada.

—Quienes creen en Dios y en la justicia divina se ven constantemente decepcionados porque, como es evidente, ni el primero ni la segunda existen. En su afán de reconciliar este hecho irrefutable con las creencias a las que se aferran, buscan hacer justicia por mano propia, convenciéndose de que obran en nombre de Dios. Yo no creo en Dios, y por ende no siento la necesidad de tomar su lugar.

—Si ese hombre es liberado, nada le impedirá volver a sus viejas andanzas —susurré.

—Si usted supiera cuántos tíos, padres, abuelos, hermanos, primos o maestros hacen justo lo mismo día a día y noche a noche, lloraría por dentro todo el tiempo y ya jamás podría olvidarlo —dijo él—. No es exclusivo de una ocupación, aunque en el caso del sacerdocio sea casi una garantía. Hay, incluso, mujeres que perpetran actos similares cuando pueden salirse con la suya. Es un asunto cuya única solución es la extinción plena y permanente de la humanidad. Mientras esta exista, los más débiles e inocentes serán ultrajados.

—¡Eso no significa que los culpables no deban ser detenidos! —objeté conmocionada por lo que él acababa de describir. ¿Cómo podía ser cierto que algo tan abominable fuese común?

—No he dicho que no deban ser detenidos —me corrigió—. Los hombres como él deben ser, ora expuestos, ora ser ajusticiados por sus víctimas y quienes las quieren bien, no encerrados en mazmorras clandestinas sin que nadie conozca la razón por la cual desaparecieron. Después de todo, cuentan con el silencio de aquellos a quienes hieren para poder seguir haciendo lo que hacen.

—Las víctimas de ese cura deben estar celebrando su ausencia —me encontré defendiendo el proceder de Imre de repente.

—Es un sacerdote, Lucyna —dijo Aurel enternecido—. Ya hay otro igual en su lugar.

—¿Qué sugiere que haga su primo con él, entonces? —pregunté.

—Creo que Imre debería liberarlo en las montañas que rodean el castillo para que él encuentre su propio destino. Dudo que viva para contar la historia de su cautiverio pero, lo haga o no, se lo deberá al azar y no a un vampiro lunático que jugó a ser Dios, o a ser el diablo, que es la misma cosa. Supongo que habrá notado que Imre cree ser una especie de deidad.

Asentí, pensando que tal vez lo fuese a su modo. Al considerar las verdaderas intenciones de Aurel, me pregunté si no sería yo más cruel que él, o al menos más arrogante en cuanto a la justicia.

—Pero espere… si ese sacerdote sobreviviera y delatara a Imre, ¿no estarían ustedes en peligro? —inquirí.

—¿Qué pruebas tendría? —rio Aurel—. Sería su palabra contra la nuestra. La palabra de un sacerdote pobre contra los nobles y poderosos Domány-Nádasdy. Estaría, irónicamente, en la misma situación en la que ha puesto a todas sus víctimas.

—¿Y si la Iglesia lo respaldara? —continué.

—La Iglesia no respalda a los sacerdotes de bajo rango y menos aún cuando estos pretenden importunar a la nobleza en público. Solo se molesta en encubrir las aberraciones de las que todo el clero es cómplice. Por lo demás, mi familia podría amenazar con contar lo que sabe al respecto de los actos consumados por el sacerdote. ¿Imagina a Vladislav y Elzbieta como testigos? Mis sobrinos saben mentir como nadie. Sería un escándalo sin precedentes.

—Supongo que sería más peligroso para ustedes que alguien lo

hallara cautivo dentro del castillo —dije recordando lo que Aurel había mencionado al respecto de tener prisioneros.

—Ese sí que sería un desastre —dijo Aurel—, y es preciso evitarlo a como dé lugar. No mentía cuando le dije a Imre que no quiero repetir la historia de Erzsébet Báthory. Aun si es difícil que algo así ocurra, no quiero correr ese riesgo.

—¿Se fían ustedes de los guardias cuando se hallan ausentes? —pregunté.

—No tenemos otra opción. Sin embargo, los he conocido a todos —dijo—. Son hombres de un salvajismo único, perturbados por su experiencia previa en las guerras. Le profesan una lealtad ciega a quien paga su salario. Y no saben que somos vampiros.

—Todo este asunto me horroriza —dije en voz baja.

—Lo sé —dijo Aurel—. La felicito por no haberse mostrado afectada mientras nos escuchaba hablar a mi primo y a mí en el coche. Veo que no tocó sus alimentos —añadió observando las fuentes aún cubiertas sobre la mesa.

—Los comeré luego —dije.

—Bien, yo me iré a dormir —afirmó él—. Hay algunos libros en el cajón del escritorio, por si desea entretenerse.

Dicho esto, se acostó en el lecho cuan largo era, cubriéndose hasta la cintura con las mantas. Minutos después, pareció quedarse profundamente dormido. Por muchos nervios que tuviese, yo también estaba exhausta. Disminuí la intensidad de la llama de la lámpara y verifiqué que Aurel le hubiese echado el cerrojo a la puerta, antes de quitarme la bata azul y meterme bajo las cobijas a su lado, guardándome de tocarlo. Aurel no hacía ningún ruido al dormir, siendo su respiración apenas perceptible. Me acomodé de costado, dándole la espalda para crear una sensación de división entre los dos, y el crepitar de la madera seca en el hogar me arrulló mientras pensaba en los últimos sucesos de la madrugada.

58
Carne de tu carne

Tuve sueños confusos en los que estaba casada con un hombre al que creía amar, pero otro hombre aparecía de repente en el umbral de mi puerta, haciéndome cuestionar todo lo que había sentido hasta ese momento. Ese segundo hombre era Aurel. Era demasiado tarde para deshacer el compromiso vitalicio que había adquirido por mi propia voluntad, y por ello el más espantoso desconsuelo se apoderaba de mí. Ya nunca sería libre para expresarle mis emociones a quien debía haber sido mi destino.

Cuando desperté, faltaba poco para que partiéramos, por lo que solo tuve tiempo para vestirme y hacer un intento por comer los alimentos que me habían llevado la noche anterior, a la sazón fríos.

—Llevaremos un cesto con más alimentos y vino para el siguiente tramo del viaje, descuide —dijo Aurel, que ya se había vestido. Aquella noche llevaba los cabellos sueltos y ropas negras impecables —. No tiene que comer ahora si no tiene hambre.

Salimos poco después del atardecer y solo después de que Aurel hubiese verificado que Magdolna y Baltasar ya se hallaban en su coche. El cielo tenía un color azul profundo en el valle, tan distinto al que rodeaba el castillo. Hacía, también, mucho menos frío a pesar del invierno imperante. En cuanto subí al coche, Imre me extendió una nota doblada.

—Se la envía mi sobrina —dijo—. Le informo que no la leí, solo porque todo lo que pueda venir de un niño se me antoja mortalmente aburrido. Por lo general soy muy entrometido.

—Supongo que Elzbieta lo conoce bien, entonces —dije sonriéndole al recibirla de su mano—. Supo elegir el mensajero ideal. Gracias.

—Veo que atardeció más parlanchina que ayer, Pavlova —replicó Imre en tanto Aurel se acomodaba a su lado, y no al mío—. Eso es bueno. Debe practicar para su debut en Venecia.

Asentí abriendo la nota de Elzbieta de inmediato. Leí:

Señorita Pawlak:

Espero que se encuentre sentada cuando lea esta nota. Si no lo está, tome asiento y prepárese. ¿Está lista? Muy bien: Baltasar le dijo a Magdolna que pasó la noche con usted. ¡Yo misma escuché su conversación oculta tras una columna! No comprendo por qué le confesó algo así después de lo que ella le hizo a usted. Aunque… quizás Baltasar quiera vengarse de usted porque tiene celos de Aurel. No se me ocurre otra explicación. A propósito, no noté ningún cambio en su rostro cuando la vi fuera del castillo antes de partir. Me pregunto si estoy perdiendo mi visión perfecta, o si Magdolna no fue tan efectiva como de costumbre. En todo caso, debe contarme lo siguiente: ¿Ya olvidó a Baltasar, o solo recurrió a Aurel por despecho tras el anuncio de la boda de Baltasar? Lucía usted destrozada esa noche. En mi opinión, hizo bien en tomar un nuevo amante. Ninguna mujer debe perdonar una humillación como la que Baltasar le hizo pasar durante la cena, aunque solo Vladislav y yo supiéramos lo que ocurría. Ambos la apoyamos.

No es justo que Aurel la tenga tan resguardada que no nos permita a nosotros, sus pupilos, hablar con usted a solas. En fin, supongo que ya podremos conversar en Venecia. Solo cuídese de Magdolna hasta entonces.

Elzbieta.

Rompí la nota en varios pedazos y me los eché al bolsillo para no poner en peligro a la niña. ¡Mil veces maldito, Baltasar!

—¿Se encuentra bien, Lucyna? —me preguntó Aurel—. Se ha puesto usted muy pálida.

—Prefiero no hablar al respecto ahora, si no le importa —dije. No podía mentirle pero tampoco deseaba exponer a Elzbieta como mi informante.

Él pareció entenderlo porque se giró hacia su primo para decirle:

—Suerte que la viuda Grabinski no se ha mudado. Ayer tuve que alimentarme de emergencia.

—¡Oh, Aurel! —rio Imre—. Qué falta de planeación de tu parte, eso es inusual en ti. Pero, cuéntame, ¿sigue siendo tan deliciosa como de costumbre?

Aurel asintió.

—Se nota que sigue consumiendo alimentos de la más alta calidad —dijo.

—Es bueno saberlo —dijo Imre—. Hablando de alimentos de alta calidad… anoche durante tu ausencia me enteré de lo que le ocurrió a la cocinera que solíamos tener cuando Petronȳa y Laurentius aún vivían, ¿la recuerdas? Era mi favorita. No solo era jovial sino que preparaba los más exquisitos *pierogi* de bayas silvestres para acompañar el té. Era casi como si le gustase trabajar, extraña criatura. Nunca aprendí su nombre y nadie más lo recuerda.

—Se llamaba Anna —suspiró Aurel—. Yo fui quien la halló muerta en uno de los pasadizos que llevan a la cava. Su cuerpo estaba casi descompuesto, así que fue imposible determinar si tenía marcas de mordeduras. La reconocí solo por el delantal bordado que siempre llevaba. Fue espantoso.

—¡Puedo imaginarlo! La putrefacción es algo tan horrible… al menos nosotros jamás nos descompondremos —dijo Imre—. Tenemos esa delicadeza para con el prójimo.

—¿Y bien? —preguntó Aurel—. ¿Qué le ocurrió?

—Magdolna le llevó un niño pequeño de una belleza sin par, lleno de vida y rozagante como ninguno, el cual le ordenó que matara y cocinara para ella en forma de *zrazy*, en su salsa y sin huesos —dijo Imre sacudiendo la cabeza—. Cuando la cocinera comprendió que hablaba en serio, intentó escapar con el niño, pero Magdolna la descubrió y la arrastró de vuelta a la cocina. Como era de esperarse, la cocinera se negó a obedecerle entre lágrimas, lo cual solo enfadó más a Magdolna. Así pues las cosas, Magdolna la encerró en el pasaje subterráneo que lleva a la cava para que reflexionara. Como la cocinera siguió rehusando prepararle el platillo que pedía, Magdolna decidió dejarla allí.

Quise vomitar. Aurel lucía absolutamente horrorizado.

—¿Qué hizo con el niño? —preguntó Aurel en un murmullo.

—¡Por los querubines rechonchos de la Madonna Sixtina, querido! —dijo Imre, llevándose el dedo índice a los labios—. No pensé en averiguar ese detalle. Para ser sincero, solo me importaba el acontecer de la cocinera. Supongo que Magdolna bebió la sangre del pequeño y echó el cuerpo sin vida al bosque para que los lobos hicieran lo suyo. No habría sido la primera vez. Le gustan las víctimas tiernas.

—¡Puede alimentarse de una víctima adulta y voluminosa sin matarla! —dijo Aurel por entre los dientes.

—Aurel, ¿qué hemos dicho de los juicios morales? —replicó Imre con gesto de reproche gentil—. Sabes que no soporto a mi hermana por diversos motivos pero… francamente, para mí no hay diferencia entre alimentarse de un humano o de un ternero, entre beber la sangre de un hombre adulto o comerse a un niño cocinado. Todos son animales.

—Nosotros también lo somos —dijo Aurel.

—¿Y? Gracias a Lucifer, somos sus depredadores naturales. ¿Quién se atrevería a juzgar a una leona por alimentarse de una cría de cebra? *Para los gustos los sabores*, ¿no?

—Las otras fieras salvajes no tienen elección. Nosotros sí —dijo Aurel visiblemente disgustado—. Además, nuestros padres nos enseñaron a alimentarnos de los humanos corrientes sin matarlos, por nuestra propia seguridad.

—Beber sangre sin matar a la víctima humana es el equivalente vampírico de tomar leche sin matar a la vaca lechera —dijo Imre—. Ahora que lo pienso, según lo anterior, tú vendrías siendo un vampiro vegetariano —rio—. Es sofisticado y moderno de tu parte. Podrías visitar la Sociedad Vegetariana de Londres, que cuenta con algunos miembros muy ilustres. No entiendo tu favoritismo por los humanos comunes, querido.

—Tú tampoco matas a tus víctimas. Al menos no habitualmente —dijo Aurel.

—No me detiene un escrúpulo moral —se defendió Imre—. Si no lo hago de costumbre, es porque mi propia elegancia me supera. Lidiar con los estertores de la muerte es bastante incómodo, y qué decir de tener que desenterrar a la víctima para decapitarla y enterrar una

estaca en su corazón. Solo lo disfruto cuando la víctima despierta mi ira. De hecho, por lo mismo, prefiero matar humanos a matar otros animales, si es el caso. Para lo segundo tenemos nuestro propio carnicero.

—Debo aceptar tu posición —dijo Aurel con semblante resignado—. No puedo explicar por qué algunas especies me suscitan más simpatía que otras, pero es la verdad.

—Gracias, querido, acepto tu rendición —dijo Imre—. De todos modos, Magdolna no debió pedirle a la mejor cocinera que hemos tenido que matara y cocinara al niño. Es evidente que solo deseaba torturar a la pobre mujer, seguramente porque sabía cuánto me gustaba su comida. ¡Es tan egoísta! ¿Por qué no puede permitirme ser feliz?

Aurel se limitó a mirar de soslayo por la ventana. Después de eso, Imre se embarcó en una diatriba acerca de los mejores bailes parisinos a los que había asistido, gracias a la cual me quedé dormida. Al despertar, Aurel e Imre comían bocadillos de queso. Aurel me ofreció uno, que comí con gran voracidad. Algunas horas después, llegamos al segundo refugio, un palacete en Austria. Solo entonces recordé que, en el cuento de Blancanieves, la reina malvada había pedido al cazador que le llevara las vísceras de Blancanieves para ella comerlas y así hacerse tan bella como la princesa. Me quedé petrificada, sintiendo que todos los vellos de mi cuerpo se ponían de punta. Si el cuento de Blancanieves había sido inspirado por la historia de la condesa Báthory, ¿había heredado Magdolna el canibalismo de su antepasada? O, ¿era aquel aparte del cuento tan solo una fantasía siniestra que Magdolna buscaba recrear a modo de experimento, envidiosa de la hermosura ajena como lo era? Si esto no se le había ocurrido a Imre, no sería yo quien le diese ideas. Sin embargo, me urgía discutirlo con Aurel.

El palacete, ubicado en la hermosa ciudad de Graz que el río Mur surcaba, hacía parte de las elegantes edificaciones del centro de la ciudad y, así como la mansión del valle, tampoco contaba con una reja infranqueable. Parecía que a los Domány-Nádasdy les importaba, por encima de todo, la seguridad en el castillo de Polonia. Aurel bajó del

coche tras de Imre y me tendió la mano para ayudarme a bajar mientras el cochero obedecía las órdenes de su primo. Una energía violenta me recorrió en cuanto lo toqué, sus ojos en los míos, como si Aurel me estuviese atrayendo hacia él con su mente. Ahogué un suspiro de anhelo y apoyé mi bota en el escaloncito del coche pero, dada la intensidad del momento, perdí el equilibrio y terminé por chocar contra él.

Aurel me sujetó en el aire unos instantes como si yo no pesara más que una pluma y me depositó en el suelo.

—Debemos tener más cuidado —murmuró.

—¿Debemos? —pregunté.

Él asintió.

—Yo también sentí eso —dijo. Creí que mi corazón se saldría de mi pecho.

Lo miré con ojos abiertos de par en par, tomando aire por los labios entreabiertos.

—Espere, ¿cómo supo que yo también lo sentí? —inquirí.

—No lo sabía —sonrió—. Usted acaba de confirmármelo.

—¡Me tendió una trampa! —dije sorprendida.

—Solo una muy pequeña —replicó él escrutando el entorno con nerviosismo—. Necesitaba comprobar que, en efecto, también le había ocurrido a usted.

—Le ruego que me refiera en detalle lo que sintió, por favor —me atreví a pedir llena de ansiedad.

—Su fuerza vital pasó a través de mi mano y me atrajo hacia usted con una potencia tal que por poco tuve que ceder —expresó en voz baja.

Si bien lo anterior describía a grandes rasgos lo que yo había experimentado, Aurel se había limitado a explicar aquel fenómeno como algo puramente físico, desprovisto de cualquier emoción. Y aunque sin duda era extraño, como todo cuanto rodeaba a los vampiros, esas manifestaciones sobrenaturales repentinas solo me angustiaban. Comprendí entonces que lo único que habría deseado escuchar era justo lo que él no había dicho. ¡Cuánto me había entusiasmado creer por un segundo que Aurel había reciprocado la

atracción que sentía por él! Dejé escapar un suspiro.

—Ah —dije procurando que mi tono no le revelase mi desilusión—. Sí, eso fue lo que sentí.

—Creo que se trata de algo llamado mesmerismo mutuo —replicó él —. A mis padres les ocurría con cierta frecuencia.

—¿Mesmerismo? —pregunté frunciendo el ceño.

—Sí —dijo él—. Hoy nos encontramos, precisamente, en la tierra de Anton Mesmer, médico austríaco a quien el mesmerismo debe su nombre. Le contaré cuanto sé al respecto en un rato, cuando estemos a solas. Llegamos un poco antes de lo anticipado y aún puedo permanecer algunas horas en el exterior.

—Oh —dije—. ¿Debe alimentarse de nuevo?

—No —repuso él—. Y definitivamente no de sangre. Me gustaría dar un paseo con usted antes de que amanezca. Pero imagino que querrá refrescarse un poco tras el largo viaje.

No se equivocaba. Me guio al interior del palacete a través de una de dos grandes puertas de acceso en la fachada neorrenacentista de colores rojo y vainilla, aclarando:

—Esta edificación está dividida en dos. Por suerte para usted y para mí, las habitaciones de Baltasar, Imre y Magdolna están al otro lado. Mis aposentos se hallan bajo tierra a este lado, contrapuestos a los de Baltasar, que también son subterráneos. Elzbieta y Vladislav dormirán en la segunda planta de este lado, un par de niveles sobre nosotros.

El interior del palacete, plenamente iluminado por candelabros, era tan bello como su exterior.

—Me atemoriza que Baltasar no haya intentado abordarme últimamente —dije.

—Recuerde que cuenta con hacerlo en Venecia —respondió Aurel —. Por lo que Magdolna me dijo anoche, supongo que Baltasar debe haberle contado lo que ocurrió entre ustedes dos.

Dejé escapar un lamento, pues era justo lo que Elzbieta me había dicho en su nota. Aurel conocía a su hermano, aunque no hubiese calculado la extensión de toda su maldad antes de mi arribo al castillo.

—¿Cree usted que pueda yo hablar con Elzbieta y Vladislav antes de

que dejemos Graz? —le pregunté.

—Por supuesto —dijo él abriendo la puerta de sus habitaciones para dejarme pasar, y enseñándome de inmediato la sala de baño *en suite*—. Podrá hacerlo en la primera planta de este lado después del atardecer mientras yo vigilo la entrada. No quiero correr riesgos.

Después de lavarme el rostro, me peiné con los dedos recogiendo mis cabellos en lo alto de mi coronilla, mis cicatrices expuestas en su totalidad. Lucían horrendas. Emergí de la sala de baño con el rostro en alto. Viérame quien me viese, aquellas heridas no eran mi culpa y, por lo mismo, no me avergonzaría de ellas. ¿O eran mi culpa, acaso? Sentí una punzada de remordimiento para conmigo misma, comprendiendo que ningún daño es más difícil de perdonar que el que nos infligimos nosotros mismos de forma indirecta al tomar malas decisiones.

—¿Cree usted que, si yo no me hubiese involucrado con Baltasar, el ataque de Magdolna habría sido menos severo? —le pregunté a Aurel.

—En absoluto —dijo él y noté en su mirada que el tema lo apesadumbraba—. Usted no habría podido hacer nada para evitar su ira. Es demasiado bella y además posee un intelecto esplendente. Tendría que haber sido otra persona.

Aurel empleaba el tiempo presente para referirse a mi apariencia como si esta no hubiera cambiado. Me pregunté si con ello me mentía de modo sutil por compasión, pero no me atrevía a interrogarlo al respecto por temor a que su respuesta fuese afirmativa. Ahora que me había manifestado su verdadera posición al respecto del prisionero de Imre, y tras haber visto su reacción cuando escuchó la historia de Magdolna con el niño y la cocinera, la atracción que sentía por él no me perturbaba de la misma forma. Aurel era distinto a los Domány-Nádasdy en aspectos que eran fundamentales para mí. Me dolía porque sabía que jamás lo tendría, pero era un dolor que no me ponía enferma… y yo no deseaba incrementar aquel dolor haciéndole preguntas cuya respuesta no estaba preparada para escuchar. Debía, ante todo, conservar mi entereza mental para salvar mi vida.

Aurel me hizo entrega de un grueso abrigo color borgoña y un par de guantes blancos, explicando que los Domány-Nádasdy tenían ropas para todos sus invitados en cada una de las opulentas edificaciones a

las que se referían como refugios. Minutos después, me encontré caminando junto a él por las coloridas calles de Graz bajo la luz de los faroles. Se había puesto un sombrero de copa, una estola de suave lana blanca y guantes negros, y me dije que jamás en mi vida habría pensado que recorrería una urbe extranjera con un hombre como él. De hecho, de haber imaginado en el pasado que daría un paseo con un miembro de la nobleza, habría sentido náuseas.

59
Mesmerismo

Debían ser las cuatro de la mañana. La ciudad estaba desierta a aquella hora, y el eco de nuestros pasos retumbaba sobre la vía empedrada. La luna llena le otorgaba al cielo un color azul violeta tan bello que casi logré convencerme de que la pesadilla de los días anteriores no había sido real.

—Se llama mesmerismo a la capacidad de influir la voluntad y el estado anímico de otra persona por medio del magnetismo animal —dijo Aurel mientras caminábamos frente al ayuntamiento o *Rathaus*, un precioso edificio blanco de estilo clasicista cuyos techos cupulares grises sostenían pequeñas torrecitas cónicas—. Bien, según lo teorizado por Mesmer a finales del siglo pasado, el magnetismo animal yace en una misteriosa emanación del cuerpo que permite a su poseedor atraer o hipnotizar a otros, así como inducir en ellos un estado de sonambulismo artificial. Es, como ya debe saberlo usted, un poder vampírico esencial, y aunque Mesmer jamás lo relacionó con el vampirismo, supo definirlo con bastante precisión. Los vampiros aplaudimos su investigación y le profesamos admiración por haber logrado percibir un fenómeno oculto a los ojos de las mayorías. Tanto así que, cuando hablamos entre nosotros en polaco, aún utilizamos el término mesmeryzować cuando nos referimos a la acción de hipnotizar.

Por interesante que fuese, aquella teoría flemática no explicaba el furor y la profundidad de lo que yo venía experimentando hacia Aurel.

—¿Y… halló Mesmer el misterioso fluido responsable del magnetismo animal? —mascullé.

—No —replicó él—. Si bien creo que observó el mesmerismo casualmente cuando algún vampiro ejercía su influencia sobre la gente de su entorno, todo parece indicar que nunca pudo examinar el cadáver de uno de nuestra subespecie.

—¿Sabe usted si dicha emanación existe de verdad? —inquirí haciendo un esfuerzo por concentrarme. Debía dejar de pensar en lo que Aurel *no* sentía por mí—. ¿Poseen ustedes los vampiros un fluido corporal que los demás no tengamos?

—Nuestra sangre es distinta a la suya —dijo él—. Nuestros poderes residen en esta. Sospecho que tal era la emanación oculta que Mesmer buscaba. Por suerte, nunca la encontró. No nos habría sido conveniente ser expuestos de tal forma.

—Es extraño que yo tenga dos de los dones que caracterizan a los vampiros —susurré.

—Lo es —dijo él, pasándose las yemas de los dedos por el mentón —. En especial el mesmerismo, pues hay mortales corrientes intuitivos y de mentes poderosas. La telepatía es un fenómeno más frecuente.

—¿Qué explicación le da usted? —pregunté.

—Los vampiros podemos transmitir nuestros poderes a nuestras víctimas a través de una conversión plena, es decir, cuando la víctima bebe nuestra sangre, o bien cuando esta muere a consecuencia del desangramiento total y se levanta de la tumba como un vampiro muerto —dijo—. Pero usted no es una vampiresa.

—No, no lo soy —respondí.

—Quizás, si usted hubiese sido atacada… —empezó a decir—. Pero no, nunca he escuchado que un vampiro transmita sus poderes por medio de una serie de ataques que la víctima sobreviva, y tampoco por medio de un solo ataque. Su caso es, simplemente, muy extraño. Tendremos que aceptarlo como una de tantas incógnitas.

—Usted y yo nos hemos tocado antes —comenté—. ¿Por qué cree que apenas hoy… coincidimos en esta sensación?

—Quizás sea la luna llena —rio—. Bromeo. Si usted no lo sabe, yo menos. ¿Me ve usted de un modo distinto últimamente, acaso?

—Tal vez un poco —contesté rogando que no me forzara a revelarle mis emociones—. Me alivia que no sea como sus parientes. Eso me hace sentir más tranquila a su lado. ¿Me ve usted de otra forma a mí?

—No —dijo él—. Nada ha cambiado para mí. Quiero decir, la he tenido en buen concepto desde el comienzo. El mejor.

Entre más hablábamos al respecto, más me apesadumbraba que

Aurel se hubiese sentido atraído por un supuesto magnetismo animal y no por mí.

—Entonces… la atracción que las gentes sienten hacia los vampiros no es real, sino que esta es producida por el mesmerismo o magnetismo animal —resoplé decepcionada.

—Oh, no, la atracción puede ser muy real —afirmó Aurel. Un vértigo similar al del vacío se asentó en mi vientre—. La hipnosis vampírica, sin embargo, podría ser catalogada como una influencia postiza, pues es capaz de dirigir la voluntad ajena, o incluso doblegarla cuando el vampiro es especialmente poderoso.

—Como cuando usted ordena que alguien le revele lo que siente o piensa —dije.

Él asintió.

—Lucyna… yo no he querido mesmerizarla en ningún momento —dijo—. Solo ejerzo mi magnetismo animal a propósito cuando busco hacerme invitar a alguna morada para alimentarme. Y el hecho de que ambos lo hayamos experimentado al mismo tiempo me preocupa.

—Lo dice como si fuera algo malo —balbucí—. ¿Por qué?

—Porque no es normal sentir algo tan fuerte… algo materialmente palpable —suspiró—. Para empezar, cuando la gente común es mesmerizada, no es consciente de ello. En segundo lugar, es mucho más raro que ese magnetismo animal sea mutuo. Solo observé algo semejante entre mis padres, cuando ellos todavía vivían. No creí que lo vería de nuevo, y nunca creí que me ocurriría a mí. Mis padres decían que el mesmerismo compartido era en extremo inusual aun entre vampiros. Ahora, en lo que nos concierne a usted y a mí… yo había asumido que, dada su historia reciente con mi hermano y Magdolna, por no mencionar la impresión que debe tener de los vampiros y de los nobles en general, usted me encontraría absolutamente repulsivo. Pues bien, eso me daba paz —afirmó antes de mirarme con expresión suplicante—. Necesito que sepa que mi intención jamás ha sido sacar provecho de usted como lo hizo Baltasar.

—¡Nunca se me habría ocurrido algo así! —dije anonadada—. ¿Cree acaso que yo albergaba la esperanza secreta de sacar provecho de

usted cuando lo magneticé sin querer?

—¡No! —exclamó.

—Pues es lo mismo —dije.

—No exactamente. Usted es una víctima de mi familia y yo un vampiro que debería saber controlar la influencia de sus poderes —replicó—. Si usted en realidad posee el don del mesmerismo, tardará algunos años en aprender a dominarlo.

Aunque aquello pudiera ser cierto, su actitud no me resultaba del todo convincente. Mi pulso se aceleró.

—Establecer quién tiene mayor responsabilidad moral en un acontecimiento espontáneo es fútil, y usted lo sabe —dije.

—Sí —dijo él tragando en seco.

—Aurel, tengo la fuerte impresión de que aún no me ha dicho toda la verdad. Me ha dejado en claro que, aunque le sorprende el hecho de haber sido magnetizado por mí, le preocupa tanto más que yo me haya visto afectada por su magnetismo. Sin embargo, hay otra razón para esto, ¿me equivoco?

—No —susurró. Tenía un aura de malestar que me hizo estremecer —. No se equivoca.

—¿Cree que carezco de fuerza de voluntad por ser una mortal corriente? —inquirí.

Él clavó sus ojos en los míos.

—Jamás he pensado algo así —dijo.

—¿Cree que soy más inocente, y por ende susceptible a su encanto, por el hecho de ser mujer?

—No creo en la inocencia femenina —replicó.

—¡Solo dígame por qué, entonces, se lo ruego! —pedí impaciente.

Él guardó silencio unos segundos.

—¿Y bien? —insistí—. ¿Por qué es tan grave que yo haya sido mesmerizada por usted hoy, y no al contrario?

—Porque ya es demasiado tarde para mí —respondió al fin—. Lo ha sido desde el primer momento en que la vi.

—¿Cómo? —dije con un hilo de voz.

—Esto que usted sintió hoy por primera vez… yo lo he sentido todo el tiempo en su presencia —dijo—. No solo eso, sino que ha

incrementado con el paso de los días. Por lo mismo, he tenido que interrumpir el contacto físico con usted cuando el magnetismo se hace irresistible. En especial cuando la veo a los ojos.

Recordé las ocasiones en que se había apartado de mí de manera abrupta. ¡Así que esa era la razón de su comportamiento! ¿Entonces lo atormentaba una atracción tan impetuosa como la mía? Sentí que mis mejillas ardían en llamas aunque la brisa helada de la madrugada azotaba la plaza.

—No he sido magnetizado por nadie, excepto por usted —prosiguió Aurel, visiblemente angustiado—. Esto me causa gran desazón, pues me avergüenzo de lo que soy cada minuto que pasamos juntos y, sin embargo, no puedo dejar de desear su compañía. Descubrir que usted sintió lo mismo por mí esta noche sin que yo usara mi poder lo agrava todo porque jamás esperé ser correspondido. Le prometo que mi amistad es sincera y pura —dijo, y el velo de las lágrimas cubrió la marea de su mirada—. Pensaba guardar silencio pero no puedo seguir ocultándoselo después de lo ocurrido esta noche. Temo que Baltasar lo note si vuelve a sucedernos. Hay que prevenirlo a como dé lugar. Debo hallar el modo de atenuar mi propio magnetismo y no permitir que el suyo me domine por completo. Perdóneme por ser débil ante usted, Lucyna. No sé qué me pasa.

El llanto afloró a mis ojos.

—Yo tampoco esperaba ser correspondida —le confesé en una exhalación.

—¿Disculpe? —inquirió en un murmullo.

—Yo también he estado sintiendo esto hace algunos días —dije. Me pareció que mi corazón se libraba del peso más agobiante de mi vida.

—No puede ser —dijo él llevándose las manos a las sienes—. ¿Está segura?

—Sí —musité.

—Esperaba que al menos su atracción por mí fuese transitoria, tan solo un accidente causado por mi descuido en un momento fortuito… y, sobre todo, un asunto de fácil prevención en el futuro —respondió —. Todo esto es mi culpa por propiciar una cercanía estrecha entre nosotros. Jamás debí pedirle que cenara conmigo todas las noches.

—¿Por qué lo hizo, entonces, si quería evitar esto? —pregunté.

—Tenía que verla de nuevo como fuera, y aquella propuesta fue lo mejor que se me ocurrió en ese momento. El peor de todos los momentos para usted —dijo, cerrando los párpados—. Cedí ante ese impulso irrefrenable porque necesitaba pasar más tiempo con usted. ¡Pero no detuve el ataque de Magdolna por esa razón! —agregó. Su desconsuelo era evidente—. Le juro que lo hice de forma desinteresada. Sabe que no puedo hacer juramentos vanos. Créame, por favor.

—¡Aurel, basta! —dije—. ¡Sé que usted no es como Baltasar, no tiene que recordármelo todo el tiempo! Aunque es cierto que me pidió que cenara con usted después de un suceso aterrador, también es cierto que usted me salvó de este, y deshizo sus consecuencias en gran parte. Por lo demás, su propuesta no me desagradó en absoluto. Al contrario, me resultó muy conveniente para ponerle límites a Baltasar. Además, teníamos que estar cerca el uno del otro para descubrir todo lo que ahora sabemos. Fue la mejor decisión que pudimos tomar, y usted no la tomó solo. Yo lo quise también. De no ser por usted, habría enloquecido. No lamento un solo segundo pasado junto a usted. A mí me alegra que la atracción que sentimos sea mutua! —añadí, y una lágrima se deslizó por mi mejilla—. ¡Padecerla en soledad era un infierno!

—Esto es mucho más grande que cualquier atracción —dijo Aurel. Su tono era de rendición. Lucía tan triste que no pude menos que comprender que aquella era una tragedia sin precedentes para él.

—Pues lo siento —lloré—. Hice cuanto pude para sobreponerme a las emociones que usted me despierta. No contaba con una manifestación súbita de estas, y menos con una de esta índole. El estúpido mesmerismo no tiene ningún valor para mí, excepto por el hecho de que nos obligó a hablar. Lo que siento por usted es superior a mí.

Aurel me rodeó con sus brazos, atrayéndome hacia su pecho y reteniéndome allí. Su mano acunó mi cabeza y lo sentí temblar, sus latidos repercutiendo contra mi sien. A pesar del sufrimiento que nos perseguía, todo cambió entre nosotros en ese instante. Me vi envuelta

en una calidez extática y me pareció que el batir de su corazón se duplicaba. ¿O eran acaso mis propios latidos unidos a los suyos en perfecta sincronía? Lo abracé también, primero con vacilación y después con todas mis fuerzas.

—Pensaba llevarme este secreto a la tumba —murmuró sin soltarme, y la vibración de su voz me recorrió de pies a cabeza.

—Ese habría sido el más cruel error —dije elevando la mirada hacia él—. ¡Yo necesitaba que me lo dijera!

—La intensidad de lo que siento por usted es excesiva. Y, puesto que usted me corresponde, corre más peligro que nunca. ¡No quiero pensar en lo que podría llegar a ocurrirle si Baltasar lo descubriera!

—¡No me importa! —gemí apoyando la cabeza contra su pecho una vez más—. Nunca fui tan feliz como ahora.

—Yo tampoco —dijo él estrechándome con más fuerza—. Lucyna... no puedo creer que tendré que perderla.

Puesto que toda la belleza de la existencia sintiente debe tornarse en dolor, aquella felicidad también fue nuestra maldición.

60
Destino

Las altas casas de Graz, de fachadas de color azul celeste, terracota suave, amarillo pálido, blanco o gris, me parecieron aún más bonitas mientras regresábamos al palacete caminando el uno junto al otro antes de que los primeros rayos del sol amenazaran con tocar sus techos. Si bien la violenta sensación inicial del mesmerismo no había vuelto a replicarse para mí, saber que Aurel me correspondía solo había magnificado la fuerza de mis sentimientos. Puesto que se suponía que éramos amantes, fingir ante Baltasar que no nos unía un lazo especial sería muy difícil, ya que estaríamos muy cerca el uno del otro en todo momento. Aun así, nos propusimos no dejar translucir nuestras emociones ante él.

Una cena servida nos aguardaba en la habitación de Aurel a nuestro regreso, y ambos comimos con gran apetito. Aurel me entregó ropas para dormir, y, mientras me cambiaba en la sala de baño, él ya se había quedado dormido en el sofá con todas sus ropas puestas. Tomé una de las muchas mantas de la cama y lo cubrí con ella, evitando mirarlo demasiado para no invadir la intimidad de su sueño. Después de esto, me metí en el enorme lecho, preguntándome si ahora Aurel le temía a mi proximidad. Estaba tan cansada que no tardé en quedarme dormida.

Soñé que estaba de nuevo en el campo, haciendo una corona de ramas y hojas bajo el cálido sol de la tarde. La cercanía de la casa de mis padres me confortaba. No había nadie allí que quisiera dañarme, nadie que me odiara, solo paz y la brisa que acariciaba mi rostro. Debí soñar lo mismo durante horas porque desperté cuando el reloj que se hallaba contra una de las paredes daba las dos de la tarde. Sentí una nostalgia tan inmensa por mis padres y mi hermano que empecé a sollozar allí, tendida en la cama. Extrañaba el olor del prado, el canto de las aves, la delicada inocencia de las flores silvestres, ¡extrañaba la

luz del día! Estaba atrapada en un mundo frío y lujoso ajeno a mí y a todo cuanto amaba. Aquellas habitaciones sin ventanas eran enormes celdas, y por bellas o cómodas que fuesen, no reemplazaban el mundo exterior y la libertad, y mucho menos el amor de mi familia. Me incorporé sobre el lecho secándome las lágrimas: Aurel estaba sentado en la mesa leyendo un libro. Se había afeitado y cambiado de ropas. Lo observé en silencio pensando en cómo, quizás por fuerza de hábito, o quizás para no perder la cordura, hacía un esfuerzo por preservar la pulcritud y llevar una cierta rutina en aquel encierro al que estaba condenado.

—¿Qué lee? —le pregunté.

Él elevó su mirada del texto y me sonrió.

—*La dama pálida* —dijo.

—¿De nuevo? —inquirí.

—Sí. Puesto que Baltasar le dijo a usted que esta es su historia favorita con el fin de ganarse su confianza, he estado sintiendo la necesidad de releerla con otros ojos. ¿Le apetece desayunar? —preguntó enseñándome las fuentes cubiertas que reposaban sobre la mesa.

—Por favor —respondí saliendo de la cama y ajustándome la bata por encima del camisón—. Me parece buena idea revisar el texto con eso en la mente. Después de todo, *La dama pálida* me llevó al castillo.

—Cierto. Y ahora que hablamos al respecto… noté que la edición de *La dama pálida* que usted posee es una rareza. Solíamos tener una de esas ediciones en el castillo pero desapareció. Nunca pude hacerme con una similar.

—Eso es extraño —susurré atemorizada—. ¿Baltasar estaba al tanto de que usted buscaba esa edición?

—No lo creo —dijo Aurel—. Sin embargo, cada detalle relacionado con el libro puede ser importante en nuestras circunstancias. ¿Su ejemplar está en su valija, verdad?

Yo asentí.

—Pediré que traigan su equipaje del coche —dijo poniéndose de pie, tras de lo cual se dirigió a la puerta de la habitación.

Tocó una campana que pendía del exterior del muro y, pasados

unos minutos, ya le daba instrucciones en alemán a un criado. Cuando el hombre regresó con mi equipaje, Aurel llenaba nuestras tazas de café.

—¿Le importaría buscar el libro? —me pidió en cuanto el hombre su hubo marchado.

Por suerte, mi ejemplar de *La dama pálida* aún estaba entre mis ropas. Se lo entregué a Aurel y destapé las fuentes de plata del desayuno mientras él le daba vuelta al libro en sus manos. Nos habían llevado huevos, quesos frescos, pan tibio, mantequilla y confitura de moras.

—Efectivamente, es la misma edición que recordaba. Apenas si pude leer aquel ejemplar un par de veces, pero es inolvidable para mí —comentó, abriendo el libro para hojearlo—. ¿Subrayó usted misma estos apartes de la lectura o lo hizo alguien más?

—Yo subrayé algunos de esos pasajes sin duda —dije tomando asiento—, pero mi madre hizo igual. Ambas tenemos el hábito de señalar las frases que nos llaman la atención al leer. Y es posible que quien les haya enviado el libro a mis padres desde el exilio haya señalado otras varias. Mis padres fundaron una escuela y reciben textos como donativos desde el extranjero. Es así como nos hemos hecho con tantos libros en casa.

—¡Ah! —exclamó Aurel—. Ahora tiene sentido que su madre haya obtenido una copia tan rara en Polonia. Pues bien, al menos sabemos que Baltasar no logró hacerse con este ejemplar, si es que lo quiso así por capricho en algún momento. Aun así, me gustaría revisarlo con cuidado y compararlo con el que figura en mi compilación de relatos de Dumas, por si hay alguna discrepancia.

—No tenemos nada que perder —dije.

Después de desayunar, me lavé y vestí, y ambos nos pusimos en la labor de comparar los textos, sentados el uno junto al otro. Sin embargo, conforme avanzábamos, no parecía haber ninguna inconsistencia entre los dos.

—Quizás Baltasar no mienta del todo —dijo Aurel de repente con aire de preocupación—. Es posible que esta historia lo haya inspirado.

—No creo que alguien como Baltasar tenga la capacidad de apreciar

un relato tan bello —respondí extrañada.

—Yo, por el contrario, me he encontrado considerando con seriedad esa inquietante eventualidad a medida que releemos —dijo él—. La historia de *La dama pálida* se asemeja mucho a la nuestra.

—¿En qué aspecto? —inquirí confundida—. Digo, fuera de ser una historia de vampiros que transcurre en un castillo remoto.

—Piénselo, Lucyna. En la narración, dos hermanos pretenden a la misma mujer pero ella corresponde al hermano mayor, al cual conoció primero —dijo él—. Más allá de la historia de amor, hay una historia de rivalidad entre hermanos, algo capaz de interesar a Baltasar. No dejo de preguntarme si quizás se propuso crear su propia versión del texto con nosotros. Una adaptación en la que el malvado hermano menor logra enamorar a la mujer por medio de presiones y engaños.

—Eso sería terrorífico —musité—. Pero yo no estoy enamorada de Baltasar. De hecho, estoy segura de que, de haberlo conocido a usted antes que a él, él jamás habría podido engañarme.

—Precisamente —dijo Aurel—. Quizás Baltasar lo intuyera. Después de todo, él tomó mi lugar. No solo empezó a hacerse cargo de los asuntos de la familia desde la muerte de Rózsa sino que casi se hizo pasar por mí ante usted. Se adueñó de mi modo de pensar y mis preferencias para manipularla, y se aseguró de recibirla a su llegada al castillo. Estoy convencido de que él la mesmerizó de manera deliberada, influyendo su pensamiento y sus emociones desde que tuvo la oportunidad. Tal vez estuviese determinado a truncar lo que creyó era nuestro destino.

—¿Nuestro destino? —pregunté, mis latidos golpeando mi pecho con fuerza desmedida.

Aurel suspiró.

—Sí. Yo escribí el anuncio clasificado al cual usted respondió en primera instancia —afirmó visiblemente contrariado—. ¡Y no sabe cuánto lo lamento! Me arrepentí en cuanto lo puse a través de mi abogado. En primer lugar, la institutriz anterior acababa de morir. En segundo lugar, dado el comportamiento de mi familia con la servidumbre, no quería llevar nuevos empleados al castillo. Y en tercer lugar, como sabe, creo que mis sobrinos no necesitan una

institutriz. De no haberle cedido el manejo de la propiedad a Baltasar, yo habría recibido la contestación que usted envió. ¡Habría roto el papel en mil pedazos y usted nunca habría vuelto a saber nada de mi familia maldita! Usted jamás debió conocernos, Lucyna. Nunca vi su respuesta al anuncio porque me desentendí de todo lo pertinente a la educación de mis sobrinos en cuanto tuve la oportunidad. Pero eso no altera el hecho de que usted respondió a mi llamado, no al de Baltasar.

—La verdad es que me llené de una emoción extraña cuando leí ese anuncio clasificado. Tanto así que lo recorté y lo inserté dentro de mi ejemplar de *La dama pálida*. Nunca me deshice de él —dije pasando las páginas del libro hasta encontrarlo—. ¡Helo aquí! —añadí sujetándolo entre los dedos para enseñárselo a Aurel—. Tal vez, si otro de sus parientes hubiera puesto este anuncio, yo no habría solicitado la plaza.

—Eso es lo que me temo. Usted habría tenido un mal presagio al leer ese anuncio si alguien más lo hubiera puesto. Es muy perceptiva —dijo él—. Pero Baltasar también lo es. Posee una gran inteligencia para el mal y me conoce muy bien. De algún modo, descubrió que usted y yo éramos particularmente afines.

—El espejo puede habérselo revelado —dije.

—Cierto —dijo Aurel, el azul de sus ojos oscureciéndose—. Como sea, Baltasar debió celebrar cuando descubrió que usted existía pues, ¿qué satisfacción podía hallar en arrebatarle algo a un hombre a quien el mundo le es indiferente? Si bien yo he intentado atenuar el dolor de sus víctimas, él sabe de sobra que no he sentido por ellas más que compasión. En cambio, lograr que la única mujer capaz de despertar mi corazón después de tantos años padezca lo indecible a causa de él… ese sí que es un plan digno de Baltasar.

Sus palabras me conmovieron tanto que no pude hablar durante unos segundos.

—Aurel… el plan de Baltasar ya falló —dije con ojos humedecidos —. Bastó con que usted y yo habláramos una vez para que todo colapsara.

—Eso no es cierto —dijo él—. Baltasar logró que Magdolna la

dañara.

—Pero usted me evitó un mal peor. Si el ataque de Magdolna era parte del plan de Baltasar, él no contaba con que usted lo interrumpiera —respondí. Recordar aquel suceso me dolía y desataba mi ira.

—Probablemente no —murmuró él—. Aun así, ahora parece estar buscando que Magdolna vuelva a atacarla. No por nada se decidió a contarle lo que pasó entre ustedes. Quizás intuya que usted no piensa ayudarlo en su plan de asesinarme porque no ha logrado entablar comunicación telepática con usted últimamente. En suma, no ha tenido ocasión de hipnotizarla de nuevo. Por otra parte, Magdolna debe haberle contado a Baltasar que amenacé con matarla si la agrede a usted otra vez. Un segundo ataque le facilitaría mucho las cosas a Baltasar. Se vería libre de mí en un instante. Sabe tornarlo todo a su favor sin importar lo que usted o yo hagamos. Solo espero que Magdolna valore su vida más que el deseo de saciar su crueldad.

El reloj de pared dio las seis de la tarde, haciéndome saltar en mi lugar. El sol se había puesto. Aurel se levantó de la silla.

—¿Todavía desea hablar con mis sobrinos? —preguntó.

—Sí —repliqué, poniéndome de pie a mi vez, aunque lo único que quería en ese momento era que Aurel me abrazara como la noche anterior.

—Hoy viajaremos hacia Kranj, población ubicada en las tierras eslovenas del Reino de Austria —dijo—. Tendrá que ser breve.

Ascendimos los peldaños que llevaban a la primera planta, y una criada vestida con un uniforme impecable nos saludó en alemán, tras de lo cual abrió la puerta para nosotros. En cuanto me vieron, Vladislav y Elzbieta corrieron a abrazarme.

—¡Señorita Pawlak! —dijo la niña con expresión de asombro—. ¡Creí que sus heridas serían muchísimo peores! No me malentienda, es una lástima que Magdolna haya arruinado la perfección de su rostro… sin embargo, cosa extraña, sigue siendo guapa a pesar de esas feas cicatrices. Por otra parte, luce muy mal de ánimo. ¡Necesita recibir algo de sol!

—Eso es cierto, señorita Pawlak. Usted no es… como nosotros —

murmuró Vladislav, mirando de soslayo a la señora Agoston, quien me saludó con una inclinación de cabeza desde la silla que ocupaba al fondo de la habitación sin hacer ademán de aproximarse, quizás porque Aurel estaba presente—. Tío Aurel, si no permites que la señorita Pawlak salga durante el día, vas a terminar por matarla.

—Es demasiado arriesgado por ahora debido a la situación con Magdolna —dijo Aurel—. Será distinto en Venecia. Vigilaré la puerta desde fuera mientras habláis. Daos prisa. Partiremos en diez minutos.

Dicho esto, salió de la estancia. Elzbieta y Vladislav me arrastraron al otro extremo de la habitación, lejos de la señora Agoston.

—¿Y bien? —preguntó Elzbieta en un susurro—. ¿Ya olvidó a Baltasar? ¿Qué tal su romance con Aurel?

—Aurel ha sabido protegerme de Magdolna —suspiré—. Baltasar, en cambio, me abandonó a mi suerte.

—Le reitero que creo que es un buen cambio de amante —dijo ella —. Estoy muy decepcionada de la debilidad de Baltasar ante Magdolna. ¿Y cómo pudo contarle lo que pasó entre ustedes? ¡Se supone que los caballeros no tienen memoria! Al menos eso dice Imre.

Asentí. No me atrevía a contarles a los niños cuanto Aurel me había referido, esto es, que Magdolna no hacía más que obrar contra otras mujeres con base en los comentarios selectos de Baltasar. Temía que Baltasar leyera sus pensamientos.

—Está claro que Baltasar eligió a su prometida —dije—. Por esto, y porque Magdolna me atacó, comprendí que debía ponerle fin a mi idilio con él.

—Baltasar me interrogó esta madrugada antes de que amaneciera —dijo Vladislav—. Me hizo salir de mi habitación para preguntarme si sabía algo acerca de usted y Aurel. Creo que, tal y como Elzbieta lo sospecha, está celoso.

Mi sangre se heló.

—¿Y qué le dijo usted, señorito? —inquirí.

—¡Nada! —repuso Vladislav—. No me fío de él después de lo ocurrido durante la infame cena en que Magdolna anunció la fecha de su boda. Por suerte, no tuve que mentirle, pues usted no nos ha impartido lecciones desde que Magdolna la atacó, y yo no la había

visto en compañía de Aurel hasta que salimos del castillo. Lo que sí he querido decirle a usted hace varios días es que Aurel pareció quedar atónito cuando la vio por primera vez durante la velada —agregó. Recordé lo que Aurel me había confesado la noche previa y mi corazón batió con fuerza—. Al menos esa fue la impresión que tuve, así que no me sorprendió que la hubiera convertido en su amante. Su interés en usted fue claro desde el comienzo. Pero, señorita Pawlak, aunque Baltasar aún no le haya hecho nada horrible a una mujer ante mis ojos, lo cierto es que sigue siendo un vampiro… y los vampiros son muy vengativos.

—Vladislav tiene razón —dijo Elzbieta—. Además, Baltasar se ha comportado de forma muy extraña desde que Aurel anunció que usted es su amante. Hace unas noches nos preguntó a Vladislav y a mí si usted había conocido a Aurel antes de la cena, o si había mencionado su nombre en algún momento. Ambos le dijimos que no era así… pero me parece que se siente herido en su orgullo propio. También nos preguntó si usted había hablado de algún espejo —agregó mirándome expectante.

—Bueno… hablé al respecto del espejo de Rózsa con ustedes, y después con él —dije rogando que mi conciencia no me delatase. No podía hablarles acerca del espejo que Aurel y yo habíamos destruido pero tampoco quería mentirles—. Esa es una pregunta muy extraña. Quizás Baltasar olvidó la conversación que sostuvo conmigo.

—Como sea, le digo que no es el mismo de siempre —contestó Elzbieta—. Aunque extraño recibir lecciones de su parte, debo admitir que Aurel tiene razón en cuidarla tanto como lo hace.

—¡He estado tan furioso desde que Magdolna robó el pendiente que le regalé a usted! —dijo Vladislav—. Solo espero que podamos pasar algunas tardes juntos en Venecia cuando ella esté embebida en los preparativos de su boda.

Los abracé a los dos con lágrimas en los ojos. Aunque no me necesitaran a mí específicamente sino a una presencia amorosa, me dolía pensar que ya nunca volvería a verlos cuando huyera.

—Así será —dije, y entonces Aurel volvió a entrar a la habitación.

—Vamos, Lucyna. Vamos, niños. Nuestros respectivos coches nos

esperan —anunció.

61
Cisne negro

El viaje a Kranj fue largo y agotador. Imre estaba de pésimo humor y se limitó a mirar el paisaje nocturno a través de la ventana durante horas sin quitarse los anteojos de sol en ningún momento.

—¡Qué tedio! —susurró—. Quisiera poder volar como Lucifer y no tener que viajar noches enteras encerrado en un estúpido vagón para alcanzar mi destino.

Eso fue lo único que dijo durante todo el trayecto. Aurel, por su parte, estaba embebido en sus propios pensamientos mientras yo recordaba su confesión: durante la fatídica velada que había culminado en el ataque de Magdolna, cuando yo estaba demasiado preocupada por el proceder de Baltasar, Aurel sí había sentido algo especial al verme en el gran salón por primera vez. Me habría gustado dar marcha atrás para tener de nuevo una primera impresión de él, esta vez prestándoles atención a los latidos de mi corazón. Por desgracia, no podía reescribir el pasado. Baltasar no solo me había robado la fuerza vital sino muchos momentos que habría querido vivir o recordar de forma distinta. Y aunque sin duda era un genio maligno, se me antojaba tan débil, tan poca cosa, que solo podía despreciarlo más cada día que pasaba, en especial al compararlo con Aurel, que era todo lo contrario.

El refugio era una propiedad inmensa ubicada en medio de un bosque de pinos a las afueras de Kranj, por lo cual solo pude ver la pequeña ciudad al pasar. Era pintoresca, de altas casas de tejados rojos, y estaba rodeada de árboles desnudos y montañas nevadas. Tanto Aurel como Imre desviaron la mirada cuando la gran iglesia blanca que la presidía se hizo visible desde el coche, y después esperaron en silencio hasta que nos detuvimos ante la casa de piedra gris que nos albergaría durante el día que pronto despuntaría. Aquella morada tenía múltiples puertas exteriores, cada una de las cuales

desembocaba en un apartamento individual compuesto de un salón, un amplio dormitorio y una sala de baño.

Una vez en sus aposentos subterráneos, cuyos muros no habían sido modernizados, Aurel volvió a darme ropas para dormir y tomó asiento en un sofá de cuero mientras yo me cambiaba en la sala de baño. Cuando salí, ya se había tendido en el sofá, habiéndose quitado la chaqueta y la chalina negras. Le pregunté, situándome de pie ante él:

—¿Teme dormir a mi lado?

Él se sentó y elevó el rostro hacia mí.

—Me aterra —dijo fijando sus ojos en los míos.

—¿Por el magnetismo? —inquirí.

—Entre otras cosas —dijo él.

—¿Qué cosas? —insistí.

Él tomó aire por la nariz y lo sostuvo unos segundos sin dejar de mirarme.

—Para empezar, hoy tengo sed y prefiero evitar la tentación de su proximidad —respondió.

¡Así que eso era! No se lo veía violento como Imre antes de amenazar con matarme, ni feroz como Baltasar cuando estaba hambriento.

—Confío en usted —respondí convencida de lo que decía—. Estará más cómodo en la cama. Venga conmigo.

—Le advertí que no debe confiar en ningún vampiro, Lucyna —replicó él, tras de lo cual se puso de pie y agregó dando un paso hacia mí—: ya probé su sangre una vez, ¿recuerda? No juegue conmigo.

Aunque en retrospectiva debí tener miedo, solo sentí que mis rodillas se debilitaban con su cercanía.

—Puede alimentarse de mí —murmuré.

—¡No! —exclamó él furioso, virándose hacia la chimenea encendida para no mirarme. Las venas de sus manos se habían dilatado y advertí el ligero temblor de sus hombros. Ahora sí daba una impresión de voracidad contenida.

—Sí —dije con un hilo de voz, tocando su brazo. El calor que se desprendía de su piel traspasaba la tela delgada de su camisa negra—. Sé que no me matará, y también sé que no me lastimará. Yo lo deseo

así, Aurel.

Él se volvió hacia mí de nuevo.

Lo que sea con tal de estar más cerca de usted, pensé.

—No sabe lo que me ofrece, Lucyna —dijo.

—Oh, pero sí lo sé —respondí tragando en seco.

Antes de que pudiese tomar otra inhalación, Aurel rodeó mi talle y me atrajo hacia él. Cerré los ojos con fuerza anticipando las punzadas de sus colmillos en mi cuello pero él no se movió, solo me retuvo contra su cuerpo. Abrí los ojos de nuevo para mirarlo. El tiempo y su respiración parecían haberse hecho más lentos.

—No voy a convertirla en mi cisne negro —dijo, sus pupilas casi tan grandes como sus iris.

—¿Cisne negro? —balbucí.

—*Cisne negro* es quien alimenta a un vampiro por su propia voluntad —dijo él.

—En ese caso, yo quiero ser su cisne negro —respondí. Mirando su boca bien formada, no concebía que pudiese causarme dolor.

—Nunca he escuchado una insensatez igual —dijo, y me soltó para apartarse de mí.

—¿Le parece mejor si la víctima no lo desea? —tartamudeé asombrada y un poco ofendida.

—¡Lucyna, usted acaba de pasar por una grave enfermedad! —replicó alterado—. Ni siquiera ha terminado de recuperarse… ¿y ahora quiere que beba su sangre? ¡No es que le sobre en estos momentos!

—Oh —dije apretando los labios—. Bueno, en ese caso, solo quiero que sepa que se la daría gustosa.

—Gracias —contestó poniendo los ojos en blanco.

—Por nada —repliqué elevando la mirada hacia él con vergüenza.

—No debería hacer este tipo de cosas —suspiró—. Es peligroso. Además, solo acrecienta mi deseo de besarla.

—¿Disculpe? —tartamudeé.

—Usted me escuchó —dijo él.

—Entonces béseme —logré responder.

—¡No! Estoy enamorado de usted, maldita sea —dijo.

Me quedé petrificada. Una cosa eran las afirmaciones emotivas que había hecho con anterioridad, y otra cosa era recibir esa declaración apasionada y abrupta de su parte justo en aquel momento.

—¡Y yo de usted! —respondí, mi corazón a punto de salirse de mi pecho.

—No es que no le crea —dijo.

—¿Pero? —pregunté con voz trémula.

—Usted no es libre—dijo él—. Nadie es dueño de sus propias emociones estando en cautiverio. Si, pasada su enfermedad, y pasados algunos años tras recuperar su libertad, usted se sintiese del mismo modo hacia mí, sería distinto. Yo podría al menos saber que procede desde una mente sana y autónoma.

—Pues yo quiero vivir lo que pueda junto a usted antes de perderlo para siempre —objeté.

—Y yo no quiero correr el riesgo de causarle un daño aún mayor —respondió él—. Superar lo que mis parientes le han hecho le tomará un largo tiempo, si es que tiene la suerte de sobrepasarlo. No pienso entorpecer ese proceso.

—¡Deje de decidir por mí! —exclamé

—¡Estoy decidiendo por mí, Lucyna, no por usted! ¡No puedo obrar con base en mis sentimientos mientras sienta que con ello podría estar sacando provecho de usted de algún modo! ¿Quiere que vaya en contra de mí mismo, en contra de todo lo que soy? Además… usted no puede forzarme a iniciar algo que tendré que interrumpir. He estado sin usted toda mi vida y ya acepté que así es como moriré. Necesito conservar la fuerza de dejarla ir. ¿Cree que es fácil para mí?

Guardé silencio unos instantes.

—¿Cómo podría ser más fácil despedirnos sin siquiera haber gozado de la felicidad que descubrimos juntos, aunque sea fugazmente? —lloré.

—Porque es así como hemos vivido hasta ahora —dijo él—. El hábito de estar el uno sin el otro ya fue creado y establecido.

—Si puede rehusarme, es porque lo que siente no es tan fuerte como lo que siento yo —murmuré—. Y entonces, quizás sea mejor así.

—Vaya chantaje —rio, su expresión era de desconsuelo absoluto—.

¿También usted va a acusarme de no tener sensibilidad porque soy capaz de regir mis propios actos? ¡Está bien! Puedo abstenerme de matar, puedo no alimentarme de una persona convaleciente que me ofrece su sangre y también puedo dejar de besar a la mujer que amo. Pero piense que, tal vez, lo único que tengo a mi favor en esta situación es lo que no he vivido.

—¿Así que prefiere preguntarse para siempre cómo sería vivir lo que siente por mí? —respondí.

—¿Preguntarme? Cuando se trata de usted, yo solo tengo certezas —dijo—. Por favor, ayúdeme a ayudarla. Usted le pertenece a la luz y yo les pertenezco a las sombras. No haga más difícil nuestra separación.

Se dejó caer de nuevo en el sofá y hundió el rostro en las manos.

—Perdóneme —respondí—. No volveré a intentar nada. Se lo prometo. —Dicho esto, me di la vuelta y me metí en la cama, donde me quedé dormida llorando.

La noche siguiente viajamos hacia el refugio de Trieste. Aurel y yo apenas si habíamos cruzado palabra durante el día. Imre estaba menos enfadado conforme nos acercábamos a Venecia, y habló de cómo quería celebrar su próximo cumpleaños mientras Aurel le respondía con monosílabos corteses. Me daba la impresión de haberle causado un daño irreparable a Aurel con mi actitud de la noche previa y me sentía terrible por mi impulsividad. Al mismo tiempo, sus palabras resonaban en mis recuerdos, colmándome tanto de dicha como de amargura. Ser amada por él era lo más bello y trágico que me había ocurrido. No solo jamás podría estar a su lado sino que creía no merecer aquel amor que no había sabido reconocer desde un comienzo. Aurel nunca me había juzgado por haber creído amar a su hermano, ni por haberme convertido en su amante. Yo misma, de haber escuchado una historia semejante de labios de otra persona, habría pensado que un cambio tan súbito solo podía provenir de una mente insubstancial, o bien de la más vergonzosa volubilidad. ¿Qué clase de mujer transfiere su cariño de un hermano al otro? Nadie habría entendido que aquellos dos sentimientos tan intensos, tan similares y a la vez tan diferentes, habían surgido de forma

independiente en tan corto tiempo. Nadie habría aceptado que, siendo el primero una ilusión, el segundo era tan real como la vida misma. Aurel, en cambio, parecía comprenderlo a la perfección a pesar de su renuencia a involucrarse más conmigo a causa de mis nefastas experiencias recientes. Pero, ¿cómo podría jamás dañarme su amor?

Trieste era una ciudad portuaria importante, casa de artistas y escritores, que desde el siglo anterior se destacaba por la libertad que los Habsburgo habían extendido a todos los comerciantes que quisieran establecerse en ella sin importar su origen o credo. Cuando la alcanzamos, apenas si había pasado la medianoche. La bordeamos por el camino paralelo a los acantilados de roca caliza, las aguas del mar Adriático brillando bajo la luna amarilla. El refugio de los Domány-Nádasdy, un palacio de varios niveles que encaraba el golfo, se apoyaba sobre los cimientos rocosos por medio de columnas colosales semejantes a las de los antiguos templos romanos.

Puesto que habíamos llegado temprano, Aurel me llevó a la terraza de inmediato mientras la servidumbre disponía nuestra cena. Aunque la humedad de la brisa marítima se colaba por debajo de mi abrigo, yo nunca había visto el mar y estaba deslumbrada con el vaivén de las olas.

—Pedí que le prepararan una habitación con ventanas adjunta a la mía para que pueda apreciar el color del mar durante el día —dijo Aurel apoyándose en el muro del balcón ornamentado.

—Es porque no quiere dormir cerca de mí dado mi comportamiento de anoche, ¿verdad? —le pregunté.

—Al contrario. Es porque quiero dormir con usted —replicó, las comisuras de sus labios curvándose en la sugerencia de una sonrisa.

Si podía bromear al respecto, me dije que debía haberme perdonado.

—¿Ya no está enfadado conmigo? —inquirí aliviada.

—Nunca he estado enfadado con usted, Lucyna —dijo él—. La comprendo.

—Sin ánimo de insistir… ¿podría explicarme por qué cree que un beso suyo podría hacerme daño? —dije.

—No solo a usted, sino a mí —repuso—. Extrañar algo que se

conoce como felicidad pura es más difícil que imaginarlo de forma teórica. Al menos eso creo yo.

—Está bien —dije—. Aunque respeto su decisión, creo lo opuesto.

—Mi vida amorosa ha consistido en la más estricta frivolidad, y gracias a ello esas mujeres están vivas —dijo—. Entre más lo pienso, más me convenzo de que Baltasar la eligió a usted porque estaba harto de no hallar víctimas por medio de las cuales dañarme.

En ese instante, Magdolna salió a la terraza. Llevaba un abrigo grueso de terciopelo rojo con brocados negros ajustado a la cintura. Me pegué a Aurel por instinto, temblando de pies a cabeza. Aurel se puso frente a mí de inmediato para separarme de Magdolna pero era demasiado tarde: ya la había visto a los ojos.

Te esperan cosas peores, me había dicho con el pensamiento mientras sonreía.

—¿Qué quieres, Magdolna? —le dijo Aurel—. ¿Te has decidido a morir esta noche?

—Baltasar, Imre y yo vamos a salir a la ciudad a cazar —dijo ella—. Venía a invitarte a que vengas con nosotros.

—Los veré en el coche en unos minutos —respondió Aurel, y Magdolna volvió a entrar a la casa.

Le conté a Aurel entre lágrimas lo que había escuchado pensar a su prima y él me miró con seriedad. Había palidecido.

—¿Ve por qué lo único que importa es que usted pueda huir? —dijo en voz baja—. Aunque espero que Magdolna solo esté buscando aterrorizarla, a mí también me pone indeciblemente nervioso. Su cena ya debe estar servida en mi habitación. Estará segura allí. Yo, por desgracia, debo alimentarme de sangre esta noche. La buena noticia es que podré vigilar a Baltasar y a Magdolna mientras estamos fuera.

La habitación de Aurel, sin ventanas, se hallaba en la segunda planta y desembocaba en la que me había asignado, a la cual solo podía accederse por medio de la de él. En esta casa, la cama de Aurel era una de esas *camas caja* cerradas por todos los lados con láminas de madera. Supuse que era una opción más segura dado que su habitación se comunicaba con una estancia que tenía ventanas. Las camas cerradas habían caído en desuso pero a mí me gustaban mucho,

especialmente ahora que me sentía tan vulnerable al estar rodeada de vampiros. Hubiera querido encerrarme allí con un crucifijo hasta que fuese el momento de huir. Sin embargo, aquella cama le correspondía a Aurel por el peligro que el sol representaba para él.

Mi cena estaba servida en una mesa junto al hogar ardiente, y puesto que habíamos comido poco el día anterior por el viaje, comí con hambre el pescado, las legumbres asadas y el vino que me habían llevado en tanto intentaba ignorar el terror de haber visto a Magdolna. Mi habitación tenía una cama estrecha junto a la ventana. Supuse que Aurel la usaba para descansar disfrutando la vista cuando se quedaba en aquella casa, mientras no fuese de día. Me acomodé en ella y me quedé viendo el mar largo rato hasta que escuché un ruido en la cerradura de la puerta. Por suerte había puesto la tranca desde dentro, pero el miedo hizo que mi corazón se detuviese.

—¡Lucyna! ¡Ábrame, pronto!

Reconocí la voz de Baltasar y por poco me desmayo. Me agazapé bajo el marco de la ventana y me quedé en silencio, procurando acallar mi respiración. ¿Dónde estaba Aurel? ¡Aurel! ¿Le había ocurrido algo? Esa posibilidad me obligó a precipitarme a la puerta. No la abrí, por supuesto, sino que le hablé a Baltasar con un hilo de voz:

—¡No tengo permiso de abrirle, lo siento! ¿Dónde está su hermano?

Baltasar no me contestó sino que siguió moviendo la perilla. Noté que la luz que se colaba por la cerradura desde el corredor desaparecía de repente y di un salto atrás.

—Veo que tiene mucho miedo —susurró, y me pareció que se divertía.

¡Baltasar me estaba mirando a través del agujero de la llave!

—Sí, claro —balbucí en tanto las lágrimas rodaban por mi rostro—. Su prometida volvió a amenazarme.

—Pero yo no soy mi prometida —dijo él—. Soy su amante… ¿o ya me olvidó?

—Eso sería imposible —sollocé aterrada—. ¿Dónde está Aurel?

—¿Por qué le importa tanto? —respondió él—. ¡Salga al corredor! ¡Debemos hablar!

—Solo dígame dónde está Aurel —dije con voz entrecortada.

—Aurel está viendo a una de sus amantes al otro lado de la ciudad —dijo Baltasar. Podía imaginar su iris dorado al otro lado de la cerradura, siguiendo todos mis movimientos—. ¿Por qué cree que lo dejó todo dispuesto para usted? Se tardará muchas horas en llegar.

—Ah… muy bien —dije. La posibilidad de que lo que Baltasar había dicho fuera cierto me partió el corazón—. No puedo salir al corredor porque estoy encerrada aquí. Aurel se llevó la única llave. Tendremos que hablar a través de la puerta.

—Olvídelo. Ya hallé las respuestas que buscaba —dijo él y le dio un golpe a la puerta que me hizo saltar, después de lo cual se fue.

62
Barco de vapor

Aurel regresó poco después de las tres de la madrugada, cuando yo ya había sentido todas las variedades de celos existentes e imaginado las peores situaciones. Retiré la tranca y me hice a un lado para que él pudiera pasar tras quitarle el cerrojo a la puerta.

—¿Dónde estaba? —inquirí. Sus rizos negros caían como serpientes sobre sus hombros. Llevaba el abrigo negro abierto y el sombrero de copa en la mano.

—Baltasar y Magdolna le ordenaron al cochero traerlos de vuelta, dejándonos a Imre y a mí atrás —resopló cerrando la puerta con llave de nuevo—. Él y yo tuvimos que regresar caminando.

—¡Qué excelente noticia! —exclamé no pudiendo contenerme. Que él no hubiese pasado las últimas horas con una de sus amantes era maravilloso.

Aurel me miró extrañado. Lo tomé de las manos, refiriéndole lo acaecido con Baltasar durante su ausencia en tanto su expresión cambiaba. ¿Por qué lucía culpable?

—Ojalá no hubiese tenido que salir —dijo clavando la vista en el suelo. Solo entonces percibí el perfume femenino que había impregnado sus ropas y di un paso atrás.

—Aurel… ¿de verdad prefiere estar con cualquier mujer que no sea yo? —inquirí sintiendo que las lágrimas nublaban mis ojos—. ¿Es eso lo que el amor significa para usted?

—¿A qué se refiere? —preguntó frunciendo el ceño.

—Conozco su perfume —balbucí no sin vergüenza—. El olor que se desprende de usted no es el suyo.

Él tomó una honda inhalación y exhaló con lentitud.

—Eso es cierto —replicó—. No solo llevo encima el olor de mi presa, un escritor griego apasionado por la comida y la bebida, sino… el de Magdolna.

—¿Qué? —chillé, mis ojos como platos.

—Según Magdolna me dijo cuando intentaba arrancarme las ropas, es apenas justo que yo pase una noche de lujuria con ella puesto que usted sedujo a su prometido —explicó sacudiendo la cabeza—. En su mente enferma, dado que cree que usted y yo somos amantes, eso equilibraría un poco las cosas… o al menos le daría cierta satisfacción. Me acorraló en el atrio de la casa en la que nos infiltramos en busca de alimento. Por desgracia para ella, no es lo bastante alta ni fuerte para besarme en contra de mi voluntad. Y, aunque lo hubiera logrado, lo importante es que la odio con todo mi ser. No hay poder humano o vampírico capaz de lograr que me sienta atraído por ella. Así pues, para empeorar las cosas, mi rechazo la enfureció aún más. Recurrió a arañarme los costados y el abdomen —añadió quitándose el abrigo para enseñarme su camisa, ahora rasgada en varias partes.

—¡No puedo creerlo! —dije iracunda—. ¿Y usted qué hizo?

—La empujé hacia atrás —replicó encogiéndose de hombros—. Golpeó una columna de piedra con la parte posterior de la cabeza. La dejé sangrando allí y procedí a buscar mi alimento. Siendo ambos vampiros, estaremos bien en la mañana, como si nada nos hubiera ocurrido, pues son heridas menores… pero fue un incidente muy desagradable. Además, el almizcle de mi prima me revuelve el estómago. Solo me trae malos recuerdos, en especial el de la muerte de mi perro. Si me disculpa, voy a lavarme.

Como era de esperarse, me sentí peor tras el reclamo injustificado que le había hecho a Aurel por culpa de Baltasar. Aunque Aurel me hubiese declarado su amor, jamás me había prometido fidelidad ni nada que pudiera asemejársele, y yo no tenía ningún derecho sobre él. Él era libre de volver a los brazos de sus amantes o de tomar una nueva, como lo había sugerido Imre, incluso aunque yo estuviese allí.

Mientras él se lavaba, me puse las ropas de dormir que sus sirvientes habían dejado listas sobre mi cama al llevarme la cena, y me metí bajo las cobijas para contemplar el mar otro rato. Poder ver hacia fuera era un lujo, pensé, suspirando. Uno que Aurel solo podía darse en las horas de la noche. Y, por bella que fuese la noche en todo su esplendor, la oscuridad prolongada cansaba el espíritu.

Aurel entró a la estancia y se sentó al otro extremo de la cama para mirar hacia el exterior también. Se había deshecho de la camisa rota y ahora llevaba una bata de colores turquesa y plata sobre los pantalones negros. Lucía más tranquilo ahora que se había lavado, y ya no olía como Magdolna. Un faro situado en un islote vecino iluminaba el agua que el viento mecía con furia. Era un paisaje poderoso que me habría encantado pintar.

—¿Cómo se siente? —le pregunté.

—Bastante mejor ahora que no tengo cerca a la víbora de mi prima —rio por lo bajo.

—No debí creerle a Baltasar —murmuré.

—No prefiero estar con cualquier mujer que no sea usted —dijo él mirándome a los ojos. Tomó entonces mi mano y la puso sobre su pecho, reteniéndola allí bajo la suya. Sentí sus latidos regulares a través de la diáfana tela que lo cubría—. Mi corazón es suyo. Lo será mientras viva y también después de mi muerte. No sé cómo el corazón elige a quién amar pero el mío la eligió a usted. No me importa lo que haya ocurrido con Baltasar, y tampoco me importa con quién esté usted después de que nos separemos. Solo espero que pueda ser feliz y que no olvide lo que le he dicho esta noche. Usted es y siempre será mi único amor.

—¡Yo no quiero estar con nadie más! —gemí.

Él sujetó mi mano para besarla, sus párpados cerrados, y entonces se levantó para ir a su habitación.

—Buenas noches, Lucyna. Ya quisiera ver el amanecer con usted —dijo, y surcó el umbral para ir a resguardarse en su cama caja, que era como un ataúd gigante.

Lo escuché cerrar las láminas de madera de su cama y dejé que mis lágrimas cayeran libremente mientras la luz del faro giraba hasta que amaneció y el Adriático adquirió el color azul profundo de los ojos de Aurel con los primeros rayos del sol.

* * *

Aquel día calenté agua para lavarme con jabón de rosas cuando desperté hacia las cuatro de la tarde. Me vestí y peiné, y esperé frente

a la ventana a que el sol se pusiera. Como si pudiese sentir la oscuridad, Aurel salió de su cama caja en cuanto el horizonte devoró los últimos rayos solares.

—Buen atardecer —dijo, asomándose por la puerta de mi habitación —. Pronto nos traerán el desayuno. Debemos abordar el paquebote que nos llevará a Venecia en aproximadamente una hora. Todos viajaremos juntos, así que prepárese para estar cerca de Baltasar y Magdolna. Tengo algunas ropas abrigadas para usted —agregó—. El viento sopla con fuerza en la cubierta del barco.

Me hizo entrega de un vestido de color azul pálido con bordados de hilo dorado, así como de un abrigo, guantes y sombrero a juego con el vestido. Me cambié en la sala de baño y me miré en el espejo, sorprendida. A pesar de que estaba demasiado delgada, me pareció que lucía guapa y elegante, sin importar mis cicatrices, que mis cabellos y el sombrero ocultaban en parte.

Tal y como Aurel había dicho, nos llevaron una bandeja con café, pan, queso blanco fresco, tomates secos, albahaca y aceite de olivas. Después de desayunar, Aurel se lavó y vistió, y entonces me guio a la parte exterior de la primera planta frente al mar, donde varias barquitas flotaban atadas a un pequeño muelle. Aquella noche Aurel se había puesto anteojos para el sol de cristales muy oscuros, guantes y sombrero de copa. Lucía especialmente apuesto con los cabellos sueltos y la leve sombra de la barba que ya empezaba a crecer. Uno a uno, Imre, Elzbieta, Vladislav, la señora Agoston, el maestro de música, Baltasar, Magdolna y su doncella salieron de la casa para reunirse en el área de piedra pulida que se unía con el muelle. Aurel rodeó mi espalda con su brazo y me atrajo hacia él vigilando a Magdolna con semblante pétreo, pero ella ni siquiera nos echó un vistazo, sino que avanzó hacia el muelle con su doncella. Baltasar, entre tanto, daba direcciones a los hombres que cargaban el que asumí era su equipaje, diciéndoles cómo distribuirlo entre dos de las barcas. Más hombres emergieron de la casa con baúles y valijas, entre las que se encontraba la mía. Imre, Vladislav y Elzbieta se aproximaron a nosotros. Los niños lucían entusiasmados, pero me fue imposible adivinar lo que pasaba por la mente de Imre hasta que habló.

—Buenas noches —dijo ajustándose los anteojos de cristales azules —. ¿Alguien tiene objeción con que yo eche por la borda a Baltasar y a mi hermana cuando estemos surcando el golfo en dirección a Venecia? ¡Si fuera un mortal corriente tendría los pies ampollados de tanto caminar! ¡No había un solo coche de alquiler para regresar aquí después de que esos dos nos abandonaron en el centro de la ciudad!

Vladislav rio con ganas.

—Ninguna objeción de mi parte —dijo con una amplia sonrisa, los hoyuelos de sus mejillas, semejantes a los de Aurel, apareciendo de repente.

—Nada me haría más feliz que ver a Magdolna hundirse lentamente —dijo Elzbieta—. Pero no creo que valga la pena morir por eso.

—Una venganza dulce se planea con tiempo —dijo Imre—. Ya pensaré en algo.

Noté que Elzbieta y Vladislav intercambiaban una mirada peculiar pero no comenté nada al respecto sino que admiré sus bonitas ropas.

—Gracias —dijo Vladislav—. Usted luce hermosa, señorita Pawlak.

Imre extendió su mano enguantada hacia mí y sujetó mi mentón, haciéndome bajar y elevar el rostro para estudiarme con atención.

—Magdolna debe estar furiosa —murmuró—. Las cicatrices solo hacen que la belleza de su rostro sea más notoria. Es casi como si el contraste con la marca de la violencia destacara la delicadeza de sus atributos. Así es el arte, al fin y al cabo.

Temblé aterrorizada y Aurel solo me acercó más a él.

—Quiero que los tres me ayuden a cuidar a Lucyna de Magdolna —dijo—. Anoche volvió a amenazarla.

—Cuenta conmigo —dijo Imre—. Nada le ocurrirá mientras yo esté cerca.

—¿Me lo juras? —inquirió Aurel.

—Juro que haré cuanto esté en mi poder para prevenir que mi hermana vuelva a dañarla —dijo Imre—, pero no juro que seré exitoso. Lo siento, no quiero morir a causa de una criada si acaso cometo un error. Usted comprenderá, Pavlova.

Asentí.

—Yo también la cuidaré —dijo Vladislav.

—Y yo —dijo Elzbieta.

—Bien, es hora de navegar hacia el paquebote —dijo Aurel, apuntando hacia uno de los barcos de velas y vapor que se avistaban en la distancia y guiándonos hacia el muelle.

Nos distribuimos en las barquitas tal y como lo habíamos hecho en los coches. En vez de los cocheros, dos remeros por barca se encargaron de llevarnos hacia el paquebote, anclado en aguas más profundas. Yo no podía dejar de mirar el mar alrededor, fascinada y a la vez atemorizada.

—La embarcación ha ido recogiendo pasajeros en otros puertos y Trieste es su última parada antes de dirigirse a Venecia —dijo Aurel—. Será una buena oportunidad para ir haciendo amistades con las cuales departir cuando arribemos a nuestro destino.

Imre sonrió ampliamente, sus colmillos afilados elevándose por encima de su carnoso labio inferior. Por *amistades* Aurel se refería, claro está, a víctimas potenciales. Cuando al fin alcanzamos el paquebote, subimos a él por medio de una escalera herrumbrosa hasta hallarnos en la cubierta.

—Esto es lo malo de no tener nuestro propio barco —se quejó Imre sacudiéndose las ropas—. Insisto en que compremos uno aunque lo usemos poco, Aurel. Es muy inconveniente vernos obligados a tomar el último paquebote del día, como si fuéramos parte del vulgo, todo por evadir la luz solar. Hay demasiada gente aquí. ¡Huele a sudor!

—Háblalo con Baltasar —replicó Aurel—. A mí no me molesta en absoluto tomar barcos de pasajeros. Lo veo como una oportunidad.

—Prefiero conocer gente como lo dictan las jerarquías: en mi propio ámbito social —refunfuñó Imre—. En fin, iré a hablar con esa mujer guapa del vestido verde —agregó—. El color de sus mejillas se me hace invitante. No creo que sea *rouge*.

Dicho esto, se dio la vuelta para abrirse paso entre la multitud que recién se había embarcado. Aurel se encogió de hombros.

—Vamos a hablar con algunas personas nuevas —me dijo, ofreciéndome su brazo.

Minutos después, el paquebote ya había levado anclas y surcaba el golfo de Venecia. Busqué a Elzbieta y Vladislav con la mirada pero no

los vi. Atisbé a Magdolna, que llevaba un traje rosa precioso, hablando con una bonita muchacha adolescente al otro lado de la cubierta. Me estremecí de temor por la muchacha, pero Aurel me llevó hacia la proa, lejos de las blancas velas centrales de la embarcación que el viento ya inflamaba, y perdí de vista a ambas mujeres. Una vez nos hallamos a babor sobre la proa, Aurel se detuvo para observar el entorno con actitud de perfecta soltura, y entonces sentí el tirón de su magnetismo animal con una potencia tal que tuve que hacer un esfuerzo por no tocarlo. Supe que estaba ejerciendo el mesmerismo adrede para atraer a quienes se hallaban cerca y me obligué a dar un paso atrás para no perder detalle: varias personas dejaron de hablar con sus acompañantes, tornándose hacia él para mirarlo boquiabiertas. De inmediato, un pequeño grupo de caballeros se acercó a él para entablar una conversación en italiano. Yo no hablaba aquel idioma, por lo cual Aurel me hizo las veces de traductor, interrumpiendo la plática aquí y allí para explicarme lo que unos y otros decían. Tras las presentaciones pertinentes, dos de ellos le contaron dónde vivían y a lo que se dedicaban, otro lo invitó a conocer su *ristorante* y otro le dijo que tenía un matrimonio infeliz, todo esto sin que Aurel les preguntara nada. Un nuevo grupo nos rodeó para hablar con él en esloveno, con resultados similares. Una mujer de cabellos grises recién lo había convidado al bautizo de su nieto cuando escuché gritos en italiano provenientes de estribor. No entendía lo que ocurría hasta que un hombre pálido y flaco exclamó en alemán:

—¡Alguien cayó al agua!

Aurel me tomó de la mano y me obligó a correr con él hacia el lugar donde varios pasajeros se habían congregado para observar el agua más allá de la borda. Entonces vi a Vladislav llorando contra el balaustre a un par de metros de nosotros, y la sangre se heló en mis venas.

—¡Mi hermana! —vociferaba mi pupilo en polaco con lágrimas en los ojos—. ¡Mi hermana cayó al agua y no sabe nadar!

Corrí hacia él por instinto.

—¡Elzbieta! ¡Una niña cayó al agua! —grité en alemán pero las

gentes solo me miraban con semblantes angustiados o confundidos, y por ello supe que estaba rodeada de italianos y eslovenos que no me comprendían. Cuando me viré hacia Aurel, él no estaba allí. Me topé, en cambio, de frente con Baltasar, cuyos ojos dorados encontraron los míos.

—¡Su sobrina cayó por la borda! —chillé trastornada.

Baltasar guardó silencio. La gente alrededor, mientras tanto, no cesaba de gritar. Vladislav se arrojó contra Baltasar para golpearlo con sus pequeños puños.

—¿Estás sordo? ¡Haz algo! —chilló el niño con voz tan aguda que mis oídos empezaron a pitar—. ¡Elzbieta se ahoga!

—Elzbieta estará bien —le contestó Baltasar sin dejar de mirarme—. Pronto saldrá del mar como una sirena. Ve a la popa con tu aya y verás que no te miento, Vladislav.

El niño salió corriendo hacia la parte posterior del navío sin dudarlo. Yo intenté ir tras de él, pero la mano de Baltasar aprisionó mi muñeca como un grillete de hierro, impidiéndomelo.

—Al fin solos, Lucyna —dijo acortando la distancia entre los dos.

—¡Su sobrina! —rugí como una endemoniada, sacudiéndome para zafarme de su agarre—. ¡Nada importa más que ella en este momento!

Él rio.

—Eso no es cierto —dijo—. Nada importa más que esto ahora. Anoche, cuando fui a verla, tuve una revelación: sus sentimientos por mí han cambiado. Me encuentro devastado.

Imaginé que una niebla espesa cubría mis pensamientos.

—No —dije tragando en seco—. Aún le profeso la misma lealtad.

—¡Miente! —dijo él, sus labios curvándose en una sonrisa cruel.

Antes de que pudiese responderle, se abalanzó sobre mí y me besó. Lo empujé con todas mis fuerzas pero sus labios se adhirieron a los míos en tanto inhalaba por la boca, robándome el aire. De repente, me soltó. Caí sobre el tablado de la cubierta sintiendo que la cabeza me daba vueltas. Sabía lo que Baltasar había hecho: había vuelto a usurpar mi fuerza vital, esta vez por medio de un beso.

—¡Vaya! Es extraño —susurró—. Creí que me había olvidado y, sin embargo, acabo de comprobar que no ha permitido que Aurel la

convierta en su amante. Si usted hubiese cedido ante el poder de seducción de mi hermano, como me lo temía, estaría impregnada de su esencia. Aun así, al besarla, no he detectado rastros de una energía masculina o vampírica en usted, excepto la mía. Eso significa que sigue perteneciéndome —se hincó ante mí para sonreírme con gesto afectuoso. Casi parecía conmovido. Mi estómago se revolvió—. Confieso que había contemplado hacerle daño, Lucyna, pues no tolero el engaño y menos la traición. Pero, aunque tengo la impresión de que mi hermano se ha encaprichado con usted, y por ello mi confianza en nuestra amistad ha menguado de forma considerable, el hecho de que usted no se le haya entregado a un libertino como Aurel me indica que continúa siendo mía y, lo más importante: pura. La juzgué mal —añadió, tomándome de los brazos y obligándome a incorporarme. Me tambaleé con el movimiento del barco, a punto de perder el equilibrio —. Quizás, después de todo, sea una aliada más valiosa de lo que esperaba. Una amante digna de conservar. No obstante, debo decirle algo ahora: si, después de haber tenido tanto tiempo para pensar acerca de mi propuesta, usted se negara a ayudarme… no quiero imaginar lo que tendría que hacerle. Sabe demasiado.

—¡Aquí estáis! —dijo Imre, interrumpiéndonos—. ¡Venid pronto, han sacado a Elzbieta del mar y aún no vuelve en sí!

Quise seguirlo pero mis piernas fueron incapaces de sostenerme tras aquel intercambio con Baltasar, y caí de rodillas en el suelo liso, a punto de desmayarme. Estaba muy mareada. Imre me extendió su mano para ayudarme pero tuve que rechazarla sabiendo que era demasiado tarde: giré la cabeza hacia Baltasar y vomité todos los contenidos de mi desayuno sobre sus botas.

—¡Por Belcebú, niña! —exclamó Imre, a quien por suerte no había salpicado—. ¡Dame tu pañuelo, Baltasar!

Elevé la mirada hacia ellos. La expresión de furia de Baltasar no me pasó desapercibida. Imre tomó el pañuelo que se asomaba por debajo de la solapa del abrigo de su primo sin su consentimiento para ofrecérmelo a mí.

—¿Por qué no le das el tuyo? —gruñó Baltasar.

—¿Mi pañuelo de seda verde de Damasco? —rio Imre—. Estás loco.

¡Tome, Pavlova, límpiese y sígame!

Tomé el pañuelo negro de Baltasar de la mano de Imre y me limpié como pude, después de lo cual lo arrojé a los pies de Baltasar solo para lanzarme a correr torpemente tras de Imre. Baltasar no me detuvo.

Cuando llegamos a la popa del paquebote, un círculo de personas rodeaba a Elzbieta, quien se hallaba inconsciente. Aurel se inclinaba sobre ella, sacudiéndola y llamándola por su nombre. Ambos tenían las ropas y los cabellos empapados: comprendí de repente que él era quien la había sacado del helado mar. Me abrí paso entre la gente y entonces vi que Aurel elevaba a la niña en sus brazos solo para darle la vuelta y sujetarla cabeza abajo ante las miradas expectantes de los pasajeros. De repente, Elzbieta expidió un interminable chorro de agua por la boca y empezó a toser. Los vítores y aplausos de los pasajeros no se hicieron esperar. Aurel la retornó a una posición normal, depositándola sentada sobre la madera de cubierta en tanto ella volvía en sí y Vladislav la abrazaba llorando. Corrí hacia ellos con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo caíste al agua, Elzbieta? —le preguntó Aurel temblando.

—No lo recuerdo —dijo ella con un hilo de voz—. Me había alzado sobre las puntas de los pies para ver el mar… y alguien tropezó conmigo o me empujó.

Se interrumpió para toser de nuevo.

—¿Tú viste algo, Vladislav? —le preguntó Aurel al niño, su voz cargada de ansiedad.

—No —dijo Vladislav entre sollozos sin soltar a su hermanita—. Me había girado hacia el otro lado. ¡Solo la vi caer!

Varios tripulantes llegaron con mantas gruesas para Elzbieta y Aurel y, poco a poco, los pasajeros abrieron el círculo. Advertí que Imre gesticulaba con las manos para indicarles que retrocedieran y se dispersaran, a lo cual ellos obedecieron sin ganas.

—¡Odio viajar en botes de pasajeros! —dijo Imre. Estaba colérico pero yo sospechaba que se debía a lo ocurrido con Elzbieta y no al medio de transporte que habíamos empleado.

—¿Dónde están Magdolna y Baltasar? —preguntó Aurel poniéndose

de pie. El agua se escurría de sus ropas y él no cesaba de temblar, no sabía yo si solo de frío, miedo o rabia.

—Yo estoy aquí, primito —replicó la voz de Magdolna tras de mí. Me di la vuelta con violencia y corrí a hacerme al lado de Aurel sin dejar de mirarla—. ¡Oh, mi pequeña Elzbieta! —dijo acercándose a la niña para estrujar sus cabellos húmedos entre los dedos. Noté sus uñas largas y recordé los arañazos que le había hecho a Aurel la noche anterior—. Cuánto siento que hayas pasado un momento tan difícil. Debió de ser horrible para ti sentir que te hundías en el mar… ¡suerte que a Aurel no le importó mojarse! De lo contrario, tendríamos que esperar a que tu cadáver apareciera flotando para poder atravesar tu corazoncito con una estaca.

Vladislav le asestó un golpe en el antebrazo y la miró con odio.

—¡Basta! —le dijo Magdolna al niño dándole una bofetada—. ¿Quién te has creído? ¡Sabes que ese será el destino de todos nosotros algún día! Ya les pasó a tus padres y también te tocará a ti.

—¿Viste a Magdolna cerca de ti antes de caer al agua, Elzbieta? —le preguntó Imre a la niña.

Elzbieta negó con la cabeza.

—No recuerdo nada —balbuceó ella tiritando.

—No sé qué insinúas, Imre, pero no me gusta nada —dijo Magdolna por entre los dientes—. Me hallaba a babor con mi doncella. ¿Verdad, Fidelia? —inquirió mirando a su criada, quien asintió reiteradamente. A la sazón, noté las quemaduras en la piel del rostro y las manos de la joven doncella—. Aun así, cuando escuché el alboroto y me dirigí al lugar desde donde nuestra querida Elzbieta había caído al agua, me encontré con que Baltasar y la señorita Pawlak se fundían en un beso clandestino.

Todos giraron sus rostros hacia mí menos Elzbieta, que continuaba en estado de aturdimiento, y yo solo atiné a mirar a Aurel con terror.

—Yo lo vi todo —dijo Imre—. Baltasar la tomó por sorpresa y ella quiso rechazarlo por razones que aún no atino a comprender. Supongo que quiere evitarse líos contigo, Magdolna… o quizás simplemente ahora prefiera a Aurel. Como sea, el beso le fue tan averso que terminó vomitando en los zapatos de Baltasar —rio—. Hermanita,

procura ocultar tus celos un poco. La desesperación solo afea a quien la demuestra.

Magdolna se dio la vuelta para marcharse llena de indignación, pero no antes de dirigirme una sonrisa que me dejó temblando.

Un grumete se aproximó a nuestro pequeño grupo para brindarles resguardo a Elzbieta y Aurel en un espacio cubierto del bote por órdenes del capitán, ya que sus ropas estaban mojadas, y todos lo seguimos allí. Aurel llevaba a Elzbieta en brazos. Ella aún no decía nada, pero se me antojó que su mirada ausente encerraba más de lo que se atrevía a revelar. Yo aún tenía que contarle a Aurel los pavorosos detalles de lo que me había ocurrido con Baltasar. Sin embargo, aquel no era el momento ni el lugar para hacerlo.

Cuando las luces de Venecia brillaron ante mis ojos, una oleada de alivio me recorrió: mi liberación se aproximaba y, si sobrevivía, ya nunca tendría que volver a ver a Magdolna ni a Baltasar. Toda mi esperanza se centraba en ello.

—Hela ante nosotros —dijo Imre con aire de ensoñación—: la ciudad más elegante de Europa, la reina del Adriático. El lugar donde soy feliz. ¡Oh, Venecia, cuánto te extrañé!

Vladislav tomó mi mano. Le sonreí con ojos encharcados, dándole a su manecita un apretón afectuoso. Si tan solo hubiese podido desprenderme de la repugnante sensación que me había dejado aquel beso de Baltasar, o de la condesa que habitaba en él, habría disfrutado el momento.

—¿Cómo es que sabes nadar, Aurel? —preguntó Imre de repente, volviéndose hacia su primo—. El ejercicio siempre ha sido algo tan de plebeyos. Excepto la caza, por supuesto.

—Jenő —contestó Aurel con voz ronca—. A mi perro le gustaba explorar. Aprendí cuando jugaba con él fuera del castillo.

—Pues qué bueno —dijo Imre circunspecto—. Me pregunto si Magdolna y Baltasar ya estaban al tanto de que sabes hacerlo, o si solo lo descubrieron hoy después del... accidente. Creo que eres el único miembro de la familia que tiene esa habilidad.

—No creo que lo supieran. Nunca venían conmigo —dijo Aurel. Lucía más que fastidiado—. Dime, Imre, ¿cómo es que no evitaste que

Baltasar besara a Lucyna si estabas tan cerca de ellos? Me lancé a rescatar a Elzbieta con plena confianza en que tú cuidarías a Lucyna durante mi ausencia.

—¿Disculpa? —replicó Imre con una risita—. Te juré que intentaría protegerla, no que sabotearía su vida amorosa.

Aurel entrecerró los ojos para mirarlo.

—¿De veras te parece que eso pueda llamarse amor? —inquirió. Sus iris habían adquirido un color plomizo.

—Es un decir, Aurel. Yo quería ver lo que ocurría —respondió el vampiro pelirrojo—. Fue una escena muy interesante. Y, lo mejor, Magdolna fue testigo de esta.

—¡Eso no tiene nada de bueno! —contestó Aurel.

—A mi hermana le quedó claro que a Lucyna ya no le interesa Baltasar —dijo Imre—. Que no quiera admitirlo es otra cosa.

—Como si eso fuese a detenerla —murmuró Aurel—. Iré a interrogar a algunos de los pasajeros. Quiero averiguar si alguien vio a quien empujó a Elzbieta por la borda.

Dicho esto, salió de la pequeña cabina del bote. Imre y yo lo imitamos, permaneciendo junto a la puerta para vigilar a Elzbieta y Vladislav mientras él se ausentaba. Miré a Aurel alejarse por la cubierta: aún iba envuelto en la rústica manta de lana que la tripulación le había proporcionado. Había perdido su sombrero de copa y sus anteojos de sol, pero no dejaba de verse como un príncipe húngaro. Suspiré conforme se perdía entre los otros pasajeros.

—¡Pavlova! —dijo Imre, quien había estado observándome sin que yo lo notara—. ¡Ahora me queda claro el porqué de su rechazo hacia Baltasar!

Sentí que me sonrojaba hasta las orejas.

—No le diga nada a Baltasar, por favor —le rogué.

—Déjeme ver si entiendo… —respondió él ladeando la cabeza—. Aurel y usted fingieron ser amantes para que Magdolna la dejara en paz tras el ataque, ¿verdad?

Asentí.

—¿Pero usted ya no desea seguir viendo a Baltasar a escondidas? —preguntó.

—No —tragué en seco—. Después de lo que Magdolna me hizo, no podría ni querría prolongar mi idilio con Baltasar.

—Y, para empeorar las cosas, terminó por enamorarse de Aurel —afirmó con una sonrisa diabólica—. La mentira se hizo realidad.

No dije nada sino que me limité a apretar los labios. Imre rio de buena gana.

—¡Me encanta! —exclamó extasiado—. Pero entonces, ¿por qué no deja la pantomima y se convierte en la amante de Aurel de una vez? Y, más importante aún, ¿por qué guardar las apariencias ante Baltasar? Déjelo lidiar con las consecuencias de sus actos, ¿no? Él la perdió porque… bueno, porque Baltasar es un idiota y era cuestión de tiempo que usted lo notara, pero sobre todo porque por poco se la entregó a Magdolna en bandeja de plata y luego se portó como un cobarde. Era apenas natural que usted buscara un nuevo interés.

—No creo que Baltasar pueda ver este asunto con tal desprendimiento —repuse.

—No tiene sentido que usted busque proteger los sentimientos de Baltasar. Él no está enamorado de usted —afirmó Imre meditabundo —. Está muerto por dentro. No ama ni ha amado a nadie en toda su vida. Puede que esté encaprichado con usted, pero… ¡Ah! ¡Un momento! El problema es la rivalidad de Baltasar hacia Aurel, ¿no es así?

Lo miré a los ojos.

—Sí —dije con miedo profundo.

—¡Aurel teme que Baltasar le haga algo a usted, así como teme que mate a cualquiera de sus amantes! —dijo Imre triunfal—. Lo encuentro francamente… espere, la palabra exacta se me escapa.

—¿Patético? —balbucí en un intento de adivinar.

—Romántico —dijo Imre—. Lo encuentro romántico de verdad.

63
Venecia

El bote en que habíamos navegado desde Trieste se adentró en el glorioso puerto con ímpetu contenido. Si Trieste era bonita, Venecia era esplendorosa: los altos palacios y casonas parecían flotar, la luz amarilla de sus faroles derramándose sobre el agua cristalina de la bahía; sus tejados, torres y cúpulas rozando el cielo índigo. Aunque yo ya había escuchado algunas curiosidades al respecto de aquella célebre ciudad portuaria, como que estaba compuesta de islas separadas por ríos en una laguna junto al mar, sus casas construidas sobre barro aluvial, o que, en vez de coches, las gentes tomaban góndolas y barcas para ir de un lugar al otro, nada habría podido prepararme para su magnificencia. Aun desde el mar y tarde en la noche, se presentía que era un lugar bullente de vida. Comprendí por qué Aurel lo había elegido para mi huida: la gran confluencia de embarcaciones a esa hora ya denotaba que el puerto, al menos, jamás dormía.

—El carnaval de Venecia solía durar seis semanas, desde el veintiséis de diciembre hasta el miércoles de ceniza… excluido ese horrendo día, por supuesto —me dijo Imre—. Aquello era antes de su prohibición pública. Pero como las prohibiciones no nos afectan a los ricos, eso significa que estamos llegando a tiempo para celebrar en privado las últimas dos semanas del carnaval, que es su mejor momento. No verá mucho de este en las plazas, pero sí en los bailes, en los cafés y en las obras de teatro, que siempre se transforman en fiestas.

—¿Por qué fue prohibido el carnaval? —le pregunté.

—Las gentes se aprovechaban del anonimato que las máscaras y los disfraces les proporcionaban para llevar a cabo numerosas fechorías, sin repercusiones. Robos, violaciones, asesinatos… eso sin nombrar los ataques esporádicos por parte de vampiros ebrios y hambrientos —

dijo con un guiño—. Los últimos todavía ocurren con frecuencia. Venecia es gran favorita de los vampiros de este fin de siglo.

Temblé.

—¿De qué me perdí? —dijo Aurel regresando a nuestro lado.

—De nada en especial —replicó Imre—. Le hablaba a Paulina de cosas divertidas.

—No encontré ningún testigo de lo ocurrido con Elzbieta —dijo Aurel. Era obvio que se sentía frustrado—. Nadie me convencerá de que fue un accidente.

—En ese caso —repuso Imre—, le rezaré al diablo para que, quienquiera que haya empujado a nuestra sobrina al agua, sufra el mismo destino.

—Adelante —dijo Aurel.

—Lo haré en privado, antes de irme a dormir —replicó Imre—. Sé que te ríes de mí, querido, pero mis oraciones tienen poder.

—Amén —dijo Aurel mirándolo de soslayo y esbozando una sonrisa.

El paquebote se detuvo junto a un pequeño muelle y, una vez instalada la rampa, los pasajeros desembarcaron de dos en dos hasta que llegó nuestro turno. Después de esto, dos botes medianos nos recogieron para llevarnos al *palazzo* de los Domány-Nádasdy.

—¡Sobrevivimos este viaje horrendo una vez más! —dijo Imre acomodándose en el bote que nos llevaría a él, a Aurel, a Elzbieta, a Vladislav y a mí.

—Aquí la única que sobrevivió fue Elzbieta —dijo Aurel. Los demás no pasamos ninguna penuria.

—¿Bromeas? —replicó Imre—. El tedio es una calamidad, y no poder disfrutar de las noches por el afán de alcanzar un destino antes del amanecer es una tortura. Solo espero que la existencia en el más allá no implique tomar un barco de pasajeros para alcanzar el inframundo. Haced el favor de enterrarme con un saco repleto de monedas de oro para reservar una barca particular, nada de óbolos. Si Caronte ha de llevarme, que me lleve solo.

La casa de los Domány-Nádasdy era una joya arquitectónica de estilo gótico veneciano: desde el pórtico cubierto, cuyas escaleras revestidas de musgo se adentraban en el agua, hasta las ventanas

alargadas de arcos trilobulados con flores en el ápice, cada detalle era digno de admirar con detenimiento. El tono verde pálido de la fachada contrastaba de manera sutil con el blanco de los marcos, las columnas y los balcones de mármol tallado, así como con las cornisas y las tracerías esculpidas en piedra de Istria.

—Bienvenida —dijo Aurel, dándome la mano para ayudarme a salir de la barca.

—Gracias —repliqué conmovida—. Sabía lo que aquella bienvenida significaba.

Solo al hallarme de pie sobre la piedra de las gradas noté el intenso aroma a agua fresca que flotaba en el aire. Una mujer vestida de negro con un delantal blanco abrió el portón para dejarnos pasar, y varios sirvientes salieron para tomar el equipaje y distribuirlo en las habitaciones pertinentes. En Venecia, todos los criados de los Domány-Nádasdy, hasta los barqueros, llevaban el uniforme de la familia con su insignia, un escudo que enseñaba un castillo y las letras DN bordadas en rojo. Esto no era así en el castillo de Polonia ni en los refugios que habíamos visitado, aunque la servidumbre siempre vestía uniformes impecables. Me dije que tal vez los Domány-Nádasdy no recibían muchas visitas en esas propiedades, y quizás por lo mismo no era relevante. La espaciosa sala de recepción contaba con dos escaleras cerradas a modo de logia que ascendían a la segunda planta, desembocando en un balcón interior conformado por una hilera de estrechos arcos conopiales. Un candelabro pendía del alto techo cupular, justo en medio del atrio.

La barca de Magdolna y Baltasar aún no llegaba, así que Aurel, Imre y yo acompañamos a los niños a sus aposentos, tras de lo cual Imre se despidió diciendo que se acicalaría para salir durante algunas horas. Aurel me guio entonces a sus habitaciones, que también se encontraban en la segunda planta. Estas constaban de tres estancias contiguas, una de las cuales se abría hacia un balcón posterior con vista al inmenso jardín central de la propiedad, que era casi un bosque. El balcón le daba la vuelta al jardín, y el acceso a este era compartido por todas las habitaciones de la segunda planta.

—Le escribiré a mi amigo una nota esta misma noche —dijo Aurel

cerrando la puerta principal de la habitación y las puertas de grueso vidrio de colores verde y azul que daban paso al balcón posterior—. Espero que se encuentre en la ciudad y que pueda reunirse con nosotros mañana. Él es uno de los pocos amigos que tengo que no son vampiros. Sin embargo, está al tanto de nuestra existencia. Es un mecenas de las artes y filántropo florentino que suele pasar los primeros meses del año en Venecia en compañía de su esposa, una renombrada pianista francesa. Él descubrió lo que soy al ver mi reacción ante un artilugio religioso. Su familia tuvo algunas experiencias desagradables con vampiros en el pasado, por lo cual conoce las debilidades de nuestra subespecie. Sin embargo, prefirió conversar conmigo al respecto del vampirismo a huir o a tratar de atacarme, quizás porque el conocimiento es la mejor forma de autopreservación a largo plazo. Fue valiente. No pude menos que apreciar su actitud. Por su parte, él se dio cuenta de que yo no tenía intenciones de matarlo ni de hacerle daño. El caso es que ambos terminamos por comprendernos y, con el tiempo, ese respeto mutuo se transformó en amistad. Ya ha guardado mi secreto desde hace un par de años. Su nombre es Lorenzo Rossi.

—¿Confía usted en él? —inquirí.

—Sí —repuso él—. Siempre me ha dicho la verdad. Es un hombre íntegro.

—¿Y él sabe que todos sus parientes son vampiros? —pregunté.

—No —dijo Aurel—. Sabe que mi cambio ocurrió cuando cumplí la mayoría de edad, pero no le he revelado que mi vampirismo es hereditario. Dice conocer a otro vampiro involuntario al que aprecia profundamente, así que debe haber asumido que yo también fui convertido en contra de mis deseos. No me molesté en corregirlo. Aunque es evidente que prefiere no contarme los detalles de las vivencias de su familia, comprendo que lo hace por su seguridad. No he juzgado necesario forzarlo a hablar, y él tampoco me ha presionado a hacerlo. Acordamos que yo lo alertaré cuando haya vampiros amenazantes cerca, y él me referirá cualquier cura potencial para el vampirismo de la que se entere. Una que no sea matar al vampiro en cuestión, claro está.

El terror se adueñó de mí al imaginar que un cazavampiros quisiera matar a Aurel.

—¡Todo menos eso! —dije.

—Siempre se puede matar al vampiro que llevó a cabo la conversión, para liberar así al vampiro converso de la necesidad de beber sangre —dijo él extrayendo pluma y papel del escritorio que se hallaba junto a la ventana adyacente a las puertas de vidrio de colores —. Pero, en mi caso, no hay nadie por matar. Es distinto cuando el vampirismo es asunto de nacimiento. Por ejemplo, que nuestros padres hayan muerto no hizo ninguna diferencia en nuestros síntomas aunque heredamos de ellos el vampirismo. Erzsébet y Domán también fueron destruidos. Todo parece indicar que nuestro vampirismo solo morirá cuando nosotros muramos.

Aurel se quitó el abrigo y las botas empapadas, dejándolos caer sobre el suelo de mármol pulido cerca de la chimenea, y procedió a escribirle a su amigo mientras yo me refrescaba en la sala de baño *en suite*, que contaba con una ducha escocesa. Cuando hubo sellado la nota, se lavó y cambió de ropas. Poco después, dos sirvientes llegaron portando bandejas y botellas de vino. Dispusieron una hermosa cena sobre la mesa de dos puestos en el centro de la estancia principal y partieron. Nos habían llevado *bigoli* en salsa de sardinas, cebollas y pimienta negra, una especialidad culinaria de la región del Véneto, espárragos blancos de Bassano, queso *asiago* y vino tinto. Tenía tanta hambre que comí hasta el último bocado.

—Quiero dejar la nota en casa de Lorenzo Rossi ahora mismo —dijo Aurel poniéndose de pie—. ¿Está demasiado cansada?

—¡No! —repuse poniéndome de pie a mi vez.

—Maravilloso —dijo él con una sonrisa—. Acompáñeme, entonces.

Era un poco más de la una de la mañana. Yo ya estaba mejor vestida que de costumbre, así que no sentí que desentonase con la ciudad. Cuando llegamos al primer plano, o *plano noble*, según había escuchado a Imre llamarlo, escuché la voz risueña de Magdolna, que provenía de alguna habitación en la que yo aún no había estado.

—Debe estar recibiendo alguna visita en el salón —me dijo Aurel en voz baja—. Salgamos ahora.

No había ningún sirviente por allí, así que nos escabullimos por la puerta principal. Aurel subió a una pequeña barca atada al pórtico exterior y me ayudó a embarcarla después de él.

—¿Piensa remar usted mismo? —inquirí.

—Así es —murmuró deshaciendo la atadura de la soga—. Entre menos personas sepan a dónde nos dirigimos, mejor.

Nos acomodamos el uno frente al otro y Aurel empujó la barca lejos del muro con sigilo. Después de eso, remó con destreza hasta que nos alejamos lo bastante de la casa por las aguas quietas del río pasando bajo hermosos puentecitos, la enorme luna sobre nuestras cabezas iluminando nuestro recorrido. Nos cruzamos con un botecito repleto de músicos que tocaban sus instrumentos, al cual Aurel se refirió como *bote musical*, y con una góndola guiada por un remero de pie en la que viajaba una dama que llevaba antifaz blanco, sombrero emplumado y un vestido color ágata de muchos vuelos bajo el grueso abrigo de invierno. Después de eso, cruzamos hacia otro río y otro más hasta pasar alrededor de quince islas. Hacía frío esa noche y una niebla espesa se había asentado sobre la superficie del agua. Todas las luces de las propiedades que pasábamos estaban encendidas. Rumores de cantos, risas y música escapaban de sus ventanas y balcones para entremezclarse en los ríos que pasaban por entre sus fachadas opuestas. Parecía que había una celebración distinta, a cual más entretenida, en cada casa de la ciudad. Yo nunca había estado en ningún lugar donde la gente diese la impresión de estar disfrutando tanto de la noche, y por un momento quise hacer parte de ese mundo festivo y ligero. Aurel pareció notarlo porque me miró con fijeza unos segundos, tras de lo cual dijo:

—¿Le gustaría experimentar el carnaval antes de partir, Lucyna?

—Yo… bueno, tenemos muchas preocupaciones y esa no debería ser una prioridad —respondí.

—A mí sí que me gustaría vivirlo con usted antes de que se vaya —replicó sonriendo con los labios cerrados—. Una despedida en la que el licor se lleve mi tristeza y la haga olvidar a usted el miedo durante unas horas. Quiero poder reír a su lado. ¿Qué dice?

—¡Me encantaría! —dije entusiasmada.

—Perfecto —dijo él dirigiéndome una sonrisa deslumbrante y deteniendo el bote frente a una propiedad de fachada rojiza con acabados blancos—. Imre cumplirá años en dos noches y querrá asistir a uno de los bailes más grandes del carnaval. Lo acompañaremos. Según lo que nos diga Lorenzo Rossi, podremos planear su huida para después. Hablando de Rossi, esta es su casa —añadió mirando hacia arriba—. Y, por la algarabía, parece que sí está en Venecia después de todo.

Las voces de al menos diez personas se unían en una tonadilla italiana, acompañadas de un piano tocado con maestría. Había varias barcas atadas al muelle frontal. En ese *palazzo* también se daba una fiesta aquella noche.

Bajamos de nuestra barquita con cuidado y avanzamos tomados del brazo hasta la entrada. Justo antes de que Aurel llamara a la puerta, alguien la abrió desde dentro y nos encontramos ante dos hombres elegantes que llevaban antifaces y reían a todo pulmón. Nos saludaron en italiano y salieron de la casa dejando la puerta abierta tras de ellos. Debía haber veinte personas en el recibidor, todas disfrazadas con atuendos coloridos y finas máscaras.

—*Il signore Rossi*? —dijo Aurel en italiano a uno de los comensales que se encontraban más cerca de nosotros sin cruzar el umbral.

—*Lorenzo! Ti cercano!* —gritó el comensal por encima de la música, virándose hacia el interior del *palazzo*, tras de lo cual se aproximó a nosotros y nos dijo, también en italiano—: *Ma come siete belli, voi due! Mi sembra di vedere due stelle!*

—*È lei che è bella come il sole* —replicó Aurel.

A la sazón, un hombre apuesto de edad madura se abrió paso entre los comensales para salir a nuestro encuentro. Llevaba una copa de cristal en la mano, vestía elegantes ropas negras y había deslizado su antifaz hacia atrás, acomodándoselo en la cabeza a la altura de la línea del crecimiento del cabello.

—¡Aurel! —dijo, sus ojos verdes abiertos de par en par. Tenía cabellos dorados salpicados de gris y un bigote sofisticado. Lucía muy sorprendido y quizás un poco preocupado. Deduje que se trataba de Lorenzo Rossi.

Aurel respondió a su saludo en italiano con una inclinación de cabeza, pero no se movió de su lugar sino que extrajo la nota del bolsillo interior de su abrigo y se la extendió. El señor Rossi lo miró con expresión inteligente y guardó la nota en su bolsillo. Entonces noté que una mujer rubia muy pálida y delgada vestida de malva nos atisbaba desde el fondo de la habitación. Su gesto de terror al ver a Aurel fue tal que su antifaz no pudo ocultarlo. Lorenzo Rossi debió advertir en mi rostro que algo no andaba bien porque se dio la vuelta para escrutar la estancia. La mujer, que inicialmente me dio la impresión de haber quedado petrificada de miedo, sacudió la cabeza al posar sus ojos sobre nosotros una segunda vez. Sus hombros se relajaron y se llevó una mano trémula a la sien, Segundos después, suspiró con lo que interpreté como alivio.

Antes de que pudiésemos averiguar lo que ocurría, Aurel se despidió del señor Rossi y me tomó de la mano para llevarme de regreso a la barca.

64
Murano

Aquella noche, Aurel durmió en una cama caja de madera tallada con motivos de flores orientales y yo en una enorme cama de cuatro postes con cortinajes de terciopelo verdes oscuros en la estancia contigua. El recinto en el que se hallaba su cama caja no tenía ventanas y estaba separado de aquel donde se hallaba mi cama por medio de una puerta de color verde botella en arco apuntado. Los techos de las tres estancias ostentaban detalles en relieve esculpidos con formas gráciles y delicadas, así como frescos simétricos de árboles de hojas verdes cargados de frutos dorados.

Aurel tampoco comprendía por qué la mujer rubia se había asustado tanto al verlo, pero concluyó que quizás ella lo había confundido con Baltasar. Al fin y al cabo, ambos eran muy semejantes en la distancia. Aurel había dejado una nota bajo la puerta de Imre en la cual le pedía que me llevase de compras en la tarde con Elzbieta y Vladislav, y yo me quedé dormida pensando en lo increíblemente guapo que él era todo el tiempo aunque no ejerciese su magnetismo adrede. ¡Cuánto habría querido estar en la oscuridad de esa cama caja con él!

Aún no había visto a Baltasar en el *palazzo*, pero Aurel me había dicho que sus habitaciones se encontraban en la tercera planta, y las de Magdolna en la primera. Al menos no compartíamos el mismo balcón. Me llevaron el desayuno a eso de las once de la mañana. Después de eso, una doncella me ayudó a accionar la ducha escocesa para que pudiese darme un baño con jabón de flores de azahar. Me puse el vestido negro y abrí las verdes persianas de madera de la ventana que encaraba el jardín para escudriñar el balcón de la tercera planta a través del cristal. Puesto que Baltasar no toleraba la luz del día, no esperaba topármelo antes del anochecer, pero temía atisbar su silueta oculta tras una de las columnas.

Imre llamó a la puerta un poco después de las dos de la tarde.

—¿Lista para pasear bajo el sol, Pavlova? —dijo ofreciéndome su brazo en cuanto hube cerrado la puerta. Esa tarde llevaba un traje gris oscuro, un chaleco rosa con arabescos de hilo granate y dorado, una chalina de seda borgoña ajustada con un broche de oro y perlas, guantes negros, anteojos para el sol de cristales oscuros enmarcados en oro y un sombrero de copa negro adornado con una gruesa cinta gris. Llevaba en la mano libre una sombrilla de color granate con mango de marfil.

—¡Usted sí que sabe vestir bien, señor! —dije, admirando su atuendo.

—Lo sé —dijo con una pequeña sonrisa—. Y, entre usted y yo, no es solo cuestión de dinero. El buen gusto es un asunto natural que va ligado al amor por el arte. Aunque se puede adiestrar un poco, hay gentes que jamás lo desarrollan plenamente, sin importar cuán ricas sean. En esos casos, prefiero la pobre sencillez de los plebeyos a la opulencia mal llevada de la burguesía e incluso algunos nobles. Hoy será su turno de experimentar en carne propia lo que mi talento y el dinero de Aurel pueden hacer por una mortal común.

Los niños nos esperaban en el recibidor.

—¡Al fin juntos en Venecia durante el día, señorita Pawlak! —dijo Elzbieta con deleite.

Vladislav tomó mi mano y los cuatro salimos al exterior por la puerta principal que un paje de uniforme negro mantuvo abierta. Una barca hermosa de tamaño mediano nos esperaba, el fornido remero listo para guiarla por los ríos de la ciudad. Imre abrió su sombrilla y la sostuvo sobre su cabeza mientras los demás embarcábamos con la ayuda del remero, tomando asiento después en la banquita frente a mí y los niños. Noté que un cesto con dos botellas y copas de cristal reposaba entre las dos banquitas. El paje nos despidió con una inclinación de cabeza y cerró la puerta mientras nos alejábamos.

—¿No quisieron traer a la señora Agoston, señoritos? —inquirí.

—No —confirmó Vladislav enfáticamente—. Ya era justo descansar de su presencia. Además, ayer no impidió que Elzbieta cayera por la borda. ¡Estaba charlando con la doncella de Magdolna y no vio nada!

—Es por la ausencia absoluta de refinamiento intelectual del criado

promedio —dijo Imre—. Es útil en una aya, no lo negaré, pues permite que los acompañe con disposición cariñosa y sin cuestionar sus excentricidades… pero lo cierto es que esa misma rusticidad deriva en reacciones lentas y, por lo mismo, los pone en peligro. Haga el favor de sostener mi sombrilla mientras destapo las botellas, Paulina. ¡Cuánto extraño a Gastón!

Sujeté su sombrilla por el mango para evitar que el sol cayera sobre él. Elzbieta y Vladislav extrajeron las copas de la canasta, que Imre llenó con dos líquidos diferentes.

—Champaña para usted y para mí, y aguasangre para los murciélagos —me dijo Imre, recibiendo su copa de manos de Vladislav —. ¡Salud! Por las cosas bellas que veremos y compraremos hoy.

—¡Salud! —replicaron los niños entusiasmados.

—Aurel me encargó gastar a manos llenas en regalos para todos vosotros —dijo Imre—. Ya sabéis que su generosidad no conoce límites, así que id pensando en lo que queréis.

—¡Antes que nada, vayamos a Murano! —dijo Elzbieta.

—¿Qué hay en Murano? —inquirí.

—Oh, solo los más hermosos cristales del mundo entero —dijo Vladislav.

—Excelente idea —dijo Imre, girándose hacia atrás para darle instrucciones en italiano al barquero, que, como el paje, llevaba puesto el uniforme con el escudo Domány-Nádasdy. Evoqué el intercambio de frases entre Aurel y aquel simpático comensal la noche anterior en el *palazzo* de Lorenzo Rossi, e intenté repetirlas lo mejor que pude.

—Veo que ha estado prestando atención a su entorno —dijo Imre—. Muy bien. El italiano es la lengua más bella del mundo. No es una opinión, es un hecho. La gente se hace aún más bella cuando lo habla.

Recordé a Aurel pronunciando aquellas palabras con desenvoltura y mi corazón batió con fuerza. Era difícil que fuese más bello, pero el italiano le iba como anillo al dedo.

—¿Qué significa lo que dije? —pregunté.

—Significa: ¡Pero qué bellos sois! ¡Me parece estar viendo dos estrellas! —explicó Imre.

—¡Ah! —dije halagada—. ¿Y la tercera frase?

—*Es ella quien es bella como el sol* —repuso Imre, arqueando las cejas —. ¿Quién la dijo?

Los niños me miraron atentos.

—Aurel —contesté y me pareció que su nombre quemaba mis labios.

—¡Qué romántico! —exclamaron mis tres acompañantes al unísono.

Los ríos, cuyas aguas habían adquirido una tonalidad verde malaquita a la luz del día, estaban repletos de barcas, barquitas y góndolas aquella tarde. Algunos gondoleros cantaban dulces canciones en italiano a viva voz conforme remaban de pie con un solo remo largo. Yo nunca había ido a la ópera, pero no imaginaba que los tenores profesionales pudieran hacerlo mejor que aquellos hombres.

—¿Todos los italianos cantan bien? —les pregunté a mis acompañantes anonadada, pensando que tanto aquel día como la noche anterior solo había escuchado voces perfectamente entonadas.

—Todos —sentenció Imre—. Llevan la música en la sangre. Los italianos fueron premiados por Apolo y sus nueve musas con marcado favoritismo, y cada nueva generación hereda este privilegio así como los Domány-Nádasdy heredamos el vampirismo. Cuando bebo sangre italiana, me parece que bebo arte.

—No puedo esperar a que llegue mi hora de buscar víctimas humanas —suspiró Elzbieta mirando alrededor—. Los hombres italianos son guapísimos.

—De acuerdo —replicó Imre—. Otra razón por la cual soy tan feliz aquí.

Los ocupantes de las embarcaciones nos miraban con curiosidad, quizás por la gran elegancia que emanaba de los Domány-Nádasdy. Pasamos frente a varios restaurantes y cafés en los que las gentes comían y conversaban amenamente tras las hileras de ventanales en arco, la calidez de su interior escapando en forma de humo blanco por las chimeneas de los altos techos. El agua se tornó turquesa conforme avanzábamos hacia Murano cruzándonos con varios botes de vapor. Cuando alcanzamos la isla, que se hallaba al norte de Venecia, el barquero estaba cubierto de sudor a pesar del frío viento marítimo.

Imre le dio dinero para que fuese a beber algo, y Vladislav me arrastró de la mano al interior de una tienda cuya vitrina enseñaba refulgentes piezas artísticas de diversos colores. La tienda estaba abarrotada de artículos de cristal de toda índole: espejos, jarros, platos, copas, candelabros, pantallas para lámparas, figurinas de personas y animales, broches, pendientes y collares.

—¡Este! —le dijo el niño a Imre enseñándole un collar de cuentas de cristal de muchos matices de azul con partículas de oro—. Lo quiero para la señorita Pawlak.

—Qué buen gusto, Vladislav —dijo Imre—. Algún día harás a tus amantes muy felices.

Los niños rieron. Mientras estábamos allí dentro, comprobé que tanto Imre como Elzbieta y Vladislav podían verse en los espejos sin problema, confirmando así lo que Aurel me había dicho. Imre compró algunas piezas selectas además del collar, que el dependiente le entregó en cajas individuales forradas de seda.

—¡Polidoro! —llamó Imre hacia el exterior desde la entrada de la tienda—. ¿Dónde se metió este hombre? ¿Cómo se llama nuestro cochero marítimo del día? —nos preguntó en voz baja solo para volverse hacia fuera de nuevo y gritar—: ¡Filadelfo! ¡Tommaso! ¡Giacomo! ¡Enzo!

Doce nombres después, el barquero apareció por la esquina del frente y se hizo cargo de las cajas de las compras mientras nosotros recorríamos la isla. Las mujeres sentadas en las mesitas externas de los cafés se giraban para ver a Imre con expresiones de pasmo o lascivia.

—El placer es mío, señoras —murmuraba Imre sonriéndoles de soslayo con coquetería.

Entramos a un café frente al mar que servía sorbetes y dulces donde Imre y yo comimos *gelato di torrone*, un postre helado y cremoso como ninguno que yo hubiese probado antes.

—La cocinera les preparará un rico sorbete de sangre en el *palazzo* —les dijo Imre a los niños, que no podían degustar los postres normales.

Elzbieta e Imre adquirieron otros artículos de cristal en varias tiendas antes de que nos embarcáramos de nuevo hacia Venecia.

—¡Ahora, a comprar vestidos y máscaras! —dijo Elzbieta.

—Puesto que el uso público de máscaras fue prohibido el siglo pasado y apenas reapareció en las celebraciones privadas de este siglo, solo hay dos tiendas de máscaras en el momento, y sus clientes son personas acaudaladas —me dijo Imre—. Personalmente, prefiero las máscaras de *papier mâché* o cuero, ya que las de porcelana, aunque más finas, son muy pesadas.

—Hay muy pocos estilos de máscaras tradicionales venecianas —dijo Elzbieta—. Está la *bauta*, máscara algo despegada del rostro que deja la barbilla descubierta, permitiendo al portador comer y beber. Está la *moretta*, que es negra y circular, de uso exclusivo para las mujeres, que se sostiene por medio de un botón que se lleva dentro de la boca. Por obvias razones, esta no permite que su portadora hable, a menos que se quite la máscara.

—Ocultar el rostro y la voz en tanto se enseña un escote velado es un truco de seducción —dijo Imre—. Los hombres desesperan por lograr que las mujeres se quiten dichas máscaras.

—Están también la *gnaga*, máscara gatuna que usan los hombres para vestirse como mujeres, y la máscara del doctor de la peste, con un largo pico —dijo Vladislav—. ¡El carnaval es muy divertido!

—Por suerte, mi amigo el mascarero, dueño de una de las dos tiendas, ha incursionado en la creación de nuevos tipos de máscaras para sus clientes del teatro —dijo Imre—. Me gusta adquirir diseños nuevos que no tengan otras personas.

En cuanto arribamos a Venecia, Imre nos dirigió a la primera planta de un *palazzo* usada como una finísima modistería. Mientras que Elzbieta elegía vestidos para ella, Imre eligió tres para mí, a cual más precioso: uno para usar durante el día y dos para usar durante la noche. La modista los ajustó a mis medidas con alfileres mientras yo permanecía de pie en un taburete, y una segunda modista hizo igual con Elzbieta. Entre tanto, Imre escogió tres sombreros, tres abrigos de invierno y varios pares de guantes para mí, los cuales no necesitaban ajustes.

—Sus vestidos estarán listos dentro de una hora a más tardar, así como los de Elzbieta —me dijo Imre—. Puesto que el dinero no es

objeción y el apellido nos precede, estas queridas señoras sabrán trabajar con rapidez y precisión. Ya les expliqué que usted es la amante de Aurel Domány-Nádasdy y que volveremos con regularidad. Estas ropas son solo para los días por venir.

Varias clientas que se encontraban en el lugar se dieron la vuelta para mirarme al escuchar el nombre de Aurel. Noté que dos empezaban a cuchichear entre ellas de inmediato, lo cual me puso muy incómoda.

—Es aún más emocionante porque Aurel y usted están enamorados —dijo Imre en mi oído—. Cuénteme, ¿ya la besó?

—No —suspiré.

—Confío en que estos trajes corrijan esa situación cuanto antes —rio.

Fuimos a la tienda de máscaras, donde elegimos las más aptas para cada uno con la ayuda del mascarero amigo de Imre, quien era muy simpático y se comunicó conmigo y con los niños por medio de señas. Pasamos luego por una zapatería donde Imre y Elzbieta se dieron gusto seleccionando las botitas, las medias y las zapatillas más bonitas para mí. Después de eso, pasamos por una joyería en la que mis tres acompañantes seleccionaron regalos para ellos de parte de Aurel, y por último volvimos por los vestidos, guantes, sombreros y abrigos.

—Me parece pertinente que se cambie para la noche aquí mismo, Pavlova —dijo Imre, entregándome uno de los vestidos en la modistería.

Le obedecí sin rechistar y emergí del probador, una estancia amplísima que contaba con muchos espejos, para enseñarles a los demás cómo me sentaba el vestido de gruesa tela color lavanda con grandes brocados dorados y escote amplio.

—Perfecta —murmuró Imre mientras los niños aplaudían.

Me puse un par de medias nuevas, unas botitas doradas y un abrigo de color perla con bordados color champaña. La modista complementó mi tocado con uno de los sombreros, el cual tenía aplicaciones de flores color violeta y hojas de seda. Acomodé mis cabellos de modo que cubriesen un poco mis cicatrices, pero lo cierto es que habían perdido algo de importancia para mí tras lo que Imre y los niños

habían dicho al respecto de estas, pues su franqueza rayaba en la imprudencia y por ello podía confiar en sus aseveraciones, pero en especial tras aquel cumplido indirecto que Aurel me había hecho en italiano la noche anterior. Imre pidió al barquero que llevase todas nuestras compras al *palazzo* justo cuando el sol anaranjado se ponía en el horizonte.

—Ahora sí que cumplimos nuestro sueño veneciano, señoritos —les dije a los niños. Vladislav y Elzbieta me abrazaron y yo los abracé a mi vez.

—Debemos llevar a la señorita Pawlak a un café donde se encontrará con Aurel —dijo Imre, y mis latidos se aceleraron—. Nos sentaremos en un lugar estratégico para ser vistos por todos, por supuesto. Podemos llegar al café caminando a través de los puentes, está solo a un par de islas de distancia. Es hora de enseñarles mis ojos esplendentes a los venecianos —culminó, quitándose los anteojos.

65
Lorenzo Rossi

Los faroles exteriores habían sido encendidos y las gentes empezaban a reunirse para beber unos aperitivos con sus amigos. Imre, los niños y yo nos encontrábamos sentados en uno de los balcones del café viendo pasar las barcas a nuestros pies cuando vislumbré a Aurel, a quien el mismo barquero de la tarde traía por el río. Como si hubiese sentido mi mirada, él elevó los ojos hacia el balcón y me dirigió una sonrisa, quitándose el sombrero de copa unos instantes. Por fortuna no me hallaba de pie, porque sentí que me derretía por dentro y habría perdido el equilibrio.

—*Ciao, bella!* —exclamó conforme la barca se detenía junto al plano noble de la edificación sin dejar de mirarme. Tras esto, besó las puntas de sus dedos enguantados y movió su mano hacia mí, como enviándome el beso.

—¡Atento, donjuán! —le gritó Imre en polaco—. ¡Esos besos se los lleva el viento! ¡Debes darle uno de verdad!

La risa baja de Aurel llegó hasta mis oídos en tanto desembarcaba para entrar al café. Imre y los niños se pusieron de pie para despedirse de mí.

—Nosotros nos vamos. Queda en buenas manos. ¡Quiera el diablo que se digne a usarlas! —dijo Imre guiñándome un ojo.

—Gracias por un día inolvidable —les dije a los tres.

—Estaré en la *Ca' Vendramin Calergi* a medianoche. La fiesta allí será estupenda, por si Aurel y usted desean unírseme —dijo Imre tomando a los niños de las manos para dejar el balcón.

Segundos después, la figura de Aurel se recortaba contra la puerta.

—Hermosa noche, Lucyna —dijo acercándose a mí y tomando mi mano para besarla. Sentí el tirón del magnetismo y, por la expresión ávida de sus ojos, supe que también lo había sentido. Sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa sutil que era más diciente que

cualquier palabra.

¡Béseme ya!, pensé con todas mis fuerzas, pero no funcionó. Suspiré audiblemente y él tomó asiento junto a mí, de cara al balcón rosa del *palazzo* ubicado frente al café. Un camarero se acercó de inmediato, y Aurel procedió a hacer un pedido.

—¿Qué tal su tarde? —le pregunté.

—Nada mal. Nadie trató de forzar la cerradura de la estancia donde duermo. Me doy por bien servido —rio—. ¿Y la suya?

—Bellísima —dije sonriéndole.

Aurel llevaba camisa blanca, chaleco de base azul oscura con encaje gris superpuesto, chalina plateada con un broche de zafiro, pantalones grises, una chaqueta larga de terciopelo azul noche y un sombrero de copa negro con cinta azul aciano. Estaba tan guapo y olía tan bien que gemí para mis adentros.

—Eso me hace feliz —dijo él.

—¿Vio a Magdolna o a Baltasar hoy? —inquirí tragando en seco.

—Solo a Magdolna —dijo él—. Ella salía hacia una velada cuando yo ya me embarcaba para venir. Supe por el paje que estuvo eligiendo su traje de bodas toda la mañana y toda la tarde, y no le gustó ninguno. Estará más que ocupada con los preparativos matrimoniales en el transcurso de esta semana. No sé si ya se lo contaron, pero los Domány-Nádasdy solo podemos alimentarnos de sangre entre la medianoche y el amanecer, así que no tiene que preocuparse de ese tipo de ataques mientras el sol brille. Por otra parte, los vampiros somos más débiles que los mortales corrientes durante el día: no dude en defenderse de inmediato y con todas sus fuerzas si Magdolna llegase a acercarse a usted cuando yo no puedo cuidarla.

—Gracias —dije aterrada.

Justo cuando el camarero nos llevaba dos copas de un aperitivo que, según Aurel me contó, había sido creado por el conde Camilo Negroni a principios de nuestro siglo, Lorenzo Rossi salió al balcón. Aurel se puso de pie para saludarlo y ambos se estrecharon las manos fraternalmente. Se notaba que al señor Rossi le simpatizaba Aurel a pesar de su condición, por lo cual supuse que Aurel le había explicado que nunca mataba a sus víctimas. Para mi gran alivio, Aurel le

preguntó al señor Rossi si podían hablar en francés para incluirme en la conversación, y el señor Rossi accedió encantado, tras de lo cual tomó asiento frente a nosotros.

—¿Y la señorita es…? —inquirió el señor Rossi mirándome con curiosidad.

—Señor Rossi, Lucyna está siendo asediada por dos de los vampiros más malvados que hayan existido jamás —dijo Aurel en voz muy baja, y el señor Rossi se tensó en su asiento—. No han bebido su sangre, y ella tampoco ha consumido sangre vampírica, pero corre peligro de muerte. Le juré que la ayudaría a huir. Aun así, los dos vampiros que mencioné me conocen demasiado bien y temo que la rastreen si no utilizo a un intermediario. Quiero pedirle que…

—Cuente conmigo, Aurel —lo interrumpió el señor Rossi con determinación—. Es noble de su parte hacer esto por ella, siendo usted un… uno de ellos. Dígame qué necesita de mí.

—Necesito que la saque de Venecia y garantice su llegada a Florencia mientras yo distraigo a los monstruos que la acechan —dijo Aurel—. Yo cubriré todos los gastos, por supuesto.

—Me ofende, Aurel —dijo Rossi con tono de broma—. El dinero es lo de menos. ¿Cuándo cree que sea prudente llevar a cabo la primera parte de la fuga?

—Pasado mañana, si usted está de acuerdo —dijo Aurel—. ¿Tiene usted sirvientes de su confianza que puedan transportarla de un lugar al otro?

—Todos mis sirvientes son de mi confianza —dijo Rossi—. Se me ocurre que podría enviarla a Florencia con dos de mis hombres. Una vez allá, la señorita puede llegar a nuestra casa, que tiene más cruces que una iglesia.

—Maravilloso —dijo Aurel tragando en seco—. Gracias, señor Rossi.

—Le he pedido reiteradamente que me llame Lorenzo —dijo Rossi con una sonrisa—. Hágame caso, por favor. Y es un placer.

—Gracias, Lorenzo —se corrigió Aurel.

—Ahora, Aurel… antes de planearlo todo con detenimiento, debo decirle que anoche mi esposa por poco se muere del susto al verlo a usted —comentó Rossi.

—¿La mujer rubia es su esposa? —inquirí.

—Así es, señorita —replicó él—. Es mi esposa Vivianne.

—Siento mucho haberla atemorizado —dijo Aurel—. ¿Sabe usted cuál fue el motivo?

—Sí, sí —dijo Rossi—. Se le pareció tanto usted a primera vista a un vampiro de una época terrible de su pasado que, por un momento… creyó que dicho vampiro había revivido. Pero, al mirarlo con más detenimiento, advirtió las diferencias.

—¡Ah! —dijo Aurel sorprendido—. ¡Un vampiro ya difunto! Qué extraña casualidad. Es muy raro que se pareciese tanto a mí. ¿Conoce usted el nombre de aquel vampiro, por ventura?

Conjeturé que podría haberse tratado del padre o el tío de Aurel, pero el señor Rossi dijo algo que ni Aurel ni yo esperábamos:

—Utilizaba el nombre Hywel Halstead de Halkett, pero su verdadero nombre era Domán —grité para mis adentros. ¡Domán! Aurel miró al señor Rossi con ojos abiertos de par en par—. Mi esposa Vivianne sabe lo que es el terror de ser victimizada por vampiros. Supongo que usted puede comprenderla perfectamente, señorita — dijo el señor Rossi dirigiéndose a mí—. Es una experiencia que no se borra jamás.

Asentí.

—Lorenzo, creo que hay mucho más de lo que debemos conversar, pero quizás este no sea el lugar más indicado para ello —dijo Aurel—. Es hora de que le revele a usted toda mi historia en detalle. No me atrevería a entrar a su casa por miedo a ponerlo en peligro si algún día llegase yo a convertirme en un vampiro muerto, sin voluntad… y tampoco puedo llevarlo a la mía porque… allí están los dos vampiros malvados de quienes intento proteger a Lucyna.

Fue el turno de Rossi de mirarlo con ojos como platos.

—Muy bien —respondió—. ¿Por qué no vamos a ese apacible *ristorante* donde conversamos la última vez? Tiene compartimientos privados y la comida es buenísima. Nuestro barquero puede llevarnos a los tres.

Aurel, el señor Rossi y yo pasamos varias horas intercambiando nuestras historias en aquel restaurante cuyas paredes estaban pintadas

de color coral, mientras degustábamos los exquisitos platillos de su cocina. Al parecer, el ancestro más terrible de Aurel había logrado despojar a la esposa del señor Rossi, la pianista Vivianne Muse, de su talento artístico por medio de la sustracción sanguínea. Por fortuna, ella lo había recuperado en su totalidad tras la muerte de Domán, pero aún tenía pesadillas con él.

—¿Ve a lo que me refiero, Lucyna? —me dijo Aurel—. Sobrepasar vivencias tan funestas puede tomarle largos años, si no toda la vida.

—Lo sé —dije mirándolo a los ojos—. Pero usted no es como ellos.

—En eso tiene razón la señorita Pawlak —dijo el señor Rossi—. Usted es un vampiro involuntario que rechaza los horrores de su condición, como lo hizo mi amigo Adrien Almos.

—¿Murió? —preguntó Aurel consternado.

—No —dijo Lorenzo—. Simplemente dejó de sentir el ansia de beber sangre cuando la vampiresa que lo convirtió murió. Se trataba, ni más ni menos, de la condesa Erzsébet Báthory, si pueden ustedes creerlo.

Aurel y yo nos miramos.

—Ay, Lorenzo —dijo Aurel—. Si le contara que, así como Domán, ella también es mi antepasada…

Al concluir la cena, el señor Rossi ya lo sabía todo acerca de la familia de Aurel y entendía por qué su caso era tan desesperanzador.

—Por estas cosas es que prefiero no juzgar antes de estar bien enterado de las historias individuales de cada persona… o vampiro —dijo—. ¡No es que usted no sea una persona, Aurel! Siento mucho que se encuentre en una posición tan espantosa. Y siento mucho que tenga que despedirse de la señorita Pawlak. Es obvio que no quiere hacerlo. La vida no es justa pero, en ocasiones, el dolor es compensado con dicha.

—¿Como en la religión? —inquirió Aurel apesadumbrado.

—No —rio Rossi—. Como en las más bellas historias de amor.

—Algunas de las más bellas historias de amor terminan en tragedia —dijo Aurel.

—Aunque eso sea cierto, al menos queda la belleza de lo vivido —repuso Rossi.

—Y, luego, los amantes mueren de todos modos. ¿A dónde van esas bellas vivencias? La vida es, en sí, una tragedia, pues siempre termina en muerte. Prefiero no atarme a un falso optimismo, Lorenzo —dijo Aurel—. No cuento con que mi dolor se convierta en dicha algún día.

—Pero, ¿no se ata usted a un pesimismo innecesario? —dijo Rossi —. Puesto que todos moriremos, lo único que puede atenuar, aunque sea en parte, esa tragedia inevitable, es lo que hagamos antes de morir. Los instantes de luz que salpican la oscuridad de nuestras vidas. Si bien toda vida es trágica dado su final, también puede ser un poco menos trágica antes de este. Por algo quiere usted salvar a la señorita Pawlak, y no le da igual que ella muera ahora o a sus cien años: cree que su vida es digna de ser vivida. La suya también lo es, Aurel. El amor es una de las luces más brillantes que comprende la existencia. Solo me atrevería a aconsejarle que no extinga esa luz adrede.

—No podría extinguirla aunque quisiera —dijo Aurel.

El señor Rossi y Aurel acordaron ultimar los detalles del plan la noche por venir en el *Albergo Danieli* después del gran baile de máscaras, y el señor Rossi partió hacia su casa. La conversación había logrado entristecerme, y aunque Aurel y yo paseamos por las callejuelas de la isla en la que se hallaba el restaurante escuchando el eco de nuestros pasos y viendo a las gentes entrar y salir de los cafés, no lograba dejar de pensar en que me iría dos días después.

66
El divino arte de besar

Con el fin de alegrarme, Aurel sugirió que nos reuniéramos con Imre en la *Ca' Vendramin Calergi*. Aquel era un célebre *palazzo* de la ciudad donde el compositor alemán Richard Wagner había muerto hacía una década tras haber pasado distintas temporadas en él, y donde el pianista y compositor húngaro Franz Liszt, amigo de Wagner y también padre de su esposa Cosima, había compuesto la pieza de nombre *La lúgubre góndola*. Escritores, músicos, poetas, dramaturgos, actores, cantantes de ópera, nobles y burgueses confluían en sus fiestas. Tomamos un bote de alquiler y llegamos cuando la celebración estaba en su apogeo. La fachada blanca del *palazzo*, algo envejecida por la humedad y recorrida por un larguísimo balcón en la segunda planta, lucía invitante a la luz amarilla de los faroles. Los invitados subían y bajaban de botes de varios tamaños junto al muelle. Una vez de pie sobre la madera de este último, vi que un grupo de músicos interpretaba una pieza alegre en el recibidor mientras que varias personas, en su mayoría con máscaras, bailaban en un círculo desordenado al compás de la melodía entre las risas y los aplausos de los demás. Los blancos candelabros de techo iluminaban las paredes de colores tierra con relieves de lámina de oro, así como el suelo de mármol de tonos marrón rojizo, gris y crema, creando una atmósfera cálida.

En cuanto entramos, varios comensales se acercaron a Aurel para saludarlo en varios idiomas. Una mujer con antifaz violeta y vestido rojo lo rodeó con sus brazos, empujándome a un lado y forzándome a soltar su mano. Sentí el furor de la rabia ascender hacia mi pecho pero, en ese instante, alguien aferró mi muñeca. Se trataba de un hombre que portaba la máscara veneciana más común, una *bauta* blanca. El velo negro de un disfraz ocultaba sus cabellos y ropas.

—Baltasar Domány-Nádasdy le envía esta nota —dijo en mi oído,

abriendo mi mano a la fuerza y depositando en ella un papel. Quise preguntarle dónde estaba Baltasar pero el hombre enmascarado ya se había abierto paso entre los asistentes, desapareciendo de mi vista.

Aurel me miró frunciendo el ceño mientras contestaba una pregunta que alguien le había hecho en italiano. Yo necesitaba saber qué decía aquella nota, así que la abrí de inmediato y leí con el corazón en vilo:

Lucyna:

Anoche intenté contactarla por medio de la telepatía durante horas con el fin de que saliera de esa maldita habitación para darle instrucciones, pero veo que la compañía de Aurel interfiere con sus habilidades. Sin embargo, estoy seguro de que él la llevará a la fiesta más exclusiva de la noche, pues suele ir a donde Imre vaya. Mi mensajero estará esperándola con esta nota a la entrada de la Ca' Vendramin Calergi. Diríjase a la puerta principal exactamente a las dos de la mañana, y espéreme en el umbral. Se lo he puesto fácil: Magdolna no estará allí, así que ni usted ni Aurel tienen nada por lo cual preocuparse. Dígale a Aurel que nos dé algo de espacio. He esperado largo tiempo para hablar con usted. Estoy midiendo su lealtad, Lucyna. No me falle.

B. B. D. N.

¿Estaría Baltasar en la fiesta? Miré alrededor con sumo nerviosismo y metí la nota en el bolsillo de mi abrigo para quemarla en cuanto me fuese posible. ¿Y si Baltasar ya había presentido mis verdaderas intenciones por medio de esta? Miré a Aurel temblando de terror y él dio dos grandes pasos hacia mí.

—¿Qué le ocurre? —preguntó preocupado.

—Necesito una chimenea con urgencia —dije.

Aurel me guio a la estancia contigua, igualmente concurrida, y me enseñó el hogar ardiente sin cuestionar mi petición. Eché la nota al fuego con él a mi lado y exhalé aliviada.

—¿Qué acaba de quemar? —inquirió palideciendo.

Se lo conté todo aparentando calma y forzándome a sonreír por si el mensajero de Baltasar nos observaba. Había tantas personas con el

mismo atuendo compuesto de *bauta* blanca y disfraz negro que me era imposible saber cuál de todas era él.

—Baltasar ya la besó en la cubierta del paquebote —replicó Aurel cuando hube terminado de hablar—. Si hubiese podido presentir algo de usted, lo habría hecho en ese momento. En este punto, no creo que una nota haga mayor diferencia... pero, de todos modos, quemarla fue la decisión más acertada. Incluso si su mensajero nos vigila, Baltasar lo tomará como un símbolo de complicidad pues usted no me la enseñó.

—¿Qué debo hacer al respecto de su solicitud? —inquirí—. Parte de mí prefiere encararlo para no ponerlo sobre aviso.

—Me parece bien —dijo él—, sobre todo porque su fuga se avecina y, puesto que él ya comprobó por medio del último robo de *prana* que usted y yo no somos amantes, aún siente que usted le pertenece. Pero no puedo permitir que hable con Baltasar sin mi supervisión y la de Imre, es demasiado arriesgado. Vamos a buscar a mi primo. Es la una y media de la mañana.

Pasamos de una estancia a la siguiente entre comensales ebrios y sirvientes con bandejas cargadas de copas de licor hasta que reconocí la silueta de Imre junto a un umbral en arco. Llevaba puesta la *bauta* roja que había adquirido esa tarde en la tienda de su amigo, una máscara con grandes agujeros para los ojos que ocultaba su boca y dejaba al descubierto su barbilla. Sostenía una copa de vino en la mano y hablaba con un hombre y una mujer que llevaban las tradicionales bautas blancas. Sus acompañantes reían mientras él les decía cosas al oído, elevando sus copas para beber por debajo de las máscaras. Cuando nos acercamos, Imre se limpiaba la barbilla con un pañuelo negro.

—¡Queridos míos! —exclamó al vernos agitando el pañuelo con la mano enguantada—. ¡Vengan a conocer a mis nuevos amigos! Les he estado enseñando el divino arte de besar cuellos, pero temo que he terminado por manchar de vino tinto sus bonitas ropas.

—A quién le importa. Mis sirvientes lavarán mis ropas en la mañana —dijo la mujer, que estaba completamente borracha. Inclinó la cabeza hacia un lado y solo a la sazón vi las incisiones abiertas que los

colmillos de Imre ya le habían legado a la tierna carne de su cuello, que goteaba sangre. Por poco lanzo un alarido pero logré contenerme cuando Aurel apretó mi mano—. Bese mi cuello otra vez, hermoso extraño —añadió, posando su mano sobre la solapa del abrigo de Imre.

—Creo que es mi turno —dijo el otro hombre, que estaba igualmente ebrio y cuyo cuello, según advertí espantada, también llevaba las marcas de la mordedura vampírica. Se había abierto los botones superiores de la camisa, y su chalina negra pendía de su hombro—. Nadie me ha besado como usted. Nadie me ha hecho sentir… lo que ahora siento. ¡Todo el cuerpo me hormiguea!

Pensé que debía estar experimentando alguna sensación producida por la pérdida de sangre de la que no era consciente, y recliné mi frente sobre mi mano para encubrir mis impresiones.

—Perdona la interrupción —le dijo Aurel a Imre—. Debo pedirte un favor.

Imre suspiró dándose la vuelta para mirar a sus acompañantes:

—El juego de los besos ha terminado —anunció limpiándoles las heridas con el pañuelo hasta que dejaron de sangrar. Cosa increíble, estas se hicieron casi imperceptibles en un abrir y cerrar de ojos—. Olvidaréis todo lo ocurrido entre nosotros. Id a disfrutar del resto de la fiesta. Ya os visitaré en vuestros *palazzi* alguna noche.

Ellos asintieron con lentitud y le obedecieron, dejando la estancia. ¡Los había hipnotizado!

—¡Qué alegría veros aquí, pensé que no vendríais! —nos dijo entonces Imre a Aurel y a mí—. ¿Qué puedo hacer por ti, primo querido?

—Baltasar quiere hablar con Lucyna pero temo que planee hacerle daño. Necesito que me ayudes a vigilarla mientras ellos conversan, y que te aprestes a intervenir de ser necesario —dijo Aurel.

—Por supuesto —dijo Imre—. Os sigo.

Aurel e Imre decidieron qué posiciones ocupar cerca del umbral del *palazzo*, y yo me quedé de pie en el lugar indicado por Baltasar, temblando, mientras esperaba a que apareciera. A las dos en punto de la mañana, una barca se acercó al muelle llevando a Baltasar, que no

traía máscara, vestía de negro riguroso como de costumbre y aquella noche portaba sombrero de copa. Él clavó sus ojos en mí y asintió satisfecho. Tanto Aurel como Imre fingían conversar tranquilamente con algunos invitados. Baltasar desembarcó y se dirigió a mí con paso resuelto. Sentí pánico.

—Ha pasado la prueba, Lucyna —dijo cuando estuvo lo bastante cerca, esbozando una sonrisa siniestra—. No sabe cuánta alegría me da saber que aún me es leal. Por un momento pensé que mi hermano había logrado mancillarla, pero me equivoqué. Veo que solo ha obrado del modo en que lo ha hecho por miedo a Magdolna. Perdóneme por haber dudado de usted —agregó, acercándose para tomar mi mano.

Retrocedí aterrada, viendo con el rabillo del ojo que Aurel e Imre se giraban hacia nosotros. Aurel dio un paso en nuestra dirección mirándonos fijamente.

—¡No me toque en público, por favor! —susurré procurando ocultarle mis pensamientos con imágenes de bruma—. ¡Magdolna ya lo vio besarme en el bote y no quiero habladurías! ¡Me pone en peligro, Baltasar!

—Está bien —murmuró él dirigiéndole una mirada amenazante a Aurel, que permanecía atento en su lugar—. Pero compréndame. Extraño su calor, Lucyna. Extraño su cuerpo.

—Yo también lo extraño a usted —mentí, haciendo un esfuerzo por mirarlo a los ojos.

—Eso es lo que quería escuchar —sonrió él. Detecté un brillo de desprecio en su expresión y sentí que el miedo me debilitaba—. ¿Me ayudará, entonces?

—Por supuesto —dije, mi voz trémula.

—Gracias —repuso él—. El día de mi boda se acerca y necesito su ayuda para completar el magno ritual que me permitirá alcanzar la invulnerabilidad antes de esa fecha. Sabe que, si no logro mi cometido, moriré en mi noche de bodas sin posibilidades de resucitar preservando mi voluntad y mi conciencia… y usted no quiere que eso ocurra, ¿verdad?

—Claro que no —dije, las lágrimas acudiendo a mis ojos justamente

porque eso era lo que más quería en el mundo.

—Se ha conmovido usted. Qué dulce. Debemos estar juntos en los años por venir, amiga mía —susurró. Sentí náuseas cuando pronunció la palabra *amiga*—. ¡Hay tanto por descubrir y explorar! Sus dones unidos a los míos pueden lograrlo todo.

—¿Cuándo tiene la intención de llevar a cabo el ritual? —balbucí.

—Deseo realizar los preparativos pertinentes mañana en la noche, pues el tiempo apremia —dijo—. Es un ritual complejo que requerirá toda mi energía a lo largo de la noche. Y, puesto que se trata de un evento tan poderoso, capaz de derrotar la muerte, necesitaré que usted me releve con su energía espiritual una vez salga el sol.

—Es decir que requiere mi participación psíquica pasado mañana en la mañana —dije.

—Sí —contestó él con voz aguda. Sus iris habían adquirido una tonalidad rojiza—. El ritual concluirá el domingo, una vez pasada la medianoche. Será el último cuarto menguante y el lado izquierdo de la luna estará iluminado. Entonces daremos el paso culminante.

—¿Se refiere a…? —no pude terminar la frase. Mis ojos humedecidos se dirigieron a Aurel.

Baltasar rio por lo bajo.

—Vamos, no sufra por una transgresión moral imaginaria. Algunas muertes están más que justificadas. Además, será cosa de una sola vez para usted —dijo aclarándose la garganta—. Después de eso, yo podré encargarme de Magdolna sin su ayuda durante mi noche de bodas: para entonces, habré resucitado y podré matar a cualquier miembro de mi familia con mis propias manos sin sufrir ninguna consecuencia.

No pude menos que preguntarme si planeaba matarlos a todos.

—Pero… ¿por qué va a casarse si para entonces ya se habrá hecho invulnerable? —aunque no me importaba lo que hiciera con su vida amorosa, tenía que preguntárselo.

—Solo si me caso tendré plena potestad legal para manejar la fortuna familiar —dijo él en un susurro—. Además, una vez me case con Magdolna, seré su único heredero tras su muerte. Y morirá, Lucyna, para que yo pueda estar con usted.

—Suena maravilloso —tartamudeé—. No puedo esperar.

Se me antojó que Baltasar me sonreía con la expresión de una mujer.

—Ya no falta mucho, pequeña —me dijo. ¿Pequeña?¡Baltasar nunca me había llamado así! Una lágrima fría rodó por mi mejilla, cayendo sobre la madera del muelle. Supe que la condesa sangrienta me hablaba—. Ahora, escúchame con atención: acudirás a mis aposentos en el *palazzo* el día después de mañana al despuntar el alba. Deberás escabullirte de tu habitación en cuanto Aurel se haya quedado dormido.

¡Me estaba tratando con informalidad! ¡Baltasar jamás me había dado un trato que no fuese formal!

—¿Y Magdolna? —sollocé apelando a mi excusa habitual, que aun así era sincera.

—Ella siempre duerme hasta eso de las once de la mañana —replicó Erzsébet—. Sin embargo, enviaré a un criado de mi confianza para que te acompañe. Él estará esperándote en el balcón interior de la segunda planta, justo fuera de tu habitación. Ahora vete, pequeña. Ea, regresa a donde Aurel. Pasa un buen día mañana y procura descansar durante la noche, pues requeriré todas tus fuerzas al día siguiente. Una cosa más: consérvate impoluta. El carnaval está lleno de tentaciones lascivas. Guarda tu carne para mí.

Dicho esto, se dio la vuelta y volvió a embarcarse en el bote que lo esperaba sin dignarse a saludar a los comensales que intentaban abordarlo. El barquero escuchó sus indicaciones, y ambos se marcharon como habían llegado.

67
Cumpleaños

Pasado el terrible momento, Aurel fue a mi lado y le referí la conversación mientras que Imre degustaba algunos tentempiés que, por su delicioso aroma, se notaba recién salían del horno. Puesto que la noche siguiente Baltasar estaría dedicado a los preparativos del *magno ritual*, Aurel y yo nos contentamos con el hecho de que podríamos asistir al gran baile de máscaras que sería nuestra despedida, sin pensar en esa amenaza.

Fuimos al encuentro de Imre y los tres volvimos a entrar al *palazzo* blanco donde se llevaba a cabo la fiesta. Imre nos contó entonces que Magdolna viajaría el día siguiente a Burano, isla cercana a Venecia famosa por sus encajes, donde elegiría los materiales para la confección de su velo de novia. Y, para alegría de todos, en la noche asistiría a una fiesta que sus allegadas venecianas darían en su honor con motivo de su compromiso matrimonial.

—Es una de esas fiestas a las que se supone que concurrirán solo mujeres, las cuales dichas damas aprovechan para ver a sus pretendientes y amantes —rio Imre tomando tres copas de champaña de la bandeja que sostenía un sirviente de librea—. Se dice en público que la ocasión consiste en instruir a la futura novia al respecto de sus deberes matrimoniales y prepararla para su vida por venir. Solo los ingenuos se lo creen, por supuesto. Esas han sido algunas de las fiestas más salvajes de mi vida. Cada vez que alguien ofrece una, Aurel y yo recibimos una invitación clandestina. La que se dará mañana en honor a Magdolna no es la excepción: las amigas de mi hermana me hicieron llegar invitaciones para Aurel y para mí. Pero, en lo personal, nada me hará más dichoso que pasar mi cumpleaños lejos de la presencia de mi hermana. Además, ustedes y yo iremos a la que, en mi opinión, es la mascarada más bella del carnaval. ¡Mañana será una gran noche!

—¿Magdolna tiene amigas? —inquirí extrañada. Eso era lo que más

me sorprendía de todo lo que Imre acababa de decir.

—Sí —dijo Imre—. Tiene muchas amistades superficiales. La supervivencia social lo requiere y Magdolna no es ninguna tonta.

Saber que Magdolna estaría tan ocupada al día siguiente me reanimó, y Aurel y yo elevamos nuestras copas hacia Imre. Sin embargo, para cuando dieron las tres de la mañana, me sentía exhausta. Era como si Baltasar me hubiese despojado de buena parte de mi fuerza vital solo por virtud de hablar conmigo. Aurel y yo retornamos al *palazzo* de los Domány-Nádasdy dejando a Imre en la *Ca' Vendramin Calergi*, pues él sí podía festejar hasta rayar el alba sin miedo al sol, y los poetas ya empezaban a declamar poemas obscenos y picarescos.

—Mañana en la noche celebraremos como si nunca fuésemos a separarnos —me dijo Aurel con una sonrisa una vez en sus aposentos. Se había quitado el abrigo azul y aún llevaba puesto el chaleco sobre la camisa blanca—. ¿Sabe? Siempre he pensado que el matrimonio es un acto basado en el miedo. Miedo a la soledad o miedo a perder a la persona amada. Pues bien, nunca había compartido ese miedo hasta ahora. Jamás creí que me encontraría envidiando a esos enamorados incautos que se casan por voluntad propia —rio.

—Y yo jamás creí que me encontraría envidiando a las amantes de un aristócrata, pero henos aquí —bromeé sonriéndole a mi vez.

—Puesto que, tras haber hablado con los muertos, tenemos indicios de que hay algún tipo de existencia después de la muerte, espero sinceramente encontrarme con usted allá —dijo él, mirándome con fijeza.

—Teniendo en cuenta nuestra realidad presente, ese es un pensamiento realmente triste —tragué en seco.

—¡Es siendo optimista! —se defendió con una sonrisa—. De algún modo, lo que he vivido junto a usted me ha devuelto cierta esperanza que creía perdida en mí. Es como haber visto el sol de nuevo por un instante.

—Y yo la más bella noche —dije sintiendo que mi corazón se partía al contemplarlo—. Habría cambiado todos los amaneceres de mi vida por usted.

Me di la vuelta para dirigirme a la cama conforme él cerraba la puerta que separaba nuestras habitaciones. Le había dicho que no insistiría en que viviésemos el amor que sentíamos, y había cumplido mi palabra a cabalidad. Sin embargo, esa resignación pesaba sobre mí con particular dolor, quizás porque sabía que la lamentaría más que cualquiera de mis errores del pasado. En nuestro caso, que nos abstuviésemos de obrar mientras podíamos hacerlo me parecía el único verdadero pecado.

Desperté a eso de mediodía cuando un sirviente me llevó una bandeja repleta de fuentes cubiertas y una botella de vino. Le agradecí al sirviente en el poco italiano que había aprendido, y este se retiró con una inclinación de cabeza. Había dormido bien y me pareció recobrar las fuerzas a medida que consumía los alimentos: me habían llevado pan tibio, *pasta e fagioli*, que era una sopa de invierno hecha de fríjoles con trocitos de pasta, y además bacalao *mantecato*, cocinado en leche y aceite de olivas hasta formar una especie de paté, este último servido con polenta.

Puesto que aquel día iríamos a un baile, me duché y lavé mis cabellos, tras de lo cual me senté junto a la chimenea enfundada en una bata de invierno para que se secaran pronto. Me peiné con esmero, logrando que mis cabellos rizados cayesen como cascadas hasta alcanzar mi cintura, y pasé tres trenzas de un lado al otro de mi cabeza a modo de diademas. A pesar de mi charla con Baltasar la noche anterior, tenía buen color en los labios y en las mejillas. Elegí para esa noche un vestido de escote bajo, corpiño ajustado y amplísimas faldas cuyo color ámbar anaranjado resaltaba los matices rojizos de mis cabellos. Aunque aún era temprano, el vestido era tan bonito que no pude resistir ponérmelo de una vez. Más tarde me pondría un largo abrigo color bronce de capucha con brocados de hilo dorado, y un antifaz recubierto de seda color crema con aplicaciones de diminutos cristales de Murano de tonos mandarina y ocre en los bordes exteriores. Observé que el cielo sobre el jardín había adquirido un color rosa nacarado conforme atardecía a través de las persianas. Para mi alegría, Baltasar no estaba por ningún lado pues era intolerante a la luz solar. Todo estaba bien en aquel momento.

Me llevaron un delicioso café con leche y un postre llamado *crostoli* que estaba como para chuparse los dedos, y me senté junto al hogar a leer un libro que hablaba de los *Doge di Venezia*, magistrados elegidos por la aristocracia veneciana en los siglos anteriores. El cargo había desaparecido para entonces, pero había dejado una marca importante en la historia de la ciudad.

—Espléndida noche —dijo Aurel, deteniéndose en el umbral de la habitación contigua para mirarme. La expresión de sus ojos me reveló que estaba sorprendido—. Por todas las estrellas, Lucyna, luce preciosa.

Había anochecido y yo no me había dado cuenta.

—Buenas noches —balbucí admirando su apostura sin artificio. Vestía una bata de seda negra que dejaba al descubierto una fracción de la piel desnuda de su pecho—. ¡Gracias! Usted también.

Él meneó la cabeza riendo por lo bajo y un mechón de cabellos desordenados cayó sobre su rostro níveo. Avanzó hacia la mesita donde su sirviente había dejado la jarra de café, que aún estaba caliente. Procedió a servirse una taza y dijo:

—Preparé un baúl con algunos artículos para su fuga. Acabo de dejarlo junto a su cama. Quiero que guarde en él sus compras venecianas y deje aquí sus ropas viejas. Enviaré el baúl a una bodega que se encuentra a la vuelta del *Albergo Danieli*, lugar donde nos reuniremos con el señor Rossi tras el baile. Dado que Baltasar pretende usurpar su *prana* al alba para su ritual fratricida, quiero que usted amanezca en el *Albergo* y no aquí —dijo, y mi estómago se contrajo ante la idea de ya no dormir cerca de él—. Haré que el personal del hotel pase a reclamar el baúl de la bodega una vez lleguemos allí. No quiero enviar el baúl al hotel desde ahora, en caso de que algún sirviente de la familia hable de más. Por el momento, me lavaré y vestiré para que demos inicio a la celebración de cumpleaños de Imre. Iremos a algunos lugares antes del baile.

Aurel no se tardó mucho. Yo recién había terminado de empacar mis ropas nuevas en el baúl y me había puesto el abrigo cuando él se presentó ante mí ataviado para la ocasión: vestía traje negro acompañado de chalina blanca al estilo *cascade*, camisa blanca y

chaleco blanco, como lo dictaba la etiqueta masculina para los bailes. También llevaba el infaltable sombrero de copa negro y una pálida rosa de seda malva en la solapa. Estaba guapo a rabiar. Aurel hizo llamar a un sirviente para hacerle entrega del baúl, y tras cerrarlo con llave le dio indicaciones en italiano. En cuanto el hombre partió, le dije:

—Baltasar planea matarlo a usted pasado mañana justo después de la medianoche, y yo ya habré partido para entonces. Temo por su devenir, Aurel. ¿No se ocultará mientras el peligro pasa?

—El peligro siempre ha estado allí y no desaparecerá en el transcurso de una noche. No necesito ocultarme, Lucyna: si mi hermano no logró quitarme la vida antes, tampoco lo logrará mañana. Recuerde que él cuenta con su ayuda para llevar a cabo el asesinato. Además, usted no le brindará su *prana* para efectuar el ritual que, en teoría, haría que matarme valiera la pena —dijo. Lucía triste—. Eso de por sí ya frustrará sus planes. Yo estaré bien. Puedo defenderme y también hacerle mucho daño. No por nada Baltasar ha querido reclutar ayudantes: sabe que no puede darme muerte, a menos que recurra a la cobardía. Por lo demás, creo prudente permanecer cerca de él para así vigilarlo una vez usted haya huido.

—Él sabrá que algo no está bien cuando no me presente en su habitación al amanecer —dije.

—Pero él no sabrá que usted no está aquí —repuso él—. Creerá que usted simplemente se negó a dejar esta habitación. Pienso cerrar con llave la estancia donde usted ha dormido para que nadie, ni siquiera la servidumbre, pueda entrar allí. Luego, justo antes de la aurora, deslizaré bajo la puerta posterior que da al balcón una nota para Baltasar redactada previamente por usted, de modo que el mensajero de Baltasar la encuentre y se la lleve a sus aposentos. En la nota, usted le dirá a Baltasar que ha vuelto a caer enferma y que a duras penas si puede sostenerse de pie. Pero no quiero que la escriba aún, no sea que alguien la halle aquí en el transcurso de esta noche. Será mejor que la escriba en su habitación del hotel antes de regresar yo aquí.

Asentí aterrada.

—Está bien —dije con un hilo de voz.

—Cuando Baltasar reciba su nota estará furioso, pero al menos toda su atención se centrará en estos aposentos —dijo él—. Aunque los sirvientes continuarán trayendo alimentos para usted, no sabrán que usted no se encuentra en la estancia donde está su cama porque esta última estará cerrada. Pensarán, simplemente, que usted sigue durmiendo o que no tiene apetito. Yo saldré a alimentarme al atardecer pero, antes de eso, pondré sus vestidos viejos y su valija en lugares visibles y estratégicos de esta habitación. En caso de que el mensajero de Baltasar se cuele aquí, encontrará sus pertenencias y se lo informará a Baltasar, quien gracias a ello no sospechará que usted huyó. Esta es, pues, la primera parte de mi plan —concluyó.

—No se me ocurre nada mejor —dije sonriéndole a pesar de la preocupación que sentía por él—. Gracias por pensar en tantos detalles.

—Le hice un juramento y necesito cumplirlo para no morir —rio él —. Humor aparte, usted sabe que necesito que esté a salvo. Si algo le ocurriera, mi vida sería una agonía dolorosa y prolongada.

—Pues yo necesito que usted también esté a salvo por la misma razón —dije.

—Así será —repuso—. ¿Vamos? Nuestra noche nos espera.

—Sí. Vamos —dije intentando hacer a un lado mis preocupaciones.

Él tomó su abrigo negro y su antifaz en una mano, y me ofreció su brazo para dejar la estancia. Nos encontramos en el recibidor con Imre, quien vestía igual que Aurel y sujetaba su antifaz en la mano. La cinta y los ornamentos de plumas de su sombrero de copa, sin embargo, así como la flor de seda que adornaba su solapa, eran de color violeta. Los niños habían ido a vernos partir y llevaban puestas las bonitas máscaras que habían adquirido. Aurel dio a Imre un fuerte abrazo felicitándolo por su cumpleaños y me pareció que ambos estaban conmovidos. Felicité a Imre también, y entonces él me atrajo para abrazarme, diciendo:

—¡Venga acá, Pavlova! Me alegra que esté aquí esta noche.

Los niños nos contaron que se sentarían en el balcón exterior para ver las góndolas pasar y mostrar a los venecianos sus máscaras.

—Hemos planeado una breve representación teatral. Nos

cambiaremos de ropas y máscaras varias veces para no aburrir a nuestra audiencia —dijo la niña.

—Espero tomar por sorpresa a las gentes esta noche —dijo Vladislav —. Tenemos atuendos muy originales, aun tratándose de Venecia.

—No dudo que así será —les dije.

La señora Agoston tomó a los niños de las manos para llevarlos a la segunda planta, e Imre, Aurel y yo subimos a la bellísima góndola que nos esperaba, que tenía asientos de terciopelo rojo.

—Antes que nada, iremos a apostar a los juegos de azar —dijo Imre —. Quiero probar mi suerte vampírica esta noche.

Aurel me explicó que el *Ridotto*, o *habitación privada*, rama del *palazzo Dandolo* donde los ricos y nobles solían hacer apuestas y participar en juegos de mesa en Venecia, otrora legal, había sido clausurado. Desde entonces, los venecianos hacían lo mismo pero de forma clandestina y en pequeñas casas llamadas *casino*.

—Como ocurre con todo lo prohibido —dijo Imre mirándonos con sus ojos amarillos.

Aurel destapó la acostumbrada botella de champaña que la servidumbre alistaba para todos los viajes de Imre, extrayéndola del cesto a sus pies. Sostuve nuestras tres copas mientras él las llenaba con el líquido burbujeante y, cuando hubo terminado, les extendí las suyas.

—A su salud, señores —dije, elevando mi copa—. ¡Que tengan vidas largas y felices!

—Por una noche mágica —dijo Aurel mirándome.

Bebimos la fría champaña de nuestras copas y Aurel volvió a llenarlas de inmediato.

Nuestro gondolero, un muchacho joven ataviado con el uniforme familiar de los Domány-Nádasdy, entonó una barcarola llamada *Belle nuit, ô nuit d'amour* a petición de Imre. Puesto que la letra de la canción estaba en francés, pude comprender lo que decía. Pasamos por casas amarillas y rosadas conforme el gondolero cantaba al compás de su remar:

Bella noche, oh, bella noche de amor,
¡sonríe a nuestra embriaguez!

Noche más dulce que el día, ¡oh, hermosa noche de amor!
El tiempo vuela sin retorno, llevándose nuestra ternura.
Lejos de esta feliz estadía, el tiempo vuela sin retorno.
Céfiros ardientes, ¡dadnos vuestros abrazos!
Céfiros ardientes, ¡dadnos vuestros besos!
Bella noche, oh, bella noche de amor,
¡sonríe a nuestra embriaguez!
Noche más dulce que el día, ¡oh, hermosa noche de amor!

Imre y Aurel unieron sus voces claras y profundas a las del muchacho, causando con su canto armónico que las lágrimas acudieran a mis ojos de inmediato. Tan bello era que las gentes salieron a sus balcones para verlos.

—*¡Bravi! ¡Bellissimi!* —les gritaban varios venecianos aglomerados desde el largo puente bajo el que pasábamos.

Al concluir, Imre les lanzó un beso con su guante plateado y Aurel inclinó su cabeza tocando el ala de su sombrero a modo de despedida.

—La belleza la conmueve —dijo Imre al ver mis ojos encharcados—. Le declaro ahora mi amistad. Podrá contar conmigo para lo que necesite el resto de su vida.

—Ay, señor —sollocé nostálgica—. ¡No tengo cómo agradecerle!

—Bebiendo más champaña —dijo él, y entonces noté que los ojos de Aurel también se habían humedecido adquiriendo un matiz violeta.

La voy a extrañar, lo escuché pensar.

—¡Te amo, Venecia! —exclamó Imre poniéndose de pie y elevando su copa de champaña hacia el cielo azul persa, las siluetas negras de las cúpulas de la iglesia de San Marcos a sus espaldas.

El casino elegido por Imre se hallaba en el sector de Venecia llamado Dorsoduro, ubicado frente a un canal ancho donde nos esperó el magnífico cantante que nos hacía las veces de gondolero (o al menos así lo veía yo). La casa azul clara se destacaba por la influencia bizantina en la arquitectura gótica veneciana. En cuanto ingresamos a su interior, Aurel ordenó bebidas para todos los concurrentes en honor a Imre, lo cual hizo que todos brindaran por él. Imre apostó en unos juegos llamados *biribi* y *basetta*, ganando sin esfuerzo alguno en cada ocasión ante los espectadores incrédulos, que gritaban con sus

triunfos, o bien lloraban al perder su dinero.

—La suerte de los vampiros en sus cumpleaños es un raro fenómeno —dijo Aurel en mi oído—. Y, curiosamente, muchos de ellos suelen elegir el día del cumpleaños de sus víctimas para presentarse ante ellas.

—¿Por qué? —inquirí extrañada.

—La fuerza vital de las personas está en su punto más elevado en la fecha de su nacimiento —dijo él.

—Eso es terrible —dije, pensando en cómo la sola presencia de Baltasar era capaz de robarme la energía en días normales—. Pero supongo que eso explica la buena suerte de Imre hoy.

—Exacto —dijo Aurel con una amplia sonrisa.

—¿Ha tenido usted cumpleaños dignos de recordar por su buena suerte? —inquirí.

—Yo no tengo buena suerte, Lucyna —dijo él mirando hacia Imre, que recolectaba sus ganancias—. Supongo que mi caso es una rareza. Por eso, aunque siempre he creído en el azar, no juego. Y, por lo mismo, no celebro mis cumpleaños. El día en que la rivalidad de Baltasar hacia mí se salió de toda proporción por vez primera fue el día de mi cumpleaños, y terminó en la espantosa pelea de la que le hablé. Imagino que mi energía vital estaba tan elevada que él lo presintió, y eso causó que se enfureciera en mi contra.

—Su hermano siempre fue un monstruo —murmuré—. Sin embargo… debo admitir que una inmensa parte de mí se alegra de que usted no haya conocido a esa muchacha de la que sintió enamorarse aquel día: quizás ahora estaría con ella y nunca me habría amado a mí.

Aurel rio.

—Me habría sido imposible no amarla —dijo en mi oído, y sentí que me llenaba de un vértigo anticipatorio muy cercano a la dicha.

—¡Vamos! —anunció Imre cargando un gran saco de terciopelo lleno de dinero—. ¡Es hora de cenar!

Cenamos en el plano noble de un *ristorante* precioso de paredes amarillas frente al Gran Canal. Imre insistió en que todos comiéramos *strangolapreti* a la tridentina, unos ñoquis verdes hechos con queso,

espinacas y salvia.

—¡Qué platillo más exquisito! —exclamé después de probarlos, limpiándome la boca con la servilleta.

—Lo mejor es el significado de su nombre —dijo Imre riendo por lo bajo. Miré a los dos vampiros con expresión inquisitiva.

—*Strangolapreti* significa *estrangulacuras* —me explicó Aurel, tras de lo cual elevó hacia nosotros su copa de vino tinto.

—¿Hay algo más delicioso que la cocina anticlerical? —preguntó Imre con una carcajada—. A pesar de la religiosidad impuesta, Italia es el lugar más blasfemo del mundo. ¡Mayor razón para adorarla! Algún día el paganismo europeo resurgirá para tragarse entero al monoteísmo. Y ese día yo seré aún más feliz. Solo espero vivir para verlo.

—Espero que vivas hasta entonces y más, Imre querido —le dijo Aurel.

68
Mascarada

Concluimos nuestra cena bebiendo *amaretto* entre risas y nos marchamos brindando en la góndola una y otra vez. Cuando arribamos al teatro privado que ofrecía el baile, los tres estábamos más que contentos. Una marea de gente ocupaba el patio enrejado frente a las puertas abiertas de la edificación renacentista. La obra de teatro acababa de concluir dando paso a lo que sería el baile. Los hombres, en su mayoría, estaban ataviados como Aurel e Imre, y las damas llevaban vestidos de todos los colores. Unos y otros traían máscaras y antifaces de distintos diseños, pero era obvio que las máscaras tradicionales seguían siendo grandes favoritas de los venecianos. Como durante la noche anterior, algunas personas llevaban disfraces completos, y supuse que varios de ellos debían ser actores o músicos. Vi arlequines, médicos de la peste y animales, entre otros personajes que no supe reconocer. La suave luz amarilla del candelabro de techo del interior revelaba una recepción tan llena de gente como el patio frontal. Sonreí al notar que los asistentes estaban solo ligeramente más ebrios que Imre, Aurel y yo: reían más fuerte y hablaban con cierta torpeza.

—*Conti Domány-Nádasdy!* —dijo el paje de librea que abrió la reja del patio para dejarnos pasar con una reverencia. Era obvio que los conocía—. *Benvenuti!*

—*Buona sera* —le dijo Aurel, quitándose el sombrero un instante y entregándoselo para proceder a ponerse el antifaz.

—¿Ustedes son condes? —inquirí creyendo haber entendido lo que había dicho el paje.

—Sí —dijo Imre, quien ya se había puesto su antifaz, obviando el saludo del hombre—. Hay muchos nobles aquí… y también muchos vampiros, así que quédese cerca de nosotros.

Até las cintas de mi antifaz en la parte posterior de mi cabeza y

tomé el brazo que Aurel me ofrecía. Ambos seguimos a Imre y cruzamos el umbral para ingresar al teatro conforme la música empezaba.

—¡Imre Domány-Nádasdy! —exclamó una voz femenina emergiendo del tumulto.

—¡*Madame* Lavigne! —dijo Imre virándose hacia atrás para lanzarme una mirada de complicidad.

Reconocí el nombre: se trataba de la antigua amante de Aurel que había enviudado recientemente. Imre la había mencionado en el coche de camino a Venecia. Por su apellido y el prefijo, era fácil deducir que era una mujer francesa que había tomado residencia en la ciudad, como tantos otros extranjeros. La mujer se abrió paso entre las gentes para plantarse ante nosotros. Era alta y elegante. Además, tenía una figura estupenda. Se había puesto un vestido amarillo con antifaz azul pálido, recogiendo sus cabellos castaños dorados en la parte posterior de su cabeza. Dado el antifaz, era imposible observar sus facciones, pero tenía una boca bonita y ojos grises.

—Mentiría si dijera que no esperaba verlo aquí esta noche, Aurel —le dijo en francés, llena de coquetería.

—*Madame* Lavigne —dijo él tocándose el sombrero con una inclinación de cabeza sin soltar mi brazo.

—¿Nos presentan? —dijo ella mirándome con curiosidad.

—¡Por supuesto! —dijo Imre—. ¿Dónde están mis modales? *Mademoiselle* Pawlak, esta es *madame* Lavigne. *Madame* Lavigne, esta es la amante de Aurel.

¡Había usado mi nombre correcto por primera vez! Varias cabezas se giraron hacia nosotros. La mujer se quedó quieta unos segundos y forzó una sonrisa.

—¡Ah!¡*Mademoiselle!* ¿No está casada? —inquirió. Su mirada gris se había tornado gélida. Comprendí que saberme libre de lazos matrimoniales y verme con Aurel en público no fuese una buena noticia para ella. Estar en su posición habría sido terrible para mí, y parte de mí se conmiseró de su obvia desilusión. Mi otra parte, sin embargo, era en extremo consciente de que ella había experimentado la pasión con Aurel y yo no. Aquella mezcla de compasión y envidia

era extraña. Varias personas enmascaradas nos miraban sin perder detalle.

—No —le sonreí con delicadeza, decidiendo ser amable con ella y buscando hacerle un cumplido sincero—. Encantada de conocerla, *madame* Lavigne. Su vestido y tocado son preciosos.

—*Merci* —dijo elevando el mentón—. Ya quisiera poder decir lo mismo de los suyos. Además, tiene usted unas cicatrices horrendas. La vi llegar al teatro justo antes de que se pusiera el antifaz. Aun a algunos metros de distancia, su aspecto da pavor. No comprendo cómo un hombre como Aurel se ha presentado en el baile más insigne de la temporada con una mujer desfigurada. No puedo más que admirar su valentía, Aurel —rio.

La miré boquiabierta y sentí que mis ojos se humedecían, más que por sus palabras, por su cruel intención. ¡Ni siquiera Magdolna me había dicho algo tan terrible! Habría deseado decirle cosas hirientes, como que Aurel jamás la había amado, pero la ofensa hizo que enmudeciese. Imre avanzó hacia la mujer y, sin titubear, la abofeteó con fuerza. Ella profirió un lamento llevándose la mano a la mejilla. Las gentes que habían estado prestando atención a nuestro intercambio dejaron escapar exclamaciones de asombro, pero no hicieron ademán de intervenir: era el carnaval y nadie habría osado desafiar a Imre.

—¿Aurel? —*Madame* Lavigne lo miró como pidiéndole que defendiese su honor.

—¿Cómo se atreve? —dijo Aurel temblando de ira y dando un paso hacia ella. Lucía tan amenazante que *Madame* Lavigne retrocedió acobardada. Aurel rio con sorna—. ¡Vaya! ¿A dónde fue a parar el arrojo del que dio muestras hace un momento? Tranquilícese, no voy a tocarla: usted me da asco. Solo quiero decirle que, hasta hoy, no me había arrepentido de los *affaires* de mi pasado. Sin embargo, ahora me repugna la idea de haberme involucrado con usted. Por otra parte, soy el hombre más afortunado del mundo solo por tener a *mademoiselle* Pawlak a mi lado esta noche. ¡Ya quisiera poder hacerla mi esposa!

Lo miré anonadada. Había ido más lejos de lo que yo esperaba por defenderme.

—¿Su esposa? —balbuceó la mujer.

—Sin duda alguna —respondió él—. Ella es la única mujer a quien he amado. Su existencia hace que la mía valga la pena.

— Además, es muchísimo más guapa que usted —dijo Imre—. Las comparaciones son odiosas para la perdedora. Es decir, usted.

—¡Solo fui honesta! —dijo ella con postura dignificada, sus ojos llenos de lágrimas—. ¡Creí que usted apreciaba la verdad, Aurel!

—Eso no es honestidad y usted lo sabe —dijo Aurel con una sonrisa siniestra—. Le ordeno que diga la verdad.

La expresión de la mujer mutó de ofendida a asustada. Ella se llevó los dedos a la garganta y habló con voz fuerte y clara:

—Dije lo que dije porque aspiro a casarme con un rico aristócrata. ¡Yo esperaba que ese aristócrata fuera usted! —afirmó claramente horrorizada—. Por Dios, ¿qué me pasa? ¡No puedo parar de hablar!

—Prosiga —dijo Aurel.

—La hermosura de su nueva amante es tal que ninguna cicatriz podría restarle belleza —lloró con una mueca de rabia—. ¡Cualquier actriz del teatro querría lucir como ella! Al verla tomada de su brazo, me propuse humillarla en público para que, una vez avergonzado de ella, usted volviera a fijarse en mí.

—Pero, *madame* Lavigne, usted nunca significó nada para mí —dijo Aurel—. Y, sinceramente, yo esperaba no significar más que un breve amorío para usted. Por si fuera poco, usted estaba casada en ese entonces.

—Odiaba a mi marido —dijo ella—. No tenía títulos y estaba arruinado. Usted, en cambio, lo tiene todo. Fui feliz cuando enviudé porque pensé que al fin podría casarme con usted.

Las gentes se aproximaron al escuchar la confesión de la mujer.

—¡Qué horror! —murmuró Aurel—. Yo nunca le di ese tipo de esperanzas a usted.

—¡Lo sé! —exclamó ella—. ¡Pero uno quiere lo que quiere, y yo quiero tenerlo a usted!

—Pues yo no quiero nada con usted, ni con ninguna mujer que no sea la señorita Pawlak —dijo él, dando un paso atrás para situarse a mi lado.

—No debió abrir su boca, *madame* Lavigne —le dijo Imre a la mujer —. Se puede ser, como yo, un esteta nato sin por ello recurrir al agravio. Sus palabras son tan feas como su corazón, y su sangre debe estar envenenada. A partir de este momento, quien se asocie con usted contraerá una lepra social que ninguno de estos médicos de la peste podrá curar. Si yo fuera usted, no contaría con ser admitida en ningún baile en el futuro.

—Hasta nunca, *madame* Lavigne —le dijo Aurel, tomando mi mano para guiarme hacia las escaleras de mármol a la izquierda de la recepción.

Miré hacia atrás y advertí que las personas que antes nos observaban se habían alejado de *madame* Lavigne, formando un círculo en torno a ella.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó Aurel mirándome a los ojos.

—Sí —le aseguré—. Gracias por defenderme como lo hizo.

—Era lo menos que podía hacer —repuso él aún tenso.

—Qué mal tino tuviste al elegir a *madame* Lavigne como amante, primo —le dijo Imre a Aurel, llamando con la mano a un sirviente que llevaba una bandeja cargada de copas—. ¡Qué discurso más vulgar el suyo! Habiendo tantas formas elegantes de lastimar a una rival… en fin: le dije que podría contar conmigo toda la vida, Pavlova, y ya pudo comprobar que soy leal.

—¡Gracias! —exclamé abrazándolo.

—Por nada, fue divertidísimo para mí —dijo él, dándome unas palmaditas en la espalda con su mano enguantada—. ¡A que usted también se alegró cuando la abofeteé! ¿A que sí?

—Sí —repliqué con una risita—. La verdad es que fue increíble.

—También yo lo disfruté —confesó Aurel riendo.

—*Madame* Lavigne nunca me cayó bien —ronroneó Imre conforme los tres la observábamos dejar el teatro: nadie quería acercarse a ella, como si realmente portase una malatía incurable.

Los tres tomamos las copas de licor que el sirviente nos ofreció, y pronto estábamos brindando y riendo de nuevo. Los espectadores de nuestro incidente con *madame* Lavigne se habían dispersado, uniéndose a otros grupos para beber y conversar, ¡tan pronto se olvida

todo cuando el licor fluye! Muchos concurrentes pasaron por nuestro pequeño nicho junto a las escaleras para saludar a Imre y a Aurel, todos ellos joviales y corteses. Me trataron con deferencia cuando Imre volvió a presentarme como la amante de Aurel, y no solo no me irrespetaron sino que me obsequiaron sonrisas sinceras. Mi enfado con *madame* Lavigne se evaporó por completo cuando Aurel e Imre cantaron una canción en latín al unísono, sus copas elevadas. Las piezas que los músicos interpretaban eran únicas y cargadas de emoción.

—¡Amo esta composición! —anunció Imre cuando los músicos apenas daban inicio a una nueva pieza tras un breve interludio. A continuación, se dio la vuelta para ir hacia la gran sala donde se hallaban el escenario y los palcos.

Aurel me arrastró con él tras de Imre, dirigiéndome una sonrisa sagaz.

—Obsérvelo con atención —me dijo.

No bien Imre hubo cruzado el umbral, extendió su mano hacia una mujer de traje color plata que lo miró como si hubiese visto a un dios en persona, y empezó a bailar con ella por toda la sala, como si ella fuese su pareja de baile habitual. Reí complacida pensando que, si había un rey del mundo, ese era Imre.

—¿Bailaría esta pieza conmigo, Lucyna? —me preguntó Aurel, sus ojos centelleando en las sombras.

—Encantada —dije, aunque la última vez que había bailado había sido durante las fiestas de mi pueblo natal. Esperaba que lo poco que mi madre me había enseñado fuera suficiente para seguir a Aurel en aquel vals.

Aurel me guio de la mano bajo el techo abovedado cubierto de frescos de ángeles y demonios hasta alcanzar el centro de la sala. En un abrir y cerrar de ojos, todo el espacio se había llenado de parejas mientras él y yo girábamos al compás de los violines, los violoncelos y las violas. Las gentes que ocupaban los umbríos palcos rojos y dorados reían y se besaban tras los cortinajes a medio cerrar. Hacia la mitad de la pieza musical, noté que ya había algunos torsos desnudos allá arriba.

—Supongo que la desnudez ajena no le molesta —me dijo Aurel con una sonrisa.

—En absoluto. Y la mía tampoco —repliqué sin poder evitarlo.

Aurel rio.

—No sabe cuánto aprecio su libertad de espíritu —dijo—. Usted no necesita de máscaras para expresar su verdadera naturaleza.

—Admito que el licor me ayuda —repliqué riendo a mi vez. La melodía delirante me hacía sentir exaltada y feliz.

—Gracias por estar aquí. Quisiera que esta noche durara para siempre —dijo acercando su boca a mi oído en la penumbra, su aroma como un sueño del que jamás quería despertar.

El magnetismo entre nosotros había incrementado con la proximidad de nuestros cuerpos. Aún no sé si lo hice adrede o si fui solo la esclava de mi propio instinto, pero elevé el rostro para mirar sus ojos azules, que brillaban como dos grandes astros en medio de la noche negra del antifaz. Una exhalación escapó de sus labios entreabiertos, su dulce aliento acariciando mi faz.

No puedo hacerlo, ángel mío, lo oí pensar mientras se inclinaba hacia delante, su energía adentrándose en mí. Lo sujeté de la nuca para que no se le ocurriese apartarse pero él ni siquiera lo intentó: solo se acercó más, envolviéndome por completo en sus brazos. Me sentí morir cuando sus labios rozaron los míos, separándose para llenarme de calor. Sus latidos se unieron a mis latidos como si mi sangre corriese por su corazón, y mi boca se fundió en la suya, su beso carnal y sublime, voluptuoso y celestial.

—Este es el mejor regalo de cumpleaños que pudieron darme —dijo la voz de Imre junto a nosotros—. ¡Justo a tiempo!

La música se había detenido y un campanario vecino dio las doce de la noche. Aurel y yo nos miramos, nuestras respiraciones exacerbadas, las voces de las gentes a nuestro alrededor súbitamente notorias. Imre había soltado a su pareja de baile y ahora sostenía una copa de un licor distinto en cada mano.

—¡Es medianoche! ¡Debemos partir! —dijo Aurel, sus ojos muy abiertos.

—Yo no voy a ningún lado —replicó su primo—. Hay un vampiro

en el palco real que no me ha quitado los ojos de encima desde que entré a la sala. ¡No lo miren! —agregó demasiado tarde: yo ya había atisbado al guapo vampiro de largos cabellos rubios y rizados que llevaba un antifaz rojo carmín.

—Perdón —dije.

—No tiene importancia —rio Imre—. Debe ser el primer carnaval en Venecia de mi admirador, pues yo nunca lo había visto antes. Iré a hablarle. Mi noche apenas comienza.

—Nosotros iremos a… —dijo Aurel.

—No tienes que decirlo, Aurel, soy un hombre con imaginación —lo interrumpió Imre—. He sido feliz junto a vosotros. Buenas noches, guapos.

Se dio la vuelta para escabullirse entre el gentío sin derramar el licor que sus dos copas contenían.

—Lorenzo Rossi nos espera a las doce y media en el hotel —dijo Aurel, tomando mi mano—. El tiempo apremia.

Aún sentía su beso en mi mente y en todo mi cuerpo. Me obligué a caminar junto a él, saliendo del teatro. Aquel había sido el único baile memorable de toda mi vida. ¡Aurel me había besado al fin! Me dije que, pasara lo que pasara, ya podría morir en paz.

69
El *Albergo Danieli*

Aurel y yo tomamos un bote de alquiler al *Albergo Danieli*, dejando a Imre la góndola familiar. El hotel, donde la novelista francesa George Sand y el dramaturgo Alfred de Musset, también francés, habían vivido su escandaloso idilio, y donde los célebres escritores Johann Wolfgang von Goethe y Charles Dickens también se habían hospedado, estaba situado frente al Gran Canal, no muy lejos del *ristorante* donde habíamos cenado más temprano. Como los demás *palazzi* de Venecia, el *Albergo* también ofrecía una fiesta aquella noche y estaba lleno de gentes de diversos países. Puesto que arribamos antes que el señor Rossi, Aurel intentó hacer una reserva de último minuto para mí pero, como era de esperarse, todas las habitaciones estaban ocupadas o reservadas, por lo cual tuvo que emplear el mesmerismo para hipnotizar al conserje y convencerlo de que había reservado la habitación número diez hacía un mes, obligándolo a tachar la que estaba escrita en el libro de huéspedes.

—Todo parece indicar que un tal Lord Douglas no podrá dormir aquí esta noche —me dijo en voz baja encogiéndose de hombros.

Aurel envió a un empleado del hotel por el baúl a la bodega, pidiéndole que lo llevase a la habitación, y entonces Lorenzo Rossi llegó a reunirse con nosotros en la bella recepción del *Albergo*, que tenía techos de vidrio de color blanco y amarillo, y en la cual se destacaban los muros, arcos y columnas de mármol de colores rosa nácar, gris, blanco, y crema con vetas negras. Como nosotros, el señor Rossi también había atendido varios compromisos sociales hasta esa hora, pero en Venecia las doce y media de la noche equivalían a las siete y media de la noche de los lugares corrientes. Era, pues, un lugar muy apto para vampiros, según dijo Aurel.

Pedimos bebidas calientes y algunos platillos pequeños para reconfortarnos, y nos sentamos a hablar en tres sillas apoltronadas

alrededor de una mesita de hierro forjado y vidrio. Temiendo que Baltasar pudiese seguirme cuando huyese, Aurel y el señor Rossi acordaron que los hombres de confianza de Rossi pasarían a buscarme al día siguiente después de la comida del mediodía.

—Lucyna llevará ropas de hombre, sombrero de copa y una máscara para no ser reconocida por aliados potenciales de Baltasar —dijo Aurel. Aparentará ser un jovenzuelo.

Lo miré atónita.

—Me encanta la idea —le dije sonriendo.

El señor Rossi la aplaudió. Decidimos usar una contraseña secreta para que yo pudiese abrir la puerta de la habitación a los hombres de confianza de Rossi con tranquilidad, siendo esta *luna negra*, por lo fácil de recordar. Rossi describió el aspecto de sus hombres en detalle, especificando los atuendos que llevarían puestos.

—Mis hombres hablan francés, así que no deberá preocuparse por la comunicación con ellos —dijo Rossi—. Portarán crucifijos y traerán uno para usted. Es mejor prevenir.

Había pensado en todo. Aurel y yo le agradecimos de corazón. Acordamos que sus hombres y yo alcanzaríamos la costa en bote, donde tomaríamos un coche del señor Rossi. Sonaba fácil pero todos estábamos muy nerviosos. Aurel le hizo entrega de un sobre con una nota bancaria al señor Rossi, quien no quería recibirlo, pero Aurel amenazó con hipnotizarlo y al fin accedió riendo. El abogado de Aurel en Venecia se encargaría de que el abogado del señor Rossi recibiese un segundo pago para mi estadía en Florencia y posterior regreso a casa.

El señor Rossi nos contó algunos detalles adicionales de su experiencia previa con los vampiros que consideraba útil tener en cuenta: en primer lugar, dijo que el ataúd de un vampiro podía sellarse provisionalmente tallando en la madera de su tapa una cruz, de modo que el vampiro en cuestión no pudiese escapar, sino permanecer en una especie de sueño temporal, mientras se le daba muerte definitiva por los medios tradicionales. Aunque aquello no me sorprendió, pensé que no estaba de más saberlo. En segundo lugar, Lorenzo Rossi dijo que, a diferencia del vampiro convertido por otro

vampiro, el vampiro transformado por medio de un ritual demoníaco sí podía hacerse invulnerable y casi inmortal. Dada la magnitud de dichos rituales, los métodos tradicionales eran insuficientes para destruir al vampiro en cuestión. Aun así, este sí podía ser destruido por medio de algún método oculto intrínsecamente ligado a su rito de conversión, que variaba según los elementos de dicho rito.

—Lo segundo me parece pertinente en caso de que su hermano llegue a alcanzar la invulnerabilidad algún día, Aurel —dijo—. Procure obtener más información al respecto de ese culto cainita al que pertenece y, si puede, hágase con una copia detallada del *ritual magno* que pretende llevar a cabo.

—Eso intentaré hacer —dijo Aurel tragando en seco.

Pedimos papel, pluma y tintero, y redacté con la ayuda de mis dos acompañantes la nota para Baltasar en la que le decía haber enfermado. Escribí también una carta de despedida para Elzbieta y Vladislav, que Aurel les entregaría cuando yo ya estuviese lejos. Aurel guardó ambas notas en el bolsillo de su abrigo. Rossi partió asegurándonos que pondría todo de su parte para que yo pudiese volver a casa, y yo tomé a Aurel de la mano para guiarlo hacia la habitación número diez. Al llegar, lo invité a pasar, mi corazón a punto de salirse de mi pecho. Aurel aceptó mi invitación, sus ojos fijos en los míos.

El rumor de la música de la fiesta que daba el *Albergo* era tan fuerte que llenaba la estancia, los velos de cuyas cortinas entreabiertas revelaban la mágica noche veneciana aún vibrante, el reflejo de las estrellas refulgiendo en las aguas del canal como en un espejo infinito y las luces del exterior dotando la habitación de un resplandor cerúleo. Dejé mi abrigo sobre una silla tapizada de dorado con brocados azules y Aurel me imitó, depositando su chaqueta, abrigo y sombrero sobre el amplio sofá adyacente a juego. Se estaba a gusto allí.

—Hoy estuve a punto de maldecir a Imre —afirmó Aurel, sacudiendo la cabeza y avanzando hacia mí. Su perfume me alcanzó, robándome el aliento.

—¿A Imre? ¿Por qué? —inquirí, elevando la mirada hacia él.

—Interrumpió el mejor beso de mi vida —rio él, acariciando el contorno de mi rostro y cuello, deteniéndose al tocar mi clavícula. Sentí que sus dedos quemaban mi piel al rozarla. Él apartó entonces su mano para pasársela por la frente, cerrando los párpados y exhalando con lentitud por entre los labios.

—Júreme que no partirá sin besarme una última vez —le dije.

Él abrió los ojos para mirarme por debajo de las cejas:

—No —susurró.

—¿Por qué no? —pregunté, a punto de echarme a llorar.

—Porque no serviría de nada. Necesito que toda distancia entre nosotros desaparezca aquí y ahora —respondió—. La deseo más que a nada en el mundo, tanto que siento que pierdo la razón. Permítame cruzar el umbral que me separa de usted, Lucyna.

Sea mía esta noche, dijo con el pensamiento, y sus ojos oscuros centellearon en la penumbra. Más que una petición, aquella era una orden que su corazón le daba al mío. Creí que me desvanecería. Solo atiné a asentir, débil de emoción.

Aurel franqueó el espacio que había entre los dos, su boca adueñándose de la mía en tanto me sujetaba contra su cuerpo sólido. Un gemido brotó de mis labios cuando su tibieza me invadió de nuevo y él se detuvo para respirar, jadeante, su mirada en la mía, solo para besarme con mayor intensidad.

—No puedo expresar cuánto odio en este momento el hermoso vestido que lleva puesto —murmuró en mi oído, acariciando con sus labios y su mentón la circunferencia de mi oreja, haciéndome estremecer de pies a cabeza con su respiración cálida y la barba que ya empezaba a brotar de su faz. Besó mi escote expuesto, sus labios férvidos explorando mi cuello y el valle entre mis pechos, sus dedos hábiles desatando los lazos de mi corpiño. Instantes después, me había despojado del vestido y de las diáfanas prendas que llevaba por debajo de este.

—Por Venus… amo que no le moleste su propia desnudez —dijo, su voz más tentadora que nunca, observándome de arriba abajo—. Querría tenerla así todas las noches de mi vida.

—Su desnudez tampoco me molestaría —repliqué, clavando mis

ojos en los suyos.

Me atrajo hacia él con violencia. Mordí con suavidad su carnoso labio inferior y él reaccionó a mi gesto devorando mi boca con furor inmoderado en tanto yo soltaba los botones de su chaleco y camisa, tirando hacia atrás de ambas prendas para que se las quitara de una vez. Tanto el mesmerismo que se desprendía de su tacto como la lascivia con que deslizaba sus manos sobre mi cuerpo, gruñendo con un ansia que se me antojaba dolorosa, amenazaban con hacerme enloquecer. Cuando al fin palpé la piel sedosa de su torso, quise gritar. ¿Cómo podía alguien con una apariencia tan sublime como la suya sentirse aún mejor de lo que se veía? No tardó demasiado en deshacerse del resto de sus ropas ante la explícita insistencia de mis caricias, que ahora ascendían desde sus muslos hasta la unión de sus caderas y su bajo vientre. Sus manos reteniendo mi cuerpo contra el suyo en una tortura paradisíaca, Aurel me dirigió una mirada que expresaba con claridad la imperativa necesidad de saciar su anhelo, sus labios entreabiertos dejando escapar una exhalación suplicante. Por lo mismo, no pude hacer otra cosa que rogarle que me llevase a la cama.

Cuando me hallé sobre las sábanas blancas bañadas en la suave luz del cielo nocturno, descubrí que se podía llorar de placer. Con Aurel, la urgencia no se traducía en prisa. Su expresión al contemplar mi rendición continua tenía un dejo encantadoramente demoníaco. Su frente reclinada sobre la mía, nuestros dedos entrelazados, el azul de su mirada se tornó más profundo y sus colmillos se acrecentaron. La exclamación entrecortada que liberé cuando elevó mis caderas hacia él causó que rugiese por lo bajo en respuesta con toda su belleza masculina, replicando en ambos la lujuria inicial con la misma dulce anticipación, y acrecentándola con la cadencia lenta de sus movimientos serpenteantes hasta que no pude tolerarlo más: estuve segura de que mi conciencia había abandonado mi cuerpo para expandirse a lo largo y ancho del cosmos en la forma de miles de relámpagos esplendentes, sintiéndome retornar al lecho al cabo de unos minutos con el rumor sensual de la risa de satisfacción de Aurel. Él me hizo rodar para acomodarme sobre él, sus manos abarcando mi

cintura, y lo observé echar la cabeza hacia atrás para gemir largamente con voz ronca, dejándose vencer al fin por la gloriosa sensación que nos embargaba a ambos, asiendo las sábanas dentro de sus puños hasta que una transpiración fina como gotas de rocío cubrió su pecho y su rostro angélico. Todo entre nosotros, incluida la magnitud de la atracción que nos obligaba a entregarnos el uno al otro, era espectacularmente carnal y de manera extraña celestial. Yo habría dado lo que fuese por saber que la noche sucesiva volvería a inhalar el aire que él respiraba y a ver aquel amor ardiente en sus ojos, como estoy segura de que él lo veía todo el tiempo en los míos antes de que yo los cerrase para abrazarme a él, permitiendo que toda su esencia se adentrase en mí y adentrándome, a mi vez, en la suya, que era como el oscuro hechizo del firmamento infinito. Nunca antes estuve tan felizmente extenuada como cuando me envolvió en sus brazos para arrastrarme consigo al mundo de los sueños mientras escuchaba los latidos de su corazón multiplicarse en un arrullo.

* * *

Aurel partió antes del alba con lágrimas en los ojos. Yo, por mi parte, estaba hecha un mar de llanto. Haber conocido el amor y la pasión con él había agravado tanto el dolor de nuestra despedida que sentí que me rompía en una miríada de fragmentos al contemplar desde la ventana de mi habitación la barca que se alejaba por las aguas llevándoselo para siempre de mi lado. Había dejado para mí una nota sobre el lecho que aún conservaba su aroma y algo de su tibieza. Leí:

Tendremos lechos llenos de aromas ligeros,
Divanes profundos como tumbas,
Y raras flores sobre anaqueles,
Abiertas para nosotros bajo cielos más bellos.

Usando a su antojo sus calores postreros,
Nuestros dos corazones serán dos vastas antorchas,
Que reflejarán sus luces dobles
En nuestros dos espíritus, estos espejos gemelos.

Una tarde hecha de rosa y azul místico,
Intercambiaremos un resplandor único,
Como un largo sollozo cargado de adioses.

Y más tarde un Ángel, entreabriendo las puertas,
Vendrá a reanimar, fiel y dichoso,
Los espejos empañados y las llamas muertas.

Hasta siempre, Lucyna.

Yo conocía aquel poema. Era *La muerte de los amantes* del difunto poeta francés Charles Baudelaire, el cual había sido incluido en su compilación *Las flores del mal.* Era un poema precioso y extrañamente apropiado para aquella despedida que se sentía como un duelo. Deduje que Aurel había redactado la nota después de vestirse, mientras yo aún dormía. El cielo se tiñó de dorado y púrpura al cernirse la aurora sobre el Gran Canal, y tuve un presentimiento de muerte que me dejó sin aliento. Me dije que esto solo se debía a la inmensidad de mi tristeza y al vacío que había quedado en medio mi pecho, pues Aurel se había llevado mi corazón con él. En ese preciso momento, Baltasar debía estar esperando a que su mensajero me llevase a sus aposentos. Me quedé dormida de nuevo sujetando la nota en la mano, mi llanto derramándose sobre la almohada.

Desperté hacia las once de la mañana y, tras beber un café, me atavié con las ropas de hombre que Aurel había puesto dentro del baúl para mí. No podían ser suyas, porque eran mucho más pequeñas, casi a mi medida. Me dije que debían hacer parte del guardarropa que los Domány-Nádasdy conservaban para sus huéspedes en la propiedad. En cualquier otra ocasión, vestir como un hombre me habría deleitado por original y divertido, y además porque las ropas de los varones eran muchísimo más cómodas que las de las mujeres. Me habían faltado las fuerzas para darme un baño simplemente porque el cuerpo desnudo de Aurel había tocado el mío, y yo no estaba lista para desprenderme de aquel momento. Metí mi viejo cortapapeles en el bolsillo de mi pantalón y mi copia de *La dama pálida*, así como la nota de despedida de Aurel en el bolsillo interior de mi chaqueta. Recogí

mis cabellos en una coleta en la base de mi nuca, peinado que llevaban muchos hombres, me puse la máscara blanca que cubría la totalidad de mi rostro y me calé el sombrero de copa. Poco después, los hombres de Rossi llegaron por mí con la contraseña correcta.

Salimos del hotel en silencio y subí a la barca del señor Rossi después de ellos, que llevaban mi baúl. Ambos eran fornidos, lo cual me daba cierta seguridad. Llevaban crucifijos puestos por fuera de las ropas y me dieron uno igual a mí, que también colgué de mi cuello. El día se había puesto gris oscuro y las aguas habían adquirido un tono gris verdoso. Parecía que fuese a llover. Uno de los hombres me extendió una sombrilla para que no me mojara y la abrí sobre mi cabeza justo cuando empezaban a caer las primeras gotas del cielo. Conforme nos alejábamos de la ciudad en dirección a la costa, empezó a llover con más fuerza. En determinado momento nos encontramos casi solos en el mar. El hombre que remaba, sentado frente a mí, dijo de repente a su compañero:

—*Guarda che bella signora!*

Por las frases que ya había oído, comprendí que le enseñaba a una bella mujer. Mi corazón se detuvo. El hombre se puso de pie con expresión de pasmo mientras su amigo se daba la vuelta para mirar lo que le enseñaba y, como posesos de una locura súbita, ambos hombres echaron los remos al agua, tras de lo cual se quitaron los crucifijos, arrojándolos al mar. Segundos después, uno de los dos hombres arrancó el crucifijo que yo llevaba en torno al cuello para lanzarlo por la borda. Horrorizada, atisbé la barca mediana que se acercaba a la nuestra: Magdolna estaba de pie en la embarcación sujetando una sombrilla sobre su cabeza, un largo velo de encaje blanco cubriendo sus cabellos, sus ojos azules fijos en nosotros. Pensé en echarme al mar pero no sabía nadar muy bien y con seguridad me ahogaría en unos minutos tratando de mantenerme a flote en esas aguas profundas.

—¡Despertad! —les grité en francés a los hombres de Rossi, golpeándolos con los puños e intentando sacudirlos. Era en vano: estaban mesmerizados.

—Vamos a esperar a la bella señora —me respondió uno de ellos.

—¡Dejad de mirarla, está controlando vuestras mentes! —chillé.

La barca de Magdolna nos había alcanzado ubicándose junto a la nuestra. Un hombre remaba y el maestro de música iba sentado en la silla posterior de la embarcación.

—Que dejen de mirarme no hará diferencia —rio Magdolna—. Ya recibieron mis órdenes y su mayor deseo es complacerme.

Empuñé el cortapapeles que llevaba en el bolsillo del pantalón, lista para defenderme como fuese. Lo extraje de la vaina de metal que lo protegía sujetándolo ante mí con postura defensiva.

—¡Bonito traje de tres piezas! —dijo Magdolna—. Te ves bien vestida de hombre.

Uno de los hombres de Rossi hizo ademán de agarrar mi brazo y lo ataqué con el cortapapeles, hiriendo su mano. Él, sin embargo, no se inmutó. Aferró mi muñeca con la mano sana, doblándola con tanta fuerza que creí que la partiría. Tuve que soltar el cortapapeles, que cayó a mis pies mientras el hombre sujetaba mis brazos y su compañero tomaba una soga. Me resistí con todo el ímpetu que poseía, gritándoles, lanzándoles puntapiés y retorciéndome en todas las direcciones para zafarme, pero ellos eran dos y muchísimo más fuertes que yo. En mi afán de defenderme, perdí el sombrero y la máscara. En cuestión de un par de minutos, estaba atada de manos y pies, y uno de los hombres de Rossi me alzaba en brazos. Por un momento creí que me arrojaría al mar y lancé un grito agudo, presa del pavor. Golpeé su nariz con mi cabeza con tal brío que lo hice sangrar. Sin embargo, él solo se inclinó por la borda para depositarme en la base de madera de la barca de Magdolna.

—*Grazie, ragazzi* —dijo Magdolna a los hombres de Rossi, que continuaron mirándola embelesados.

El remero de Magdolna dio la vuelta a la embarcación, y el señor Ivanov procedió a amordazarme con un largo pañuelo de seda mientras yo intentaba morderlo sin éxito.

Magdolna tomó asiento ante mí sonriendo con altivez.

—Baltasar está muy enfadado contigo —dijo.

70
La isla del cementerio

La barca se detuvo al llegar a una isla separada de las que conformaban la ciudad de Venecia. No había nadie a la vista, y, aun así, yo no dejaba de gemir a través de la mordaza.

El pequeño muelle estaba desierto cuando el barquero me alzó en brazos para sacarme de la embarcación y surcar la playa de acceso privado demarcada por muros de piedra a lado y lado, depositándome al fin en el centro de una estructura de mármol de techo cupular sostenida por columnas. Allí, el señor Ivanov le entregó la soga adicional que había sacado del barco, y el barquero me ató de la cintura al ángel de piedra que se erigía tras de mí, de modo que quedase sentada sobre el suelo, con la estatua a mis espaldas y encarando el agua.

—Lo logré —murmuró Magdolna mirando al señor Ivanov—. Suerte que le dimos alcance a tiempo.

—Suerte que el amo nos dijo dónde hallarla —replicó el rubio.

El amo tenía que ser, claro está, Baltasar. ¿Nos había seguido a Aurel y a mí?

—Aunque, por ser un cementerio, esta isla permanece casi desierta durante el día, creo prudente no quitarle la mordaza a la mosca muerta hasta que anochezca. Entonces sí podrá gritar hasta el cansancio y nadie la escuchará —dijo Magdolna, y agregó dirigiéndose a mí—: estás en el panteón de los Domány-Nádasdy. Es un bello espacio, ¿verdad? Aquí enterramos los cadáveres de nuestras víctimas cuando estas mueren, ya sea de forma accidental o cuando las matamos adrede, y aquí serás enterrada tú también. Observa, pues, el que será el hogar de tus huesos.

Intenté gritar sin dejar de llorar, la risa de Magdolna resonando en mis oídos. Un bosque rodeaba la parte interior de los muros de aquel panteón a cielo abierto, los montículos rectangulares de tierra de las

sepulturas sobresaliendo ligeramente del suelo. El barquero no dejaba de mirar a Magdolna y supe entonces, por la expresión de su rostro, que también se hallaba bajo el influjo del mesmerismo. El señor Ivanov, en cambio, parecía obrar por voluntad propia e incluso disfrutar de la situación.

—Se supone que este es un panteón protestante, gracias a lo cual no verás cruces o íconos religiosos —le dijo Magdolna a Ivanov.

—Lo hacen ustedes todo tan bien —replicó este—. El sol se pondrá en un par de horas. Me preguntaba si me permitiría usted gozar del cuerpo de la institutriz en tanto arriba el señor Baltasar.

¡Quería ultrajarme! Lo maldije con todo mi odio. Magdolna lo miró con ira.

—¿Cómo puedes siquiera sugerir algo así, siendo yo tu amante? ¿No te basto, acaso? —le preguntó a Ivanov, tras de lo cual le zampó un arañazo en pleno rostro que lo hizo sangrar.

—¡Señora mía, perdóneme! ¡Solo pensaba infligirle dolor! —dijo él llevándose la mano a la mejilla ensangrentada.

—No —dijo ella—. Baltasar me pidió enviarte de regreso al *palazzo* en cuanto la trajéramos aquí. Te irás de inmediato. Baltasar me reservó a mí el placer de hacerla sufrir antes de darle muerte, y necesita conservarla pura hasta entonces. Yo me quedaré con ella.

¿Significaba aquello que Baltasar no sospechaba lo ocurrido entre Aurel y yo la noche anterior?

—Como ordene —le respondió Lev Ivanov dándose la vuelta para seguir al barquero que ya se encaminaba al bote—. Confío en que el amo sepa recompensarme por la labor que he realizado como mensajero. Soy músico y eso no hace parte de mis funciones, así como tampoco lo es asistirlos a ustedes en apresar sirvientas rebeldes.

¡De modo que él se había encargado de entregarme la nota de Baltasar!

—Cuida tu tono, Lev querido —replicó Magdolna—. Asistirnos en cuanto te pidamos es lo que te merecerá la conversión que te otorgaremos cuando todo concluya.

Lev Ivanov partió con el barquero y Magdolna se hincó ante mí, mirándome a los ojos.

—Puesto que vas a morir, me deleitaré en compartir algunas cosas contigo —me dijo—. Antes que nada, quiero que sepas que, puesto que no acudiste a tu cita con Baltasar esta mañana, él me hizo llamar a la estancia más oscura de sus aposentos, donde me reveló su plan desde la seguridad de su cama caja. Me pesa haber dudado de su lealtad. Si bien aún me enfurece que te haya hecho su amante, ahora comprendo la razón de su proceder: gracias a ello, no solo se nutre de tu fuerza vital cuando estás cerca de él, sino que siempre puede saber dónde estás. Creíste que te había rastreado a causa de la nota con la que pretendías confundirlo, ¿verdad? Asiente o niega con la cabeza para responder.

Asentí llorando.

—Pues te equivocaste —prosiguió poniéndose de pie para pasearse ante mí—. Baltasar aún no me ha contado cómo llegó a desarrollar la habilidad de rastrear a su amante pero debo aprender ese truco. ¡Apuesto a que lo creías enamorado de ti hasta ahora! Vamos, contéstame como lo hiciste hace un momento.

Negué enfáticamente con la cabeza mirándola a los ojos.

—¡Mientes! —dijo—. Permite que sea yo quien te cuente hasta qué punto te equivocaste: Baltasar planea matarte esta noche tras haber hecho uso de tu fuerza vital en el rito que lo transformará en un vampiro invulnerable. ¡Tendremos hijos inmortales! Este era su regalo de bodas para mí, y tú lo obligaste a arruinar la sorpresa.

Gemí con desesperación: yo estaba convencida de que Baltasar le había dicho que los beneficios *del magno ritual* se extenderían a su descendencia solo para que ella lo asistiese en mi captura con el mesmerismo durante el día, cuando en realidad pensaba matarla tras la boda para quedarse con su herencia. ¡Yo necesitaba al menos decirle aquello!

—¿Qué te ocurre, querida? —inquirió ella—. ¿Tan difícil te es aceptar que Baltasar nunca te estimó? Quien sí te ama con todo el corazón es Aurel. Lo vi en sus ojos desde que me interceptó en ese corredor, impidiendo que te dejara ciega. ¡Siempre le tuvo demasiada simpatía al vulgo, pero jamás creí que se enamoraría de una plebeya! Es apenas justo que sea sacrificado por su debilidad. Ni siquiera

disfruta ser vampiro —meneó la cabeza con desaprobación—. Me pregunto si Lev tendrá que realizar el sacrificio, ahora que está visto que tú no cooperarás. Infortunadamente, el mesmerismo no puede obligar a nadie a matar, y el rito requiere que quien realice el sacrificio final lo haga por su propia voluntad, sin esperar una retribución material a cambio. Por esto le ha sido tan difícil a Baltasar encontrar ayudantes dignos. No podía tan solo, hipnotizar a alguien para que matara a Aurel. Tenía que convencer a alguien de ayudarlo a matar a su propio hermano… y las gentes suelen ser quisquillosas a la hora de matar cuando saben que no recibirán dinero, joyas ni propiedades a cambio. Por otra parte, muy pocas personas anhelan una conversión vampírica. ¡Es extrañísimo! Tú misma no habrías querido una, y por eso Baltasar tuvo que jugar a enamorarte. Yo habría preferido que no te hiciera suya, pero al parecer eres más apasionada que romántica, o bien eres incapaz de separar el amor de la pasión. ¡Vaya desventaja! En fin, como él, yo también he tenido amantes a los que no he amado. Superaré lo ocurrido entre ustedes cuando hayas muerto.

Se detuvo mirándome con curiosidad antes de proseguir:

—Para que lo sepas, Baltasar me confesó que ya había intentado matar a Aurel antes con el rito incompleto, esto solo para poder convertirse en mi amante de una vez. ¡Me desea a mí, no a ti! Es una lástima que la institutriz anterior, que había jurado ayudarlo a cambio de ser convertida, no pudiera hacerlo porque el estúpido de Imre la mató. Pero, entonces, ¡oh, suerte de vampiro! Baltasar te encontró, y con tu ayuda se hizo con lo que mi tía Klára había escrito en su diario al respecto de la parte faltante del ritual cainita, la cual dedujo ella misma sin ayuda de nadie. Era tan hábil, mi tía Klára. Tal parece que llegó a superar a Erzsébet en el dominio de las artes negras. Baltasar es muy versado en ocultismo, así que no le fue difícil deducir lo que su madre insinuaba en aquellos párrafos. Tía Klára intuía que algo malo podría pasar en la familia si alguien intentaba llevar a cabo el ritual, pues este requiere el sacrificio de un hermano y es muy tentador. Supongo que, de haberlo encontrado yo, no habría dudado en sacrificar a Imre. Pero hacer que alguien mate a un vampiro es difícil.

¡Mira nada más cuánto me costó lograr el asesinato indirecto de Petronȳa y Laurentius para que ese par de niños horribles quedaran huérfanos! Podría decirse que maté dos vampiros con una sola estaca cuando desangré a la vecina —rio—. Ahora solo debo alentar a Lev para que complete su misión de asesinar a Elzbieta, y luego a Vladislav, y mis hijos ya no tendrán que competir con otros niños dentro del mismo núcleo familiar… ni con sus futuros descendientes, si es que terminan convirtiendo a personas de la aristocracia para casarse y procrear con ellas. Una vez Aurel muera, ya nadie salvará a mis sobrinos. Sobre todo, nadie los sacará del mar cuando se estén ahogando. Imre no sabe nadar y tampoco querría mojar sus ropas. Resulta, pues, que Baltasar y yo hemos tenido las mismas metas aun sin ponernos de acuerdo. Él quiere garantizar que nuestra descendencia herede la invulnerabilidad que obtendrá esta noche, y por ello no podía tocarme sin haberla alcanzado. Siempre ha considerado el bienestar de nuestros futuros hijos antes que el placer inmediato.

Comencé a dudar de lo que había creído hasta el momento. Quizás Magdolna tuviera razón y ese fuera el verdadero plan de Baltasar. Quizás sí le había contado la verdad a ella. Magdolna debió ver en mis ojos que empezaba a convencerme porque sonrió satisfecha.

—Él nunca me habría rechazado de no haber tenido un aliciente tan grande para hacerlo —prosiguió—. Soy su alma gemela. Ambos lo hemos sabido desde que éramos niños. Mamá y tía Klára lo sabían también, y por eso nos prometieron en matrimonio. Una vez el ritual esté completo, él y yo crearemos una nueva raza superior de vampiros, y todas las especies humanas y vampíricas estarán a nuestros pies. Yo he querido expresarle la lujuria que despertó en mí desde que me hice adolescente, pero él siempre ha sabido establecer las prioridades para que nuestro devenir sea óptimo. Tiene la cabeza fría de nuestro ancestro Domán. Y tú… bueno, tú nos has sido útil. Ibas a serlo de un modo u otro. Que hayas intentado huir solo retrasó el plan un poco, pero te encontré a tiempo. Habría reconocido tu forma de caminar, tus proporciones y tu porte en cualquier lugar. El disfraz debió ser idea de Aurel —rio—. Él no sabe hasta qué punto te

he observado. Aunque él no contaba con que sería yo quien te buscaría, claro está. También debió creer que el plan de Baltasar no me involucraba en absoluto… lo cual fue ingenuo de su parte, pues sabe que Baltasar y yo hemos sido cómplices toda la vida. ¿Por qué crees que a Baltasar no le importó que yo te desfigurara? ¡Le gusta ponerme celosa! Hace unos días me contó que te había hecho suya, sin que yo lo presionara a hablar. Esperó para decírmelo solo porque anticipaba el efecto que una confesión sorpresiva tendría en mí. Mis celos hacen que sienta que es el vampiro más amado del mundo. Y lo es, al menos por mí. ¡Ni siquiera su madre lo quiso tanto!

Sus ojos se habían humedecido y lucían aún más claros, casi blanquecinos.

—Bien, querida, el sol se pondrá pronto —dijo, y se dispuso a encender con cerillos los farolitos que pendían de las cuatro columnas de la estructura de mármol—. Te dejaré a solas unas horas para que reflexiones al respecto de lo que acabas de escuchar y para que vayas despidiéndote de tu infeliz vida. ¡Que no se diga, al menos, que no conociste el amor! Quizás esta noche puedas verlo morir con tus propios ojos… o él a ti. Ambas opciones me llenan de dicha. A medianoche sabremos cómo lo planeó todo Baltasar.

71
El ritual magno

Aunque había escampado poco después del atardecer, los truenos aún retumbaban en la distancia. Había pasado más de seis horas atada a ese ángel de piedra, buscando en vano aflojar mis ataduras para liberarme. Un rayo blanco surcó el negro horizonte sobre los confines del mar cuando la góndola se aproximó al muelle donde Magdolna esperaba. El gondolero vestía túnica negra con capucha, su rostro oculto tras una *gnaga*, la máscara gatuna utilizada por los hombres para vestirse de mujer. Con la voz de una soprano, entonaba una melodía fúnebre tan terrorífica que hubiese querido cubrirme los oídos: era Erzsébet, que llegaba cantando la canción del dolor a través de Baltasar. El miedo penetró mis huesos, haciéndome temblar desde dentro.

Al bajar de la góndola hizo ademán de besar la mano de Magdolna y procedió a sacar de la barca dos grandes sacos de estopa. Ambos avanzaron hacia la estructura en la que me hallaba, y entonces Baltasar me habló con su voz:

—Señorita Pawlak, señorita Pawlak… qué esquiva se puso usted esta mañana. Nada que no pudiera ser corregido con la ayuda de la futura madre de mis hijos.

—Debes contarme cómo supiste dónde hallarla, Baltasar —dijo Magdolna.

—Verás, querida… —dijo él—. El espíritu de nuestra antepasada, la condesa, me guía.

—¿Cómo dices? —inquirió Magdolna mirándolo confundida.

—Es una larga historia que me deleitaré en contarte ante el amor verdadero de Aurel para que su sufrimiento se acreciente. Escuche usted también con atención, señorita Pawlak —agregó, sus iris ambarinos en los míos—. Como el espíritu de Petronÿa bien lo dijo durante la invocación, cuando nuestra antepasada Erzsébet Báthory

aún caminaba sobre la Tierra tras haberse levantado de la tumba como una vampiresa inmortal, pasó brevemente por nuestro hogar e instruyó en secreto a nuestras madres en las artes negras para las que ya eran tan diestras. Aunque, para no despertar sospechas, Erzsébet se hizo pasar por una taciturna huésped del castillo, yo la vi paseándose por el jardín, la encontré intrigante y la seguí a su habitación. Podría decir que su esencia maldita me hechizó, por lo cual me atreví a llamar a su puerta. Erzsébet, a su vez, me halló tan bello y tan parecido a quien fue su esposo en vida, nuestro antepasado Ferenc Nádasdy, que esa noche me hizo suyo y me dio a beber su sangre, cosa que jamás pudo hacer con su difunto esposo. Yo apenas si había alcanzado la adolescencia. Erzsébet fue mi primera amante. Jamás se lo conté a nadie, ni siquiera a Petronȳa, quien en ese entonces era mi confidente. Por esto, Petronȳa jamás supo que la conocí. Así pues, señorita Pawlak, cuando el espíritu de Petronȳa se manifestó ante nosotros hace tan poco, no mencionó nada al respecto de mi amorío clandestino con Erzsébet, demostrando una vez más que los muertos no llegan a conocerlo todo en el momento de morir. Por suerte, o de lo contrario habría tenido que hacer que usted olvidara la sesión espiritista, y quizás me habría sido un poco menos fácil seducirla esa misma noche —rio virándose entonces hacia Magdolna—. El caso, Magdolna querida, es que nuestra antepasada era una vampiresa invulnerable, casi indestructible, como aspiro a serlo yo. Si bien su sangre satánica no fue capaz de conferirme la invulnerabilidad que la caracterizaba a ella, creó un vínculo indisoluble entre nosotros, tanto así que, desde entonces, su imagen fue la única que pude ver en los espejos. Cuando la condesa fue enviada en cuerpo y alma al infierno, dejé de presentirla en la distancia e intuí lo que le había ocurrido. ¿Recuerdas que intenté en vano entablar contacto con su espíritu durante algunos años? —inquirió, y Magdolna asintió sin dejar de mirarlo—. Ahora sabes por qué. Pues bien, al fin, su espíritu me encontró a través de un espejo que le había pertenecido en vida, y gracias a ello logré abrirle la entrada a mi cuerpo por medio de un complejo ritual. Siendo yo su descendiente, Erzsébet y yo llegamos a compartir una unión sanguínea doble cuando me dio a beber su

sangre. Esto permitió que mi espíritu y el suyo se unificaran de forma natural cuando este último salió del espejo. Por ende, cuando seduje a la señorita Pawlak, Erzsébet pudo alimentarse de su fuerza vital desde mi interior, y gracias a ello conocer su ubicación, estuviese donde estuviese, como tantos vampiros rastrean a sus víctimas después del primer ataque.

—Te entregaste a ambas con tal facilidad —comentó Magdolna. Lucía furiosa.

—¿Esa es tu conclusión de todo lo que acabo de contarte? —dijo Baltasar indignado.

—Sabes cuánto me molesta imaginarte con otras mujeres —murmuró ella.

—¿Cómo rehusar la guía de Erzsébet? Tú habrías hecho lo mismo de haber tenido la ocasión.

—Quizás—dijo Magdolna—. No lo sé. ¿Pero, por qué no me habías contado estas cosas tan importantes, Baltasar?

—Además de tu reacción usual, de la que acabas de hacer gala, eres impulsiva e imprudente, querida mía —dijo él—. No solo me habrías rogado que te cediera el espejo, pues este era una un prodigio de la brujería digno del cuento de Blancanieves, sino que habrías puesto en peligro mi plan. Y mi plan, además de hacerme invulnerable y transmitir ese poder a nuestra progenie, es sacar el cuerpo de Erzsébet del infierno. Para eso, debemos recuperar su castillo en Csejthe. En esta ocasión no podemos fallar. Creyendo que Erzsébet era una pobre viuda emparentada con los Nádasdy durante su permanencia en Świętokrzyskie, mi padre quiso recuperar el castillo para ella como un favor y murió en el intento. Pero tú y yo triunfaremos, Magdolna. El lugar está cargado de poder gracias al dolor que quedó atrapado entre sus muros. Además, fue allí donde Erzsébet descendió al infierno en cuerpo y alma, por lo cual se creó un vórtice energético en una habitación específica, el lugar donde tomaba sus baños de sangre. Una vez nos hagamos con el castillo, tú y yo podríamos, en teoría, entrar al infierno y salir de él a voluntad. Los castillos son costosos. Por otra parte, ese no está en buen estado. Es preciso restaurarlo. Los demás nunca entenderán que lo quiero con fines espirituales… y por razones

sentimentales. Por lo mismo, necesitamos las herencias de nuestros parientes, empezando por las de Elzbieta y Vladislav.

—No puedo pensar en un mejor uso para estas últimas —rio Magdolna.

—Cuando tengamos el cuerpo de Erzsébet —dijo Baltasar—, recuperaremos a través del mismo vórtice las almas de los vampiros más crueles de nuestra familia, cuyos cuerpos aún descansan en el mausoleo de nuestro hogar en Świętokrzyskie… y, con la ayuda de Erzsébet, haremos que se levanten de sus tumbas reteniendo su consciencia y voluntad de nuevo. Ese es el sueño de la condesa y es mi esperanza. Ya ves cómo nuestros ancestros hicieron bien en garantizarse un mausoleo subterráneo en el que sus cuerpos fuesen preservados para la posteridad. Ahora sabes por qué he sido tan diligente con la seguridad del castillo de Świętokrzyskie en particular. Como ves, he estado muy ocupado atendiendo asuntos familiares. El reinado del terror de Erzsébet puede regresar, Magdolna, y tú y yo reinaremos con ella y nuestros hijos. Jamás habrá corrido tanta sangre en el mundo. En unas pocas horas, querida mía, haremos el amor sobre la tierra de este cementerio, llevando a cabo nuestro rito de bodas vampírico, que será oficiado por el espíritu de Erzsébet junto a los cadáveres de Aurel, indigno de ser llamado un Domány-Nádasdy, y su amor verdadero. ¿Qué mejores testigos? —rio mirándome de reojo —. Espero que concibas esta misma noche, Magdolna querida.

—¿De verdad lo quieres, Baltasar? Dime que me deseas solo a mí —pidió Magdolna.

—Vamos, querida, ¿quién crees que dejó en tu habitación el libro familiar en que fue inscrita la fecha límite para nuestra boda? —dijo Baltasar.

—¿Fuiste tú? —inquirió ella mirándolo arrobada.

—¿Quién más? —rio él—. Siempre he querido casarme y engendrar una descendencia superior contigo, Magdolna. Nací para ser un paterfamilias. La tradición es de suma importancia para mí. No hay nada más importante que prolongar la línea familiar. Tan solo supe esperar a que el tiempo fuera perfecto. La paciencia es, después de todo, una virtud.

Magdolna lo abrazó emocionada. Para entonces, ya no me quedaban dudas de que Baltasar sí le había dicho a su prometida la verdad. Baltasar le pidió a Magdolna que se alejase un poco y contemplase su hacer en silencio. Una vez ella tomó distancia, él abrió los dos sacos y acomodó en la tierra frente a mí los elementos que sacaba de ellos: a un lado, frutas y vegetales de diversas clases y formas. Al otro, un nido que parecía haber sido hecho de cabellos negros, un pañuelo azul zafiro, una copia de *Las flores del mal* de Baudelaire (lo cual me infundió aún más terror del que ya sentía) y una copia del anuncio clasificado que Aurel había puesto en el periódico solicitando una institutriz. Los reconocí como artículos vinculados a Aurel y empecé a gemir y a llorar de nuevo.

—Se preguntará por qué le conté tantas verdades a medias al respecto de mis planes que, aun así, no dejan de ser verdades, señorita Pawlak —dijo Baltasar, elevando la mirada hacia mí—. Una táctica ocultista para la realización de los deseos es manifestarlos en voz alta. Por otra parte, dadas sus dotes psíquicas y el vínculo que establecí con usted a través del acto sexual para obtener su *prana*, usted no hace más que alimentar esos deseos al ser consciente de ellos, lo quiera o no. Bonito, ¿verdad?

Sollocé con todas mis fuerzas aunque a duras penas si podía tomar aire por la nariz.

—Le explicaré la disposición de estos artículos para que me ayude a cargarlos de energía psíquica solo con escuchar —dijo—. No tiene que hacer nada más. A un lado, tengo los frutos y vegetales que representan a Caín, el hermano agricultor, en este caso yo. Al otro lado, tengo objetos cargados de la energía de Aurel, quien en este caso representa a Abel, el hermano cazador o recolector. Abel fue injustamente favorecido por el Dios bíblico, así como Aurel fue tan amado por mi padre sin mérito alguno. Los segundos objetos, ora le pertenecen a Aurel, ora tienen un significado especial para él. Los cabellos de la víctima son particularmente útiles en la brujería —añadió, y deduje que aquel nido negro había sido hecho a partir de cabellos de Aurel—. Recolecté estos artilugios con mucho cuidado. No pude hacerme con la copia personal de *La dama pálida* de Aurel, pero

La muerte de los amantes es su poema favorito y sé que, de un modo extraño, Aurel terminó por encontrar ese tipo de amor en usted. Más importante aún, ambos morirán esta noche, y eso hace que el poema sea perfecto para el ritual. Ahora, señorita Pawlak, puesto que usted rehusó imbuir de energía los artículos del ritual de manera voluntaria esta mañana, lo cual habría sido ideal dado que la intención es muy valiosa en el ocultismo, tendré que tomar su sangre y derramarla directamente sobre ellos para así cargarlos con su fuerza vital. Al fin y al cabo, da igual, pues la sangre es en extremo poderosa en los rituales y contiene tanta fuerza vital como la mente. Disculpará que no le quite la mordaza, pero sus gritos podrían distraerme y este ritual requiere concentración.

Aún agazapado sobre los objetos, Baltasar se quitó la máscara y me sonrió con las fauces abiertas, la punta de su lengua alcanzando su mentón. Sus colmillos habían crecido y sus ojos habían adquirido un tono rojizo que para entonces yo ya identificaba como una manifestación de Erzsébet. Tenía la expresión más terrorífica que yo hubiese visto en toda mi vida. En un abrir y cerrar de ojos, alcanzó la estructura marmórea de un salto y tiró con fuerza de mis cabellos hacia un lado para forzarme a estirar mi cuello. Su mordedura fue tan salvaje y acerba que quise morir solo para no sentir aquel dolor, pero la succión fue aún peor. Tragó varias veces y luego llenó su boca, sosteniendo en ella mi sangre. Entonces me soltó abruptamente y, tras correr al lugar donde estaban los objetos, se puso de rodillas para vomitar mi sangre sobre ellos.

—Lucyna… —murmuró mirándome de soslayo, aún inclinado sobre los objetos del ritual—. Su sangre grita que pasó la noche con Aurel. ¡Su pureza energética se redujo! ¡Ya no me pertenece solo a mí! Espero que el ritual dé resultado a pesar de ello. La pureza sexual de una mujer es de gran relevancia en el ocultismo, pues esta se traduce en poder. A más parejas sexuales, menos poder espiritual. Los curas y monjas lo saben, pero no lo practican. Los ocultistas sí. Por esto mi antepasada, la condesa, buscaba vírgenes para sus sacrificios.

¿Mi experiencia con Aurel la noche previa podía hacer que el ritual fuese ineficaz? Aunque estuviese destinada a morir esa noche, una

lágrima de alegría rodó por mi mejilla al pensar que Aurel y yo habíamos hecho algo que podía perjudicar a Baltasar.

Él se incorporó entonces y volvió a ponerse la máscara, tras de lo cual fue a tomar tierra fresca de varias tumbas, espolvoreándola a su retorno sobre las ofrendas con un cántico siniestro.

—Atar unos cuantos muertos al ritual siempre es beneficioso —dijo con voz femenina—. Se los compele a actuar en el mundo que es invisible para los ojos de los vivientes, el mundo de las energías. Ahora mismo, el *prana* contenido en su sangre fresca alimenta esos espíritus. Ese es el pago que los muertos reciben por su ayuda: prueban la vida de nuevo por un momento —explicó. Yo estaba muy débil, pero no lo bastante como para no sentir ira. A continuación, Baltasar se aclaró la garganta y elevó los brazos hacia el cielo para vociferar—: ¡Oh, Dios Supremo! ¡Recibe este sacrificio de tu hijo Baltasar en el nombre de Caín, el redimido! ¡Acéptalo con gusto, diferenciándote del dios impostor Jehová, para que pueda yo alcanzar la redención por medio del homicidio de mi hermano Aurel! ¡Favoréceme a mí, y no a él! ¡Permíteme ser el más amado por ti!

Dicho esto, cayó de rodillas llorando y gimiendo, y otro rayo blanco surcó el firmamento ante mis ojos. A la sazón, supe a qué se había referido el espejo cuando nos había dicho a Aurel y a mí que Baltasar buscaba ser el más amado. Baltasar permaneció un buen rato allí, tocando la tierra con su cabeza, y luego se puso de pie para bramar de espaldas a mí:

—¡Thelema! ¡Thelema! ¡Thelema!

Hizo esto tres veces, repitiendo el vocablo nueve veces en total. Yo conocía esa palabra: en griego, significaba *desear, expresar una voluntad o propósito*. Concluí que con ello buscaba enfatizar ante el Dios Supremo que el resultado de su plegaria era su intención. Era, pues, una copia del *amén* empleado por los cristianos. Pasados unos diez minutos, lo escuché murmurar:

—El magno ritual ha concluido.

—Disculpa, querido —dijo Magdolna, acercándose a nosotros—. ¿Me permitirás torturarla como me lo aseguraste?

—Por supuesto —dijo Baltasar girándose hacia ella—. Yo debo ir a

meditar en el odio dentro de la cripta. Así me prepararé como debo para darle muerte a Aurel. Hazle a la señorita Pawlak lo que quieras pero consérvala con vida: lo último es imprescindible para lograr nuestro cometido.

72
Morir o morir

Magdolna esperó a que Baltasar ingresara a la cripta de mármol gris ubicada a mi izquierda, y hasta que él no hubo cerrado la puerta, no se aproximó a mí.

—¿Por dónde iniciar, querida? —me dijo, y antes de que yo pudiera comenzar a imaginar las torturas que me infligiría, su rostro se transformó. Sus cejas se habían arqueado casi hasta tocar la línea de sus cabellos, frunciéndose sobre el puente de la nariz; su sonrisa se había ensanchado de un modo grotesco y sus colmillos habían crecido, pero lo peor era la fría maldad que revelaba su mirada. Empecé a temblar conforme ella reía sacudiéndose con deleite como si pudiese saborear mi miedo—. Me siento lánguida y hambrienta, no he probado bocado hoy… ¡Mesmerizar durante el día requiere mucha energía! Creo que, antes que nada, probaré tu sangre. Así tendré fuerzas para hacer todo lo que quiero hacer contigo. Cabe decir que Baltasar es un vampiro delicado comparado conmigo.

Se abalanzó sobre mí con las garras extendidas y me arañó la cabeza, el cuello y las orejas mientras intentaba forzarme a posicionar mi cabeza en un ángulo específico para morder mi cuello, su aliento caliente en mi rostro.

—Magdolna.

La voz de un niño llamó frente a nosotras. Magdolna detuvo su ataque y, aún hincada, se viró hacia el lugar de donde provenía la voz. Entonces vi la silueta de mi pequeño pupilo sobre la playa. Vladislav estaba allí y acababa de hacer exactamente lo que un día había evitado que yo hiciese: mencionar a Magdolna en la distancia mientras la miraba.

—Vladislav —susurró ella sonriendo—. Ahora conozco tus debilidades.

En ese instante, algo golpeó a Magdolna por detrás con tanta fuerza

que cayó de rostro contra el suelo de mármol de la estructura que nos sostenía: una larga vara de hierro atravesaba su espalda a la altura del corazón, y la sangre ya brotaba en torno a la herida, tiñendo de marrón rojizo el encaje de velo blanco. ¡No se movía! En realidad parecía que hubiese dejado de respirar de manera instantánea. ¿Estaría muerta? Giré el rostro hacia atrás para encontrarme con una Elzbieta jadeante y estupefacta ante el acto que acababa de llevar a cabo. Sujetaba en la mano un enorme mazo de madera que de inmediato comprendí había usado para clavar la vara en la espalda de su tía. La mirada de la niña permaneció fija en el cadáver de Magdolna.

—Vladislav y yo jamás juramos no matar a un Domány-Nádasdy —susurró.

Vladislav corrió hacia nosotras y abrazó a su hermana con lágrimas en los ojos.

—¡Lo hiciste! —sollozó—. ¡Mataste a la verdadera asesina de nuestros padres!

—No podría haberlo hecho si hubiera alcanzado a alimentarse. Aún estaba débil. Y no podría haberlo hecho sin ti —murmuró Elzbieta rodeando a su hermanito con sus brazos sin soltar el mazo.

—¡Desatemos a la señorita Pawlak! —dijo el niño.

El chirrido de la puerta de la cripta nos puso sobre aviso. Dirigí mis ojos a la estructura separada anticipando ver la silueta de Baltasar pero, un segundo después, tanto los niños como el cadáver de Magdolna habían desaparecido de mi lado. De no haber sido por la mancha de sangre que había quedado en el suelo frente a mí, habría creído que lo imaginé todo. Baltasar emergió de la cripta sin la máscara y sin el manto de capucha. Se había recogido los cabellos en una coleta sobre la nuca. Llevaba botas y pantalones de montar, camisa, chaleco y chaqueta, y cinturón ancho de cuero. Todo su atuendo era negro.

—¿Magdolna? —llamó al advertir que la vampiresa no se hallaba conmigo, mirando alrededor con el ceño fruncido. Se aproximó entonces a mí, y al ver la sangre en el suelo, susurró—: No me percaté de haber derramado sangre sobre el mármol cuando la llevaba en la

boca para derramarla sobre las ofrendas. ¡Qué desperdicio! ¿Dónde está Magdolna? —inquirió mirándome.

Yo me encogí de hombros, bloqueando mis pensamientos con niebla para que él no los leyese: si bien la velocidad de Elzbieta y Vladislav era superior a la de cualquier criatura viviente que yo hubiese podido evocar, era imprescindible que escaparan sin que Baltasar descubriese que habían estado ahí. Aunque fueran dos, eran demasiado pequeños para enfrentarse a un vampiro tan poderoso.

Baltasar se giró hacia el mar.

—Hay algo distinto en el aire —dijo—. Eso puede significar que el Dios Supremo aceptó mi ofrenda. Aurel debe estar por llegar —agregó posicionándose junto a mí—. Le dije a Ivanov que le entregara mi nota a la una de la mañana, y es la una y media en punto. Será mejor que no me separe de usted. ¡Magdolna! —gritó—. ¿Dónde te has metido? ¡Magdolna, vuelve acá!

El viento sopló con furia haciendo que los árboles se mecieran, arrastrando consigo ramas secas y hojas sueltas, así como el nido hecho de cabellos de Aurel y el papel con el anuncio clasificado.

—¡Mis ofrendas! —exclamó Baltasar, corriendo tras los mencionados artículos y alcanzándolos en pleno vuelo. Los devolvió a su lugar y puso sobre ellos piedras lo bastante pesadas como para sujetarlos a la tierra—. Esta es una buena señal… el Dios Supremo quiso llevarse las ofrendas que le hice.

Lloré de odio, miedo y repulsión. Baltasar extrajo del estuche que pendía de su cinturón una enorme daga de plata y se posicionó junto a mí, empuñando el arma contra mi cuello.

—Este es un momento decisivo —me dijo.

El cielo y el mar se habían oscurecido tanto que yo ya no lograba ver la playa. ¿Pensaba matar a Aurel él mismo? ¿Había instruido a Ivanov para que regresara a la isla a efectuar el sacrificio tras darle el mensaje a Aurel? Si era así, ¿dónde estaba Ivanov?

—¡Lucyna! —el rugido de la voz de Aurel llegó a mis oídos envuelto en el viento—. Segundos después, vi su silueta surcar la playa en dirección a nosotros.

—¡Un paso más y la mato, Aurel! —vociferó Baltasar cortándome

un poco con el filo de la daga.

Aurel se detuvo en seco a unos tres metros de nosotros. Su rostro estaba cubierto de lágrimas.

—¡Lucyna! —repitió cayendo de rodillas y extendiendo sus brazos hacia mí sin dejar de sollozar.

—Así soñaba verte —le dijo Baltasar con voz ronca—. Ruégame que la deje ir.

—¡Te ruego que la dejes ir! —rugió Aurel, el llanto sacudiendo todo su cuerpo.

—No —rio Baltasar—. A menos que aceptes mi propuesta.

—¡Acepto tu propuesta! —vociferó Aurel.

—¡No la has oído siquiera! —rio Baltasar—. Escúchame para que puedas decidir con pleno conocimiento de lo que haces. De lo contrario, no me servirá de nada.

—Te escucho —respondió Aurel, sus grandes ojos húmedos en los míos.

¡Perdóneme!, lo escuché pensar, y su pensamiento fue un grito cargado de dolor.

—Cuando Lucyna no se presentó esta mañana en mis aposentos, supe que no se hallaba en el *palazzo* —dijo Baltasar—. Me fue revelado entonces que se hallaba frente al Gran Canal, gracias a lo cual deduje que tú la estabas ayudando a huir y, por ende, tenías que estar al tanto de buena parte de mi plan. Revelarle a Lucyna detalles que ella pudiese referirte fue un riesgo que decidí correr. Y, ahora que descubrí que sois amantes tras haber probado su sangre, es obvio que debes saber que planeo convertirme en un vampiro invulnerable, casi inmortal. Pues bien: he llevado a cabo el magno ritual con éxito. Ahora solo necesito morir para así resucitar poseyendo dicha invulnerabilidad.

—¿Quieres que yo te mate? ¿No querías asesinarme tú a mí? —inquirió Aurel tragando en seco.

—No hay diferencia —dijo Baltasar—. Esta vez no puedes ganar, Aurel. Si tú me matas a mí, tu corazón estallará de inmediato por haber quebrantado el juramento familiar. Y, si yo te mato a ti, mi corazón estallará por el mismo motivo, pero me levantaré de la tumba

siendo un vampiro invulnerable. En ambos casos, tendrás que ser decapitado para prevenir que te levantes de la tumba convertido en un fastidioso vampiro muerto. Y, en ambos casos, yo resucitaré invulnerable, glorioso, habiendo obtenido la redención del Dios Supremo, conservando mi consciencia y voluntad. Las estacas y el sol ya no podrán matarme.

Sacudí la cabeza con desesperación intentando decirle a Aurel que no matara a Baltasar ni se dejara matar por él. Elzbieta y Vladislav estaban en algún lugar de ese panteón y aún podían darnos una mano. Si me desataban, seríamos cuatro contra Baltasar. Además, como Elzbieta había dicho, ella y su hermanito jamás habían jurado no matar a sus parientes.

—Permite que te dedique unas palabras a modo de despedida, Aurel, hermano mío —dijo Baltasar—. He fantaseado con matarte toda la vida. Tanto así que mi primer recuerdo de la infancia es desear crecer para hacerte daño. Cuando, hace unos años, me topé con un libro de ocultismo que describía un ritual fratricida para alcanzar la redención del Dios Supremo cainita, ya no pude pensar en otra cosa que llevarlo a cabo. Digamos que el libro halló eco perfecto en mi corazón, como si hubiese sido escrito para mí. El ritual fratricida se convirtió, si quieres, en mi obsesión, no solo porque el Dios Supremo le confiere la inmortalidad, o algo muy cercano, a quien realiza el ritual, vampiro o no, sino porque le alcanza una trascendencia espiritual imposible de conseguir por otros medios. Solo por eso estaba dispuesto a ensayarlo aunque estuviese incompleto, y comencé a buscar ayudantes para sacrificarte sin romper mi juramento. Se suponía que Rózsa e Ivanov llevaran a cabo tu ejecución. Sin embargo, cuando Rózsa murió, supe que necesitaba un plan más sólido. Así pues, me hice con el *prana* de algunas vírgenes en los días de sus cumpleaños, y procedí a nutrir a los muertos atrapados en el espejo de Erzsébet, que estoy seguro de que tú destruiste. Pues bien, el cristal me enseñó a la única mujer capaz de ayudarme a encontrar y realizar el ritual completo: tu amor verdadero. Me entusiasmé tanto que te presioné a escribir ese anuncio clasificado en ruso, que sería publicado en Lublin. El espejo me aseguró que tu amor verdadero te respondería

a ti: sabía que ella vería el anuncio y no podría resistirse a acudir a ese llamado de tu corazón que tú mismo no eras consciente de hacer. Tú la atrajiste a mi trampa. Fui hasta Lublin para verla en persona, pues quería estudiarla un poco para enamorarla con eficacia una vez ella llegara al castillo. Concluí que, efectivamente, era perfecta para ti y, por lo mismo, me sería sencillo enredarla en mi red: te conozco demasiado bien, Aurel. Nada más fácil que plagiarte.

¡Así que quien me seguía en Lublin era él! Empecé a llorar con el más absoluto desconsuelo. Baltasar prosiguió:

—Irónicamente, gracias a tu amor verdadero, descubrí en el diario de nuestra madre que un ritual fratricida eficaz debe ser nutrido por lo que más ame el hermano que va a ser asesinado… es decir, en tu caso, por la misma señorita Pawlak. Porque tú te enamoraste de ella desde que la viste, como el espejo había dicho que lo harías. Así pues, me amara ella o no, y te correspondiera a ti o no, yo tendría la victoria asegurada siempre y cuando tú la amaras y yo pudiese nutrir el ritual con su fuerza vital. Comprendí que, una vez completado este último, podría matarte con mis propias manos, prescindiendo de un ayudante para este propósito, o incluso hacerme matar por ti, ya que esto acarrearía tu muerte y me otorgaría la redención. Jaque mate, hermano. Te ofrezco la supervivencia de tu amor verdadero a cambio de que te batas en duelo conmigo como los personajes de tu libro favorito, *La dama pálida*. Cavé nuestras dos tumbas hace unas noches. Magdolna se encargará de enterrarnos, pero solo uno de los dos despertará preservando su consciencia.

—Júrame que, si acepto batirme en duelo contigo, no matarás a Lucyna, y tampoco planearás que alguien la mate por ti. Permitirás que regrese a su hogar y jamás la buscarás de nuevo —fue lo único que dijo Aurel. Había hablado con una calma que me atemorizó, su expresión de vacío. Era casi como si Baltasar lo hubiera destruido con sus palabras, sin necesidad de tocarlo con un arma.

—Juro —dijo Baltasar con una sonrisa.

—Déjala ir —replicó Aurel.

—Lo haré cuando el duelo concluya —repuso Baltasar.

—No estarás atado a ningún juramento entonces —dijo Aurel—:

serás invulnerable. Déjala ir ahora o no hay duelo.

—Jura que te batirás en un duelo honorable conmigo si la dejo ir —dijo Baltasar—. De tal modo, si alguien intenta ayudarte, morirás. No quiero sorpresas.

Grité a través de la mordaza e intenté enviarle pensamientos a Aurel para que no lo hiciera: ¡No se atreva a morir por mí! ¡Usted me dijo que no moriría por nadie!, quería decirle, pero no me escuchó.

—Juro —sentenció Aurel, mirándolo por debajo de las cejas.

Con ese último juramento, Aurel selló nuestro destino.

—No querrá acercarse a nosotros mientras combatimos —dijo Baltasar en mi oído mientras me desataba—. Hará que Aurel muera por su culpa y no la mía. Quédese aquí. Magdolna la alcanzará en unos minutos sin que yo tenga que pedírselo.

Para entonces, yo había perdido mi voz y no pude más que entregarme a un llanto mudo, el más desgarrador de mi vida entera. Baltasar tomó de un saco dos largas estacas de madera tallada y se las presentó a Aurel.

—Traje lo único capaz de matarnos de forma efectiva y, en tu caso, definitiva —dijo—. Escoge tu arma.

Aurel eligió una estaca sin responder.

—Que gane el más fuerte —dijo Baltasar con sorna.

—Que gane el mejor —replicó Aurel.

Aurel y Baltasar parecían poseer las mismas fuerzas y odiarse con la misma intensidad. Sin embargo, yo sabía que aquel duelo solo podía terminar en tragedia para mí. Tras un violento combate, Aurel derribó a su hermano y, sus ojos llenos de dolor en los míos, atravesó su corazón con la estaca elegida.

Adiós, ángel mío, me dijo con su mente.

Segundos después, cayó muerto al lado de su hermano.

73
Buhardilla parisina

Cuatro años después, el recuerdo de aquel día aún me atormentaba como si lo acabase de vivir. El dolor de la pérdida de Aurel, en vez de hacerse más tolerable, no había hecho más que aumentar. A pesar de que Imre me había dicho que yo nunca podría dejar a su familia aquella noche en el calabozo del castillo, nuestra relación había cambiado al llegar a Venecia, y al verme sufrir por la muerte de Aurel de aquel modo, compartido enteramente por él, no había dudado en enviarme a casa de mis padres.

Imre y yo no nos habíamos visto desde entonces. Sin embargo, nos escribíamos con frecuencia. Al volver a mi pueblo natal, me había encontrado con que Aurel había comprado todas las casas de la cuadra más bonita del centro para mi tía Lena y sus vecinos de Lublin, obsequiándoselas tras haber comprado sus viejas casas por un valor tres veces superior al del mercado. Era, en realidad, una oferta que ninguno de ellos había querido rehusar. Me encontré, pues, con el consuelo del afecto de mis padres, mi hermano y mi tía Lena, a quienes elegí no contar nada acerca del vampirismo o lo ocurrido entre los hermanos Domány-Nádasdy y yo. Cuando me preguntaron qué me había ocurrido en el rostro, solo les dije que había sufrido un pequeño percance laboral, y ellos se quedaron tan tranquilos. A diferencia de los Domány-Nádasdy, mis padres no eran personas vanidosas. Lo agradecí de corazón. Les conté, eso sí, cuánto los había extrañado en ese castillo remoto y también les dije que, aunque viajar con aquella antigua familia había sido una experiencia única, también había sentido mucho miedo y soledad. Aun así, si bien había creído que el campo sanaría mis heridas, el tiempo me contradijo y me encontré llorando día y noche por Aurel.

Aquel realmente parecía un luto imposible de superar, y al final, tras estar un año con mis padres, me marché a París. Aurel lo había

dispuesto todo a través del señor Rossi, consiguiendo que un gran pintor me tomara como aprendiz cuando yo estuviese dispuesta a hacerlo. Le había pagado al maestro cuatro años por anticipado, tiempo que podría ser prolongado si yo lo deseaba así, y había reservado una buhardilla cerca del estudio de arte para mi estadía en la ciudad, cubriendo también todos mis gastos adicionales. Mis padres no podían creer cuán generosos eran mis antiguos empleadores, y al notarme tan triste, me habían alentado a ir.

Pues bien, Aurel había hecho realidad mi sueño artístico, y, al cabo de un año, ya estaba vendiendo mis piezas: pintaba solo escenas de mi experiencia con los Domány-Nádasdy. Había pintado un retrato de Aurel e Imre, tal y como los recordaba cantando en la góndola. No había querido venderlo a pesar de que los interesados abundaban, sino que adornaba una de las paredes de la buhardilla que ahora era mi hogar. También había pintado un retrato en miniatura de Aurel, el cual ahora portaba siempre conmigo en el camafeo de plata que había heredado de mi abuela. Lo miraba mientras me quedaba dormida llorando cada noche, y cuando lloraba al despertar. Esas eran mis piezas personales, las que evocaban mis recuerdos más bellos y felices con Aurel, y tenía planeado empezar a pintar un gran cuadro de la mascarada donde Aurel me había besado al fin.

Una tarde de cielo lila en que bosquejaba sola en la buhardilla, alguien llamó a mi puerta. Esperaba que fuera la vecina del apartamento de abajo, una mujer cascarrabias que siempre tenía alguna queja del vecindario, pero por poco pierdo el sentido al encontrarme cara a cara con Imre.

—Lucyna —dijo abriendo sus brazos, y lo abracé con una exclamación de dicha.

—¡Qué sorpresa más hermosa! —dije haciéndolo pasar—. ¿Qué lo trae a mi pequeño rincón de arte? ¿Vino de fiesta a la ciudad?

Imre sonreía pero noté cierta inquietud en su expresión que me puso nerviosa.

—No esta vez —dijo—. Vine solo a verla a usted.

Lo miré con preocupación.

—¿Pasa algo malo? ¿Algo relacionado con Baltasar?

—Oh, no —dijo—. Sus restos decapitados y fragmentados aún se encuentran en la porción enrejada del mausoleo, donde los hice poner al volver al castillo para vigilarlos en caso de que hubiese algún cambio… y, como le he contado en mis cartas, Baltasar sí que ha tenido cambios: es el único miembro de nuestra familia que se descompuso después de morir, quizás por el efecto del ritual, quizás por lo que hicimos para contrarrestarlo. ¡Se lo merece por haberme hecho caminar hasta la casa de Trieste aquella noche en que él y Magdolna nos abandonaron en el centro! La venganza más dulce es la más paciente. Como sea, hoy en día solo quedan sus huesos, sus ropas y sus largos cabellos. Creo en verdad que el poder del rito magno fue revertido con el método de muerte que empleamos tras enterrarlo unas horas en la isla del cementerio de Venecia siguiendo el consejo de Rossi. De lo contrario, ¿no habría dejado ya su nueva tumba, que es una prisión? Y, ¿no habría huido antes de que lo encerráramos? Estoy convencido, dados los resultados, de que usted adivinó con precisión la forma de destruir a Baltasar con base en el ritual.

También yo tenía esa convicción, pues no había deducido ni adivinado nada, sino que las voces de los muertos que Aurel había liberado al romper el espejo, las mismas que me habían acompañado e incluso alertado durante mi enfermedad, me habían revelado con claridad absoluta el medio para anular el ritual, y no solo eso, sino que lo habían hecho en agradecimiento por la libertad que habían obtenido. Primero, para que ni Baltasar ni Erzsébet pudieran encontrarme de nuevo jamás, pasara lo que pasara, debía ungir las heridas que Baltasar había dejado en mi cuello con la tierra del cementerio impregnada de su sangre. No comprendía yo el porqué de este truco, pero era similar a uno mencionado en *La dama pálida* destinado a hacer que los ataques del vampiro cesaran. Segundo, puesto que el sentimiento predominante en Baltasar era la envidia, cuya etimología se remontaba a la palabra *invedere*, que en sus orígenes significaba, en un sentido amplio, *meter la mirada dentro del otro*, los muertos me habían instruido que desalojásemos la estaca del corazón de Baltasar y pusiéramos, en vez de esta, en su interior, fragmentos de espejos, exponiendo después de esto el cadáver a la luz

solar directa. Con todo esto, Baltasar no había tenido siquiera la ocasión de levantarse después de morir. Los muertos habían retribuido el favor que les habíamos hecho. Lo triste era que me lo hubieran retribuido a mí y no a Aurel, quizás porque él ya hacía parte de su mundo. Tal vez él mismo me había ayudado desde allá.

En cuanto a Elzbieta y Vladislav, habían llegado a la isla cementerio escondidos en el compartimiento cubierto de la barca donde nos transportábamos Magdolna, Lev Ivanov, el barquero y yo. Habían saltado de esta cuando los primeros no miraban, y lo habían escuchado todos ocultos tras las tumbas y los árboles. Aquella mañana, el olfato vampírico de Elzbieta no había detectado mi aroma en el *palazzo*, lo cual la había puesto sobre aviso, llevándola a espiar a Magdolna y al maestro de música. Sospechando lo peor, se había colado con su hermanito en la barca que Magdolna solía usar, antes de que esta la abordara. Mucho más tarde, tras dar muerte a Magdolna en la isla, Elzbieta y Vladislav se habían quedado atrapados en una segunda cripta donde se ocultaban de Baltasar, y no habían podido salir hasta que yo no había escuchado sus gritos y abierto la puerta bañada en lágrimas. Esa noche fatídica, Aurel había dejado bajo la puerta de Imre la nota que Baltasar le había enviado, así como una de su autoría explicándole la situación y pidiéndole que se dirigiese a la isla del cementerio con urgencia. Por desgracia, Imre solo había visto las notas una hora después, cuando regresaba al *palazzo* para cambiarse la camisa blanca que la sangre de una víctima casual había manchado. Imre me había encontrado llorando junto al cuerpo de Aurel, pidiéndole a gritos que me llevase con él como si pudiera escucharme. Imre, por su parte, casi había enloquecido al ver el cuerpo sin vida de su primo:

—¡Aurel! —clamaba, de rodillas junto a mí, su grito largo como la noche, sus ojos húmedos como lagunas de oro de las que surgían dos ríos infinitos—. ¡No te atrevas a dejarme solo en este mundo carente de sensibilidad e inteligencia! —y entonces gemía mirándome—: ¡No puedo atravesar su corazón con una estaca ni cortar su cabeza! ¡No lo haré!

Me había desmayado. Para cuando había abierto los ojos de nuevo,

Imre ya había metido a Aurel a un ataúd de madera.

—Ya lo decidí —había dicho sollozando con un hilo de voz—. Lo llevaré a casa, y una vez allá, tendrá el más hermoso lecho eterno.

El señor Rossi había sellado el ataúd de madera horas después, cubriéndolo con un gran manto de terciopelo de modo que Imre y los niños no tuvieran que ver la cruz. Había introducido también un diminuto crucifijo de plata en el bolsillo del chaleco de Aurel, explicando:

—Es un crucifijo sin bendecir. Evitará que el espíritu de Aurel sufra. Estas medidas permitirán que, a pesar de ser vampiro, experimente la muerte como un sueño y no como una tortura. Él era mi amigo y no quiero que sienta dolor. Lamento en el alma haberle fallado.

Imre sentía lo mismo. Había llegado a la isla del cementerio demasiado tarde, y a pesar de que en sus cartas me aseguraba haber entendido que no habría podido detener el duelo por medio del cual Baltasar nos había robado a Aurel, era evidente que no se había perdonado por no haber estado allí. Me había dicho que pensaba con dolor que Aurel no le había confiado los planes homicidas de Baltasar antes, al estar convencido de que Imre no me permitiría renunciar a mi cargo de institutriz ni volver a casa. Y yo creía que tenía razón, pero no se lo decía para no empeorar su sufrimiento.

—Sin embargo —prosiguió Imre sentado en el sofá verde claro de mi buhardilla parisina en tanto yo buscaba una botella de vino y unas copas en mi alacena—, estoy aquí por algo relacionado con todo ese asunto.

—¿Ah, sí? —inquirí dándome la vuelta para mirarlo.

—Solo hace poco he tenido el valor de poner en orden las cosas de Aurel, aunque podría haber entrado a sus aposentos desde que murió —dijo él—. Pues bien, hace unos quince días hallé sobre su escritorio los diarios de su madre, mi tía Klára. Algunos están escritos en húngaro, pero el que le concierne a usted está en polaco.

—¿Me concierne? —dije mirándolo con ojos abiertos de par en par.

—Vine a París de modo expreso a traérselo, Lucyna —replicó extrayéndolo del bolsillo interior de su chaqueta de terciopelo verde oscuro—. Tantas menciones de ese libro, *La dama pálida* de Dumas, en

todo lo relacionado con usted y Aurel, hicieron que mis ojos se detuvieran en un pasaje específico del diario. Lo marqué con el separador de hilo. Lea usted misma.

Le hice caso de inmediato y leí el diario de la madre de Aurel y Baltasar en tanto mi pulso se aceleraba:

Hoy fue un día terrible y también increíblemente bello. Viajaba hacia Gdansk con mi amado Adorján y nuestros hijos Aurel y Baltasar, y decidimos detenernos un rato para que los muchachos salieran a pasear por el bosque mientras aún había luz solar. Cuando al fin pude salir del carruaje, los encontré peleando de un modo tan vil y violento que creí que se matarían. Les ordené detenerse y regresar al carruaje de inmediato, donde los interrogué, y, tras escuchar que Baltasar había intentado matar a alguien por capricho, le di la razón a Aurel. Después de esto, intenté serenarme fuera del carruaje en soledad. Estaba muy molesta y preocupada por los impulsos de Baltasar. Entonces me encaminé a la porción del bosque donde los había encontrado y, al asomarme por entre las ramas, vi a una preciosa niña de cabellos castaños rojizos y ojos negros que hacía una corona de hojas y flores silvestres sentada entre los juncos del río. El sol se había puesto hacía unos quince minutos ya, pero ella no parecía haberse percatado del cambio de luz, tan embebida estaba en su hacer. Mis dones son fuertes, y tuve una visión repentina: mi Aurel se había enamorado de esa niña hacía unos instantes con tal intensidad que parecía que el mismísimo Eros lo hubiese herido con una de sus flechas. No solo eso sino que, al descubrirlo mirándola con ese sentimiento puro y brillante como el sol que me está vedado, mi Baltasar había tratado de matar a la niña. ¡Tal era el verdadero motivo de la riña! Otra madre vampira habría dado el asunto por resuelto. Pero yo soy yo. Pensé que, si bien mi Aurel es algo joven para sentir algo tan fuerte, podría haber sido mesmerizado por la muchacha. Y, si ella es capaz de mesmerizar a un joven Domány-Nádasdy sin proponérselo, eso solo podía significar dos cosas: o bien aquella niña es el amor verdadero de mi Aurel, o bien su madre fue atacada por un vampiro cuando la llevaba en el vientre. Porque esa muchacha definitivamente no era una vampiresa. Quizás, incluso,

ambas cosas fueran ciertas, el ataque vampírico y el amor. Pues bien, siendo la vampiresa curiosa que soy, me acerqué más, con tanta suerte que hallé que la madre de la niña dormía profundamente sobre el prado a unos metros. Solo tuve que tocarla con sigilo para comprobar que una vampiresa había dejado el rastro de su ataque en ella, aunque no corría peligro. La niña bien podía, entonces, tener una fuerte capacidad de mesmerizar gracias a ello. Sin embargo, los sentimientos de mi Aurel por ella estaban cargados de tanta ternura que no creía que aquello hubiese sido solo magnetismo animal. La niña posó entonces sus ojos sobre mí cuando creía mirar el oscuro vacío junto a su madre, y gracias a ello supe sin duda alguna, llenándome de la misma belleza que mi Aurel había experimentado hacía unos instantes, que mi hijo solo llegaría a experimentar la felicidad con esa niña. Ella era su destino. ¡Tenía que dejarle algo que le permitiese a Aurel hallarla más adelante! Portaba, justo en el bolsillo de mi abrigo, una edición rara del libro favorito de Aurel, ese bonito relato de vampiros llamado La dama pálida. *Tras besarlo con la intención de que mi Aurel y la niña pudiesen hallarse más adelante, dejé el libro junto a la madre dormida y regresé al carruaje. Ahora, estoy muy angustiada por los rasgos de carácter que está demostrando mi Baltasar…*

—Quiero que venga conmigo a Świętokrzyskie —dijo Imre cuando elevé los ojos encharcados hacia él—. Sé que nunca quiere volver, pero es import…

—Iré —dije.

74
Eterno retorno

Elzbieta y Vladislav nos esperaban a la entrada del castillo, que tenía un aura distinta ahora que Baltasar y Magdolna habían muerto. Elzbieta tenía catorce años y se había transformado en una muchacha preciosa. Aún era increíblemente parecida a Erzsébet, pero la dulzura de su sonrisa y la picardía de sus ojos me permitían saber que nunca sería como su antepasada. Vladislav, por su parte, tenía once años, y ya se parecía tanto a Aurel que no pude evitar llorar al verlo. Los cuatro nos abrazamos en el corredor, dichosos de estar juntos de nuevo como aquella tarde en Venecia. Imre había liberado al sacerdote, pues yo le había contado en mis cartas que era el deseo de Aurel, y había contratado a una nueva ama de llaves después de pagarle a la señora Kowalski cada centavo que le debía Baltasar.

—¡Un hombre tacaño no es un hombre! —había concluido Imre al darme las anteriores noticias.

Lev Ivanov, que había desaparecido del *palazzo* veneciano en cuanto los rumores de las muertes de Baltasar, Magdolna y Aurel habían sacudido la ciudad, había aparecido muerto hacía poco en las aguas del Gran Canal. No podría haber dicho que la noticia me entristeció.

—Imre me dijo que, ahora que ustedes han crecido, se siente menos solo —les comenté con una sonrisa a Elzbieta y Vladislav mientras comíamos en el gran salón.

—Pero siempre serán mis murciélagos —dijo Imre con un guiño.

—También me dijo que tenían algo importante que decirme en persona —afirmé.

—Así es —dijo Vladislav, cuya voz empezaba a hacerse más baja y ronca por el cambio de edad—. Y este es el momento perfecto.

—Como sabe, Vladislav y yo adoramos los cuentos de hadas —dijo Elzbieta—. Y sabemos que usted los adora también.

—Así es —dije.

—Todo lo ocurrido con Baltasar y Erzsébet, y lo que usted nos contó en sus cartas acerca del espejo mágico, nos hizo recordar que muchas veces los cuentos de hadas son reales, y quizás estemos dejando de hacer algo importante —replicó ella.

—¿Qué estamos dejando de hacer? —inquirí más que intrigada.

—Bien… ambos soñamos constantemente con Aurel —dijo Vladislav —. Aunque vamos a visitarlo al mausoleo todos los días, allí nunca nos habla, por supuesto. En nuestros sueños, en cambio, nos pide que la traigamos a usted a Świętokrzyskie.

—Vladislav y yo creemos que usted puede despertar a Aurel —dijo Elzbieta.

La miré pasmada.

—¿No sueña usted con Aurel? —me preguntó Vladislav.

—Todas las noches —lloré, secándome los ojos con la servilleta de tela. De repente no podía dominar la nostalgia que sentía.

—Y, cuando sueña con él, ¿qué sueña? —inquirió Imre.

—Sueño que hablamos, reímos, bailamos —sollocé, aunque sonreía al recordar—. ¡Lo extraño tanto!

—Bien, puesto que todos sabemos que usted es su amor verdadero, y puesto que él no deja de hablarnos en sueños, ¿no quiere intentarlo? —inquirió Elzbieta—. Aurel podría ser algo así como… el vampiro durmiente de Świętokrzyskie.

—Lo intentaría todo con tal de que Aurel volviera a vivir —dije—. Es solo que… no quiero esperanzarme en vano.

—No se preocupe —dijo Imre—. Nosotros seremos sus tres vampiros alcahuetes, el equivalente de las hadas madrinas de los cuentos de hadas. Después de todo, nuestra vida es un cuento de vampiros y también tenemos magia.

—¡Vamos al mausoleo! —dijo Vladislav, poniéndose de pie.

* * *

Si bien entré al recinto con terror, mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho conforme rodeamos el cofre fúnebre de Aurel, hecho de bronce y cristal. Caí de rodillas llorando ante él: ¡lucía tan

vivo y fresco como cuando lo había visto por última vez, pero tenía los ojos cerrados, a diferencia de sus parientes muertos!

—No parece que hubiera muerto —murmuré.

—Es un vampiro, señorita Pawlak —dijo Elzbieta.

—Cierto —dije, enjugándome las lágrimas—. Bien, ¿qué sugieren que haga?

—Yo digo que le quitemos la tapa al cofre para que Lucyna lo bese —dijo Imre.

—¡De acuerdo! —dijo Elzbieta.

—Lo dicen como si fuera una idea nueva y no lo hubiésemos discutido mil veces el último mes —dijo Vladislav, entrecerrando los ojos.

—Gastón, ¿podrías hacer los honores? —le dijo Imre a su entrañable *valet de chambre*, que procedió a desatornillar las esquinas de la enorme tapa de cristal que nos separaba de mi amor verdadero.

Si bien algunas gentes podrían tener reparos en besar muertos, yo no era una de esas personas: el perfume exquisito de Aurel me alcanzó en cuanto Imre hizo a un lado la tapa, tomándola de la manilla de bronce.

—¿Lista? —preguntó Elzbieta.

—Lista —dije creyendo que tendría un ataque de nervios. Me incliné junto a Aurel y tomé su mano fría para cubrirla de besos.

Nada ocurrió.

—¿Qué hace? —inquirió Imre. Lucía horrorizado—. ¿En qué cuento de hadas está usted?

—Besé la mano de Aurel como lo hizo el príncipe en *La bella durmiente del bosque* para despertar a la princesa —dije sin soltar la mano de Aurel. Ahora que la había tocado otra vez, no sabía si sería capaz de dejarla ir.

—¡Béselo en los labios, por Venus! —replicó él poniendo los ojos en blanco—. ¡Es su difunto amante y es un vampiro, no una princesa pudorosa del Medioevo!

—Está bien —me defendí mientras Vladislav y Elzbieta reían con nerviosismo—. Aquí voy.

Besé los labios de Aurel una vez y nada ocurrió, excepto que mi

amor se exacerbó. Los besé dos, tres, cuatro, doce veces. No quería parar pero me obligué a hacerlo para mirarlo. No había abierto los ojos. Además, tampoco había percibido su respiración.

—¡Es inútil! —lloré—. Está muerto. Su corazón estalló y ya nada lo hará revivir.

Las caras tristes de mis acompañantes me dejaron saber que creían lo mismo. Pero entonces pensé en algo. Girándome hacia Imre, le pregunté temblando:

—¿Cuántos corazones tienen los vampiros?

—A veces uno… a veces dos —respondió. Vi en sus pupilas que mi pregunta había logrado emocionarlo.

Introduje mi mano en el bolsillo del chaleco de Aurel y palpé el diminuto crucifijo que Lorenzo Rossi había depositado en él, extrayéndolo y entregándoselo a Gastón de modo que Imre y los niños no sintieran incomodidad al verlo.

—Si Aurel tuviera dos corazones, y su corazón humano hubiese estallado, su corazón de vampiro aún seguiría funcionando, aunque en estado durmiente —tartamudeé mirando a los Domány-Nádasdy—. ¿Verdad que sí?

Vladislav asintió con ojos desorbitados.

—Entonces, en ese caso, un beso de amor no lo despertaría —dije—. ¿Alguien tiene una aguja? —les pregunté.

—Nuestros colmillos son muy filosos —dijo Elzbieta.

—Aquí tiene, señorita —me dijo Gastón, ofreciéndome una aguja larga y muy gruesa—. Siempre cargo un juego de agujas e hilos de colores para zurcir las prendas del señor Imre.

—¡Gracias, Gastón! —dije tomándola de su mano, y a continuación me pinché el dedo índice.

—Quizás, después de todo, este cuento sea una combinación de *Blancanieves* y *La bella durmiente* —susurró Imre—. ¡Espero que sí!

Permití que mi sangre goteara sobre los labios de Aurel, que permanecían cerrados.

—¡Ábrale un poco los labios para que la sangre caiga dentro de su boca, señorita Pawlak! —sugirió Elzbieta con entusiasmo.

Me hinqué junto a Aurel para hacer lo que Elzbieta me decía, pero,

antes de que pudiera hacerlo, Aurel se había sentado y me miraba como si viese a un ángel.

—¿Puedo? —dijo sin dejar de mirarme, y supe a lo que se refería.

—Por supuesto —sollocé a punto de morir de felicidad, haciendo mis cabellos a un lado para ofrecerle mi cuello.

Esa noche me convertí en el cisne negro de Aurel, el único y verdadero amor de mi vida, cuyo corazón humano, según todos los allí presentes comprobamos más adelante, no había sido el más noble de los dos: Aurel siguió siendo tan cálido, honorable, generoso y compasivo como siempre, y no había perdido su encantadora ironía ligera. La única diferencia entre el Aurel del pasado y el que despertó del sueño de la muerte es que el segundo pudo ser, al fin, feliz.

Mientras bebía mi sangre sin causarme ningún dolor y yo me extasiaba en su abrazo vampírico, escuché las voces de los muertos por última vez: me dijeron que, puesto que Aurel le había dado muerte a Baltasar durante el duelo, al ser destruido este último tras su exhumación, los pocos efectos exitosos del ritual le habían sido transferidos a Aurel: después de todo, había ganado el mejor. Por ello, Aurel retenía su consciencia y voluntad a pesar de haber muerto. A modo de despedida, las voces agregaron que al día siguiente Aurel y yo podríamos ver juntos el amanecer por primera vez, y así fue: después de pasar la noche el uno en los brazos del otro, vimos por la ventana de su nueva habitación cómo los primeros rayos del día iluminaban el campo primaveral salpicado de flores silvestres en torno al castillo.

Cabe decir que con Aurel jamás descendí al inframundo vampírico sino que, por el contrario, siempre sentí que nuestros cuerpos se elevaban juntos hacia la noche estrellada.

Epílogo

Elzbieta Domány-Nádasdy llegó al internado de Sainte-Marie el 31 de octubre de 1899. Recién había cumplido los quince años, y, aunque habría podido decirse que era la réplica de Erzsébet Báthory, tenía una picardía y una mirada inteligente que la hacían muy agradable. Elzbieta había ingresado al internado con el fin de prepararse para su presentación en sociedad dentro de dos años, la cual tendría lugar en Venecia. La habían acompañado su hermano Vladislav, de doce años; su tío Imre, su tío Aurel, que traía con él un perro mediano y peludo de raza indefinida llamado Radosny, y una bellísima pintora polaca de nombre Lucyna Pawlak a quien Imre Domány-Nádasdy presentó como *la amante de Aurel* ante la directora de Sainte-Marie, que tuvo un súbito acceso de tos. Ignoro si Imre Domány-Nádasdy bromeaba, pero al ver a Lucyna Pawlak junto a Aurel Domány-Nádasdy, yo esperé que sí fueran amantes, no solo porque soy una romántica incurable sino porque ambos se veían tan felices de estar el uno junto al otro.

Obviando el parecido de Elzbieta con la condesa Báthory, supe de inmediato que todos en aquel grupo, excepto la pintora, eran *vampyr*, no solo porque reconocerlos siempre fue uno de mis talentos sino porque mi esposo es un *vampyr* involuntario que logró vencer la sed de sangre, y mi hijo, de apenas ocho años, un *vampyr* hereditario que por el momento no ha dado muestras de querer beber sangre humana pero sí tiene los colmillos retráctiles. Habiéndome convertido en la principal benefactora del internado después de haber sido su oveja negra cuando era una pupila, me gusta visitarlo con cierta frecuencia porque, para ser sincera, nunca he probado un chocolate derretido como el que sale de su cocina, y además terminé por hacerme amiga de la directora. Era de noche, y Elzbieta y su hermano fueron invitados a conocer a las pupilas que serían las compañeras de la joven en la sala de música, mientras la directora y yo conversábamos con sus tíos y la pintora. Los Domány-Nádasdy le explicaron a la

directora que su familia es protestante (una mentira común entre los *vampyr* para evadir íconos religiosos y sacramentales) y por ello Elzbieta no asistirá a misa, pero que, aparte de eso, participará en todas las actividades regulares del internado. Noté que todos comían el chocolate derretido con deleite y me dije que quizás su condición de *vampyr* no fuese tan extrema como la de Erzsébet. Habría querido hacerles muchas preguntas al respecto porque, como mi esposo, eran encantadores a pesar de ser *vampyr*, pero aquel no era el momento ni el lugar dada la historia de la institución con estas criaturas. Cuando Lucyna Pawlak comentó que tendría su primera exhibición artística en Florencia durante el invierno, le conté que tenía un buen amigo llamado Lorenzo Rossi en la ciudad a quien seguramente le interesaría ver sus piezas, y entonces Aurel Domány-Nádasdy me dijo que Lorenzo ya era amigo suyo y era, además, quien ofrecería la recepción para dicha exhibición. Supe entonces que sería una buena ocasión para visitar Florencia y conversar más con los Domány-Nádasdy. Cuando la directora y yo los acompañamos al coche que los esperaba, pasamos a buscar a Vladislav a la sala de música. Él y Elzbieta cantaban y bailaban en ronda tomados de las manos con las pupilas al compás de una extraña melodía:

¡Rózsa seca, rosa marchita!
¡Rózsa seca, rosa marchita!

Lucyna Pawlak y Aurel Domány-Nádasdy rieron meneando sus cabezas mientras que Imre Domány-Nádasdy me decía por lo bajo:

—Martina Székely, ¿verdad?

Asentí, no sin cierto nerviosismo. Aquel *vampyr* pelirrojo me recordaba mucho a Erzsébet.

—¿Qué posibilidades hay de que pueda robarme a la cocinera del internado? Nunca he probado un chocolate derretido más delicioso.

Agradecimientos

Cuando quieres dar a los lectores belleza pura, tener un buen editor lo es todo, y la mía es la mejor. Gracias de corazón a mi siempre acertada editora Natalia García. Imre eleva su copa para brindar con nosotras por este libro ahora completo. Gracias, Nata, por compartir mi pasión y entusiasmo. Han sido hermosos años de trabajo literario contigo. Que sean muchísimos más.

Gracias especiales a Patricia Martínez por leer *La familia maldita* con tanto interés y crear el precioso diseño de cubierta con base en su contenido. Me mesmeriza.

Muchísimas gracias a Guillermo Díez por la revisión detallada del manuscrito.

Gracias a María Córdoba, Isabel Andújar y James Sloan, mis compañeros de aislamiento. María e Isabel, la espontaneidad de sus primeras impresiones de la lectura y sus reflexiones posteriores han sido una brújula certera para mí desde que escribí *Vampyr*. Las necesito siempre. James, gracias por conversar conmigo al respecto de la trama a medida que la hilaba, y por las innumerables tazas de café que hicieron posible escribir los últimos capítulos de *La familia maldita* a tiempo.

Gracias a Juan Andújar y a Daniele Sciucca por su ayuda en la investigación para esta novela. Mi experiencia sensorial en la Venecia del siglo XIX fue más completa gracias a ustedes. Ambos son tesoros humanos.

Gracias a los libreros y bibliotecarios por la cálida acogida que nos han brindado a mí y a mis libros a través de los años. Los aprecio profundamente. Espero que el mundo sepa reconocer su labor ahora y en los siglos por venir. Que sean eternos como los *vampyr*.

Gracias a mis lectores adorados, mis criaturas góticas, por vivir conmigo estas historias. *Vamps* antiguos y conversos recientes, son la

alegría suprema de mi carrera literaria. Crear estas novelas para ustedes y verlos en persona son mis mayores motivaciones artísticas. Me hacen amar la existencia. Gracias por apreciar mi trabajo, por coleccionar mis libros y por acompañarme mientras la noche canta una nueva canción.

Hasta un próximo anochecer.

Una fría mañana de enero de 1894, Lucyna Pawlak parte hacia un destino desconocido en un lujoso coche negro tirado por cuatro hermosos caballos. Aunque el nombre de familia de sus nuevos patrones no le ha sido revelado aún, la curiosidad que la joven mujer siente por las vidas de quienes habitan un antiguo castillo oculto en las montañas polacas, así como el generoso salario que recibirá, son suficientes para animarla a aceptar el trabajo de institutriz. Sin embargo, pronto descubrirá que los integrantes de la familia aristocrática que la emplea tienen hábitos muy extraños y que, a pesar de sus maneras cortesanas, su gran elegancia y singular belleza, un secreto ancestral y un oscuro halo de misterio recaen sobre ellos. Lo

quiera o no, Lucyna será parte de un macabro plan en el que la realidad puede resultar más terrible que su imaginación.

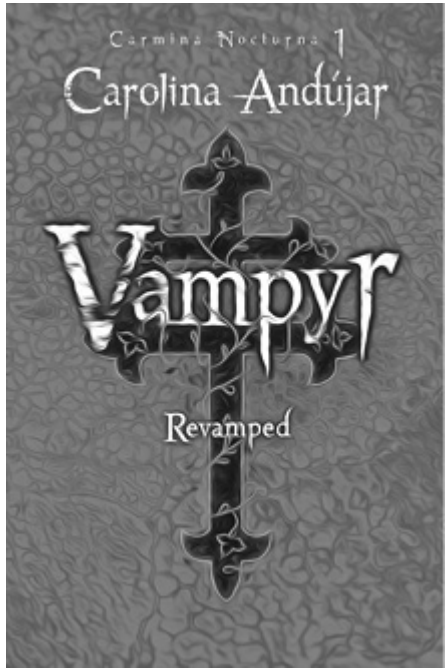
Carolina Andújar

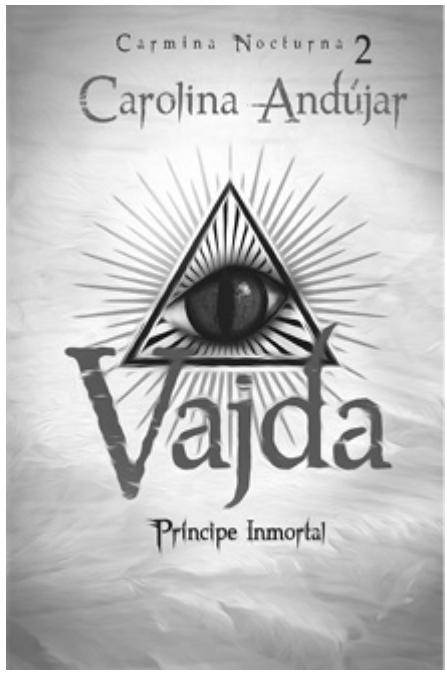
Es autora de la serie de suspenso paranormal Carmina Nocturna, que incluye los títulos *Vampyr*, *Vajda, príncipe inmortal* y *Pie de Bruja*. También es autora de las obras de fantasía *La princesa y el mago sombrío* y *El despertar de la sirena*, y de la novela *C.A.L.I.*

caroandujar

caroandujar

caroandujarwriter


Carmina Nocturna 1
Carolina Andújar
Vampyr
Revamped


Carmina Nocturna 2
Carolina Andújar
Vajda
Príncipe Inmortal

Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Título: *La familia maldita*
Primera edición: abril de 2022

© 2022, Carolina Andújar
© 2022, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

Diseño e ilustraciones de cubierta y páginas interiores:
Penguin Random House Grupo Editorial / Patricia Martínez Linares

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-5155-47-3

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

La familia maldita
Epígrafe
1. El anuncio clasificado
2. Yo
3. La despedida
4. El castillo
5. Elzbieta y Vladislav
6. La muerte y el amor
7. Un diario
8. Rosa marchita
9. Historias para niños
10. Elizabeth
11. La cena
12. Narciso
13. El pacto
14. Blancanieves
15. El ángel
16. Domány, Nádasdy, Báthory
17. Vampiros
18. Lucifer
19. La bella durmiente
20. *Vampyr inmortal*
21. *Solve et coagula*
22. Lágrimas de sangre
23. Bel-Ami

24. El elixir de la vida
25. La bella señora
26. Trae el crucifijo
27. La traición del confesor
28. Estacas
29. Aposentos subterráneos
30. El diario de Klára Nádasdy
31. Espejos
32. O Fortuna
33. Samsāra
34. Trigo y sangre
35. Solución de cobardes
36. Luz del día
37. La cena
38. Tradición familiar
39. Barba Azul
40. Asesino
41. Prisionera
42. Dos lobos
43. Clarividencia
44. Amor
45. Gnosticismo
46. Permiso para pasar
47. El mal viviente
48. Erzsébet
49. Una simple plebeya mortal
50. Ella
51. Almas gemelas
52. Egoísmo
53. Alquimia sexual
54. Despedida
55. Código de honor
56. Tres coches negros
57. El refugio
58. Carne de tu carne

59. Mesmerismo
60. Destino
61. Cisne negro
62. Barco de vapor
63. Venecia
64. Murano
65. Lorenzo Rossi
66. El divino arte de besar
67. Cumpleaños
68. Mascarada
69. El *Albergo Danieli*
70. La isla del cementerio
71. El ritual magno
72. Morir o morir
73. Buhardilla parisina
74. Eterno retorno
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos